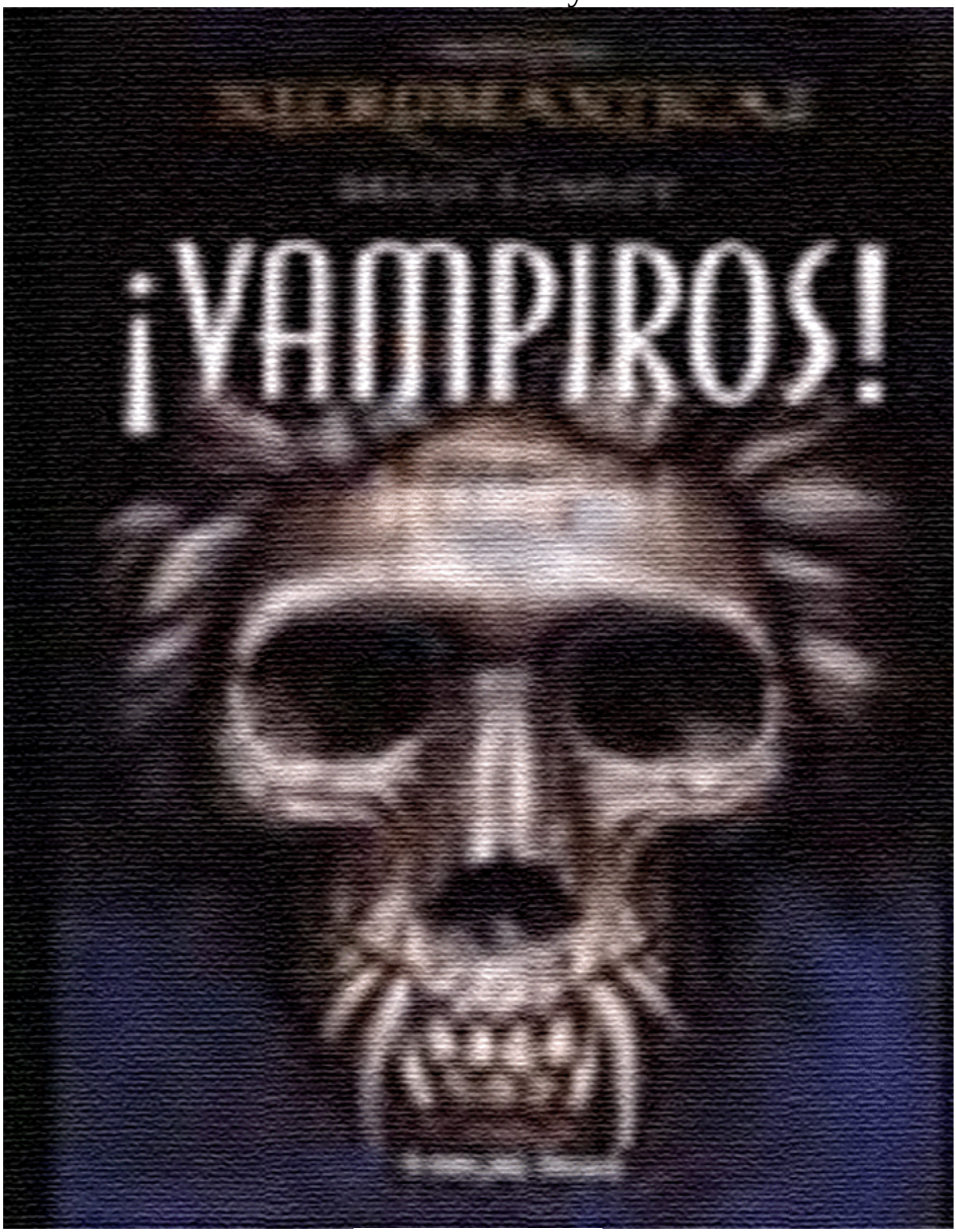
Cronicas Necromanticas II, ¡Vampiros!
Brian Lumley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Dave y a Pete y a todos los tíos
que conocí en la Casa de la Frontera
en julio de 1986. ¡Salud!

Muchos y multiformes son los oscuros horrores de la tierra, que han infestado sus caminos desde su albor. Duermen debajo de la piedra no levantada; se elevan con el árbol desde su raíz; se mueven en el fondo del mar y en lugares subterráneos; moran en los más recónditos santuarios; surgen a veces del sepulcro cerrado de majestuoso bronce y otras de la tumba más humilde cubierta de arcilla.
Hay algunos conocidos desde hace largo tiempo por el hombre, y otros todavía desconocidos pero que se acercan a los días terribles de la revelación. Los más espantosos y aborrecibles son los que, por casualidad, no se han declarado todavía.
Pero entre los que se han revelado en tiempos pasados y manifestado su verdadera presencia, hay uno que no puede ser nombrado claramente por su extremada vileza. Es aquel engendro que el morador oculto de los panteones ha impuesto a los mortales...

Clark Ashton Smith (Por Abdul Alhazred)
Dicen que seres viles de los Viejos Tiempos
acechan todavía en rincones olvidados,
y ciertas noches, todavía, se abren puertas
de las que salen formas del Infierno...
Robert E. Howard (Por Justin Geoffrey)

Capítulo 1

Tarde del lunes cuatro de enero de 1977; el *château* Bronnitsy, junto al camino a Serpukhov, no lejos de Moscú; las 2.40 de la tarde, hora de Europa central, y un teléfono en la sala provisional de Control de Investigación, llamando...

llamando... llamando. El *château* Bronnitsy se alzaba en el centro de un terreno despejado y turboso, en mitad de una región densamente poblada de árboles y blanca ahora bajo la capa de nieve. Casa o mansión de degradada herencia y mezclados antecedentes arquitectónicos, varias alas recientemente añadidas eran de ladrillo visto sobre viejos cimientos de piedra, mientras otras eran de bloques baratos de carbonilla, disfrazados con pintura gris y verde. Un antiguo patio en la «U» de las alas estaba ahora cubierto, el techo pintado de manera que hiciese juego con el terreno circundante. Asentadas sus bases en los gruesos y fuertemente inclinados muros de los extremos, dos minaretes gemelos alzaban sus rotas cúpulas en cebolla sobre el paisaje, con las ventanas entabladas como ojos tapados. En consonancia con el aspecto generalmente ruinoso del resto del edificio, las partes superiores de aquellas torres estaban estropeadas, deterioradas como colmillos careados. Desde lo alto, el *château* habría parecido una vieja y lúgubre ruina. Pero no era nada de eso, pese a que las torres no eran lo único en decadencia.

Fuera del patio cubierto, se hallaba un camión militar cerrado, de diez toneladas, con las lonas de atrás recogidas y el tubo de escape que expelía un humo acre y azul al aire glacial. Un hombre de la KGB, conspicuo en su «uniforme» de abrigo gris oscuro y sombrero de fieltro, miró el contenido del camión por la puerta de atrás, que estaba bajada, y se estremeció. Con las manos hundidas en los bolsillos, se volvió a un segundo individuo que vestía la bata blanca de los técnicos y le hizo una mueca.

—Camarada Krakovitch —gruñó—, ¿qué diablos son ésos? ¿Y qué están haciendo aquí?

Félix Krakovitch lo miró, sacudió la cabeza y dijo:

—Si se lo dijese, no lo comprendería. Y si lo comprendiese, no lo creería.

Como su ex jefe, Gregor Borowitz, Krakovitch consideraba a todos los de la KGB como seres inferiores. Reduciría su información y su ayuda al mínimo posible; con ciertos límites de prudencia y de seguridad personal, claro está. La KGB no solía perdonar ni olvidar.

El fornido policía especial se encogió de hombros, encendió un cigarrillo negro y chupó con fuerza la boquilla de cartón.

—Dígamelo de todos modos —dijo—. Aquí hace frío, pero puedo resistirlo.

Mire, cuando vaya a informar al camarada Andropov, y no tengo que recordarle su posición en el Politburó, querrá que le dé algunas respuestas, y por lo tanto usted tiene que dármelas. Por consiguiente, estaremos aquí hasta que...

—*¡Zombies!* —dijo bruscamente Krakovitch—. Momias. Hombres que murieron hace cuatrocientos años. Puede verlo por sus armas y...

Ahora oyó la insistente llamada del teléfono, se volvió hacia la puerta de hierro ondulada del patio cubierto.

—¿Adonde va? —El hombre de la KGB salió de su imperturbabilidad y sacó las manos de los bolsillos—. ¿Espera que le diga a Yuri Andropov que esa... esa *carnicería*... ha sido hecha por hombres muertos?

Casi se le atragantaron las últimas palabras; tosió con fuerza y escupió en la nieve.

—Quédese ahí mucho rato —dijo Krakovitch por encima del hombro—, respirando los vapores del tubo de escape mientras fuma esa hierba, ¡y ya puede subir al camión con ellos!

Cruzó la puerta y la cerró de golpe.

—*¿Zombies?*

El agente frunció la nariz y miró de nuevo el cargamento de cadáveres.

Él no podía saberlo, pero eran tártaros de Crimea, muertos *en masse* por los refuerzos rusos que acudían a toda prisa al devastado Moscú. Habían muerto y se habían hundido en sangre y fango y lodo, para yacer, en parte conservados, en la turba de un campo de bajo nivel, y volver a levantarse, hacía dos noches, para entablar una guerra contra el *château.* Los tártaros y su joven líder inglés, Harry Keogh, habían triunfado en esta guerra, pues sólo cinco de los defensores del *château* habían sobrevivido. Krakovitch era uno de ellos. Cinco de treinta y tres, y la única baja del enemigo había sido el propio Harry Keogh. Una proporción sorprendente, a menos que se contara a los tártaros. Pero difícilmente se los podía contar, ya que estaban muertos antes de empezar la lucha...

Esto era lo que pensaba Krakovitch al entrar en el que mucho tiempo atrás había sido un patio empedrado y ahora era una vasta zona con baldosas de plástico y divididas en espaciosos invernaderos, pequeños compartimientos y laboratorios, donde los operarios de la Organización E habían estudiado y practicado sus dotes esotéricas con cierta comodidad, en el medio y condiciones más adecuados para su trabajo. Cuarenta y ocho horas antes, el lugar había sido inmaculado; ahora estaba hecho un desastre. Los tabiques habían sido agujereados por las balas y los efectos de las explosiones y del fuego podían verse en todas partes. Era extraordinario que todo el edificio no hubiese sido pasto de las llamas y arrasado en su totalidad.

En un sector relativamente despejado —la llamada Sala de Control de Investigación— se había colocado una mesa sobre la cual estaba el teléfono que en ese momento sonaba. Krakovitch, que se dirigía a él, se detuvo un momento para apartar un gran trozo de tabique que le cerraba el paso. Debajo del mismo, medio enterrados bajo cascotes de yeso, cristales rotos y los restos de un sillón de madera, un brazo y una mano humanos yacían como una enorme babosa gris. La carne estaba encogida, su color era de cuero, y el hueso que sobresalía a la altura del hombro, blanco y brillante. Aquello era casi un fósil. Todavía se descubrirían muchos más fragmentos como éste, desparramados en todo el *château*, pero, aparte de su aspecto repulsivo, eran... inofensivos. Krakovitch había visto trozos como éste, sin cabeza o cerebro que los guiase, que se arrastraban, luchaban, ¡mataban...!

Se estremeció, apartó el brazo a un lado con el pie y se dirigió al teléfono.

—Diga. Aquí, Krakovitch.

—¿Quién? —replicó la persona desconocida que llamaba—. ¿Krakovitch? ¿Es usted quien está al mando ahí?

Era una voz femenina que hablaba con resolución.

—Supongo que sí, sí —respondió Krakovitch—. ¿En qué puedo servirle?

—A mí, en nada. En cuanto al jefe del Partido, sólo él puede decírselo. ¡Ha estado tratando de hablar con usted desde hace cinco minutos!

Krakovitch estaba cansado. No había dormido desde aquella pesadilla y dudaba de que pudiera dormir de nuevo. Él y los otros cuatro supervivientes, uno de ellos loco de atar, no habían salido de la cámara de seguridad hasta el domingo por la mañana, cuando el aire se había agotado. Después, los otros habían prestado declaración y luego enviados a casa. El *château* Bronnitsy era un establecimiento de alta seguridad, por lo que sus relatos no serían para consumo general. En verdad, Krakovitch, que era el único superviviente realmente coherente, había pedido que el caso en su totalidad fuese enviado directamente a Leónidas Brezhnev. En todo caso, esto era lo pertinente: Brezhnev era el hombre en la cumbre, directa y personalmente responsable de la Organización E, a pesar de que había delegado en Gregor Borowitz. Pero esta rama había sido importante para el jefe del Partido, que estaba enterado de todo lo que había salido de ella (o al menos de todo lo que tenía alguna importancia). Borowitz tenía que haberle contado también algunas cosas sobre el trabajo paranormal — iteralmente Espionaje— para que Brezhnev pudiese juzgar con cierto

conocimiento de causa, lo que había sucedido allí. O así lo esperaba Krakovitch. En todo caso, ¡tenía que ser mejor que explicarlo a Yuri Andropov!
—¿Krakovitch? —ladró el teléfono. (¿Era realmente el jefe del Partido?)
—Pues... sí, señor, Félix Krakovitch. Pertenecí al personal del camarada Borowitz.
—¿Félix? ¿Por qué me dice el nombre además del apellido? ¿Espera que lo llame por su nombre?
La voz era cortante, pero también sonaba como si el que hablaba estuviese comiendo algo blando. Krakovitch había oído alguno de los poco frecuentes discursos de Brezhnev; sólo podía ser él.
—Yo... no, claro que no, camarada jefe del Partido. —(¿Cómo diablos había que dirigirse a él?)— Pero yo...
—Escuche, ¿tiene usted el mando ahí?
—Sí..., camarada jefe...
—¡Déjese de tonterías! —gruñó Brezhnev—. No necesito que me recuerden lo que soy; sólo quiero respuestas. ¿No queda nadie que sea superior a usted?
—No.
—¿Alguien que sea igual a usted?
—Cuatro; pero uno está loco.
—¿Eh?
—Se volvió loco cuando... sucedió aquello.
Hubo una pausa; después prosiguió la voz, aunque con menos dureza:
—¿Sabe que Borowitz ha muerto?
—Sí. Un vecino lo encontró en su *dacha* de Zhukovka. El vecino era un ex agente de la KGB y se puso al habla con el camarada Andropov, el cual envió un hombre. Ahora está allí.
—Conozco otro nombre —continuó la voz gruesa y gangosa de Brézhnev—.
Boris Dragosani. ¿Qué ha sido de él?
—Muerto —y antes de que pudiese morderse la lengua añadió—: gracias a Dios.
—¿Eh? ¡¿Se alegra de que haya muerto uno de sus camaradas?!
—Yo... sí, me alegro. —Krakovitch estaba demasiado cansado para decir algo que no fuese la pura verdad, salida del corazón—. Creo muy probable que haya intervenido en esto; al menos, creo que él atrajo esta calamidad sobre nosotros. Su cuerpo está todavía aquí. También lo están los de todos nuestros muertos, y el de Harry Keogh, un agente británico, creemos. Y también...
—¿Los tártaros?
Brézhnev estaba ahora tranquilo. Krakovitch suspiró. A fin de cuentas, el hombre no era esclavo de los convencionalismos.
—Sí, pero ya no están... animados —respondió.
Hubo otra pausa.
—Krakovitch..., hum, ¿dijo usted Félix? He leído las declaraciones de los otros tres. ¿Son veraces? ¿No hay posibilidad de error, de una sugestión colectiva o algo parecido? ¿Fue realmente tan grave como dicen?
—Son veraces, no hay posibilidad de error, y la cosa *fue* tan grave como han dicho.
—Escuche, Félix. Encargúese de eso. Quiero decir, *personalmente.* No quiero que se cierre la Organización E. Ha sido más que útil para nuestra seguridad. Y Borowitz era más valioso para mí de lo que creerían muchos de mis generales. Por consiguiente, quiero que se reconstruya la Organización. Y parece que usted es la persona adecuada para ello.
Krakovitch se sintió como una mosca golpeada; se tambaleó, no encontraba las palabras.
—Yo..., camarada..., quiero decir...
—¿Puede hacerlo?

Krakovitch no estaba loco. Era la oportunidad de toda una vida.
—Tardaremos años... Pero sí, lo intentaré.
—¡Bien! Pero, si se encarga de esto, tendrá que hacer algo más que intentarlo, Félix. Dígame qué necesita, y lo tendrá. Lo primero que quiero son respuestas. Pero soy el único a quien debe darlas, ¿comprendido? Hay que echar tierra a este asunto. No debe producirse ninguna filtración. Y esto me recuerda una cosa. ¿Ha dicho que había alguien de la KGB con usted?
—Sí; está fuera.
—Llámelo. —La voz de Brezhnev volvía a ser dura—. Que se ponga al aparato.
¡Tengo que hablar con él enseguida!
Krakovitch echó a andar hacia la puerta, en el momento en que se abría ésta y aparecía el hombre en cuestión. Éste irguió los hombros, dirigió una mirada hosca a Krakovitch, entrecerró los ojos, y dijo:
—No hemos terminado, camarada.
—Temo que sí. —Krakovitch se sentía animado, boyante. Debía de ser que la fatiga empezaba a producirle efecto—. Hay alguien al teléfono que quiere hablar con usted.
—¿Eh? ¿Conmigo? —El otro pasó por su lado—. ¿Quién es? ¿Alguien de la oficina?
—No estoy seguro —mintió Krakovitch—. De la oficina principal, supongo.
El hombre de la KGB frunció el rostro y cogió el teléfono.
—Aquí Yanov. ¿Qué pasa? Tengo trabajo y...
Su cara experimentó al instante un rápido cambio de expresión y de color. Se estremeció visiblemente y casi se tambaleó. Se habría dicho que sólo el teléfono lo sostenía en pie.
—¡Sí, señor! Oh, sí, señor, ¡Sí, señor! ¡Sí, señor! No, señor. Lo haré, señor.
Sí, señor. Pero yo..., no, señor. *¡Sí, señor!*
Parecía mareado; tendió el teléfono a Krakovitch, dichoso de poder librarse de él.
Mientras Krakovitch cogía el auricular, el agente le susurró, irritado:
—¡Imbécil! ¡Es el jefe del Partido!
Krakovitch abrió mucho los ojos e hizo una «O» con la boca. Después dijo con naturalidad al micrófono:
—Aquí Krakovitch —y volvió el auricular en dirección al hombre de la KGB, para que pudiese oír la voz de Brézhnev.
—¿Félix? ¿Se ha ido ya ese gilipollas?
Ahora le tocó al policía especial hacer una «O» con la boca.
—Ahora se marcha —respondió Krakovitch. Señaló enérgicamente con la cabeza hacia la puerta—. ¡Salga! Y no olvide lo que le ha dicho el jefe del Partido.
Por su bien.
El agente de la KGB sacudió la cabeza aturdido; luego se lamió los labios y se dirigió a la puerta. Todavía estaba pálido. Al llegar a la puerta, se volvió y adelantó el mentón.
—Yo... —empezó a decir.
—Adiós, camarada —lo despidió Krakovitch—. Ahora se ha ido —dijo por teléfono, al cerrarse de golpe la puerta.
—¡Bien! No quiero que ellos se entrometan. No jugaron con Gregor, y no quiero que jueguen con usted. Si le causan algún problema, comuníquemelo directamente.
—Sí, señor.
—Ahora le diré lo que quiero..., pero primero, dígame una cosa. ¿Se han salvado los archivos de la Organización?
—Se ha salvado casi todo, salvo nuestros agentes. Ha habido muchos daños.
Pero creo que los archivos, las instalaciones,... el propio *château*, se hallan en buen estado. En cuanto a la fuerza humana, es otra historia. Le diré lo que nos queda. Yo y otros tres supervivientes; seis que están de vacaciones en diferentes lugares; tres telépatas bastante

buenos, de servicio permanente en relación con las embajadas de Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, y cuatro o cinco agentes distribuidos por el mundo. Como los muertos han sido veintiocho, hemos perdido casi dos tercios de nuestro personal. La mayoría de los mejores ha fallecido.
—Sí, sí —se impacientaba Brézhnev—. La fuerza humana es importante; por eso le he preguntado sobre los archivos. ¡Reclutamiento! Esta es su primera tarea.
Necesitará mucho tiempo, lo sé, pero ponga manos a la obra. El viejo Gregor me dijo una vez que tenía usted unos hombres especiales, capaces de descubrir a otros dotados de talento, ¿no?
—Tengo todavía un buen observador, sí —respondió Krakovitch, asintiendo inconscientemente con la cabeza—. Lo emplearé enseguida. Y, desde luego, empezaré a estudiar los archivos del camarada Borowitz.
—¡Bien! Ahora veamos con qué rapidez puede limpiar ese lugar. Los cadáveres tártaros, ¡quémelos! Y no deje que nadie los vea. No me importa cómo lo haga; pero hágalo. Después redacte un presupuesto completo para las reparaciones en el *château.* Será atendido enseguida. Tendré un hombre aquí, en este número o en otro que él le dará, con quien podrá ponerse en contacto siempre que necesite algo. A partir de ahora, usted lo tendrá informado y él me informará a mí. Será su único jefe, pero no le negará nada. ¿Se da cuenta de lo mucho que lo aprecio, Félix? Bueno, la cosa puede empezar. En cuanto a lo demás, Félix Krakovitch, ¡quiero saber *cómo* ha ocurrido esto! ¿Están tan adelantados los británicos, los americanos, los chinos? Quiero decir, ¿cómo *pudo* un hombre, ese Harry Keogh, causar tanto daño?
—Camarada —respondió Krakovitch—, usted ha mencionado a Boris Dragosani. Una vez lo vi trabajar. Era un nigromante. Olía los secretos de los muertos. Lo he visto hacer cosas, con los cadáveres, que me causaron pesadillas durante meses. ¿Pregunta usted cómo podía hacer Harry Keogh tanto daño? Por lo poco que he podido descubrir hasta ahora, parece que era capaz de casi todo.
Telepatía, teletransporte, incluso la propia necromancia de Dragosani. Era el mejor de ellos. Pero creo que estaba muchos pasos por delante de Dragosani. Una cosa es torturar a los muertos y arrancar sus secretos de la sangre, el cerebro y las entrañas, y otra muy distinta hacer que se levanten de las tumbas y que luchen para uno.
—¿Teletransporte? —El jefe del Partido reflexionó un instante y, después, dijo con impaciencia—: Mire, cuanto más oigo de esas cosas, menos inclinado me siento a creerlas. No las *creería* en absoluto, si no hubiese visto los resultados de Borowitz. ¿Y de qué otra manera podría explicar la presencia de doscientos cadáveres de tártaros? Pero ahora..., ya he gastado suficiente tiempo con esto.
Tengo otras cosas que hacer. Dentro de cinco minutos tendré a su intermediario en esta línea. Piénselo y dígale lo que quiere que se haga, lo que necesita. Él hará todo lo que pueda. Ha desempeñado otras veces esta función. Bueno, ¡no exactamente una función de *esta* clase! Una última cosa...
A Krakovitch le daba vueltas la cabeza.
—Quiero que esto quede bien claro: necesito las respuestas lo antes posible.
Pero tiene que haber un límite, y este límite es un año. Entonces trabajará la Organización al ciento por ciento de eficacia, y usted y yo lo sabremos todo. Y lo comprenderemos todo. Mire, cuando tengamos todas las respuestas, Félix, sabremos tanto como los que han hecho esto. ¿De acuerdo?
—Parece lógico, señor jefe del Partido.
—Lo es. Conque, adelante. Y suerte...
El teléfono emitió un zumbido continuo.

Krakovitch colgó con cuidado el aparato, lo miró fijamente unos instantes y se dirigió a la puerta. Mentalmente, hacía listas, en un orden aproximado de preferencia, de las cosas que había que hacer. En el mundo occidental, una tragedia como ésta no habría podido encubrirse jamás, pero en la URSS esto no sería tan difícil. Krakovitch no estaba seguro de si era o no lo mejor.

1.Los muertos tenían familias. Ahora tendrían que contarles algún cuento: tal vez que se había producido un «accidente catastrófico». Esto sería de responsabilidad de su intermediario.

2.Había que llamar enseguida a todo el personal de la Organización E, incluidos los tres que sabían lo que había ocurrido aquí. Ahora estaban en sus casas, pero sabían lo bastante para no decir nada.

3.Había que recoger a los veintiocho colegas de la Organización E, depositarlos en ataúdes y preparar el entierro lo mejor posible. Y esto tendrían que hacerlo aquí los supervivientes y los que volviesen del permiso.

4.Había que empezar con prontitud el reclutamiento.

5.Había que designar un segundo en el mando, a fin de que Krakovitch pudiese empezar una adecuada y *completa* investigación a fondo. Esto era algo que debía hacer personalmente, tal como Brezhnev le había ordenado.

Y 6... ya pensaría en el punto seis cuando estuviesen en marcha los cinco primeros. Pero antes de todo esto...

Fuera encontró al conductor del camión militar, un joven sargento de uniforme.

—¿Cómo se llama? —le preguntó, con indiferencia.

Necesitaba dormir un poco, y pronto.

—Sargento Gulhárov, *señor* —respondió el conductor, cuadrándose.

—¿Nombre?

—Sergei, *señor*.

—Sergei, llámeme Félix. Dígame, ¿ha oído hablar alguna vez del Gato Félix?

El otro sacudió la cabeza.

—Tengo un amigo que colecciona viejas películas de historietas —le dijo Krakovitch y se encogió de hombros—. Tiene muchas relaciones. En todo caso, se trata de un gracioso personaje de historieta, americano, llamado Gato Félix. Es muy cauteloso este Félix. Los gatos por lo general lo son, ¿sabe? En el ejército británico, también llaman Félix a los oficiales encargados de neutralizar las bombas; porque tienen que andarse con mucho cuidado. ¡Ah! Tal vez mi madre habría debido llamarme Sergei, ¿eh?

El sargento se rascó la cabeza.

—¿Señor?

—Olvídelo —dijo Krakovitch—. Dígame, ¿lleva gasolina de repuesto?

—Sólo la que hay en el depósito, señor. Unos cincuenta litros.

Krakovitch asintió con la cabeza.

—Bien, subamos al coche y le diré adonde tenemos que ir.

Lo dirigió alrededor del *château* hasta un *bunker* próximo a la pista de helicópteros, donde guardaban el *avgas*. Estaba muy cerca, pero era mejor llevar el camión hasta el *avgas* que traer el *avgas* hasta el camión. Durante el proyecto, saltando sobre el suelo desigual, preguntó el sargento:

—¿Qué ha pasado aquí, señor?

Krakovitch advirtió por primera vez que tenía unos ojos vidriosos. Había ayudado a subir la horrible carga al camión.

—No haga nunca esta clase de preguntas —le dijo Krakovitch—. En realidad, no pregunte *nada* mientras esté aquí, que supongo que será por mucho, mucho tiempo. Sólo haga lo que yo le diga.

Cargaron los bidones de *avgas* en el camión y se dirigieron a un rincón boscoso de los jardines del *château* donde la tierra era muy pantanosa. Sergei Gulhárov protestó, pero Krakovitch lo hizo seguir adelante hasta que el camión quedó atascado en la nieve y el fango.

—Ya basta —ordenó Krakovitch.

Se apearon y descargaron el *avgas,* y el sargento, todavía protestando, ayudó a Krakovitch a verter el carburante de avión alrededor y dentro del camión. Cuando hubieron terminado, preguntó Krakovitch:

—¿Hay algo en la cabina que quiera conservar?

—No, señor. —Gulhárov estaba muy agitado—. Señor... bueno, Félix, no puede hacer esto. ¡No debemos hacer esto! Me someterán a consejo de guerra. ¡Tal vez me fusilarán! Cuando vuelva al cuartel, ello me...

—¿Es casado o soltero?

Krakovitch vertió un fino reguero de *avgas* desde el camión hasta dentro de la arboleda. Trazó un surco oscuro en la nieve.

—Soltero, —Yo también. ¡Bueno! Lo cierto es que no va a volver al cuartel, Sergei. De ahora en adelante, trabajará conmigo. Siempre.

—Pero...

—No hay pero que valga. El jefe del Partido lo ha ordenado. ¡Debería considerarlo un honor!

—Pero mi sargento mayor y el coronel...

—Créame —lo interrumpió de nuevo Krakovitch—, se sentirán orgullosos de usted. ¿Fuma, Sergei?

Palpó los bolsillos de la bata, que había perdido su blancura, y encontró los cigarrillos.

—Sí, señor; a veces.

Krakovitch le ofreció un cigarrillo y se llevó otro a la boca.

—Me parece que he olvidado las cerillas.

—Señor, yo...

—Cerillas — repitió Krakovitch y alargó la mano.

Gulhárov cedió y empezó a buscar en un bolsillo profundo. Si Krakovitch estaba loco, todo acabaría bien. Lo encerrarían y el sargento Sergei Gulhárov sería eximido de toda culpa. Desde luego, podía también presumir que estaba loco y saltar sobre él en ese mismo instante. Entonces, si estaba *realmente* loco, él sería un héroe. Se preparó para actuar.

Krakovitch lo vio venir, sólo con unos segundos de anticipación. Éste era su don: precognición, ver de antemano. En situaciones como ésta, era tan valioso como la telepatía; casi pudo sentir cómo se contraían los músculos del sargento.

—Si hace eso —dijo rápida y serenamente, mirándolo a los ojos—, sí que lo someterán a consejo de guerra.

Gulhárov se mordió el labio, cerró y abrió un puño, sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

—¿Cree realmente que tomaría en vano el nombre del jefe del Partido?

El sargento sacó una caja de cerillas del bolsillo y se la tendió. Se apartaron del reguero de *avgas.* Entonces Krakovitch encendió los cigarrillos, resguardó la llama con la mano hasta que toda la cerilla estuvo ardiendo y, por último, la arrojó sobre el surco letal en la nieve.

Unas llamas azules, casi invisibles, saltaron hacia el camión situado a treinta metros de distancia. La nieve del bosquecillo se fundió bajo aquel súbito e intenso calor. Y el camión ardió con un destello cegador de fuego y de brillante luz azulada.

Los dos hombres se echaron atrás y observaron cómo rugían y se elevaban las llamas. Podían oír los chasquidos, silbidos y estallidos del cargamento de antiguos cadáveres, que parecían arder perfectamente. *Volved al lugar del que vinisteis, amigos,* pensó Krakovitch; *ahora nadie podrá volver a molestaros.*

—Vamos —dijo en voz alta—. Vayámonos de aquí antes de que estalle el depósito de gasolina.
Corrieron torpemente sobre la nieve, en dirección al *cháteau.* Aunque parezca extraño, la explosión del depósito no se produjo hasta que estuvieron a la sombra del edificio y el camión no era más que una cascara ardiente. Al oír el estruendo y sentir ligeramente la onda expansiva, se volvieron a mirar atrás. La cabina, el chasis y la carrocería habían quedado destrozados, y fragmentos encendidos caían sobre la nieve; un hongo de humo y llamas se desplegaba a gran altura sobre las copas de los árboles. Asunto terminado...
Krakovitch habló por vez primera por teléfono con su intermediario, una voz anónima que parecía muy poco interesada en lo que él estaba diciendo, pero que era precisa y cortante cuando pedía más información, y acabó diciendo:
—Ah, tengo aquí un nuevo ayudante, el sargento Sergei Gulhárov, del cuartel de intendencia y transportes de Serpukhov. Lo he retenido. ¿Puede usted hacer que sea destinado de modo permanente al *château*? Es joven y vigoroso y tengo mucho trabajo para él.
—Sí, lo haré —fue la fría y clara respuesta—. ¿Dice que será su factótum?
—Y mi guardaespaldas, en caso necesario —dijo Krakovitch—. Físicamente, yo no valgo gran cosa.
—Muy bien. Veré si es posible que reciba instrucción de protección militar. Y también sobre armas, si hace falta. Desde luego, podríamos ahorrarnos trabajo proporcionándole un profesional...
—No —dijo con firmeza Krakovitch—. Nada de profesionales. Éste me servirá.
Es muy ingenuo, y eso me gusta. Es agradable.
—Krakovitch —dijo la voz—, necesito saber una cosa. ¿Es usted homosexual?
—¡Claro que no! ¡Ah! Ya veo. No; lo necesito de veras, y parece tan marica como un soldador de astillero. Le diré por qué lo quiero aquí precisamente ahora:
porque estoy solo. Si usted estuviese aquí, sabría lo que eso significa.
—Sí, me han dicho que ha tenido usted que capear un buen temporal. Está bien, deje eso en mis manos.
—Gracias —dijo Krakovitch, y cortó la comunicación.
Gulhárov estaba impresionado.
—¿Sólo esto? —dijo—. Tiene usted mucho poder, señor.
—Lo parece, ¿verdad? —Krakovitch sonrió con cansancio—. Escuche, me caigo de sueño, pero tenemos que hacer otra cosa antes de que pueda echarme a dormir.
Y deje que le diga que, si cree que lo que ha visto era muy desagradable, ¡lo que va a ver es mucho peor! Venga conmigo.
Lo condujo entre el caos de habitaciones destrozadas y cascotes amontonados, desde el patio cubierto hasta el edificio primitivo y principal y, después, por dos tramos de escalera desgastada por el tiempo, al interior de una de las dos torres gemelas. Era aquí donde había tenido Gregor Borowitz su despacho, que Dragosani había convertido en su sala de control aquella noche de horror.
La escalera estaba mellada y ennegrecida, con pequeños fragmentos de metralla, balas de plomo chafadas y casquillos de cobre tirados en todas partes. El olor a cordita era todavía fuerte en el aire. Debía de ser de las granadas arrojadas desde arriba cuando atacaron la torre. Pero nada de esto había detenido a Harry Keogh y a sus tártaros. En el segundo rellano, la puerta de un pequeño antedespacho estaba abierta. La habitación había servido de oficina al secretario de Borowitz, Yul Galenski. Krakovitch lo había conocido en persona: un hombre más bien tímido, un oficinista sin talento extrasensorial. Un simple empleado.

De bruces en el rellano, entre la puerta abierta y la barandilla de la caja de la escalera, yacía un cadáver con uniforme de servicio del *château:* bata gris, con una sola raya amarilla en diagonal sobre el corazón. No era Galenski (éste había sido el único «paisano» del lugar), sino el oficial de guardia. El cuerpo estaba absolutamente plano sobre el suelo, en un gran charco de sangre. Más plano de lo que hubiese debido estar. Y es que quedaba muy poco de lo que había sido la cara; sólo una masa aplastada.

Krakovitch y Gulhárov pasaron con cuidado sobre el cadáver y entraron en la pequeña oficina. Detrás de una mesa, junto a un rincón, se hallaba sentado Galenski, con las manos apretadas sobre una espada curva y herrumbrosa que sobresalía de su pecho. La fuerza de la estocada había sido tal que el hombre había quedado clavado en la pared. Todavía tenía los ojos abiertos, pero no había espanto en ellos. En algunas personas, la muerte anula toda emoción.

—¡Virgen Santa! —murmuró Gulhárov.

Nunca había visto nada parecido. Ni siquiera había combatido jamás como soldado, por ahora...

Cruzaron una segunda puerta y entraron en lo que había sido el despacho de Borowitz.

Era espacioso, con grandes ventanas a prueba de balas, abiertas en el muro redondeado de la torre y con vistas a los bosques lejanos. La alfombra estaba quemada y manchada aquí y allá. En un rincón había una mesa maciza de roble, que recibía luz de las ventanas y protección de la pared de piedra que había detrás de ella. En cuanto al resto de la habitación, todo eran escombros... ¡y una pesadilla!

Una radio destrozada había vertido sus entrañas sobre el suelo; las paredes parecían picadas de viruelas y la puerta estaba astillada por los impactos de las ráfagas de balas; el cuerpo de un joven vestido al estilo occidental yacía donde había caído, detrás de la puerta, casi partido por la mitad por el fuego de ametralladora. Estaba pegado al suelo con su propia sangre. Era el cuerpo de Harry Keogh: nada agradable a la vista; pero no había miedo ni dolor en el blanco e ileso semblante.

En cuanto a la pesadilla, yacía apoyada en la pared, al otro lado de la habitación.

—Boris Dragosani —dijo Krakovitch, señalándolo—. Creo que lo que tiene clavado en el pecho es lo que lo controlaba.

Cruzó con cautela la estancia para mirar lo que quedaba de Dragosani y de su criatura parásita; Gulhárov se quedó detrás de él: no quería acercarse demasiado.

Las dos piernas de Dragosani estaban rotas y torcidas en ángulos extraños.

Los brazos pendían junto a la pared hasta el zócalo, con los codos a poca distancia del suelo, los antebrazos en un ángulo de noventa grados y las manos sobresaliendo mucho de los puños de su chaqueta. Eran como garras, grandes, vigorosas y rapaces, inmovilizadas en el último espasmo. Su cara tenía un rictus de agonía, empeorado por el hecho de que aquello era a duras penas una cara humana, y todavía más por la raja que hendía el cráneo de oreja a oreja.

¡Pero *su cara*...!

Las mandíbulas de Dragosani eran largas como las de algunos grandes perros de caza, y la boca abierta mostraba unos dientes curvos y afilados. El cráneo era deforme, y las orejas, puntiagudas y pegadas a las sienes. Los ojos eran pozos rojos, sobre una nariz larga y arrugada y aplastada, con unas fosas abiertas, como el pico retorcido de un enorme murciélago. Esto era lo que parecía: parte hombre, parte lobo, parte murciélago. Y lo que estaba clavado en su pecho era aún peor.

—¿Qué... qué es *eso?* —preguntó, jadeante, Gulhárov.

—¡Que Dios me ampare! —Krakovitch sacudió la cabeza—. ¡No lo sé! Pero vivía dentro de él. Sólo salió al final.

El tronco de aquella cosa tenía la forma de una sanguijuela gigantesca, de unos cuarenta y cinco centímetros de longitud, pero acabada en una cola. No tenía patas; parecía pegada al pecho de Dragosani por succión, y era sostenida allí por una afilada astilla de la culata de una ametralladora; la piel era de un verde grisáceo y estaba arrugada. Gulhárov vio que la cabeza, plana como la de una cobra —pero sin ojos, ciega—, yacía a poca distancia sobre la alfombra.

—Es... como una enorme lombriz —dijo Gulhárov, con el horror pintado en su semblante.

—Algo así —asintió, ceñudo, Krakovitch—. Pero inteligente, malvada, letal.

—¿Por qué hemos subido aquí? —La nuez de Gulhárov subía y bajaba—. Hay cincuenta millones de lugares más agradables que éste.

El rostro de Krakovitch estaba pálido y contraído. Comprendía perfectamente lo que sentía Gulhárov.

—Hemos subido aquí porque tenemos que quemar eso —dijo.

De nuevo le había advertido su talento que tanto Dragosani como su simbionte *debían* ser totalmente destruidos. Miró a su alrededor y vio un alto archivador de acero junto a la pared, a un lado de la puerta. El y Gulhárov extrajeron los estantes y lo convirtieron en un ataúd metálico. Lo pusieron boca arriba y lo arrastraron hacia Dragosani.

—Usted levántelo de los hombros, yo le agarraré los muslos —dijo Krakovitch—. Cuando lo hayamos metido aquí, cerraremos la puerta y lo llevaremos abajo. Con franqueza, no me gusta tocarlo. Lo tocaré lo menos posible. Esta forma tiene que ser la mejor.

Levantaron con cuidado el cadáver, lo pasaron por encima del borde del archivador y lo depositaron dentro. Gulhárov fue a cerrar la puerta del archivador y se le interpuso la astilla saliente. La agarró con ambas manos... y el aviso mental fue como un puñetazo en el corazón de Krakovitch.

—*¡No toque eso!* —gritó, pero demasiado tarde.

Cuando Gulhárov arrancó el trozo de madera, aquella especie de sanguijuela sin cabeza cobró vida. Su repugnante cuerpo, parecido al de una babosa, empezó a agitarse frenéticamente, de modo que casi salió del archivador. Al mismo tiempo, su piel correosa se abrió en una docena de sitios, proyectando tentáculos protoplásmicos que se retorcían y vibraban en una especie de agonía insensata.

Estos seudópodos azotaron los lados del archivador, se encogieron y se posaron sobre el cuerpo de Dragosani. Atravesaron la ropa y la carne muerta y se hundieron en ella. Brotaron más del cuerpo principal; formaron lengüetas, que se engancharon en la carne de Dragosani. Uno de los tentáculos encontró la cavidad torácica y pronto adquirió el diámetro de la muñeca de un hombre; los demás disolvieron sus lengüetas, soltaron sus presas, se encogieron y siguieron al tentáculo mayor dentro del cuerpo. Con un chasquido final, todo aquel organismo quedó encerrado en el cuerpo de Dragosani. El tronco de éste empezó a moverse y a palpitar dentro del archivador.

Mientras ocurría todo esto, Gulhárov se había alejado y saltado sobre la mesa, desde donde gritaba obscenidades casi inarticuladas y temblaba como una mujer.

Señalaba algo. Krakovitch, casi paralizado por la impresión y el horror, vio que la plana cabeza de cobra de la criatura-sanguijuela, vibraba sobre el suelo, agitándose como una platija fuera del agua. Lanzó un grito de asco y empezó a ganarlo el pánico; pero se sobrepuso y logró alejar el terror. Por último, cerró la puerta del archivador y corrió el cerrojo.

Agarró un cajón metálico que habían sacado de aquél y gritó:

—Bueno, *¡ayúdeme!*

Gulhárov bajó de la mesa. Todavía tenía la astilla en la mano, se aferraba a ella como a una muerte inexorable. Empujando con ella la móvil cabeza, y sin dejar de maldecir en voz baja, consiguió al fin meter aquella cosa en el cajón de Krakovitch. Este lo tapó con un

estante y Gulhárov trajo un par de pesados libros para asegurarlo. Tanto el archivador como el cajón temblaron y se sacudieron durante unos segundos más, y al fin quedaron inmóviles.
Krakovitch y Gulhárov se miraron como un par de fantasmas, ambos jadeantes, blancos como el papel y con los ojos desorbitados. Entonces, Krakovitch gruñó, alargó un brazo y dio una bofetada al otro.
—¿Guardaespaldas? —gritó—. ¡Vaya un guardaespaldas! —Lo abofeteó de nuevo—. *¡Al diablo con usted!*
—Yo... lo siento. No sabía qué...
Gulhárov temblaba como una hoja, parecía que iba a desmayarse.
Krakovitch se calmó. Difícilmente podía censurarlo.
—Está bien —dijo—. Está bien. Ahora escuche: quemaremos la cabeza aquí.
Lo primero, ahora mismo. Vaya a buscar *avgas;* deprisa.
Gulhárov salió, tambaleante. Pero regresó en un tiempo récord con un bidón.
Deslizaron el estante encima del cajón, dejando una pequeña abertura, y vertieron *avgas.* No hubo movimiento en el interior del cajón.
—¡Basta! —dijo Krakovitch—. Un poco más, y la explosión sería infernal.
Vamos, ayúdeme a arrastrar el archivador a la otra habitación.
Volvieron al cabo de un momento y Krakovitch abrió los cajones de la mesa de Borowitz. Encontró lo que buscaba: un pequeño ovillo de cordel. Cortó un trozo de tres metros, lo mojó con *avgas,* e introdujo con cuidado una punta en la abertura del cajón metálico. Después tendió el cordel sobre el suelo, en línea recta, en dirección a la puerta, y tomó las cerillas de Gulhárov. Encendió la mecha y los dos se taparon los ojos.
Un fuego azul se propagó por el suelo y saltó dentro del cajón. Hubo un sordo estampido, y el estante, los libros y todo lo demás se estrelló contra el techo y volvió a caer. El cajón de metal era un infierno en el que bailaba y saltaba la plana cabeza de serpiente; pero no por mucho tiempo. Al combarse el cajón por el calor, y ennegrecerse e inflamarse la alfombra debajo de aquél, aquella cosa se hinchó, se abrió y empezó a licuarse. Y, entonces, también ella ardió. Pero Krakovitch y Gulhárov esperaron un minuto más antes de apagar el fuego.
Krakovitch asintió con la cabeza.
—Bueno, ¡al menos sabemos que esa cosa arde! —dijo—. Probablemente estaba muerta, pero mis libros dicen que, cuando algo está muerto, ¡no se mueve!
Bajaron el archivador a la planta baja, lo transportaron a través del maltrecho edificio y lo sacaron al aire libre. Krakovitch montó guardia mientras Gulhárov iba a buscar *avgas.* Cuando volvió, dijo Krakovitch:
—Tenemos que actuar con precaución. Primero verteremos un poco de ese líquido alrededor del archivador. De esta manera, si lo que está dentro se muestra... activo, sólo tendremos que saltar atrás y arrojar una cerilla. Y esperar a que se quede quieto. Y así sucesivamente...
Gulhárov no pareció muy convencido, pero ahora estaba mucho más alerta.
Vertieron *avgas* sobre y alrededor del archivador, y Gulhárov se apartó mucho de él. Krakovitch descorrió el cerrojo y levantó ruidosamente la puerta. Dentro, Dragosani miraba al cielo. Su pecho se movió un poco, pero eso fue todo. Cuando Krakovitch, con mucho cuidado, empezó a verter *avgas* dentro del archivador, cerca de los pies de Dragosani, Gulhárov se adelantó. Ahora le tocaba a él ser precavido.
—No eche demasiado —dijo—, o estallará como una bomba.
Cuando el carburante alcanzó una altura de unos dos centímetros alrededor del cuerpo tendido de Dragosani, y empezó a evaporarse rápidamente, el pecho del muerto sufrió una fuerte sacudida. Krakovitch interrumpió la tarea, clavó la vista en él y se echó un poco atrás. Fuera del círculo de peligro, Gulhárov estaba preparado para encender una cerilla.

Del pecho de Dragosani brotó un resbaladizo y reluciente zarcillo verde grisáceo. Su punta se abultó primero hasta adquirir el tamaño de un puño y, después, se transformó en un ojo. Con sólo verlo, supo Krakovitch que no había conciencia ni sensibilidad detrás de él. Era un ojo vacío, fijo, que no establecía relaciones ni comunicaba emociones. Krakovitch dudó incluso de que pudiese ver. Ciertamente, no había ningún cerebro al que pudiese transmitir su mensaje. El ojo se fundió en una *protocarne* y fue sustituido por unas pequeñas mandíbulas que rechinaron de modo automático. Luego se encogió de nuevo y se perdió de vista.

—Félix, ¡apártese de ahí!

Gulhárov estaba nervioso.

Krakovitch se apartó del círculo; Gulhárov encendió una cerilla y la arrojó; en un instante, el archivador se convirtió en un infierno. Como la boca oblonga de un motor a reacción al ser probado, lanzó una llamarada azul al aire frío, una resplandeciente columna de intenso calor. Y entonces, ¡Dragosani se sentó!

Gulhárov agarró a Krakovitch, se pegó a él.

—¡Oh, Dios! Madre mía..., ¡está vivo! —gimió.

—No —lo contradijo Krakovitch al tiempo que se soltaba—. La cosa que hay *dentro* de él está viva, pero no es consciente. No tiene más que instinto, sin cerebro para gobernarlo. Huiría, pero no sabe cómo hacerlo, ni siquiera adonde podría huir. Si pinchas un cohombro de mar, escupe sus entrañas. No es más que una reacción. ¡Mira, mira! ¡Se está derritiendo!

Y en verdad parecía que Dragosani se estaba derritiendo. El humo se elevaba en volutas de su cuerpo ennegrecido; se desprendían capas de piel, que se inflamaban; la grasa parecía cera fundida y era consumida por el fuego. La cosa que había dentro de él sintió el calor, reaccionó. El tronco de Dragosani se estremeció, vibró, se convulsionó. Los brazos se levantaron y cayeron sobre los costados del archivador ardiente y siguieron saltando y retorciéndose. La ropa estaba ahora completamente quemada y, mientras Krakovitch y Gulhárov observaban, estremecidos, la carne abrasada se abría aquí y allá, y surgían de ella frenéticos zarcillos que se fundían y caían en aquel horno.

Al poco rato, Dragonasi cayó hacia atrás y quedó inmóvil, y los dos hombres, plantados en la nieve, esperaron a que se extinguiese el fuego. Tardó veinte minutos en hacerlo, pero ellos permanecieron allí de todos modos.

27 de agosto de 1977, 3 de la tarde.

El gran hotel de Londres, a poco trecho andando de Whitehall, contenía más de lo que sugería su exterior. En realidad, todo el piso alto estaba ocupado por una compañía de «empresarios financieros internacionales», que era todo lo que sabía de ella el gerente del hotel. La compañía tenía un ascensor privado en la parte de atrás del edificio, una escalera exclusiva e incluso su propia salida de incendios. La compañía era dueña de todo el piso más alto y, por consiguiente, estaba fuera de la esfera de control y operaciones del hotel.

Dicho en pocas palabras, en el piso superior estaba la sede del más secreto de todos los servicios secretos británicos: el llamado INTPES, equivalente británico de la organización rusa con sede en el *château* Bronnitsy, en las afueras de Moscú.

Pero en el hotel sólo estaba la jefatura; había también dos «agencias», una en Dorset y la otra en Norfolk, directamente relacionadas entre sí y con la jefatura por teléfono, radioteléfono y ordenador. Estos enlaces, aunque de alta seguridad, estaban expuestos a sofisticadas intrusiones, desde luego; un buen técnico podía un día descubrir sus secretos. Sin embargo, antes de que esto ocurriese, la organización habría desarrollado sus telépatas hasta el punto de que todos aquellos aparatos tecnológicos serían innecesarios. Las ondas de radio viajan a trescientos mil kilómetros por segundo, pero el pensamiento humano es instantáneo y transmite imágenes más vividas y completas.

Esto era lo que pensaba Alec Kyle mientras, sentado a su mesa, redactaba las órdenes de seguridad para los seis oficiales de la Brigada Especial cuya única tarea en la vida era garantizar la seguridad personal de un niño que sólo tenía un mes, un niño llamado Harry Keogh, Harry hijo, el futuro jefe de INTPES.

—Harry —dijo Kyle en voz alta, a nadie en particular—, puedes tener ahora mismo el trabajo, si es que todavía lo quieres.

No, fue la respuesta inmediata que captó la mente de Kyle. *No ahora; ¡tal vez nunca!*

Kyle se quedó boquiabierto y se levantó de su sillón giratorio. Sabía lo que era; había experimentado algo muy parecido hacía ocho meses. Era telepatía, sí, pero algo más. Era el «niño» en el que había estado pensando, el niño cuya mente albergaba todo lo que quedaba del más grande talento PES del mundo: Harry Keogh.

—¡Jesús! —murmuró Kyle.

Y ahora comprendió de qué iba aquello, es decir, el sueño o pesadilla que había tenido la noche pasada y en el que se había visto cubierto de sanguijuelas grandes como gatos, cuyas bocas se habían pegado a él para chuparle la sangre, mientras saltaba y gritaba en el claro de un bosque de árboles inmóviles, hasta que se había sentido demasiado débil para seguir luchando. Entonces había caído al suelo, sobre las agujas de los pinos, y las sanguijuelas se habían aferrado a él... ¡y había sabido que se estaba *convirtiendo* en una sanguijuela!

Y esto, por fortuna, lo había despertado. En cuanto al significado del sueño, Kyle había renunciado hacía tiempo a tratar de leer la significación de estas visiones precognitivas. Esto era lo que tenían de malo: por lo general eran misteriosas, raras veces se explicaban por sí mismas. Pero, por cierto, había sabido que era un sueño de *aquéllos,* y ahora sospechaba que esto tenía algo que ver con él.

—¿Harry? —preguntó, en la fría atmósfera de la habitación.

Su aliento había formado una nubecita en el aire, pues, en pocos segundos, la temperatura había descendido de un modo extraordinario. Lo mismo que la última vez.

Algo se estaba formando en el centro de la habitación, delante de la mesa de Kyle. El humo de su cigarrillo temblaba allí y el aire parecía oscilar. Se levantó, fue deprisa hasta la ventana y cerró los postigos. La habitación se oscureció y la figura siguió cobrando forma delante de la mesa.

El intercomunicador zumbó, apremiante, y Kyle dio un salto. Corrió a su mesa, pulsó el botón del aparato receptor y una voz desalentada dijo:

—Alec, ¡hay algo aquí!

Era Carl Quint, un metapsíquico de alta sensibilidad, un «observador».

Kyle apretó el botón de transmisión y lo sostuvo así.

—Lo sé. Ahora está conmigo. Pero todo va bien; casi lo estaba esperando. — Ahora apretó el botón de bando y habló a toda la Jefatura—. Aquí Kyle. No quiero hablar con nadie durante... el tiempo que haga falta. Nada de mensajes, ni de llamadas, ni de preguntas. Escuchen, si quieren; pero no traten de intervenir.

Volveré a hablarles.

Apretó el botón de seguridad del ordenador de encima de la mesa, y la puerta y las ventanas se cerraron audiblemente. Y ahora, Harry Keogh y él estuvieron completamente a solas.

Kyle se relajó, haciendo un esfuerzo, y miró al... ¿fantasma? de Keogh, que se enfrentaba a él desde el otro lado de la mesa. Y volvió a su mente una idea antigua, que nunca lo había abandonado del todo desde el primer día que había venido a trabajar aquí para INTPES.

Vaya un panorama. Robots y románticos. La superciencia y lo sobrenatural.

Telemetría y telepatía. Cálculos de probabilidad computadorízados y precognición.

Artilugios y... ¡fantasmas!

Yo no soy un fantasma, Alec, respondió Keogh, con una débil sonrisa inmaterial. *Creía que esto ya lo habíamos discutido la última vez.*
Kyle pensó en pellizcarse, pero no lo hizo. También había pasado por todo *esto* la última vez.
—¿La última vez? —dijo en voz alta, porque así le resultaba más fácil—. Pero de esto hace ocho meses, Harry. Empezaba a pensar que nunca volveríamos a saber de ti.
Pudiera haber sido así, dijo el otro, sin mover apenas los labios, *pues debes creerme si te digo que estoy muy ocupado. Pero... ha sucedido algo.*
El pavor de Kyle menguaba; su pulso volvía poco a poco a ser normal. Se inclinó hacia adelante en su sillón, mirando al otro de arriba abajo. Oh, sí, era Keogh. Pero no exactamente el mismo que la última vez. Lo primero que había pensado Kyle la última vez había sido que aquella... aparición... era sobrenatural.
No simplemente paranormal o engendrada por los PES, sino en verdad sobrenatural, extramundana, no de este mundo. Exactamente igual que ahora, los aparatos de seguridad no habían detectado su presencia; había llegado y contado a Kyle una fantástica y verídica historia, y se había marchado sin dejar rastro. No, no enteramente, pues Kyle había escrito todo lo que se había dicho. Sólo de pensar en *aquello,* le dolía la muñeca. Pero no se podía fotografiar aquella cosa ni grabar su voz, no se podía hacerle daño ni cerrarle el paso. Todo el cuartel general estaba ahora escuchando la conversación de Kyle con aquello..., con Harry Keogh, y sin embargo, sólo oían la voz de Kyle. Pero Keogh *estaba* aquí, y el termostato de la calefacción central lo sabía, pues subió varios grados para compensar el súbito descenso de la temperatura. Sí, y Carl Quint lo sabía también.
La figura parecía esbozada por una pálida luz azul: insustancial como un rayo de luna, más tenue que el humo. Incorpórea, pero dotada de poder. De un poder increíble.
Si se tenía en cuenta que sus plantas de neón tocaban apenas el suelo, Keogh debía de medir un metro ochenta de estatura. Y si su carne era real y no una ilusión luminosa, podía pesar entre sesenta y sesenta y cinco kilos. Todo era en él vagamente fluorescente, como iluminado por una débil luz interior, de modo que Kyle no podía estar seguro de los colores. Sus cabellos, desgreñados, podían ser rubios, y su cara, ligeramente pecosa. Tendría veintiuno o veintidós años.
Sus ojos eran penetrantes. Miraban *a* Kyle y, sin embargo, parecían mirar a través de él, como si fuese él la aparición, y no al revés. Eran azules, de un extraño y casi incoloro azul de neón; pero, sobre todo, tenían algo que denotaba que sabían más de lo que cualquier joven de veintidós años tenía derecho a saber. Parecían encerrar una sabiduría de tiempos remotos, un conocimiento de siglos que yacía detrás de la reluciente neblina azul que los cubría.
Por lo demás, sus facciones debían de ser bellas, como de porcelana azul, y al parecer igualmente frágiles; tenía los hombros un poco caídos; la piel, en general y aparte de las pecas, era pálida y sin manchas. De no haber sido por aquellos ojos, quizá nadie se habría vuelto a mirarlo en la calle. Era simplemente... un joven. O lo había sido.
¿Y ahora? Ahora era algo más. Ahora, el cuerpo de Harry Keogh no tenía una existencia física real, pero su mente seguía funcionando. Y su mente se albergaba en un cuerpo nuevo..., literalmente nuevo. Kyle empezó a mirar y examinar *aquella* parte de la aparición, pero se contuvo enseguida. ¿Qué había allí, susceptible de ser examinado? En todo caso, eso podía esperar; no era importante. Lo esencial era que Keogh estaba aquí, y que tenía algo importante que decir.
—¿Ha sucedido algo? —dijo Kyle, repitiendo en forma de pregunta la declaración de Keogh—. ¿Qué *clase* de algo, Harry?
¡Algo monstruoso! De momento sólo puedo darte una descripción escueta, porque aún no sé lo suficiente acerca de ello. Pero ¿recuerdas lo que te dije sobre la Organización E

rusa? ¿Y sobre Dragosani? Sé que no había manera de que lo comprobases todo, pero ¿lo has estudiado un poco? ¿Crees lo que te dije acerca de Dragosani?
Mientras Keogh le hablaba, Kyle había mirado, fascinado, aquella faceta diferente; algo que no tenía la última vez que lo había visto o sentido. Pues ahora, superpuesto al abdomen de la aparición, suspendido en el aire y girando con lentitud sobre su eje, en el espacio que ocupaba el cuerpo de Keogh flotaba un bebé desnudo, o su fantasma, tan insustancial como el propio Keogh. El niño estaba encogido en posición fetal y flotaba en el fluido invisible y agitado, como una extraña muestra biológica, como un holograma. Pero era real, y estaba vivo; y Kyle sabía que también era Harry Keogh.
—¿Sobre Dragosani? —Kyle volvió a la realidad—. Sí, te creo. Tengo que creerte. Comprobé todo lo que pude y era exactamente como tú habías dicho. Y en cuanto a la organización de Borowitz... ¡lo que hiciste allí fue devastador! Ellos, los rusos, se pusieron en contacto con nosotros una semana más tarde y nos preguntaron si queríamos que tú... quiero decir...
¿Mi cuerpo?
—... nos fuese enviado, sí. Contactaron con *nosotros,* ¿comprendes? De forma directa. No por vía diplomática. No querían reconocer que existían, ni esperaban que nosotros reconociésemos que existíamos. Por consiguiente, *tú* no existías, pero nos preguntaron si queríamos que te enviasen aquí. Desaparecido Borowitz, tienen un nuevo jefe, Félix Krakovitch. Éste dijo que podían enviar tu cuerpo, si les decíamos cómo. También nos dijo lo que les habías hecho. Bueno, para ser exactos, *lo* que les había hecho. Lo siento, Harry, pero tuvimos que negarte, decir que no te conocíamos. En realidad, *nosotros* no te conocíamos. Sólo te conocía yo, y sir Keenan antes que yo. Pero si hubiésemos admitido que eras uno de los nuestros, lo que habías hecho se habría podido considerar como una acción de guerra.
En realidad, fue una carnicería, dijo Keogh. *Escucha, Alec, esto no puede ser igual que la última vez que hablamos. Puede faltarme tiempo. En el plano metafísico tengo una relativa libertad. En el continuo de Möbius, soy un agente libre. Pero, en el plano físico, soy virtualmente un prisionero del pequeño Harry.*
Precisamente ahora está durmiendo y puedo usar su mente subconsciente como mía. Pero cuando está despierto, su mente es suya y vuelve a atraerme como un imán. Y cuanto más se fortalece él, más aprende su mente y menos libertad tengo yo. En definitiva, me veré obligado a abandonarlo por completo a una existencia por el camino de Möbius. Si tengo ocasión, te explicaré todo esto más adelante, pero, por ahora, no sabemos cuánto tiempo dormirá, y por eso debemos emplear nuestro tiempo con prudencia. Y lo que tengo que decir no puede esperar.
—¿Y tiene esto algo que ver con Dragosani? —Kyle frunció el entrecejo—.
Pero Dragosani está muerto. Tú mismo lo has dicho.
El semblante de Keogh —el semblante de la aparición— era ahora grave.
¿Recuerdas lo que era Dragosani?
—Era un nigromante —dijo al momento Kyle, sin sombra de duda en su mente—. Muy parecido a ti.
Comprendió de inmediato su error y lamentó no haberse mordido la lengua.
¡Muy diferente de mi!, lo corrigió Keogh. *Yo era, soy, un necroscopio, no un nigromante. Dragosani hurtaba los secretos de los muertos como... como un dentista loco arranca un diente sano..., sin anestesia. Yo, yo hablo con los muertos y los respeto. Y ellos me respetan. Pero está bien, sé lo que es un* lapsus linguae.
Sé que no querías decir eso. Pues sí, él era un nigromante. Pero debido a lo que le hizo la vieja Cosa en la tierra, era más que eso. Era peor que eso.
Claro, ahora Kyle lo recordó.

—Quieres decir que era también un vampiro.
La imagen reluciente de Keogh asintió con la cabeza.
Eso es justo lo que quiero decir. Y por eso estoy ahora aquí. Mira, tú eres el único del mundo que puede hacer algo acerca de esto. Tú y tu organización y tal vez tus colegas rusos. Y cuando sepas de lo que estoy hablando, tendrás que hacer algo acerca de ello.
Era tal la intensidad de Keogh, y tal la advertencia contenida en su voz mental, que Kyle sintió un escalofrío en la espina dorsal.
—Hacer algo, ¿acerca de qué, Harry?
Acerca del resto de ellos, respondió la aparición. *Mira, Alec, Dragosani y Thibor Ferenczy no eran los únicos. ¡Y sólo Dios sabe cuántos más hay de ellos!*
—¿Vampiros? —Kyle se estremeció de horror. Recordaba demasiado bien lo que le había contado Keogh hacía unos ocho meses—. ¿Estás seguro?
Oh, sí. En el continuo de Möbius, mirando a través de las puertas del pasado y del futuro, he visto sus hilos escarlata. Yo no los habría reconocido, tal vez nunca los habría visto, pero cruzan el hilo azul de la vida de Harry. Sí, ¡y también el tuyo!
Al oír esto, fue como si la hoja fría de un cuchillo psíquico se clavase en el corazón de Kyle.
—Harry —farfulló—, será... mejor que me digas todo lo que sabes y lo que debo hacer.
Te diré todo lo que pueda y trataremos de decidir lo que hay que hacer. En cuanto a cómo sé lo que voy a decirte...
La aparición se encogió de hombros.
Soy un necroscopia, ¿te acuerdas? He hablado con el propio Thibor Ferenczy, como le prometí una vez que haría, y también con otro. Una víctima reciente. Más tarde sabrás más de él. Pero el relato se refiere principalmente a Thibor...

Capítulo 2

La vieja Cosa debajo del suelo, tras un breve temblor, se estremeció ligeramente y se esforzó en volver a su sueño inmemorial. Algo se estaba entrometiendo y amenazaba con despertarla de su oscura somnolencia; pero el sueño se había convertido en un hábito que satisfacía todas sus necesidades... o casi todas.
Se aferraba a sus horribles sueños —de locura y de matanza, del infierno de la vida y el horror de la muerte, y de los placeres de la sangre, la sangre, la sangre— y sentía el frío abrazo de la grumosa tierra que la envolvía, empujándola hacia abajo y sosteniéndola aquí, en su oscura tumba. Y sin embargo, la tierra le era familiar y ya no le causaba miedo; la oscuridad era como la de una habitación cerrada o una cámara profunda, una penumbra impenetrable y en lugar seguro; la naturaleza imponente y la situación de su mausoleo no sólo la tenían apartada, sino que la protegían. Aquí estaba segura. Condenada para siempre, por cierto — condenada por toda la eternidad, sí, salvo alguna gran intervención milagrosa—, pero también segura, y la seguridad era importante.
A salvo de los hombres —simples hombres, la mayoría de ellos— que la habían puesto aquí. Pues en su sueño, la Cosa marchita había olvidado que aquellos hombres estaban muertos desde hacía mucho tiempo. Y también sus hijos. Y los hijos de sus hijos, y los hijos de éstos...
La vieja Cosa enterrada había vivido quinientos años y un tiempo igual había yacido no-muerta en su nefanda tumba. Encima de ella, en la penumbra de un claro, bajo unos árboles inmóviles y cargados de nieve, las piedras caídas y las losas de su sepulcro contaban algo de su historia, pero sólo la Cosa misma la sabía toda. Su nombre había sido... Pero no, los wamphyri no tenían nombre como tales.
El nombre del ser que la había albergado había sido Thibor Ferenczy y, al principio, Thibor había sido un hombre. Pero de esto hacía casi mil años.

La parte Thibor de la Cosa enterrada existía todavía, pero cambiada, mutada, mezclada y metamorfoseada con su «huésped» vampiro. Los dos eran ahora uno, inseparablemente fundidos; pero, en los sueños de un milenio, Thibor podía todavía volver a sus raíces, volver a un pasado enormemente cruel...

Al principio no había sido un Ferenczy, sino un Ungar, aunque esto no importaba ahora. Sus antepasados habían sido unos agricultores venidos de un principado húngaro a través de los Cárpatos, para instalarse en las riberas del Dniester, donde fluía hacia el Mar Negro. Pero «instalarse» no era una palabra muy adecuada. Habían tenido que luchar contra los vikingos (los temibles *varya-gi)* en el río, que exploraban viniendo del Mar Negro; contra los khazars y los vasallos magiares de las estepas y, por último, contra las feroces tribus pechenegi, en su constante expansión hacia el oeste y hacia el norte. Thibor era joven cuando los pechenegi asolaron el sencillo campamento al que llamaba su hogar, y sólo él sobrevivió. Después había huido hacia el norte, hacia Kiev.

Sin duda mal dotado para la agricultura, mucho más apto para la guerra por su corpulencia —que en aquellos tiempos, en que los hombres eran bajos, hacía de Thibor el Valaco una especie de gigante—, se puso en Kiev al servicio de Vladimir I.

El Vlad hizo de él un pequeño *voevod,* o jefe de guerreros, y le dio un centenar de hombres.

—Únete a mis boyardos del sur —le ordenó—. Luchad y matad a los pechenegi, impedid que crucen el Ros, y por nuestro nuevo Dios cristiano que te daré título y escudo, ¡Thibor de Valaquia!

Thibor había ido a él cuando estaba desesperado, esto era evidente.

En su sueño, la Cosa enterrada recordaba lo que había respondido:

—Guárdate el título y el escudo, mi señor; pero dame cien hombres más y habré matado a mil pechenegi antes de volver a Kiev. Sí, ¡y te traeré sus dedos pulgares como prueba!

Obtuvo sus cien hombres, y también, le gustara o no, su blasón: un dragón rampante de oro.

—El dragón del verdadero Cristo, que nos fue traído por los griegos —le dijo Vlad—. Ahora el dragón vela por la Kiev cristiana, por la propia Rusia, ¡y ruge en tu escudo de armas con la voz del Señor! ¿Qué marca propia quieres poner en él?

Aquella misma mañana había hecho esta pregunta a media docena de nuevos defensores, cinco boyardos con sus seguidores y una compañía de mercenarios.

Todos ellos habían elegido un símbolo para que ondease con el dragón en sus banderas. Pero no Thibor.

—Yo no soy boyardo, señor —había dicho el valaco, encogiéndose de hombros—. Esto no quiere decir que la casa de mi padre no fuese honorable, pues lo era, y edificada por un hombre honrado..., pero en modo alguno de la nobleza.

Por mis venas no fluye sangre de ningún príncipe o señor feudal. Cuando me haya ganado un distintivo, lo añadiremos a tu dragón.

—No creo que me seas especialmente simpático, valaco. —El Vlad había fruncido el rostro, inquieto con el severo hombrón que tenía delante—. Tal vez suena tu voz demasiado fuerte, cuando aún no has probado tu valor. Pero —y también él encogió los hombros—, muy bien, elige un distintivo cuando regreses triunfante. Y, Thibor, ¡tráeme esos pulgares o te colgaré de los tuyos!

Y aquel día, al mediodía, siete compañías políglotas habían emprendido la marcha desde Kiev, como refuerzos para las asediadas posiciones defensivas sobre el Ros.

Un año y un mes más tarde, Thibor regresó con casi todos sus hombres, más otros ochenta reclutados entre los campesinos que se ocultaban en las colinas y los valles del sur de Khorvaty. No pidió audiencia, sino que entró a largas zancadas en la iglesia del Vlad, donde el Vlad en ese momento rezaba. Dejó fuera a sus fatigados hombres y sólo llevó

consigo un pequeño saco en el que repicaba algo, se acercó al príncipe Vladimir Svyatoslavich y esperó a que acabase de rezar. Detrás de él, los nobles civiles de Kiev guardaban un silencio absoluto, a la espera de que su príncipe lo viese.
Por fin, el Vlad y sus monjes griegos se volvieron a Thibor. Su aspecto era espantoso. Estaba cubierto de fango de los campos y los bosques; tenía tierra incrustada en la piel; mostraba una reciente cicatriz en la mejilla derecha hasta la mitad de la mandíbula inferior, una pálida tira de tejido cicatricial que le llegaba hasta casi el hueso. Se había marchado como campesino y volvía completamente distinto. Altivo como un halcón, la nariz ligeramente aguileña bajo unas cejas pobladas que casi se juntaban, y miraba con unos ojos amarillos, sin pestañear.
Llevaba bigote y una barba negra, áspera y rizada; y también la armadura de un jefe pechenegi, adornada de oro y plata, y un pendiente con una gema en el lóbulo de la oreja izquierda. Se había afeitado la cabeza, a excepción de dos mechones negros que pendían uno a cada lado, a la manera de ciertos nobles; y, con su actitud, no daba la menor señal de saber que estaba en un lugar sagrado o de prestar siquiera atención a cuanto lo rodeaba.
—Ahora te conozco —silbó el Vlad—, Thibor el Valaco. ¿No temes al verdadero Dios? ¿No tiemblas ante la cruz de Cristo? Estaba rezando por nuestra liberación, y tú...
—Y yo te la he traído.
La voz de Thibor era grave y lúgubre. Vertió el contenido del saco sobre las losas. El séquito del príncipe y los nobles de Kiev que se mantenían detrás de su señor ahogaron una exclamación y se quedaron boquiabiertos. Un montón de huesos blancos repicaron a los pies del Vlad.
—¿Qué? — jadeó éste—. ¿Qué?
—Pulgares —dijo Thibor—. Los herví para quitarles la carne y que no ofendiese su hedor. Los pechenegi han sido rechazados, atrapados entre el Dniester, el Bug y el mar. Tu ejército de boyardos los está cercando. Por fortuna, pueden dominarlos sin que yo y los míos tengamos que ayudarles. Pues he oído que los polovtsy se están levantando como el viento en el este. También en tierra turca hay tropas que se aprestan para la guerra.
—¿Lo has oído? ¿Lo *has* oído? Entonces, ¿eres un poderoso *voevod?* ¿Te has erigido en los oídos de Vladimir? ¿Y qué has querido decir con eso de «yo y los míos»? Los doscientos hombres que llevaste al combate ¡son míos!
Thibor respiró profundamente. Dio un paso adelante, pero se detuvo.
Entonces hizo una profunda aunque no muy elegante reverencia y dijo:
—Desde luego, son tuyos, príncipe. Como también las cuatro veintenas de refugiados que recluté y convertí en guerreros. Todos son tuyos. En cuanto a ser tus oídos, si no he oído mal, que me quede sordo. Pero terminé mi trabajo en el sur y pensé que me necesitabas más aquí. Actualmente hay pocos soldados en Kiev y tus fronteras son anchas...
Los ojos del Vlad permanecieron velados.
—Dices que los pechenegi han sido puestos a raya. ¿Te atribuyes el mérito de eso?
—Con toda modestia. De eso y de otras cosas.
—¿Y has traído contigo a mis hombres, sin ninguna baja?
—Cayeron un puñado de ellos. —Thibor se encogió de hombros—. Pero encontré ochenta para sustituirlos.
—Muéstramelos.
Salieron por la puerta grande a la ancha escalinata de la iglesia. En la plaza, los hombres de Thibor esperaban en silencio, algunos a caballo, la mayoría a pie, y todos armados hasta los dientes y con aspecto feroz. Eran el mismo triste puñado de hombres que el valaco se había llevado, pero ya no era triste. Su bandera ondeaba en tres altas astas: el dragón de oro y, sobre su espalda, un murciélago negro con ojos de cornalina.
El Vlad asintió con la cabeza.

—Tu distintivo —comentó, tal vez con acritud—. Un murciélago.
—El murciélago negro de los valacos, sí —dijo Thibor.
Uno de los monjes levantó la voz.
—Pero, ¿encima del dragón?
Thibor le hizo una mueca lobuna.
—¿Habrías querido que el dragón se mease en mi murciélago?
Los monjes se llevaron aparte al príncipe, mientras Thibor esperaba. No podía oír lo que decían, pero se lo imaginó más tarde muchas veces:
¡Esos hombres le son absolutamente fieles! ¿Ves con qué orgullo están plantados debajo de su bandera?, habría murmurado el superior de los monjes, a la taimada manera de los griegos. *Podría ser un peligro.*
Y Vlad:
¿Te inquieta eso? Tengo cinco veces su número en la ciudad.
El griego:
Pero estos hombres han sido probados en combate. ¡Todos son guerreros!
Vlad:
¿Qué estás diciendo? ¿Qué debería temerle? ¡Llevo sangre varyagi en *mis venas y no temo a nadie!*
El griego:
Claro que no. Pero... él se coloca por encima de su posición.
¿No podemos encontrar una tarea para él, para él y un puñado de sus hombres, y retener aquí a los demás para fortalecer las defensas de la ciudad? De esta manera, en su ausencia, podrías estar más seguro de su lealtad.
Y los ojos de Vladimir Svyatoslavich se entrecerraron más aún. Después, un movimiento de aprobación con la cabeza.
Tengo lo más conveniente. Sí, creo que tienes razón. Es mejor que nos libremos de esto. Esos valacos no son de fiar. Demasiado aislados... —Y en voz alta, al *voevod*—:
—Thibor, voy a honrarte esta noche en palacio. A ti y a cinco de tus mejores hombres. Entonces podrás contarme todas tus victorias. Pero habrá damas allí; por tanto, tenéis que lavaros y dejar vuestras armaduras en las tiendas.
Thibor hizo una breve y rígida reverencia y se retiró; bajó la escalinata, montó a caballo y se llevó a sus hombres. Al salir éstos de la plaza, hicieron sonar sus armas y lanzaron un solo grito fuerte y vibrante: «¡Príncipe Vladimir!». Después, envueltos en la mañana otoñal, entraron en Kiev, llamada la «Ciudad al Borde de los Bosques...».
A pesar de la molestia, de la intrusión desconocida, la Cosa enterrada continuó soñando. Pronto se haría de noche, y Thibor era tan sensible a la noche como lo es un gallo al amanecer; pero siguió soñando.
Aquella noche en palacio (un gran edificio con chimeneas de piedra en todas las habitaciones y fogatas de leña rociadas con resinas aromáticas), Thibor llevaba ropa limpia, aunque ordinaria, debajo de una rica túnica roja tomada de algún pechenegi de alto rango. Se había lavado y perfumado la piel morena, como de cuero, y engrasado los cabellos. Tenía un aspecto imponente. También sus oficiales se habían acicalado. Si bien era evidente que le temían, él les hablaba con cierta familiaridad; pero era cortés con las damas y atento con el Vlad.
Era posible (así lo presumió más tarde Thibor) que el príncipe lo considerase de dos maneras diferentes. El valaco parecía haber demostrado que era buen guerrero, sin duda un *voevod*. Por derecho, debía ser elevado al rango de boyardo y recibir tierras en propiedad. El hombre lucha aún más duro si lo hace para proteger lo que es suyo. Pero había algo sombrío en Thibor que el Vlad encontraba inquietante. Tal vez sus consejeros griegos tenían razón.

—Ahora dime cómo has abatido a los pechenegi, Thibor de Valaquia —ordenó al fin Vladimir, cuando todos estaban comiendo.
Los platos eran variados: salchichas griegas envueltas en hojas de vid; asado de carne al estilo vikingo; humeante *goulash* en grandes ollas. El aguamiel y el vino se servían a galones. Todos los que estaban a la mesa pinchaban y partían con sus cuchillos la carne caliente; y, de tanto en tanto, se iniciaban breves conversaciones entre el ruido de la masticación. La voz de Thibor, aunque no fuerte, dominaba todas las demás, y poco a poco se hizo el silencio en la gran mesa.
—Los pechenegi luchan en grupos o tribus. No son como un poderoso ejército; hay poca unidad; cada grupo tiene su propio jefe que rivaliza con los demás. Los terraplenes y fortificaciones del Ros, en la orilla de la boscosa estepa, los han detenido porque no están unidos. Si atacasen como un ejército, podrían cruzar el río y las defensas en un día, llevándoselo todo por delante. Pero se limitan a tantear aquéllas y se contentan con lo que pueden pillar en breves incursiones hacia el este y el oeste. Así fue cómo saquearon Kolomyya en el flanco occidental.
Cruzaron el Prut de día, se metieron en los bosques, descansaron por la noche y atacaron al amanecer. Es su sistema. Y así se introducen de forma gradual.
»Tal es como vi yo la situación. Porque nuestras defensas están allí, nuestros soldados las emplean; nos ocultamos detrás de ellas. Los terraplenes actúan como una frontera. Nos contentamos con decir: "Al sur de estas fortificaciones está el territorio de los pechenegi, y debemos mantenerlo allí". Por consiguiente, los pechenegi, aunque son unos bárbaros, *nos* tienen, de hecho, sitiados! Yo me he sentado sobre los muros de nuestros fuertes y visto cómo acampaban sin temor nuestros enemigos. El humo de sus fogatas se elevaba y todo estaba tranquilo, porque nosotros no los molestábamos en *su* terreno.
»Cuando salí de Kiev, príncipe Vladimir, dijiste: "Luchad contra los pechenegi, impedid que crucen el Ros". Pero yo dije: "¡Persigue al enemigo y mátalo!". Un día vi un campamento de unos doscientos hombres; tenían a sus mujeres e incluso a sus hijos con ellos. Estaban acampados al otro lado del río, al oeste, muy separados de los otros campamentos. Dividí en dos mitades mi fuerza de doscientos hombres.
Una mitad cruzó conmigo el río al anochecer. Subimos hacia las fogatas de los pechenegi. Habían puesto guardias, pero la mayoría de ellos estaban durmiendo y los degollamos sin que se diesen siquiera cuenta de quiénes los mataban. Entonces entramos en silencio en el campamento. Yo había hecho que mis hombres se tiznasen con barro. Todos los que no se habían tiznado eran pechenegi. Los matamos en la oscuridad, pasando de tienda en tienda. Éramos como grandes murciélagos en la noche; fue una acción muy sangrienta.
»Cuando despertó el campamento, la mitad de sus moradores habían muerto.
El resto nos persiguió. Los atrajimos hacia el Ros, y ellos vociferaban; ansiosos de atraparnos en el río, lanzaban gritos de guerra. En cambio nosotros no gritábamos ni vociferábamos. Junto al río, en el lado de los pechenegi, estaba esperando mi segunda centuria. Todos se habían tiznado de barro. No atacaron a sus silenciosos y enfangados hermanos, sino que rodearon a los ruidosos perseguidores. Entonces nos volvimos contra los pechenegi y los matamos a todos. Y les cortamos el dedo pulgar...
Hizo una pausa.
—¡Bravo! —dijo débilmente el príncipe Vladimir.
—Otra vez —prosiguió Thibor— fuimos a Kamenets, que estaba asediada. De nuevo llevé conmigo a la mitad de mis hombres. Los pechenegi que rodeaban la ciudad nos vieron y nos persiguieron. Los condujimos a un barranco de paredes abruptas donde, después de haberlo cruzado nosotros, la otra mitad de mi fuerza cayó como un alud sobre ellos. Aquella vez perdí muchos pulgares, enterrados debajo de los cantos rodados; de no haber sido así, te habría traído otro saco.

Ahora reinaba un silencio casi absoluto alrededor de la mesa. Más que el relato de los hechos, era impresionante la frialdad con que eran relatados, sin pizca de emoción. Cuando los pechenegi habían asaltado la colonia Ungar de aquel hombre, lo habían convertido en un homicida implacable.
—He recibido informes, desde luego —dijo Svyatoslavich, rompiendo el silencio—, aunque bastante vagos y muy espaciados. Pero éste es digno de consideración. Dices que mis boyardos han hecho retroceder a los pechenegi, ¿eh?
¿Se ha producido un cambio en la situación? Tal vez han aprendido algo de ti, ¿verdad?
—Han aprendido que montando guardia detrás de altos muros no se consigue nada — ijo Thibor—. Hablé con ellos y les dije: «El verano está tocando a su fin.
Los pechenegi del lejano sur han engordado y se han vuelto perezosos por el poco trabajo que han tenido que hacer; no piensan que vayamos a caer sobre ellos.
Están construyendo colonias permanentes, hogares de invierno para ellos. Como hicieron antes los khazars, dejan a un lado la espada en favor del arado. Si atacamos ahora, caerán como el trigo bajo la guadaña». Entonces todos los boyardos se agruparon, cruzaron el río y se adentraron en las estepas del sur.
Matamos a los pechenegi dondequiera que los encontramos.
»Pero entonces oí rumores sobre un gran peligro que se cierne sobre nosotros. Los polovtsy se están levantando en el este. Salen de las grandes estepas y de los desiertos y se extienden hacia el oeste; pronto estarán a nuestras puertas.
Cuando cayeron los khazars dejaron el camino abierto a los pechenegi. ¿*Y* después de los pechenegi? Por eso pensé, me atreví a pensar, que tal vez el Vlad me daría un ejército y me enviaría al este, para aplastar a nuestros enemigos antes de que se hagan demasiado fuertes...
Durante un largo rato, el príncipe Vladimir permaneció sentado mientras lo miraba con los ojos entrecerrados. Después dijo a media voz:
—Has hecho un largo camino en un año y un mes, valaco... —Y en voz alta, a sus invitados—: ¡Comed, bebed, hablad! Honrad a este hombre. Estamos en deuda con él.
Pero, al continuar el banquete, se levantó, indicando a Thibor que lo acompañase. Salieron al jardín, a la fresca noche otoñal. El humo de leña era fragante bajo los árboles.
El príncipe se detuvo a poca distancia del palacio.
—Thibor, tendremos que estudiar esta idea tuya, esta invasión hacia el este, pues esto es lo que sería, ya que no estoy seguro de que estemos en condiciones para ello. Sabes que se intentó con anterioridad. —Thibor asintió con la cabeza sin disimular su amargura—. El propio Gran Príncipe lo intentó. Primero derrotó a los khazars, Svyatoslav los aplastó y los bizantinos recogieron los pedazos, y después la emprendió contra Bulgaria y Macedonia. Y mientras estaba metido en eso, ¡los nómadas pusieron sitio a la propia Kiev! ¿Y le costó caro su celo? Sí, aunque muchas sagas se han escrito sobre él. Los nómadas lo arrojaron en los rápidos del río e hicieron una copa con su cráneo. Se precipitó, ¿lo entiendes? Oh, se libró de los khazars, sí, pero sólo para dar entrada a los malditos pechenegi. ¿Debo precipitarme yo también?
El valaco guardó silencio durante un momento en la oscuridad.
—Entonces, ¿me enviarás de nuevo a la estepa del sur?
—Puede que sí, y puede que no. *Podría* apartarte para siempre de la lucha, nombrarte boyardo, darte tierras y hombres que cuidasen de ti. Aquí hay mucha tierra buena, Thibor.
Thibor sacudió la cabeza.
—Entonces prefiero volver a Valaquia. No soy agricultor ni príncipe. Lo intenté y entonces vinieron los pechenegi y me convirtieron en guerrero. Desde entonces, todos mis sueños han sido rojos. Sueños de sangre. La sangre de mis enemigos, de los enemigos de esta tierra.

—¿Y qué dices de *mis* enemigos?
—Son lo mismo. Sólo tienes que mostrármelos.
—Muy bien —dijo el Vlad—, te mostraré uno de ellos. ¿Conoces las montañas del oeste, las que nos separan de los húngaros?
—Mis padres eran ungars —dijo Thibor—. En cuanto a las montañas, yo nací al pie de ellas. No en el oeste, sino en el sur, en la tierra de los valacos, más allá de donde describen una curva las montañas.
El príncipe asintió con la cabeza.
—Entonces, tienes alguna experiencia en las montañas y sus peligros. Bien.
Pero en mi lado de aquellos picos, más allá de Galich, en el sector llamado Khorvaty, por cierto pueblo, vive un boyardo que... no es amigo mío. Me debe vasallaje, pero cuando convoco a todos mis principitos y boyardos, no comparece.
Cuando lo invito a venir a Kiev, rehusa. Cuando le expreso el deseo de encontrarme con él, hace caso omiso de ello. Si no es mi amigo, sólo puede ser mi enemigo. Es un perro que no sigue al amo. Un perro salvaje, y su hogar es una fortaleza en la montaña. Hasta ahora, no he tenido tiempo, ni ganas, ni poder para eliminarlo, pero...
—¿Qué? —Thibor estaba pasmado, y el Vlad se interrumpió al oírlo—.
Disculpa, mi príncipe, pero tú... ¿no tienes poder?
Vladimir Svyatoslavich sacudió la cabeza.
—No lo comprendes —dijo—. Desde luego, tengo poder. Kiev tiene poder.
¡Pero tan extendido que se gasta pronto! ¿Debería movilizar un ejército para someter a un principito rebelde, y dejar que los pechenegi nos ataquen de nuevo?
¿Debería formar un ejército de granjeros y funcionarios y campesinos, todos ellos inexpertos en la guerra? Y si lo hiciese, ¿qué pasaría? Un ejército no podría sacar a ese Ferenczy de su castillo, si él no quisiera salir. Y ni siquiera un ejército podría destruirlo, ¡tan fuertes son sus defensas! Hay que tener en cuenta los puertos de montañas, las gargantas, los aludes... Con un puñado de defensores fieles y aguerridos, podría detener casi indefinidamente cualquier ejército que yo enviase allí.
Oh, si tuviese dos mil hombres sobrantes, podría tal vez ponerle sitio y rendirlo por hambre, pero ¿a qué precio? Por otra parte, lo que no puede lograr un ejército puede ser posible para un hombre solo, si es valiente, astuto y fiel...
—¿Me estás diciendo que quieres que ese Ferenczy sea sacado de su castillo y traído a tu presencia en Kiev?
—Demasiado tarde para eso, Thibor. El ha demostrado lo mucho que me «respeta». ¿Cómo he de respetarlo yo? No. ¡Lo quiero muerto! Entonces sus tierras, su castillo en la montaña, sus criados y sus siervos caerán en mi poder. Y su muerte será un ejemplo para otros que pudieran pensar en independizarse.
—Entonces, ¡no quieres sus pulgares, sino su cabeza!
La risa de Thibor fue gutural, sin pizca de humor.
—Quiero su cabeza, su corazón y su estandarte. Y quiero quemar las tres cosas en una hoguera aquí, en Kiev.
—¿Su estandarte? ¿Tiene un blasón ese Ferenczy? ¿Puedo preguntar cómo es?
—Desde luego —dijo el príncipe, de súbito reflexivos sus ojos grises. Bajó la voz y miró a su alrededor en la oscuridad, como para asegurarse de que nadie podía oírlo—. Su distintivo es la cabeza cornuda de un diablo, con una lengua bífida de la que caen gotas de sangre...
¡Sangre!
Gotas de sangre empapando la tierra negra.
El sol había tocado el horizonte y estaba ardiendo allí, rojo, como... como una gran gota de sangre. Pronto la tierra lo engulliría. La vieja Cosa enterrada tembló de nuevo; su cascara

de cuero y hueso se abrió despacio, como una esponja disecada, para recibir el tributo de la tierra, la sangre que empapaba las hojas muertas y las raíces y un suelo negro de siglos, para llegar donde yacía desde hacía mil años la criatura- hibor, en su poco profunda tumba.
Thibor sintió subconscientemente aquella sangre que se filtraba y supo, como saben todos los que sueñan, que era sólo parte del sueño. Sería diferente cuando el sol se hubiese puesto y la filtración lo tocase en realidad; pero ahora prescindió de esto y volvió a aquel tiempo, a principios del siglo diez, en que había sido simplemente humano y subido al Khorvaty en una misión de asesinato...
Thibor y sus siete hombres habían viajado como tramperos, como valacos que seguían la curva de los Cárpatos en una dirección encaminada a adentrarlos en los bosques septentrionales al empezar el invierno. En realidad, habían venido simplemente de Kiev, a través de Kolomyya y hacia las montañas, y traían consigo todos los avíos de los tramperos para confirmar su historia. Habían tenido que cabalgar de forma regular durante tres semanas para llegar al lugar al abrigo de las montañas (un «pueblo» compuesto de un puñado de casas de piedra construidas en la falda del monte, media docena de cabanas semipermanentes y unas pocas tiendas de gitanos, de piel curtida y con el pelo en la parte de dentro) al que entonces llamaban Moupho Alde Ferenc Yabórov, largo nombre que abreviaban en Ferenc y que hacían que sonase como «Ferengi». Significaba «Lugar del Viejo» o «del Viejo Ferengi», y los gitanos lo pronunciaban en voz baja y con mucho respeto.
Allí había, tal vez, unos cien hombres, unas treinta mujeres y otros tantos niños. La mitad de los hombres eran tramperos de paso por allí o presuntos colonos que, desarraigados por las incursiones de los pechenegi, buscaban hogares más al norte. Muchos de este último grupo tenían a sus familias con ellos. El resto eran campesinos que moraban en Ferengi Yabórov o gitanos que habían venido a pasar el invierno. Por lo visto, éstos lo venían haciendo desde tiempo inmemorial, pues «el viejo diablo» que era aquí el boyardo los trataba bien y no expulsaba a nadie.
Se sabía incluso que, en temporadas malas, había abastecido a aquella gente errante con comida de su despensa y vino de su bodega.
Thibor pidió comida y bebida para él y sus hombres, y le mostraron una casa de madera levantada en un pinar. Era una especie de posada, con pequeñas habitaciones debajo del tejado, a las que sólo podía llegarse por escalas de cuerda, que eran recogidas cuando el huésped quería dormir. Abajo había mesas y taburetes de madera y, al fondo del vasto salón, un mostrador con pequeños barriles de aguardiente de ciruela y jarras de cerveza dulce. Una pared era en su mitad de piedra, y allí ardía una fogata al pie de una chimenea grande. Sobre el fuego había una olla de hierro, con un *goulash* que despedía un fuerte olor a paprika. Pendían cebollas de unos clavos en la pared, cerca del fuego, así como grandes salchichas de piel áspera, y había hogazas de pan moreno sobre las mesas que habían sido cocidas en un horno de piedra a un lado de la chimenea.
Un hombre, su esposa y un hijo desaliñado cuidaban del lugar; gitanos, presumió Thibor, que habían decidido instalarse allí. Hubiesen podido elegir un sitio mejor, pensó, sintiendo frío a la sombra de los imponentes peñascos, de las montañas cuya presencia podía sentirse incluso dentro de casa. Era una casa triste, lúgubre y de mal augurio.
El valaco había ordenado a sus hombres que no hablasen con nadie; pero, cuando dejaron sus avíos y empezaron a comer y beber y a hablar en voz baja los unos con los otros, el propio Thibor compartió una jarrita de aguardiente con el posadero.
—¿Quién eres? —le preguntó el curtido viejo.
—¿Preguntas lo que he sido y dónde he estado? —replicó Thibor—. Eso sería más fácil que decirte quién soy.
—Entonces, dilo, si tienes ganas de hablar.

Thibor sonrió y sorbió el aguardiente.
—Yo era un joven, bajo los Carpatii. Mi padre era ungar y se adentró en la frontera de la estepa del sur para cultivar la tierra, con sus hermanos y parientes y las familias de éstos. Seré breve: llegaron los pechenegi, lo arrasaron todo, destruyeron nuestra colonia. Desde entonces, he rondado mucho, he luchado contra el bárbaro por una paga y lo poco que podía encontrar encima de él, y he hecho lo que he podido aquí y allá. Ahora seré trampero. He visto las montañas, la estepa, los bosques. La vida del cultivador es dura y la sangre vertida hace que uno se sienta amargado. Pero en los pueblos y las ciudades hay dinero a ganar con las pieles. Apostaría a que tú también has rondado un poco por ahí.
—Por algunos lugares —dijo el otro al tiempo que se encogió de hombros.
Tenía la piel morena, como de cuero oscurecido por el humo, y arrugada como una cáscara de nuez por los rigores de la intemperie, y estaba flaco como un lobo. Aunque no era joven, ni mucho menos, conservaba negros y relucientes los cabellos, y también los ojos, y parecía tener completa la dentadura. Pero movía los miembros con cuidado y tenía agarrotadas las manos.
—Y todavía lo estaría haciendo —prosiguió— si mis huesos no hubiesen empezado a resentirse. Teníamos un carro de dos ruedas tapizado de cuero, y lo desmontábamos y llevábamos a cuestas cuando el camino era malo. En el carro transportábamos nuestra casa y nuestros bienes: una gran tienda con habitaciones, y utensilios de cocina y herramientas. Éramos... *somos szgany*, gitanos, y nos convertimos en *szgany* Ferengi cuando construí esta casa aquí.
Estiró el cuello y miró hacia arriba, con los ojos muy abiertos, a una pared interior de la casa. Fue una mirada en parte respetuosa, en parte temerosa. No había ninguna ventana, pero el valaco comprendió que el viejo estaba pensando en los picos de la montaña.
—¿*Szgany* Ferengi? —repitió Thibor—. Entonces, ¿eres vasallo del boyardo Ferenczy del castillo?
El viejo gitano bajó la mirada de la invisible altura, se echó un poco atrás y adquirió un aire receloso. Thibor le sirvió enseguida un poco más de su aguardiente. El otro guardó silencio y el valaco se encogió de hombros.
—No importa; es que me habían hablado bien de él —mintió—. Mi padre lo conoció una vez...
—¿De veras? —dijo el viejo, abriendo más los ojos.
Thibor asintió con la cabeza.
—Un frío invierno, el Ferenczy le dio alojamiento en su castillo. Mi padre me dijo que, si pasaba alguna vez por aquí, debía subir y recordar al boyardo aquella ocasión y darle las gracias en su nombre.
El viejo miró fijo a Thibor durante un largo rato.
—Así pues, has oído cosas buenas de nuestro señor, ¿eh? De boca de tu padre, ¿no? Y naciste al pie de las montañas...
—¿Hay algo extraño en ello? —preguntó Thibor, arqueando una negra ceja.
El otro lo miró de arriba abajo.
—Eres muy alto —dijo, con envidia— y muy vigoroso, sin duda alguna.
También pareces fiero. Un valaco, ¿eh?, nacido de padres ungars. Bueno, tal vez lo eres, tal vez lo eres.
—Tal vez soy, ¿qué?
—Se dice —murmuró el gitano, acercándose más a él— que los verdaderos hijos del viejo Ferengi siempre vuelven a casa. En definitiva, vienen aquí y lo buscan..., ¡buscan a su padre! ¿Quieres tú subir a verlo?
Thibor fingió indecisión. Se encogió de hombros.

—Tal vez lo haría, si supiese el camino, pero esos riscos y puertos de montaña son traidores.
—Yo conozco el camino.
—¿Has estado allí?
Thibor trataba de no parecer demasiado interesado. El viejo asintió con la cabeza.
—Oh, sí, y podría llevarte. Pero, ¿irías solo? El Ferengi no gusta de recibir muchos visitantes.
Thibor fingió pensarlo un poco.
—Quisiera llevar al menos a dos de mis amigos. Para el caso de que el camino sea malo.
—¡Hum! Si estos viejos huesos pueden hacerlo, seguro que podrán hacerlo los tuyos. ¿Sólo dos de ellos?
—Para que me ayuden en los lugares demasiado abruptos.
El hospedero frunció los labios.
—Te costaría algo. Mi tiempo y...
—De acuerdo —lo interrumpió el válaco.
El gitano se rascó una oreja.
—¿Qué sabes del viejo Ferengi? ¿Qué has oído decir de él?
Thibor vio una oportunidad de enterarse de algo. Sacar información de tipos como éste era como arrancar un diente a un oso.
—He oído decir que tiene una guarnición compuesta de muchos hombres y que su castillo es una fortaleza inexpugnable. Por eso no jura fidelidad a nadie, ni paga impuestos por sus tierras, ya que ningún recaudador podría cobrarlo.
—*¡Ohl* —El viejo gitano rió a carcajadas, dio un puñetazo sobre el mostrador y se sirvió más aguardiente—. ¿Una guarnición de hombres? ¿Criados? ¿Siervos? ¡No tiene ninguno! Tal vez un par de mujeres, pero ningún hombre. Solamente los lobos guardan los puertos de montaña. En cuanto a su castillo, está pegado a la roca. Sólo hay una entrada, para los hombres, que es también la salida. A menos de que algún estúpido imprudente se asome demasiado a una ventana...
Se interrumpió y su mirada volvió a hacerse recelosa.
—¿Y te dijo tu padre que el Ferengi tenía hombres?
Desde luego, el padre de Thibor no le había dicho nada. Y tampoco el Vlad. Lo poco que sabía eran chismes supersticiosos que había oído contar a un compañero de la corte, un tonto que se preocupaba poco del príncipe y del que todos se preocupaban poco. Thibor no tenía tiempo para fantasmagorías; sabía los hombres que había matado y ninguno de ellos había vuelto para perseguirlo.
Decidió arriesgarse. Se había enterado ya de mucho de lo que quería saber.
—Mi padre sólo dijo que el camino era escabroso y que, cuando él había estado allí, había muchos hombres acampados dentro y alrededor del castillo.
El viejo lo miró y asintió despacio con la cabeza.
—Podría ser, podría ser. Los *szgany* han pasado a menudo el invierno con él.
—Tomó una decisión—. Muy bien, te llevaré allí, si él quiere verte.
Se echó a reír al ver que Thibor arqueaba las cejas, y lo condujo fuera de la casa en la tarde tranquila. Al salir, el gitano descolgó una gran sartén de bronce de un gancho.
Un sol ya muy débil se disponía a ponerse detrás de los picachos grises. Las montañas hacían que oscureciese temprano, y los pájaros entonaban ya sus cantos de la noche.
—Estamos a tiempo —dijo el viejo—. Ahora debemos esperar a que nos vean.
Señaló hacia arriba, hacia las imponentes montañas, donde una alta y mellada cresta negra se recortaba sobre el gris de los últimos picachos.
—¿Ves allí, donde la oscuridad es más fuerte?
Thibor asintió con la cabeza.

—Es el castillo. Ahora observa.
Fregó la base de la sartén con la manga y después volvió aquélla hacia el sol.
Al captar los débiles rayos, los reflejó hacia las montañas, trazando una raya de oro en los riscos. Cada vez más débil, el disco de luz parpadeó a lo lejos, saltando de los peñascos a la roca lisa, de unos grupos de abetos a otros, de los árboles al esquisto desmenuzado al subir todavía más. Por último, le pareció a Thibor que el rayo era respondido, pues cuando el gitano sostuvo fija la sartén en sus manos nervudas, la oscura y angulosa mancha que había señalado pareció encenderse con un fuego dorado. El rayo de luz fue tan súbito, tan cegador, que el valaco se cubrió los ojos con las manos y miró por las rendijas que se formaron entre sus dedos.
—¿Es él? —jadeó—. ¿Es el propio boyardo quien responde?
—¿El viejo Ferengi? —El gitano rió ruidosamente. Depositó con cuidado la sartén sobre una roca plana y el rayo de luz siguió brillando en la altura—. No, no es él. El sol no es amigo suyo. Ni lo es ningún espejo, dicho sea de pasada. —Rió de nuevo, y después explicó—: Es un espejo, muy brillante, uno de los varios emplazados en la pared del fondo de la torre. Si nuestra señal es advertida, alguien cubrirá el espejo que no hace más que reflejar nuestro rayo, y la luz se apagará. No gradualmente, como la del sol al ponerse despacio, sino de repente..., *¡así!*
Como una vela al apagarse, la luz pestañeó, dejando a Thibor casi tambaleándose en lo que, en realidad, parecía una penumbra antinatural.
—Parece que has establecido contacto —dijo—. Por lo visto, el boyardo ha advertido que tienes algo que comunicarle, pero ¿cómo sabrá lo que es?
—Lo *sabrá* —dijo el gitano. Agarró el brazo de Thibor y miró hacia los altos puertos de montaña. De pronto, los ojos del viejo se empañaron y éste vaciló.
Thibor lo sostuvo.
—Oye, *ahora* él lo sabe —murmuró el viejo, y sus ojos abiertos se desempañaron.
—¿Qué? —Thibor estaba intrigado; se sentía inquieto. Los *szgany* eran gente rara, con facultades poco comprensibles.
—¿Qué quieres decir cuando...?
—Y ahora responderá «sí» o «no» —lo interrumpió el gitano.
Todavía no había acabado de decirlo cuando brilló un fuerte rayo de luz en lo alto del castillo y se apagó enseguida.
—¡Ah! —suspiró el viejo gitano—. Su respuesta es «sí»; te recibirá.
—¿Cuándo? —dijo extrañado Thibor, pero tratando de disimular la ansiedad de su voz.
—Ahora. Nos pondremos en marcha enseguida. Las montañas son peligrosas por la noche, pero él no lo aceptaría de otra manera. ¿Estás aún dispuesto?
—No lo defraudaré, ahora que me ha invitado —dijo Thibor.
—Muy bien. Pero abrígate bien, valaco. Allá arriba hace mucho frío. —El viejo le dirigió una mirada breve y penetrante—. Sí, un frío mortal...
Thibor escogió a un par de vigorosos valacos para que lo acompañasen. La mayoría de sus hombres no eran de su antigua tierra, pero había luchado junto a estos dos en la guerra con los pechenegi y sabía que eran buenos combatientes.
Quería tener hombres verdaderos detras de él cuando subiese contra ese Ferenczy.
Y era muy posible que los necesitase. Arvos, el viejo gitano, había dicho que el boyardo no tenía servidores; pero, si era así, ¿quién había contestado la señal del espejo? No, Thibor no podía imaginarse un hombre rico viviendo allá arriba con nada más que un par de mujeres, apañándose solo. El viejo Arvos mentía.
En el caso de que hubiese sólo un puñado de hombres con su señor en las montañas... Pero de nada servían las especulaciones; Thibor tendría que esperar a ver cómo estaba la situación. Si había allí muchos hombres, diría que llegaba como enviado de Vladimir, para

invitar al boyardo a su palacio de Kiev. La invitación tendría relación con la guerra contra los pechenegi. En cualquier caso, la suerte estaba echada: había una montaña a la que tenía que subir y, en lo alto de ella, un hombre al que tenía que matar, si las condiciones lo permitían.

En aquellos días, Thibor era bastante ingenuo; no le había pasado por la cabeza que el Vlad pudiera haberlo enviado a una misión suicida, de la que no esperaba que volviese.

En cuanto a la subida, el principio había sido fácil, a pesar de que el camino no estaba marcado. La senda (no era una verdadera senda, sino sólo un trayecto que el viejo gitano se sabía de memoria) pasaba entre dos colinas en la base de un peñasco inaccesible y seguía por una elevación cubierta de piedras y rocas hasta una ancha grieta o chimenea en el cantil, que subía casi en vertical a una falsa meseta al pie de una segunda línea de colinas aún más empinadas. Estas eran salvajes y boscosas, de árboles macizos y viejos, pero allí Thibor había descubierto una especie de camino. Era como si un gigante hubiese trazado con una guadaña una línea recta entre los árboles; su madera había proporcionado sin duda la mayoría de la que había utilizado el pueblo, y tal vez parte de aquélla había sido subida a las montañas para la construcción del castillo. Esto había ocurrido posiblemente siglos atrás y, sin embargo, no habían crecido nuevos árboles para cerrar el camino. O, si habían crecido, alguien los había arrancado para mantener libre la senda.

Fuera como fuese, la subida por él entre los bosques ascendentes era bastante fácil, y al acercarse el crepúsculo a la noche, se elevó una luna llena para guiarlos con su luz de plata. Para ahorrarse aliento para la subida, los tres hombres y su guía permanecían en un silencio absoluto y Thibor podía reflexionar sobre lo poco que le había dicho sobre el boyardo Ferenczy su tonto contacto en la corte.

—Los griegos le temen más que Vladimir —le había informado el parlanchín—.

En tierras griegas, hace tiempo que han buscado y aniquilado a esa clase de gente.

A los que son como Ferenczy los llaman «vrikolax», que en búlgaro es «obour» o «mouphour»... ¡o «wampir»!

—He oído hablar de los wampir —le había respondido Thibor—. En mi viejo país tienen el mismo mito e igual nombre para ellos. Una superstición de campesinos. Y te diré algo más: los hombres a quienes maté se pudren en sus tumbas, si es que las tienen. ¡Allí no se hinchan! Y si lo hacen, es de gases de putrefacción, ¡no de sangre de los vivos!

—Sin embargo, se dice que Ferenczy *es* una de esas criaturas —había insistido el informador de Thibor—. He oído hablar de ellas a los sacerdotes griegos:

dicen que no hay sitio en tierras cristianas para esta clase de seres. En Grecia les clavan estacas en el corazón y les cortan la cabeza. O mejor aún, los descuartizan y queman los pedazos. Creen que incluso una parte pequeña de un wampir puede crecer de nuevo en el cuerpo de un incauto. Es como una sanguijuela, pero por dentro. De aquí el dicho de que el wampir tiene dos corazones y dos almas, y de que no puede morir si no son destruidos ambos.

Thibor había sonreído, con desdén y sin humor, y le había dado las gracias.

—Bueno, hechicero o brujo o lo que sea —dijo—, ya ha vivido bastante. El príncipe Vladimir quiere la muerte de Ferenczy y me ha encargado esta misión.

—¡Ya ha vivido bastante! —había repetido el otro, levantando las manos—. Sí, y no sabes lo cierto que es esto. Ha habido un Ferenczy en aquellas montañas desde tiempo inmemorial. Y según la leyenda, ¡siempre ha sido *el mismo*! Y ahora dime, valaco, ¿qué clase de hombre es el que ve pasar los años como si fuesen horas?

Thibor se había reído también al oír eso; pero ahora, al evocarlo, parecía que algunas cosas concordaban.

Por ejemplo, la palabra «Moupho» en el nombre del pueblo; una palabra que sonaba mucho como «mouphour» o wampir.

¿«Pueblo del Viejo Vampiro Ferenczy»? ¿Y qué era lo que había dicho Arvos, el *szgany?* «El sol no es amigo de él. Ni lo es ningún espejo, dicho sea de pasada.» ¿No eran los vampiros cosas de la noche, temerosos de los espejos porque nada reflejaban éstos o tal vez eran sus reflejos más próximos a la realidad? Entonces el valaco se burló de sus fantasías. Era este viejo lugar, y nada más, que excitaba su imaginación. Estos bosques de siglos y estas montañas eternas...

El grupo salió de entre los árboles y se encontró en la cresta de unos montes en forma de cúpulas, donde la tierra era escasa y sólo crecían líquenes; más allá, en una honda depresión, se extendía una llanura pedregosa y de guijarros sueltos más o menos media milla hasta las oscuras sombras de los negros cantiles. Hacia el norte se elevaba más y formaba unos cuernos, y fueron éstos los que señaló el viejo Arvos a la luz de la luna, con un dedo torcido.

—¡Allí! —rió entre dientes, como si fuese cosa de broma—. ¡Allí está la casa de los viejos Ferengi!

Thibor miró... y vio unas ventanas lejanas, debajo de los cuernos, iluminadas como ojos en la oscuridad. Y habría sido natural que algún murciélago monstruoso estuviese agazapado en aquellas alturas, o tal vez el rey de todos los grandes lobos.

—Como ojos en una cara de piedra —gruñó uno de los valacos de Thibor, un hombre todo pecho y brazos, de piernas cortas y rollizas.

—¡Y no los únicos ojos que nos observan! —murmuró el otro, un hombre delgado y encorvado que siempre adelantaba de modo agresivo la cabeza.

—¿Qué estáis diciendo?

Thibor estuvo de inmediato alerta, mirando a su alrededor en la oscuridad.

Entonces vio los ojos feroces, triangulares, como gotas de oro suspendidas en la oscuridad en la orilla del bosque. Cinco pares de ojos. Serían de lobos, ¿no?

—¡Eh! —gritó Thibor. Desenvainó la espada y dio un paso adelante—. ¡Fuera, perros de los bosques! No tenemos nada para vosotros.

Los ojos pestañearon esporádicamente a pares, retrocedieron, se desparramaron. Cuatro formas flacas y grises se alejaron saltando bajo la líquida luz de la luna y se perdieron entre los cantos rodados del llano pedregal. Pero el quinto par de ojos permaneció en su sitio, pareció ganar altura, flotó sin vacilación, saliendo de la oscuridad.

Un hombre avanzó desde la sombra, un hombre tan alto o más que el propio Thibor.

Arvos, el gitano, se tambaleó y pareció a punto de desmayarse. La luna tiñó su cara de un gris plateado y pálido. El desconocido alargó una mano, lo agarró de un hombro y lo miró fijo a los ojos. Y poco a poco, el viejo se irguió y dejó de temblar.

A la manera de un guerrero nato, Thibor se había situado a cierta distancia para atacar. Tenía todavía la espada en la mano, pero el desconocido no era más que un hombre. Los acompañantes de Thibor, asombrados al principio, tal vez incluso un poco asustados, se disponían a desenvainar sus armas, pero él los detuvo con una palabra y envainó la suya. Era, en todo caso, una muestra de desafío, un gesto que en un solo movimiento manifestaba su fuerza y posiblemente su desprecio. Era, por cierto, una prueba de intrepidez.

—¿Quién eres? —dijo—. ¡Vienes de noche como un lobo!

El recién llegado era delgado, de aspecto casi frágil. Vestía por completo de negro, con una pesada capa que le envolvía los hombros y le llegaba hasta debajo de las rodillas. Podía llevar armas ocultas bajo la capa, pero tenía las manos a la vista, apoyándolas en los muslos. Ahora prescindió del viejo Arvos y miró a los tres valacos. Sus ojos negros echaron una mirada rápida a los acompañantes de Thibor, pero se fijaron en éste un largo rato antes de responder:

—Soy de la casa de Ferenczy. Mi amo me ha enviado a ver qué clase de hombres van a visitarlo esta noche.
Esbozó una débil sonrisa. Su voz produjo un efecto apaciguador en el *voevod* y, aunque parezca extraño, también lo produjeron sus ojos que no pestañeaban y reflejaban ahora la luz de la luna. Thibor lamentó que no hubiese más luz natural.
Había algo que le repugnaba en las facciones de aquel hombre. Tuvo la impresión de que estaba mirando un cráneo deforme y se preguntó por qué no lo turbaba esto más. Pero alguna atracción misteriosa lo retenía, como se siente atraída la mariposa por la llama que va a devorarla. Sí, atraído y repelido al mismo tiempo.
Al concebir la idea de que estaba cayendo bajo algún extraño maleficio o influjo, se sobrepuso y se obligó a hablar.
—Puedes decirle a tu señor que soy un valaco. Y también que vengo para hablarle de cosas importantes, de llamamientos y responsabilidades.
El hombre de la capa se acercó más y la luz de la luna dio de lleno en su cara.
A fin de cuentas, era la cara de un hombre y no un cráneo, pero tenía algo lobuno, unas mandíbulas y unas orejas casi anormalmente largas.
—Mi señor presumió que debía ser así —dijo, en un tono de voz ligeramente duro—. Pero no importa, lo que tenga que ser será, y tú no eres más que un mensajero. Sin embargo, antes de que pases de este punto, que es una frontera, mi señor debe asegurarse de que vienes por tu propia y libre voluntad.
Thibor había recuperado el aplomo.
—Nadie me ha traído aquí arriba a rastras —gruñó.
—¿Pero has sido enviado...?
—El hombre vigoroso sólo puede ser «enviado» adonde quiere ir —replicó el valaco.
—¿Y tus hombres?
—Nosotros vamos con Thibor —dijo el corcovado—. Donde va él, allá vamos nosotros, ¡de buen grado!
—Incluso para visitar a alguien que envía lobos para darnos la bienvenida — añadió el segundo acompañante de Thibor, el que tenía aspecto de simio.
—¿Lobos? —El desconocido frunció la frente e inclinó a un lado la cabeza con curiosidad. Miró vivamente a su alrededor y luego sonrió divertido—. Querrás decir los perros de mi señor.
—¿Perros?
Thibor estaba seguro de haber visto lobos. Sin embargo, la idea parecía ahora ridicula.
—Sí, perros. Salieron a dar un paseo conmigo, porque la noche es buena.
Pero no están acostumbrados a ver desconocidos. Mira, han vuelto corriendo a casa.
Thibor asintió con la cabeza y dijo:
—Entonces, has venido a nuestro encuentro a medio camino, para acompañarnos y mostrarnos el sendero.
—No —dijo el otro, sacudiendo la cabeza—. Esto podía haberlo hecho Arvos.
He venido sólo para recibiros y contar vuestro número... y también para asegurarme de que tu presencia aquí no ha sido obligada. Es decir, de que vienes por tu propia y libre voluntad.
—Repito —gruñó Thibor—: ¿quién podría obligarme?
—Hay presiones y presiones —dijo el otro, encogiéndose de hombros—. Pero veo que eres dueño de ti.
—Has mencionado nuestro número.
El hombre de la capa arqueó las cejas, que se pusieron casi de punta.
—Para vuestro alojamiento —respondió—. ¿Para qué más podía ser? Y antes de que Thibor pudiese replicar—: Ahora tengo que adelantarme, para hacer los preparativos.

—Lamentaría importunar a tu señor —dijo rápidamente Thibor—. Ya es bastante malo ser un huésped inesperado, pero es aún peor si otros tienen que dejar vacantes las habitaciones que les corresponden por derecho, para hacer sitio para mí y los míos.
—Oh, hay espacio de sobra —respondió el otro—. Y no eras del todo inesperado. En cuanto a sacar a otros de sus habitaciones, la casa de mi señor es un castillo, pero alberga a menos almas de las que hay aquí.
Era como si hubiese leído la mente de Thibor y contestado la pregunta que había encontrado en ella.
Ahora inclinó la cabeza en dirección al viejo *szgany*.
—Sin embargo, no olvides que hay piedras sueltas en el sendero a lo largo del risco y que el camino es un poco peligroso. Debes estar alerta por si caen rocas. — Y dirigiéndose de nuevo a Thibor, dijo—: Entonces, hasta luego.
Observaron cómo se volvía y echaba a andar detrás de los «perros» de su señor por la estrecha e irregular y pedregosa llanura.
Cuando hubo desaparecido en la sombra, Thibor agarró a Arvos por el cuello.
—Ningún servidor, ¿eh? —silbó a la cara del viejo gitano—. Ningún criado, ¿eh? Bueno, ¿eres un simple mentiroso o un gran embustero? ¡Ferenczy puede tener allí un ejército!
Arvos trató de echarse atrás y se encontró con que la mano del valaco era como una tenaza en su cuello.
—Un... criado o dos —jadeó—. ¿Cómo podía... podía yo saberlo? Hace más de un año que...
Thibor lo soltó y lo empujó.
—Viejo —le advirtió—, si quieres ver el día de mañana, procura guiarnos con cuidado a lo largo de este peligroso sendero.
Y cruzaron la depresión pedregosa hasta el acantilado y empezaron a subir por el estrecho camino tallado en su cara casi vertical...

Capítulo 3

El camino estaba como pegado a la negra piedra del acantilado, a la manera de una serpiente de plata bajo la luna. Su superficie era lo bastante ancha como para que pudiese pasar una pequeña carreta, pero no más; y en algunos sitios, el borde se había desmoronado y el sendero se estrechaba hasta tener poco más de la anchura de un hombre. Era precisamente cuando estaban en estos pasos estrechos que la brisa nocturna que venía del bosque arreciaba hasta tal punto, que parecía tirar amenazadora de los hombres que subían como insectos hacia aquel desconocido nido de águilas que era su destino.
—¿Es mucho más largo este maldito sendero? —preguntó Thibor al gitano, después de unos ochocientos metros de lenta y cuidadosa ascensión.
—Estamos en la mitad —respondió al punto Arvos—, pero de aquí en adelante es más empinado. He oído decir que antiguamente subían carretas por aquí, pero de esto hace un siglo o más, y el camino ha estado descuidado.
—*¡Humm!* —gruñó el simiesco acompañante de Thibor—. ¿Carretas? ¡Yo no traería ni una cabra aquí!
Al oír esto, el otro valaco, el jorobado, se sobresaltó y se apretó más contra la roca.
—Yo no sé nada de cabras —murmuró con voz ronca—, pero, si no me equivoco, tenemos una extraña compañía: ¡los «perros» de Ferenczy!
Thibor miró adelante, hacia el lugar donde el sendero desaparecía alrededor de la curva del acantilado. Recortadas sus siluetas contra el espacio estrellado, se erguían formas lobunas gibosas, con el hocico levantado, las orejas alerta y brillantes los ojos feroces. Pero había sólo dos de ellos. Tras lanzar una exclamación de sorpresa y luego una maldición, Thibor miró atrás hacia las más oscuras sombras, y vio a los otros dos; mejor dicho, vio sus ojos triangulares plateados por la luna.

—¡Arvos! —gritó, una vez recobró el aplomo, y alargó los brazos para agarrar al viejo gitano—. *¡Arvos!*
El súbito estruendo habría podido ser el de un trueno, pero el aire era claro y seco y las pocas nubes que había en el cielo no eran de tormenta; el trueno raras veces hace que tiemble el suelo bajo los pies.
El amigo delgado y encorvado de Thibor marchaba el último y se hallaba en el sitio donde el sendero se había convertido en una estrecha cornisa. Sólo necesitaba dar un paso para hallarse en lugar seguro.
—¡Desprendimiento de piedras! —gritó con voz ronca, mientras saltaba hacia adelante.
Pero en el momento de saltar, las piedras llovieron sobre él y lo arrastraron.
Así de rápido: estaba allí, con los brazos alargados y el semblante pálido a la luz de la luna, y se había ido. No gritó; golpeado por las piedras, sin duda estaba inconsciente o muerto ya al caer.
Cuando el último guijarro y la última nubecita de polvo hubieron pasado y se hubo extinguido el eco del desprendimiento, Thibor se acercó al borde del camino y miró hacia abajo. Nada pudo ver; sólo oscuridad y el centelleo de la luz sobre unas rocas lejanas. Arriba y abajo del camino, no había rastro de los lobos.
Thibor se volvió hacia el lugar donde temblaba y se pegaba a la roca el viejo gitano.
—¡Un desprendimiento de piedras! —El viejo vio la expresión del semblante de Thibor—. No puedes culparme de que hayan caído piedras. Si él hubiese saltado en vez de gritar...
Thibor asintió con la cabeza.
—No —dijo, negra la expresión como la misma noche—, no puedo culparte de un desprendimiento de piedras. Pero, de ahora en adelante la culpa será lo de menos. De ahora en adelante, si hay algún problema, por la causa que sea, te arrojaré al abismo. De esta manera, si tengo que morir, sabré que tú has muerto primero. Pues quiero dejar una cosa en claro, viejo. No me fío de Ferenczy, no me fío de sus «perros» y menos aún de ti. No habrá más avisos. —Señaló el sendero con el pulgar—. Para adelante, Arvos de los *szgany*, ¡y aprisa!
Thibor no pensó que su aviso valiese gran cosa; aunque produjese efecto en el gitano, por cierto no lo produciría en su señor de las montañas. Pero tampoco era el valaco hombre capaz de amenazar en vano. Arvos el *szgany* era siervo del Ferenczy, sin duda alguna. Y siendo así, si había más dificultades (Thibor estaba seguro de que el alud había sido provocado), cuidaría de que alcanzasen primero a Arvos. Y las *habría:* los esperaban en el desfiladero donde el acantilado era dividido por una profunda sima y detrás del cual se alzaba el castillo de Ferenczy.
Eso fue lo que vieron Thibor y su simiesco amigo valaco, y el ahora siniestro gitano Arvos, cuando llegaron a aquella hendidura. En tiempos remotísimos, las montañas habían sufrido convulsiones y se habían partido. Se habían abierto puertos en las cadenas montañosas, y éste podía ser uno de ellos. Salvo que, en este caso, la hendidura no había sido completa. El acantilado por cuya cara habían caminado conducía al fin a una alta cresta que se alzaba ahora a unos ochocientos metros de distancia. La cresta estaba dividida en dos picos gemelos, como las orejas de un murciélago o de un lobo. Y allí, a horcajadas sobre el desfiladero donde éste se estrechaba más, aferrándose a las dos caras opuestas y apoyado en el centro en sólido arco de albañilería, se alzaba la mansión de los Ferenczy. Como antes, había dos ventanas iluminadas, como ojos debajo de las afiladas y negras orejas, y la hendidura inferior parecía formar una boca abierta.
—¡No es raro que ese hombre críe lobos! —dijo el achaparrado compañero de Thibor.
Sus palabras produjeron el efecto de un conjuro. Los lobos bajaron por el sendero del acantilado, viniendo del castillo, y no eran sólo cuatro de ellos. Eran muchos, un tropel de animales de piel gris y ojos amarillos como joyas. Y avanzaban a paso largo y resuelto.

—¡Una manada! —gritó el amigo de Thibor.
—Son demasiados para luchar contra ellos —le gritó a su vez el *voevod.*
Por el rabillo del ojo vio que Arvos daba un paso adelante, en *dirección* a los lobos que avanzaban. Alargó una pierna, haciendo una zancadilla el viejo gitano.
—¡Agárralo! —ordenó Thibor, desenvainando la espada.
El valaco achaparrado levantó a Arvos con la misma facilidad con que habría alzado la rama seca y muerta de un árbol, y lo sostuvo sobre el abismo. Arvos chilló, aterrorizado. Los lobos se detuvieron inquietos a pocos pasos de distancia.
Los que iban delante levantaron los afilados hocicos y aullaron lúgrubremente.
Estaba claro que esperaban alguna orden. Pero ¿de quién?
Arvos dejó de chillar, volvió la cabeza y miró con ojos desorbitados al lejano castillo. Su garganta se movía espasmódicamente al tragar saliva.
El hombre que lo sostenía miró a Thibor.
—¿Qué hago ahora? ¿Lo suelto?
El corpulento valaco sacudió la cabeza.
—Sólo si ellos nos atacan —respondió.
—Entonces, ¿crees que el Ferenczy los controla? Pero.... ¿es posible?
—Parece que nuestra presa tiene poderes —dijo Thibor—. Mira la cara del gitano.
Arvos tenía la mirada fija. Thibor había visto antes esa expresión, cuando el viejo había utilizado la sartén-espejo en el pueblo: como si una película lechosa le cubriera cada globo de los ojos.
Entonces habló el gitano.
—¿Señor? —La boca de Arvos apenas se movía. Sus palabras fueron al principio como susurros que se confundían con la brisa de la montaña, pero enseguida elevaron su tono—. ¿Señor? Señor, siempre he sido tu fiel... —se interrumpió de súbito, como cortado en seco, y sus ojos empañados se desorbitaron—. No, señor, *¡no!*
Su voz era ahora un chillido; arañó las manos y los musculosos brazos que lo sostenían contra la gravedad; levantó una vez más la clara mirada hacia la cornisa y los lobos agrupados en ella.
Thibor casi había sentido la fuerza que emanaba del lejano castillo, casi había percibido el rechazo que con toda seguridad condenaba a muerte al *szgany.* Si el Ferenczy había acabado con él, ¿por qué esperar?
Los dos lobos de pecho macizo que marchaban delante, avanzaron a la vez, con los músculos tensos.
—¡Suéltalo! —gruñó Thibor, implacable, y añadió—: Deja que muera... ¡y lucha por tu vida! La cornisa es estrecha; si no nos separamos, tendremos una oportunidad.
Su compañero trataba de soltar al viejo, pero no podía. El gitano se agarraba a sus brazos, luchaba con desesperación para poner de nuevo los pies sobre la cornisa. Pero era ya demasiado tarde para los dos hombres. Despreciando sus propias vidas, los dos grandes lobos grises saltaron como disparados por un muelle.
No contra Thibor (ni siquiera lo miraron), sino directamente contra su achaparrado camarada que trataba de desprenderse de Arvos. Se produjo el choque, un peso muerto contra una doble silueta tambaleante, y el simiesco valaco, Arvos y los dos lobos saltaron sobre el borde del sendero y cayeron en la oscuridad.
Nada había podido hacer Thibor. Sólo pensó un instante en ello. Los jefes de la manada se habían sacrificado en respuesta a una orden que él no había oído... *¿o* tal vez sí? Pero, en todo caso, habían muerto voluntariamente por una causa que él no podía comprender. Sin embargo, seguía viviendo, y vendería cara su vida.
—¡Venid todos! —aulló a la manada, casi en su misma lengua—. Vamos, ¿quién será el primero en probar mi acero?

Durante unos largos momentos, ninguno de los animales se movió.
Entonces...
Entonces se movieron, *sí*, pero no hacia adelante. En lugar de ello, se volvieron, se apartaron, se detuvieron y miraron hacia atrás por encima de las flacas espaldas.
—¡Cobardes! —rugió Thibor.
Dio un paso en su dirección; ellos se apartaron más y lo miraron de nuevo, y el valaco se quedó boquiabierto. Comprendió, *supo* de pronto, que no habían venido para hacerle daño, sino solamente para asegurarse de que vendría solo.
Por primera vez empezó a comprender algo del verdadero poder del misterioso boyardo, supo por qué el Vlad lo quería muerto. Y de pronto también lamentó haberse burlado tanto de las advertencias de su informador en la corte.
Desde luego, podía volver al pueblo y traer al resto de sus hombres. Pero..., ¿podía? Detrás de él, con las pálidas lenguas colgando, un montón de cuerpos peludos cerraban el camino de la cara del acantilado.
Thibor se acercó otro paso y no se movieron ni un milímetro, pero sus muecas perrunas se convirtieron de inmediato en gruñidos. Dio entonces un paso en dirección contraria, y lo siguieron. Tenía una escolta.
—Por mi libre voluntad, ¿eh? —murmuró, y miró la espada que tenía en la mano.
La espada de algún guerrero *varyagi*, una buena espada de vikingo, pero inútil si la manada decidía atacar en masa. O si alguien lo decidía por ella. Thibor lo sabía, y sospechaba que ellos lo sabían también.
Envainó el arma y encontró valor para ordenar:
—Adelante, amigos; pero no os acerquéis demasiado, ¡u os cortaré las patas como amuletos!
Y así fue cómo lo llevaron al castillo, en la roca hendida...
En su tumba poco profunda, la vieja Cosa enterrada se estremeció de nuevo, esta vez de miedo. Por muy monstruoso que haya podido ser un hombre en este mundo, cuando sueña con su juventud, lo que lo había espantado entonces lo espanta ahora. Era esto lo que le pasaba a la criatura-Thibor, y ahora su sueño lo llevaba hasta las puertas del terror.
El sol se estaba poniendo; su borde formaba una pequeña ampolla roja sobre el monte, pero sus rayos aún resplandecían sobre la tierra, donde las sombras se alargaban más y más, borrando deprisa las manchas doradas del sol. Sin embargo, ni siquiera cuando el sol se hubo puesto del todo para iluminar otras tierras, pudo Thibor «despertar» en el sentido que dan los hombres a esta palabra; pues él podía soñar durante muchos años entre períodos de aquella cosa odiosa llamada vigilia.
No es agradable ser una Cosa enterrada despierta, sola, inmóvil, no-muerta.
Pero la rica sangre que empapaba la tierra lo despertaría, por cierto, en el instante en que lo tocase. Incluso ahora, la proximidad de aquel líquido cálido, precioso, despertaba pasiones en él. Sus fosas nasales se abrieron más al percibir su olor; su corazón disecado pidió a su propia y antigua sangre que circulase más aprisa por sus venas; su núcleo de vampiro gimió sin ruido en el sueño que compartía con él.
No obstante, el sueño de Thibor era más fuerte. Era un imán de la mente, que lo atraía a una conclusión que conocía y temía desde la antigüedad, pero que siempre debía experimentar de nuevo. Y en la fría tierra del claro entre árboles inmóviles, donde las piedras de su mausoleo yacían rotas y cubiertas de líquenes, la Cosa de pesadilla siguió soñando...
El camino se ensanchó, se convirtió en una avenida flanqueada de altos y oscuros pinos, sobre una nivelada y amplia franja de piedras acumuladas durante siglos. A la izquierda de Thibor, más allá de los rectos troncos de los pinos, unas rocas lisas y negras se alzaban verticalmente a más de cien metros, contra un cielo añil tachonado de estrellas; a su

derecha, los árboles se apretujaban y descendían por un lado de la garganta ya no tan estrecha, para ascender por el otro. En el fondo, fluía y gorgoteaba el agua, invisible bajo el negro manto de la noche. El Vlad había tenido razón: con un puñado de hombres (o de lobos) el Ferenczy podía defender fácilmente su castillo contra un ejército. Sin embargo, las cosas podían ser diferentes dentro de aquél. Sobre todo si el boyardo estaba en verdad solo o casi solo.

Por fin se irguió ante él el antiguo edificio. Su sillería era maciza, pero corroída por el tiempo. A ambos lados del desfiladero se alzaban enormes torres de más de veinte metros; cuadradas y casi lisas en sus anchas bases, tenían a mayor altura ventanas en arco y fortificadas, cornisas y balcones con profundas troneras y canalones de piedra surgiendo de las bocas de gárgolas talladas con cabezas de monstruos marinos. En lo alto de cada torre, se abrían más troneras delante de las agujas piramidales cubiertas de tejas pero con grandes agujeros que mostraban la urgente necesidad de una reparación, y envolviéndolo todo, un fuerte miasma de decadencia, una pátina húmeda y malsana, como si la propia piedra exudara un frío y pegajoso sudor.

A media altura, los muros interiores tenían contrafuertes voladizos casi tan macizos como las propias torres y que se encontraban sobre la garganta en un tramo único, como un puente de piedra de unos dos metros y medio de torre a torre. Sostenido por los contrafuertes, se levantaba un largo salón de un solo piso construido de madera, con pequeñas ventanas cuadradas. Tenía un techo puntiagudo, cubierto de grandes pizarras; tanto el salón como el tejado estaban en tan mala condición como las torres. De no haber sido porque dos de las ventanas estaban iluminadas por luces centelleantes, todo el castillo habría parecido desierto, arruinado. No era como se imaginaba Thibor que debía ser la residencia de un gran boyardo. Por otra parte, si hubiese sido supersticioso, sin duda habría creído que allí vivían demonios.

El número de lobos empezó a menguar al acercarse a las paredes del castillo.

El valaco avanzó, pero hasta que estuvo a la sombra de aquellas paredes no pudo ver las sencillas defensas de aquél: un foso de poco menos de cinco metros de anchura y similar profundidad, excavado en la sólida roca y con el fondo lleno de largas estacas afiladas y tan próximas entre sí que cualquier hombre que cayese allí quedaría ciertamente empalado. También vio entonces la puerta: una pesada puerta de roble reforzada con hierros y dispuesta de manera que pudiese formar un puente levadizo. Y justo mientras miraba, la puerta empezó a bajar, crujiendo y chirriando las pesadas cadenas al ser tendida sobre el foso.

Entonces apareció en la abertura un personaje envuelto en una capa y que sostenía una antorcha encendida. Debido al resplandor de ésta, poco podía verse de las facciones del hombre; lo único que Thibor pudo distinguir fue su palidez, y sintió la vaga impresión de unas proporciones grotescas. Sin embargo, tuvo sospechas, y más que sospechas, en el instante en que habló aquel pesonaje:

—Conque has venido... por tu propia y libre voluntad.

Thibor había sido acusado a menudo de ser un hombre frío, con una voz fría y sin emoción. Nunca lo había negado. Pero, si su voz era fría, ésta parecía haber salido de una tumba. Y si momentáneamente le había parecido apaciguadora, ahora le atacaba los nervios como el dolor de un diente cariado o el frío acero sobre un hueso vivo. Era vieja (vieja como las montañas y es posible que depositaria de tantos secretos como éstas), pero no era una voz enfermiza, por cierto; tenía la autoridad de todo conocimiento oscuro.

—¿Mi propia y libre voluntad?

Thibor se atrevió a apartar la mirada del personaje y vio que estaba solo por completo. Los lobos se habían desvanecido en la noche, en las montañas. Tal vez un par de ojos amarillos brillaron un momento bajo los árboles, pero eso fue todo.

Se volvió para mirar de nuevo a su anfitrión.
—Sí, por mi propia y libre voluntad... —admitió.
—Entonces, sé bienvenido.
El boyardo dejó la antorcha en un soporte junto a la puerta, dobló un poco la cintura y se apartó a un lado. Y Thibor cruzó el puente levadizo y entró en la casa del Ferenczy. Pero, un instante antes de entrar, miró hacia arriba y vio la inscripción grabada al fuego en el roble ennegrecido por el tiempo del arqueado dintel. Él no sabía leer ni escribir, pero el hombre de la capa vio lo que miraba y se lo tradujo:
—Dice que ésta es la casa de Waldemar Ferrenzig. También está la fecha, que demuestra que el castillo tiene casi doscientos años de antigüedad. Waldemar era...
era mi padre. Yo soy Faethor Ferrenzig, llamado «el Ferenczy» por mi gente.
Ahora había un fiero orgullo en aquella voz opaca y, por primera vez, Thibor se sintió inseguro. Nada sabía del castillo; fácilmente podía haber muchos hombres al acecho; la puerta abierta semejaba las fauces de algún animal desconocido.
—He hecho preparativos —dijo el anfitrión de Thibor—. Comida y bebida, y una fogata para que te calientes los huesos.
Volvió deliberadamente la espalda, tomó una segunda antorcha de una oscura hornacina de la pared y la encendió con la primera. Al prender la llama, se extinguieron las sombras. El Ferenczy miró una vez a su invitado, sin sonreír, y lo guió hacia el interior. El valaco lo siguió.
Pasaron aprisa por oscuros corredores de piedra, antesalas, puertas estrechas, y entraron en la torre. Entonces subieron por una escalera de caracol hasta una pesada trampa en un suelo de baldosas, sostenido por grandes vigas negras. La trampa estaba abierta y Ferenczy se recogió la capa antes de subir a una bien iluminada habitación. Thibor lo siguió de cerca, para no darle tiempo a desenvolverse a su antojo. Al poner pie en la estancia, se estremeció. ¡Habría sido tan fácil clavarle una lanza o cortarle la cabeza al pasar por la trampa! Pero, aparte del señor del castillo, la habitación estaba vacía.
Thibor miró a su anfitrión y luego a su alrededor. La habitación era larga, ancha y alta. El techo de madera estaba muy estropeado; a la luz vacilante del fuego, se veía un tejado de pizarra sobre el techo y, a través de unos huecos, las estrellas que relucían entre el humo que surgía del fuego. El lugar estaba bastante a la intemperie. En invierno tenía que ser muy frío. Ni siquiera ahora habría estado caliente, de no haber sido por el fuego.
El fuego era de leña de pino, y ardía en un hogar abierto, con una chimenea en ángulo para cruzar una pared exterior. Los leños eran sostenidos por unos morillos de hierro forjado, retorcidos por el calor de muchas fogatas como ésta.
Delante del fuego, seis becadas se estaban asando sobre las brasas. El olor de la carne salpicada con hierbas no podía ser más apetitoso.
Cerca de la chimenea había una pesada mesa y dos sillas de roble, y sobre aquélla, platos de madera, cuchillos de trinchar y una jarra de piedra, para vino o agua. En el centro de la mesa todavía humeaba carne asada de algún animal.
También había un cuenco de frutos secos y otro con rebanadas de pan moreno. No era probable que Thibor muriese de hambre...
Éste miró de nuevo la pared donde estaba la chimenea; su base era de piedra, pero más arriba, de madera. También había una ventana cuadrada, abierta a la noche. Se acercó a ella y se asomó a un escenario de vértigo: el barranco, flanqueado de apiñados abetos y más lejos, hacia el este, los vastos y negros bosques. Y ahora supo el *voevod* que se hallaba en una habitación central del castillo, donde se extendía éste sobre la estrecha garganta entre las torres.
—¿Estás nervioso, valaco?
La voz suave (ahora suave, sí) de Faethor Ferenczy, lo sobresaltó.

—¿Nervioso? —Thibor sacudió lentamente la cabeza—. Perplejo, nada más.
Sorprendido, ¿*Estás* solo aquí!
—¡Oh! ¿*Y* qué esperabas? ¿No te dijo Arvos, el gitano, que estaba solo?
Thibor entrecerró los ojos.
—Me dijo varias cosas... y ahora está muerto.
El otro no dio la menor señal de sorpresa, ni de remordimiento.
—Todos los hombres tienen que morir —dijo.
Thibor endureció el tono de su voz:
—Mis dos amigos también han muerto.
El Ferenczy se encogió de hombros.
—El camino de subida es duro. Ha costado muchas vidas a lo largo de los años. Pero ¿has dicho amigos? Entonces, eres un hombre afortunado. Yo no tengo amigos.
Thibor acercó la mano a la empuñadura de su espada.
—Yo me había imaginado que toda la manada de tus «amigos» me había mostrado el camino hasta aquí...
Su anfitrión dio inmediatamente un paso hacia él, aunque más que un paso fue un movimiento fluido. Aquel hombre se movía como el líquido. Una mano larga, delgada pero firme, se apoyó en la empuñadura de la espada de Thibor, *debajo* de la mano de éste. Tocarla era como tocar la piel de una serpiente viva. Thibor se estremeció y apartó la mano. En el mismo instante, el boyardo desenvainó la espada, de nuevo con un movimiento fluido, líquido. El valaco quedó pasmado y desarmado.
—No puedes comer con esta cosa tan grande golpeándote las piernas —le dijo Ferenczy. Sopesó la espada como si fuese un juguete y sonrió—. ¡Oh! Un arma de guerrero. ¿Eres un guerrero, Thibor de Valaquia? Un *voevod*, ¿eh? He oído decir que Vladimir Svyatoslavich recluta muchos señores de la guerra, incluso entre los campesinos.
De nuevo pilló desprevenido a Thibor; éste no había dicho su nombre al Ferenczy, no había mencionado al Vlad de Kiev. Pero antes de que pudiese encontrar palabras para responder, su anfitrión le dijo:
—Vamos, no dejes que se enfríe tu comida. Siéntate, come, y hablaremos.
Arrojó la espada de Thibor sobre un banco cubierto de pieles suaves.
Thibor llevaba un arco cruzado sobre la ancha espalda. Desprendió la cuerda de su hombro y tendió el arma al Ferenczy. En todo caso, tardaría demasiado tiempo en cargarla. Sería inútil de cerca, contra un hombre que se movía como aquél.
—¿Quieres también mi cuchillo?
Faethor Ferenczy abrió mucho la boca y se echó a reír.
—Sólo deseo que te sientes cómodamente a mi mesa. Guarda tu cuchillo.
Mira, para trinchar la carne hay varios al alcance de tu mano.
Arrojó el arco junto a la espada.
Thibor lo miró fijo y asintió con la cabeza. Se sacudió la pesada chaqueta y la dejó caer al suelo. Tomó asiento en uno de los extremos de la mesa y observó cómo colocaba Ferenczy toda la comida de manera que él pudiese alcanzarla.
Luego, su anfitrión llenó de vino de la jarra dos grandes vasos de hierro, antes de sentarse en el extremo opuesto.
—¿No comerás conmigo?
De pronto Thibor sintió hambre, pero no quería dar el primer bocado. En el palacio de Kiev, siempre esperaban a que el Vlad empezara.
Faethor Ferenczy alargó un brazo encima de la mesa, un brazo extraordinariamente largo, y cortó con habilidad un trocito de carne.
—Comeré una becada cuando estén asadas —dijo—. Pero no me esperes; come cuanto quieras. —Jugueteó con su comida, mientras Thibor devoraba la suya.

El Ferenczy lo observó durante un rato y después dijo—: Parece natural que un hombre tan corpulento tenga mucho apetito. Yo también tengo... apetitos que este lugar restringe. Por eso me interesas, Thibor. Podríamos ser hermanos, ¿comprendes? Incluso podría ser yo tu padre. Sí, los dos somos muy altos, y tú eres un guerrero que no conoce el miedo. Presumo que no hay muchos como tú en el mundo... —Y después de una breve pausa, y en completo contraste con lo que acababa de decir—: ¿Qué te contó de mí el Vlad, antes de enviarte para que me lleves a su corte?

Thibor había resuelto no ser pillado por sorpresa por tercera vez. Tragó lo que tenía en la boca y miró a su vez al otro por encima de la mesa. Ahora, a la luz del fuego y de las vacilantes antorchas, se permitió una inspección más minuciosa del dueño del castillo.

Sería inútil, pensó, tratar de calcular la edad de aquel hombre. Parecía *exudar* edad como un antiguo monolito, y sin embargo se movía con la increíble rapidez de una serpiente al atacar y con la ligereza de una joven. Su voz podía sonar tan dura como los elementos o tan suave como el beso de una madre, y no obstante parecía extraordinariamente viejo, también. En cuanto a los ojos de Ferenczy, estaban profundamente hundidos en cuencas triangulares, bajo pesados párpados, y su verdadero color era igualmente imposible de determinar. Vistos desde cierto ángulo, eran negros, brillantes como piedras mojadas, mientras que, desde otro, eran amarillos, con oro en las pupilas. Eran unos ojos cultos y llenos de sabiduría, pero también feroces y teñidos por el pecado.

Y luego estaba la nariz. La nariz de Faethor Ferenczy, junto con sus afiladas y carnosas orejas, eran las facciones menos aceptables de su rostro. Era más un hocico que una nariz propiamente dicha; sin embargo, era casi tan larga como la cara, y la punta se achataba sobre el labio superior y las grandes ventanas se torcían hacia arriba. Inmediatamente debajo de ella, en realidad demasiado cerca, la boca estriada del hombre era grande y roja, en contraste con la pálida y tosca carne. Cuando hablaba, los labios se separaban sólo un poco. Pero los dientes, por lo que el valaco había visto de ellos al reír el Ferenczy, eran grandes y cuadrados y amarillos. También le pareció que los incisivos eran extrañamente curvos y afilados, como diminutas guadañas; pero no podía estar seguro. Si era así, aquel hombre se parecería todavía más a un lobo.

Faethor Ferenczy era pues, un hombre feo. Pero... Thibor había conocido a muchos hombres feos. Y había matado también a muchos de ellos.

—¿El Vlad? —Thibor cortó más carne y bebió un trago de vino tinto. Estaba avinagrado, pero no era peor del que solía beber. Luego miró de nuevo al Ferenczy y se encogió de hombros—. Me dijo que estabas bajo su protección, pero no le habías jurado fidelidad. Que tenías tierras, pero no pagabas impuestos. Que podías reclutar muchos hombres, pero preferías estar sentado aquí para conservar el pellejo, mientras los otros boyardos luchaban contra los pechenegi.

Durante un momento, el Ferenczy abrió los ojos de par en par y parecían inyectados en sangre en los bordes; al mismo tiempo bufó de forma audible por la nariz. Su labio superior se torció un poco hacia atrás y las hirsutas y picudas cejas se juntaron sobre la frente, alta y pálida. Después... se echó atrás, pareció relajarse, sonrió y asintió con la cabeza.

Thibor había dejado de comer, pero al observar que el Ferenczy se había controlado, siguió comiendo. Entre bocado y bocado, dijo:

—¿Creías *que* te halagaría, Faethor Ferenczy? ¿Has pensado, también, que me asustarían tus artimañas, tal vez?

El dueño del castillo arrugó la nariz.

—¿Mis... artimañas?

Thibor asintió con la cabeza.

—Los consejeros del príncipe, monjes cristianos venidos de Grecia, creen que eres una especie de demonio, un «vampiro». Y me parece que él lo cree también.
Pero yo, yo soy un hombre vulgar, un campesino, y digo que sólo eres un embaucador muy astuto. Hablas a tus siervos *szgany* con señales de espejos y has adiestrado a un par de lobos para que cumplan tus instrucciones como perros. ¡Oh!
¡Lobos sarnosos! Mira, en Kiev hay un hombre que lleva a grandes osos de una correa, ¡y baila con ellos! ¿Y qué más tienes? ¡Nada! Oh, haces adivinaciones astutas y finges que tus ojos tienen poderes extraordinarios; que pueden ver más allá de los bosques y de las montañas. Te envuelves en misterio en estos oscuros montes, pero esto sólo causa efecto a los supersticiosos. ¿Y quiénes son los *más* supersticiosos? Los hombres cultos, los monjes y los príncipes. Saben tanto, sus cerebros están tan rebosantes de conocimientos, que creen cualquier cosa. Pero el hombre corriente, el guerrero, sólo cree en la sangre y el hierro. La primera le da fuerza para blandir el segundo; el segundo se la da para verter la primera en torrentes purpúreos.
Un poco sorprendido de sí mismo, Thibor hizo una pausa y se enjugó los labios. El vino le había soltado la lengua.
El Ferenczy había estado sentado inmóvil; ahora se echó atrás en su silla, golpeó la mesa con una mano larga y plana y soltó una estruendosa carcajada. Y Thibor vio que, en efecto, sus ojos y sus dientes eran como los de un perro grande.
—¿Qué? ¿Va a darme lecciones un guerrero? —gritó el boyardo, apuntándole con un dedo muy delgado—. Pero tienes *razón,* Thibor. Tienes razón al irte de la lengua, y por eso me gustas. Y me alegro de que hayas venido, sea cual fuere tu misión. ¿No he acertado al decir que podías ser mi hijo? Sin duda, *tuve* razón. Un hombre según mi estilo, tal vez en más de un rasgo, ¿eh?
Sus ojos volvían a estar enrojecidos, quizás un efecto producido por el resplandor del fuego, pero Thibor se aseguró de tener un cuchillo al alcance de la mano. Tal vez el Ferenczy estaba loco. En verdad lo parecía, cuando reía de aquella manera.
El fuego chisporroteó al caer de lado un leño. Thibor sintió olor a quemado.
¡Las becadas! Tanto él como su anfitrión se habían olvidado de ellas. Decidió ser caritativo y dejar que el ermitaño comiese antes de matarlo.
—Tus pájaros —dijo, o trató de decir mientras se ponía en pie.
Sin embargo, las palabras se enredaron en su lengua, brotaron confusas, con un sonido extraño. Peor aún, no podía ponerse en pie; sus manos parecían pegadas a la mesa y tenía los pies pesados como el plomo.
Thibor miró sus manos estiradas y retorcidas, su cuerpo casi paralizado, e incluso su mirada horrorizada era lenta, presa de una languidez antinatural. Era como si estuviese borracho, pero más borracho de lo que nunca había estado.
Estaba seguro de que bastaría un ligero empujón para arrojarlo al suelo.
Entonces se fijó en el vaso, en el vino tinto de la jarra. Avinagrado, sí. Algo peor. ¡Estaba envenenado!
El Ferenczy lo observaba con atención. De pronto, suspiró y se levantó.
Parecía aún más alto, más joven, más fuerte. Se acercó con agilidad al fuego, volcó el asador y los pájaros humeantes sobre las llamas. Estos silbaron, echaron humo y se inflaron al instante. Entonces se volvió hacia Thibor, que lo estaba observando.
Ni un músculo del cuerpo de éste quería responder a las órdenes desesperadas de su mente. Era como si se hubiese vuelto de piedra. De su frente brotaban gotas de sudor frío. El Ferenczy se acercó más, se irguió delante de él. Thibor lo miró, miró sus largas mandíbulas, el cráneo deforme, las orejas, la nariz aplastada como un hocico... Un hombre feo, sí, y tal vez más que un hombre.
—¡En... envenenado! —pudo farfullar al fin el valaco.

—¿Eh? —El Ferenczy inclinó la cabeza y lo miró—. ¿Envenenado? No, no — dijo—; sólo drogado. ¿No es evidente que si quisiera tu muerte *habrías* muerto ya con Arvos y tus amigos? ¡Pero eres valiente! Te mostré lo que podía hacer y, sin embargo, has seguido adelante. *¿O* eres simplemente obstinado? ¿Tal vez estúpido? Te otorgaré el beneficio de la duda y diré que eres valiente, pues no puedo perder tiempo con los tontos.
Con un gran esfuerzo de voluntad, Thibor movió espasmódicamente la mano derecha hacia el cuchillo que estaba sobre la mesa. Su anfitrión sonrió, tomó un cuchillo y se lo tendió. Thibor empezó a temblar por el esfuerzo, pero, si no podía levantarse, tampoco podía coger el cuchillo. Toda la habitación empezó a oscilar, a fundirse, a girar en un negro e irresistible torbellino.
Lo último que vio fue la cara de Ferenczy, más terrible que nunca, al inclinarse sobre él. Aquella cara animal, bestial, de fauces abiertas al reír, *y la bífida lengua carmesí que vibraba como la de una serpiente atenazada en la caverna de su garganta* La vieja Cosa enterrada se despertó de pronto...
La pesadilla, y algo más, lo había despertado.
Por un instante, la criatura-Thibor se estremeció con el horror de su sueño, antes de recordar dónde estaba y quién y qué era. Y entonces se estremeció de nuevo, ahora extasiado.
¡Sangre!
¡El suelo negro de su tumba estaba mojado, empapado en sangre! La sangre lo tocaba; se filtraba como aceite a través de las hojas muertas, de las pequeñas raíces y de la tierra, y lo tocaba. Absorbida por la acción capilar instantánea de sus innumerables fibras sedientas, penetraba *en* él, llenaba los poros y las venas disecadas, los órganos esponjosos y los hambrientos y doloridos huesos alveolados.
Sangre —¡vida!— llenaba al vampiro, hacía saltar nervios entumecidos por los siglos, despertaba instantáneamente sentidos inhumanos, increíbles.
Abrió los ojos... y los cerró al instante. Tierra. Oscuridad. Estaba todavía enterrado. Yacía en su tumba, como siempre. Abrió los senos de sus fosas nasales, y los cerró enseguida..., pero no del todo. Olió el suelo, sí, pero también la sangre.
Y ahora, despierto del todo, empezó a examinar con cuidado, con minucia, lo que lo rodeaba.
Sopesó la tierra que tenía encima, la sondeó instintivamente. Era poca, muy poca. Cuarenta y cinco centímetros como máximo. Y encima de ella, otros treinta centímetros de mantillo. Oh, había sido enterrado a una profundidad mucho mayor, pero en el curso de los siglos se había ido acercando a la superficie. Esto había sido cuando tenía fuerzas para hacerlo.
Hizo un esfuerzo, alargó en el suelo los seudópodos, como lombrices carmesíes, y los recogió de nuevo. Oh, sí, la tierra estaba saturada de sangre, y de sangre humana, por cierto, pero... ¿cómo era posible? ¿Podía ser, podía realmente ser, obra de Dragosani?
La Cosa proyectó su mente, llamó suavemente: *¿Dragosaniiii? ¿Eres tú, hijo mío? ¿Has hecho tú esto? ¿Me has traído esta preciosa ofrenda, Dragosaaaniiii?*
Sus pensamientos contactaron con mentes, pero mentes limpias, mentes inocentes. Mentes humanas que nunca habían conocido su corrupción. Pero ¿personas? ¿Aquí, en los montes cruciformes? ¿Cuál era su objetivo? ¿Por qué habían venido a su tumba y cebado la tierra con...?
¡Cebado la tierra!
La criatura-Thibor rechazó sus ideas, sus extrusiones protoplasmáticas, sus extensiones psíquicas, y se encerró en sí mismo. El terror y el odio llenaron todos sus nervios. ¿Cuál era la respuesta? ¿Lo habían recordado después de tantos años, y venido al fin a ajustarle las cuentas? ¿Habría Dragosani hablado de él a alguien, y este alguien advertido el peligro de que estuviese enterrado aquí?

La Cosa yacía allí, estremecida, con su cuerpo apenas humano temblequeante a causa de la tensión, y afinaba el oído, tocaba, olía, gustaba... Empleaba, en fin, todos sus agudizados sentidos de vampiro, salvo el de la vista. Y también podía emplear éste, si se atrevía.
Pero, a pesar de su miedo, lo único que no sentía era el peligro. Y olería el peligro con la misma nitidez que olía la sangre.
¿Qué hora sería?
Su temblor cesó al reflexionar un momento sobre el problema de la hora. ¿La hora? *¡Ay!* ¿Qué mes debía de ser, qué estación, qué año, qué decenio? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que el joven Dragosani —aquel hijo de todas las esperanzas y aspiraciones malvadas de Thibor— lo había visitado? Pero más importante aún, ¿era ahora de día... o de noche?
Era de noche. El vampiro podía sentirlo. La oscuridad se filtraba por el suelo como la rica y oscura sangre a la que acompañaba. Era de noche, *su* hora, y la sangre le había dado una fuerza, una elasticidad, una motivación y una movilidad casi olvidadas durante los siglos que había yacido aquí.
Puso de nuevo sus pensamientos en contacto con las mentes de las personas que estaban en el claro, entre los árboles inmóviles, exactamente encima de donde él yacía. No pensaba *en* ellos, no hacía el menor esfuerzo por comunicar con ellos; sólo tocaba sus pensamientos con los suyos. Un hombre y una mujer. Sólo eran dos. ¿Serían amantes? ¿Para esto habrían venido aquí? Pero ¿en invierno? Sí, era invierno, y la tierra estaba fría y dura. ¿Y qué decir de la sangre? ¿Sería tal vez...
un crimen?
La mente de la mujer... estaba llena de pesadillas. Dormía o estaba inconsciente, pero el pánico era reciente en su mente y el corazón palpitaba a rachas, en una fiebre de miedo. ¿Qué la había espantado?
En cuanto al hombre, se estaba muriendo. Era su sangre lo que la vieja Cosa había absorbido, lo que alimentaba incluso ahora su sistema de vampiro. Pero ¿qué le había ocurrido a la pareja? ¿Había atraído él a la mujer aquí, la había atacado, y ella lo había apuñalado antes de que pudiese violarla?
Thibor trató de explorar un poco más la mente del moribundo. Había en ella dolor..., demasiado dolor. Éste había cerrado la mente del hombre, de modo que ahora todo se hacía confuso, le sumía en un vacío doloroso. Era el vacío último, llamado Muerte, que engulliría a su víctima.
Dolor, sí; ciertamente, agonía. La Cosa enterrada extendió unas protuberancias, como flexibles y carnosas antenas, para captar el fluido vital que manaba del hombre; lombrices rojas de carne inhumana brotaban de la cara arrugada por los siglos, del pecho hueco y de los apergaminados miembros, y excavaban la tierra hacia arriba, como tentáculos de algún asqueroso molusco; seguían el rastro escarlata, convergiendo sobre su origen.
La pierna derecha del hombre estaba rota por encima de la rodilla. El hueso fracturado había rasgado las arterias como un cuchillo y éstas bombeaban ahora pequeños chorros de sangre humeante sobre la fría tierra muerta. Era demasiado; *esto* incitaba a la verdadera bestia que moraba en la criatura-Thibor y su voracidad despertó al instante. Las grandes mandíbulas de perro se abrieron en la dura tierra; los labios resecos temblaron y se humedecieron, las fosas nasales se dilataron como negros embudos.
La Cosa envió desde su cuello una gruesa serpiente protoplásmica que apartó a un lado raíces, guijarros y tierra hasta salir a la superficie, oscilante como un hongo venenoso animado, en el claro de bosque del mausoleo de Thibor. Formó un ojo rudimentario en su extremo y dilató la pupila para ver mejor en la oscuridad.
Vio al moribundo: un hombre apuesto y corpulento, cualidades que podían explicar la calidad y la cantidad de la sangre vertida. Un hombre inteligente, de alta frente. Y, sin

embargo, estaba derrumbado aquí, sobre la tierra, con el líquido vital que manaba de él hasta la última gota.
Thibor no podía salvarlo, ni lo habría hecho si hubiese podido. Pero tampoco lo desperdiciaría. Después de una breve mirada de aquel ojo horrible, para asegurarse de que la mujer no volvía en sí, hizo brotar una veintena de pequeños pitorros rojos de su cara expectante: unos tubos huecos como bocas diminutas, que penetraron en la herida para extraer el resto del cálido zumo que brotaba de ella.
Después...
Todo el ser diabólico de Thibor se rindió al puro éxtasis, a la negra alegría, al infernal embeleso de alimentarse, de extraer el rojo alimento directamente de las venas de una víctima. Era... ¡era indescriptible!
Era como la primera mujer de un hombre. No su primer torpe y presuroso e incontrolado orgasmo sobre el vientre o el vello púbico de alguna chica, sino la primera inyección de semen en el cálido núcleo de una mujer gemebunda y saciada. Era como la primera muerte en un combate, cuando la cabeza del enemigo se desprende del cuerpo o la espada atraviesa el corazón o el cuello. Era como la viva y punzante impresión de un chapuzón en un lago de montaña; como la vista de un campo de batalla, donde los cuerpos amontonados de un ejército expulsan vapores y apestan; como la adoración de los guerreros que alzan la bandera de un hombre en homenaje a su victoria. Era tan satisfactorio como todas estas cosas, pero, ¡ay!, se acabó demasiado pronto.
El corazón del hombre había dejado de latir. Su sangre, lo poco que quedaba de ella, estaba estancada. Las grandes manchas carmesíes se estaban endureciendo y convertían el mantillo en cortezas pegajosas. Casi antes de empezar, el maravilloso banquete había... ¿terminado?
Tal vez no...
La protuberancia visual de la Cosa-Thibor volvió el ojo hacia la mujer. Era blanca, atractiva, de complexión esbelta. Parecía la linda favorita de algún rico boyardo, llena de delicada sangre aristocrática. Toques febriles de color daban a sus mejillas un aspecto saludable, pero el resto de su piel estaba pálida como la muerte. La exposición al frío, cada vez más fuerte, la mataría si no lo hacía antes la vieja Cosa enterrada.
El ojo-apéndice se extendió, fuera de la tierra. Era verde grisáceo, moteado, pero unas venas rojas latían ahora en él, justo debajo de la superficie de su piel protoplásmica. Se fue acercando al lugar donde yacía la mujer y se detuvo delante de su cara. Su aliento superficial, casi jadeante, empañó el ojo e hizo que éste se echase atrás. En el cuello latía una vena como un pájaro fatigado. El pecho subía y bajaba, subía y bajaba.
El ojo fálico se acercó a la garganta de ella y observó la suave pulsación de la yugular. Poco a poco, el ojo se disolvió y las venas rojas del leproso y oscilante hongo se estremecieron debajo *de* su piel y adquirieron un color escarlata más fuerte. Se formaron una boca y unas mandíbulas serpentinas que ocuparon el sitio del ojo, de manera que el tentáculo podía parecer muy bien una serpiente ciega, suave y moteada. Las mandíbulas se abrieron y una lengua bífida osciló entre muchas hileras de dientes como agujas. De la boca abierta brotó saliva y goteó sobre el suelo esponjoso. La «cabeza» de aquel horrible miembro se echó atrás, y éste formó una *«S»* mortal, como una cobra a punto de atacar, y...
... Y la mente de la criatura-Thibor se estremeció e inmovilizó en el acto todas sus partes físicas. En el último momento, se había dado cuenta de lo que iba a hacer, había advertido el gran peligro de su desaforado anhelo.
No eran los viejos tiempos, sino los nuevos. ¡El siglo veinte! Salvo en antiguos y estropeados textos, su tumba aquí, bajo los árboles, había sido olvidada. Pero si quitaba la vida a esta mujer, ¿qué pasaría? ¡*Sabía* lo que pasaría!

Equipos de socorro saldrían en busca de los dos jóvenes. Los encontrarían más pronto o más tarde, aquí, en el claro, junto al arruinado mausoleo. Y alguien recordaría. Algún viejo estúpido murmuraría: «Pero... ¡éste es un lugar prohibido!», y otro añadiría: «Sí, pues enterraron algo allí hace mucho, mucho tiempo. Mi tatarabuelo solía contar historias sobre la Cosa enterrada en estos montes cruciformes, para dar miedo a sus hijos cuando eran malos».

Entonces leerían los antiguos anales y recordarían las viejas costumbres y vendrían a la luz del día, talarían árboles, arrancarían las antiguas losas y cavarían en el suelo hasta encontrarlo. Y volverían a clavarle una estaca, pero esta vez...

¡esta vez le cortarían la cabeza y la quemarían!

Quemarían todo su cuerpo...

Thibor entabló una tremenda batalla consigo mismo. Lo que había de vampiro en él, y que había sido su parte principal durante novecientos años, era casi irracional. Pero *el propio* Thibor todavía podía pensar como un hombre, y su razonamiento era lógico. El vampiro-Thibor era momentáneamente ávido, pero el hombre-Thibor podía ver mucho más allá. Y tenía ya sus planes, unos planes que giraban alrededor del joven Dragosani.

Dragosani estudiaba ahora en Bucarest, no era más que un adolescente, pero la vieja Cosa enterrada ya lo había corrompido. Le había enseñado el arte de la necromancia. Le había mostrado cómo adivinar los secretos que sólo conocen los seres muertos. Y Dragosani siempre volvería, siempre regresaría aquí en busca de nuevos conocimientos, porque la antigua Cosa en la tierra pútrida era la fuente misma de todo misterio oscuro.

Mientras tanto, una semilla o huevo de vampiro —el clon asqueroso, parecido a una sanguijuela, de la criatura-Thibor— estaba creciendo en él donde yacía; una sola gota de fluido ajeno que llevaba el complejo código del nuevo vampiro. Pero esto era un proceso lento, muy lento. Un día, cuando Dragosani fuese adulto, subiría aquí, a estos montes, y el huevo estaría a punto. Un hombre de monstruoso talento subirá aquí, buscando los secretos últimos de los wamphyri..., pero cuando se marchase, llevaría un vampiro pequeño con él, *dentro* de él.

Después de esto vendría de nuevo —tendría que venir de nuevo— porque estaría dispuesto para la fase final de su plan.

Vendría Dragosani; Dragosani y Thibor se marcharían... *juntos.* Al fin se completaría el ciclo, la rueda habría dado una vuelta entera y el vampiro inmemorial volvería a andar por la tierra, ¡esta vez para conquistarla!

Así lo había proyectado la vieja Cosa enterrada, y así sería. Se *levantaría* de aquí y saldría de nuevo al mundo. ¡El mundo sería suyo! Pero no si mataba a esta mujer aquí y ahora; no, pues esto sería una locura total, el fin indudable de él y de todos sus sueños...

El vampiro que moraba en él sucumbió al sentido común, permitió de mala gana que la mente retorcida pero humana de Thibor dominase la situación. El afán de sangre menguó y fue sustituido por la curiosidad, que a su vez dio paso a dormidos anhelos reprimidos por el tiempo. En la vieja Cosa enterrada despertaron nuevos sentimientos enteramente humanos. Ahora, Thibor no era varón ni hembra, pertenecía a los wamphyri, pero una vez había sido hombre. Un hombre libidinoso.

En los quinientos años que su azote había aterrorizado a Valaquia, Bulgaria, Moldavia, Rusia y al Imperio Otomano había conocido mujeres, muchas mujeres.

Algunas habían sido suyas de buen grado; pero la mayoría, no. No ignoraba ninguna de las maneras de poseer a una mujer, y se le habían ofrecido, o había tomado por la fuerza, innumerables veces, todos los placeres o dolores que podía brindarle una mujer.

A mediados del siglo quince, como *voevod* de Vlad Tepes, el llamado «empalador», había cruzado el Danubio con sus fuerzas y hecho prisionero a un emisario del sultán Murad. El representante del sultán, su escolta de doscientos soldados y su harén de doce bellezas,

habían sido sorprendidos una noche en la ciudad de Isperikh. Thibor había mostrado cierta clemencia con los ciudadanos búlgaros: se les había permitido huir mientras sus tropas saqueaban e incendiaban la ciudad, llevándose como esclavos o violando a los moradores que se demoraban.

Pero, en cuanto al emisario del sultán, Thibor lo hizo empalar, así como a sus doscientos hombres, en altas y afiladas estacas. «A su manera», había ordenado no sin gozo a sus verdugos: «A la manera turca. Les encanta ejercer la sodomía con muchachos; así pues, dejemos que mueran felices, ¡tal como han vivido!». Pero las mujeres del harén..., había poseído a las doce la misma noche, pasando de una a otra sin la menor limitación, y repitiendo la hazaña el día siguiente. ¡Ay! Había sido un sátiro en aquellos tiempos.

Y ahora..., no era más que una vieja Cosa enterrada. De momento. Durante unos pocos años más. Pero todavía podía soñar, ¿no? Aún podía recordar el pasado.

Y tal vez podía hacer más que recordar...

La sustancia mucosa del tentáculo experimentó otra metamorfosis: la boca, los colmillos y la lengua serpentinos se fundieron de nuevo en el grueso de aquél, cuya punta se allanó y ensanchó convirtiéndose en una espátula roma. Luego ésta se dividió en cinco gruesos apéndices verde grisáceos —un pulgar y cuatro dedos rudimentarios— y en la punta del centro apareció un pequeño ojo que se fijó, fascinado, en el movimiento del pecho de la mujer inconsciente. Thibor dobló esta «mano», la hizo sensible, y robusteció y alargó el tronco que era su «brazo».

Guiada por el pequeño y resplandeciente ojo, la temblorosa y gelatinosa mano se introdujo debajo del corpino de la mujer y de cada capa de ropa hasta su carne.

Todavía estaba caliente, pero la mano sensible pudo percibir que el calor disminuía gradualmente. Los senos eran suaves, de grandes pezones, de más que abundantes proporciones. Cuando Thibor había estado vivo, y no no-muerto, ésta era la clase de pechos que más le gustaba. Su mano se endureció al acariciarlos.

Ella gimió un poco y se movió una fracción de centímetro.

Debajo de la mano de la vieja Cosa, el corazón de ella latía ahora con más fuerza, tal vez estimulado por el tacto. Unos latidos fuertes, sí, pero desesperados, aterrorizados. La mujer sabía que *no* debía estar yaciendo aquí, sin hacer nada, y luchaba por salir de su desmayo. Pero su cuerpo no respondía a la necesidad, sus miembros se estaban enfriando; cuando la sangre empezara a enfriarse también, el *shock* la mataría.

Ahora la criatura-Thibor también sintió un poco de miedo. ¡Ella no debía morir aquí! Se imaginó de nuevo a los socorristas en el momento de encontrar los cuerpos del hombre y la mujer, atisbando la arruinada tumba mientras intercambiaban miradas de buenos conocedores. Entonces los vio cavar, vio sus afiladas estacas de madera dura, sus cadenas de plata, sus brillantes hachas. Vio resplandecer en la falda del monte una hoguera de árboles talados y, por un solo y angustioso instante, sintió que su carne extraña se fundía, se licuaba en grasa y un licor fétido que hervía en el pútrido suelo.

No, no debía permitir que muriese aquí. Debía hacer que recobrase el conocimiento. Pero primero...

Su mano se apartó de los senos y empezó a deslizarse, libidinosa, sobre el vientre... ¡y se detuvo!

Al yacer aquí durante tantos siglos, los sentidos de la criatura-Thibor no se habían embotado; por el contrario, se habían agudizado sobremanera. Privado de todos los demás, había desarrollado una supersensibilidad. En las muchas primaveras, había sentido crecer los verdes retoños, escuchado el apareamiento de los pájaros en árboles lejanos. Había olido el calor de todos los veranos, se había encogido, entre gruñidos furiosos, cuando algún rayo de sol había penetrado en el claro y caído sobre su tumba. Las hojas pardas y

marchitas que caían en otoño sobre el suelo, habían sonado a veces como truenos, y cuando llovía, los arroyuelos rugían como ríos caudalosos. Y ahora...
Ahora el pequeño, insistente y casi mecánico latido que «oía» a través de su mano apoyada en el vientre de la mujer, le contó una historia, en una clave que ninguna de las otras criaturas habría podido detectar. Le reveló una nueva vida, en un ser no nacido, en el minúsculo feto.
¡La mujer estaba embarazada!
¡Ahhh!, dijo Thibor, sólo para sí. Tensó su mano falsa y apretó más fuerte la carne de la mujer. Un niño futuro —pura inocencia—, un solo instante de intenso placer solidificado en una semilla que crecía aquí, en el vientre oscuro y cálido.
El instinto del mal, en parte de vampiro, en parte humano, pero siempre maligno, salió por sus fueros. La lógica negra sustituyó a la lujuria. El tentáculo se alargó todavía más y su mano perdió sustancia; se hizo más pequeño y delgado al perseguir ahora un nuevo fin, sí, un fin completamente *nuevo.* Su destino había sido el lugar más secreto de la mujer, el corazón de su identidad femenina, no para dañar, sino simplemente para saber, y para recordar. Pero ahora había un nuevo destino.
En el subsuelo, debajo del desmenuzado mantillo y de la dura y fría tierra, las fauces del vampiro se entreabrieron en una ciega y monstruosa sonrisa. Debía yacer aquí para siempre, o hasta que viniese Dragosani a liberarlo; pero al menos podía tener una oportunidad, una posibilidad de enviar *algo* de sí mismo al mundo.
Penetró en la mujer, cuidadosamente, delicadamente, de manera que ni siquiera estando despierta habría podido sospechar que él estaba allí, y envolvió con los dedos curvos y parecidos a hojas la nueva vida en su seno. Durante un breve instante, sopesó aquella cosa diminuta, aquel minúsculo grumo de carne casi amorfa, y sintió los latidos del corazón fetal.
¡Recuerda!, dijo la vieja Cosa enterrada. *Sabe lo que eres, lo que yo soy. Más aún, sabe* dónde *estoy. Y cuando estés dispuesto, ven a buscarme. ¡Acuérdate de miiiii!*
La mujer se movió y gimió de nuevo, ahora más fuerte. Thibor se retiró de ella, dio más peso, más solidez a su mano. Le dio un fuerte bofetón en el pálido semblante. Ella gritó, se sacudió, abrió los ojos, pero sin tiempo para ver hundirse deprisa en el suelo el repugnante apéndice del vampiro.
Ella gritó de nuevo, miró a su alrededor en la penumbra, con ojos asustados, y vio el cuerpo inmóvil y encogido de su marido. Galvanizada, respiró hondo y gritó: «¡Dios mío!», al correr hacia él. Sólo tardó un momento en aceptar la inaceptable verdad.
—¡No! —gritó—. ¡Dios mío, *no*!
El horror le dio fuerza. No se desmayaría de nuevo; en realidad, se despreciaba por haberse desmayado la primera vez. Ahora debía actuar, debía hacer... ¡algo! Lo cierto era que nada podía hacer por él, aunque, de momento, este hecho le había pasado inadvertido.
Pasó los brazos por debajo de los de él y lo arrastró unos pasos vacilantes al pie de los árboles, cuesta abajo. Entonces tropezó con una raíz, cayó hacia atrás, y el cuerpo de su marido rodó detrás de ella. La mujer se detuvo en seco al chocar con el tronco de un árbol, pero no él. Él siguió resbalando; saltaba y caía como un flojo paquete de brazos y piernas. Fue a dar en una capa de nieve helada y continuó deslizándose hasta perderse de vista monte abajo y hundirse en las sombras.
Los chasquidos de la maleza llegaron hasta ella al ponerse en pie, jadeando para recobrar aliento. Todo era inútil, de nada habían servido sus esfuerzos.
Al comprenderlo, llenó de aire sus pulmones —los llenó hasta casi reventar— y corrió tropezando ciegamente detrás de él, vertiente abajo, entre los árboles, y lanzó un largo y penetrante grito de agonía mental y de autoinculpación.

Su grito resonó en los montes cruciformes, saltando de uno a otro hasta ser absorbido por la tierra. Y la vieja Cosa enterrada lo oyó y suspiró, y esperó a ver lo que le depararía el futuro...

En una oficina de Londres, en el piso más alto de un hotel que era bastante más que un hotel, Alec Kyle miró su reloj. Eran las cuatro y cinco minutos, y la aparición Keogh no se había extinguido aún. Su relato era fascinante, aunque morboso, y Kyle presumió que era también exacto; pero ¿quedaba todavía mucho más por contar? El tiempo debía de estarse agotando. Ahora, mientras la cosa espectral que era Keogh hacía una pausa, y mientras la imagen de su huésped infantil giraba sobre su eje en y a través de la parte media de su cuerpo, Kyle dijo:

—Pero, desde luego, sabemos lo que le ocurrió a Thibor: Dragosani acabó con él, lo decapitó y lo destruyó definitivamente al pie de los árboles inmóviles de los montes cruciformes.

Keogh había advertido que miraba su reloj. *Tienes razón,* dijo con un movimiento espectral de la cabeza. *Thibor Ferenczy está muerto. Por eso pude hablarle, allí, en aquellos mismos montes. Fui allí por el camino de Möbius. Pero también tienes razón cuando piensas que se está agotando el tiempo. Por consiguiente, debemos aprovecharlo. Y tengo más que decirte.*

Kyle se retrepó en su asiento; no dijo nada; esperó.

Dije que había otros vampiros, prosiguió Keogh. *Y puede que los haya. Pero hay* ciertamente *criaturas a las que llamamos mediovampiros. Esto trataré de explicártelo más tarde. También mencioné una víctima: un hombre que ha sido tomado, empleado y destruido por uno de estos mediovampiros. Estaba muerto cuando le hablé, muerto y completamente aterrorizado. Pero no de estar muerto. Y ahora es un no-muerto.*

Kyle sacudió la cabeza, se esforzó en comprender.

—Será mejor que prosigas. Cuéntalo a tu manera. Sin forzar la explicación.

Así lo entenderé mejor. Dime solamente una cosa. ¿Cuándo... hablaste... con ese muerto?

Hace sólo unos días, según medís vosotros el tiempo, respondió Keogh sin vacilar. *Yo estaba en mi camino de vuelta del pasado, viajando por el continuo de Möbius, cuando vi una línea de vida azul, cruzada y terminada por otra línea, más roja que azul. Supe que se había quitado una vida y, por consiguiente, me detuve y hablé con la víctima. Diré, de pasada, que mi descubrimiento no fue accidental:*

había estado buscando algún suceso de esta clase. En cierto modo incluso necesitaba esta muerte, por horrible que pueda parecer. Pero así es cómo adquiero conocimiento. Mira, a mi me resulta mucho más fácil hablar con los muertos que con los vivos. Y a fin de cuentas, no habría podido salvarlo. En cambio, a través de él puedo salvar a otros.

—¿Y dices que ese hombre había sido tomado por un vampiro? —Todavía tanteando en la oscuridad, Kyle estaba horrorizado—. ¿Recientemente? Pero ¿dónde? ¿Cómo?

Esto es lo peor, Alec, dijo Keogh. *Fue tomado aquí, ¡en Inglaterra!. En cuanto a cómo fue tomado..., deja que te explique...*

Capítulo 4

Yulian había sido un hijo tardío, nacido casi un mes más tarde de lo normal, aunque, dadas las circunstancias, su madre consideraba una suerte que no hubiese nacido antes. O que no hubiese sido prematuro. ¡O que no hubiese nacido muerto!

Ahora, en el espacioso asiento de atrás del Mercedes de su prima Anne, de camino para el bautizo de Yulian en una pequeña iglesia de Harrow, Georgina Bodescu sujetó a la criatura en el moisés y recordó aquellas circunstancias: aquel tiempo, hacía casi un año, en que ella y su marido habían ido de vacaciones a Slatina, a sólo ochenta kilómetros de los amenazadores y salvajes bastiones de los Cárpatos Meridionales, los Alpes Transilvanos.

Un año es mucho tiempo y ahora podía mirar atrás sin tener la impresión de que también ella debía morir, sin someterse a las lentas y cálidas lágrimas y a la angustia de una autoinculpación. Porque durante largos, larguísimos meses, se había sentido culpable. Culpable de seguir con vida cuando Ilya estaba muerto, y de que, de no haber sido por su debilidad, él podría estar vivo todavía. Culpable de haberse desmayado al ver su sangre, cuando habría debido correr como el viento en busca de ayuda. Y el pobre Ilya yaciendo allí, inconsciente por el dolor, mientras la sangre manaba de su cuerpo y empapaba la oscura tierra... y ella estaba desmayada como... como un típica violeta inglesa.

Oh, sí, ahora podía mirar atrás —necesitaba hacerlo—, pues habían sido los últimos días de Ilya, de los que ella había sido parte. Lo había amado mucho, muchísimo, y no quería que se desvaneciese lo que recordaba de él. Si, al mirar atrás, le fuese posible evocar todas las cosas buenas sin provocar la pesadilla, se sentiría feliz.

Pero, desde luego, no podía...

Ilya Bodescu, rumano, enseñaba lenguas eslavas en Londres cuando Georgina lo conoció. Lingüista de profesión, se había trasladado de Bucarest, donde enseñaba francés e inglés, al European Institute de Regent Street, donde ella estudiaba búlgaro (su abuelo materno, comerciante en vinos, procedía de Sofía).

Ilya había sido su maestro sólo en ocasiones, cuando sustituía a una pechugona y bigotuda matrona de Pleven; pero su agudo ingenio y sus negros ojos chispeantes habían transformado las largas y tediosas horas de trabajo en períodos demasiado cortos de pura satisfacción. ¿Amor a primera vista? No a la luz de una visión retrospectiva de doce años, pero sí un proceso bastante rápido desde cualquier punto de vista. Se habían casado antes de un año, que era el curso normal de Ilya en el instituto. Al terminar éste, ella había vuelto a Bucarest con él. Esto había sido en noviembre de 1947.

Las cosas no habían sido siempre fáciles. Los padres de Georgina Drew eran gente bastante acomodada; su padre, perteneciente al servicio diplomático, había desempeñado varios cargos prestigiosos en el extranjero, y su madre procedía también de una familia rica. Ex debutante convertida en enfermera auxiliar durante la Primera Guerra Mundial, había conocido a John Drew en un hospital de campaña en Francia, donde ella le había curado una grave herida en la pierna. Ésta lo dejó inútil para el combate durante el resto de la contienda, y ella pudo volver a casa con él. Se casaron en el verano de 1917.

Cuando Georgina presentó a Ilya a sus padres, éstos lo recibieron con bastante frialdad. Durante años, su padre, británico hasta la médula, había estado «soportando» el hecho de que su esposa fuese de ascendencia búlgara, ¡y ahora su hija traía a casa a un maldito gitano! No lo había dicho *tan* a las claras, pero Georgina supo perfectamente lo que pensaba su padre. Su madre no había sido tan ruda, aunque recordó demasiadas veces que «papá nunca había confiado mucho en los valacos de allende la frontera», desconfianza que alegaba como una de las razones de que él hubiese emigrado a Inglaterra en primer lugar. En una palabra, estuvieron lejos de hacer que Ilya se sintiese como en casa.

Por desgracia, en el lapso de los ocho años siguientes —repartidos para Georgina e Ilya entre Bucarest y Londres—, sus padres fallecieron. Todas las disputas habían sido olvidadas hacía tiempo, y Georgina había quedado en buena situación; lo cual era muy conveniente, ya que, en aquellos primeros años, Ilya no ganaba lo bastante con sus lecciones para mantenerla en el tren de vida a que estaba acostumbrada.

Pero fue entonces cuando ofrecieron a Ilya un empleo lucrativo como intérprete en el Foreign Office de Londres; pues, si el padre de Georgina había sido bastante incordio en vida, le había dejado como legado una excelente presentación a los círculos diplomáticos. Había una condición: para conseguir aquella posición, Ilya debía adquirir primero la nacionalidad británica. Esto no era inconveniente, pues había resuelto solicitarla a la

primera oportunidad, pero tenía que terminar el curso en el instituto y completar uno más en Bucarest, antes de poder desempeñar el empleo.
El último año en Rumania había sido muy triste, porque sabía que *era* el último; sin embargo, al acercarse el final del curso, se había sentido dichoso. Once años después de la guerra, el ambiente de las ciudades en recuperación no había sido bueno para él. Londres tenía *smog*, y Bucarest, niebla; ambas ciudades estaban contaminadas por los gases tóxicos y, para Ilya, también lo estaban los libros mugrientos de las bibliotecas y las aulas. Su salud se había resentido un poco a causa de todo ello.
Habrían podido volver a Inglaterra cuando él terminó su contrato, pero un médico de Bucarest se lo desaconsejó.
—Quédense todo el invierno —recomendó—, pero no en la ciudad. Váyanse al campo. Largos paseos en un ambiente claro y fresco; eso es lo que necesita. Y por la noche, un buen fuego de leña, y mucha tranquilidad. Saber que la nieve es espesa fuera, pero que por dentro está caliente. Esto es muy satisfactorio. Hace que uno se alegre de vivir.
Había parecido un consejo razonable.
Ilya no tenía que empezar a trabajar en el Ministerio de Asuntos Exteriores hasta el final de mayo; pasaron la navidad en Bucarest con unos amigos; después, al empezar el año, tomaron el tren para Slatina, al pie de los Alpes. En realidad, la población estaba en la ladera de una estribación, pero sus moradores decían siempre que estaba «al pie de los Alpes». Allí alquilaron una casa que era un antiguo granero y que estaba apartada de la carretera de Pitesti, y se instalaron en ella antes de que empezasen las verdaderas nevadas del año.
A finales de enero, salieron las máquinas quitanieves para limpiar las carreteras, y sus azules y acres gases de escape contaminaron el aire claro y frío; los residentes iban al trabajo pataleando con fuerza; embozados hasta las orejas, parecían grandes fardos ambulantes más que personas. Ilya y Georgina asaban castañas en el hogar y hacían planes para el futuro. Hasta entonces habían procurado no tener hijos, pues les había parecido que su vida era demasiado inestable; pero allí..., allí sintieron que era el momento de empezar.
En realidad, habían empezado hacía casi dos meses, pero Georgina no estaba aún segura. Sólo lo sospechaba.
Pasaban los días en la población, cuando la nieve se lo permitía, y las noches en su destartalada casita alquilada, donde leían o hacían el amor delante del fuego.
Por lo general, lo último. Un mes después de salir de Bucarest, había desaparecido la tos irritante de Ilya y éste había recobrado casi todas sus fuerzas. Con típico celo rumano, las gastaba pródigamente con Georgina. Había sido como una segunda luna de miel.
A mediados de febrero ocurrió lo imposible: tres días consecutivos de cielo despejado y de brillante sol, y toda la nieve que se fundía, de manera que, al amanecer el cuarto día, casi pareció que había empezado la primavera. «Otros dos o tres días de buen tiempo», les decían los vecinos con aire convencido, «¡y les parecerá que nunca han visto nieve! Aprovéchenlos ahora, pues, mientras puedan.» Y Georgina e Ilya habían decidido aceptar la sugerencia.
Con los años y las lecciones de Ilya, Georgina se había convertido en una buena esquiadora. Podría pasar mucho tiempo, antes de que tuviesen otra oportunidad. Allí abajo, en la llamada estepa, lo único que quedaba de la nieve eran unos montones grises y sucios en las orillas de las carreteras; pero unos kilómetros más arriba, en dirección a los Alpes, todavía podía encontrarse mucha.
Ilya alquiló un coche para un par de días —un destartalado y viejo Volkswagen— y esquíes. Y a la una y media de la tarde del fatídico cuarto día iniciaron la subida a las estribaciones alpinas. Se detuvieron para almorzar en una pequeña posada del extremo

norte de Ionesti, donde comieron *goulash* regado con café espeso, seguido de sendos tragos de *slivovitz* para limpiarse la boca.
Después continuaron el ascenso hacia una región donde la nieve era todavía espesa sobre los campos y los setos. Y fue desde allí que Ilya observó la corcova de unos montes bajos y grises a algo así como un kilómetro y medio hacia el oeste, y salió de la carretera hacia un camino, para acercarse un poco más.
Por fin, el camino había estado lleno de baches bajo la nieve y ésta se había hecho más profunda, para gran contrariedad de Ilya. Para evitar un atasco, maniobró y puso el pequeño coche en la dirección por la que habían venido, para poder regresar con más facilidad cuando hubiesen terminado con su ejercicio deportivo.
—¡*Landlaufenl* —había declarado él, bajando los esquíes de la baca.
Georgina se había lamentado:
—¿A campo traviesa? ¿Hasta aquellos montes?
—¡Son blancos! —declaró él—. Resplandecientes de nieve en polvo sobre suelo duro y firme. ¡Perfecto! Tal vez hay un kilómetro hasta allí, luego una lenta subida hasta la cima y un divertido slalom entre los árboles. Estaremos de vuelta aquí cuando se nos eche encima el crepúsculo.
—¡Pero son más de las tres! —protestó ella.
—Entonces será mejor que nos pongamos en marcha. Vamos, será muy bueno para nosotros...
—¡Muy bueno para nosotros! —repitió ahora tristemente Georgina, con la imagen de él todavía clara al cabo de un año: alto y moreno y apuesto al levantar los esquíes de la baca del coche y arrojarlos sobre la nieve.
—¿Qué? —Anne Drew, su joven prima, la miró por encima del hombro—.
¿Decías algo?
—No. —Georgina sonrió con tristeza y sacudió la cabeza. Se alegraba de la interrupción de otro de sus recuerdos, pero al mismo tiempo lo lamentó. La cara de Ilya flotaba en el aire, se desvanecía superpuesta a la de su prima—. Soñaba despierta, eso es todo.
Anne frunció la frente y volvió a centrar la atención en la conducción del coche. «Soñar despierta», pensó. Sí, Georgina lo había hecho mucho durante los últimos doce meses. Parecía que había algo en ella, es decir, algo diferente del pequeño Yulian, que no había nacido a su debido tiempo. Dolor, sí, desde luego, pero más que eso. Era como si se hubiese tambaleado durante doce meses en el borde de un colapso nervioso y sólo la continuación de Ilya en Yulian lo había impedido. En cuanto a soñar despierta, a veces parecía tan lejana, tan desprendida del mundo real, que resultaba difícil traerla a él de nuevo. Pero ahora, con el pequeño..., ahora tenía algo a lo que aferrarse, un áncora, algo por lo que vivir.
Bueno para nosotros, repitió Georgina, pero esta vez para sus adentros, amargamente.
Porque no había sido «buena» para ellos aquella última travesura fatal en la nieve de los montes cruciformes, sino todo lo contrario. Había sido terrible, trágica.
Una pesadilla que había vivido mil veces en el año transcurrido y que perduraría durante diez mil más, estaba segura. Adormecida por el calor del coche y el zumbido de su motor, volvió a sus recuerdos...
Habían encontrado un viejo cortafuego en la ladera del monte y habían empezado a subir hacia la cima, deteniéndose de vez en cuando para recobrar aliento y protegerse los ojos contra la blancura deslumbradora. Cuando llegaron jadeantes a la cresta, el sol estaba bajo y la luz empezaba a menguar.
—Ahora todo será cuesta abajo —había observado Ilya—. Un vivo slalom entre los arbolitos que han crecido en el cortafuego, y después un lento descenso de vuelta al coche. ¿Lista? ¡Vamos allá!

Y todo lo demás había sido... ¡un desastre!
Los arbolitos que él había mencionado eran en realidad árboles bastante crecidos. La capa de nieve, acumulada en el cortafuego, era mucho más profunda de lo que él había presumido, de manera que sólo las copas de los pinos —que parecían pequeños— se alzaban orgullosas sobre la blanca superficie. A medio camino, él había pasado demasiado cerca de uno de aquéllos, y una rama, justo debajo de la superficie, que semejaba una simple mata de hierba, se había enredado en su esquí derecho. Él se había erguido, saltado y resbalado durante más de veinte metros, en un revoltijo de anorak blanco y palos y esquíes y brazos y piernas, antes de enredarse con otro «arbolito» y detenerse en su veloz descenso.
Georgina, que se había retrasado mucho y esquiaba con más prudencia, lo había visto todo. El corazón pareció subirle a la garganta y, tras lanzar un grito, surcó la nieve con sus esquíes hasta llegar al sitio donde yacía despatarrado su marido. Había soltado de inmediato sus esquíes y los había clavado en la nieve para no perderlos; luego se había arrodillado junto a Ilya. Éste se apretaba los costados y no paraba de reír, y las lágrimas producto de la risa rodaban y se helaban en sus mejillas.
—¡Payaso! —dijo ella, y le golpeó el pecho—. *¡Payaso!* ¡Me has dado un susto de muerte!
Él se había reído aún más fuerte al tiempo que le agarraba las muñecas y la sujetaba. Entonces había mirado sus esquíes y dejado de reír. El de la derecha estaba roto y se sostenía por una astilla donde se había partido a unos quince centímetros por delante de la grapa.
—¡Ay! —había exclamado entonces, con cara preocupada.
Y se había sentado sobre la nieve para mirar a su alrededor. Había sido entonces cuando Georgina comprendió que la cosa era grave. Podía verlo en los ojos de él, por la manera de fruncir los párpados.
—Vuelve al coche — le había dicho él—. Pero con cuidado; no hagas como yo y rompas tus esquíes. Pon el coche en marcha y abre la calefacción. No hay mucho más de un kilómetro y medio; así, cuando yo vuelva, habrás calentado el viejo cacharro. Sería una tontería que nos helásemos los dos.
—¡No! —había dicho rotundamente ella—. Volveremos juntos. Yo...
—Georgina — había dicho él a media voz, lo cual significaba que empezaba a enfadarse—. Mira, si volvemos juntos, esto querrá decir que llegaremos *los dos* mojados, cansados y con mucho, mucho frío. Yo me lo merezco, pero tú no. Si haces lo que digo, te calentarás muy pronto, y yo me calentaré poco después.
Además, se está acercando la noche. Vuelve tú al coche, a la luz del crepúsculo, y podrás encender los faros, que me servirán de guía. También tocarás el claxon de vez en cuando, para que sepa que estás bien y disfrutando del calor, lo cual será para mí un nuevo aliciente. ¿Comprendes?
Ella lo había comprendido, pero sus argumentos no la habían hecho vacilar.
—Si permanecemos juntos, ¡al menos *estaremos* juntos! ¿Y si yo me cayese y no pudiera seguir adelante? Tú volverías al coche y yo no estaría allí. Y entonces ¿qué? Y yo tendría mucho miedo, Ilya. ¡Por mí y por ti!
Durante un segundo, él entrecerró los ojos todavía más. Pero entonces asintió con la cabeza.
—Desde luego, tienes razón. —Miró de nuevo a su alrededor. Después, quitándose los esquíes, dijo—: Está bien, te diré lo que vamos a hacer. Mira hacia allá abajo.
El cortafuego continuaba durante tal vez medio kilómetro, cuesta abajo y en fuerte pendiente. A ambos lados, grandes árboles, algunos de ellos muy viejos estaban apiñados, con la nieve amontonada debajo de los que estaban más cerca del cortafuego. Y lo estaban tanto unos de otros que sus ramas se entrelazaban a menudo. No habían sido talados desde

hacía al menos quinientos años. A sus pies, la nieve era desigual, separada del suelo por una gruesa capa de agujas de abetos que la cubría como un manto.
—El coche está allí —dijo Ilya mientras señalaba hacia el este—, detrás de la curva del monte y más allá de los árboles. Atajaremos entre éstos hacia el sendero, y después seguiremos las huellas de nuestros esquíes para volver al coche. Nos ahorraremos tal vez medio kilómetro y nos será mucho más fácil andar por allí que por los sitios donde la nieve es más profunda. Al menos, para mí. Cuando estemos en el sendero, podrás ir esquiando, pero despacio, y cuando avistemos el coche, te adelantarás y lo pondrás en marcha. Pero tenemos que darnos prisa. Habrá poca luz debajo de aquellos árboles y, dentro de media hora, se habrá puesto el sol. No quisiera que estuviésemos todavía en el bosque mucho después de eso.
Entonces cargó con los esquíes de Georgina y salieron del cortafuego en busca del refugio y el silencio de los árboles.
Al principio habían avanzado deprisa, tanto que él casi había dejado de preocuparse. Pero había algo opresivo en la falda del monte, una quietud demasiado intensa, una impresión de siglos que habían pasado o estaban pasando como el «tictac» de un gran reloj, y de algo que esperaba, que observaba, de manera que Georgina sólo deseaba salir de allí y volver a campo abierto. Presumía que Ilya sentía también ese extraño *genius loci*, pues hablaba muy poco e incluso su respiración era silenciosa mientras caminaban en diagonal entre los árboles, moviéndose de un tronco a otro, evitando todo lo posible los lugares más abruptos.
Entonces habían llegado a un sitio donde unas piedras inclinadas sobresalían del suelo y de las hojas muertas; después tenían que salvar una pendiente muy empinada y rocosa hasta una zona nivelada. Y cuando él la ayudó a bajar, habían observado la mano del hombre debajo de los oscuros árboles.
Estaban sobre unas losas revestidas de líquenes, delante de... ¿un mausoleo?
Al menos, eso era lo que parecían aquellas ruinas. Pero ¿aquí? Georgina, nerviosa, había apretado el brazo de Ilya. Difícilmente podía considerarse aquello un lugar sagrado, por mucho que se forzase la imaginación. Parecía como sí se moviesen allí presencias invisibles y comunicaran su movimiento al aire húmedo sin agitar las telarañas y las ramas muertas que pendían como dedos de la penumbra más intensa de las copas. Era un lugar frío, pero carente de la calidad estimulante del frío del invierno; un lugar donde el sol raras veces había entrado en... ¿cuántos siglos?
Construida con piedra tosca de la propia ladera, la tumba se había derrumbado hacía tiempo; la mayor parte del techo de pesados bloques yacía en un montón de cascotes sobre las losas del suelo, rotas a su vez y levantadas por el lento crecimiento de las grandes raíces. Una piedra rota, apoyada ahora en una arruinada pared lateral, habían constituido antaño el dintel de la amplia entrada de la tumba; había grabado en ella un escudo de armas, difícil de distinguir en la penumbra.
Ilya, a quien siempre habían fascinado las cosas antiguas, se había arrodillado al lado de la piedra caída y limpiado el polvo de la leyenda tallada.
—¡Vaya, vaya! —había dicho a media voz—. ¿Qué sacaremos en limpio de esto?
Georgina se había estremecido.
—¡Yo no quiero sacar nada! Es un lugar completamente horrible.
Marchémonos de aquí; sigamos adelante.
—Pero mira, aquí hay unos signos heráldicos. Al menos supongo que lo son.
Éste, el de más abajo, es... ¿un dragón? Sí, un dragón rampante, ¿lo ves? Y encima..., no puedo acabar de verlo.
—¡Porque el sol se está poniendo! —había gritado ella—. Se está haciendo de noche por momentos.

Pero, de todos modos, se había acercado a mirar por encima del hombro de él. El dragón esculpido aparecía con claridad ante sus ojos; era una criatura de soberbio aspecto tallada en la piedra.
—¡Y eso es un murciélago! —había dicho enseguida Georgina—. Un murciélago que vuela sobre la espalda del dragón.
Ilya se había apresurado a quitar más polvo y líquenes de las viejas estrías cinceladas, y había aparecido otro símbolo tallado. Pero el gran dintel, que había parecido firmemente asentado, se había movido de pronto y empezado a caer al derrumbarse la vieja pared.
Al empujar a Georgina hacia atrás, Ilya había perdido el equilibrio. Tratando de echarse atrás él mismo, su pierna había quedado de algún modo enganchada delante de él, directamente debajo del dintel que caía. Todavía tumbado allí, mientras caía la piedra, su grito de angustia y el horrible chasquido del hueso de la pierna al romperse y astillarse y abrirse camino a través de la carne, se había confundido con el chillido de Georgina.
Entonces, tal vez afortunadamente, Ilya había perdido el conocimiento. Ella había saltado para librarlo del dintel, y había descubierto que, si bien le había roto la pierna, no lo había atrapado. La parte inferior de la pierna se movió inútilmente y se dobló en un ángulo extraño al tocarla ella, pero, por milagro, no estaba sujeta.
Entonces Georgina había visto y sentido la fractura, el hueso astillado que sobresalía de la carne y la ropa enrojecida, y los repetidos chorros de sangre sobre sus manos y su chaqueta.
Y eso era lo último que había visto, sentido u oído, hasta el momento en que había despertado. Mejor dicho, había visto otra cosa y la había olvidado al instante mientras caía al suelo. Esa cosa había permanecido olvidada, más exactamente, reprimida: era el tercer símbolo, tallado encima del dragón y del murciélago, que había parecido burlarse de ella en el momento de desmayarse...
—¿Georgy? ¡Estamos aquí!
La voz de Anne rompió el hechizo.
Georgina, reclinada en la parte de atrás del coche y con los ojos entrecerrados y el semblante súbitamente pálido, se sobresaltó y se puso rígida. Había estado a punto de recordar algo sobre el lugar donde Ilya había muerto, algo que había querido reprimir. Ahora aspiró agradecida el aire y esbozó una sonrisa.
—¿Ya hemos llegado? —consiguió decir—. Yo... ¡debería estar a muchos kilómetros de distancia!
Anne llevó el gran coche al aparcamiento de detrás de la iglesia y frenó suavemente. Entonces se volvió a mirar a su pasajera.
—¿*Seguro* que estás bien?
Georgina asintió con la cabeza.
—Sí, estoy bien. Tal vez un poco cansada, pero eso es todo. Vamos, ayúdame a llevar la cesta.
La iglesia era de piedra vieja, vitrales de colores y arcos góticos, con un cementerio a un lado, donde las lápidas estaban inclinadas y revestidas de líquenes verde grisáceos. Georgina no podía soportar los líquenes, sobre todo cuando cubrían viejas inscripciones talladas en losas medio derrumbadas. Miró hacia el otro lado al cruzar deprisa el cementerio y doblar la esquina reforzada de la iglesia, dirigiéndose a la entrada. Anne, que sostenía la otra asa de la cesta, tuvo que trotar un poco para seguirla.
—¡Dios mío! —protestó—. ¿Crees que vamos a llegar tarde?
Y en realidad, casi era así.
En la escalinata de delante de la iglesia, esperaba el novio de Anne, George Lake. Habían vivido juntos durante tres años y acababan de fijar una fecha para la boda; iban a ser los padrinos de Yulian. Se habían celebrado varios bautizos esa mañana; el último grupo de

felices padres, padrinos y parientes, estaba saliendo, radiante la madre al sostener a su hijo con el traje de bautizo. George pasó junto a ella y bajó corriendo la escalera, tomó la cesta y dijo:
—He presenciado todas las ceremonias: cuatro bautizos, con todos sus murmullos y rezos y remojones... ¡Y llantos! Creí que era justo que uno de nosotros estuviese aquí desde el principio hasta el fin. Pero el viejo vicario, ¡Señor, qué latoso es! ¡Que Dios me perdone!
George y Anne podrían haber sido hermano y hermana, incluso gemelos.
«Hechos el uno para el otro», pensó Georgina. Ambos medían un metro setenta y cinco y eran un poco rollizos, aunque no gordos, los dos eran rubios, de ojos grises y voz suave. Pocas semanas separaban sus fechas de nacimiento: George era Sagitario, y Anne, Capricornio. Por tanto, él a veces metía la pata, y ella tenía la sensatez propia de su signo para sacarlo del apuro. Ésta era la interpretación que daba Anne de su relación, como partidaria que era de la astrología.
Dejaron que Georgina tuviese las manos libres para arreglarse un poco, tomaron la cesta entre los dos y entraron en la iglesia. La puerta de doble hoja era de roble, bajo un arco gótico, y estaba medio abierta hacia fuera en el rellano de la escalinata. De pronto sopló una ráfaga de viento, que levantó el confeti del día anterior en fuertes remolinos y cerró la puerta de golpe ante sus narices.
Antes había habido algún rayo de sol filtrándose entre las finas nubes grises, pero ahora éstas parecían acumularse, y el sol se fue apagando como una luz hasta oscurecerse visiblemente.
—No hace bastante frío para que nieve —dijo George, mirando el cielo como buen conocedor—. Mi pronóstico es que va a llover.
—*¿A* cántaros? —preguntó Anne, todavía impresionada por el golpe de la puerta.
—¡Al carajo! —dijo, irreverente, George—. ¡Entremos!
Un momento después, el vicario abrió la puerta desde dentro. Era delgado, aunque empezaba a engordar un poco con los años, y casi calvo. Su única ventaja era su alta estatura, que le permitía mirar a todos de arriba abajo. Tenía pequeños los ojos, agrandados por las gafas de gruesos cristales, y una nariz surcada de venitas y picuda, que hacía que su cabeza pareciese una veleta. Su delgadez daba la impresión de una mantis religiosa, pero al mismo tiempo le otorgaba un aire de buho.
¡Un ave rapaz!, pensó George, sonriendo para sí. Pero al mismo tiempo observó que el apretón de manos del viejo vicario era afectuoso y consolador, aunque tembloroso, y que su sonrisa era reflejo de una pura bondad. Tampoco carecía de ingenio.
—Me alegro de que hayas podido llegar —dijo, señalando con la cabeza la cesta de Yulian. El niño estaba despierto y miraba de un lado a otro. El vicario le hizo una mamola y añadió—: Jovencito, siempre es conveniente llegar temprano para el bautizo, puntual para la boda, ¡y con retraso para el entierro!
Después miró hacia la puerta y frunció el rostro. La súbita ráfaga de viento se había extinguido, llevándose el confeti.
—¿Qué ha pasado? —dijo el viejo, arqueando las cejas—. ¡Qué raro! Creía que el cerrojo estaba en su sitio. Pero, en todo caso, el viento tiene que ser fuerte para cerrar de golpe una puerta tan pesada como ésta. Tal vez se prepara una tormenta.
—Al pie de la puerta, el cerrojo se arrastró chirriando sobre el surco que había trazado en las viejas baldosas, y se introdujo con un chasquido en su agujero al dar el vicario un último empujón a la puerta—. ¡Ya está!
Se frotó las manos y movió la cabeza, satisfecho.
«A fin de cuentas el viejo no es tan fastidioso», pensaron los tres, mientras los conducía hacia la pila bautismal.

En el pasado, el viejo clérigo había bautizado a Georgina; también la había casado, y estaba enterado de que había enviudado. Ésta era la iglesia que habían frecuentado sus padres en el ocaso de sus vidas, y a la que había asistido su padre de muchacho y de joven. No había necesidad de largos preliminares, y el vicario comenzó enseguida. Al dejar George y Anne la cesta, y tomar Georgina a Yulian en brazos, empezó a salmodiar.
—¿Ha sido ya bautizado este niño, o no?
—No —dijo Georgina, sacudiendo la cabeza.
—Que sea bienvenido —dijo gravemente el vicario—, pues todos los hombres son concebidos y nacen en pecado...
«Pecado», pensó Georgina, al escuchar las palabras del viejo. «Yulian no fue concebido en pecado.» Ésta había sido siempre una parte de la ceremonia que le había disgustado. «¿Pecado? Concebido en alegría y amor y dulcísimo placer, sí..., a menos que el placer fuese considerado pecado....» Miró a Yulian en sus brazos; estaba despierto y miraba al vicario mientras éste leía en su libro. La cara del niño tenía una curiosa expresión; no del todo vacía, no exactamente boba. Había algo intenso en ella. Pero los bebés tienen toda clase de expresiones.
—... que Tú mires con piedad a este chiquillo; límpialo, santifícalo con el Espíritu Santo. Que él...
El Espíritu Santo. Los espíritus se habían agitado al pie de los árboles inmóviles en los montes cruciformes, pero no eran santos. ¡Eran infernales!
Un trueno retumbó a lo lejos y los altos vitrales de colores se iluminaron por un instante con el resplandor de un relámpago remoto, antes de sumirse en una oscuridad más profunda. Pero había una lámpara encendida sobre la pila bautismal, suficiente para los ojos del vicario detrás de sus gruesas gafas. Se estremeció visiblemente al leer las frases, pues la temperatura pareció descender de pronto de un modo espectacular.
El viejo se interrumpió un momento, miró hacia arriba y pestañeó. Miró las caras de los tres adultos y, después, la del pequeño, se detuvo en ella unos instantes y volvió a pestañear rápidamente. Contempló la lámpara de encima de la pila y, luego, los altos ventanales. A pesar de sus temblores, el sudor brillaba en su frente y encima de su labio superior.
—Yo... yo... —dijo.
—¿Está usted bien? —George estaba preocupado. Asió el brazo del vicario.
—Sólo un resfriado. —El viejo trató de sonreír, pero sólo consiguió parecer más enfermo. Sus labios se pegaron a los dientes, que eran postizos y bailaban un poco. Se disculpó inmediatamente—: Lo siento, pero esto no es de extrañar. Aquí hay mucha corriente de aire, ¿saben? Pero no se preocupen, no los dejaré plantados. Terminaremos con esto. Ha sido una indisposición repentina; eso es todo.
La sonrisa enfermiza se extinguió en su semblante.
—Después de esto —dijo Anne—, debería pasar el resto del fin de semana en la cama.
—Creo que lo haré, querida.
El vicario volvió torpemente a su texto.
Georgina no dijo nada. Sentía algo extraño, irreal, desenfocado. ¿Fruncían el entrecejo las iglesias? Ésta lo hacía. Se había mostrado hostil desde el momento en que habían llegado. Esto era lo que inquietaba al vicario: también él podía sentirlo, pero no sabía qué era.
«Pero ¿cómo sé yo lo que es?», se preguntó Georgina. «¿Lo había sentido antes?» —... acercaron los niños a Cristo, para que los tocase, y Sus discípulos rechazaron a los que los traían...
Georgina sintió que la iglesia gruñía a su alrededor, tratando de expulsarla.
No, tratando de expulsar... ¿a Yulian? Miró al pequeño y éste la miró a su vez: su cara esbozó una de esas sonrisas que no son tales, de los niños pequeños. Pero miraba

fijamente, sin pestañear. Y al mirarlo ella, vio que aquellos ojos tan queridos giraban en sus cuencas para fijarse en el viejo vicario. No había en ello nada malo; sólo que parecía una acción tan deliberada...
«¡Yulian es un niño corriente!», se dijo Georgina, negando sus pensamientos.
No era la primera vez que había tenido aquella impresión y lo había negado, y ahora debía hacerlo de nuevo. *¡Es un niño corriente!* Era cosa de ella, no del pequeño. Lo estaba culpando de lo de Ilya. Era la única explicación.
Miró a George y a Anne y ellos le sonrieron, tranquilizadores. ¿Acaso no sentían el frío, el ambiente extraño? Evidentemente, pensaban que estaba preocupada por el vicario, por la ceremonia. Aparte de eso, no sentían nada.
Bueno, tal vez sentían la corriente de aire; pero eso era todo.
Georgina sentía más que el frío. Y lo mismo le ocurría al vicario. Ahora se saltaba líneas, leía deprisa y casi de forma mecánica; parecía más un lúgubre robot que un ser humano. Eludía mirarlos, en especial a Yulian. Tal vez podía sentir los ojos del pequeño mirándolo sin pestañear.
—Queridos hermanos —salmodió, dirigiéndose a Anne y George, los padrinos—, habéis traído aquí a este niño para ser bautizado...
«Tengo que parar esto.» Los pensamientos de Georgina se hacían cada vez más estrafalarios. Empezó a sentir pánico. «Tengo que hacerlo antes de que...
antes de que ocurra... pero, que ocurra ¿qué?» —... para librarlo del pecado, para santificarlo con...
Fuera, pero ahora mucho más cerca, retumbó el trueno, acompañado de un relámpago que iluminó las ventanas del oeste y proyectó rayos caleidoscópicos de brillantes colores al interior. El grupo alrededor de la pila bautismal fue primero amarillo, después verde y, por último, carmesí. Yulian era como de sangre en brazos de Georgina; sus ojos eran como de sangre cuando miraron al vicario.
En el fondo de la iglesia, debajo del pulpito, casi inadvertido durante todo el tiempo, un hombre de aspecto fúnebre había estado barriendo las losas del suelo.
Ahora, sin ningún motivo visible, tiró la escoba, se arrancó el delantal y, lo enrolló, y salió casi corriendo de la iglesia. Los otros pudieron oír cómo gruñía, como irritado por algo. Otro relámpago lo pintó de azul, de verde y por último de blanco, como una fotografía sin revelar, al llegar a la puerta y perderse de vista.
—Es un excéntrico. —El vicario, que parecía un poco más dueño de sí, frunció el rostro, y pestañeó ante su brusca desaparición—. Limpia la iglesia porque le «gusta». Al menos, así lo dice.
—¿Podemos continuar? —dijo George, que por lo visto se había cansado de las interrupciones.
—Desde luego, desde luego —dijo el viejo, que miró de nuevo el libro y se saltó algunas líneas más—. ¿... prometéis que velaréis por él, que renunciará al diablo y a sus obras, y creerá constantemente....?
Yulian también estaba harto. Empezó a patalear y a hacer acopio de aire para una sesión de berridos. Su cara se hinchó y empezó a volverse un poco azul, lo cual significaba normalmente que la frustración y la cólera empezaban a hervir debajo de la superficie. Georgina no pudo retener un profundo suspiro de alivio. A fin de cuentas, ¿qué era Yulian, sino un bebé indefenso?
—... los deseos de la carne... que fue crucificado, muerto y sepultado; que descendió a los infiernos y resucitó al tercer día; que Él...
«Sólo un bebé», pensó Georgina, «con sangre de Ilya y mía, y...» ¿y...?
—... a los vivos y a los muertos...
La iglesia estaba a oscuras por completo, y la tormenta, casi directamente encima de ella.

—... y la resurrección de la carne y la vida perdurable?
Georgina se sobresaltó cuando oyó responder al unísono a Anne y George:
—Lo creemos firmemente.
—¿Será él bautizado en esta fe?
De nuevo George y Anne:
—Este es su deseo.
¡Pero Yulian lo negó! Lanzó un grito que sacudió las vigas, se agitó y pataleó con asombrosa fuerza en brazos de su madre. El viejo clérigo sintió que habría dificultades (no *verdaderas* dificultades, pero dificultades al fin y al cabo), y decidió no prolongar la ceremonia. Tomó al pequeño de los brazos de Georgina. El traje blanco de bautizo de Yulian tenía casi reflejos de luz de neón, y él era un bulto de color rosa palpitante entre sus pliegues.
Mientras el bebé seguía berreando, el viejo vicario dijo a George y Anne:
—¿Qué nombre quieren ponerle?
—Yulian —respondieron simplemente.
El vicario asintió con la cabeza.
—Yulian, yo te bautizo en el nombre del...
Se interrumpió y miró fijamente al pequeño. Su mano derecha (con un automatismo fruto de la práctica y de la costumbre) se había sumergido en la pila y tomado agua, pero la detuvo, goteando.
Yulian seguía aullando. Anne y George y Georgina sólo oían su llanto. Al no tocar ya a su hijo, Georgina se sintió súbitamente libre, descargada, ajena a lo que vendría ahora. No era obra suya; ella no era más que una espectadora; el sacerdote debía aguantar toda la carga de su propio ritual. También ella oía solamente el llanto de Yulian, pero sentía que se acercaba algo tremendo.
Para el vicario, los berridos del pequeño sonaban de un modo diferente. Ya no era el llanto de un niño, sino de una bestia. Tenía caída la mandíbula inferior, y miró hacia arriba, pestañeando deprisa al pasar de una cara a otra: George y Anne, sonrientes, aunque ligeramente desconcertados, y Georgina, menuda y macilenta.
Y entonces el sacerdote miró de nuevo a Yulian. Él bebé gruñía ahora, ¡con gruñidos bestiales de furor! Su llanto no era más que un disfraz, como el perfume que disimula el hedor de la basura. ¡En el fondo estaba el graznido del horror absoluto!
De forma automática, aunque con la mano temblando como una hoja en un vendaval, el viejo vertió un poco de agua sobre la frente febril del pequeño y trazó una cruz con el dedo. ¡El agua podría haber sido ácido sulfúrico!
—¡No!, —oyó el sacerdote en el estruendoso llanto.— NO TRACES CRUCES SOBRE MÍ, ¡PERRO TRAIDOR CRISTIANO!
El vicario creyó que se había vuelto loco. Sus ojos se desorbitaron detrás de los gruesos cristales de las gafas.
Los otros no oyeron nada, salvo el llanto del bebé, que ahora cesó al instante.
El viejo y el pequeño se miraron en un silencio ensordecedor.
—¿Qué? —preguntó de nuevo el vicario, en voz muy baja. Ante sus ojos, la piel de la frente del bebé se hinchó en dos bultos gemelos, como dos grandes forúnculos en una erupción instantánea. La fina piel se rompió y asomaron unos cuernos romos de cabra, que se iban curvando al salir. Las mandíbulas de Yulian se alargaron en un hocico perruno que, al abrirse, mostró una cavidad roja, unas encías blancas y una lengua viperina. El aliento de aquella cosa era fétido, como de tumba abierta, y los ojos, pozos de azufre que quemaron como fuego la cara del vicario.
—¡Jesús! —exclamó el viejo—. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué *eres* tú?

Y dejó caer el niño. O lo habría dejado caer, de no haber sido por George, que había advertido sus ojos vidriosos, el aflojamiento de sus músculos y la rápida palidez de su semblante. Al derrumbarse el viejo, George dio un paso adelante y tomó a Yulian de sus manos.
Anne, alerta también, había agarrado al viejo y conseguido que no fuese tan brusca su caída. Pero Georgina también se tambaleaba. Como los otros dos, no había visto, olido ni oído nada..., pero era la madre de Yulian. Había *sentido* que se acercaba algo, y sabía que era esto. Al desmayarse también ella, cayó un rayo en el campanario y retumbó un trueno como un cañonazo.
Después, sólo hubo silencio. La luz volvió poco a poco y de las vigas cayeron nubecitas de polvo.
George y Anne, como fantasmas blancos, se miraban boquiabiertos en la penumbra de la iglesia.
Y Yulian reposaba, angelical, en los brazos de su padrino...
Georgina tardó un año en recobrarse. Yulian pasó aquel tiempo con sus padrinos, que después tuvieron un hijo propio de quien preocuparse y a quien cuidar. Su madre lo pasó en un sanatorio bastante distinguido. Esto no sorprendió mucho a nadie; su depresión nerviosa, demorada durante tanto tiempo, se había producido al fin con plena intensidad. George y Anne, y otros amigos de Georgina, la visitaban con regularidad, pero nadie mencionó jamás el fracasado bautizo ni la muerte del vicario.
Había sido un ataque de alguna clase. La salud del viejo había estado empeorando. Después de su colapso en la iglesia, sólo había durado unas pocas horas. George había ido con él en una ambulancia al hospital y lo había acompañado hasta su muerte. El viejo había recobrado el conocimiento en los últimos momentos, antes de marcharse para siempre de este mundo.
Miró fijamente la cara de George y abrió mucho los ojos al recordar, con incredulidad.
—Todo está bien —lo había consolado George, mientras le daba unas palmadas en la mano que había agarrado su antebrazo con fuerza febril—.
Tranquilícese. Está en buenas manos.
—¿En buenas manos? ¡En buenas manos! ¡Dios mío! —El viejo estaba perfectamente lúcido—. Soñé... soñé... que se celebraba un bautizo. Usted estaba allí.
Era casi una acusación.
George sonrió.
—*Tenía* que celebrarse un bautizo —respondió—. Pero no se preocupe, podrá terminarlo cuando se levante y pueda volver a andar de un lado a otro.
—¿Fue real? —El viejo trató de incorporarse—. ¡*Fue* real!
George y una enfermera lo sostuvieron en la cama y lo bajaron cuando se derrumbó de nuevo sobre las almohadas. Entonces acabó de hundirse. Su cara se contrajo y el hombre pareció encogerse dentro de sí mismo. La enfermera salió corriendo de la habitación y empezó a gritar llamando a un médico. Todavía presa de convulsiones, el vicario hizo una seña a George, con un dedo tembloroso, para que se acercase más. Su cara estaba agitada y había adquirido el color del plomo.
George acercó el oído a los labios del viejo y oyó que murmuraba:
—¿Bautizarlo? No, no..., ¡no deben hacerlo! Primero... *¡primero hay que exorcizarlo!*
Y éstas fueron las últimas palabras que pronunció en su vida. George no lo mencionó a nadie. Parecía claro que al viejo también le flaqueaba la cabeza.
Una semana después del bautizo, Yulian sufrió una erupción de diminutas ampollas blancas en la frente. Con el tiempo, se secaron y desaparecieron, dejando solamente unas marcas apenas visibles, como pecas...

Capítulo 5

—¡Era un chiquillo muy gracioso! —dijo Anne Lake, sacudiendo la cabeza y dejando que sus cabellos rubios ondeasen a impulso de la brisa que entraba por la ventanilla medio abierta del coche—. ¿Recuerdas cuando lo tuvimos con nosotros aquel año?
Estaban a finales del verano de 1977 e iban a pasar una semana con Georgina y Yulian. Hacía dos años que no los habían visto. George había pensado entonces que el muchacho era extraño y lo había dicho en varias ocasiones, no a Georgina y menos al propio Yulian, naturalmente, pero sí a Anne, en privado. Ahora lo dijo de nuevo:
—¿Un chiquillo gracioso? —Arqueó una ceja—. Supongo que será una manera de decirlo. Raro sería una palabra más adecuada. Y por lo que recuerdo de él, la última vez que lo vimos, no ha cambiado. El que era un niño raro, ¡es ahora un joven raro!
—Oh, George, esto es ridículo. Todos los niños son diferentes los unos a los otros. Yulian era..., bueno, más diferente; eso es todo.
—Escucha —dijo George—. Aquel pequeño no tenía aún dos meses cuando estuvo en nuestra casa, ¡y ya tenía dientes! Unos dientes como pequeños alfileres, terriblemente afilados. Y recuerdo que Georgina dijo que había nacido con ellos, que por eso no podía darle el pecho.
—George —le advirtió Anne, vivamente, para recordarle que Helen iba en el asiento de atrás.
Era su hija, una preciosa y en ocasiones precoz muchacha de dieciséis años.
En ese momento suspiró, audible y deliberadamente, y dijo:
—¡Oh, mamá! Sé para que sirven los pechos, además de ser un atractivo natural para el sexo contrario. ¿Por qué tienes que ponerlos en tu lista de tabúes?
—¡La lista de *ta-boob*[1]! —rió George.
—*¡George!* —repitió Anne, pero con más energía.
—Estamos en mil novecientos setenta y siete —se burló Helen— y tú no te enteras. No lo estamos en nuestra familia. Quiero decir que amamantar a un pequeño es natural, ¿no? Más natural que dejar que te manoseen los pechos en la última fila de un cine lleno de pulgas.
—¡Helen!
Anne se volvió a medias en su asiento, apretados los labios en una fina línea.
—Ha pasado mucho tiempo —dijo George, mirando con cierta nostalgia a su esposa.
—¿De qué? —saltó ella.
—Desde que me manosearon en un cine lleno de pulgas —dijo él.
Anne lanzó un bufido.
—¡Ella lo aprende de ti! —lo acusó—. Siempre la has tratado como a una adulta.
—Porque es una adulta, o está a punto de serlo —replicó él—. Sólo las puedes guiar hasta aquí, Anne, amor mío, después tienes que dejar que se apañen por su cuenta. Helen es una chica sana, inteligente, feliz, guapa, y no fuma marihuana.
Hace casi cuatro años que lleva sujetadores, y cada mes...
—*¡George!*
—¡Tabú! —dijo Helen, riendo entre dientes.
—De todos modos —dijo ahora George, con irritación—, no estábamos hablando de Helen, sino de Yulian. Presumo que Helen es normal. Su primo, su [1] *Boob* significa teta. *(N. Del t.)*
primo segundo, o lo que sea, no lo es.
—Dame una prueba —argüyó Anne—. Un ejemplo. Dices que no es normal.
Entonces, ¿es *a*normal? ¿O *sub*normal? ¿Dónde está su defecto?
—Siempre que Yulian sale a relucir —intervino Helen desde atrás—, acabáis discutiendo los dos. ¿Vale realmente la pena?
—Tu madre es una persona muy leal —le dijo George, por encima del hombro—. Georgina es prima suya y Yulian es hijo de Georgina. Lo cual quiere decir que son

intocables. Tu madre no quiere enfrentarse con los hechos más simples, eso es todo. Le ocurre lo mismo con todos sus amigos: no puede oír hablar mal de ellos. Muy encomiable. Pero yo llamo al pan, pan, y al vino, vino. Encuentro, y siempre he encontrado, un poco difícil a Yulian. Como he dicho antes, raro.
—¿Quieres decir marica? —lo apremió Helen.
—¡*Helen!* —la reprendió de nuevo su madre.
—¡*Esto* lo he aprendido de ti! —la atajó Helen—. Siempre llamas maricas a los *gays.*
—¡Yo *nunca* hablo de... homosexuales! —Anne estaba furiosa—. ¡Y menos a ti!
—Yo he oído decir a papá, hablando contigo de alguno de sus amigos, que fulanito de tal es tan *gay* como un vicario obligado a colgar los hábitos —dijo tranquilamente Helen—. Y tú le has respondido: «¿Cómo? ¿Fulanito, un marica?
¿De veras?».
Anne se dio la vuelta y tal vez la habría agredido físicamente, si hubiese podido alcanzarla. Muy colorada, gritó:
—Entonces, de ahora en adelante, tendremos que encerrarte en tu maldita habitación antes de atrevernos a sostener una conversación de adultos. ¡Eres horrible!
—Tal vez sería mejor que lo hicieses. —Helen se enfadaba con la misma rapidez—. ¡Antes de que empiece a maldecir!
—Está bien, ¡está *bien*! —las tranquilizó George—. Apuntaos un tanto cada una. Pero estamos de vacaciones, no lo olvidéis. Quiero decir que probablemente es por mi culpa, pero Yulian me fastidia; eso es todo. Y no puedo explicar por qué. Por lo general se mantiene apartado casi todo el tiempo cuando estamos allí, y espero que haga lo mismo esta vez. Al menos para mi tranquilidad mental. Sencillamente, no es mi tipo de muchacho. En cuanto a ser de la acera de enfrente... —(Helen consiguió reprimir una risita)—, no lo sé. Pero lo expulsaron de aquel internado y...
—¡*Nada* de eso! —dijo Anne—. ¿Dices que lo expulsaron? Terminó sus estudios un año antes que los demás, y por eso salió del internado un año antes que los otros. ¿Quieres decir que el hecho de obtener las mejores notas, de ser más inteligente que la mayoría, acredita a alguien como... homosexual? ¡Dios no lo quiera! La lista *Miss* Sabelotodo tiene un par de grados «A» de segunda clase, y esto la hace por lo visto casi omnisciente; en tal caso, ¡Yulian tiene que ser casi un dios! George, ¿qué títulos tienes tú?
—No sé qué tiene esto que ver con lo que hablamos —respondió él—. Tengo entendido que salen más *gays* de las universidades que de todas las escuelas secundarias juntas. Y...
—¡George!
—Yo fui aprendiz —suspiró él—, como sabes muy bien. Conseguí todos los títulos mercantiles. Y después fui trabajador especializado, un arquitecto que ganaba dinero para su jefe, hasta que pude establecerme por mi cuenta. Y de todos modos...
—¿Qué títulos *académicos*? —insistió resueltamente ella.
George siguió conduciendo, sin decir nada, bajó a medias el cristal de su ventanilla y respiró el aire cálido. Al cabo de un rato, respondió:
—Los mismos que tú, querida.
—¡Ninguno! —dijo triunfalmente Anne—. Ya lo ves, Yulian es más inteligente que todos nosotros juntos. Al menos sobre el papel. Que le den tiempo y demostrará lo que vale. Oh, confieso que es callado, que va y viene como un fantasma, que parece menos activo y entusiasta de lo que debería ser un chico a su edad. Pero, por el amor de Dios, dale un respiro. Mira sus desventajas. Nunca conoció a su padre; fue criado enteramente por Georgina, y ella nunca ha estado en sus cabales desde que murió Ilya; ha vivido doce años de su joven existencia en una mansión vieja y sombría. No es de extrañar que sea un poco..., bueno, reservado.

Pareció haber ganado la partida. Los otros no dijeron nada para discutir su lógica; al parecer habían perdido todo interés en el asunto. Anne buscó en su mente un nuevo tema, no lo encontró y se arrellanó en su asiento.
Reservado. Helen empezó a dar vueltas a sus pensamientos. *Yulian, ¿reservado?* ¿Quería su madre decir atrasado? Claro que no; sus argumentos habían apuntado en el sentido contrario. ¿Tímido? ¿Retraído? Sí, debía de ser eso lo que quiso decir. Bueno, y podía parecer tímido, si uno no lo conocía bien. Helen lo conocía mejor, desde aquella vez, hacía dos años. Y en cuanto a marica..., difícilmente podía ser considerado como tal. En todo caso, ella lo dudaba mucho.
Sonrió en secreto. Pero era mejor que siguiesen pensándolo. Al menos mientras creyesen que era afeminado, no les importaría dejarla en su compañía. Pero no, Yulian no era enteramente *gay.* A medias, tal vez.
Hacía dos años, sí...
Helen había tardado mucho en conseguir que él le hablase. Recordaba muy bien las circunstancias.
Había sido un hermoso sábado, el segundo día de unas vacaciones de diez; sus padres y tía Georgina habían ido a Salcombe para pasar un día de baños de mar y de sol; Yulian y Helen se quedaron al cuidado de la casa, él con su cachorro alsaciano para jugar, y ella dispuesta a explorar los jardines, el vasto granero, las arruinadas caballerizas y el oscuro y tupido soto. Yulian no tenía ganas de bañarse, en realidad odiaba el sol y el mar, y Helen habría preferido cualquier cosa a pasar el tiempo con sus padres.
—¿Quieres pasear conmigo? —preguntó a Yulian, al encontrarlo solo con el desgarbado perrito en la oscura y fresca biblioteca.
Él había sacudido la cabeza. Pálido en la sombra de esa única habitación donde nunca parecía llegar el sol, holgazaneaba en un sofá, acariciando las orejas colgantes del cachorro con una mano mientras sostenía un libro con la otra.
—¿Por qué no? Podrías mostrarme la finca.
El había mirado al cachorro.
—Se cansa si camina demasiado. Todavía no se aguanta muy bien sobre las patas. Y yo me quemo fácilmente con el sol. En realidad, no me gusta el sol. Y en todo caso, estoy leyendo.
—No eres un compañero muy divertido —había dicho ella, poniendo deliberadamente mala cara. Y había preguntado—: ¿Hay todavía paja en el henil, encima del granero?
—¿El henil? —Yulian había parecido sorprendido. Su larga y nada fea cara era un óvalo suave contra el terciopelo oscuro del respaldo del sofá—. Hace años que no he estado allá arriba.
—A propósito, ¿qué estás leyendo?
Se sentó al lado de él y alargó una mano para tomar el libro que Yulian sostenía flojamente con sus largos dedos. Él se echó atrás apartando el libro de su alcance.
—No es para niñas pequeñas —dijo, sin cambiar de expresión.
Frustrada, sacudió ella los cabellos y miró a su alrededor. *Era* grande, aquella habitación; dividida por la mitad, como una biblioteca pública, con estantes desde el suelo hasta el techo y huecos llenos de libros en todas las paredes. Olía a libros viejos, polvorientos y mohosos. No, *apestaba* a ellos, de manera que uno casi temía respirar para que los pulmones no se llenasen de palabras y tinta y cola seca y fibras de papel.
Había un armario poco profundo en un rincón de la estancia y su puerta estaba abierta. Unas huellas en la raída alfombra mostraban el sitio al que había arrastrado Yulian una escalera para alcanzar cierta parte de la estantería. Los libros del estante superior estaban casi ocultos por la penumbra, donde viejas telarañas recogían polvo. Pero, a diferencia de

las limpias hileras de los estantes inferiores, aquellos libros estaban amontonados a la buena de Dios, mezclados como si hubiesen sido removidos recientemente.
—¿Eh? —dijo ella, levantándose—. Conque soy una niña pequeña, ¿verdad?
Entonces, ¿qué eres tú? Sólo me llevas un año, ¿sabes?
Se dirigió a la escalera y empezó a subir.
La nuez de Yulian subió y bajó. El muchacho dejó su libro a un lado y se levantó ágilmente.
—Deja en paz el estante de arriba —dijo fríamente, acercándose al pie de la escalera.
Ella no le hizo caso, miró los títulos y leyó en voz alta:
—Coates, *Magnetismo humano* o *Cómo hipnotizar.* ¡Hum! ¡Un galimatías!
Lican..., ¿eh?, *Licantropía.* ¡Oh! Y... *¡El Beardsley erótico!* —palmoteo, encantada—.
¿Son dibujos sucios, Yulian? —Tomó el libro del estante y lo abrió—. ¡Oh! —repitió, esta vez en voz más baja.
El dibujo en blanco y negro de la página en que se había abierto el libro era bastante más bestial que erótico.
—¡Déjalo! —silbó Yulian, desde abajo.
Helen dejó el *Beardsley* y leyó más títulos.
—*Vampirismo...,* ¡uy! *La potencia sexual de los sátiros y de las ninfómanas. Sadismo y aberración sexual.* Y... *¿Criaturas parásitas?* ¡Qué variados! Y no tienen polvo en absoluto, estos libros tan viejos. ¿Los lees mucho, Yulian?
Él sacudió la escalera e insistió:
—¡Baja de ahí!
Su voz era muy grave, casi amenazadora. Era gutural, más profunda que las veces que la había oído con anterioridad. Casi una voz de hombre, no de muchacho. Entonces ella lo miró.
Yulian estaba en pie debajo de ella, con la cara vuelta hacia arriba en un ángulo agudo y justo al nivel de sus rodillas. Los ojos eran como agujeros perforados en una cara de papel, brillantes las pupilas como canicas negras. Helen lo miró fijamente, pero sus ojos no se encontraron, porque él no la estaba mirando a la cara.
—Bueno —dijo entonces, incitándolo—, me parece que en realidad eres muy malo, Yulian. Con esos libros y todo lo demás...
Se había puesto el vestido corto, a causa del calor, y ahora se alegraba de ello.
Él desvió la mirada, se tocó la frente y se volvió a un lado.
—¿Querías... querías ver el henil?
Su voz volvía a ser suave.
—¿Podemos? —Bajó de la escalera en un santiamén—. ¡Me *encantan* los viejos heniles!
Pero tu madre dijo que no era seguro.
—Yo creo que lo es bastante —respondió él—. Georgina se preocupa por todo.
Llamaba Georgina a su madre desde que era pequeño. A ella no parecía importarle.
Cruzaban la casa de distribución irregular, hacia la puerta principal, cuando Yulian se excusó para ir un momento a su habitación. Volvió con unas gafas oscuras y un sombrero blando de ala ancha.
—Ahora pareces un pálido bandido mexicano —le dijo Helen, pasando delante.
Y con el negro cachorro alsaciano pisándoles los talones, se dirigieron al granero.
En realidad era una estructura muy sencilla de piedra, con una plataforma de tablas sobre las altas vigas para formar un henil. Al lado estaban las cuadras, completamente arruinadas, como un racimo abandonado de viejos edificios. Hasta hacía cinco o seis años, los Bodescu habían dejado que un granjero local tuviese allí a sus caballos durante el invierno, y él había guardado heno para ellos en el granero.

—¿Por qué diablos necesitáis una casa tan grande para vivir? —preguntó Helen, al entrar por una puerta chirriante al granero, donde había sombra y se filtraban polvorientos rayos de sol y se escabullían los ratones.
—¿Perdón? —dijo él al cabo de un momento, pues estaba pensando en otra cosa.
—Este lugar. Toda la finca. Y este alto muro de piedra a todo su alrededor.
¿Cuánta tierra encierra? ¿Doce mil metros cuadrados?
—Un poco más de catorce mil —respondió él.
—Un caserón laberíntico, viejas cuadras, graneros, un prado donde crece demasiado la hierba, incluso un soto sombreado para pasear por él en otoño, cuando los colores envejecen. Quiero decir, ¿por qué dos personas corrientes necesitan tanto espacio para vivir?
—¿Corrientes? —El la miró con curiosidad, brillando húmedos sus ojos detrás de las gafas oscuras—. ¿Te consideras tú una persona corriente?
—Desde luego.
—Pues yo no. Creo que eres extraordinaria. Yo lo soy también, y también lo es Georgina, cada cual por diferentes razones. —Parecía muy sincero, casi agresivo, como desafiándola a contradecirlo. Pero entonces se encogió de hombros—. En todo caso, no es cuestión de por qué lo necesitamos. Es nuestro, y se acabó.
—Pero, ¿como lo conseguísteis? Quiero decir que no podíais comprarlo. Tiene que haber otros muchos lugares..., bueno, *más fáciles* donde vivir.
Yulian cruzó el suelo embaldosado entre montones de viejas pizarras y herrumbrosas y rotas herramientas, hasta el pie de la escalera descubierta de madera.
—El henil —dijo, mirándola con sus ojos negros.
Ella no podía ver aquellos ojos, pero los sentía.
A veces, los movimientos de él eran tan flexibles que casi parecía que estuviese andando en sueños. Sí, ahora parecía un sonámbulo, al subir despacio la escalera, peldaño a peldaño.
—Todavía *hay* paja —dijo, con voz lánguida.
Ella lo observó hasta que se perdió de vista. Había en él una resolución, un hambre... Su padre creía que era blando, afeminado, pero Helen pensaba todo lo contrario. Lo veía como un animal inteligente, como un lobo. Furtivo, pero discreto, y siempre en la orilla de las situaciones, al acecho de su oportunidad...
Ella se sintió de pronto rígida y aspiró tres veces aire, deliberadamente, antes de seguirlo. Mientras subía con cuidado la escalera, dijo:
—¡Ahora lo recuerdo! Era de tu bisabuelo, ¿no? Me refiero a la casa.
Acabó de subir al henil. Tres grandes balas de heno, blanqueado por el tiempo, marchito y polvoriento, estaban amontonadas allí. Un extremo del pajar estaba abierto, protegido de los elementos por unos saledizos. Finos y cálidos rayos de sol entraban sesgados por agujeros del tejado, atrapando motas de polvo como moscas en ámbar, formando manchas amarillas en las tablas de suelo.
«Una cama para una gitana», pensó Helen. «O para una libertina.» Se tumbó en el suelo, dándose cuenta de que el vestido se le arremangaba sobre las bragas al yacer boca abajo. No hizo nada para arreglarlo. En lugar de ello abrió un poco las piernas y movió el trasero, consiguiendo que el movimiento pareciese absolutamente inconsciente, cosa que estaba muy lejos de la verdad.
Yulian permaneció inmóvil durante un largo momento y ella pudo sentir que la estaba mirando, pero se limitó a apoyar la barbilla en las manos y mirar por el extremo abierto del pajar. Desde allí se podía ver el muro de cerca, el paseo curvo, el soto. La sombra de Yulian eclipsó varios discos de luz de sol y Helen contuvo el aliento. La paja crujió y supo que él estaba detrás de ella, como un lobo en el bosque.

El sombrero flexible cayó sobre la paja a la izquierda de ella; él se tumbó a su derecha, pasando casualmente el brazo sobre su cintura. Casualmente, sí, y ligero como una pluma; pero Helen lo sintió como una barra de hierro. Él estaba un poco más atrás que ella, con el mentón apoyado en la mano derecha y mirándola. El brazo, extendido de este modo sobre ella, debía molestarle mucho. Debía pesarle y ella sintió que empezaba a temblar; pero a Yulian no parecía importarle. Pero desde luego, no se atrevería, ¿eh?

—De mi bisabuelo, sí —respondió él al fin—. Vivió y murió aquí. La finca fue heredada por la madre de Georgina. A su marido, mi abuelo, no le gustaba; por eso la alquilaron y se fueron a vivir a Londres. Cuando murieron, la heredó Georgina, pero entonces estaba alquilada de por vida a un viejo coronel. En definitiva, también a éste le tocó el turno de irse al otro barrio, y entonces vino Georgina aquí para venderla. Me trajo con ella. Yo todavía no tenía cinco años, según creo, pero me gustó la casa y se lo dije. Dije que deberíamos vivir aquí y Georgina pensó que era una buena idea.

—Realmente, ¡eres muy notable! —dijo Helen—. Yo no puedo recordar nada de cuando tenía cinco años.

Él deslizó ahora el brazo en diagonal sobre ella, de manera que los dedos tocaron apenas el muslo justo por debajo de la curva de una nalga. Helen pudo sentir un cosquilleo casi eléctrico en aquellos dedos. Sabía que no tenían aquella carga, pero lo parecía.

—Yo lo recuerdo todo casi desde el momento en que nací —dijo él, con una voz tan suave que casi era hipnótica. Tal vez *era* hipnótica—. A veces pienso que incluso recuerdo cosas de antes de nacer.

—Bueno, eso explicaría quizá por qué eres tan «extraordinario» —dijo ella—.

Pero ¿qué es lo que hace que yo sea diferente?

—Tu inocencia —respondió en el acto él, en un susurro—. Y tu deseo de no ser inocente.

Ahora le acarició el trasero, pasando ligeramente los dedos eléctricos sobre la curva de las nalgas, arriba y abajo, arriba y abajo.

Helen suspiró, se puso un trozo de paja entre los dientes y se volvió despacio boca arriba. Su vestido se arremangó todavía más. No miró a Yulian, sino las inclinadas hileras de tejas en lo alto, con los ojos muy abiertos. Al volverse, él levantó un poco la mano, pero no la apartó.

—¿Mi deseo de no ser inocente? ¿Qué te hace pensar eso? —Y se dijo: «¿por qué es tan evidente?».

Cuando Yulian respondió, su voz volvía a ser de hombre. Ella no había advertido antes la lenta transición, pero ahora la advirtió. Una voz grave y tenebrosa, al decir:

—Lo he leído. Todas las chicas de tu edad desean no ser inocentes.

Descansó la mano sobre el vientre de ella, la entretuvo en el ombligo, la deslizó por debajo de la cinta de las bragas. Entonces, ella lo detuvo, agarrando aquella mano.

—No, Yulian. No puedes hacer eso.

—¿No puedo? —dijo él con brusquedad y voz entrecortada—. ¿Por qué?

—Porque tienes razón. Soy inocente. Pero también porque es un mal momento.

—¿Un mal momento? —dijo él, temblando de nuevo.

Ella lo empujó, suspiró fuerte y dijo:

—Oh, Yulian..., ¡estoy sangrando!

—¿Sang...?

Rodó hacia un lado y se puso en pie. Ella lo miró fijamente, sorprendida.

Plantado allí, temblaba como si tuviese fiebre.

—Sangrando, sí —dijo ella—. Es perfectamente natural, ya sabes.

Ahora él no estaba pálido; estaba colorado, congestionado, como un borracho, entrecerrados los ojos, como filos de navaja.

—*¡Sangrando!*

Esta vez consiguió pronunciar entera la palabra. Alargó los brazos hacia ella, con unas manos como garras, y por un momento pensó Helen que iba a atacarla.
Podía ver su nariz enrojecida y un tic nervioso que agitaba las comisuras de los labios.
Por primera vez ella tuvo miedo, sintió algo en la extrañeza de él.
—Sí —murmuró—. Ocurre todos los meses...
El abrió un poco los ojos. Sus pupilas parecían tener puntos escarlata. Un efecto de luz —¡Ah! ¡Ah, *sangrando*! —dijo, como comprendiendo a duras penas lo que ella quería decir—. Oh, sí...
Entonces se tambaleó, giró en redondo, se dirigió con pasos inseguros a la escalera y se fue.
Helen oyó los ladridos de alegría del cachorro (se había quedado abajo, porque no podía subir la escalera) y cómo se desvanecían a lo lejos al seguir el perro a Yulian hacia la casa. Por fin empezó a respirar de nuevo.
—¡Yulian! —le gritó—. ¡Tus gafas de sol, tu sombrero!
Pero, si él la oyó, no se molestó en contestarle.
Helen no pudo encontrarlo durante el resto del día, pero lo cierto es que, en realidad, no lo había buscado. Y como tenía su orgullo, y tampoco él la había buscado, se ocupó muy poco de Yulian durante el resto de las vacaciones. Tal vez había sido para bien; porque, a fin de cuentas, ella *era* entonces inocente. Dos años atrás, no habría sabido qué hacer.
Pero cuando pensaba en él, recordaba todavía su mano quemándole la carne.
Y ahora, al volver a Devon, con el paisaje deslizándose rápidamente fuera del coche, se preguntó si todavía habría paja en el henil...
También George tenía ideas secretas sobre Yulian. Anne podía decir lo que quisiera, pero no cambiaría esto. Aquel chico *era* raro, y lo era en varios aspectos.
No era solamente el aire retraído lo que irritaba a George, aunque, por cierto, los modales furtivos del muchacho eran bastante fastidiosos. Pero también estaba enfermo. No mentalmente. Tal vez ni siquiera corporalmente, sino *enfermo* en general. A veces, mirarlo, pillarlo desprevenido con una mirada de reojo, era como mirar una cucaracha sorprendida al encenderse la luz, o una medusa que se deslizara sin rumbo en la playa al refluir una ola. Casi se podía sentir algo violento dentro de él. Pero no era mental ni físico y, sin embargo, abarcaba los dos aspectos. Entonces, ¿qué diablos era?
Difícil de explicar. Tal vez era algo de la mente y el cuerpo... ¿y también del alma? Salvo que George no creía mucho en el alma. No la negaba, pero le habría gustado tener alguna prueba. Probablemente rezaría cuando se muriese, por si acaso; pero hasta entonces...
En cuanto a lo que había dicho Anne sobre los estudios de Yulian, bueno, era verdad, hasta ahora. Había pasado muy pronto todos sus exámenes, y los había aprobado todos, pero ésta no había sido la causa de que saliese prematuramente del colegio. George tenía un delineante, Ian Jones, que trabajaba para él en su despacho de Londres, y Jones tenía un hijo que iba al mismo colegio; Anne, naturalmente, no quería saber nada de esto; pero se habían contado cosas muy fuertes. Yulian había «seducido» a un maestro, uno medio *gay* al que había acabado de pervertir.
Una vez cruzada la frontera, aquel tipo, por lo visto, se había vuelto insaciable, persiguiendo a todos los machos que se movían. Y le había echado la culpa a Yulian. Esto era una cosa, pero había más.
En sus clases de arte, Yulian había pintado cosas que hicieron que una maestra por lo general muy amable lo atacase físicamente; también había tomado ésta por asalto su dormitorio y quemado sus obras de arte. En las excursiones para estudiar la naturaleza (George no sabía que todavía las hiciesen), Yulian había sido visto caminando a solas, con la cara y las manos tiznadas de porquería y despojos.

Colgando de una de ellas, llevaba los restos de un gatito perdido. Todavía estaban calientes. Había dicho que lo había hecho un hombre, pero había sido en el páramo, a kilómetros de todo lugar habitado.
Y no era todo. Parecía que era sonámbulo y, por lo visto, había hecho que los colegiales más jóvenes se cagasen de miedo, hasta el punto de que hubo que montar una guardia nocturna en sus dormitorios. Pero entonces, el director había hablado largamente con Georgina y ésta había convenido en sacarlo de allí. Era esto o la expulsión..., por el buen nombre del colegio.
Había habido otras cosas, de menos importancia, pero aquéllos habían sido los motivos principales.
Éstas eran algunas de las razones de que a George no le gustara Yulian. Pero, desde luego, había algo más. Era algo casi tan viejo como el propio Yulian, pero había quedado grabado de modo indeleble en la mente de George.
El recuerdo de un viejo agarrando la sábana sobre el pecho al morir y murmurando sus últimas palabras: «¿Bautizarlo? No, no, ¡no deben hacerlo!
¡Primero hay que exorcizarlo!.
Anne podía ser estridente si tenía que serlo, pero era buena a carta cabal.
Nunca diría nada que pudiese perjudicar a alguien, aunque pensara que era verdad.
Para ella, y sólo para ella, tenía que confesar que había pensado cosas acerca de Yulian.
Ahora, retrepada un poco en el asiento, estirada, mientras sentía la fresca corriente de aire de la ventanilla a medias abierta, pensó de nuevo en ellas. Cosas curiosas: algo acerca de una rana grande y verde, y algo acerca del dolor que sentía de vez en cuando en el pezón izquierdo.
Lo de la rana era un mal recuerdo; mejor dicho, a ella no le *gustaba* recordarlo. Personalmente, era incapaz de matar una mosca. Desde luego, un niño de sólo cinco años no debía de darse cuenta de lo que estaba haciendo. ¿O tal vez sí? Lo malo era que Yulian parecía haber sabido siempre exactamente lo que hacía; aun de muy pequeño.
Ella había dicho que era «curioso», pero, en realidad, George tenía razón.
Yulian había sido más que curioso. Una de sus características era que nunca lloraba. No, esto no era exactamente así; lloraba cuando tenía hambre. Al menos cuando era muy pequeño. Y había llorado bajo la luz directa del sol. Por lo visto padecía fotofobia desde su primera infancia. Ah, sí, y había llorado al menos otra vez, el día del bautizo. Aunque aquello había parecido una expresión de ira o de enfado, más que llanto propiamente dicho. Que supiese Anne, nunca había sido debidamente bautizado.
Se dejó llevar por sus pensamientos, retrocediendo en el tiempo. Yulian empezaba a caminar, aunque tambaleándose, cuando nació Helen. Esto fue un mes antes de que la pobre Georgina estuviese lo bastante bien para volver a casa y llevárselo consigo. Anne recordaba muy bien aquel tiempo. Estaba rebosante de leche, llenita y más feliz de lo que había sido en toda su vida. Sonrosada... ¡la viva imagen de la salud!
Un día, cuando Helen tenía seis semanas y ella la estaba amamantando, Yulian se había acercado, tambaleándose como un pequeño robot, en busca de aquella pizca de afecto que le había robado Helen. Sí, ya entonces había tenido celos, porque ya no era lo único importante. Cediendo a un impulso, a un sentimiento de compasión por el pobrecillo, ella lo había levantado, se había descubierto el otro pecho, el izquierdo, y lo había alimentado.
Con sólo recordarlo, volvió a sentir aquel dolor en el pezón, como la picadura de una avispa.
—¡Oh! —dijo, y despertó, pues se había quedado medio dormida.
—¿Estás bien? —le preguntó enseguida George—. Baja un poco más el cristal de la ventanilla. Respira aire fresco.
El ronroneo del motor del coche la trajo de nuevo a la realidad.

—Un calambre —mintió—. Como si me clavaran alfileres. ¿Podemos detenernos en alguna parte, en el primer café que encontremos?
—Desde luego —respondió él—. No tardaremos en encontrar uno.
Anne se echó atrás en el asiento, volviendo no de muy buen grado a sus recuerdos. Amamantando a Yulian, sí... Había estado sentada con ambos pequeños y se había dormido mientras ellos se alimentaban, Helen a la derecha, Yulian a la izquierda. Había sido extraño: una especie de languidez se había apoderado de ella, un letargo que no había podido resistir. Pero, al sentir el dolor, se había despertado de pronto. Helen estaba llorando, y Yulian, ¡manchado de sangre!
Ella había mirado al pequeño casi con horror. Aquellos peculiares ojos negros estaban fijos en ella, sin pestañear. Y su boca roja, pegada a su pecho como una lamprea. Leche y sangre se habían deslizado sobre la hinchada curva del seno, y él tenía la cara brillante y tiznada de rojo, de manera que parecía una sanguijuela atiborrándose.
Cuando se hubo limpiado, y también a Yulian, había visto cómo él le había mordido alrededor del pezón, dejando pequeñas punzadas con los dientes. Las mordeduras habían tardado mucho tiempo en cicatrizar, y nunca había olvidado del todo las punzadas...
También estaba el episodio de la rana. En realidad, Anne no quería pensar en ello, pero había imprimido una imagen persistente en su mente, una imagen que no podía borrar. Había sido después de que Georgina cerrase su casa de Londres, el último día antes de que ella y Yulian saliesen de la ciudad y fuesen a Devon a vivir en la vieja casa solariega.
George había construido un estanque en el jardín de su casa de Greenford, cuando Helen tenía un año. Después, y con un mínimo de ayuda, el estanque se había poblado. Ahora había lirios, juncos, un arbusto ornamental que se inclinaba sobre el agua como en una pintura japonesa, y un gran número de ranas verdes.
También había caracoles de agua y un poco de espuma verde en las orillas. Al menos, Anne lo llamaba espuma. A mediados de verano, normalmente, había libélulas, pero este año sólo habían visto una o dos, y pequeñas entre las de su clase.
Ella estaba en el jardín con los niños, observando cómo jugaba Yulian con una pelota blanda de goma. O tal vez «jugando» no es la palabra adecuada, pues a Yulian le costaba jugar como los otros niños. Parecía tener una filosofía: una pelota es una pelota, una esfera de goma. Suéltala, y rebotará; lánzala contra una pared, y volverá. Aparte de esto, no tiene una función práctica, no puede dar origen a un interés duradero. Otros podían discutir esta cuestión, pero aquello resumía lo que pensaba Yulian sobre el tema. Anne no sabía realmente por qué le había comprado la pelota; de hecho, él no jugaba nunca con nada. Sin embargo, la había botado en el suelo, dos veces. Y la había arrojado una vez contra la pared del jardín. Y la pelota, al rebotar, había rodado hasta el borde del estanque.
Yulian la había seguido con los ojos, bastante desdeñoso, hasta que de pronto había aumentado su interés. Algo había saltado en la orilla del estanque: una rana grande, de un verde brillante, que, después de saltar, se había quedado con dos patas dentro del agua y dos en tierra seca. Y el niño de cinco años se quedó petrificado, inmóvil como un gato en los primeros segundos de percibir su presa.
Fue Helen quien corrió a buscar la pelota y se alejó con ella en el jardín; Yulian sólo tenía ojos para la rana.
En aquel momento, George había llamado desde dentro de la casa, diciendo que las broquetas se estaban quemando. Éstas debían constituir el plato fuerte de la comida de despedida de Georgina. Se presumía que George era el jefe de cocina.
Anne había corrido sobre las irregulares baldosas y bajo el arco de rosales hasta el patio de la parte de atrás de la casa, para salvar la fiesta. Había tardado un minuto, dos como máximo, en levantar la carne humeante de la parrilla y colocarla en una fuente sobre la

mesa al aire libre. Entonces había bajado Georgina con aquel aire pausado tan propio de ella, y George había venido de la cocina con sus hierbas.
—Lo siento, querida —se había disculpado—. El tiempo es lo más importante, y estoy desentrenado, pero ahora todo está arreglado y todo irá bien...
Pero no todo iría bien.
Al oír el grito de alarma de Helen en la parte baja del jardín, Anne había corrido de nuevo hacia allí.
Al principio, cuando llegó al estanque, no estuvo segura de lo que estaba viendo. Pensó que Yulian se había caído de narices sobre la espuma verde.
Después, agudizó la mirada y la imagen se hizo más clara. Y por mucho que había tratado de olvidarla, había permanecido fija en su mente hasta hoy.
Las pequeñas baldosas de mosaico blanco del borde del estanque estaban manchadas de sangre y de entrañas; y también lo estaba Yulian, que tenía la cara y las manos pegajosas. Con las piernas cruzadas como un Buda junto al estanque, y la rana como una bolsa de plástico verde rasgada en las manos inexpertas, Yulian estaba vaciando el contenido de aquélla. Y aquel hijo de... ¿de la inocencia...?, estaba estudiando sus entrañas, las olía, *las escuchaba*, por lo visto asombrado de su complejidad.
Entonces había aparecido su madre, que venía desde atrás y había dicho:
—¡Dios mío, Dios mío! ¿Era algo vivo? Oh, ya veo que sí. A veces lo hace.
Abre las cosas. Por curiosidad, para ver cómo funcionan.
Y Anne, horrorizada, había cogido a la gemebunda Helen y había vuelto la cara, jadeante.
—Pero, Georgina, esto no es un viejo despertador... ¡es una rana! —había gritado.
—¿De veras? ¡Dios mío! ¡Pobrecilla! —Agitó las manos—. Pero no es más que una fase que está atravesando. Se le pasará...
Y Anne recordó que había pensado: «¡Por Dios que espero que así sea!».
—¡Devon! —dijo triunfalmente George, dándole un codazo y sobresaltándola— ¿Has visto el rótulo, la linde del condado? Y mira, ¡allí hay un café! ¡Té, dulces, requesón! Llenaremos el depósito del coche, comeremos un poco y emprenderemos la última etapa. Paz y tranquilidad durante toda una semana. ¡Señor, que delicia...!
Al dejar la carretera de Paignton y entrar en la finca, los que iban en el coche se encontraron con Georgina y Yulian que los estaban esperando en el paseo enarenado. Al principio, casi no vieron a Georgina, pues su hijo le hacía sombra. Al detener George el coche, Helen se quedó un poco boquiabierta. Anne miró fijamente. George pensó: «¿Yulian? Sí, desde luego es él. Pero ¿cómo es posible?».
Por fin habló Anne, apeándose del coche y expresando lo que pensaba George.
—¡Yulian! ¡Cuánto has cambiado en un par de años!
La abrazó brevemente; era muchos centímetros más alto que ella. Entonces se volvió a Helen, que se apeó de la parte de atrás del coche y se estiró.
—No soy el único que ha crecido —dijo.
Era la misma voz tenebrosa que había oído Helen en una ocasión y que, por lo visto, era ahora su voz natural. Le asió los brazos, manteniéndola a distancia, y la miró con aquellos ojos insondables.
«Es bello como el diablo», pensó ella. O tal vez bello no era la palabra adecuada. Atractivo, sí; casi extraordinariamente atractivo. Su larga y recta barbilla, su cara no enteramente chupada, la frente alta y lisa, la nariz chata, y especialmente los ojos, todo se combinaba para formar una cara que habría podido parecer muy rara sobre los hombros de otra persona. Pero junto con aquella voz, y con la mente de Yulian detrás de ella, el efecto era completamente devastador.
Tenía algo de extranjero, casi de extraño. Sus cabellos negros, ondulados naturalmente hacia atrás, formaban una especie de melena sobre la nuca y hacían que pareciese todavía

más lobuno de como ella lo recordaba. Esto es: ¡lobuno! Y estaba creciendo como un árbol.
—Todavía estás delgado —dijo ella al fin, no muy inspirada—. ¿Qué te da de comer tía Georgina?
El sonrió y se volvió a George, saludó con la cabeza y le tendió la mano.
—¿Habéis tenido buen viaje, George? Estábamos un poco preocupados; aquí, en verano, hay un tráfico enorme en las carreteras.
«¡George!» gruñó éste para sus adentros. «Llamas a todos por el nombre de pila, como a tu mamaíta, ¿eh?» Sin embargo, habría sido peor que lo hubiese mandado a la mierda.
—El viaje ha sido bueno.
George sonrió forzadamente y observó a Yulian con disimulo. El joven era unos siete u ocho centímetros más alto que él. Con aquellos cabellos, todavía lo parecía más. Diecisiete años, y era ya un hombrón. Huesudo, en todo caso. Con seis o siete kilos más, estaría imponente. Al estrechar la mano, sus dedos largos parecían de hierro.
George se dio cuenta de pronto de sus propios cabellos ralos, su pequeña panza y su aspecto un poco rechoncho. «¡Pero al menos yo puedo tomar el sol!», pensó. La palidez de Yulian era algo que nunca cambiaba; incluso aquí se mantenía al abrigo de la vieja casa, como parte de su sombra.
Pero si los últimos dos años habían favorecido a Yulian, no habían sido tan buenos para su madre.
—¡Georgina! —Anne se había vuelto a su prima y la estaba abrazando. Y al hacerlo se daba cuenta de lo frágil y temblorosa que estaba. La pérdida de su marido, casi dieciocho años atrás, todavía la afligía—. Y... ¡qué buen aspecto tienes!
«¡Embustera!», no pudo dejar de pensar George. «¡Parece un reloj que está a punto de agotar la cuerda!» Era verdad; Georgina parecía una autómata. Hablaba y se movía como si estuviese programada.
—Anne, George, Helen, ¡cuánto me *alegro* de veros de nuevo! De que aceptarais la invitación de Yulian. Pero entrad, entrad. Ya habréis adivinado lo que os hemos preparado. ¡Té con crema, naturalmente!
Pasó delante, ligera como el aire, y entró en la casa. Yulian se detuvo en la puerta, se volvió y dijo:
—Sí, pasad. Con toda libertad. Como si estuvieseis en vuestra casa. —Su manera de hablar, su tono un tanto ritual, hicieron que su bienvenida sonase un poco extraña. Y al ir a pasar George por su lado, añadió—: ¿Quieres que entre tu equipaje?
—Gracias —dijo George—. Vamos, te echaré una mano.
—No es necesario —dijo Yulian, sonriendo—. Dame solamente la llave.
Abrió el portaequipajes y sacó las maletas como si estuviesen vacías y no pesaran nada. George pudo ver que no era una simple exhibición. Yulian era muy vigoroso...
Lo siguió dentro de la casa; se sentía inútil, en cierto modo. De pronto se detuvo al oír un grave gruñido de advertencia que procedía de un armario abierto en un rincón del vestíbulo. Allí en la sombra, detrás del perchero de roble, se movió algo negro como el pecado y brillaron unos ojos amarillos. George miró más fijamente y dijo:
—¿Qué diab...?, —y el gruñido se hizo más fuerte.
Yulian, que estaba a mitad del pasillo en dirección a la escalera, se volvió y miró hacia atrás.
—Oh, no dejes que te intimide, George. Sus ladridos son peores que sus mordeduras, te lo aseguro. —Y en un tono de mando más duro—: Vamos, muchacho, sal a la luz para que podamos verte.

Un alsaciano negro, casi crecido del todo (¿era realmente este monstruo el cachorro de Yulian?), salió del armario, y mostró los dientes al pasar junto a George. Se dirigió directamente a Yulian y se quedó esperando. George advirtió que no meneaba la cola.
—Está bien, viejo amigo —murmuró el joven—. Ahora lárgate.
Tras lo cual, aquella criatura de cruel aspecto se adentró en la casa.
—¡Cielo santo! —exclamó George—. Menos mal que está bien adiestrado.
¿Cómo se llama?
—*Vlad* —respondió Yulian, volviéndose, con las maletas—. Creo que es un nombre rumano. Significa «príncipe» o algo parecido. O lo significó en la antigüedad...
Yulian se dejó ver poco durante los dos o tres días siguientes. Esta circunstancia no preocupó de modo especial a George; en todo caso, le sirvió de alivio. Anne pensó simplemente que era extraño que no anduviese por allí; Helen imaginó que la estaba esquivando y esto le molestó, pero no dio muestras de ello.
—¿Qué hace durante todo el día? —preguntó Anne a Georgina, por decir algo, una mañana que estaban solas las dos.
Los ojos de Georgina parecían siempre apagados, pero la mención de Yulian hacía que tomasen un brillo de sorpresa, casi de sobresalto. Anne lo había mencionado ahora y, desde luego, produjo aquel efecto.
—Oh, tiene sus aficiones... —Trató enseguida de cambiar de tema, hablando precipitadamente—. Estamos pensando en derruir las viejas caballerizas. Hay grandes sótanos debajo de ellas, antiguas bodegas que usaba mi abuelo, y Yulian cree que las cuadras pueden hundirse el día menos pensado. Si las hacemos demoler, venderemos la piedra. Es una piedra buena y tendría que alcanzar un precio decente.
—¿Sótanos? No sabía que los hubiese. ¿Y dices que Yulian baja a ellos?
—Para comprobar su estado —siguió farfullando Georgina—. Le preocupa su conservación..., podrían derrumbarse; hacen que la casa sea insegura..., no son más que antiguos corredores, casi como túneles, con cámaras que se abren a ellos.
Llenas de salitre, de arañas, de viejos y estropeados toneles... Nada de interés.
Al ver su súbito... ¿frenesí?, Anne se levantó, se acercó a Georgina y apoyó una mano en su delicado hombro. La otra reaccionó como si la hubiese abofeteado, apartándose de Anne. La miró fijamente.
—Anne —dijo, en un murmullo tembloroso—, no preguntes sobre aquellos sótanos. ¡Y no bajes *nunca* allí! No es... un lugar seguro...
Los Lake habían venido de Londres el tercer jueves de agosto. El tiempo era muy cálido y no daba señales de refrescar. El lunes, Anne y Helen fueron a comprarse sombreros de paja en Paignton, a pocos kilómetros de distancia.
Georgina estaba haciendo la siesta y Yulian no se veía en parte alguna.
George recordó que Anne había mencionado los sótanos: bodegas, según Georgina. Como no tenía nada mejor que hacer, salió de la casa, caminó hacia la parte de atrás de aquélla y se encontró delante de una pequeña barraca de piedra.
La había advertido antes y había llegado a la conclusión de que debía de ser un retrete exterior que no había hecho falta para nada. Tenía un tejado inclinado y una puerta de espaldas a la casa. Había muchos matorrales a su alrededor. Los goznes estaban oxidados, pero George consiguió entreabrir la puerta. Deslizándose por ella, comprendió de inmediato que debía de ser una entrada de los presuntos sótanos. Una estrecha y empinada escalera de piedra descendía a cada lado de una rampa perfectamente adecuada para subir y bajar barriles por ella. En el patio de cualquier vieja taberna podían encontrarse puestos de carga y descarga parecidos a éste. Bajó con cuidado los peldaños, hasta una puerta que había en el fondo, y empezó a empujarla para abrirla.
¡*Vlad* estaba allí!

Su hocico apareció en un hueco de unos siete centímetros al empujar George la puerta. Un aullido de furor lo precedió una fracción de segundo, y este aullido y el hocico fueron los únicos avisos que recibió George. Impresionado, apartó las manos con el tiempo justo. Los dientes del alsaciano se clavaron en la jamba de la puerta donde habían estado sus dedos y arrancaron largas astillas. Con el corazón palpitante, George se apoyó en la puerta y la cerró. Había visto los ojos del perro y le habían parecido odiosos.

Pero ¿por qué estaba *Vlad* allí? George sólo pudo presumir que Yulian lo había encerrado en aquel lugar para mantenerlo apartado de los invitados. Una prudente medida, pues, evidentemente, ¡los ladridos de *Vlad no* eran tan malos como sus mordeduras! Tal vez Yulian estaba allá abajo con él. Bueno, formaban una pareja de la que podías prescindir de buen grado...

Impresionado, salió de la finca y caminó poco menos de un kilómetro por la carretera, hasta un bar que había en una encrucijada. Mientras andaba, rodeado de campos y veredas, del canto de los pájaros y del normal y agradable zumbido de los insectos en los setos, sus nervios se fueron tranquilizando poco a poco. El sol calentaba mucho y, cuando George llegó a su destino, necesitaba beber algo.

El local era antiguo, con techo de paja, vigas de roble y argollas para los caballos y un reloj de caja de suave «tictac» y un gato gordo y blanco que tenía silla propia. Después de *Vlad,* George podía soportar bastante bien los gatos. Pidió una cerveza y se sentó en un taburete.

Había otras personas en el bar: una pareja joven y elegante, sentada lejos de George a la mesa de un rincón, cerca de unas pequeñas ventanas, y que sin duda eran los dueños del coche deportivo que había visto aparcado en el patio; jóvenes del lugar en otro rincón, jugando al dominó, y dos viejos sumidos en profunda conversación delante de sus cañas de cerveza en una mesa próxima. Fue el tono bajo que empleaba esta última pareja lo que le llamó la atención. Mientras sorbía su bebida fría como el hielo después de que el hombre del bar hubiese pasado a otras tareas. George creyó oír la palabra «Harkley» y aguzó los oídos. Harkley House era la casa de Georgina.

—¿Ah, sí? Aquella de allá arriba, ¿eh? Un poco rara, me han dicho.

—Desde luego, no hay ninguna prueba, pero ella ha sido vista con él, sin duda alguna. Y fue hacia Sharkham Point, por el camino de Brixham. ¡Terrible!

Por lo visto, una tragedia local, pensó George. El Point era un acantilado que se adentraba en el mar. Miró a los dos ancianos, los saludó con la cabeza y fue correspondido, y volvió a su cerveza. Pero siguió escuchando la conversación. Uno de ellos era delgado, con cara de hurón; el otro, que llevaba la voz cantante, era gordo y colorado.

Ahora siguió diciendo:

—Embarazada, desde luego.

—¿Estaba preñada? —exclamó el delgado—. ¿Sospechas que era de él?

—Yo no sospecho nada —negó el primero—. Como ya he dicho, no hay pruebas. Y en todo caso, ella era rara. ¡Pero tan joven! Es una lástima.

—Una lastima, sí —convino el delgado—. Pero saltar de aquella manera... ¿Por qué crees que lo haría? Quiero decir que el hecho de ser soltera y estar embarazada no significa nada en la actualidad.

George vio por el rabillo del ojo que se acercaban más el uno al otro. Bajaron todavía más la voz y él tuvo que esforzarse para oír lo que decían.

—Supongo —dijo el gordo— que la naturaleza le dijo que aquello era anormal.

¿Sabes cómo expulsa una oveja un corderillo anormal? Algo así, pobre moza.

—¿Dices que no era normal? Entonces, ¿la rajaron?

—Bueno, sí, eso hicieron. La marea estaba baja y ella lo sabía. No iba a meterse en el agua. ¡Iba a despeñarse! Para estar segura. Bueno, confidencialmente entre tú y yo, ya sabes que mi hija Mary trabaja en el hospital.

Dice que, cuando la ingresaron allí, estaba muerta. Pero le palparon la barriga, ¡y aquello pataleaba todavía...!
—¿La criatura? —dijo el otro después de una breve pausa.
—¿Qué otra cosa podía ser, viejo tonto? Por consiguiente la rajaron. Fue algo horrible, pero esto sólo lo saben unos pocos, por lo que no debe salir de aquí.
Bueno, el médico echó un vistazo a aquello y lo pinchó con una aguja. Así acabó la cosa. Lo metieron en una bolsa de plástico y lo enviaron al horno del hospital. Y eso fue todo.
—Un ser deforme —dijo el delgado, asintiendo con la cabeza—. He oído hablar de ellos.
—Bueno, éste, más que ser deforme... ¡no estaba formado en absoluto! — declaró el colorado—. Era..., ¿cómo lo dijo mi Mary?, como una especie de tumor macizo dentro de ella. Un bulto horrible, carnoso y fibroso. Pero se presumió que habría sido un hijo, pues estaba la placenta y todo lo demás. ¡Seguro que estaba mejor muerto! Mi Mary dijo que los ojos no estaban donde debían estar, que tenía unas cosas como dientes, y que gimoteó de un modo terrible cuando le dio la luz.
George terminó su cerveza de un trago. Se abrió la puerta del bar y entró un grupo de jóvenes. Un momento más tarde, uno de ellos encontró un tocadiscos en un rincón oculto; la música rock lo invadió todo. El hombre del bar no paraba de servir cervezas.
George salió y se dirigió a casa por la carretera. A medio camino lo alcanzó su coche y Anne le gritó:
—Sube a la parte de atrás.
Llevaba un sombrero de paja con una ancha cinta negra, que contrastaba con el vestido de verano. El de Helen, sentada a su lado, tenía la cinta roja.
Cuando George se dejó caer en el asiento y cerró de golpe la portezuela, madre e hija inclinaron la cabeza con coquetería, exhibiendo sus sombreros.
—¿Qué te parece? —preguntó Anne, divertida—. ¿No parecemos un par de jóvenes pueblerinas que han salido a dar un paseo?
—Aquí —respondió misteriosamente George—, las jóvenes pueblerinas tienen que vigilar lo que hacen.
Pero no explicó lo que quería decir y, en todo caso, no habría mencionado Harkley junto con la historia que había oído en el bar. Supuso que había oído mal las primeras palabras. Pero, fuera lo que fuese, la impresión desagradable que le había producido aquello lo acompañó durante el resto del día.
El día siguiente, martes, George se levantó tarde. Anne le había ofrecido llevarle el desayuno a la cama, pero él había rehusado y se había dormido de nuevo. Se levantó a las diez y la casa estaba en silencio; se preparó un pequeño desayuno que encontró completamente insípido. Entonces halló la nota de Anne en el cuarto de estar:
«Querido:
»Yulian y Helen han salido para pasear a *Vlad.* Creo que llevaré a Georgina en el coche al pueblo y la invitaré a algo. Estaremos de vuelta para el almuerzo.
»Anne.» George suspiró contrariado y se mordió el labio inferior. Esa mañana había pensado echar un vistazo a los sótanos, sólo por curiosidad. Tal vez Yulian se los habría mostrado. En cuanto al resto del día, había proyectado llevar a las mujeres a la playa en Salcombe; un día en la orilla del mar sentaría bien a Georgina. El aire salobre sería bueno también para Helen, que estaba un poco pálida. ¡Dar un paseo en coche, cuando acababan de salir de Londres! Era muy propio de Anne...
Bueno, tal vez tendrían tiempo por la tarde de ir a la playa. Pero ¿qué haría él esta mañana? ¿Ir quizás a Old Paignton, al puerto? Sería una larga caminata, pero siempre podía pararse en algún bar durante el camino, para beber una cerveza. Y más tarde, si estaba cansado o se le hacía tarde, podía volver en taxi.

Y eso fue lo que hizo. Cogió sus prismáticos y pasó algún tiempo contemplando Brixham al otro lado de la bahía, volvió en taxi a Harkley a eso de las doce y media y pagó al chófer. Había disfrutado de lo lindo con el largo paseo y la cerveza fría, y creía haber calculado con exactitud el tiempo para estar de vuelta a la hora de la comida.

Entonces, al subir por el paseo donde el trecho curvo enarenado pasaba más cerca del soto (un espeso bosquecillo de hayas, abedules y alisos, con un imponente cedro un poco separado) se tropezó con su coche, que tenía abiertas las portezuelas delanteras y las llaves todavía en el contacto. George lo miró, algo sorprendido, y recorrió un lento círculo con la mirada a su alrededor.

El soto tenía un serpenteante sendero cubierto de hierba que lo cruzaba y que estaba cercado por una valla blanca de tres barrotes, antaño muy elegante; parecía un bosque en un libro de cuentos de hadas. La valla estaba ahora inclinada y muy despintada, con tupidos matorrales a ambos lados. George miró en aquella dirección, pero no vio a nadie. Sólo hierbas altas y zarzas, las puntas de los postes de la cerca, árboles, y... ¿tal vez algo grande y negro que se movía furtivo en la espesura? *¿Vlad?*

Era muy posible que Anne, Helen, Georgina y Yulian estuviesen juntos, de paseo por el bosquecillo; por cierto, haría fresco bajo las copas frondosas de los árboles. Pero ¿y si sólo estaban Yulian y el perro allí, o solamente el maldito perro...?

De pronto, se le ocurrió pensar que tanto miedo le daba el uno como el otro.

Sí, los temía. Yulian no se parecía a ninguna de las personas a quienes conocía, y *Vlad* era diferente de todos los demás perros. Había algo anormal en ambos. Y en mitad de un tranquilo y cálido día de verano, George se estremeció.

Trató de sobreponerse. ¿Asustarse? ¿De un joven extraño y de un perro todavía no crecido del todo? ¡Ridículo!

Lanzó un fuerte «¡Holaaaa!»... y no obtuvo respuesta.

Ya irritado y desvanecido de pronto su anterior buen humor, se dirigió deprisa a la casa. Dentro... ¡no había nadie! Recorrió todo el viejo caserón, abrió y cerró puertas hasta que subió por fin al dormitorio de Anne y Helen. ¿Dónde diablos *estaban* todos? ¿Y por qué había dejado Anne su coche allí, de aquella manera?

¿Tendría que pasar solo todo el día?

Desde la ventana de su dormitorio podía ver la mayor parte del terreno de delante de la casa hasta la verja. El granero y las caballerizas dificultaban la vista del bosquecillo, pero....

La atención de George se vio de pronto atraída por una mancha de color entre las altas hierbas de este lado de la valla, donde circundaba el soto. Cambió de posición y trató de ver más allá de los remates salientes del viejo granero. No podía enfocar la mirada. Entonces se acordó de los prismáticos, que llevaba todavía colgados del cuello. Se los llevó rápidamente a los ojos y los ajustó.

El granero seguía molestándole, y había calculado mal la distancia. La mancha de color estaba todavía allí..., ¿un vestido? Pero algo de color carne se movía cerca de él. Se movía con insistencia. Con manos terriblemente impacientes, George enfocó por fin los gemelos y la imagen se acercó. La mancha de colores veraniegos era un vestido, sí. Y aquello de color carne era... ¡carne! Carne desnuda.

George contempló la escena con incredulidad. Estaban entre la hierba. No podía ver a Helen, al menos no podía verle la cara pues estaba boca abajo con el trasero al aire. Y Yulian la montaba, frenético, furioso, agarrándole la cintura con las manos. George empezó a temblar, sin poderse dominar. Helen participaba voluntariamente en esto; no podía ser de otra manera. Bueno, había dicho que era una mujer adulta, pero, ¡Dios mío!, todo tenía sus límites.

Y allí estaba ella, de bruces sobre la hierba, desnuda como cuando era un bebé (¡la pequeña de George!), con el sombrero de paja y el vestido tirados a un lado, y la carne sonrosada ofreciéndose a ese... ¡a esa *babosa*! George ya no temía a Yulian, si le había temido alguna vez; ahora lo odiaba. ¡El extraño cabrón parecería todavía más raro cuando hubiese acabado con él!

Se arrancó los prismáticos del cuello y los arrojó sobre la cama, se volvió hacia la puerta... y de pronto se quedó rígido, boquiabierto. Algo que había visto, algo monstruoso, ardía en los ojos de su mente. Con manos temblorosas, tomó los gemelos y los enfocó de nuevo a la pareja que yacía entre las altas hierbas. Yulian había terminado y estaba ahora tendido al lado de su compañera. Pero George se fijó ahora más en el sombrero y el revuelto vestido. El sombrero de paja tenía la cinta negra. Era el de Anne. Y ahora que lo comprendió todo, vio que el vestido era también de Anne.

Los prismáticos resbalaron de los dedos de George. Se tambaleó, casi se cayó, se arrojó pesadamente sobre la cama. La cama de ellos, de Anne y de él. *Ella se entregaba voluntariamente... no podía ser de otra manera.* Estas palabras se repetían vertiginosamente en su cabeza. No podía creer lo que había visto, pero tenía que creerlo. No podía ser de otra manera.

No habría podido decir cuánto tiempo estuvo sentado allí, aturdido. ¿Cinco minutos? ¿Diez? Pero por fin salió de su estupor. Salió de su estupor, se sacudió, sabía lo que debía hacer. Todo lo que contaban del colegio de Yulian debía de ser verdad. ¡Aquel hijo de puta era un pervertido! Pero Anne, ¿qué decir de Anne?

¿Podía estar borracha? ¿O drogada? ¡Tenía que ser algo así! Yulian debía de haberle dado algo.

George se levantó. Ahora estaba frío, frío como el hielo. Su sangre hervía, pero su mente era un campo nevado, con el camino que había de seguir claramente dibujado en él. Miró sus manos y sintió en ellas la fuerza de Dios y la del diablo.

Arrancaría los ojos negros y sin alma de aquel cerdo, ¡se comería su podrido corazón!

Bajó tambaleante la escalera, cruzó la casa vacía y caminó como un borracho, con rabia asesina, hacia el soto. Allí encontró el sombrero y el vestido de Anne, exactamente donde los había visto. Pero no a Anne, ni a Yulian. La sangre latía con fuerza en las sienes de George; el odio corroía su mente como un ácido, quitándole cuanto tenía de racional. Todavía tambaleándose, se abrió paso entre las zarzas bajas hasta el paseo enarenado, y miró con rabia la casa. Entonces algo le dijo que mirase atrás. Allí, junto a la verja, estaba vigilando *Vlad*, que enseguida empezó a avanzar con pasos indecisos.

George recobró un poco de su cordura. Ahora odiaba a Yulian y pretendía matarlo si podía, pero todavía temía al perro. Algo lo había indispuesto siempre con los perros, y, en particular, con éste. Corrió de nuevo hacia la casa y, al pasar alrededor de unos arbustos, vio a Yulian que, pasando entre los matorrales, se dirigía a la parte de atrás del edificio. Hacia la entrada del sótano.

—¡Yulian! —trató de gritar, pero se le atragantó la palabra.

No lo intentó de nuevo. ¿Por qué avisar al pervertido cabrón? Detrás de él, *Vlad* aceleró un poco, empezó a trotar.

En la esquina de la casa, George se detuvo un momento, aspiró aire desesperadamente. Estaba en malas condiciones. Entonces vio un herrumbroso azadón apoyado en la pared y lo agarró. Una mirada por encima del hombro le dijo que *Vlad* se acercaba, alargando los pasos, planas las orejas sobre la cabeza.

George no perdió más tiempo, sino que se lanzó a través de los matorrales hacia la entrada del sótano. Y allí estaba plantado Yulian, ante la puerta abierta. Oyó que George se acercaba, volvió la cabeza y le dirigió una mirada sorprendida.

—¡Ah, George! —Esbozó una sonrisa forzada—. Precisamente me estaba preguntando si te gustaría ver los sótanos.
Entonces vio la expresión de George y el azadón que llevaba en las manos de blancos nudillos.
—¿Los sótanos? —jadeó George, enloquecido por el odio—. ¡Vaya si me gustaría!
Levantó el arma en forma de azadón. Yulian alzó un brazo para protegerse la cara y se volvió. La afilada y oxidada hoja de la pesada herramienta le alcanzó detrás del hombro derecho, pasó por debajo del omóplato y se hundió en la mitad del cuello.
Impulsado por el golpe, Yulian rodó por la rampa central, con el azadón todavía clavado. Mientras caía, exclamó «¡Oh! ¡Oh!» pero más que un grito era una expresión de sorpresa, de pasmo. George lo siguió, con los brazos estirados, mostrando los dientes, y mientras lo perseguía, *Vlad* lo perseguía a él.
Yulian yacía de bruces al pie de la escalera, junto a la puerta abierta del sótano. Gemía y se movía con torpeza. George apoyó un pie en mitad de su espalda y arrancó el azadón.
—¡Oh! ¡Oh! —repitió Yulian a su manera peculiar.
George levantó el azadón y oyó los gruñidos de *Vlad* detrás de él.
Se volvió y describió un arco mortal con la herramienta. El perro se detuvo en el aire al golpear el azadón un lado de su cabeza. Se derrumbó sobre el suelo de hormigón, gimiendo como un hombre. George jadeó roncamente, levantó de nuevo su arma, pero el animal estaba inconsciente. Respiraba, pero yacía inmóvil, con la lengua fuera. Parecía haberse apagado como una luz.
Ahora sólo quedaba Yulian.
George se volvió y vio que aquél entraba tambaleándose en la desconocida oscuridad del sótano. ¡Increíble! Con aquella herida, y el muy hijo de puta todavía podía andar. George lo siguió, visible la tambaleante figura de Yulian en la penumbra. El sótano era muy grande, con habitaciones y cámaras y pasillos oscuros, pero George no perdió un instante de vista a su presa. Entonces..., ¡una luz!
George vio, a través de una entrada en arco, una habitación débilmente iluminada. Una sola bombilla polvorienta y con pantalla pendía de un techo abovedado de piedra. Había perdido momentáneamente de vista a Yulian, en la oscuridad que rodeaba el cono de luz; pero entonces, el joven se tambaleó entre él y la lámpara, y George lo descubrió de nuevo y avanzó. Yulian lo vio y levantó, furioso, un brazo para romper la bombilla, pero falló, a causa de su lesión, haciendo bailar la lámpara y la pantalla pendiente del cordón.
Entonces, bajo aquella luz que giraba locamente, George vio el resto de la habitación. En ráfagas intermitentes de luz y oscuridad, captó en todo su detalle el infierno en el que había entrado.
Luz... y, en un rincón, un montón de tablas y una estantería cubierta de telarañas. Oscuridad... y Yulian, como una sombra todavía más oscura, agazapado vacilante en el centro de la habitación. Luz... y, junto a una de las paredes, Georgina, sentada en un viejo sillón de mimbre, con los ojos saltones pero vacíos, y la boca y las ventanas de la nariz abiertas como cavernas. Oscuridad... y un movimiento cerca de George, que pudo levantar el azadón para defenderse. Luz enloquecedora... y, a su derecha, una cuba grande de cobre, de un metro y medio de diámetro, sostenida por unas patas también de cobre; con Helen derrumbada en una silla a un lado de aquélla y con la espalda apoyada en la pared manchada de salitre, y Anne, desnuda y en la misma posición al otro lado. Con los brazos colgando dentro de la cuba, en la que parecía moverse algo continuamente, lanzando tiras de una materia pastosa hacia lo alto. Oscuridad vacilante..., de la que salía la risa de Yulian, la risa enfermiza de un loco irremediable. Entonces, de nuevo luz... Y George miró fijamente aquella cuba grande, o mejor dicho, a las mujeres. Y la escena se grabó indeleblemente en su cerebro.

La ropa de Helen rasgada de arriba abajo por delante y recogida hacia atrás, y la muchacha repantigada allí como una mujerzuela, con las piernas abiertas y mostrándolo todo. Y Anne, lo mismo; pero ambas hacían muecas, torcían horriblemente las caras, y mostraban alternativamente alegría y un horror total; con los brazos dentro de la cuba y aquel cieno indescriptible *trepando* por ellas hasta los hombros, ¡palpitando con una fuerza desconocida!

Oscuridad piadosa... y una idea en la mente aturdida de George: «¡Dios mío!

Eso se alimenta de ellas, y las alimenta a su vez!». Y Yulian tan cerca ahora, que podía oír su ronca respiración. Luz de nuevo, mientras la lámpara bailaba más despacio y el azadón se desprendía de los dedos lacios de George y se alejaba de él. Y por fin, George frente a frente con el hombre a quien había pretendido matar y que ahora descubría que no era realmente un hombre, sino algo nacido de sus peores pesadillas.

Unos dedos de goma, con la fuerza de grapas de acero, lo agarraron por el hombro y lo empujaron sin esfuerzo, irresistiblemente, hacia la cuba.

—George —dijo la pesadilla, en tono casi de conversación normal—, quiero mostrarte algo...

Capítulo 6

Los nudillos de Alec Kyle estaban blancos al apretar con las manos el borde de su mesa.

—¡Cielo santo, Harry! —exclamó, mirando horrorizado la aparición de Keogh, atravesada por las suaves franjas luminosas que se filtraban en las persianas de la ventana—. ¿Estás tratando de espantarme antes de que empecemos realmente?

Te cuento lo que sé. Es lo que me pediste, ¿no?, prosiguió Keogh, impertérrito. *Recuerda, Alec, que tú te enteras de segunda mano. Yo lo obtuve directamente de ellos, de los muertos. Lo sé de buena tinta, ¡y puedes creer que he suavizado el relatol* Kyle tragó saliva, sacudió la cabeza, se recuperó. Entonces recordó algo que había dicho Keogh.

—¿Te lo dijeron «ellos»? De pronto he tenido la impresión de que no te referías únicamente a Thibor Ferenczy y George Lake.

No, también he hablado con el reverendo Pollock. Del bautizo de Yulian.

—¡Ah, sí! —Kyle se enjugó la frente—. Ahora lo comprendo. Desde luego.

¡Alec! La suave voz de Keogh era ahora más fuerte. *Tenemos que darnos prisa. Harry empieza a moverse.*

Y no solamente la criatura real, que estaba a seiscientos cuarenta y siete kilómetros de distancia en Hartlepool, sino también su imagen etérea, que se volvió lánguidamente, superpuesta al diafragma de Keogh. También ésta se movía, se estiraba despacio en su posición fetal y abría la boca para bostezar. La manifestación de Keogh empezó a oscilar como humo, como la neblina que produce el calor del verano sobre una carretera.

—Antes de que te vayas. —Kyle estaba desesperado—. ¿Cómo tengo que empezar?

Le respondió el débil pero claro gemido de un niño al despertar. Keogh abrió los ojos de par en par. Trató de avanzar un paso en dirección a Kyle. Pero el resplandor azul se estaba descomponiendo, como una imagen televisada al interrumpirse la transmisión. Un momento después, se convirtió en una sola raya vertical, como un tubo de luz eléctrica, se redujo a un punto azul y cegador a la altura de los ojos, y se apagó.

Pero Kyle percibió todavía, desde una distancia de un millón de kilómetros:

Ponte en contacto con Krakovitch. Dile lo que sabes. Al menos algo de ello.

Vas a necesitar su ayuda.

—¿De los rusos? Pero Harry...

Adiós, Alec. Volveré... a... ti.

Y la habitación quedó en absoluto silencio; en cierto modo, pareció vacilar. La calefacción central dio un fuerte chasquido al apagarse automáticamente.

Kyle permaneció sentado allí un largo rato, sudando un poco, respirando hondo. Entonces advirtió que parpadeaban las luces en su tablero de comunicaciones y oyó una suave y casi tímida llamada a la puerta de su despacho.
—¿Alec? —preguntó una voz desde fuera. Era la de Carl Quint—. Se... se ha ido. Pero supongo que ya lo sabes. ¿Estás bien?
Kyle suspiró profundamente y pulsó un botón.
—Por ahora hemos terminado —dijo al desalentado hombre que esperaba—.
Será mejor que vengáis todos a verme. Debemos celebrar una reunión antes de que demos por terminada la jornada. Hay cosas que querréis saber y cosas de las que hemos de hablar.
—Soltó el botón y dijo para sí—: Quiero decir, de cosas «importantes».
La respuesta de los rusos fue inmediata, más rápida de lo que Kyle podía imaginar. No sabía que Leónidas Brezhnev querría pronto todas las respuestas y que a Félix Krakovitch le quedaban sólo cuatro meses del año de que disponía.
Los dos jefes de espionaje extrasensorial debían reunirse el primer viernes de septiembre, en terreno neutral. El lugar era Génova, Italia, y concretamente un sórdido bar llamado Frankie's Franchise, perdido en un laberinto de callejuelas del barrio bajo de la ciudad, a menos de doscientos metros del muelle.
Kyle y Quint llegaron el jueves por la tarde al sorprendentemente destartalado aeropuerto Cristóbal Colón; su enlace del Servicio Secreto Británico (al que no conocían, ni probablemente conocerían jamás) había llegado allí doce horas antes.
No habían reservado habitaciones, pero no tuvieron dificultad en conseguir dos contiguas en el Hotel Genovese, donde se refrescaron y comieron antes de dirigirse al bar. Éste estaba casi exageradamente tranquilo, y media docena de italianos, dos hombres de negocios alemanes y un turista americano con su esposa, estaban sentados a pequeñas mesas o en el bar, consumiendo sus bebidas. Uno de los italianos, sentado aparte de los otros, no era en absoluto italiano; era ruso, de la KGB, pero Kyle y Quint no tenían manera de saberlo. No tenía dotes de PES, o Quint lo habría descubierto enseguida. Tampoco advirtieron que tomaba fotos de ellos con una cámara diminuta. Pero el ruso no había pasado enteramente inadvertido. Había sido visto más temprano, cuando entró al hotel y tomó una habitación.
Kyle y Quint estaban en una punta de la barra, con su tercer Vecchia Romagna y hablando en voz baja de su encuentro al día siguiente con Krakovitch, cuando sonó el teléfono.
—¡Para mí! —dijo enseguida Kyle, incorporándose en su banco.
Su facultad siempre le producía este efecto: lo sobresaltaba como una ligera descarga eléctrica.
El *barman*, se puso al aparato, levantó la cabeza y empezó a decir:
—Signor...
—¿Kyle? —dijo éste, alargando una mano.
El *barman* sonrió, asintió con la cabeza y le tendió el teléfono.
—Kyle —repitió éste, ahora al micro.
—Aquí Brown —dijo una voz suave—. Procure no parecer sorprendido, señor Kyle, y no mire a su alrededor ni adopte un aire furtivo. Uno de los que están en el bar es ruso. No se lo describiré, porque usted actuaría de un modo diferente y él se daría cuenta. Pero he estado en comunicación con Londres y lo hemos pasado por nuestro ordenador. Viste como un italiano, pero es un hombre de la KGB llamado Theo Dolgikh. Es un agente importante de Andropov. Pensé que le gustaría saberlo.
No se preveía que estuviera ahí alguno de su calaña, ¿verdad?
—No —dijo Kyle—, no debía estar.

—¡Vaya! —dijo Brown—. Yo me mostraría un poco duro con su hombre, cuando se reúna mañana con él. En realidad, esto no me gusta. Y le diré, para su tranquilidad, que si algo le ocurriese a usted, cosa que considero improbable, Dolgikh sufriría la misma suerte.
—Muy tranquilizador —dijo, fríamente, Kyle.
Devolvió el teléfono al *barman.*
—¿Problemas? —preguntó Quint, arqueando una ceja.
—Termina tu copa y hablaremos de esto en nuestras habitaciones —dijo Kyle—. Actúa con naturalidad. Creo que nos enfocan con una cámara.
Sonrió, apuró de un trago su coñac y se levantó. Quint lo imitó; salieron sin darse prisa del bar y subieron a sus habitaciones; inspeccionaron la de Kyle, por si había algún micrófono oculto. Para esto, necesitaban tanto de su sensibilidad psíquica como de sus cinco sentidos corrientes; pero la habitación estaba limpia.
Kyle refirió a Quint su conversación telefónica en el bar. Quint era un hombre sumamente enjuto y fuerte, de unos treinta y cinco años, prematuramente calvo, de hablar suave pero a menudo agresivo, y de gran rapidez mental.
—Un comienzo no muy favorable —gruñó—. Sin embargo, supongo que teníamos que esperarlo. Según me han dicho, vuestros agentes secretos siempre se encuentran con estas cosas.
—¡Pero no está bien! —dijo, enojado, Kyle—. Se presumía que sería una conferencia de cerebros, no de músculos.
—¿Sabes cuál de ellos era? —preguntó Quint, con su sentido práctico—. Creo que puedo recordar todas sus caras. Reconocería a cualquiera de ellos si tropezásemos de nuevo con él.
—Olvídalo —dijo Kyle—. Brown no quiere enfrentamientos. Pero aseguró que actuaría si nos ocurriese algo.
—¡Delicioso! —exclamó Quint.
—Esa fue exactamente mi reacción —convino Kyle.
Entonces registraron la habitación de Quint y, al no encontrar ningún micrófono, dieron por terminada la jornada.
Kyle se duchó y se metió en la cama. Hacía mucho calor y arrojó las mantas al suelo. El aire era húmedo, sofocante. Parecía que iba a llover y, si estallaba una tormenta, sería una de las buenas, quizá. Kyle conocía Génova en otoño y sabía que descargaban en ella algunas de las más fuertes tormentas imaginables.
Dejó encendida la luz de la mesita de noche y se dispuso a dormir. Una puerta, no cerrada con llave, separaba las dos habitaciones. Quint estaba en la contigua, acaso ya dormido. El tráfico de la ciudad armaba un ruido terrible más allá de la persiana de la ventana. Londres era una tumba en comparación con esto.
Una tumba no parecía un tema adecuado para pensar en él antes de dormir, pero...
Kyle cerró los ojos; sintió que el sueño lo envolvía, suave como los brazos de una mujer; y sintió...
¡... que algo más lo despertaba!
La lámpara seguía encendida; su pantalla formaba un charco de luz amarilla sobre la mesita de caoba. Pero ahora había una segunda fuente de luz, ¡y ésta era azul! Kyle acabó de despertarse, se incorporó de un salto en la cama. Desde luego, era Harry Keogh.
Carl Quint entró de un salto por la puerta de comunicación. Llevaba sólo el pantalón del pijama. Se detuvo en seco; retrocedió un paso.
—¡Oh, Dios mío! —dijo, y se quedó boquiabierto.
La aparición Keogh (hombre, niño dormido y todo lo demás), giró noventa grados para enfrentarse a él.
No te alarmes, dijo.

—¿Puedes verlo? —preguntó Kyle, todavía un poco adormilado.
—Cielo santo, sí —farfulló Quint, asintiendo con la cabeza—. Y también oírlo.
Pero, aunque no pudiese, sabría que está aquí.
Sensibilidad psíquica, dijo Keogh. *Bueno, será una ayuda.*
Kyle sacó las piernas de la cama y apagó la lámpara. Keogh destacaba mucho más en la oscuridad, como un holograma de hilos de neón infinitamente finos.
—Carl Quint —dijo Kyle; la piel le cosquilleaba ante aquel misterio al que nunca se había acostumbrado—. Te presento a Harry Keogh.
Quint se acercó tambaleándose a un sillón, cerca de la cama de Kyle, y se dejó caer en él. Kyle estaba ahora despierto por completo, dueño de sí. Se dio cuenta de lo insustancial y vulgar que debía parecer cuando preguntó:
—Harry, ¿qué has venido a hacer aquí?
Y Quint casi soltó una carcajada histérica cuando respondió la aparición:
He estado hablando con Thibor Ferenczy, y he empleado mi tiempo lo mejor posible, pues me queda poco y no puedo malgastarlo. Harry hijo se hace más fuerte a cada hora que pasa y yo soy cada vez más incapaz de resistirlo. Estoy siendo incluido en su cuerpo, incluso absorbido por él. Su pequeño cerebro se está llenando con su propio material y con lo que extrae del mío, o tal vez me condensa en él. Pronto tendré que dejarlo y, entonces, no sé si volveré nunca a ser corpóreo.
Por consiguiente, al volver de hablar con Thibor, pensé que debía pasar a visitarte.
Kyle casi pudo sentir que Quint estaba al borde de un ataque de histeria; le dirigió una mirada de advertencia a la luz del pálido resplandor azul.
—¿Has estado hablando con la vieja Cosa enterrada? —repitió—. Pero ¿por qué, Harry? ¿Qué quieres de él?
Es uno de ellos, un vampiro, o lo era. Los muertos se preocupan poco por él.
Es un paria entre los muertos. Yo soy para él, bueno, si no un amigo, al menos alguien con quien hablar. Hacemos un intercambio: yo hablo con él, y él me dice cosas que quiero saber. Pero nada es fácil con Thibor Ferenczy. Incluso muerto, tiene una mentalidad maligna. Sabe que cuanto más lo alargue, más pronto volveré. Empleó la misma táctica con Dragosani, ¿te acuerdas?
—Oh, sí. —Kyle asintió con la cabeza—. Y también recuerdo lo que le ocurrió a Dragosani. Deberías andarte con cuidado, Harry.
Thibor está muerto, Alec, le recordó Keogh. *No puede hacer más daño. Pero lo que dejó atrás podría...*
—¿Lo que dejó atrás? ¿Te refieres a Yulian Bodescu? Tengo hombres que vigilan la casa de Devon, hasta que esté preparado para ir en su busca. Cuando conozcamos bien sus costumbres, cuando hayamos comprobado todo lo que tú nos has dicho, entonces atacaremos.
No me refería exactamente a Yulian, aunque por cierto es parte de ello. Pero ¿me estás diciendo que has hecho intervenir espías en el asunto? Keogh parecía alarmado. *¿Saben con qué tendrán que habérselas si los descubren? ¿Están bien enterados?*
—Sí, lo están. Y muy bien. Además, están equipados. Pero, si podemos, queremos saber un poco más de ellos antes de actuar. A pesar de todo lo que nos has dicho, todavía sabemos muy poco.
¿Y sabéis algo de George Lake?
Kyle sintió un escalofrío en el cuero cabelludo. Quint, también. Y esta vez fue Quint quien respondió.
—Sabemos que ya no está en su tumba del cementerio de Blagdon, si es esto lo que quieres decir. Los médicos diagnosticaron un ataque cardíaco, y su esposa y los Bodescu asistieron a su entierro. Esto lo hemos comprobado. Pero también hemos estado allí y George Lake

no estaba donde se debía hallar. Nos imaginamos que está de nuevo en la casa, con los otros.
La manifestación de Keogh asintió con la cabeza.
Esto es lo que quería decir. Ahora es un no-muerto. Y esto habrá aclarado a Yulian Bodescu lo que es exactamente él. O tal vez no exactamente. Pero, por ahora, debe de estar muy seguro de que es un vampiro. En realidad sólo es un semivampiro. En cambio, George es un vampiro real. Ha estado muerto; por consiguiente, lo que lleva dentro lo habrá dominado por completo.
—¿Qué? —Kyle estaba aturdido—. Yo no...
Dejad que os cuente el resto de la historia de Thibor, lo interrumpió Keogh.
Ved lo que podéis sacar de ella.
Kyle sólo podía mostrar su asentimiento.
—Supongo que sabes lo que haces, Harry. —La habitación estaba ya más fresca. Kyle dio una sábana a Quint y se envolvió en otra—. Está bien, Harry — dijo—. El escenario es tuyo...
Lo último que recordaba haber visto Thibor era la cara bestial de Ferenczy, sus fauces abiertas en una risa feroz, que mostraba una lengua bífida carmesí y temblaba como la de una serpiente enfurecida. Recordaba esto y el hecho de que lo habían drogado. Entonces se había hundido en un irresistible torbellino, hasta unas negras profundidades de las que su resurgimiento había sido lento y lleno de pesadillas.
Había soñado con lobos de ojos amarillos; con una divisa blasfema con forma de cabeza de un demonio, con su lengua bífida muy parecida a la de Ferenczy, salvo que, en el blasón, goteaba sangre; con un castillo negro construido sobre una garganta en la montaña, y con su dueño, que no era humano. Y ahora, porque sabía que había soñado, supo también que debía de estar despierto. Y se le ocurrió una idea: ¿cuánto había de sueño y cuánto de realidad?
Thibor sintió un frío subterráneo, calambres en todos sus miembros, palpitaciones en sus sienes, como de un gong resonando en una gran caverna.
Sintió las esposas en las muñecas y en los tobillos, la fría piedra pegajosa contra su espalda en el lugar donde había caído, el goteo de algo desde arriba, de algo que silbó junto a su oído y le salpicó el hueco de encima de la clavícula.
Encadenado desnudo en un sótano del castillo del Ferenczy, ya no hacía falta preguntarse cuánto de ello había sido sueño: todo era real.
Thibor volvió a la vida entre gruñidos, luchó con fuerza de gigante contra las cadenas que lo sujetaban, olvidó el trueno que retumbaba dentro de su cabeza y el dolor lacerante de los miembros y el cuerpo, para rugir en la oscuridad como un toro herido:
—¡Ferenczy! *¡Perro!* ¡Traidor, monstruo, mal nacido...!
El señor de la guerra valaco dejó de gritar, escuchó cómo se extinguía el eco de sus maldiciones. Y algo más. Oyó que, en algún lugar de arriba, sus gritos eran respondidos por una puerta al cerrarse de golpe y por unas pisadas pausadas que descendían hacia él. Y con la piel de gallina y la nariz congestionada por rabia y por terror, se colgó de las cadenas y esperó.
La oscuridad era casi total; sólo las manchas de salitres resplandecían con fosforescencia química en las paredes; pero, como quiera que Thibor contenía el aliento y se acercaban pisadas, se produjo una vacilante iluminación. Procedía de un fuerte pero desigual resplandor amarillo a través de un arco de piedra en lo que, de no haber sido por él, habría sido una pared maciza de roca; y mientras Thibor observaba, respirando fatigosamente, las sombras de su celda, al hacerse más intensa la luz y más fuertes las pisadas, fueron rechazadas hacia atrás.

Entonces apareció en el arco una linterna que chisporroteaba y, detrás de ella, el propio Ferenczy, un poco agachado para no darse de cabeza contra la piedra angular. Detrás de la linterna, sus ojos eran como ascuas en las sombras de su cara. Mantuvo aquélla en alto y asintió con la cabeza.
Thibor había creído que estaba solo, pero ahora vio que no era así. A la luz amarilla de la lámpara, descubrió que había otros con él. Pero ¿muertos o vivos...?
Al menos uno de ellos parecía vivo.
Thibor entrecerró los ojos cuando la luz de la linterna de Ferenczy aumentó e iluminó toda la mazmorra. Otros tres prisioneros estaban allí con él, sí, y muertos o vivos, no era difícil saber quiénes eran. En cuanto a cómo o por qué los había traído aquí el dueño del castillo, era otra cuestión. Desde luego, eran los compañeros valacos de Thibor, y también el viejo Arvos de los *szgany*. De los tres, parecía ser el achaparrado valaco el que había sobrevivido: el que era todo pecho y brazos. Yacía desplomado en el suelo, donde unas losas habían sido apartadas a un lado, dejando al descubierto una superficie negra. Su cuerpo parecía destrozado, pero el pecho abultado subía y bajaba todavía con cierta regularidad, y uno de sus brazos se agitaba un poco.
—El afortunado —dijo el Ferenczy con una voz profunda como un pozo—. O tal vez desgraciado, según como se mire. Estaba vivo cuando mis hijos me llevaron hasta él.
Thibor hizo rechinar sus cadenas.
—¿Estaba? ¡Está vivo, hombre! ¿No ves que se mueve? Mira, ¡respira!
—¡Oh, sí! —El Ferenczy se acercó mas, a su manera callada y sinuosa—. Y circula sangre por sus venas, y el cerebro funciona dentro de su cabeza rota y tiene ideas espantosas; pero yo te digo que no está vivo. Ni está realmente muerto. ¡Es un no- uerto!
Rió entre dientes, como si acabase de contar un chiste verde.
—¿Vivo? ¿No-muerto? ¿Hay alguna diferencia?
Thibor tiró furiosamente de las cadenas. ¡Cómo le gustaría rodear con ellas el cuello del otro y apretar hasta que los ojos se saliesen de las órbitas!
—La diferencia es la inmortalidad. —Su torturador acercó todavía más la cara—. Vivo, era mortal; no-muerto, «vive» para siempre. O hasta que se destruya él mismo o algún accidente le ahorre el trabajo. Ah, ¿qué te parece vivir para siempre, Thibor el Valaco? La vida es muy dulce, ¿eh? Pero, ¿creerías que también puede ser aburrida? No, claro que no, pues tú no has conocido el tedio de los siglos. ¿Mujeres? ¡Yo he tenido mujeres *magníficas*!. ¿Y comida? —Su voz era ahora maliciosa—. ¡Oh! Manjares con los que no soñaste jamás. Y sin embargo, desde hace cien años..., no, doscientos, todas esas cosas me aburren.
—¿Estás cansado de la vida? —Thibor rechinó los dientes, hizo un último esfuerzo por arrancar las armellas de las cadenas de la pared de piedra. Fue inútil— Suéltame y pondré fin a tu... aburrimiento.
El Ferenczy soltó una carcajada de podenco ladrador.
—¿Lo harías? Ya lo has hecho, hijo mío, al venir aquí. Pues, mira, he estado esperando a uno como tú. ¿Aburrido? Sí, lo he estado. Y por cierto tú eres el remedio; pero es un remedio que aplicaré a mi manera. Me matarías, ¿eh? ¿Lo crees realmente? Oh, todavía tengo que luchar mucho, pero no contigo. ¿Qué?
¿Luchar contra mi propio hijo? ¡Nunca! No, seguiré adelante y lucharé y mataré como *nadie* lo habrá hecho antes que yo. Y disfrutaré y amaré como veinte hombres, y ninguna me dirá que no. Y haré todo esto en todos los lugares de la tierra, con tales excesos que mi nombre vivirá eternamente, ¡o será borrado para siempre de la historia del hombre! Pues, ¿qué otra cosa podría hacer una criatura como yo, con mis pasiones y condenada a vivir?
—Hablas en clave. —Thibor escupió en el suelo—. Eres un loco, has perdido la razón viviendo solo aquí arriba, sin más compañía que unos lobos. No comprendo por qué te

teme el Vlad, si no eres más que un loco que anda suelto. Pero comprendo por qué te quiere muerto. Eres... ¡asqueroso! Un baldón para la humanidad. Monstruoso, con una lengua bífida, insensato: la muerte sería lo mejor para ti, o que te encerraran donde no pudieran verte los hombres naturales.

El Ferenczy retrocedió un poco, casi como si le sorprendiese la vehemencia de Thibor. Colgó la linterna de un soporte y se sentó en un banco de piedra.

—¿Has dicho hombres naturales? ¿Vas a hablarme, a mí, de naturaleza? Ay, hay mucho más que lo que se ve en la naturaleza, hijo mío. Ciertamente lo hay. Y tu crees que yo soy antinatural, ¿eh? Bueno, los wamphyri son raros, desde luego, pero también lo es el diente de sable. Bueno, desde hace... trescientos años no he visto un puma con los colmillos como guadañas. Tal vez ya no existen. Quizá los hombres cazaron el último de ellos. Sí, y es posible que un día los wamphyri dejen de existir. Pero si llega ese día, puedes creer que no será por culpa de Faethor Ferenczy. No, y tampoco será por culpa tuya.

—Más acertijos, vocablos sin sentido, ¡locura!

Thibor escupió estas palabras. Era impotente y lo sabía. Si aquel ser monstruoso lo quería muerto, podía darlo por hecho. Era inútil tratar de razonar con un loco. ¿Acaso tiene el loco razón? Era mejor insultarlo cara a cara, enfurecerlo y terminar de una vez. No sería agradable seguir colgado allí, pudriéndose, y observar cómo se deslizaban los gusanos sobre la carne de unos hombres a quienes había llamado sus camaradas.

—¿Has terminado? —preguntó el Ferenczy, con su voz más profunda—. Será mejor que acabes de despotricar, pues tengo muchas cosas que decirte, mucho que mostrarte, grandes conocimientos e incluso grandes facultades que enseñarte.

Estoy harto de este lugar, ya lo sabes, pero necesita un guardián. Cuando salga yo al mundo, alguien tendrá que quedarse aquí para guardar el castillo. Alguien fuerte como yo. Esta es mi casa, y éstas son mis montañas, mis tierras. Puede que un día desee regresar. Cuando lo haga, encontraré aquí a un Ferenczy. Por eso te llamo hijo mío. Ahora mismo te adopto, Thibor de Valaquia. A partir de este momento eres Thibor Ferenczy. Te doy mi nombre y te doy mi emblema: ¡la cabeza del diablo! Oh, ya sé que estos honores son mucho para ti, y sé que todavía no tienes mi fuerza. Pero te los *daré*. Te otorgaré el honor más grande, un magnífico misterio. Y cuando te hayas convertido en wamphyri, entonces...

—¿Tu nombre? —rugió Thibor—. Yo no *quiero* tu nombre. ¡Escupo sobre tu nombre! —acudió furiosamente la cabeza—. En cuanto a tu emblema, tengo ya el mío propio.

—¿Sí? —La criatura se levantó y se acercó más—. ¿Y cuál es?

—Un murciélago de la llanura de Valaquia —respondió Thibor—, a horcajadas sobre el dragón cristiano.

El Ferenczy se quedó boquiabierto.

—¡Pero eso es magnífico! ¿Has dicho un murciélago? ¡Excelente! ¿Y montando el dragón de los cristianos? ¡Mejor aún! Y ahora, un tercer emblema: que el propio Shaitan impere sobre los dos.

—No necesito a tu diablo que escupe sangre —bufó Thibor, sacudiendo la cabeza.

El Ferenczy le dirigió una lenta y siniestra sonrisa.

—Oh, pero lo necesitarás, lo necesitarás. —Entonces lanzó una carcajada—.

Sí, y yo emplearé tus símbolos. Cuando salga a recorrer el mundo, enarbolaré la bandera con el diablo, el murciélago y el dragón. ¡Ya ves el honor que te hago! De ahora en adelante, tendremos la misma bandera.

Thibor entornó los párpados.

—Faethor Ferenczy, juegas conmigo como un gato con un ratón. ¿Por qué? Me llamas hijo, me ofreces tu nombre, tus sellos, y me tienes aquí encadenado, con un amigo muerto y otro muriéndose a mis pies. Dilo de una vez: estás loco y yo soy tu próxima víctima. ¿No es así?

El otro sacudió la cabeza lobuna.
—Hombre de poca fe —murmuró, casi triste—. Pero ya veremos, ya veremos.
Ahora dime: ¿qué sabes de los wamphyri?
—Nada. O muy poco. Una leyenda, un mito. Hombres monstruosos que se ocultan en lugares remotos y asustan a los campesinos y a los niños. En ocasiones, son peligrosos: asesinos, vampiros que chupan sangre por la noche y juran que les da vigor. «Viesczy», para el campesino ruso; «Obour», para el búlgaro; «Vrykoulakas», en tierras de los griegos. Son nombres que algunos dementes se dan ellos mismos. Pero tienen algo común en todas las lenguas: ¡son embusteros y están locos!
—¿Y tú no lo crees? Me has mirado, has visto los lobos que me obedecen, el terror que provoco en los corazones del Vlad y sus sacerdotes; pero tú no lo crees.
—Lo he dicho antes y lo diré de nuevo. —Thibor dio a sus cadenas un último y frustrado tirón—. Los hombres a quienes maté, ¡han seguido estando muertos! No, no lo creo.
El otro miró a su prisionero con ojos encendidos.
—Ésta es la diferencia entre nosotros —dijo—. Pues los hombres a quienes *yo* mato, no continúan muertos si me digno matarlos de cierta manera. Se convierten en no- uertos...
Se acercó más. Su labio superior se torció a un lado, dejando al descubierto un colmillo afilado, parecido al de un jabalí. Thibor desvió la mirada y evitó el aliento del hombre, que era como veneno. Y de pronto, el valaco se sintió débil, hambriento, sediento. Estaba seguro de que podría dormir una semana entera.
—¿Cuánto tiempo he estado aquí? —preguntó.
—Cuatro días. —El Ferenczy empezó a pasear arriba y abajo.
—Hace cuatro noches que subiste por el estrecho camino. Tus amigos tuvieron mala suerte, ¿te acuerdas? Yo te alimenté y te di vino, ¡y encontraste que mi vino era un poco fuerte! Entonces, mientras... descansabas, mis criaturas me llevaron a los lugares donde yacían los que se habían caído. El fiel y viejo Arvos estaba muerto. Lo mismo que tu flaco camarada valaco, destrozado por piedras afiladas. Mis hijos los querían para ellos, pero yo pensaba utilizarlos de otra manera e hice que los arrastraran hasta aquí. Éste... —y golpeó al valaco achaparrado con la punta de un bota— ... estaba vivo. ¡Había caído sobre Arvos! Estaba lesionado, pero vivo. Pude ver que no duraría hasta la mañana, y yo lo necesitaba, aunque sólo fuese para probar una cosa. Y así, como en el «mito» y la «leyenda», me alimenté de él. Bebí de él y, a cambio, le di algo; bebí un poco de su sangre y le di un poco de la mía. Murió. Han pasado tres días y tres noches, y lo que le di produjo efecto y ha experimentado cierta recuperación. Sus huesos rotos se están soldando, y sus heridas cicatrizan. Pronto se levantará como uno de los wamphyri, para figurar en las escasas filas de La Élite, ¡pero siempre sometido a mí! Es un nomuerto.
El Ferenczy hizo una pausa.
—¡Loco! —lo acusó de nuevo Thibor, pero con un poco menos de convicción.
Pues Ferenczy había hablado de esas pesadillas con mucha *facilidad*, sin ningún visible esfuerzo de simulación. No podía ser posible lo que decía... no, claro que no..., pero ciertamente creía que lo era.
Si el Ferenczy oyó la nueva acusación de locura de labios de Thibor, no le hizo caso o fingió no oírlo.
—Me has llamado «antinatural» —dijo—. Con esto diste a entender que sabes algo de la naturaleza. ¿Estoy en lo cierto? ¿Comprendes la vida, la «naturaleza» de la vida, las cosas que crecen?
—Mis padres eran agricultores —gruñó Thibor—. He visto cosas que crecían.
—¡Bien! Entonces sabes que hay ciertos principios y que, a veces, parecen ilógicos. Ahora deja que te ponga a prueba. Dime: si un hombre tiene un manzano predilecto y teme que el árbol pueda morir, ¿cómo podrá reproducirlo y conservar el sabor de la fruta?

—¿Más acertijos?
—Contesta, por favor.
—De dos maneras, con semillas o con esquejes —dijo Thibor, encogiéndose de hombros—. Entierra una manzana, y se convertirá en un árbol. Pero, para conservar el sabor verdadero, primitivo, toma unos esquejes, plántalos y cuídalos.
Es evidente que los esquejes son continuaciones del viejo árbol, ¿no?
—¿Evidente? —El Ferenczy arqueó las cejas—. Para ti, tal vez, pero para mí y para la mayoría de los hombres que no son agricultores, tendría que ser la semilla la que diese el verdadero sabor. Porque, ¿qué es la semilla, sino el huevo del árbol?
Sin embargo, tienes razón, desde luego; el esqueje da el verdadero sabor. En cuanto al árbol nacido de la semilla, bueno, procede del polen de árboles distintos del original. Entonces, ¿cómo puede ser igual el fruto? Debería ser «evidente» para un cultivador de árboles.
—¿A qué conduce todo esto?
Thibor estaba más seguro que nunca de la locura del Ferenczy.
—En los wamphyri —dijo el dueño del castillo, mirándolo fijamente—, la «naturaleza» no requiere intervención extraña, un polen ajeno. Incluso el árbol necesita una pareja para reproducirse, pero no los wamphyri. Lo único que necesitamos es... un huésped.
—¿Un huésped?
Thibor frunció el entrecejo y sintió un súbito temblor en las vigorosas piernas:
la humedad de las paredes, que producían más calambres en sus miembros.
—Ahora, dime —prosiguió Faethor—, ¿qué sabes de pesca?
—¿Eh? ¿De pesca? Fui hijo de un agricultor y ahora soy un guerrero. ¿Qué *puedo* saber de pesca?
Faethor siguió sin responderle.
—En Bulgaria y en Turquía los pescadores pescaban en el Mar Griego. Durante innumerables años sufrieron una plaga de estrellas de mar, en tales cantidades que arruinaban la pesca y rompían las redes con su enorme peso. Y la política de los pescadores era ésta: mataban y cortaban a pedazos las estrellas de mar que recogían y las arrojaban para alimentar a los peces. Pero los peces no comen estrellas de mar. Y peor aún, de cada *trozo* de estrella, nace otra entera. Y «naturalmente», cada año había más. Entonces un pescador astuto adivinó la verdad, y empezaron a llevar las estrellas a tierra, las quemaron y esparcieron sus cenizas en los olivares.
Y he aquí que la plaga se fue extinguiendo, volvieron los peces, y las aceitunas maduraron negras y jugosas.
Un tic nervioso sacudió el hombro de Thibor; consecuencia de estar tanto tiempo encadenado, desde luego.
—Ahora dime una cosa —repuso—. ¿Qué tienen que ver las estrellas de mar contigo y conmigo?
—Contigo, todavía nada. Pero con los wamphyri... Bueno, la «naturaleza» nos ha otorgado el mismo don. ¿Cómo puedes descuartizar a un enemigo, si de cada trozo cortado de él nace un nuevo cuerpo? —Faethor sonrió mostrando los dientes amarillos—. ¿Y cómo puede un simple hombre matar a un vampiro? Ahora verás por qué te aprecio tanto, hijo mío. Pues ¿quién sino un héroe habría subido aquí para destruir lo indestructible?
Thibor recordó las palabras de cierto cortesano de Vlad en Kiev: *Clavan estacas en su corazón y les cortan la cabeza..., mejor aún, los destrozan y queman los pedazos..., incluso una pequeña parte de un vampiro puede crecer de nuevo en el cuerpo de un hombre incauto... como una sanguijuela, ¡pero por dentro!*
—En el suelo del bosque —dijo Faethor, expresando sus morbosas ideas—, crecen muchas enredaderas. Buscan la luz y trepan a los grandes árboles para alcanzar el aire libre y

fresco. Pero algunas enredaderas «necias» llegan a crecer tan espesas que matan a los árboles y éstos se derrumban, y ellas se destruyen.
Estoy seguro de que lo habrás visto alguna vez. Pero otras emplean simplemente los grandes troncos como sus huéspedes; comparten con ellos la tierra y el aire y la luz; viven juntos sus vidas. Incluso hay enredaderas que son beneficiosas para sus árboles.
»¡Ay, pero llega la sequía! Los árboles se marchitan, se ennegrecen, se derrumban, y el bosque deja de existir. Pero las enredaderas siguen viviendo en la tierra fértil, esperando. Sí, y cuando crecen más árboles en cincuenta o cien años, las enredaderas vuelven a subir por ellos hacia la luz. ¿Quién es más fuerte? ¿El árbol, por su tronco y sus robustas ramas, o la delgada e insignificante enredadera por su paciencia? Si la paciencia es una virtud, Thibor de Valaquia, los wamphyri son los seres más virtuosos del mundo...
—Árboles, peces, enredaderas. —Thibor sacudió la cabeza—. ¡Desvarías, Faethor Ferenczy!
—Todas las cosas que te he dicho —prosiguió imperturbable el otro— las comprenderás... en definitiva. Pero antes de que puedas empezar a comprenderlas, tienes que creer en mí. En lo que soy.
—Yo nunca... —empezó a decir Thibor, pero el Ferenczy lo interrumpió.
—¡Oh, vaya si *creerás*! —silbó el Ferenczy, vibrando su lengua en la caverna de la boca—. Ahora escucha; he conjurado a mi semilla. La he traído y ya se está formando. Cada uno de los wamphyri tiene una sola semilla en toda su vida; una sola ocasión de crear de nuevo el verdadero fruto; una sola oportunidad de implantar su retadora «naturaleza» en otro ser vivo. Tú eres el huésped que he elegido para mi semilla.
—¿Tu semilla? —Thibor arrugó la nariz y se apartó lo más que permitían sus cadenas— ¿Tu semilla? No tienes remedio, Faethor.
—¡Ay! —dijo el otro, torciendo los labios y dilatando las grandes fosas nasales—. ¡Eres tú el que no tiene remedio! —Su capa se acampanó al dirigirse al cuerpo destrozado del viejo Arvos. Levantó el cadáver del gitano con una mano, como si fuese un montón de harapos, y lo colgó, con la cabeza rígidamente gacha en una hornacina de la pared de piedra—. Nosotros no tenemos sexo como tal — dijo, mirando fijamente a Thibor—. Sólo el sexo de nuestros huéspedes. ¡Pero centuplicamos su ardor! Sus deseos son los nuestros, pero los doblamos y redoblamos. Podemos, y lo hacemos, llevarlos a excesos en todas sus pasiones; pero también curamos sus heridas cuando el exceso es demasiado grande para que puedan soportarlo la carne y la sangre humanas. Y con los años, incluso con los siglos, el hombre y el vampiro se convierten en una sola criatura. Se hacen inseparables, excepto en circunstancias extremas. Yo, que fui hombre, he alcanzado ahora esa madurez. Y tú la alcanzarás también, tal vez dentro de mil años.
Una vez más, Thibor tiró fútilmente de sus cadenas. Imposible romperlas o siquiera aflojarlas. Podía poner el dedo pulgar en cada eslabón.
—Hablemos de los wamphyri —prosiguió Faethor—. Así como hay en el mundo ordinario clases muy diferentes de la misma criatura básica, como buho y gaviota y gorrión, zorro y perro y lobo, así hay diversos estados y condiciones en los wamphyri. Por ejemplo hemos hablado de tomar esquejes de un manzano. Sí, tal vez será más fácil si lo piensas de esta manera.
Se interrumpió, arrastró el cuerpo convulso e inconsciente del robusto valaco lejos del sector de las losas levantadas y arrojó el cadáver del viejo Arvos sobre el negro suelo. Entonces rasgó la harapienta camisa del viejo y miró, desde donde estaba arrodillado, a los aturrullados ojos de Thibor.
—¿Hay bastante luz, hijo mío? ¿Puedes ver?
—Veo a un loco con bastante claridad —respondió Thibor.

El Ferenczy le dirigió otra vez una de sus odiosas sonrisas, resplandecientes los dientes marfileños a la luz de la linterna.
—Entonces, mira esto —siseó.
Arrodillado junto al cuerpo desplomado del viejo Arvos, extendió un dedo índice hacia el pecho descubierto del gitano. Thibor observó. Faethor sacó el antebrazo de debajo de su capa. Fuera lo que fuese lo que el Ferenczy pretendía hacer, no podía haber ningún truco, no podía ser un juego de manos.
Los dedos regulares y delgados de Faethor terminaban en unas uñas largas y afiladas. Thibor vio que la punta del dedo con que señalaba se volvió roja y empezaba a gotear sangre. La uña de color de rosa se abrió como una cascara de nuez, como una trampa sobre un dedo hinchado y pulsátil. Venas azules y de un gris verdoso serpenteaban en aquel apéndice, debajo de la piel, y la punta en carne viva se alargó hacia la carne fría y gris del gitano muerto.
El dedo pulsátil ya no era tal: era un seudópodo de no-carne, una varilla palpitante de materia viva, una serpiente rígida, despojada de su piel. Ahora dos veces, tres veces más largo que al principio, vibró a pocas pulgadas de su objetivo, que parecía ser el corazón del viejo muerto. Y Thibor lo observaba todo con ojos desorbitados, boquiabierto y sin aliento.
Hasta ese momento, no había conocido el miedo; pero ahora supo lo que era.
Thibor el Valaco, capitán de un pequeño ejército de desharrapados, grave, matador implacable de los pechenegi..., el impertérrito Thibor, no había temido hasta ahora.
Hasta hoy, ninguna criatura le había inspirado temor. En la caza, jabalíes salvajes de los bosques, que habían herido y matado a hombres, eran «cerditos» para él. En los desafíos, ¡que alguien se *atreviese* a lanzarle el guante! Thibor lucharía con el arma que eligiese el otro. Todos lo sabían, y preferían no elegir. Y en el combate, siempre estaba en primera línea, dirigiendo el ataque, cuando no se hallaba en el centro de la contienda. ¿Miedo? Era una palabra que nada significaba. Miedo ¿de qué? Cuando se había lanzado al combate, lo había hecho sabiendo que cada día podía ser el último para él. Y esto no lo había disuadido. Tan negro era su odio contra los invasores, contra cualquier enemigo, que simplemente sofocaba el miedo. Ninguna criatura, ningún hombre, ninguna amenaza de ingenios inventados por los hombres lo habían atemorizado desde... oh, desde que podía recordar; desde que era niño..., si lo había sido alguna vez. Pero Faethor Ferenczy era algo más que todo aquello. La tortura sólo podía mutilar y matar al fin, y no hay dolor después de la muerte; Ferenczy parecía amenazarlo con una eternidad infernal.
Unos momentos antes, había sido una fantasía extraña, los sueños de un loco; pero ¿ahora...?
Incapaz de apartar la mirada, Thibor gimió y palideció al ver lo que vino después.
—Un esqueje, sí —y la voz de Faethor era grave, temblorosa de negra pasión—, para ser alimentado con carne que ya empieza a corromperse. Ésta es la forma más baja de existencia del wamphyri; se reduce a nada mientras no tiene un huésped vivo. Pero vivirá, devorará, se fortalecerá... ¡y se esconderá! Cuando no quede nada de Arvos, se ocultará en la tierra y esperará. Como espera la enredadera un árbol. Como la pata de la estrella de mar, que no muere, sino que espera a que se desarrolle un nuevo cuerpo. ¡Pero esta cosa que yo hago espera *habitar* en un cuerpo! Sin razón, sin ideas, será una cosa con los instintos más primitivos. Pero puede durar siglos y siglos. Hasta que algún incauto lo encuentre y sea encontrado por ella...
Su increíble, ensangrentado, palpitante dedo índice tocó la carne de Arvos... y unas pequeñas raíces blanquecinas brotaron de aquél y, como gusanos en la tierra, se deslizaron en el pecho del gitano. Se desprendieron pequeños colgajos de piel desgastada; empezaron a crecerle unos dientes brillantes al seudópodo; y éste empezó a roer para abrirse camino

hacia el interior. Thibor quería mirar a otra parte, pero no podía. El «dedo» de Faethor se rompió con un suave chasquido y se perdió rápidamente de vista dentro del cadáver.
Faethor levantó la mano. El apéndice cortado se estaba encogiendo para integrarse de nuevo en él, mezclándose la seudocarne con su carne. Los colores cancerosos desaparecieron del dedo, que tomó una forma más normal; la uña vieja cayó al suelo y, delante de los ojos de Thibor, empezó a formarse una uña nueva de color de rosa.
—Está bien, mi hijo heroico vino aquí a matarme. —Faethor se puso lentamente en pie y extendió la mano hacia la cara exangüe de Thibor—. ¿Habría podido matar esto?
Thibor volvió la cara, la cabeza y el cuerpo, tratando de confundirse con la piedra para evitar aquel dedo que lo estaba apuntando. Pero Faethor se echó a reír.
—¿Qué? ¿Te imaginas que yo...? ¡Oh, no, no a ti, a mi hijo! Oh, claro que podría hacerlo. Y serías mi esclavo para siempre. Pero éste es el segundo estado de los wamphyri y seria indigno de ti. No, a ti te tengo en la más alta estima. Sí, ¡tú recibirás mi semilla!
Thibor trató de encontrar palabras; pero tenía seca la garganta, seca como un desierto. Faethor rió de nuevo y retiró aquella mano amenazadora. Se volvió y se dirigió al lugar donde yacía el valaco achaparrado sobre las losas, respirando en una especie de estertor, de bruces en un rincón polvoriento.
—Él está en aquel segundo estado —explicó al atormentado Thibor—. Tomé algo de él y le di algo a cambio. Ahora hay en él carne de mi carne, que lo está curando, cambiando. Sus heridas y sus huesos fracturados sanarán, y vivirá...
durante el tiempo que me plazca. Pero siempre será mi esclavo, hará lo que yo desee, cumplirá todas mis órdenes. Ya lo ves: es un vampiro, pero sin la mente de un vampiro. La mente viene sólo de la semilla, y él no ha crecido de una semilla, sino... de un esqueje. Cuando despierte, que será pronto, entonces lo comprenderás.
—¿Comprender? —Thibor había recobrado el habla, aunque emitió una voz cascada—. Pero, ¿cómo puedo comprenderlo? ¿Por qué habría de querer comprenderlo? Eres un monstruo; esto sí que lo entiendo. Avros murió, y sin embargo... ¡le has hecho *esto*! ¿Por qué? Nada puede ya vivir en él, salvo los gusanos.
Faethor sacudió la cabeza.
—No; su carne es como el suelo fértil, o como el mar fértil. Piensa en la estrella de mar.
—¿Crearás otro... otro *Faethor*? ¿Dentro de él?
Thibor casi farfullaba.
—Lo consumiré —respondió Ferenczy—. Pero otro yo, no. Yo tengo mente, eso no la tendrá. Arvos no puede ser un huésped, pues su mente está muerta, ¿lo ves? Es alimento; nada más. Cuando crezca, no será como yo. Solamente como...
lo que has visto.
Levantó el pálido y nuevamente formado dedo índice.
—¿Y el otro?
Thibor consiguió señalar con la cabeza en la dirección del hombre (del que había sido hombre) que roncaba y jadeaba en el rincón.
—Cuando me apoderé de él estaba vivo —dijo Faethor—. Su mente estaba viva. Lo que le di está ahora creciendo en su cuerpo y en su mente. Oh, murió, pero sólo para dar paso a la vida del wamphyri. La cual no es vida, sino no-muerte.
No volverá a la verdadera muerte, sino a la no-muerte.
—¡Una locura! —gimió Thibor.
—En cuanto a éste... —El Ferenczy se hundió en la sombra del otro lado de la celda, donde la luz no llegaba del todo. Las piernas y un brazo del segundo camarada valaco de Thibor sobresalían de la oscuridad, hasta que Faethor sacó de allí todo el cadáver para que lo viese—. Éste será alimento para los otros dos. Hasta que el que no tiene mente se esconda, y el otro actúe como tu servidor aquí.

—¿*Mi* servidor? —Thibor estaba pasmado—. ¿Aquí?
—¿No oyes nada de lo que digo? —Faethor se volvió, ceñudo—. Durante más de doscientos años he cuidado de mí, me he protegido, he estado solo y solitario en un mundo en expansión, cambiante, lleno de nuevas maravillas. Y todo esto lo he hecho para mi semilla, que ahora está a punto de ser trasladada, transmitida a ti.
Te quedarás aquí y conservarás este castillo, estas tierras, esta «leyenda» del Ferenczy vivo. Yo me confundiré con los hombres ¡y disfrutaré! Allí hay guerras que ganar, honores que conquistar; se está haciendo historia. Lo sé. Y también hay mujeres a las que pervertir...
—¿Honores, tú? —Thibor había recobrado algo de su anterior valor—. Lo dudo. Y por ser una criatura «sola y solitaria», pareces saber mucho de lo que ocurre en el mundo.
Faethor esbozó una de sus tétricas sonrisas.
—Otro arte secreto de los wamphyri —rió entre dientes—. Uno entre varios.
La seducción es otro, y lo has visto funcionar entre Arvos y yo, al ligar su mente a la mía de manera que pudiésemos hablar entre nosotros desde largas distancias. Y también está el arte de la necromancia.
¡Necromancia! Thibor había oído hablar de eso. Los bárbaros orientales tenían magos que podían rajar el vientre de los muertos para leer los secretos de sus vidas en las entrañas humeantes.
—Necromancia, sí —dijo Faethor, viendo la expresión de los ojos de Thibor—.
Pronto te la enseñaré. Me sirvió para confirmar la elección que hice de ti como futuro continuador de los wamphyri. Pues, ¿quién podía saber más de ti y de tus hazañas, de tu fuerza y de tus flaquezas, de tus viajes y aventuras, que un antiguo colega?
Se agachó y, sin el menor esfuerzo, cargó el cuerpo del valaco flaco sobre su espalda. Y Thibor vio lo que había hecho. No había sido obra de una manada de lobos, pues nada se habían comido.
El delgado y encorvado valaco (hombre agresivo en vida, que siempre había ido con el mentón levantado) parecía ahora todavía más magro. Su tronco había sido rajado desde la garganta hasta el bajo vientre, con todos los órganos y vasos sueltos y colgando, en particular el corazón, literalmente arrancado y pendiente de un hilo. La espada de Thibor había destripado también a hombres, y nada había significado para él. Pero, según había dicho el propio Ferenczy, este hombre estaba ya muerto. Y la enorme herida no había sido producida por una espada...
Thibor se estremeció. Apartó la mirada del cadáver mutilado y, sin proponérselo, se fijó en las manos de Faethor. Las uñas del monstruo eran afiladas como cuchillos. Y pero aún (Thibor sintió vértigo y estuvo a punto de desmayarse), sus dientes eran como cinceles.
—¿Por qué? —murmuró Thibor.
—Ya te he dicho por qué. —Faethor empezaba a impacientarse—. Quería saber más de ti. En vida, había sido tu amigo. Estabas en su sangre, en sus pulmones, en su corazón. Muerto, también te ha sido fiel, pues no reveló fácilmente sus secretos. Mira lo sueltas que están sus entrañas. ¡Ay, cómo tuve que estrujarlas para arrancarles su secreto!
Las piernas de Thibor perdieron toda su fuerza y el hombre quedó colgado de las cadenas como un crucificado.
—Si tengo que morir, mátame ahora —jadeó—. Acabemos de una vez.
Faethor se acercó más, más, hasta quedar a un par de palmos de él.
—El primer estado del ser, la condición primaria del wamphyri, no requiere la muerte. Puede que *pienses* que te estás muriendo, cuando la semilla introduzca sus pequeñas raíces en tu cerebro y éstas se alarguen a tientas por el tuétano de tu espina dorsal; pero no morirás. Después de eso... —y se encogió de hombros— la transición puede ser muy lenta o sumamente rápida; eso nunca se sabe. Pero una cosa es cierta: sucederá.

El ánimo de Thibor se manifestó por última vez. Todavía podía morir como un hombre.
—Entonces, si no quieres matarme limpiamente, ¡lo haré yo!
Apretó los dientes y tiró de las esposas hasta que la sangre fluyó de sus muñecas, y siguió tirando de ellas, para ahondar sus heridas. Un largo silbido de Faethor lo detuvo. Levantó la mirada de su obra de autodestrucción... y la fijó en el pozo, en el abismo.
La odiosa cara del Ferenczy, todavía más odiosa al retorcerse sus facciones en un tormento de pasión, estaba ahora tan cerca que Thibor podía sentir su aliento.
Se abrieron las largas mandíbulas y una serpiente escarlata se agitó en la oscuridad, detrás de unos dientes que se habían convertido en puñales en la boca del monstruo.
—¿Te atreves a mostrarme tu sangre? ¿La sangre cálida de la juventud, la sangre que es vida?
Su garganta se contrajo en un súbito espasmo y Thibor pensó que Faethor iba a vomitar; pero no fue así. En lugar de ello, se llevó las manos al cuello y lo apretó, jadeó, se tambaleó un poco, y una vez hubo recobrado su aplomo, continuó:
—¡Ay, Thibor! Ahora, quieras o no, has hecho que no podamos dar marcha atrás. Es mi hora y la tuya. La hora de la semilla. ¡Mira! ¡Mira!
Abrió las fauces hasta que su boca fue como una caverna, y la lengua bífida y vibrante se encogió como un anzuelo en su garganta. Y como un anzuelo, enganchó algo y lo puso a la vista.
Thibor se encogió. Vio la semilla del vampiro en la lengua de Faethor: una gota translúcida, de un gris plateado, brillante como una perla, temblando unos segundos antes de... ¿ser sembrada?
—¡No! —dijo roncamente Thibor, rechazando aquel horror.
Pero era inútil. Miró a los ojos de Faethor, en busca de algún indicio de lo que iba a suceder; pero fue un terrible error. El hechizo y el hipnotismo eran las más grandes facultades del Ferenczy. Los ojos del vampiro eran amarillos como el oro y se agrandaban más y más a cada momento que pasaba.
Ay, hijo mío, parecían decir aquellos ojos, *ven y recibe un beso de tu padre.*
Y entonces...
La gota perlada se volvió escarlata y Faethor apretó la boca sobre la de Thibor, que estaba abierta en un alarido que tal vez duraría para siempre...
La pausa de Harry Keogh duró varios segundos, pero Kyle y Quint estaban sentados allí, envueltos en sus mantas y en el horror del relato.
—Esto es lo más... —empezó a decir Kyle.
—Nunca en mi vida había oído... —dijo casi de forma simultánea Quint.
Tenemos que detenernos aquí, los interrumpió Keogh, con cierta urgencia en su voz telepática. *Mi hijo va a ponerse difícil; va a despertarse para comer.*
—Dos mentes en un cuerpo —murmuró Quint, todavía pasmado por lo que acababa de oír—. Bueno, estoy hablando de ti, Harry. En cierto modo, no eres diferente de...
No lo digas, lo interrumpió Keogh por segunda vez. *¡No puedo ser como aquello! Ni remotamente. Pero escuchad, tengo que darme prisa. ¿Tenéis algo que decirme?*
Kyle dominó sus alborotados pensamientos y, tras un gran esfuerzo, volvió a la realidad, al presente.
—Mañana nos reuniremos con Krakovitch —dijo—. Pero estoy preocupado. Se presumía que sería un intercambio de ideas exclusivo sólo entre las dos organizaciones, una especie de *detente* PES, pero al menos hay un tipo de la KGB metido en esto.
¿Cómo lo sabéis?
—Tenemos a un pensador que trabaja para nosotros; pero se mantiene en segundo plano. En cambio el hombre de ellos está cerca.
El fantasma de Keogh pareció contrariado.

Esto no habría ocurrido en tiempos de Borowitz. ¡El los odiaba! Y, con franqueza, no comprendo qué sucede ahora. No hay coincidencia entre la clase de control mental de Andropov y la nuestra. Y cuando digo «nuestra», incluyo al aparato ruso. No dejes que degenere en un combate verbal, Alec. Tienes que trabajar con Krakovitch. Ofrécele nuestra ayuda.
Kyle frunció el entrecejo.
—¿Para hacer qué?
El tiene suelo que limpiar. Tú conoces al menos uno de los lugares. Puedes ayudarle a hacerlo.
—¿Suelo que limpiar? —Kyle se levantó de la cama, envolviéndose en la manta, y se acercó a la manifestación—. Harry, ¡todavía tenemos que limpiar nuestro propio suelo en Inglaterra! Mientras yo estoy aquí, en Italia, ¡Yulian Bodescu campa allí a sus anchas! Esto me inquieta. No dejo de pensar en lanzar mis hombres contra él y...
¡No! Keogh se había alarmado. *No hasta que sepamos todo lo que hay que saber. No lo arriesgues. Precisamente ahora, él está en el centro de un nido muy pequeño; pero, si quisiera, podría extender esta cosa como una plaga.*
Kyle comprendió que tenía razón.
—Muy bien —dijo—, pero...
No puedo quedarme más tiempo, lo interrumpió el otro. *El tirón es demasiado fuerte. El se está despertando. En este momento hace acopio de sus facultades, y parece incluirme a mí como una de ellas.*
Su imagen grabada en neón empezó a temblar, y a latir su resplandor azul.
—Pero ¿de qué «suelo» hablabas, Harry? —preguntó Kyle.
De la vieja Cosa enterrada.
Keogh se encendía y se apagaba como una confusa señal de radio. El niñoholograma superpuesto a su diagrama se movía visiblemente, se estiraba.
Kyle pensó: «¡Ya habíamos tenido esta conversación!».
—Has dicho que conocemos al menos uno de los lugares. ¿Lugares? ¿Quieres decir la tumba de Thibor? Pero está muerto, ¿no?
Los montes cruciformes... estrellas de mar... enredaderas... cosas que se ocultan en la tierra...
Kyle respiró hondo.
—¿Está todavía allí?
Keogh asintió con la cabeza, pero cambió de idea y luego negó. Trató de hablar; su imagen osciló y se desintegró; desapareció en una ráfaga de brillantes motas azules. Por un instante, Kyle pensó que su mente aún permanecía, pero no era más que Carl Quint que murmuraba:
—No, no es Thibor. Él no está aquí. No es él, ¡sino lo que dejó detrás!

Capítulo 7

Las once de la noche del primer viernes de septiembre de 1977. Alec Kyle y Carl Quint caminaban deprisa por los callejones empedrados de Génova, resbaladizos a causa de la lluvia, en dirección a una tasca llamada Frankie's Franchise.
Pero a más de mil kilómetros de allí, en Devon, Inglaterra, eran las diez de una bochornosa noche de verano. En Harkley House, Yulian Bodescu yacía desnudo, boca arriba, en la cama de su espaciosa habitación del ático, mientras sopesaba los acontecimientos de los últimos días. En muchos aspectos, habían sido muy satisfactorios, pero a la vez muy peligrosos. Antes no había sabido el alcance de su influencia, pues la gente del colegio, y más tarde Georgina, habían sido seres débiles que difícilmente podían servirle de patrón adecuado. Los Lake habían sido la verdadera prueba, y Yulian la había superado con muy pocas dificultades.

George Lake había sido el único verdadero obstáculo, pero su encuentro había sido accidental, cuando Yulian no estaba del todo preparado para él. El joven sonrió y se acarició el hombro. Sentía en él un dolor agudo, pero eso era todo. ¿Y dónde estaba ahora el «tío George»? Estaba en el sótano, con su esposa Anne. Era donde le correspondía estar, con *Vlad* de guardia en la puerta. Y no era que Yulian lo creyese absolutamente necesario; no era más que una precaución. En cuando al otro, había salido de su cuba y se había escondido en la tierra, donde el sótano estaba más oscuro.

La «madre» de Yulian, Georgina, estaba en su habitación, compadeciéndose, en su estado permanente de terror. Como lo había estado durante el último año, desde la vez en que él le había hecho aquello. Si no se hubiese cortado en la mano, tal vez no habría ocurrido nunca. Pero se había cortado y le había mostrado la sangre. Entonces, algo le había ocurrido a él, lo mismo que le sucedía cada vez que veía sangre, salvo que en esa ocasión había sido diferente, no había podido controlarlo. Cuando le había vendado la mano, había dejado deliberadamente que algo... algo de él mismo se vertiese en la herida. Georgina no lo había visto, pero lo había hecho.

Ella había estado enferma durante largo tiempo, y cuando se había recobrado... Bueno, en realidad no se había recobrado nunca. No del todo. Y Yulian había sabido que aquello había crecido en ella y que, ahora, él era su dueño. Ella lo había sabido también, y esto era lo que la aterrorizaba.

Su «madre», sí. En realidad, Yulian nunca la había considerado como tal.

Había salido de ella, lo sabía muy bien, pero siempre había tenido la impresión de que era más hijo de un padre; pero no de un padre en el sentido ordinario de la palabra. Hijo de... de otra cosa. Por eso le había preguntado esa noche (como se lo había preguntado cien veces con anterioridad) por Ilya Bodescu y sobre la manera en que había muerto, y dónde había muerto. Y para asegurarse de saber toda la historia hasta en sus menores detalles, esta vez la había hipnotizado hasta sumirla en el trance más profundo.

Mientras Georgina le contaba cómo había ocurrido, su mente había sido atraída hacia el Este, sobre océanos y montañas y llanuras, sobre campos y ciudades y ríos, hasta un lugar que siempre había existido en lo más recóndito de su mente; un lugar de montes y bosques y... sí, un lugar de montes bajos y boscosos, en forma de cruz. Los montes cruciformes. Un lugar que tendría que visitar muy pronto...

Tendría que *hacerlo,* pues allí estaba la respuesta. Era un esclavo de aquel lugar, como el resto de los que estaban en la casa lo eran de él; es decir, totalmente. Y la fuerza de su seducción era igualmente grande. Era la fuerza de la que no se había dado cuenta hasta que había vuelto George. Hasta que había vuelto de su tumba en el cementerio de Blagdon, de entre los muertos. Al principio, le había causado una gran impresión; después, había despertado su curiosidad; por último, ¡había sido una revelación! Porque había dicho a Yulian quién era. No quién era, sino qué era. Y, por cierto, era más que un simple hijo de Ilya y Georgina Bodescu.

Yulian sabía que no era enteramente humano, que una gran parte de él era inhumana, y este conocimiento le daba escalofríos. Podía hipnotizar a la gente a voluntad, siempre que lo desease. Podía producir vida nueva, de cierta clase, tomándola de sí mismo. Podía cambiar seres vivos, personas, en criaturas como él.

Oh, no tenían su fuerza, ni sus misteriosas facultades, pero esto era para bien. El cambio los convertía en sus esclavos; él era su dueño absoluto.

Más aún, era un nigromante: podía abrir los cuerpos de los muertos y averiguar los secretos de sus vidas. Sabía rondar como un gato, nadar como un pez, atacar como un perro. Incluso se le había ocurrido pensar que, si le diesen unas alas, podría volar... como un murciélago, ¡como un vampiro!

Cerca de él, en la mesita de noche, había un libro encuadernado en piel y titulado *El Vampiro en la realidad y en la ficción.* Ahora alargó una mano delgada para tocar su cubierta y reseguir la imagen de un murciélago, impresa en la negra encuadernación. Intrigante, desde luego; pero el título era falso, como lo era el texto. Mucho de la presunta ficción era realidad (Yulian era buena prueba de ello) y muchos de los presuntos hechos eran ficción.

Por ejemplo, la luz del sol. No mataba. Podía hacerlo, si él era alguna vez lo bastante imbécil para estar tumbado más de un par de minutos en una caleta resguardada en pleno verano. Debía de ser alguna especie de reacción química, pensó. La fotofobia era bastante común, incluso entre los hombres ordinarios. Los hongos crecen mejor bajo una cubierta de paja, en las noches nebulosas de finales de septiembre. Y había leído en alguna parte que, en Chipre, se podían encontrar especies comestibles, aunque nunca asomaban a la superficie. Empujaban la tierra reseca hasta que aparecía una grieta, que decía a los locales dónde habían de buscarlos. A los hongos no les molestaba mucho el sol, pero podía matarlos. No; a Yulian no le gustaba el sol, pero no le daba miedo. Era cuestión de andarse con cuidado, y nada más.

En cuanto a dormir durante todo el día en un ataúd lleno de tierra del país natal, ¡pura falacia! Él dormía en ocasiones durante el día, pero era porque, con frecuencia, pasaba buena parte de la noche sumido en sus reflexiones o rondando por la finca. Prefería la noche, eso sí, porque entonces, en la oscuridad o a la luz de la luna, se sentía más cerca de su origen, más cerca de comprender la verdadera naturaleza de su ser.

Además, estaba la sed de sangre del vampiro: falso, al menos en el caso de Yulian. La *vista* de la sangre lo excitaba, producía un efecto en su interior, le infundía una pasión; pero beberla de las venas de una víctima no era tan satisfactorio como se decía en las novelas. Sin embargo, le gustaba la carne cruda y en abundancia, y nunca le había gustado mucho la verdura. En cambio, la cosa que Yulian había criado en la cuba del sótano, ¡se había alimentado de sangre! De sangre, de carne, de cualquier cosa animada o que lo hubiese estado. De carne o del jugo rojo de la carne, viva o muerta. Yulian sabía que no necesitaba comer, pero que lo hacía si podía. Se habría tragado también a George, si él no hubiese estado allí para impedirlo.

El Otro..., Yulian se estremeció, encantado. Sabía que él era su dueño, pero ésta era la suma total de sus conocimientos. Lo había criado él mismo y recordaba cada detalle de cómo había sido.

Precisamente después de que lo expulsaran del colegio, se le aflojó el que siempre había presumido que era su primer diente de adulto. Era una muela y le dolía mucho. Pero no quiso ir al dentista. A fuerza de tocarlo, una noche se le cayó, y examinó de cerca la muela, pensando que era curioso que fuera una parte de él que había sido expulsada. Un hueso blanco y un hilo cartilaginoso, de raíz roja. Lo había puesto en un platito, sobre el alféizar de la ventana de su dormitorio. Pero, por la mañana, había oído que caía al suelo: habían brotado de ella unas raíces diminutas y se arrastraban como un cangrejo ermitaño a la luz del día.

Los dientes de Yulian, salvo las muelas, habían sido siempre afilados como cuchillos y terminados en forma de cincel, pero humanos a fin de cuentas. No dientes de animal, por cierto. El que había empujado al que se había caído, no tenía nada de humano. Era un colmillo bestial. A partir de entonces, había cambiado casi todos los dientes, y todos los nuevos eran colmillos. Especialmente los caninos. Sus mandíbulas habían cambiado también, para adaptarse a ellos.

A veces pensaba: «Tal vez soy yo la causa de este cambio. Tal vez estoy yo haciendo que suceda. Por mi fuerza de voluntad. La mente sobre la materia. Porque soy malo».

Georgina le había dicho esto alguna vez; le había dicho que era malo. Esto, cuando era pequeño y ella tenía aún cierto dominio sobre él, y había hecho alguna cosa que no le gustaba. Cuando había empezado sus experimentos de necromancia. Oh, pero después había hecho muchas cosas que no le habían gustado.

Georgina, la «madre», una gallina aterrorizada por tener un cachorro de zorro en el gallinero, viéndolo crecer esbelto y vigoroso. Pues, cuando Yulian se hizo mayor, el elemento de control también había cambiado, había pasado a sus manos; eran sus ojos. Sólo tenía que mirarla y... ella no podía hacer nada. Y tampoco los maestros y los condiscípulos en el colegio. A fuerza de probar, se había convertido en un experto en hipnotismo. La práctica lo es todo. Al menos en esto, el libro tenía razón: el vampiro es muy capaz de hipnotizar a su presa.

Pero ¿qué decir de la mortalidad o de la inmortalidad, de la no-muerte? Esto era todavía un enigma, un misterio; pero pronto lo resolvería. Pues George era todavía, en gran parte, un hombre. Regresado de la tumba, no-muerto, sí, pero todavía con carne de hombre. Y lo que llevaba dentro no había podido crecer mucho en tan poco tiempo. A diferencia del Otro, que había tenido mucho.

Desde luego, Yulian había experimentado con el Otro. Sus experimentos le habían dicho muy poco, pero siempre era mejor que nada. Según las novelas, se presumía que los vampiros sucumbían al serles clavada una estaca afilada. El Otro parecía invulnerable a la estaca. Tratar de clavársela, era como querer marcar una huella en el agua. El Otro podía ser a veces bastante sólido; podía formar dientes, manos rudimentarias, incluso ojos. Pero, en su mayor parte, los tejidos eran protoplasmáticos, gelatinosos, y para clavarle una estaca en el «corazón» o cortarle la «cabeza»...

Y, sin embargo, no era indestructible, no era inmortal. Podía morir. Podía ser muerto. Yulian había quemado una parte de aquello en un incinerador del sótano, y por Dios (si había un Dios, cosa de la que Yulian dudaba) que no le había gustado en absoluto. Yulian estaba seguro de que tampoco le habría gustado a él. Y era ésta una idea que en ocasiones le preocupaba: si un día era descubierto, si los hombres descubrían lo que era, ¿tratarían de quemarlo? Suponía que sí. Pero ¿quién podía descubrirlo? Y si alguien lo hacía, ¿quién le creería? No era muy probable que la policía escuchase un cuento de vampiros, ¿verdad? Por otra parte, ¿quién podía asegurar que no practicaba el «culto satánico» local?

De nuevo esbozó su horrible sonrisa. Ahora resultaba gracioso, pero no lo había sido cuando la policía llamó a su puerta el día después del regreso de George.

Casi había cometido un grave error, al ponerse en guardia, a la defensiva, con demasiada rapidez. Pero, desde luego, ellos habían atribuido su nerviosismo a la pérdida reciente de su «tío». ¡Si hubiesen podido saber la verdad! George Lake estaba precisamente debajo de sus pies, gimiendo y temblando en el sótano. Y aun así, ¿qué habrían podido hacer? Difícilmente podrían decir que era culpa de Yulian que George no quisiera estarse quieto, ¿verdad?

Y ésta era otra parte de la leyenda que era real: que cuando un vampiro mataba a una víctima de cierta manera, la víctima podía volver como un nomuerto.

George había yacido allí durante tres noches y, la cuarta, había salido a fuerza de garras. Un hombre corriente, enterrado vivo, jamás habría podido hacerlo, pero el vampiro que llevaba dentro había dado a George toda la fuerza que necesitaba y más. El vampiro que había sido parte del Otro, que había metido una de sus seudomanos dentro de él y había parado su corazón. El Otro que había sido parte de Yulian; en realidad, un diente de Yulian.

¡En qué estado tan lamentable se encontraba George cuando Yulian le había abierto la puerta, aquella noche! ¡Y cómo habían resonado en la casa sus sollozos y gemidos de

demente, hasta que Yulian se enfadó con él, lo hizo callar y lo encerró en el sótano! Y allí se había quedado.
Yulian observó la luz plateada de la luna filtrándose por una rendija de las cortinas y tomó de nuevo el hilo de sus pensamientos. ¿Qué había estado recordando? ¡Ah, sí, la policía!
Habían venido a informar de un delito espantoso, la profanación de la tumba de George Lake por persona o personas desconocidas, y el robo de su cadáver.
¿Residía todavía la señora Lake en la casa de Harkley?
Pues sí, pero estaba impresionada todavía por la muerte de su marido. Si no era absolutamente necesario que la viesen, Yulian preferiría darle él mismo la noticia. Pero ¿quiénes podían ser los autores de un delito tan horrendo?
Bueno, señor, nosotros creemos que habrá sido uno de esas sectas que actúan por aquí, que saquean los cementerios y celebran... ¿aquelarres? Druidas o algo parecido. Adoradores del demonio, ¿sabe? Pero esta vez han ido demasiado lejos. No tema, señor, los prenderemos. Pero déle la noticia con delicadeza a su viuda, ¿eh?
Desde luego, desde luego. Y muchas gracias por traernos la noticia, por terrible que ésta sea. Por cierto, no les envidio su trabajo.
El de cada día, señor. Lamentamos no haberle traído buenas noticias, eso es todo. Buenas noches...
Y eso fue todo.
Pero de nuevo había perdido el hilo y se veía obligado una vez más a enfocar su pensamiento sobre la «leyenda» del vampiro. Los espejos. Los vampiros odiaban los espejos, porque no reflejaban su imagen. Falso; y sin embargo, había en ello algo de verdad. Reflejaban la imagen de Yulian; pero a veces, al mirarse en un espejo, especialmente de noche, veía mucho más de lo que los otros podían ver.
Pues *sabía* lo que estaba mirando, sabía que era algo ajeno al hombre. Y se había preguntado si los otros, al verlo así, reflejado en un cristal, ¿verían también el ser real, el monstruo que se ocultaba detrás del hombre?
Y por último, estaba la lujuria del vampiro, su manera de saciarse con las mujeres. Yulian había probado la sangre, y más la sangre de mujeres, y la había encontrado sabrosa como un fuerte vino tinto. Lo excitaba, como lo excitaba toda la sangre, pero no tanto como para hartarse de ella. Georgina, Anne, Helen: había saboreado la sangre de las tres. Y sin duda, con el correr del tiempo, probaría la de otras muchas mujeres. Pero su propia actitud con respecto a la sangre lo desconcertaba. Si fuese un verdadero vampiro, seguro que la sangre sería la puerta impulsora de su vida. Y sin embargo, no lo era. Tal vez su metamorfosis no era aún completa. Tal vez al completarse el cambio en él, se desvanecería la parte humana, desaparecería en su totalidad. Y entonces se convertiría en un vampiro de cuerpo entero. ¿O de sangre entera?
Lascivia, sí..., pero era más que una simple sed de sangre. Mucho más. Y no era de extrañar que las mujeres, en las novelas, sucumbiesen con tanta facilidad a los hechizos del vampiro. Sobre todo, después de la primera vez. ¡Ay! ¿Qué mujer se había sentido alguna vez plenamente satisfecha en brazos de un hombre?
¡Ninguna! Sólo pensaban que lo estaban, porque no habían experimentado nada mejor. ¿«Plenamente satisfecha»? ¿Por un simple hombre? ¡Completamente imposible! Pero por un vampiro...
Yulian se volvió un poco de costado y contempló, en la oscuridad de su habitación, mitigada por la luna, a la muchacha que tenía al lado: la prima Helen.
Era muy hermosa y había sido muy inocente. No del todo pura, pero casi. ¿Quién la había desflorado... ? ¡Pero qué importaba eso! En realidad, él no le había quitado nada y le había dado muy poco. Habían sido torpes amantes durante una hora.
Pero, ¿y ahora? Ahora sabía ella lo que era estar «plenamente satisfecha».

Sin duda sabía que, si Yulian quería, podía llenarla hasta reventar... literalmente.
Una risa brotó de su garganta y tomó forma en sus labios como una burbuja de bilis. Oh, sí, pues el Otro no era el único que podía proyectar seudópodos. Yulian contuvo la carcajada que sintió formarse en su interior, alargó una mano y, con engañosa suavidad, acarició el fresco y redondeado flanco de Helen.
Incluso profundamente dormida y soñando los sueños de los condenados, se estremeció bajo el contacto de la mano de él. Se le puso la piel de gallina y su respiración se aceleró hasta convertirse en un jadeo. Gimió, en su sueño hipnótico, como el viento a través de la rendija de una tabla. Su sueño hipnótico, sí; el poder del hipnotismo y el de la telepatía, que era su pariente.
En ninguna obra literaria, salvo ocasionales insinuaciones en algunas de las mejores novelas, Yulian había encontrado mención alguna al control ejercido por el vampiro sobre la voluntad de los demás y de la lectura de mentes a distancia; y sin embargo, ésta era también una de sus facultades. Todavía muy incipiente, como todos sus poderes, pero también muy real. Una vez tocada por Yulian, una vez dominada físicamente por él, la víctima era como un libro abierto, aun a distancia.
Incluso ahora, si escrutaba con su mente de cierta manera..., veía los turbios y vagos «pensamientos» del Otro. No, ni siquiera esto: había tocado simplemente el sentido instintivo del Otro, una especie de conciencia básica animal. El Otro tenía conciencia de sí mismo (¿de ellos mismos?) a la manera de una ameba, y como había sido parte de él, Yulian podía sentir aquella conciencia.
Ahora que se había apoderado de —o empleado a— Helen, Anne, George y Georgina, ¡podía sentirlos a todos! Dejó que sus pensamientos exteriores dejasen al Otro y vagasen por allí, y... allí estaba Anne, durmiendo en algún frío y húmedo rincón oscuro. Y allí estaba también George. Pero George no dormía.
George. Yulian sabía que pronto tendría que hacer algo con George, pues no se comportaba como debía. Había en él cierta obstinación. Al principio había estado absolutamente bajo el control de Yulian al igual que las mujeres. Pero recientemente...
Yulian enfocó la mente de George, penetró en silencio en sus pensamientos y... *¡un pozo negro de odio estalló en llamas de un rojo puro!. Y también de afán, una sed bestial que Yulian apenas podía creer, y no sólo de sangre sino también...*
¿de venganza?
Yulian, contrariado, retiró su mente antes de que George pudiese sentirlo.
Según parecía, tendría que habérselas con su tío más pronto de lo que había pensado. Había decidido ya utilizarlo; sabía cómo lo utilizaría, pero ahora debía fijar una fecha definitiva. Por ejemplo, mañana. Dejó a la ignorante criatura no-muerta rabiando y rondando por los sótanos, y...
¿Qué había sido eso?
Los cabellos de su nuca se erizaron. Apoyó los pies en el suelo y se levantó.
No había sido una de las mujeres, y acababa de dejar a George; entonces, ¿quién había sido? Alguien, cerca de allí, estaba pensando en la casa de Harkley, ¡pensando en él! Se dirigió a las cortinas, las abrió unos quince centímetros, y miró en la noche lleno de ansiedad.
Observó la finca. Los viejos edificios abandonados, el paseo enarenado, los matorrales y el soto; el alto muro de la cerca y la verja; la carretera más allá de la verja, una cinta de luz bajo la luna, y más allá, un alto seto. Yulian frunció la nariz y husmeó con recelo, como un perro ante la presencia de un desconocido. Oh, sí, un desconocido... *¡allí!* En el seto, un destello de luz de luna sobre cristal, el rojo y opaco resplandor de la punta de un cigarrillo. Alguien en la sombra del seto observaba Harkley. ¡Alguien vigilaba a Yulian!

Ahora ya sabía dónde tenía que apuntar. Dirigió sus pensamientos y encontró la mente del desconocido. Pero sólo por un momento. Entonces los postigos mentales se cerraron, como una trampa de acero. El brillo de las gafas o de los prismáticos desapareció, el resplandor del cigarrillo se extinguió, y el propio hombre, la vaga sombra, ya no estaba allí.

¡Vlad!, ordenó instintivamente Yulian. *Ve a buscarlo. Sea quien fuere ¡tráemelo!*

Y abajo, entre las zarzas y los matorrales próximos a la puerta del sótano, donde estaba medio dormido, *Vlad* se puso de pronto alerta, volvió sus sensibles orejas hacia el paseo y la verja, se puso en pie de un salto y empezó a correr. En lo más hondo de su garganta, un gruñido, que no era simplemente el de un perro, retumbó como un trueno lejano.

Darcy Clarke estaba haciendo el último turno en la finca Harkley; tenía sensibilidad psíquica y un alto grado de poder telepático. También tenía grandes dotes de autoconservación. Un extraño talento automático, sobre el que no tenía control consciente, estaba siempre en guardia para tenerlo «a salvo»; por consiguiente, no era propenso a los accidentes y llevaba una vida muy «afortunada». Lo cual le convenía mucho en esta ocasión.

Clarke era joven, tenía sólo veinticinco años; pero lo que le faltaba en años era sobradamente compensado por su celo. Habría sido un soldado perfecto, pues el deber era lo primero para él. Era ese deber lo que lo había mantenido aquí, en las cercanías de Harkley desde las cinco de la tarde hasta las once de la noche. Y fue precisamente a las once en punto que vio que se ampliaba un poco la rendija entre las cortinas de la ventana de uno de los dormitorios del caserón.

Esto no significaba nada en sí mismo. Había cinco personas y sabía Dios qué más en aquella casa, no había la menor razón para suponer que no tuviesen que dar señales de vida. Clarke hizo una mueca y se corrigió enseguida. ¿Señales de no-muerte? Instruido a fondo, sabía que los moradores de Harkley eran algo más de lo que parecían. Pero, al enfocar la ventana con los prismáticos nocturnos, sintió de pronto que había allí algo más. Algo que le impresionó como el fulgor de un rayo.

Sabía, desde luego, que alguien de allí, probablemente el joven, poseía dotes metapsíquicas. Esto se había evidenciado durante los últimos cuatro días, desde que Clarke y los otros había empezado a observar el lugar. Para cualquier persona algo sensible, el viejo caserón olía a algo extraño, extraño y maligno también. Hoy, al hacerse de noche, Clarke había sentido que se hacían más fuertes las oscuras emanaciones que brotaban de la casa como basura mental. Hasta ahora, habían pasado junto a él sin tocarlo; pero, al colocarse la oscura figura detrás de la rendija de las cortinas y enfocarla él con sus gemelos, algo...

Algo había estado allí, en su cabeza, tocando su mente. Un talento al menos tan fuerte como el suyo, ¡sondeando sus pensamientos! Pero no era el talento lo que le sorprendía (éste era un juego que había practicado antes con sus colegas del PES, donde lo hacían de forma constante para penetrar en los pensamientos del otro), sino la desenfrenada animosidad animal que le hizo ahogar una exclamación, echarse un poco atrás y cerrar de golpe las puertas de su conciencia dotada de PES. El rumoroso y negro torbellino de la mente invasora.

Y como había montado sus defensas, no detectó ninguna amenaza física, la orden que había dado Yulian a su alsaciano negro. Había fallado, pero su talento primordial, el que nadie comprendía aún, no iba a fallarle. Eran las once de la noche y sus instrucciones eran claras: tenía que volver a la sede provisional en un hotel de Paignton, y presentar su informe. La vigilancia de la casa empezaría de nuevo a las seis de la mañana, cuando uno de sus colegas se hiciese cargo de ella. Tiró el cigarrillo, lo aplastó con el pie y se guardó los prismáticos.

El coche de Clarke estaba en un área de aparcamiento a veinticinco metros carretera abajo. Él estaba en la parte interior del seto. Apoyó la mano en el barrote más alto de la cerca, dispuesto a saltar a la carretera. Sin embargo, lo pensó mejor. Aunque no lo sabía, su talento oculto se había puesto en marcha. En vez de saltar la valla, caminó deprisa entre las altas hierbas del borde del campo, en dirección al coche. La hierba que azotaba sus pantalones estaba mojada, pero no le importó. De esta manera ahorraba tiempo, y ahora tenía prisa, estaba ansioso por alejarse del lugar. Pensó que era natural, teniendo en cuenta lo que acababa de aprender. Y casi no se dio cuenta de que, cuando llegó a su coche, estaba casi corriendo.

Fue en ese momento, mientras hacía girar la llave de la cerradura, cuando oyó que algo más corría: el débil ruido de unos pies elásticos sobre la carretera, el chasquido de las uñas de algo pesado al saltar la valla en el lugar donde él había estado. Se metió en el coche y cerró de golpe la portezuela. Cuando se volvió para mirar en la noche, abrió mucho los ojos y le palpitó el corazón.

Dos segundos más tarde, *Vlad* chocó contra el vehículo.

Golpeó tan fuerte con las patas delanteras, el hombro y la cabeza, que el cristal de la ventanilla de Clarke se astilló en un dibujo como de telaraña. El impacto había sonado como un martillazo, y Clarke comprendió que otra embestida como aquélla rompería en pedazos el cristal y lo privaría de toda protección. Pero había visto lo que era su atacante y no pensaba permanecer inmóvil esperando a que ocurriese.

Hizo girar la llave del encendido y puso la marcha atrás para librar el capó de unas ramas colgantes. El segundo salto de *Vlad,* dirigido de nuevo contra la ventanilla, hizo que el perro cayese sobre el capó, delante del parabrisas. Y ahora se dio cuenta el joven espía de la suerte que había tenido. Allí, en campo abierto, ¡poco habría podido hacer contra aquello!

La cara de *Vlad* era como una máscara negra de odio, una cara enloquecida, contraída, gruñidora, salpicada de saliva. Unos ojos amarillos, de pupilas carmesí, miraron a Clarke a través del cristal, con tal intensidad que casi se imaginó que podía sentir su calor. Entonces metió la primera y salió a la carretera. Al arrancar bruscamente el coche, el perro resbaló, cayó de costado sobre el capó y fue despedido hacia la oscuridad del seto, mientras Clarke corregía la dirección y rodaba por la carretera. Por el espejo retrovisor pudo ver que el perro salía del seto y se sacudía, mirando con furia al coche que se alejaba deprisa. Entonces Clarke dobló una curva y *Vlad* se perdió de vista.

No lo lamentó en absoluto. En realidad, todavía temblaba cuando paró el motor del automóvil en el aparcamiento del hotel de Paignton. Después de lo cual, se retrepó en su asiento y encendió cansadamente un cigarrillo, que apuró hasta el filtro antes de cerrar el coche y dirigirse a presentar su informe...

Frankie's Franchise era un lugar absolutamente sórdido, frecuentado por la canalla del puerto: prostitutas y sus proxenetas, «camellos» y, en general, gente de mal vivir. Era muy ruidoso. Una vieja máquina tocadiscos americana, puesta de nuevo de moda, atronaba el salón principal con un estruendoso «Tutti Frutti» de Little Richard. No había un pequeño rincón en el lugar que se librase del fragor musical. Pero, en cualquiera de la media docena de compartimentos separados, uno podía oír al menos sus propios pensamientos. Por eso Frankie's era un lugar tan ideal: por más que te concentraras lo bastante para oír a los demás, era imposible.

Alec Kyle y Carl Quint, Félix Krakovitch y Sergei Gulhárov, estaban sentados a una mesita cuadrada, de espaldas a las paredes protectoras del compartimento. El Este y el Oeste se enfrentaban mientras bebían. Curiosamente, Kyle y Quint bebían vodka, mientras que Krakovitch y Gulhárov sorbían cerveza americana.

Identificarse los unos a los otros había sido lo más fácil del mundo; en Frankie's Franchise, nadie más tenía el aspecto adecuado. Pero la apariencia personal no era el único patrón; pues, naturalmente, incluso con aquel vocerío, los tres hombres extrasensibles podían detectar sus recíprocas auras psíquicas. Se habían saludado con sendos movimientos de cabeza y encaminado, con sus bebidas, desde el bar hasta un compartimento vacío. Algunos parroquianos del lugar les habían dirigido miradas de curiosidad: los «duros» fruncieron los párpados con cierto recelo; las prostitutas, con miradas especuladoras. Ellos no les habían correspondido.

Después de unos momentos, Krakovitch inició la discusión.

—Supongo que no hablará mi idioma —dijo, con fuerte acento aunque no desagradable—, pero yo hablo el suyo. No muy bien, por cierto. Éste es mi amigo Sergei. —Inclinó un poco la cabeza a un lado, para indicar a su compañero—. El conoce un poco, muy poco, el inglés. No tiene PES.

Kyle y Quint miraron, obedientes, a Gulhárov. Vieron a un joven bastante apuesto, de cabellos rubios cortados a cepillo, ojos grises y vigorosas manos cruzadas flojamente sobre la mesa, alrededor de su vaso. Parecía incómodo en su moderno traje occidental, que no era exactamente de su medida.

—Es verdad. —Quint entrecerró los ojos y se volvió de nuevo a Krakovitch—.

Carece de esto, pero estoy seguro de que posee otras facultades envidiables.

Krakovitch esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza. Parecía un poco amargado.

Kyle se había entretenido en estudiar a Krakovitch y grabar cada detalle en su memoria. El jefe del espionaje ruso tenía menos de cuarenta años, ralos cabellos negros, ojos verdes penetrantes y una cara torva, casi demacrada. Era de mediana estatura y complexión delgada. «Un conejo despellejado», pensó Kyle. Pero sus finos y pálidos labios eran delicados y la alta cúpula del cráneo revelaba una rara inteligencia.

La impresión producida por Kyle en Krakovitch era bastante parecida: un hombre de pocos años menos que él, inteligente, bien dotado. Sólo el aspecto físico de Kyle era diferente, pero esto no importaba. Los cabellos de Kyle eran ondulados, tupidos y castaños. Estaba algo entrado en carnes, quizás un poco gordo, pero lo disimulaba con su estatura. Los ojos eran castaños como el cabello; los dientes, iguales y blancos, en una boca demasiado grande, un poco inclinada hacia abajo de izquierda a derecha. En otra cara, esta expresión habría podido ser tomada por cinismo, pero no en la de Kyle, pensó Krakovitch.

Por otra parte, Quint era más agresivo, pero tal vez tenía un gran dominio de sí mismo. Sacaba rápidas conclusiones, acertadas o erróneas, y probablemente actuaba de acuerdo con ellas. Pues lo hacía en la convicción de efectuar lo adecuado, aunque si no era sí, no se sentía culpable. Tampoco era muy emocional.

Todo esto se revelaba en su semblante, en su figura, según Krakovitch, que se enorgullecía de leer los caracteres. Quint era ágil como un gato. En modo alguno corpulento, parecía llevar un muelle enrollado en su interior. Sin tensiones nerviosas, tenía una habilidad natural para pensar y actuar deprisa. Sus ojos ingenuos y azules lo captaban todo; tenía una nariz fina y regular, y la frente arrugada de tanto fruncirla. De unos treinta y cinco años, cabellos ralos y facciones serias. Tenía talento. Krakovitch estuvo seguro de que tenía un PES extraordinario.

Era un buen observador.

—Oh, Sergei Gulhárov ha sido bien adiestrado —respondió al fin Krakovitch—, como mi guardaespaldas. Pero no en el arte de ustedes o mío. No tiene la misma clase de mente. Estoy seguro de que es el único hombre «normal» de nosotros cuatro. Lo cual es una lástima —añadió, mientras dirigía una mirada acusadora a Kyle—, pues se presumía que usted y yo nos encontraríamos en igualdad de condiciones, sin... ¿ayudas?

En aquel momento una balada italiana sustituyó al rock y el ambiente se suavizó.

—Krakovitch —dijo Kyle, con mirada dura y manteniendo baja la voz—, será mejor que pongamos esto en claro. Tiene razón en que la reunión tenía que ser entre los dos. Cada uno podía traer un segundo. Pero no telépatas. Diremos lo que tengamos que decir, sin que nadie espíe nuestros pensamientos. Quint es un buen observador, pero no un telépata. Por lo tanto, no hacemos trampa. En cuanto a su hombre aquí presente... Gulhárov, ¿no...?, Quint dice que está limpio, por lo que tampoco usted hace trampa. O parece no hacerla, pero su tercer hombre es otra cosa...
—¿Mi *tercer* hombre? —Krakovitch se irguió en su silla y pareció realmente sorprendido—. Yo no...
—¡Oh, sí! —lo interrumpió Quint—. De la KGB. Lo hemos visto. Lo cierto es que ahora mismo está aquí, en Frankie's Franchise.
Esto era nuevo para Kyle. Miró a Quint.
—¿Estás seguro?
Quint asintió con la cabeza.
—No mires, pero está sentado en el rincón con una puta genovesa. Ha cambiado de ropa y parece que acaba de desembarcar. El disfraz no está mal, pero lo he reconocido en el momento en que entramos.
Krakovitch miró por el rabillo del ojo y sacudió despacio la cabeza.
—No lo conozco —dijo—. Pero no es extraño. No conozco a ninguno de ellos.
Esto me disgusta... ¡mucho! Pero... ¿está seguro?, ¿cómo puede estarlo?
A Kyle lo habría pillado desprevenido, pero no a Quint.
—Hacemos el mismo trabajo que ustedes, camarada —dijo, lisa y llanamente—. Pero tenemos una ventaja: somos mejores. Es de la KGB, no hay duda.
La indignación de Krakovitch era evidente. No contra Quint, sino por la posición en que se encontraba.
—¡Intolerable! —saltó—. El propio jefe del Partido me dio su...
Medio se levantó y se volvió a medias hacia el hombre indicado, un hombre como un tonel, con traje de confección y camisa desabrochada. Su cuello debía de ser al menos tan grueso como el muslo de Krakovitch. Por fortuna, el hombre miraba hacia otro lado, hablando con la prostituta.
Antes de que Krakovitch siguiese adelante, Kyle le dijo:
—Le creo; creo que usted no lo conoce. Lo han hecho a sus espaldas.
Siéntese y actúe con naturalidad. De todas maneras, es evidente que no podemos hablar aquí. Aparte de que nos están observando, es un sitio demasiado ruidoso. Y, Jesús!, por lo que sabemos, incluso podría haber alguien escuchándonos.
Krakovitch se sentó de golpe. Parecía sorprendido; dirigió una mirada nerviosa a su alrededor.
—¿Micrófonos ocultos?
Recordó lo aficionado que era su antiguo jefe, Borowitz, a la vigilancia electrónica.
—Podría ser —dijo Quint, asintiendo vivamente con la cabeza—. O ése lo siguió hasta aquí o sabía de antemano dónde teníamos que encontrarnos.
Krakovitch lanzó un bufido.
—Esto se está poniendo difícil. Yo no soy bueno en estas cosas. ¿Qué hacemos ahora?
Kyle miró a Krakovitch y supo que no fingía. Sonrió.
—Tampoco yo soy bueno en esto. Mire, soy como usted, Félix. Pronostico. No sé cómo lo dicen ustedes. ¿Prever el futuro? En ocasiones, tengo imágenes bastante exactas de lo que va a ocurrir. ¿Me entiende?
—Desde luego —dijo Krakovitch—. A mí me ocurre casi exactamente igual.
Salvo que, por lo general, recibo avisos. ¿Y bien?
—Yo preveo que vamos a salir juntos de aquí. ¿Y usted?

Krakovitch lanzó un suspiro de alivio.
—Yo también. —Se encogió de hombros—. Al menos, no he recibido ningún mal aviso.
—Al ruso se le agotaba el tiempo, y había cosas que necesitaba desesperadamente saber, preguntas que tenían que ser respondidas. Y ese inglés era tal vez el único que podía contestarlas—. Bien, ¿qué hacemos?
—Espere —dijo Quint. Se levantó, fue hasta la barra y pidió otras consumiciones. También habló con el hombre del bar. Después volvió, con las bebidas en una bandeja—. Cuando el tipo que está detrás del mostrador nos haga una seña con la cabeza, nos iremos pitando de aquí —dijo.
—¿Eh? —dijo Kyle, intrigado.
—Un taxi —dijo, sonriendo, Quint—. He pedido uno. Iremos... al aeropuerto.
¿Por qué no? Podremos hablar por el camino. Y en el aeropuerto encontraremos un sitio caliente y cómodo en el salón de llegadas, y podremos continuar la conversación. Aunque nuestro amigo consiga seguirnos, no podrá acercarse demasiado. Y si lo hace, tomaremos otro taxi para ir a otra parte.
—¡Muy bien! —dijo Krakovitch.
Cinco minutos más tarde, llegó el taxi y salieron los tres a toda prisa. Kyle fue el último en hacerlo. Miró hacia atrás y vio que el hombre de la KGB se ponía trabajosamente en pie y que su cara se contraía de rabia y frustración.
Hablaron en el taxi, y en el aeropuerto. Empezaron unos veinte minutos antes de la medianoche y terminaron a las dos y media de la madrugada. Kyle llevó la voz cantante, ayudado por Quint. Krakovitch escuchaba con atención y sólo lo interrumpía de vez en cuando, para confirmar o pedir una explicación de algo que se había dicho.
Kyle empezó con estas palabras:
—Harry Keogh fue nuestro mejor hombre. Tenía facultades que nadie había tenido jamás. Y muchas. Él me dijo todo lo que voy a contarle. Si cree lo que le diré, podremos ayudarlos a resolver algunos graves problemas que tienen en Rusia y en Rumania. Y al ayudarlos, nos ayudaremos nosotros mismos, pues aprenderemos con la experiencia. Y ahora, ¿quiere que le hable de Borowitz y de cómo murió? ¿Y de Max Batu y cómo murió *éste?* ¿Y de... los hombres fósiles que destrozaron el *château* Bronnitsy aquella noche? Puedo decirle todas esas cosas.
Más importante aún, puedo hablarle de Dragosani...
Y casi tres horas más tarde, terminó con éstas:
—Sí, Dragosani era un vampiro. Y no era el único. Ustedes los tienen y nosotros los tenemos. Sabemos al menos dónde está uno de los suyos. O si no es un vampiro, algo que un vampiro dejó tras él. Lo cual podría ser igualmente malo.
Sea lo que fuera, tiene que ser destruido. Podemos ayudarlos, si ustedes nos dejan.
Llámelo como quiera. ¿Tal vez *detente,* mientras combatimos algo que nos amenaza a todos? Si no quieren nuestra ayuda, tendrán que hacer ustedes solos el trabajo. Pero nos gustaría ayudarlos, porque de esta manera podríamos aprender algo. Compréndalo, Félix, esto es mucho más grave que las peleas políticas entre el Este y el Oeste. Si hubiese una plaga, la combatiríamos juntos, ¿no? O el tráfico de drogas. O ayudaríamos a un buque que estuviese naufragando. Claro que lo haríamos. Y confieso llanamente que nuestro problema, en Inglaterra, puede ser también más grave de lo que nos imaginamos. Cuanto más aprendamos de ustedes, tanto mejor será para nosotros. Tanto mayores serán nuestras probabilidades...
Krakovitch había guardado silencio durante largo rato. Al fin dijo:
—¿Quiere usted ir conmigo a la URSS y... acabar con ello?
—No a la URSS —dijo Quint—. A Rumania. Todavía es territorio de ustedes.

—¿Los dos? El jefe y un miembro de alto rango de su servicio secreto? ¿No es arriesgarse mucho?
Kyle sacudió la cabeza.
—No, tratándose de usted. Al menos, no lo creo. De todos modos, tenemos que empezar a confiar en alguien en alguna parte. Y ya que hemos empezado, ¿por qué no seguir hasta el fin?
Krakovitch asintió con la cabeza.
—Y después, ¿podré ir con ustedes? ¿Para ver de qué clase es su problema?
—Si lo desea...
Krakovitch reflexionó.
—Me ha contado muchas cosas —dijo—. Y tal vez me habrá resuelto algún problema grave. Pero no me ha dicho dónde está *exactamente* esa cosa en Rumania.
—Si quiere ir usted solo —dijo Kyle—, se lo diré. No *exactamente,* pues no lo sé, pero sí lo bastante aproximadamente para que pueda encontrarla. Si trabajamos juntos, podríamos ir mucho más deprisa; eso es todo.
—Tampoco me ha dicho cómo se ha enterado de todo esto —dijo Krakovitch— Es difícil aceptarlo todo sin saber cómo lo sabe.
—Me lo dijo Harry Keogh —respondió Kyle.
—Keogh murió hace mucho tiempo —dijo Krakovitch.
—Sí —terció Quint—, pero nos lo contó todo, hasta el día en que murió.
—¡Oh! —Krakovitch respiró hondo—. *¿Tan* bueno era? Esta facultad en un telépata debe de ser... muy rara.
—¡Única! —dijo Kyle.
—¡Y ustedes lo mataron! —acusó Quint.
Krakovitch se volvió deprisa a él.
—Lo mató Dragosani. Y él... casi mató a Dragosani.
Ahora fue Kyle el sorprendido.
—¿Casi? ¿Está usted diciendo que...?
Krakovitch levantó una mano.
—Yo terminé el trabajo que empezó Keogh —dijo—. Se lo aseguro. Pero primero, ¿dice usted que Keogh estuvo en contacto hasta el final?
Kyle quería decir: *¡Todavía lo está!* Pero era mejor guardar este secreto.
—Sí —respondió.
—Entonces, ¿puede describir lo que ocurrió aquella noche?
—Con todo detalle —dijo Kyle—. ¿Le convencería esto de que todo lo que he dicho es verdad?
Krakovitch asintió.
—Salieron de la noche y de la nieve que caía —empezó a decir Kyle—. Eran *zombies,* hombres muertos desde hacía cuatrocientos años; y Harry era su jefe. Las balas nos los detenían porque ya estaban muertos. Se los podía segar con ráfagas de ametralladora, y los pedazos seguían avanzando. Se metieron en sus posiciones defensivas, en sus fortines. Tiraban de las horquillas de las granadas, luchaban con sus viejas armas herrumbrosas, espadas y hachas. Eran tártaros y no conocían el miedo, ya que no podían morir dos veces. Keogh no era sólo un telépata; entre otras facultades, poseía la de teletransportarse. Así se introdujo en el cuarto de control de Dragosani, llevando consigo a un par de sus tártaros. Allí se enfrentó a él, mientras que el resto del *château...*
—... en el resto del *château* —continuó Krakovitch—, aquello era... ¡un *infierno!*. Yo estaba allí. Lo he vivido todo. En compañía de otros pocos. Los demás murieron... de un modo horrible. Keogh era... una especie de monstruo. ¡Podía convocar a los muertos!

—No tan monstruoso como Dragosani —dijo Kyle—. Pero iba usted a decirme lo que ocurrió después de la muerte de Keogh. Cómo terminó el trabajo que él había empezado. ¿Qué quiso decir con eso?
—Dragosani era un vampiro —dijo Krakovitch, asintiendo con la cabeza como si hablase consigo mismo—. Sí, tenía usted razón. —Procuró recobrar su aplomo—.
Mire, Sergei estaba conmigo cuando quitamos de allí lo que quedaba de Dragosani.
Permítame que le muestre qué le pasa cuando se lo recuerdo... y cuando le digo que hay más de ellos.
Se volvió a su callado compañero y le habló rápidamente en ruso.
Estaban sentados en el desordenado bar, iluminado por una vacilante lámpara de neón, en el salón casi vacío de llegadas nocturnas. El *barman* había terminado su servicio hacía dos horas, y sus vasos habían estado vacíos desde entonces. La reacción de Gulhárov a lo que le dijo Krakovitch fue inmediata y vehemente.
Palideció y se apartó de su jefe; casi se cayó del taburete. Y cuando Krakovitch acabó de hablar, golpeó el mostrador con el vaso vacío.
—*Nyet, nyet!* —jadeó, y en su semblante se reflejó una extraña mezcla de rabia y de asco.
Luego levantó poco a poco la voz, cada vez más estridente, e inició una diatriba en ruso que pronto llamaría la atención.
Krakovitch lo cogió de un brazo y lo sacudió. El parloteo de Gulhárov se extinguió.
—Ahora le preguntaré si hemos de aceptar su ayuda —dijo Krakovitch.
Habló de nuevo al joven y, esta vez, Gulhárov asintió dos veces con la cabeza, rápidamente, y empezó a recobrar su color normal.
—*¡Da! ¡Da!* —dijo enfáticamente.
En un tono gutural, añadió algo más, ininteligible para los dos ingleses.
Krakovitch sonrió, pero sin humor.
—Dice que debemos aceptar toda la ayuda que podamos conseguir — tradujo—. Porque hemos de matar a esas cosas..., ¡*Acabar* con ellas! Y estoy de acuerdo con él...
Y entonces explicó a sus extrañísimos aliados todo lo que había sucedido en el *château* Bronnitsy después de la guerra de Harry Keogh.
Cuando hubo terminado, se hizo un largo silencio, roto al fin por Quint:
—Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Actuaremos juntos en esto?
Krakovitch asintió con la cabeza. Se encogió de hombros y dijo simplemente:
—No hay alternativa. Y no tenemos tiempo que perder.
Quint se volvió a Kyle.
—Pero ¿cómo lo haremos?
—En la medida de lo posible —respondió Kyle—, iremos por el camino más recto. Iremos directo al grano, sin ninguno de los acostumbrados...
Lo interrumpió el altavoz del aeropuerto, que resonó estridentemente cuando un soñoliento e invisible locutor pidió en inglés a Mr.A.Kyle que acudiese al teléfono, en el mostrador de recepción.
Krakovitch puso cara seria. ¿Quién sabía que Kyle estaba allí?
Kyle se levantó y encogió los hombros en ademán de disculpa. Era muy enojoso. Sólo podía ser «Brown», ¿y cómo explicárselo a Krakovitch? Quint, por su parte, estaba como siempre dispuesto para el quite. Dijo tranquilamente a Krakovitch:
—Bueno, ustedes tenían un pequeño sabueso que los seguía. Y ahora parece que nosotros también tenemos uno.
Krakovitch asintió breve y agriamente con la cabeza. Y con un poco de sarcasmo, imitando a Kyle, dijo:
—Sin ninguno de los acostumbrados... ¿eh? ¿Sabía algo de esto?

—No es obra nuestra —respondió con sinceridad Quint—. Estamos en el mismo barco que ustedes.
Por orden de Krakovitch, Gulhárov acompañó a Kyle al mostrador de recepción e información. Quint y Krakovitch se quedaron solos.
—Tal vez esto sea conveniente —dijo Quint.
—¿Eh? —La voz de Krakovitch volvía a ser agria—. Nos siguen, nos espían, nos escuchan, quizá, con micrófonos ocultos, ¿y usted dice que esto es conveniente?
—He querido decir que tanto usted como Kyle están siendo seguidos —le explicó Quint—. Esto iguala las cosas. Tal vez podamos compensarlas.
Krakovitch estaba alarmado.
—¡Yo no soy partidario de la violencia! Si le ocurriese algo a ese sabueso de la KGB, posiblemente me la cargaría.
—Pero, ¿y si pudiésemos conseguir que fuese... entretenido durante un día o dos? Quiero decir, sin que le ocurriese nada malo, ya comprende... Completamente ileso..., sólo entretenido.
—No lo sé...
—Sólo para darle a usted tiempo de preparar nuestra entrada en Rumania. Ya sabe, visado y todo lo demás. Con un poco de suerte, terminaríamos allí nuestro trabajo en sólo un par de días.
Krakovitch asintió con la cabeza.
—Tal vez; pero quiero garantías positivas, nada de jugadas sucias. Él es un hombre de la KGB, dicen *ustedes;* pero, si es verdad, es también ruso. Y yo soy ruso. Si él desaparece...
Quint sacudió la cabeza y agarró el codo delgado del otro.
—¡*Ambos* desaparecerán! —dijo—. Pero sólo por unos pocos días. Entonces estaremos ya fuera de aquí y realizando nuestro trabajo.
—Tal vez... —admitió Krakovitch—, si puede realizarse sin peligro.
Kyle y Gulhárov volvieron. Kyle se mostró cauto.
—Era alguien llamado Brown —dijo—. Por lo visto, nos ha estado observando.
—Miró a Krakovitch—. Dice que su hombre de la KGB nos ha seguido la pista y se encamina hacia aquí. A propósito, ese amigo de la KGB es muy conocido: se llama Theo Dolgikh.
Krakovitch sacudió la cabeza, se encogió de hombros, pareció confuso.
—Nunca había oído hablar de él.
—¿Tienes el número de Brown? —preguntó ansiosamente Quint—. Quiero decir si podemos ponernos de nuevo al habla con él.
Kyle arqueó las cejas.
—Realmente, sí. Dijo que si las cosas se complicaban, podría ayudar. ¿Por qué lo preguntas?
Quint sonrió, apretando los labios.
—Sería buena idea que escuchase con atención, camarada —dijo a Krakovitch—. Ya que está un poco comprometido en esto, puede empezar a prepararse una coartada. De ahora en adelante, va a ir de la mano con el enemigo.
Su único consuelo es que trabajará contra un enemigo más grande. —La sonrisa se extinguió en su semblante, y dijo gravemente—: Muy bien, he aquí lo que sugiero...
El sábado a las ocho y media de la mañana Kyle telefoneó a Krakovitch al hotel donde se alojaba con Gulhárov. Éste se puso al aparato, gruñó y fue a buscar a Krakovitch, que acudió de mala gana al teléfono. Acababa de levantarse; ¿podía Kyle llamarlo más tarde?
Mientras se representaba esta pequeña comedia, abajo, en el vestíbulo del Genovese, Quint estaba hablando a Brown. A las nueve y cuarto, Kyle telefoneó de nuevo a Krakovitch y

convino en una segunda reunión: se encontrarían delante del Frankie's Franchise dentro de una hora, y partirían de allí.
No había nada nuevo en este arreglo; era parte del plan urdido la noche anterior. Kyle sospechaba que el teléfono de su habitación estaba intervenido y, simplemente, quería avisar a Theo Dolgikh con mucha anticipación. Si el teléfono de Kyle no estaba intervenido, lo estaría con toda seguridad el de Krakovitch, lo cual daría el mismo resultado. En todo caso el sexto sentido de Kyle y el de Quint estaban despiertos, lo que los convenció de que algo se estaba cociendo.
Desde luego, cuando salieron del Genovese justo antes de la diez y se dirigieron al muelle, alguien los siguió. Dolgikh se mantenía a gran distancia, pero sólo podía ser él. Kyle y Quint tuvieron que admirar su tenacidad, pues, a pesar de la mala noche que le habían dado, seguía siendo maestro de espías: ahora se había disfrazado de trabajador del astillero: mono azul oscuro y una pesada caja de herramientas, y una barba negra de veinticuatro horas en el redondo y enérgico semblante.
—Debe de tener un guardarropa muy bien provisto, ese tipo —dijo Kyle, al acercarse con Quint a las estrechas y todavía soñolientas calles del barrio portuario de Genova—. ¡Me fastidiaría tener que llevar su equipaje!
Quint sacudió la cabeza.
—No —repuso—, no lo creo. Tal vez tienen un piso franco aquí y hay sin duda alguno de sus barcos en el muelle. Sea lo que sea, puede utilizarlo cuando necesita cambiarse de ropa.
Kyle lo miró de reojo.
—¿Sabes una cosa? —dijo—. Estoy seguro de que habrías estado mejor en MI5. Tienes condiciones para ello.
—Podría ser un pasatiempo interesante —rió Quint—. Espionaje mundano..., pero me encuentro bien donde estoy. Un verdadero talento PES. Ahora bien, si Dolgikh tuviese percepción extrasensorial, podríamos vernos en graves dificultades.
Kyle dirigió una viva mirada a su compañero y después se relajó.
—Pero no lo es, o lo habríamos descubierto sin la ayuda de Brown. No; es simplemente uno de sus hombres de vigilancia, y muy bueno por cierto. Estuve pensando en él como en un pez gordo, pero ésta es probablemente la misión más importante que le fue encargada jamás.
—La cual —añadió gravemente Quint—, con un poco de suerte, terminará muy pronto con poco éxito por su parte. Pero yo no estaría tan seguro de que fuese un pez pequeño. A fin de cuentas, era lo bastante gordo como para aparecer en el ordenador de Brown.
Carl Quint tenía razón: Theo Dolgikh no era morralla en todos los sentidos de la palabra. En verdad, era una muestra del «respeto» de Yuri Andropov por la Organización E soviética, que hubiese encargado la tarea a Dolgikh. Pues Leónidas Brezhnev le haría pasar un mal rato a Andropov si Krakovitch le informaba de que la KGB se estaba entremetiendo de nuevo.
Dolgikh tenía poco más de treinta años y era oriundo de Siberia y antiguo miembro del Konsomol. Era el comunista total, para quien todo se reducía al Partido y al Estado. Había hecho prácticas y más tarde enseñado en Berlín, Bulgaria, Palestina y Libia. Era experto en armas (especialmente en armas del bloque occidental) y también en terrorismo, sabotaje, interrogatorios y vigilancia; además del ruso, hablaba un poco el italiano y bastante bien el alemán y el inglés.
Pero su fuerte (ciertamente su *penchant)* estaba en el campo del asesinato. Pues Theo Dolgikh era un homicida a sangre fría.
Debido a su maciza complexión, podía parecer bajo y rechoncho visto desde lejos. En realidad medía un metro ochenta de estatura y pesaba algo más de cien kilos. De fuerte osamenta y mandíbula cuadrada bajo una cara de luna coronada por una mata de cabellos

negros desiguales, Dolgikh era «pesado» en todos los aspectos. Su profesor japonés en la escuela de artes marciales de la KGB, en Moscú, solía decir:
«Camarada, eres demasiado pesado para este juego. Debido a tu corpulencia, careces de velocidad y de agilidad. La lucha Sumo sería más de tu estilo. Por otra parte, tienes muy poca grasa y el músculo es sumamente útil. Como enseñarte las disciplinas de autodefensa sería sin duda una gran pérdida de tiempo, concentraré mi instrucción en las maneras de matar, para lo cual estoy seguro de que tienes las mejores condiciones, no sólo físicas sino también mentales.» Ahora, acercándose a su presa al entrar ellos en las laberínticas y serpeantes calles y callejas próximas a los muelles, Dolgikh sintió que le ardía la sangre y lamentó que no fuese éste uno de aquellos trabajos. Después de las vueltas que le habían hecho dar la noche pasada, ¡con gusto se habría cargado a la pareja! Y habría sido tan fácil... Parecía completamente obsesionado con el barrio más sórdido de la ciudad.
A treinta metros delante de él, Kyle y Quint se metieron de pronto en un callejón empedrado y de altos edificios que cerraban el paso a la luz. Dolgikh apretó un poco el paso, llegó a la entrada del callejón y pasó de la llovizna gris a una penumbra húmeda, donde aún no había sido recogida la basura de cuatro o cinco días. En muchos lugares, las plantas superiores de los edificios estaban inclinadas.
Después de una frenética noche de viernes, el distrito todavía no había despertado.
Si Dolgikh hubiese tenido que quitar la vida a esos dos, éste habría sido el lugar adecuado.
Unas pisadas sonaron en su dirección, el agente ruso entrecerró los redondos ojillos para observar, en la penumbra del callejón, un par de vagas figuras que doblaban una esquina. Se detuvo un segundo y, luego, empezó a seguirlas. Pero al sentir cerca de él una presencia silenciosa, se detuvo otra vez.
Desde las sombras de un recóndito portal, una voz ronca dijo:
—Hola, Theo. Tú no me conoces, pero yo sí.
El profesor japonés de Dolgikh había tenido razón. No era lo bastante rápido.
En ocasiones como ésta, su corpulencia le estorbaba. Apretó los dientes. Al prever el golpe sordo de una porra y el dolor, o tal vez el resplandor azul de un silenciador en el cañón de una pistola, giró en dirección a aquella voz y arrojó la pesada caja de herramientas. Una figura alta y sombría recibió el golpe en el pecho, gruñó, y la caja repicó sobre las losas. Los ojos de Dolgikh se estaban acostumbrando a la penumbra. Aquello estaba todavía muy oscuro, pero no vio señal alguna de armas.
Así era como le gustaba.
Con la cabeza gacha, se lanzó contra las sombras del portal como un torpedo humano.
«Mr. Brown» le golpeó los dientes: dos golpes de experto calculados no para matar, sino simplemente para aturdir. Y para estar más seguro, y antes de que Dolgikh pudiese caer, Brown golpeó la cabeza del ruso contra las gruesas hojas de la puerta, con tal fuerza que astilló una de ellas.
Un momento más tarde salió de la sombra al callejón, miró arriba y abajo y se convenció de que todo estaba bien. Sólo las gotas de lluvia y los vapores apestosos de la basura. Y ahora había otro montón de basura. Brown hizo una mueca y dio una patada al cuerpo derrumbado de Dolgikh.
A esos hombrones siempre les ocurría lo mismo: presumían de ser los más corpulentos, los más fuertes. Pero esto no era siempre así. Brown pesaba casi lo mismo que Dolgikh, pero era casi un palmo más alto y cinco años más joven. Ex SAS, su instrucción no había sido delicada. En realidad, si no hubiese experimentado una especie de torcimiento de su estructura mental, probablemente habría estado todavía en el SAS.
Hizo otra mueca, encogió los hombros y se arrebujó en su impermeable. Con las manos hundidas en los bolsillos, se apresuró a ir en busca de su coche...

Capítulo 8

Aquel mismo sábado, al mediodía, Yulian Bodescu decidió que estaba harto de su «tío» George Lake. Pensó que había llegado el momento de utilizarlo para su búsqueda de conocimientos. Su objetivo concreto era sencillo: deseaba saber cómo se podía matar a un vampiro, cómo se podía hacer que un no-muerto muriese del todo, para siempre, para no volver jamás, y aprender de este modo la mejor manera de protegerse *él mismo* de la muerte.

Desde luego, podían morir por el fuego; esto ya lo sabía. Pero ¿y los otros métodos? Los métodos especificados en las llamadas obras de «ficción». George le proporcionaría el material ideal para la prueba. Mejor que el Otro, que era más un tumor gris que una inteligencia sana.

«Cuando un vampiro vuelve de entre los muertos», pensó de pronto Yulian, «¡vuelve más fuerte!».

Había puesto algo, algo de sí mismo, en Georgina, Anne y Helen. Pero no las había matado. Ahora eran suyas. Había matado a George, o al menos lo había hecho morir, y George no era suyo. Lo obedecía, sí, o lo había hecho hasta ahora.

Pero ¿por cuánto tiempo? Ahora que George había superado el impacto inicial, se estaba volviendo fuerte. Y famélico.

Durante la noche, mientras dormía, Yulian se había despertado dos veces inquieto. Se sentía oprimido, amenazado. Las dos veces había oído los movimientos furtivos de Lake en el sótano. El hombre rondaba allí en la oscuridad, con el cuerpo dolorido, con las ideas como punzadas. Y tenía una sed monstruosa.

Había bebido de la mujer, de las venas de su propia esposa, pero su sangre no había sido muy de su gusto. Bueno, la sangre era sangre, lo alimentaría, pero no era la que él ambicionaba. Esta circulaba sólo en Yulian. Y Yulian lo sabía. Lo cual era otra razón de que hubiese decidido matar a George. Lo mataría antes de que lo matase a él (pues, más pronto o más tarde, George trataría de hacerlo) y antes de que George pudiese agotar a Anne; oh, sí, pues en caso contrario, tendría que habérselas pronto con los dos. Era como una plaga, y Yulian se estremecía al pensar que él era su origen, su portador.

Y había otra razón de que Lake tuviese que morir. En alguna parte, allá fuera, a la luz del sol, en los bosques y los campos, en los caminos y en los pueblos, había gente que ya observaba la casa. Los sentidos de Yulian, sus facultades de vampiro, eran más débiles de día, pero, aun así, podía sentir la presencia de los silenciosos observadores. *Estaban* allí, y de algún modo los temía.

Por ejemplo, aquel hombre de la última noche. Yulian había enviado a *Vlad* a buscarlo, pero *Vlad* había fracasado. ¿Quién era aquel hombre? ¿Y por qué observaba? Tal vez el retorno de George no había pasado del todo inadvertido. ¿Era posible que alguien lo hubiese visto salir de su tumba? No; Yulian lo dudaba mucho; la policía, siempre cándida, lo habría mencionado. Pero también era posible que la policía no hubiese considerado satisfactoria su reacción el día en que habían venido a informar de la vil profanación de una sepultura.

Y George, con su sed de sangre. ¿Qué pasaría si se desmadraba una noche?

Ahora era un vampiro y se estaba haciendo cada vez más vigoroso. ¿Cuánto tiempo podría contenerlo *Vlad*? No; sería mejor que George muriese, que se fuese sin dejar rastro, sin dejar la menor prueba de que el mal estaba actuando allí. Esta vez sufriría la muerte del vampiro, de la que no podría regresar.

En la parte de atrás de la casa, se alzaba una chimenea hacia el cielo, reforzada en su base, que atravesaba el tejado de doble vertiente. Nacía de un gran horno de hierro en el sótano, una reliquia de antiguas generaciones. Aunque la casa tenía ahora calefacción central, había aún un montón de carbón polvoriento junto al horno, como un nido de arañas y ratones. En dos ocasiones, en inviernos particularmente crudos, Yulian había encendido el

horno y se había detenido a observar cómo se ponía el hierro al rojo donde el grueso tubo cilindrico enlazaba el horno con la base de ladrillos refractarios de la chimenea. Había calentado admirablemente la parte de atrás de la casa. Ahora bajaría allí y encendería otra vez el horno, aunque para un fin diferente. Sudaría un poco, pero el sudor y el esfuerzo valdrían la pena.

Había una trampa en el suelo de una de las habitaciones de atrás que, desde que George bajara por ella, Yulian la había cerrado. Quedaba únicamente la entrada del costado de la casa, donde *Vlad* montaba guardia como de costumbre. Yulian tomó de la cocina un bistec grueso y que goteaba sangre, y lo llevó al perro en la entrada del sótano, donde lo dejó masticando entre gruñidos su comida mientras él bajaba la estrecha escalera a un lado de la rampa y abría la puerta.

Entonces, al penetrar en la oscuridad, sintió como un aviso instantáneo de lo que le esperaba; pero fue suficiente.

La mente de George Lake ardía de odio. Había muchas emociones atrapadas en ella, controladas hasta aquel último instante: sed, desprecio de sí mismo, un hambre inhumana, tan intensa que era casi una emoción; asco, celos tan fuertes que quemaban; pero, sobre todo, odio. Contra Yulian. Y en el momento antes de que George intentase golpearlo, la bilis de su mente tocó a Yulian como un ácido, de manera que gritó al esquivar el golpe en la oscuridad.

Pues la oscuridad había sido el elemento de Yulian mucho antes de que George lo descubriese; hecho que el nuevo y medio loco vampiro no había tenido en cuenta. Yulian lo vio agazapado detrás de la puerta, vio el arco que describía el azadón contra él. Se agachó para que no lo alcanzase la herrumbrosa herramienta, volvió a erguirse dentro del círculo de su trayectoria y apretó el cuello de George con sus dedos de acero. Al mismo tiempo, le arrancó el azadón con la mano libre y lo arrojó a un lado, y le golpeó una y otra vez con la rodilla el bajo vientre.

Para cualquier hombre corriente, la lucha habría terminado así, pero George Lake ya no era un hombre corriente, y ni siquiera un hombre. Puesto de rodillas, bajo la presión de los dedos de Yulian en su garganta, miró al joven con unos ojos que eran como carbones encendidos bajo un fuelle. Como vampiro que era, su carne gris no- uerta sacudió el dolor y encontró fuerzas para contraatacar. Irguió las piernas contra todo el peso de Yulian y le golpeó el antebrazo para desprenderse de su agarrón. El joven sintió, asombrado, que el otro lo empujaba hacia atrás y saltaba contra él para romperle el cuello.

Y una vez más, Yulian sintió miedo, pues vio que su «tío» era casi tan vigoroso como él. Esquivó el ataque de George, lo derribó y agarró el azadón del suelo de piedra. Levantó la herramienta, con intención asesina y, cuando aquél se puso en pie, se lanzó contra él. En ese momento, Anne, la querida «tía» Anne de Yulian salió de las sombras como un fantasma y se plantó entre Yulian y su marido no-muerto.

—¡Oh, Yulian! —gimió—. No, Yulian. Por favor, no lo mates... *¡Otra vez* no!

Desnuda y mugrienta, se agazapó allí, con los ojos llenos de súplica animal y los cabellos desgreñados. Yulian la apartó a un lado en el momento en que George iniciaba su segundo ataque.

—George —gruñó, entre dientes—, con ésta son dos veces las que me has atacado. ¡Veamos ahora si te gusta!

Al golpear la frente de George y abrir un boquete de cuatro centímetros cuadrados justo encima del triángulo formado por los ojos y la nariz saltaron partículas de moho de la punta afilada del azadón. La mera fuerza del golpe detuvo el ímpetu de George, que saltó como un muñeco sobre un muelle.

—*¡Gak!* —gritó, mientras sus ojos se llenaban de sangre que manaba luego por la nariz. Levantó los brazos en un ángulo de cuarenta y cinco grados y agitó las manos como bajo una descarga eléctrica—. *¡Gug-ak-arghh!* —farfulló.
Entonces desencajó la mandíbula inferior, cayó hacia atrás como un árbol talado y se estrelló de espaldas contra el suelo, con el azadón todavía clavado en la cabeza.
Anne se acercó a rastras y se arrojó gimiendo sobre el cuerpo retorcido de George. Era esclava de Yulian, pero George había sido su marido. Se había convertido en lo que era por culpa de Yulian, no suya.
—¡George! ¡Oh, George! —gimió—. ¡Oh, mi pobre y querido George!
—¡Apártate de él! —le ordenó Yulian—. ¡Ayúdame!
Arrastraron a George por los tobillos hasta el cuarto donde estaba el horno, con el mango del azadón repicando sobre el suelo desigual. Yulian apoyó un pie en el cuello del vampiro y arrancó el azadón de su cabeza. Sangre y una pulpa amarilla grisácea llenaron el agujero de la frente y rebosaron de sus bordes, pero continuó con los ojos abiertos; agitaba las manos y golpeaba el suelo con un talón, en una serie continua de espasmos galvánicos.
—¡Oh, se morirá, se morirá!
Anne se retorció las manos mugrientas y acunó la cabeza destrozada de George entre sollozos.
—No, no morirá. —Yulian empezó a preparar el horno—. Las cosas son así, estúpida criatura. No puede morir...; al menos, no de esta manera. Lo que lleva dentro lo curará. Ya ahora está curando su destrozado cerebro. Podría quedar como nuevo, tal vez mejor que antes..., pero esto es algo que no puedo permitir.
El fuego estaba preparado. Yulian encendió una cerilla, la acercó a un papel, abrió la rejilla de hierro para que se avivasen las llamas, y cerró la puerta del horno. Al volverse, oyó que Anne jadeaba:
—¿George?
El martilleo del talón espástico de George sobre el suelo de piedra había cesado hacía unos momentos...
Yulian dio media vuelta y la *Cosa* que había hecho chocó contra él y lo obligó a retroceder contra la puerta del horno. Aunque éste no desprendía aún calor, Yulian sintió que sus pulmones se vaciaban y jadeó con fuerza. Aspiró aire, dolorosamente, y mantuvo a raya al Otro. Los ojos feroces de George echaban chispas a través de la sangre y las mucosidades del agujero de la cabeza. Sus dientes crujían como pequeños puñales en su cara contraída; las manos se agitaban contra Yulian como aspas ciegas. Su cerebro malherido funcionaba a duras penas, pero el vampiro estaba ya curando la herida. Y su odio era más salvaje que nunca.
Yulian hizo acopio de fuerza y lo apartó; George, incapaz de controlar las funciones de sus miembros, cayó sobre el montón de carbón. Antes de que pudiese levantarse de nuevo, Yulian miró a su alrededor, en la penumbra, y fue a coger el azadón.
—¡Yulian! ¡Yulian! —se interpuso Anne.
—¡Apártate de mi camino! —gritó él, y la empujó a un lado.
Prescindió de George que, alargando unas manos como garfios, se arrastraba tras él, y se dirigió a la entrada en arco donde las paredes de madera eran más gruesas. Allí, sin detenerse, golpeó la piedra con el mango del azadón. El mango de madera dura se rompió en diagonal y la herrumbrosa pala cayó al suelo y repicó en la oscuridad. Las manos de Yulian quedaron entumecidas al agarrar una estaca casi perfecta: medio metro de madera dura, que se estrechaba hasta formar una punta afilada, desigual pero mortal.
Bueno, había tenido la intención de descubrir hasta dónde llegaba la vitalidad de un vampiro, ¿no?

George, de algún modo había conseguido ponerse en pie. Con ojos fosforescentes en la casi total oscuridad, iba detrás de Yulian como un robot diabólico.
Yulian observó el suelo. Había gruesas losas, un poco levantadas en algunos sitios por algo que empujaba desde abajo —el Otro, desde luego, en su insensata excavación—. George se había acercado, se tambaleaba espasmódicamente y emitía sonidos espesos y flemáticos, irreconocibles como palabras. Yulian esperó a que el maltrecho vampiro diese otro paso en su dirección y, entonces, avanzó y le clavó la estaca en el pecho, ligeramente a la izquierda del centro.
La punta de madera dura perforó la mortaja y se introdujo entre las costillas, desprendiendo astillas mientras penetraba. Traspasó su corazón y casi lo arrancó.
George boqueó como un pez atravesado por un arpón mientras trataba de asir la estaca con manos impotentes. No tenía manera de arrancarla. Yulian lo observó, plantado allí, tambaleándose; lo observó con incredulidad, asombro y una especie de admiración, y se preguntó: «¿Costaría tanto matarme a mí?». Dedujo que sí. A fin de cuentas, George lo había intentado más de una vez.
Dio una patada a las flojas piernas de George, para que cediese bajo su peso, y fue en busca de la pala. Cuando regresó, al cabo de un momento, George aún se retorcía y boqueaba y luchaba con la estaca clavada en su pecho. Yulian lo cogió de una pierna y lo arrastró hasta un lugar donde se veía negro el suelo entre las losas separadas. Se puso de rodillas, a su lado, y empleó la pala del azadón como martillo para golpear la estaca, acabar de atravesarlo y clavarla en el suelo. Por último, la estaca se encalló entre dos losas. George quedó clavado en el suelo como un escarabajo exótico en una tabla. Solamente sobresalían del pecho unos pocos centímetros de estaca, pero se veía poca sangre. Los ojos seguían abiertos, de par en par, y salía una espuma blanca de sus labios, aunque él ya no se movía.
Yulian se levantó, se enjugó las manos en los pantalones y fue en busca de Anne. La encontró acurrucada en un rincón oscuro; gemía y temblaba, con todo el aspecto de una muñeca tirada. La arrastró hasta el cuarto del horno y le indicó una pala.
—Alimenta el fuego —le ordenó—. Quiero que eso esté más caliente que el infierno, y si no sabes cómo es el infierno, ¡yo te lo mostraré! Quiero que el hierro se ponga al rojo y, hagas lo que hagas, no te acerques a George. Déjalo completamente solo. ¿Lo entiendes?
Ella asintió con la cabeza, gimoteó, y luego se apartó de él.
—Volveré —le dijo él.
La dejó junto al horno, que ya empezaba a rugir y, al salir, le ordenó a *Vlad:*
—Quédate aquí y vigila.
Volvió a la casa. En el piso alto, al pasar por delante de la habitación de su madre, oyó a alguien moverse en ella. Se asomó a mirar y vio a Georgina que paseaba arriba y abajo; se retorcía las manos y sollozaba. Ella también lo vio.
—¿Yulian? —dijo, con voz temblorosa—. Oh, Yulian, ¿qué va a ser de ti? ¿Y qué será de mí?
—Lo que *tenía* que ser ya *ha* sido —respondió con frialdad él, sin la menor emoción—. ¿Puedo confiar todavía en ti, Georgina?
—Yo... no sé si confío en mí misma —respondió ella.
—Madre —empleó el término sin pensar—, ¿quieres ser como George?
—¡Oh, Dios mío! Por favor, Yulian, no digas...
—Porque si quieres —la interrumpió él—, podemos arreglarlo. No lo olvides.
La dejó y se encaminó a su cuarto. Helen lo oyó llegar. Lanzó una exclamación al percibir las suaves y regulares pisadas, y se arrojó sobre la cama de él. Al verlo entrar, se levantó el vestido para mostrar la mitad inferior de su cuerpo.

No llevaba nada debajo del vestido. El la vio, y vio los gestos de su cara: tratando de sonreír a través de una máscara de puro terror. Era como si alguien hubiese arrojado yeso en polvo en el rostro de un payaso.
—¡Tápate, marrana! —le ordenó él.
—Creía que te gustaba así —gimió ella—. Oh, Yulian, no me castigues. Por favor, no me hagas daño.
Vio que se dirigía a una cómoda, sacaba una llave y abría el cajón de arriba.
Cuando se volvió hacia ella, tenía en el semblante aquella sonrisa cruel y en la mano llevaba una cuchilla nueva y brillante. Tenía una hoja de un palmo y era pesada como una pequeña hacha.
—¡Yulian! —jadeó Helen, con la boca seca como si tuviese serrín en ella. Saltó de la cama y se apartó de él—. Yulian, yo...
Él sacudió la cabeza y lanzó una carcajada extraña, gangosa. Entonces, su cara volvió a ser inexpresiva.
—No —le dijo—, no es para ti. Estarás a salvo mientras me seas... *útil*. Y lo eres. Habría tenido que pagar mucho dinero para encontrar una moza tan dulce y fresca como tú. Y ni siquiera entonces, como con todas las mujeres, habría valido la pena.
Salió y cerró la puerta a sus espaldas.
Abajo, al salir de nuevo de la casa, observó la columna de humo azul que brotaba de la chimenea de la parte trasera. Sonrió para sí y asintió con la cabeza.
Anne estaba trabajando bien. Pero, mientras estudiaba el humo, las esponjosas nubes de septiembre se abrieron un poco y dejaron pasar unos rayos de sol.
Brillantes, cálidos, ¡abrasadores!
La sonrisa se extinguió en la cara de Yulian y se convirtió en una mueca.
Había dejado su sombrero dentro de la casa. Aun así, el sol no hubiese debido quemarle tanto. Sintió su carne casi escaldada. Y sin embargo, al mirar sus antebrazos desnudos, no pudo ver ampollas, ni señales de quemaduras.
Sospechó el significado del suceso: el cambio se había acelerado en él y estaba empezando su metamorfosis definitiva. Se apartó del sol y, con los dientes apretados para no gritar al aumentar el dolor, corrió hacia el sótano.
Abajo, Anne estaba frente al horno. Sus pechos y sus nalgas estaban brillantes de sudor y tiznados de mugre. Yulian la miró y se maravilló de que aquello hubiese sido «una dama». Al acercarse, ella soltó la pala y se apartó. Yulian dejó la cuchilla en el suelo, con cuidado para no mellar su filo, y avanzó hacia Anne.
La visión de ésta, desnuda y sudorosa y llena de miedo, había provocado su lujuria.
La poseyó sobre un montón de carbón, llenándola con lo que había de vampiro en él, hasta que ella manifestó a gritos su inconmensurable horror (¿su indecible placer?), al surgir dentro de ella la extraña protocarne...
Cuando hubo terminado, la dejó despatarrada, agotada y molida sobre el carbón, y fue a inspeccionar a George.
Pero encontró también al Otro inspeccionándolo a él. De los huecos entre las losas levantadas había surgido carne protoplásmica, en blandos pliegues y tendones, y habían atraído a George Lake hacia el suelo. Aquella cosa no tenía curiosidad real, ni odio, ni miedo (salvo, tal vez, un temor instintivo al menor rayo de luz), pero sí hambre. Incluso la ameba, que «sabe» muy poco, sabe que tiene que comer. Y si Yulian no hubiese regresado cuando lo hizo, el Otro sin duda habría devorado a George, lo habría absorbido. Pues nadie podía negar que era comida.
Yulian miró ceñudo los flaccidos seudópodos del Otro, que se movían a tientas, y sus bocas temblorosas y sus ojos vacíos. *¡No!*, gritó en su mente, y esto fue como un taladro en

las terminaciones nerviosas de la criatura. *¡Déjalo! ¡Vete!* Y aunque comprendiese poco más, el Otro lo entendió.
Como alcanzados por una llamarada, los seudópodos y otras anomalías se agitaron, se encogieron y desaparecieron bajo tierra con un ruido sordo. Tardaron un minuto o dos, nada más, en hacerlo; pero aquello había sido sólo parte del Otro.
Yulian se preguntó lo que habría crecido hasta ahora, la parte de tierra que ocupaba debajo de la casa...
Yulian tomó su cuchilla, se colocó al lado de George, y apoyó la mano sobre el diafragma de aquél, justo debajo de la estaca. De inmediato, algo se movió de forma convulsa en su interior. Yulian sintió que se enroscaba como una oruga.
George podía parecer muerto, debería *estar* muerto, pero no lo estaba. Era un nomuerto.
La cosa que vivía en él (que había sido de Yulian, pero que había crecido y controlaba ahora la mente y el cuerpo de George) se limitaba a esperar. La estaca no había sido suficiente por sí sola. Pero esto no era una verdadera sorpresa; Yulian no había estado nunca seguro de que lo sería.
Tomó su cuchilla y limpió la reluciente hoja con la manga enrollada de la camisa. Y los ojos amarillos, en la cara gris y mutilada de George, se movieron en las sanguinolentas cuencas, para seguir sus movimientos. No sólo estaba el cuerpo del vampiro en el de George, sino también la mente de aquél en su mente, pegada a ella, como una sanguijuela. ¡Bien!
Yulian golpeó tres veces, deprisa: unos golpes duros y cortantes sobre el cuello de George, que hendieron la carne y el hueso con absoluta facilidad. Al cabo de un momento, la cabeza se desprendió del tronco.
Yulian agarró la cabeza cortada por los cabellos y miró fijamente dentro del cuello. Algo moteado de verde y de gris se perdió de vista entre las mucosas fibrosas. Nada de lo que podía ver Yulian parecía normal. La parte hombre de aquella cosa era una simple envoltura de carne, una cáscara o un disfraz para proteger a la criatura que había dentro. A semejanza del cuerpo, cuando Yulian empujó el tronco sin cabeza con la rodilla, algo sinuoso se encogió rápidamente dentro del cuello y la tráquea ensangrentada.
Tal vez partido en dos moriría, en definitiva; pero aún no estaba muerto. Así pues, quedaba un solo procedimiento seguro, una manera comprobada y cierta de matar. El fuego.
Yulian dio una patada a la cabeza en dirección al horno. Aquélla rodó por delante de Anne, que yacía agotada, casi inconsciente en su tremendo terror: había visto todo lo que había hecho Yulian. La cabeza chocó contra la base del horno, rebotó y se detuvo. Yulian arrastró el cuerpo y abrió la puerta del horno. Dentro todo era un resplandor anaranjado y amarillo. Salió una llamarada, y otra llamarada ascendió rugiendo por la chimenea.
Sin perder un instante, tomó la cabeza y la arrojó dentro, lo más lejos que pudo; luego levantó el cuerpo contra la puerta abierta y lo empujó también dentro de aquel infierno. Lo último en entrar en él fueron las piernas y los pies, que empezaban ya a patalear. Necesitó de toda su fuerza para controlar aquellos miembros agitados e introducirlos al fin sobre el borde de la puerta y cerrarla de golpe. Pero volvió a abrirse enseguida, impulsada por un pie en carne viva y humeante. Empujó de nuevo aquel miembro, volvió a cerrar y esta vez corrió el cerrojo. Durante largos segundos, los rugidos del fuego en el interior del horno fueron acompañados de golpes y vibraciones.
Sin embargo, al poco rato los ruidos cesaron. Después sólo hubo un largo y continuo silbido, y por último, sólo pudo oírse el chisporroteo del fuego.
Yulian se quedó plantado allí durante largo tiempo, con sus propios pensamientos secretos, antes de dar media vuelta y alejarse definitivamente...

A las once de la noche de aquel mismo sábado, Alec Kyle, Carl Quint, Félix Krakovitch y Sergei Gulhárov estaban en un vuelo nocturno de Alitalia con destino a Bucarest, donde llegarían poco después de la medianoche.

De los cuatro, Krakovitch había sido el que había tenido el día más atareado, pues había hecho todos los trámites para la entrada de dos ingleses en un país satélite de la Unión Soviética. Lo había hecho de la manera más fácil: a través del teléfono. Había llamado a su segundo en el mando del *château* Bronnitsy, un tal Ivan Gerenko, «deflector» de raro talento, y le había pedido que transmitiera los detalles a su poderoso intermediario en el personal de Brezhnev. También que arreglara las cosas de manera que, en caso necesario, pudiese tener la máxima ayuda de los «camaradas» de la URSS en «el títere Rumania». Rumania era todavía una nación aparte, y nunca se podía estar del todo seguro de la colaboración de los rumanos... Así pues, Krakovitch había empleado la tarde en hacer y responder llamadas entre Génova y Moscú, hasta que todo quedó arreglado.

Ni una sola vez había mencionado el nombre de Theo Dolgikh. De ordinario, habría llevado su queja a la cima, al propio Brezhnev, como había ordenado el jefe del Partido; pero no en las presentes circunstancias. Sólo tenía la palabra de Kyle de que Dolgikh había sido detenido temporalmente y no de forma permanente.

Mientras siguiese ignorando de modo ostensible la intervención del agente de la KGB, todo iría bien. Y si Dolgikh estaba de verdad a salvo y sólo «detenido» momentáneamente..., más tarde habría tiempo de formular acusaciones de interferencia contra Yuri Andropov. Sin embargo, se maravillaba de que la KGB se hubiese enterado tan pronto de esa misión, presuntamente secreta, en Italia. Esto hacía que se preguntara si los agentes de espionaje estaban *siempre* bajo la vigilancia de la KGB.

En cuanto a Alec Kyle, había hecho también una llamada internacional al oficial de guardia de INTPES. Esto había ocurrido ya avanzada la tarde, cuando estuvo lo bastante seguro de que Quint y él acompañarían a los dos rusos a Rumania.

—¿Eres Grieve? ¿Cómo van las cosas, John? —había preguntado.

—¿Alec? —había sido la respuesta—. Estaba esperando que nos llamaras.

John Grieve tenía dos facultades; una de ellas era una manera «astuta» de hablar para compensar una capacidad de PES todavía no desarrollada del todo; y la otra, muy notable y posiblemente única. La primera era el don de previsión; era una bola de cristal humana. La única dificultad era que debía saber exactamente qué buscaba y dónde; de otro modo, nada podía ver. Su talento no funcionaba a la buena de Dios, sino que tenía que ser dirigido: debía tener un blanco bien definido.

La segunda condición lo hacía doblemente valioso. Tal vez no era más que una faceta diferente de su primera facultad, pero en ocasiones como ésta, era un verdadero don de Dios. Grieve era telépata, pero con una diferencia. Tenía que «apuntar» su talento: sólo podía leer la mente de una persona cuando estaba cara a cara con ella, o cuando le hablaba, aunque fuese por teléfono, si conocía a la persona en cuestión. No se podía mentir a John Grieve, ni había necesidad de un aparato perturbador mecánico. Por eso Kyle lo había dejado de guardia permanente en la jefatura, mientras él estuviese fuera.

—John —dijo Kyle—, ¿cómo marchan las cosas en casa?

Y también había preguntado: *¿Qué sucede en el rancho, en Devon?*

—Bueno, ya sabes...

La respuesta de Grieve sonó dudosa.

—¿Puedes explicarte? —*¿Qué sucede? Pero ten cuidado con tu manera de responder.*

—Mira, se trata del joven YB —fue la respuesta—. Parece más listo de lo que nos imaginábamos. Quiero decir que es inquisitivo, ¿sabes? Ve y oye demasiado para su propio bien.

—Bueno, debemos reconocerle ese mérito.

Kyle trataba de que su voz pareciese casual, mientras añadía mentalmente con urgencia: *¿Quieres decir que tiene facultades? ¿Telepatía?*
—Supongo que sí —respondió Grieve, pero quería decir «probablemente».
«Jesús! ¿Se nos va a echar encima?» —De todas maneras, hemos tenido otros clientes duros —dijo Kyle—. Y nuestros vendedores están bien informados... *¿Cómo están armados?*
—Pues, sí, tienen todos los medios ordinarios —dijo Grieve—. Sin embargo, él es un poco suspicaz, te lo aseguro. Lanzó a su perro contra uno de los nuestros.
Pero no le hizo daño. En realidad era el viejo DC, y ya sabes lo precavido que es. A ése no puede ocurrirle nada malo.
¿Darcy Clarke? ¡Gracias a Dios!
Kyle respiró. En voz alta, dijo:
—Mira, John, será mejor que leas el historial de nuestro socio silencioso. Ya sabes, desde ocho meses atrás. *La primera manifestación de Keogh.* Nuestros hombres pueden necesitar toda la ayuda que se les pueda prestar. Y en realidad, no creo que sea suficiente el material ordinario en este caso. Es algo que hubiese debido pensar antes, pero no previ la astucia del joven YB. *Las pistolas de 9 mm no lo detendrían, ni a ninguno de los otros de aquella casa. Pero hay una descripción en la ficha de Harry Keogh de algo que creo que podría dar aquel resultado. ¡Armad con ballestas a la pandilla!*
—Se hará como tú dices, Alec; cuidaré al instante de ellos —dijo Grieve, sin la menor señal de sorpresa en su voz—. ¿Y cómo te van a ti las cosas?
—Oh, no van mal. Estamos pensando en trasladarnos a la montaña; precisamente esta noche. *Saldremos para Rumania con Krakovitch. Es OK...*
¡espero! En cuanto tenga algo definitivo, volveré a hablar contigo. Entonces podrás atacar a Bodescu, tal vez. Pero no hasta que sepamos todo lo que hay que saber sobre aquello a lo que vamos a enfrentarnos.
—¡Dichoso tú! —dijo Grieve—. La montaña, ¿eh? Preciosa en esta época del año. Bueno, alguno de nosotros tiene que quedarse trabajando. Me enviarás una postal, ¿verdad? Y ten cuidado.
—Lo mismo digo.
Kyle hablaba con fluidez y naturalidad, pero su mente estaba llena de preocupaciones. *Por el amor de Dios, ¡asegúrate de que esos amigos de Devon estén al tanto. Si ocurriese algo, yo...*
—Oh, procuraremos que no tengas dificultades —lo interrumpió Grieve.
Era su manera de decir: «Mira, haremos lo que podamos>.
—Está bien. Nos mantendremos en contacto.
Suerte. Y entonces había cortado la comunicación...
Durante largo rato, permaneció plantado en su habitación, con la mirada dirigida al teléfono y mordiéndose el labio. Las cosas se estaban poniendo al rojo y Alec Kyle lo sabía. Cuando entró Quint desde la habitación contigua, donde había estado echando una siesta... una sola mirada a su cara dijo a Kyle que estaba en lo cierto. Quint tenía de pronto un aspecto algo macilento.
Se golpeó la sien.
—Las cosas empiezan a precipitarse —dijo—. Aquí.
Kyle asintió con la cabeza.
—Lo sé —respondió—. Tengo la impresión de que empiezan a precipitarse en todas partes...
En su pequeña habitación del que antaño había sido el piso de Harry Keogh, en Hartlepool, cuyas ventanas daban a un cementerio, Harry hijo se estaba quedando dormido. Su madre, Brenda Keogh, lo acunaba con unos suaves murmullos. Sólo tenía cinco semanas, pero era

muy listo. Ocurrían muchas cosas en el mundo, y quería participar en ellas. Su crianza sería muy difícil, porque quería haber crecido del todo. Ella podía sentirlo en él: su mente era como una esponja que se empapaba en nuevas sensaciones, en nuevas impresiones; sediento de saber, apartaba los ojos de los de su madre y se esforzaba en abarcar todo el ancho mundo.

Oh, sí, sólo podía ser el pequeño de Harry Keogh, y Brenda se alegraba de tenerlo. Lástima que no pudiese tener también a Harry. Pero en cierto modo lo tenía, a través del pequeño Harry. En realidad, lo tenía con una intensidad que jamás había imaginado.

Brenda no sabía cuál había sido el trabajo del padre del pequeño en el Servicio Secreto británico (presumía que era eso). Sólo sabía que lo había pagado con la vida. Nadie había reconocido su sacrificio, al menos de forma oficial. Pero todos los meses llegaban cheques en sobres corrientes, acompañados por breves notas que especificaban que el dinero era un «subsidio de viudedad». Brenda nunca había dejado de sorprenderse: debían de haber tenido a Harry en alta estima. Los cheques eran bastante importantes, equivalentes a más del doble de lo que habría ganado en cualquier trabajo normal. Y esto era maravilloso, pues podía dedicar todo su tiempo a Harry.

—Pobrecillo Harry —lo arrullaba en su suave dialecto norteño, cantando una vieja, viejísima nana que había aprendido de su madre y ésta tal vez de la abuela— «No tiene mamá, no tiene papá, nació en una carbonera».

Bueno, la cosa no había sido tan mala para Harry. Sin embargo, algunas veces, Brenda sentía punzadas de culpa. Hacía menos de nueve meses que lo había visto por última vez, y ya lo había superado. Todo parecía estar mal. Mal que ella ya no llorase y que nunca hubiese llorado demasiado; mal que él hubiese ido a reunirse con esa inmensa mayoría que lo quería tanto. Los muertos, que se estaban pudriendo desde hacía tiempo.

No necesariamente mal, desde el punto de vista moral, pero sí en un sentido conceptual, definitivo. Ella *no sentía* que estuviese muerto. Quizá si hubiese visto el cadáver habría sido diferente. Pero se alegraba de no haberlo visto. Muerto, ya no habría sido Harry.

¡Pero basta de ideas morbosas! Tocó la naricita del pequeño con el nudillo del dedo índice.

—¡Guapo! —dijo, en voz muy baja.

El pequeño Harry Keogh ya estaba dormido...

Harry sintió el torbellino absorbente del niño, sintió que la pequeña mente aflojaba su represión, entró y pasó por una «puerta» transdimensional y se encontró navegando a la deriva en la Oscuridad Última del continuo de Möbius.

Mente pura; flotaba en la corriente de lo metafísico, libre de las distorsiones de la masa y de la gravedad, del calor y del frío. Se deleitaba como un nadador en aquel gran océano negro que se extendía desde el nunca al para siempre, desde ningún lugar hasta todas partes, y en el que podía moverse en el pasado con la misma rapidez que en el futuro. Sólo era cuestión de saber la dirección adecuada, de emplear la «puerta» adecuada.

Abrió una puerta del tiempo y vio la luz azul de todos los miles de millones de seres vivos de la tierra dirigiéndose en tropel a unos futuros inconcebibles, siempre en expansión. No, no era ésta. Eligió otra. Esta vez, los innumerables hilos azules de vida se alejaron de él y se contrajeron, se apretaron hasta convertirse en un solo punto azul, lejano, deslumbrador. Era la puerta del pasado y conducía al origen de la vida humana en la tierra. Y tampoco era esto lo que quería. En realidad, había sabido que ninguna de estas puertas era la adecuada; sólo ejercitaba su talento, su poder.

Pues lo cierto era que si no hubiese tenido una misión... Pero la tenía. Era casi idéntica a la que le había costado la vida corpórea y estaba aún por terminar.

Apartó a un lado todas las demás ideas y consideraciones, empleó su infalible intuición para marchar en la buena dirección, llamando a aquel que sabía que encontraría allí.

¿Thibor? Su llamada resonó en el negro vacío. *Sólo respóndeme y te encontraré, y podremos hablar.*
Transcurrió un momento. Un segundo o un millón de años; daba lo mismo en el continuo de Möbius. Y también les daba lo mismo a todos los muertos. Entonces llegó la respuesta:
¡Aaahhh! ¿Eres tú, Haarrry?
La voz mental de la vieja Cosa enterrada fue como un faro para él: se guió por esa voz, llegó a una puerta de Möbius y entró por ella.
Era medianoche en los montes cruciformes y, en más de trescientos kilómetros en todas direcciones, casi toda Rumania dormía. No hacía falta que Harry y su simulacro infantil se materializasen aquí, pues no había nadie para verlos. Pero el hecho de saber que *podía* ser visto aquí, si hubiera habido ojos para ver, daba a Harry una sensación de corporeidad. Aunque sólo fuese como un fuego fatuo, sentía que era alguien, no una mera voz telepática, un fantasma. Se cirnió sobre el claro del bosque inmóvil, sobre las losas volcadas y cerca de la entrada arruinada de lo que había sido la tumba de Thibor Ferenczy, y formó a su alrededor ínfimos nimbos de luz. Entonces volvió la mente hacia fuera, hacia la noche y la oscuridad.
Si hubiese tenido un cuerpo, quizás habría temblado un poco. Habría sentido un escalofrío, pero un escalofrío puramente físico, no del espíritu. Pues el nomuerto maligno que había sido enterrado allí hacía quinientos años se había ido ahora, ya no era un no-muerto, sino un muerto de verdad. Lo cual suscitaba una pregunta: ¿Había sido quitado todo de aquí? ¿Estaba muerto... enteramente? Pues Harry Keogh había aprendido, y estaba aprendiendo aún, la monstruosa tenacidad del vampiro en aferrarse a la vida.
Thibor, dijo. *Estoy aquí. Contra el consejo de todos los muertos, he venido de nuevo a hablar contigo.*
¡Aaahhh! Haarrry..., amigo mío, eres un consuelo. En verdad eres mi único consuelo. Los muertos murmuran en sus tumbas, hablan de esto y de aquello, pero a mí me rehuyen. Yo soy el único que está... completamente solo. Sin ti, no hay más que olvido.
¿Completamente solo? Harry lo dudaba. Su sensible PES le advertía que había allí algo más; algo que se escondía, esperando su hora; algo que era todavía peligroso. Pero ocultó sus sospechas a Thibor.
Te hice una promesa, dijo. *Dime tú lo que quiero saber, y no te olvidaré.*
Aunque sólo sea por unos momentos, encontraré tiempo, de vez en cuando, para venir a hablar contigo.
Porque eres bueno, Haarrry, respondió. *Porque tú eres amable. Mientras que los de mi clase, los muertos, son muy antipáticos. ¡Siguen recordando sus agravios!*
Harry conocía las artimañas de la vieja Cosa enterrada: cómo evitaría a toda costa el problema del momento, el objetivo principal de la venida de Harry. Pues los vampiros son parientes y amigos de Satán; hablan con la lengua de éste, especializada en la mentira y el engaño. Thibor intentaría desviar la conversación hacia el «trato injusto» de que lo hacía víctima la gran mayoría. Pero Harry no estaba para historias.
No tienes por qué quejarte, le dijo. *Ellos te conocen, Thibor. ¿Cuántas vidas abreviaste con el fin de prolongar o mantener la tuya? Los muertos no perdonan, pues han perdido lo que era más precioso para ellos. En tu época, fuiste un gran ladrón de vidas; no sólo llevabas contigo la muerte, sino incluso, en ocasiones, la no-muerte. No debe extrañarte que te rehuyan.*
El soldado mata, replicó Thibor tras un suspiro. *Pero cuando le toca morir, ¿le rehuyen los otros? ¡Claro que no! Es bien recibido en el redil. El verdugo mata; también el loco furioso, y el cornudo cuando encuentra a otro en su cama. ¿Y les rehuyen? Tal vez en vida, a algunos de ellos, pero no cuando ya no viven. Pues entonces pasan a un nuevo estado.*

En mi vida hice lo que tenía que hacer, y pagué por ello en la muerte. ¿Debo seguir pagando?
¿Quieres que defienda tu causa?, dijo Harry, bromeando.
Pero Thibor era perspicaz:
No había pensado en esto. Pero ahora que lo dices...
¡Ridículo!, exclamó Harry. *Juegas con las palabras, juegas conmigo, y no he venido para eso. Hay un millón de otros que desean sinceramente hablar conmigo, y pierdo el tiempo contigo. Está bien, he aprendido la lección. No te molestaré más.*
¡Harry, espera! El pánico se traslucía en la voz de Thibor Ferenczy, que, literalmente, hablaba a Harry desde ultratumba. *¡No te vayas, Harry! ¿Quién querrá hablar conmigo... si no hay otro necroscopia?*
Ése es un hecho que deberías recordar, sentenció Harry.
Aaahhh, ¡no me amenaces, Harry! ¿Qué soy yo..., qué fui yo... sino una vieja criatura enterrada antes de su hora? Si te he parecido impertinente, perdóname.
Vamos, dime qué quieres de mí.
Harry se dejó ablandar.
Está bien. Es esto: tu cuento me pareció muy interesante.
¿Mi cuento?, se sorprendió Thibor.
El cuento de cómo llegaste a ser lo que fuiste. Si no recuerdo mal, habías llegado a cuando Faethor te atrapó en su mazmorra y te transfirió o depositó...
¡Su semilla!, lo interrumpió Thibor. *¡La semilla perlina de los wamphyri!*
Tienes buena memoria, Harry Keogh. Y yo también la tengo. Demasiado buena...
Su voz se volvió súbitamente agria.
¿No quieres continuar con esa historia?, dijo Harry.
¡Ojalá no la hubiese comenzado! Pero, si es necesario para mantenerte aquí...
Harry no dijo nada; se limitó a esperar, y al cabo de unos momentos:
Ya veo que es necesario, gruñó el ex vampiro. *Muy bien.*
Y después de otra pausa malhumorada, Thibor continuó el relato de su historia...
Imagínate, pues, aquel extraño y viejo castillo en la montaña: sus murallas envueltas en la niebla; su centro en arco sobre la garganta, sus torres levantadas como colmillos contra la luna ascendente. E imagínate a su dueño: una criatura que antaño fue hombre pero ya no lo es. Una Cosa que se hacía llamar Faethor Ferenczy.
Ya te he explicado... cómo me besó. ¡Ah, pero, ningún hijo había sido besado jamás por su padre de esa *manera! Puso su semilla en mí, ¡sí! Y si había pensado que las contusiones y las heridas en combate eran dolorosas...*
Recibir la semilla de un vampiro es conocer una agonía casi fatal. Casi fatal, pero no del todo. Pues el vampiro elige al portador de su semilla con gran cuidado y astucia. El pobre infeliz tiene que ser vigoroso, muy ingenioso y, preferiblemente, frío y duro. Y confieso que yo era todas esas cosas. Después de una vida como la mía, ¿cómo podía ser de otra manera?
Y así experimenté el horror de aquella semilla que, por medio de unos diminutos seudópodos y lengüetas... se introdujo por mi garganta en el interior de mi cuerpo. ¿Deprisa? ¡Aquella cosa era como azogue! En realidad, más que azogue.
La semilla de un vampiro puede pasar a través de la carne humana como el agua a través de la arena. Faethor no había tenido que espantarme con su beso; simplemente, había deseado *espantarme. Y lo había conseguido.*
Su semilla pasó a través de mi carne, desde el fondo de mi garganta a la espina dorsal, la cual exploró como explora un ratón curioso una cavidad en la pared, pero con unas patas que quemaban como ácido. Y a cada contacto con las puntas desnudas de mis nervios sentía nuevas punzadas de angustia.

¡Ah, cómo me retorcí y salté y tiré de las cadenas! Pero no por mucho tiempo.
Aquella cosa encontró por fin un sitio donde descansar. Recién nacida, se fatigaba fácilmente. Creo que anidó en mis intestinos, que se anudaron al instante; y me produjeron tal dolor que grité pidiendo la clemencia de la muerte. Pero entonces se encogieron las lengüetas; la cosa se había dormido.
La angustia desapareció en un instante, tan rápidamente que la sensación fue una especie de agonía en sí misma. Después, con el alivio de la ausencia de dolor, me dormí también...
Cuando me desperté, me encontré con que estaba libre de esposas y cadenas y yacía encogido en el suelo. Ya no sentía dolor. A pesar de saber que mi celda estaba a oscuras, descubrí que podía ver con tanta claridad como bajo la luz del día. Al principio, no lo comprendí; busqué en vano el agujero por el que entraba la luz, traté de subir por las desiguales paredes en busca de alguna ventana oculta o de otra salida. Todo fue inútil.
Sin embargo, antes de esto, antes de este fútil intento de escapar, me enfrenté a los otros *que compartían mi horrible celda. O a aquello en que se habían convertido.*
El primero era el viejo Arvos, que estaba tumbado tal como lo había dejado Faethor, o al menos lo creí así. Me acerqué a él, observé su carne gris, su pecho encogido debajo de la rasgada y tosca camisa. Y apoyé la mano allí, tal vez en un intento de detectar un calor de vida o incluso los vacilantes latidos del corazón.
Pues me había parecido ver un ligero movimiento en el pecho huesudo.
En cuanto hube apoyado la mano en él, el gitano se descompuso. Todo él se hizo añicos como una cascara, como las hojas secas al ser pisadas. Debajo de la caja torácica, que también se deshizo en polvo, no había nada. La cara se convirtió asimismo en polvo, liberada por la avalancha del cuerpo; aquel semblante viejo, gris y repelente, completamente arruinado. Los miembros fueron los últimos en desaparecer; mientras los observaba, se deshincharon como odres pinchados. En un instante, el hombre se había convertido en un montón de polvo y de pequeños fragmentos de hueso y de vieja piel, y todo envuelto todavía en su tosca ropa indígena.
Fascinado, boquiabierto, seguí contemplando lo que había sido Arvos. Recordé aquel dedo como un gusano, que se había desprendido de la mano de Faethor para penetrar en él. ¿Era aquel gusano el responsable de esto? ¿Lo había devorado entero aquella pequeña parte carnosa de Faethor? Y si era así, ¿qué había sido del propio gusano? ¿Dónde estaba ahora?
Mis preguntas fueron contestadas al instante.
«Consumido, sí, Thibor», dijo una voz opaca tañante. «Ha ido a alimentar a lo que ahora excava la tierra a tus pies.» De las sombras de la mazmorra salió un viejo valaco camarada mío, un hombre que era todo pecho y brazos, con piernas cortas y regordetas. Se había llamado Ehrig... ¡cuando era un hombre!
Al mirarlo entonces nada vi en él que me fuese conocido. Era como un extraño, con un aura rara a su alrededor. O tal vez no tan rara, pues pensé que conocía realmente aquella emanación. Era la presencia morbosa del Ferenczy.
¡Ehrig era ahora suyo!
«¡Traidor!», le dije, ceñudo. «El viejo Ferenczy te salvó la vida, y ahora se la has dado en muestra de gratitud. ¿ Y cuántas veces, en cuántas batallas, te salvé yo la vida. Ehrig?» «Hace tiempo que perdí la cuenta, Thibor», respondió roncamente el otro, con unos ojos redondos como platos en una cara demacrada y lúgubre. «Las suficientes para que debas saber que nunca me habría vuelto voluntariamente contra ti.» «¿Qué? ¿Me estás diciendo que eres todavía uno de mis hombres?» Me eché a reír, sarcásticamente. «¡Pero puedo oler *al Ferenczy en ti! O tal vez te has vuelto* involuntariamente *contra mí, ¿eh?» y todavía más duramente, añadí: «Por qué había de salvarte el Ferenczy, si no era para que lo sirvieses?».*

«¿Es que no te explicó nada?» Ehrig se acercó más. «No me salvó para él.
Tengo que servirte a ti, lo mejor que pueda, cuando él se haya marchado de este lugar.»
«¡El Ferenczy está loco!», sentencié. «Te ha engañado, ¿no lo ves? ¿Has olvidado por qué vinimos aquí? ¡Vinimos para matarlo! Pero mírate ahora:
demacrado, aturdido, endeble como un recién nacido. ¿Cómo puede servirme un hombre como tú?» Ehrig se acercó todavía más. Sus grandes ojos estaban casi vacíos, no pestañeaban. Los tendones de su cuello y de su cara saltaban y se retorcían como si estuviesen montados sobre muelles.
«¿Endeble? Menosprecias las facultades del Ferenczy, Thibor. Lo que puso en mí curó mi carne y mis huesos. Sí, y me hizo vigoroso. Puedo servirte tan bien como siempre, te lo aseguro. Ponme a prueba.» Entonces fruncí el entrecejo y sacudí la cabeza, súbitamente asombrado. En verdad, sus palabras tenían sentido, contribuían un poco a calmar mis furiosos pensamientos.
«Por lógica, tendrías que estar muerto», convine. «Tenías los huesos rotos, sí, y rasgada la carne. ¿Me estás diciendo que el Ferenczy tiene realmente estas facultades? Recuerdo que dijo que, cuando te recobrases, serías su esclavo. Pero suyo, *¿lo oyes? Entonces, ¿cómo es posible que estés aquí y me digas que sigo siendo tu señor y tu jefe?» «Él* tiene *muchas facultades, Thibor», respondió. «Y es cierto que soy su esclavo... hasta cierto punto. El es un vampiro y, ahora, yo soy una especie de vampiro. Y también lo eres tú...»*
«¿Yo?» Me sentí ofendido. «¡Yo soy dueño de mí! Me hizo algo, desde luego; puso en mí algo de él mismo, que seguramente era venenoso, pero no he cambiado. Tú, Ehrig, antaño amigo y partidario mío, puedes haber sucumbido, ¡pero yo sigo siendo Thibor de Valaquia!
Ehrig me tocó un codo y yo me eché atrás.
«En mí, el cambio fue rápido», dijo. «Y lo fue más porque Ferenczy mezcló su carne con la mía, y con esto me curó. Remendó mis partes rotas con su carne, y, al repararme, me ligó a él. Cierto que haré lo que me ordene; pero, por fortuna, sólo me pide que esté aquí contigo.» Mientras él hablaba, en su lúgubre tono, yo había rondado por toda la mazmorra, buscando una escapada, y había tratado incluso de escalar las paredes.
«La luz», murmuré. «¿De dónde viene? Si la luz puede encontrar su camino para entrar, yo puedo encontrar el mío para salir.» «No hay luz, Thibor», dijo Ehrig, andando detrás de mí y con su voz tan lastimera como siempre. «Esta es una prueba de la magia del Ferenczy. Como somos suyos, compartimos sus facultades. Aquí, la oscuridad es total. Pero, como el murciélago de tu blasón y como el propio Ferenczy, puedes ver ahora de noche.
Más aún, eres algo especial. Llevas su semilla. Llegarás a ser tan grande, o tal vez más, que el propio Ferenczy. ¡Tú eres wamphyri!» «¡Yo soy yo!», grité furioso, y lo cogí por el cuello.
Entonces al verlo más de cerca, advertí por primera vez el fulgor amarillo de sus ojos. Eran los ojos de una bestia; y también lo eran los míos, si él había dicho la verdad. Ehrig no hizo el menor esfuerzo para resistirme; por el contrario, se arrodilló al ejercer yo más presión.
«Entonces», le grité, «¿por qué no te defiendes? ¡Muéstrame tu maravillosa fuerza! Dijiste que te pusiese a prueba, y ahora te tomo la palabra. Vas a morir, Ehrig. Sí, y después morirá tu nuevo dueño, ¡en el mismo instante en que asome su hocico de perro en este calabozo!. Al menos, no he olvidado mi razón de estar aquí».
Agarré la cadena que me había sujetado a la pared e hice un lazo con ella en su cuello. Boqueó, se arqueó, sacó la lengua, pero no trató de resistirse.
«Es inútil, Thibor, jadeó, cuando yo aflojé un poco la presión.

«Completamente inútil. Ahógame, estrangúlame, rómpeme la espalda; sanaré de nuevo. No debes matarme. ¡No puedes *matarme! Sólo el Ferenczy puede hacerlo.*
Muy gracioso, ¿eh? ¡Porque vinimos aquí para matarlo!» Lo empujé a un lado y corrí hacia la gran puerta de roble, y la golpeé con furia. Sólo me respondió el eco de mis golpes. Desesperado, me volví de nuevo a Ehrig.
«Así pues, te das cuenta del cambio que se ha producido en ti. Desde luego; pues, si está claro para mí, debe de estarlo todavía más para ti. Por lo tanto, dime:
¿por qué soy yo igual que antes? No me siento diferente. Seguro que ningún cambio importante se ha producido en mí, ¿verdad?» Ehrig se frotó la garganta y se puso en pie. Tenía grandes cardenales en el cuello producidos por las cadenas; aparte de esto, parecía no haber sufrido mucho a causa de mi brutalidad; sus ojos ardían como antes y su voz era quejumbrosa como siempre.
«Como dices», respondió, «el cambio fue forjado en mí, como es forjado el hierro en el horno. La carne del Ferenczy se apoderó de la mía y me sometió a su voluntad, como se dobla el hierro al calor del fuego. Pero contigo es diferente, más sutil. La semilla del vampiro crece dentro de ti. Se inserta en tu mente, en tu corazón, en tu misma sangre. Eres como dos criaturas bajo una sola piel, pero poco a poco te fundirás en una».
Era lo que Faethor me había dicho. Me apoyé en la húmeda pared.
«Entonces, mi destino ya no es mío», gemí.
«Sí que lo es, Thibor, ¡sí que lo es!», dijo Ehrig con vehemencia. «Ahora que la muerte no te aterroriza, ¡puedes vivir eternamente! ¡Tienes posibilidad de ser más poderoso de lo que fue ningún hombre antes que tú! ¿Qué te parece como destino?» Yo sacudí la cabeza.
«¿Poderoso? ¿Siendo esclavo del Ferenczy? ¡Querrás decir impotente!. Pues, si tengo que ser de él, ¿cómo puedo ser dueño de mí? No; esto no terminará así.
Mientras tenga voluntad, encontraré un camino.» Me golpeé el pecho e hice una mueca. «¿Cuánto tardará en mandar en mí eso que llevo dentro? ¿Cuánto tiempo me queda antes de que el invitado domine al anfitrión?» Sacudió la cabeza despacio, al parecer con tristeza. «Te empeñas en crear dificultades», dijo. «El Ferenczy me dijo que sería así. Porque eres bravo y obstinado, dijo, serás *dueño de ti, Thibor. Y así será, pues lo que llevas dentro no puede existir sin ti, ni tú puedes existir sin ella. Pero, si antes eras meramente un hombre, con las flaquezas y las pasiones mezquinas del hombre, ahora serás...» «¡Alto!», le dije; de pronto mi memoria murmuraba a mi mente cosas monstruosas. «El me dijo... me dijo... ¡que no tenía sexo! "Los wamphyri no tenemos sexo como tal", dijo, ¿y tú me hablas de "pasiones mezquinas"?*
«Todo wamphyri», insistió Ehrig, como sin duda le había ordenado el Ferenczy que insistiese, «tendrá el sexo del huésped. ¡Y tú eres *ese huésped! También tendrás tu lascivia, tu fuerza, tu astucia, todas tus pasiones, ¡pero multiplicadas!*
Imagínate ejercitando tu ingenio contra tus enemigos, o invencible en el combate, o incansable en la cama...-» Las emociones hervían dentro de mí. ¡Ay! Pero ¿podría estar seguro de que eran mías? ¿Enteramente mías?
«Pero... no... seré... ¡yo!» *Para recalcar cada palabra, golpeó con el puño una y otra vez la pared de piedra, hasta que la sangre manó libremente de los nudillos.*
«Serás tú», *repitió él mientras se acercaba para mirar mi mano ensangrentada y se lamía los labios. «Sí, con sangre caliente y todo lo demás. El vampiro que llevas dentro te curará en muy poco tiempo. Pero, mientras tanto, deja que yo te cuide.» Me asió la mano y trató de lamer la sangre salada.*
Lo aparté de un empujón.
«¡Guárdate tu lengua de vampiro!», le grité.
Y con un súbito estremecimiento de horror, empecé a comprender realmente, quizá por primera vez, en qué se había convertido. Y en qué me estaba convirtiendo yo. Pues había

visto aquella mirada de afán antinatural en su semblante y recordado, de pronto, que hacía poco tiempo éramos tres...
Miré en toda la mazmorra, en todos los rincones llenos de telarañas e incluso las sombras más oscuras, con ojos escrutadores. Miré en todas partes y no encontré lo que buscaba. Entonces volví junto a Ehrig. El vio mi expresión y empezó a retroceder.
«Ehrig», le dije, siguiéndolo, pegándome a él. «Dime, por favor: ¿qué ha sido del pobre cuerpo mutilado de Vasily? Por favor, ¿dónde está el cadáver de nuestro antiguo colega, el flaco y siempre agresivo... Vasily?» Ehrig tropezó con algo en un rincón. Se tambaleó, cayó... entre un pequeño montón de huesos mondos y casi blancos. Huesos humanos.
«¿Vasily?», logré decir, al cabo de un rato.
Ehrig asintió con la cabeza, se apartó de mí, arrastrándose por el suelo como un cangrejo. «El Ferenczy... ¡no nos dio nada de comer!», dijo en tono de súplica.
Agaché la cabeza y me volví, asqueado. Ehrig se puso en pie y se me acercó con cautela.
«Mantente lejos de mí, le ordené, en voz baja y llena de desprecio. «¿Por qué no le rompiste *los huesos, para comer el tuétano?» «¡Oh,no!», dijo, como si explicase algo a un chiquillo. «El Ferenczy me dijo que guardásemos los huesos de Vasily para... Para eso que excava la tierra, eso que tomó forma en el viejo Arvos y lo consumió. Vendrá a buscarlos cuando todo esté tranquilo. Cuando nosotros estemos durmiendo.» «¿Durmiendo?», grité, volviéndome a él. «¿Crees que yo dormiré? ¿Aquí? ¿En la misma celda, contigo?» Se volvió y se encogió de hombros.*
«¡Oh, eres orgulloso, Thiborl Yo también lo era. Dicen que esto precede a la caída. Tu hora no ha llegado aún. En cuanto a mí, no te haré daño. Aunque me atreviese, aunque mi hambre fuese tal que... Pero no me atreveré. El Ferenczy me cortaría en pedazos y los arrojaría al fuego. Me amenazó con esto. De todos modos, te quiero como a un hermano.» «¿Como querías a Vasily?», le dije. No me contestó. «Déjame en paz», gruñí.
«Tengo mucho en qué pensar.» Me dirigí a un rincón. Ehrig, a otro. Permanecimos sentados en silencio.
Pasaron horas. Por fin, me quedé dormido. En mis sueños (la mayoría olvidados, tal vez afortunadamente), me pareció oír unos deslizamientos extraños, y ruidos como de chupadas. Y también como si triturasen algo.
Cuando me desperté, los huesos de Vasily habían desaparecido.

Capítulo 9

La voz del vampiro extinto se apagó en la mente incorpórea de Harry Keogh.
Durante un largo rato, no se dijo nada más, e iban pasando unos segundos vacíos que Harry no podía perder. En el momento menos pensado, podía llamarlo su hijo pequeño, y tendría que volver, a través del laberinto del continuo de Möbius, al ático de Hartlepool. Pero, si el tiempo era importante para Harry, también lo era para el resto de la humanidad.
Empiezo a compadecerte, Thibor, dijo, con su fuerza vital resplandeciendo azul, como una luciérnaga de neón, en el oscuro claro del bosque. *Ahora veo cómo luchaste contra aquello, cómo no querías convertirte en aquello en lo que te convertiste en definitiva.*
¿En definitiva?, dijo al fin la vieja Cosa enterrada. *No fue en definitiva, Harry, ¡pues ya me* había *convertido en aquello! Desde el momento en que la semilla de Faethor se apoderó de mi cuerpo y de mi cerebro, estuve condenado. Pues desde aquel momento aquello estaba creciendo en mí, y deprisa. Primero, sus efectos se manifestaron en mis emociones, en mis pasiones. Digo «se manifestaron», pero muy poco a mí mismo. ¿Puedes tú sentir cómo se cura tu cuerpo después de un corte o de un golpe? ¿Te das cuenta del crecimiento de tus cabellos o de tus uñas?*
El hombre que pierde poco a poco el juicio, ¿sabe que se está volviendo loco?
De pronto, al extinguirse de nuevo la voz del vampiro, un fuerte parloteo se abrió paso en la mente de Harry. Un grito de frustración, de rabia. Lo había esperado más pronto o más

tarde, pues sabía que Thibor Ferenczy no estaba solo aquí, en los oscuros montes cruciformes. Y ahora, una nueva voz formó palabras en la conciencia del necroscopio, una voz que conocía de antiguo.

¡Viejo embustero! ¡Viejo diablo!, gritó la inflamada chispa, el iracundo espíritu de Boris Dragosani. *¡Ay! ¿No es un magnífico sarcasmo? No basta con que esté muerto, sino que he de tener por compañero en mi tumba a una criatura a quien odié más que a todas las demás. Y peor aún, saber que mi mayor enemigo en vida, el hombre que me mató, ¡es el único hombre vivo que puede alcanzarme en la muertel ¡Ja, ja! Y* estar *aquí, oyendo una vez más las voces de esos dos, una exigente, la otra zalamera, engañosa, mintiendo como siempre... y la futilidad de todo ello; pero todavía anhelante, ardiente en deseos de... ¡intervenir en todo! Oh, Dios mío, si hay un Dios, ¿no querrá... alguien... hablar... conmigo?*

No le prestes atención, dijo al momento Thibor. *Delira. Pues, como sabes muy bien, Harry, ya que contribuíste a ello, cuando él me mató se mató a sí mismo. Esta idea es suficiente para trastornar a cualquiera, y el pobre Boris estaba ya medio loco...*

¡Alguien me volvió loco!, gritó Dragosani. *¡Una sucia y embustera y asquerosa sanguijuela!. ¿Sabes qué me hizo, Harry Keogh?*

Sé algunas de las cosas que te hizo, respondió Harry. *La tortura física y mental parece una actividad incesante de las criaturas de vuestra calaña, vivas o muertas. ¡O no- uertas!*

Tienes razón, Harry. Ahora hablaba una tercera voz desde más allá de la tumba. Era una voz suave, como un susurro, pero no sin cierta inflexión siniestra.

Sois indeciblemente crueles, ¡y no hay que fiarse de ninguno de vosotros! Yo ayudé a Dragosani; era su amigo; fue mi dedo el que apretó el gatillo y disparó la bala que atravesó el corazón de Thibor y lo dejó clavado allí, medio dentro y medio fuera de la tumba. Y fui yo quien tendió a Dragosani la guadaña para cortar la cabeza del monstruo. ¿ Y cómo me lo pagó? ¡Ay, Dragosani! ¿Cómo puedes hablar de mentira y de traición y de maldad, si tú mismo... ?

Tú... eras... un... ¡monstruo!, replicó Dragosani a las acusaciones de Max Batu. *Mi eximente es sencilla: tenía en mí la semilla de vampiro de Thibor. Pero ¿y tú, Max? ¿Qué? ¡Un hombre tan malvado que podía matar con una mirada!*

Batu, un mongol perceptor extrasensorial, que en vida había tenido el secreto del «mal de ojo», se ofendió.

¡Escuchad a este gran embustero, a este ladrón!, siseó. *Me degolló, me desangró, destrozó mi cadáver y le arrancó mi secreto. Tomó mi poder para matar como yo había matado. ¡Ay! De poco le sirvió. Ahora compartimos la misma ladera de montaña. Sí, Thibor, Dragosani y yo, y a los tres nos rehuyen todos los muertos...*

Escuchadme todos, dijo Harry, antes de que pudiesen empezar de nuevo.

Conque todos habéis padecido injusticias, ¿eh? Bueno, tal vez sí, pero ninguna tan grande como las que hicisteis vosotros. ¿A cuántos hombres mataste con tu «mal de ojo», Max, y los dejaste secos en el camino y estrujaste sus corazones como si fuesen de papel? ¿Y eran todos malos? ¿Merecían morir? ¿Y de una manera tan horrible? No; pues al menos uno era amigo mío, el hombre más bueno que existió jamás.

¿El jefe del espionaje británico?, replicó de inmediato Batu. *¡Pero Dragosani me ordenó que lo matase!.*

¡Era nuestra misión!, replicó Dragosani. *No te hagas el inocente, mongol.*

Mataste a otros antes que a él.

También ordenó la muerte de Ladislau Giresci, dijo Batu. *Un paisano suyo, ¡completamente inocente! Ah, pero Giresci conocía el secreto de Dragosani, ¡sabía que era un vampiro!*

¡El era un peligro para... para el Estado!, farfulló Dragosani. *Yo sólo trabajé para la Madre Rusia y...*
¡Sólo trabajaste para ti!, lo interrumpió Harry. *La verdad es que deseabas ser poderoso en la tierra. No, ¡no en todo el mundo! Miente todo lo que quieras, Dragosani, pues esto es propio de los vampiros, pero no te engañes a ti mismo. Yo hablé con Gregor Borowitz, ¿te acuerdas? ¿ Y murió también él por la Madre Rusia?*
¿El jefe de vuestra Organización E?
Te han pillado, Dragosani, dijo Thibor, riendo entre dientes. *¡Te han pillado con tus propias armas!*
No te jactes, Thibor. La voz de Harry era todavía más grave. *Eras tan malo y probablemente peor que esos dos.*
¿Yo? ¡Yo he yacido aquí durante quinientos años! ¿Qué mal puede hacer una pobre criatura enterrada, sola con los gusanos, en la fría y dura tierra?
¿Y qué me dices de los quinientos años anteriores?, dijo Harry. *Sabes tan bien como yo que Valaquia tembló durante siglos al oír tus pisadas. La tierra está negra de la sangre que derramaste. Y no lo atribuyas todo a Faethor Ferenczy. El no tiene toda la culpa. Sabía lo que eras, o no te habría elegido...*
¿Y has venido para esto?, preguntó Thibor, al cabo de un momento. *¿Para despotricar y acusar y denunciar?*
No, he venido a aprender, dijo Harry. *Ahora mira, no sé mentir tan bien como tú. Ni en mis mejores tiempos fui un buen embustero. Por consiguiente, estoy seguro de que lo descubrirías si tratara de engañarte. Por eso iré directamente al grano...*
Muy bien, dijo Dragosani. *Desembucha, si te place.*
Harry prescindió de él y guardó silencio durante unos segundos.
Thibor, dijo al fin, *hace un momento has preguntado qué daño habías podido hacer, enterrado aquí quinientos años.*
Yo puedo decirte el daño que hizo. Dragosani no se resignaba a que prescindiesen de él. *¡Mírame! Yo era un niño inocente, y me enseñó el arte de la necromancia. Más tarde, de joven, me engatusó con su hipnotismo y sus mentiras.*
De adulto, puso en mí su semilla de vampiro, y cuando ésta había madurado, él...
¡Tu historia no me interesa en absoluto!, lo interrumpió Harry. *Como tampoco las calumnias o las acusaciones que puedas dirigir contra Thibor u otro cualquiera.*
¿Calumnias? Dragosani estaba furioso.
Silencio. Harry había agotado su paciencia. *Callad enseguida u os dejaré pronto, para que esperéis eternamente en vuestra soledad. Los tres.*
Se hizo un silencio malhumorado.
Muy bien, dijo Harry. *Como estaba diciendo, me importan poco los crímenes de Thibor o los presuntos crímenes contra ti, Boris Dragosani. En cambio, me interesa saber lo que hizo Thibor a otra persona. Me refiero a Georgina Bodescu, que vino aquí un invierno con su marido. Él murió aquí, en este mismo lugar. Ella estaba encinta y se desmayó al ver la sangre. Y después...*
¿Eh?, dijo Thibor, sintiendo que aumentaba su interés. *Pero eso ya te lo he contado. ¿Quieres decir... que aquello surtió efecto?*
¡Alerta, Harry Keogh!, interrumpió Dragosani. *No le digas más. Yo escuché también este cuento, cuando te lo contó el viejo embustero. Si aquel feto es ahora un hombre, será un esclavo de Thibor. Sí, aunque su amo esté muerto. ¿No lo ves?*
Este diablo se vería vivo de nuevo, en el cuerpo y la mente de este nuevo discípulo.
¡Perro!, aulló Thibor. *Tú eres wamphyri ¿No significa esto nada para ti?*
Podemos pelear entre nosotros, pero no divulgamos nuestros secretos a los demás.
¡Serás condenado para siempre, Dragosani!

Viejo imbécil, ¡ya lo estoy!, gruñó Dragosani.
Está bien, dijo Harry, y suspiró. *Ya veo que estoy perdiendo un tiempo precioso. Siendo así, me despido de vosotros...*
¡Espera! La voz de Thibor temblaba de angustia. *No puedes marcharte después de decirme aquello... ¡Es... inhumano!*
¡Ah!, bufó Harry.
Entonces, hagamos un trato. Terminaré mi historia, y tú me dirás si el niño nació y vive. Y... cómo *vive. ¿De acuerdo?*
Harry pensó que ya había hablado bastante, lo cual podía ser en sí mismo una buena razón para proseguir. Ahora debía tratar de descubrir cuatro cosas principales. Primera: el pleno alcance del poder de un vampiro; segunda: cómo, exactamente, podía Thibor tratar de utilizar a Yulian Bodescu. Pues Dragosani parecía creer que era posible que Thibor resucitase en aquél; tercera: el resto de la historia de Thibor, concerniente a lo que había pasado mil años atrás en el castillo de Faethor Ferenczy, para poder saber si existía todavía algún mal en aquel lugar, y cuarta: cómo matar a un vampiro, *definitivamente.*
En cuanto a lo último, Harry había *creído* que lo había sabido ocho meses antes, cuando combatiera en el *château* Bronnitsy. Pero al mirar ahora hacia atrás vio que la muerte de Dragosani se había producido únicamente gracias a una afortunada combinación de sucesos. En primer lugar, Dragosani había sido cegado:
sus ojos habían sido inutilizados por un rayo mental reflejo, cuando la facultad robada a Max Batu había rebotado contra él desde uno de los *zombies* de Harry; pues, desde luego, Harry había contado con sus tártaros *zombies,* su tropa de choque, para respaldarlo en aquella contienda. Había sido uno de ellos, sacado de la turba protectora, quien había cortado la cabeza de Dragosani, y otro quien había clavado al vampiro parásito con una estaca en su pecho, cuando abandonaba su cuerpo destrozado. Harry no habría podido hacer todas estas cosas, tal vez ninguna de ellas, por sí solo. En realidad, el único triunfo verdadero de Harry había sido su dominio del continuo de Möbius: cuando había sido casi cortado por la mitad por un fuego de ametralladora, había volado de su cuerpo moribundo y arrastrado consigo la mente de Dragosani.
En el continuo de Möbius, había lanzado a Dragosani a través de una puerta del pasado, que había conducido al nigromante hacia Thibor en su tumba. Y allí, un Dragosani «anterior» había atraído y matado a Thibor, sin saber que, con el mismo golpe, había determinado también su propio destino. En cuanto a la mente incorpórea de Harry, había seguido adelante, había encontrado el hilo vital de su hijo uniéndose a él, yaciendo con él en el vientre de Brenda, en espera de nacer.
Ella había sido su amante, su esposa, y ahora podía ser incluso considerada, en cierto modo, como su madre. Su segunda madre.
Pero ¿y si había dejado la mente de Dragosani en su cadáver, en el *château?*
¿Por cuánto tiempo había *seguido siendo* un cadáver aquel cuerpo destrozado? Esto era dudoso...
Y Harry se preguntó qué disposiciones habrían tomado los miembros supervivientes de la Organización E rusa sobre lo que restaba cuando terminó la lucha. ¿Qué habían hecho de sus *zombies?* ¡Aquello debió de parecer una locura total, una pesadilla absoluta! Harry presumió que, después de abandonar el *château* por el camino de Möbius, los tártaros habían quedado una vez más inactivos...
Quizá Alec Kyle tenía ahora las respuestas a estas preguntas, aprendidas de Félix Krakovitch. Harry lo descubriría, en definitiva; pero, de momento, había nuevos problemas. El primero de ellos era cuánto debía decir a Thibor acerca de Yulian Bodescu. Presumió que muy poco. Pero, por otra parte, el ahora extinto vampiro lo había adivinado, tal vez. Lo cual hacía inútil la preservación del secreto.

Muy bien, dijo por fin Harry. *Trato hecho.*
¡Estúpido!, dijo de inmediato Dragosani. *Había confiado un poco en ti, Harry Keogh; pensaba que eras más inteligente. ¡Y hete aquí que haces un trato con el mismo diablo! Ahora veo que tuve mala suerte en nuestra pequeña contienda.*
¡Eres tan estúpido como lo fui yo!
Harry no le hizo caso.
Cuenta el resto de tu historia, Thibor, y date prisa, pues no sé de cuánto tiempo más dispongo...
La primera vez que vino el viejo Ferenczy, me pilló desprevenido. Estaba durmiendo, aunque, agotado y medio muerto de hambre, poco habría podido hacer en cualquier caso. Me enteré de su visita cuando oí cerrarse de golpe la pesada puerta de roble y fijarse una barra detrás de aquélla. Cuatro pollos atados, vivos y con todas sus plumas, chillaban y aleteaban en un cesto, delante de la puerta. Al levantarme y dirigirme a aquélla, Ehrig se me había adelantado un paso.
Lo agarré de un hombro, lo aparté a un lado y llegué antes que él a la cesta.
«¿Qué es esto, Faethor?», grité. «¿Pollos? ¡Creía que los vampiros tenían mejor carne para la cena!» «¡Nosotros queremos sangre para cenar!», gritó él a su vez, riendo entre dientes detrás de la puerta. «Desde luego, comemos carne si hemos de hacerlo, pero la sangre es la verdadera vida. Los pollos son para ti, Thibor. Córtales el cuello y bebe. Déjalos secos. Si quieres, puedes dar la carne a Ehrig, y lo que quede a tu primo de debajo de las losas.» Oí que empezaba a subir la escalera de piedra y le grité:
«¿Cuándo empezaré mi servicio, Faethor? ¿O tal vez has cambiado de idea y consideras demasiado peligroso dejarme salir de aquí?» Las pisadas se detuvieron.
«Te sacaré de aquí cuando me plazca», dijo, con voz contenida. «Y cuando tú *estés preparado...» Rió de nuevo, esta vez más abiertamente.*
«¿Preparado? ¡Estoy preparado para un trato mejor que éste!», le dije.
«Habrías debido traerme una muchacha. Con una muchacha, ¡se puede hacer algo más que comérsela!» Hubo un momento de silencio tras el cual él dijo:
«Cuando seas dueño de ti podrás tomar lo que quieras.» Su voz se hizo más fría. *«Pero yo no soy como una gata que caza ratones para sus gatitos. Una muchacha, un chico, una cabra..., la sangre siempre es sangre, Thibor. En cuanto a la lascivia, más tarde tendrás tiempo para ella, cuando comprendas el verdadero significado de la palabra. Por ahora... reserva tus fuerzas.» Y se marchó.*
Mientras tanto, Ehrig se había apoderado de la cesta y se apartaba con ella.
Le di un tortazo que lo hizo caer al suelo, protestando. Entonces miré las aterrorizadas aves y fruncí el entrecejo. Pero... tenía hambre, y la carne es la carne. Nunca había sido remilgado, y aquellas aves estaban gorditas. Y de todos modos, lo que había de vampiro en mí estaba embotando el filo de las buenas costumbres, la urbanidad y el comportamiento civilizado. En cuanto a la civilización, ¿qué me importaba? Como guerrero valaco que era ¡siempre había sido más que medio bárbaro!
Comí, y también lo hizo Ehrig, el perro. Sí, y más tarde, cuando estábamos a punto de dormirnos, comió también mi «primo»...
Cuando me desperté, más despejado, saciado por mi cena, vi la Cosa, aquel ser inconsciente de carne de vampiro que se ocultaba en la oscuridad, debajo del suelo. No sé qué había esperado. Faethor había mencionado enredaderas subterráneas. Y eso lo parecía. Al menos en parte.
Si habéis visto alguna vez un pulpo blando pescado en el mar, podréis haceros una idea de la criatura brotada del dedo de Faethor y alimentada con la sangre de Avros, el gitano. Lo único que no puedo comentar es su tamaño; sin embargo, si el cuerpo de un hombre fuese

aplastado y convenido en una masa pastosa... abarcaría mucho espacio. La materia de Arvos había recibido una nueva forma.

Las «manos» que se movían a tientas y que habían brotado de aquel ser, eran elásticas. Había muchas y no carecían de fuerza. Los ojos eran muy *extraños y se formaban y deformaban, venían y se iban; miraban y pestañeaban; pero, si he de ser sincero, no puedo afirmar que viesen. En verdad, tuve la impresión de que eran ciegos; o tal vez veían como ven los recién nacidos, sin comprender.*

Cuando una mano de aquella cosa salió del suelo cerca de donde estaba yo, maldije en voz alta y le di una patada, ¡y enseguida se encogió y se escondió! Yo no podía saber lo que sentía aquello, pero era evidente que la cosa-vampiro recelaba de mí. Tal vez sentía que era yo una forma superior... ¡de ella misma! Recuerdo que, entonces, ésta fue una idea estremecedora...

Faethor seguía siendo siempre el mismo: tortuoso, astuto como un zorro, escurridizo como una anguila. Así lo consideraba yo, como fruto de la mera frustración. Desde luego, él era así: ¡pertenecía a los wamphyri! No habría podido imaginar que pudiese ser de otra manera. Pero lo cierto es que no se dejaba sorprender. Yo pasaba horas esperándolo detrás de la puerta, con las cadenas en las manos, sin atreverme apenas a respirar, para que él no me oyese. Pero el infierno se enfriaría antes de que él viniera. ¡Ayl Pero sólo hacía falta que me quedase dormido... para que me despertara un cerdito chillón o el aleteo de una paloma atada. Y así iban pasando los días, acaso las semanas...

Tengo que hacerle justicia. Después de aquel primer tiempo, el viejo diablo no permitió que pasara demasiada hambre. Ahora, creo que aquel período inicial de hambre fue para que el vampiro que llevaba en mí me dominase. El no tenía nada más con qué alimentarse y, por esto, debía confiar en mis reservas de grasa, debía convertirse más plenamente en una parte de mí. De manera parecida, yo estaba obligado a recurrir a su fuerza. Pero en cuanto el lazo estuviera definitivamente formado, Faethor podría empezara engordarnos de nuevo. Y empleo esta frase de forma adecuada.

Junto con la comida, en ocasiones recibíamos una jarra de vino tinto. Al principio me anduve con cuidado, pues recordaba cómo me había drogado el Ferenczy. Dejaba que Ehrig bebiese el primero, y entonces observaba sus reacciones. Pero, aparte de tener más suelta la lengua, no vi nada en particular.

Por consiguiente, bebí también. Mas tarde, no daba vino a Ehrig, sino que yo lo consumía todo. Esto había sido también exactamente proyectado así por el viejo diablo.

LLegó un día en que, después de una comida, tuve sed y bebí una jarra de un trago; entonces me tambaleé de un lado a otro antes de derrumbarme.

¡Envenenado de nuevo! Faethor se había burlado de mí una vez más. Pero esa vez mi fuerza de vampiro me sostuvo; me aferré a mi conciencia y, tumbado allí, febril, me pregunté cuál era el objeto de aquello. ¡Ay!, *escucha y te explicaré lo que se proponía Faethor.*

«Una muchacha, un chico, una cabra: la sangre es sangre», me había dicho aquella vez. «La sangre es vida.» Cierto, pero no *me había dicho esto: que de todas las delicias, de todas las fuentes de inmortalidad, de todas las flores cortadoras de néctar, lo que el vampiro prefiere es sorber en la corriente roja palpitante de la sangre de otro vampiro. Y así, cuando hube sucumbido totalmente a su vino, Faethor vino a mí de nuevo.*

«Esto tiene dos objetivos», me dijo, inclinado sobre mí. «Primero: hace mucho tiempo que no he bebido de uno de los míos, y tengo una sed enorme.

Segundo: tú eres duro y no te someterás a la esclavitud sin luchar. Que sea así; esto debería quitarte todo el veneno.» «¿Qué... qué estás haciendo?», gruñí, tratando de levantar los pesados brazos y apartarlo.

Fue inútil; era tan débil como un gatito; incluso me costaba muchísimo articular las palabras.
«¿Haciendo? Bueno, ¡me dispongo para la cena!», respondió, alegremente. «Y vaya menú! Sangre de un hombre fuerte, aderezada con la sangre del vampiro en ciernes que lleva dentro...» «¿Tú... tú vas a beber de... mi *garganta?» Lo miré espantado; tenía turbia la visión.*
Él no hizo más que sonreír, pero con su sonrisa más odiosa, y me rasgó la ropa. Entonces, puso sus horribles manos sobre mí y palpó toda mi carne, frunciendo un poco el entrecejo, como si buscase algo. Me volvió de lado, tocó mi espina dorsal, la apretó más fuerte y dijo:
«¡Ah! Aquí está. ¡El premio gordo!» Yo quería escabullirme, pero no podía. Me estremecía por dentro (tal vez aquel niño que llevaba en mi interior se estremecía también), pero, por fuera, mi piel apenas temblaba. Traté de hablar, pero también eso me resultaba demasiado difícil. Mis labios se movieron sólo un poco y emitieron un sonido lastimero.
«Thibor, dijo el viejo diablo, con voz pausada, como en amable conversación, «tienes mucho que aprender, hijo mío. Acerca de mí, acerca de ti mismo, acerca de los wamphyri. Todavía no lo adviertes, todavía no percibes todos los misterios que he volcado sobre ti. Pero llegarás a ser lo que yo soy. Y todas las facultades que poseo serán tuyas. Has visto y aprendido un poco, ahora mira y experimenta más.» Continuó sosteniéndome de lado, pero me levantó un poco la cabeza para que pudiese ver su cara. Sus ojos magnéticos me sujetaban como a un pez prendido en sus pupilas. Mi visión confusa se aclaró; la imagen se hizo definida; vi con más claridad que nunca. El cuerpo y los miembros podían ser de plomo, pero la mente era afilada como un cuchillo, y la conciencia tan aguda que casi podía sentir *el cambio que se producía en la criatura inclinada encima de mí. Por alguna razón, de alguna manera, Faethor había agudizado mis percepciones, aumentado mi sensibilidad.*
«Ahora mira», susurró. «¡Observa!».
La piel de la cara de Faethor, granujienta y de poros abiertos en el mejor de los casos, experimentó una rápida metamorfosis. Mientras lo observaba, pensé:
«Nunca he sabido cómo es. Y ni siquiera ahora lo sabré. ¡Es como quiere que yo lo vea!».
Los poros de la cara se abrieron más aún, como picaduras de viruela. Las mandíbulas, ya enormes, se alargaron con un ruido parecido al de una tela al rasgarse gradualmente, y sus labios correosos se encogieron hacia atrás, hasta que la boca no fue más que unas abultadas encías carmesí y unos dientes babosos y mellados. Yo había visto antes los dientes de Faethor, pero nunca exhibidos de esa manera. Y aún no era completa la metamorfosis.
Todo estaba en las mandíbulas, en los dientes, en los contornos de una cara de pesadilla. Faethor se había parecido siempre a un gran murciélago, o tal vez a un lobo, o a ambas cosas; pero ahora se convertía rápidamente en algo más que un parecido. No era un murciélago y tampoco un lobo, sino una criatura intermedia, y el hombre Faethor era sólo la cáscara, como la crisálida que ocultaba a una larva monstruosa. Pero ahora la crisálida se había abierto de par en par.
Sus dientes eran como finos y torcidos icebergs que se apretaban en el océano rojo de las encías en carne viva. La boca sangraba y expulsaba carne a medida que aquellos terribles dientes crecían, cortando como cuchillos de sierra desde las mandíbulas que, al aparecer entre la carne, formaban aristas de cartílagos brillantes, abiertas como una trampa. Al mirar aquellas fauces, que empequeñecían el resto de su cara, comprendí que podía cerrarlas sobre mi *cara y arrancar la carne hasta los huesos. Pero no era eso lo que se proponía. Cuando se alargaron todavía más los caninos superiores que, como colmillos de*

un jabalí, casi cubrían la mandíbula inferior, lanzó una carcajada que era como un gorgoteo con sus ojos amarillos ardientes sobre la nariz achatada y de orificios colorados. Con sus dientes en sable, Faethor ya estaba preparado. Antes de que me volviese boca abajo, vi que aquellos inverosímiles colmillos tenían un orificio en la punta... ¡como sifones para mi sangre!

Paralizado como estaba, nada podía hacer. Ni siquiera gritar. Y lo peor era que ya no podía verlo. Pero sentí que sus manos expertas examinaban mi espalda; sentí el súbito retorcimiento doloroso de algo dentro de mí, de algo que Faethor había descubierto pegado a mi columna vertebral; sentí cómo los grandes dientes del monstruo pinchaban mi carne como clavos, sujetando mi parásito inmaduro donde se retorcía en su propia agonía. Aunque su agonía era la mía y la mía era la suya, y ninguno de los dos podía soportarla. Faethor había aumentado mi sensibilidad, ¡para que pudiese conocer el más exquisito dolor! ¡Y de qué modo lo conocí, maldito sea su podrido corazón!

Entonces, durante largo rato, no supe nada más. Me envolvió la oscuridad.

Lo cual, como puedes suponer, no dejé de agradecer...

Al principio, cuando recobré el conocimiento, pensé que estaba solo. Pero entonces oí que Ehrig gimoteaba en un rincón oscuro, lo oí y recordé. Recordé nuestra camaradería, todos los sangrientos combates en que habíamos participado juntos. Recordé que había sido mi amigo fiel, que de buen grado habría dado la vida por mí.,., como yo habría dado la mía por él.

Tal vez él también recordaba, y por eso lloriqueaba. No lo sé. Sólo sabía que, cuando el Ferenczy había hincado los dientes en mi espina dorsal, no pude ver a Ehrig en ninguna parte...

Decir que le pegué no expresaría el castigo que le infligí; pero, sin lo que llevaba dentro de Faethor, habría muerto sin duda. Podría ser que yo hubiese tratado de modo consciente de matarlo; tampoco lo sé, porque el episodio ya no está claro en mi mente. Sólo sé que cuando acabé con él, Ehrig no sentía ya mis golpes y que yo estaba completamente agotado. Pero sanó, desde luego, y también yo. Y concebí una nueva estrategia.

Después de aquello... hubo tiempo para dormir, para estar despierto, para comer... Vista desde fuera, la vida consistía en poco más que esto. Pero para mí, eran también horas de espera, de hacer planes con paciencia y en silencio. En cuanto al Ferenczy, trataba de adiestrarme como a un perro salvaje.

Empezaba así: llegaba a la puerta sin hacer ruido y escuchaba. Aunque parezca extraño, yo sabía que estaba allí. ¡Tenía miedo! Y cuando empezaba a tenerlo, entonces aparecía él. A veces podía sentir que palpaba en los bordes de mi mente, que trataba con gran astucia de insinuarse en mis propios pensamientos.

Recordaba cómo había comunicado con el viejo Arvos desde lejos y me esforzaba lo más posible en cerrarle mi cerebro. Creo que lo conseguía en gran manera, pues, después de aquello, podía sentir otra frustración diferente de la mía.

Empleaba un sistema de recompensas. Si yo era «bueno» y le obedecía, tendría comida. El me llamaría a través de la puerta:

«Thibor, ¡tengo aquí un par de sabrosos lechones!» Si yo le respondía: «¡Ah! ¡Tus padres han venido de visita!», se llevaba sin más la comida. Pero si le decía: «Faethor, padre mío, ¡estoy muerto de hambre!

Dame de comer, por favor, pues si no me veré obligado a comerme a ese perro que encerraste aquí abajo conmigo. ¿Y quién me servirá entonces, cuando tú salgas al mundo y quede yo encargado de tus tierras y del castillo?». Entonces entreabría la puerta y me entraba la comida. Aunque, si me acercaba demasiado a aquélla, no volvía a ver a Faethor ni la comida en tres o cuatro días.

Y así me iba yo «debilitando»; cada vez era menos exigente, y empecé a suplicar. Pedía comida, la libertad del castillo, aire fresco y luz, y agua para bañarme; pero sobre todo, la separación de Ehrig, por breve que fuese, pues lo detestaba ahora como detesta un hombre sus propios excrementos. Además, comprendí que también me debilitaba físicamente. Pasaba más tiempo «dormido», y me despertaba más despacio.

Por último, llegó un día en que Ehrig no pudo despertarme, y ¡cómo golpeó entonces la puerta el perro, llamando a su verdadero dueño! Recuerdo que entró Faethor y, entre los dos, me subieron al recinto almenado de encima del salón que atravesaba la garganta. Allí me tendieron al aire libre bajo las primeras estrellas de la noche, pálidos espectros en un cielo que yo no había visto durante mucho tiempo. El sol era como un furúnculo sobre los montes que proyectaba sus últimos rayos sobre las agujas de roca, detrás de las torres del castillo.

«Quizá le faltaba el aire», dijo Faethor, y «tal vez pasó un poco de hambre, también. Pero tienes razón, Ehrig; parece más débil de lo que debería estar. Yo sólo deseaba quebrantar un poco su voluntad, no su cuerpo. Tengo polvos y sales picantes, que deberían reanimarlo. Espera aquí e iré buscarlos. ¡Y vigílalo!». Dejó a Ehrig encargado de mi vigilancia y bajó por una trampa hasta que se perdió de vista. Todo eso lo vi con los ojos entrecerrados. Pero, en el instante en que Ehrig se distrajo un poco, me arrojé encima de él. Le apreté el gaznate con una mano, saqué del bolsillo una tira de cuero que había cogido antes de una bota —había querido destinarlo al cuello del Ferenczy, pero no importaba—, y tras ceñir las piernas alrededor de Ehrig para que no patalease, até la tira de cuero a su cuello y tiré con fuerza; hice un segundo lazo y volví a tirar. Al sentir que se ahogaba trató de ponerse en pie, pero le golpeé la cabeza con tal fuerza contra el parapeto, que sentí que se le fracturaba el cráneo. Se derrumbó y lo tendí sobre el suelo de madera.

En aquel momento, estaba de espaldas a la trampa y, naturalmente, fue el lugar elegido por el Ferenczy para regresar. Con un silbido de rabia, saltó hacia mí con la ligereza de un joven; pero sus manos eran de hierro cuando me asió con una de ellas los cabellos y cerró la otra entre mi cuello y un hombro. Ah, pero por vigoroso que fuese, ¡al viejo Faethor le faltaba práctica! Y mi técnica de lucha estaba tan fresca en mi mente como lo había estado durante mi última batalla con los pechenegi. Le di un rodillazo en el bajo vientre y golpeé tan fuerte con la cabeza debajo de su mandíbula inferior que oí romperse sus dientes. Me soltó, cayó sobre las tablas y me puse a horcajadas encima de él; sin embargo, paralela a su furia, creció su fuerza. Apelando al vampiro que llevaba dentro, me arrojó a un lado con la misma facilidad con que hubiera arrojado una bala de paja y se puso en pie al instante, escupiendo dientes rotos, sangre y maldiciones, mientras corría detrás de mí.

Yo sabía que no podía vencerlo. Estaba desarmado. Miré a mi alrededor, bajo la misteriosa luz del crepúsculo, en busca de un arma, y encontré varias.

Suspendidos de las altas almenas de atrás, había una serie de espejos redondos de bronce, colocados en diversos ángulos, y dos o tres de ellos captaban ahora los últimos y débiles rayos del sol y los reflejaban sobre el valle. Los artilugios de señales del Ferenczy. Arvos, el gitano, me había dicho que al viejo Ferenczy no le gustaban los espejos ni la luz del sol. Yo no sabía con exactitud lo que había querido decir, pero recordé algo parecido de las antiguas leyendas de los campamentos. En todo caso, tenía poco entre lo que elegir. Si Faethor era vulnerable, ésta sería la única manera segura de saberlo.

Antes de que pudiese alcanzarme, evitando los sitios en que la madera parecía insegura, corrí sobre el terrado. El me persiguió como un gran lobo saltarín, pero se detuvo en seco cuando arranqué un espejo de su soporte y lo volví en su dirección. Desorbitó los ojos

amarillos y mostró los dientes ensangrentados, como hileras de agujas rotas. Silbó y su lengua bífica vibró como un relámpago carmesí entre sus mandíbulas.
Sostuve el «espejo» con las manos y supe enseguida lo que era: un pesado escudo de bronce, posiblemente de los antiguos varya-gi. *Tenía una empuñadura en la parte de atrás, y yo sabía cómo emplearlo; ¡pero debía enfocarlo al centro de su cara! Entonces, por casualidad, el bronce pulido captó un rayo del sol que, como una hoz, se ponía detrás de los montes; lo captó y lo reflejó contra el feroz semblante de Faethor. Y en ese instante comprendí qué había querido decir Arvos.*
El vampiro se encogió ante aquel rayo de luz de sol. Se replegó dentro de sí mismo, levantó unas manos como arañas delante de la cara y retrocedió un paso.
Yo no había desperdiciado nunca una oportunidad. Me lancé sobre él, le golpeé la cara con el escudo y le di patadas en el bajo vientre obligándolo a retroceder. Y cuando trataba él de contraatacar, captaba el sol y lo arrojaba contra sus dientes, sin darle tiempo a emplear sus reservas.
De esta manera, con patadas y golpes y cegadores rayos de sol, lo hice retroceder sobre el terrado. En un momento dado se hundió una de sus piernas en una tabla podrida, pero la sacó y continuó retirándose delante de mí al tiempo que echaba espumarajos y furiosas maldiciones por la boca. Así llegó al fin al parapeto.
Detrás de éste, había veinticinco metros de aire hasta el borde de la garganta y casi cien de una vertiente casi vertical, revestida de apiñados y erizados pinos. En el fondo, estaba el lecho de un riachuelo. Dicho en pocas palabras: una vertiginosa pesadilla.
Él miró por encima del parapeto, me miró a mí con ojos enfurecidos —¿o de miedo?—, y en aquel preciso instante se hundió el sol y desapareció.
El cambio en Faethor fue instantáneo. La sombra aumentó y el Ferenczy se hinchó como un enorme hongo venenoso. Una espantosa sonrisa de triunfo se pintó en su cara, la cual aplasté al momento con un último y formidable golpe de mi escudo.
Y salió despedido por encima del parapeto.
Yo no podía creer que lo hubiese vencido. Parecía una fantasía. Pero, mientras caía dando tumbos, me asomé para observarlo y entonces... ¡ocurrió la cosa más extraña! Lo vi como una mancha negra desplomándose hacia una oscuridad aún mayor y, al cabo de un momento, la forma de aquella mancha cambió. Creí oír un ruido como de un gran desgarrón, como el crujido de unos nudillos gigantescos, y la forma que caía hacia los árboles y la garganta pareció desplegarse como una enorme manta. Ya no caía tan deprisa, ni siquiera verticalmente. En lugar de ello, parecía deslizarse como una hoja, apartándose de la muralla del castillo. Sobre el abismo.
Entonces se me ocurrió pensar que Faethor, en la plenitud de su poder, podía haber volado, de cierta manera, desde las almenas. Pero lo había pillado por sorpresa y, con la impresión de la caída, él había perdido unos momentos preciosos. Demasiado tarde, había provocado un gran cambio en sí mismo, desplegándose como una vela para atrapar el aire ascendente. Demasiado tarde, porque mientras yo lo miraba fascinado, chocó contra una rama alta. Entonces, la mancha desapareció en un oscuro torbellino de ramas al romperse. Siguió una serie de chasquidos, un grito y un golpe sordo final. Y después, el silencio...
Escuché durante un largo rato en la creciente oscuridad. Nada.
Y *entonces me eché a reír. ¡Oh, cómo me reí! Pataleé y golpeé la cima del parapeto con los puños. Había podido con el viejo cabrón, con el viejo diablo.*
¡Había podido *con él!*
Dejé de reír. Era cierto que lo había arrojado desde lo alto de la muralla.
Pero... ¿estaba muerto?

Me atenazó el pánico. Sabía, mejor que nadie, lo difícil que era matar a un vampiro. Una prueba de ello estaba precisamente allí, en el terrado conmigo, en la forma del sofocado y estremecido Ehrig. Corrí hacia él. Tenía azul la cara y la tira de cuero se había hundido en la carne del cuello. Su cráneo, que había estado blando en el sitio donde yo lo había estrellado contra la pared, se había endurecido ya. ¿Cuánto tiempo tardaría en despertar? En todo caso, no podía confiar en él. No para hacer lo que había que hacer. No; sólo podía contar conmigo mismo.

Lo llevé deprisa a las entrañas del castillo, a nuestra celda al pie de una de las torres. Lo arrojé allí y cerré y atranqué la puerta. Tal vez la inmunda cosa vampírica de debajo del suelo lo encontraría y devoraría antes de que pudiese recobrarse del todo. No lo sabía, ni me importaba.

Entonces recorrí con premura el castillo y, a mi paso, encendí todas las lámparas y velas que encontraba para iluminar el lugar como no lo había estado en cien años. Acaso nunca había conocido tanta luz como la que yo creé entonces.

Había dos entradas: una por el puente levadizo y la puerta que había usado yo al llegar allí, escoltado por los lobos de Faethor, y que atranqué; la otra era un pasadizo cubierto, de madera poco segura, que formaba un puente desde una estrecha cornisa del cantil hasta una ventana en la pared de la segunda torre. Sin duda, ésta había sido la salida de emergencia del Ferenczy, que nunca había tenido ocasión de emplear. Pero, si podía salir por allí, también podía entrar. Busqué aceite, lo vertí en las tablas, prendí fuego al pasadizo elevado y me quedé mirando el tiempo suficiente para asegurarme de que ardía bien.

Me detuve de vez en cuando en otras ventanas para contemplar la noche. Al principio, no había más que la luna y las estrellas, algunos jirones de nubes, el valle plateado, tocado ocasionalmente por fugaces sombras. Pero, al proseguir con mi tarea de iluminar y asegurar el castillo, me di cuenta de que algunas cosas empezaban a moverse. Un lobo aulló tristemente a lo lejos; luego, más cerca, y después, fueron muchos los lobos que aullaron. Los árboles de la garganta eran ahora negros como la tinta, amenazadores como las puertas del infierno.

En la primera torre vi una puerta cerrada con cerrojo y atrancada. ¿Tal vez una cámara del tesoro? Descorrí los cerrojos, levanté la tranca, apoyé el hombro en la puerta. Pero ésta había sido además cerrada con la llave, y quitada la llave de la gran cerradura. Apliqué el oído a las hojas de roble y escuché: allí había algo que se movía con sigilo y... ¿murmuraba?

Quizás era mejor que la puerta estuviese cerrada. Acaso lo había estado, no para impedir la entrada a los ladrones, ¡sino para que lo que había dentro no pudiese salir!

Subí al salón donde Faethor me había envenenado, y allí encontré mis armas, en el mismo sitio donde las había visto por última vez. Mejor aún, descolgué de la pared un hacha pesada y de largo mango. Entonces, armado hasta los dientes, volví a la habitación cerrada. Allí cargué mi arco y lo dejé al alcance de la mano, clavé la espada en una grieta del suelo, donde pudiese tomarla con facilidad y, levantando el hacha con ambas manos, descargué un fuerte golpe contra la puerta.

Conseguí hundir un estrecho panel, pero al mismo tiempo hice caer una herrumbrosa llave del lugar donde estaba escondida sobre el dintel.

La llave correspondía a la cerradura. Y a punto estaba de abrir ésta para entrar, cuando... ¡Qué aullidos los de los lobos! ¡Tan fuertes que podía oír su estruendo incluso desde allá abajo! Algo se estaba cociendo...

Dejé la puerta sin abrir, tomé mis armas y subí a la carrera la escalera de caracol hacia las plantas superiores. Los lobos aullaban ahora alrededor del castillo, pero hacían más ruido en la parte de atrás. Me costó poco situar el estruendo en el pasadizo incendiado y

llegué a tiempo de ver cómo se hundía el puente ardiente en el abismo de atrás. Y allí, al otro lado de la sima, estaba la manada de lobos de Faethor apiñada en la estrecha cornisa.
Detrás de ellos, a la sombra del cantil... ¿estaba el propio Ferenczy? Se me erizaron los pelos. Si era él, estaba encorvado, como una sombra extrañamente doblada. ¿Quebrantado por la caída? Tomé mi arco, pero, cuando miré de nuevo, ¡había desaparecido! O *tal vez no había estado nunca allí. Pero los lobos eran reales, y ahora, el jefe, una bestia enorme, estaba plantado en el borde de la cornisa, midiendo la distancia.*
Sería un salto de diez metros, posible únicamente si tomaba impulso a lo largo de la cornisa. Y mientras pensaba en esto, los otros lobos se internaron en las sombras y despejaron el camino. Él corrió hacia atrás, se volvió, tomó impulso y saltó... y se encontró en pleno salto con mi saeta, que le atravesó directamente el corazón. En el último aullido, chocó contra el borde de la sima y se hundió en el olvido. Y cuando volví a mirar arriba, toda la manada había desaparecido.
De cualquier modo, yo sabía que el Ferenczy no se rendiría con tanta facilidad.
Subí al parapeto y allí encontré jarras llenas de aceite y calderos colocados sobre unos soportes que podían inclinarse. Encendí fuego debajo de los calderos, los llené por la mitad de aceite y dejé que éste hirviese a fuego lento. Sólo entonces volví a la habitación cerrada.
Al acercarme, vi que una mano delgada, femenina, se retorcía en el agujero de la puerta, desesperada por alcanzar la llave, que estaba en la cerradura. ¿Qué era? ¿Un prisionero? ¿Una mujer? Pero entonces recordé lo que había dicho el viejo Arvos sobre la servidumbre del Ferenczy: «¿Criados? ¿Siervos? No tiene ninguno.
Tal vez una mujer o dos, pero ningún hombre». Al parecer, había aquí una contradicción. Si esa mujer era su sirvienta, ¿por qué estaba encerrada? ¿Para su seguridad, mientras hubiese un desconocido en la casa? No parecía probable, en una casa como aquélla.
¿Para mi *seguridad?*
Un ojo me miró; oí una exclamación ahogada y la mano se retiró. Sin más dilaciones, hice girar la llave en la cerradura y abrí la puerta de una patada.
Había dos mujeres, sí. Y habían debido de ser bastante guapas en sus buenos tiempos.
«¿Quién... quién eres?», preguntó una, acercándose a mí, con una media sonrisa de curiosidad. «Faethor no nos dijo que había...» Se acercó más y me miró, fascinada. La miré a mi vez. Estaba pálida como un fantasma, pero había fuego en los ojos hundidos. Recorrí la habitación con la mirada.
El suelo estaba cubierto con una alfombra del país; tapices antiguos y raídos pendían de las paredes. Había literas y una mesa. Pero no ventanas, ni más luz que el resplandor amarillo de un candelabro de plata sobre la mesa. Una habitación sencilla, pero suntuosa en comparación con el resto de la casa. Y también segura.
La segunda mujer estaba tumbada, voluptuosamente, en una de las literas.
Me dirigió una mirada ardiente, pero no le hice caso. La primera se me acercó todavía más. La mantuve a raya con la punta de mi espada.
«No te muevas, señora, ¡o te ensartaré aquí mismo!» Se enfureció en un instante, me miró echando chispas por los ojos y silbó entre unos dientes como alfileres; y en ese momento, la segunda mujer se levantó de la cama como un gato. Se enfrentaron a mí, amenazadoras, pero las dos tenían miedo de mi espada.
Entonces habló de nuevo la primera, y su voz era dura y fría como el hielo.
«*¿Y Faethor? ¿Dónde está?» «¿Vuestro amo?» Salí de espaldas por la puerta. Desde luego, eran vampiresas. «Se ha ido. Ahora tenéis un nuevo amo: ¡Yo!» Sin previo aviso, la primera se lanzó contra mí. Dejé que se aproximase y le golpeé la sien con la empuñadura de la espada. Se derrumbó en mis brazos, la arrojé a un lado y cerré la puerta en las*

narices de la otra. La atranqué, la cerré con llave y guardé ésta en el bolsillo. La vampiresa atrapada silbó y rugió dentro de la habitación. Levanté a su aturdida hermana, la llevé a la mazmorra y la arrojé en el interior.
Ehrig se acercó a rastras. De alguna manera, había conseguido quitarse la correa del cuello, que estaba blanco e hinchado y parecía como si alguien hubiese trazado una circunferencia en él con un cuchillo. De forma parecida, su nuca estaba abultada de una manera extraña, deformada como la de un fenómeno o de un cretino. Apenas si podía hablar, y sus modales eran infantiles, como los de los idiotas. Es posible que yo le hubiera estropeado el cerebro, y lo que tenía de vampiro no lo había curado aún.
«¡Thibor!», farfulló, sorprendido. «¡Thibor, amigo mío! ¿Y el Ferenczy...? ¿Lo has matado?» «¡Perro traidor!» Le di una patada. «Toma y diviértete con esto.» Se arrojó sobre la mujer, que gemía en el suelo.
«¡Me has perdonado!», gritó.
«¡Ni ahora, ni nunca!», le respondí. «La dejo aquí porque está de sobra.
Diviértete mientras puedas.» Cuando atranqué la puerta, había empezado ya a arrancarse la sucia ropa, y también la de ella.
Al subir la escalera de caracol, oí de nuevo a los lobos. Su canción tenía un tono triunfal. ¿Y ahora, qué?
Corrí como un loco a través del castillo. La maciza puerta del pie de la torre estaba bien cenada, y el pasadizo cubierto se había quemado y derrumbado: ¿por dónde trataría ahora de atacar Faethor? Llegué al parapeto... ¡con el tiempo justo!
El aire de encima del castillo estaba lleno de pequeños murciélagos. Los vi contra la luna, revoloteando a miles, y sus voces eran concertadas, estridentes, penetrantes. ¿Sería así como vendría el Ferenczy? ¿Como un gran murciélago, como una manta de carne caída de la noche para sofocarme? Me eché atrás y miré temeroso la bóveda del cielo nocturno. Pero no, no podía ser; su caída lo había lesionado gravemente y no estaría en condiciones de hacer grandes esfuerzos.
Tenía que haber otro camino que yo no conocía aún.
Prescindí de los murciélagos, que descendían en oleadas aunque sin acercarse tanto como para que pudiesen atacarme o cerrarme el paso, y me encaminé a mirar por encima de la muralla. No sé por qué lo hice, porque un simple hombre no habría podido escalar nunca unos muros tan verticales como aquéllos. ¡Pero qué imbécil eral ¡El Ferenczy no era un simple hombre!
Y allí estaba, pegado a la pared, subiendo con angustiosa lentitud, como un gran lagarto. Un lagarto, sí, pues sus manos y sus pies eran grandes como fuentes y se pegaban a la pared como ventosas. Horrorizado hasta la médula, agucé la mirada en la oscuridad. Él no me había visto aún. Gruñía en voz baja y el enorme disco de una mano produjo un sonido de aspiración cuando se separó de la pared para agarrarse más arriba. Sus dedos eran largos como puñales y palmeados.
¡Unas manos como aquéllas arrancarían la carne de los huesos de un hombre con la misma facilidad con que desplumarían una gallina!
Miré desesperado a mi alrededor. Los calderos de aceite hirviente estaban colocados en los sitios donde los extremos del gran salón se unían a las torres. Y era natural que fuese así, pues ¿quién supondría que un hombre podría trepar debajo *del parapeto saledizo, con sólo el abismo y una muerte segura debajo de él?*
Corrí hacia el caldero más próximo y apoyé las manos en el borde. ¡Qué dolor! *El metal estaba caliente como el infierno.*
Me quité el cinturón del que pendía la espada y lo pasé por el marco del soporte; después lo arrastré hacia el lugar donde me hallaba antes. El aceite salpicó y mojó una de mis botas; una pata del soporte inclinado se introdujo en una tabla podrida y tuve que

detenerme para sacarla de allí; todo el aparato saltó y chirrió a causa de la fricción, por lo que estuve seguro de que Faethor me había oído y había adivinado mis intenciones. Por fin situé el caldero en el lugar preciso.
Me asomé temeroso por encima del parapeto... y una manaza como una ventosa pasó sobre el borde y no me dio en la cara por pocos centímetros; se agarró a la cima del muro. ¡Cómo me atrafagué entonces! Me lancé sobre el mecanismo que inclinaba el caldero, hice girar furiosamente la manivela y vi que aquél se volcaba hacia la pared. Se derramó el aceite, cayó sobre el brasero encendido y se inflamó, lo mismo que mi bota. La cara del Ferenczy apareció sobre el borde del parapeto. Las llamas se reflejaron en sus ojos. Los dientes, de nuevo enteros, resplandecían como astillas blancas de hueso en su boca abierta, mientras la maldita lengua vibraba sobre ella.
Estremecido, seguí girando la manivela. El caldero se inclinó y vertió un mar de aceite hirviente en su dirección.
«¡No!» vociferó, y su voz sonó como una campana rota. «No, NO, ¡NOOOOOO!» *El fuego azul y amarillo hizo caso omiso de aquel grito de terror. Se derramó sobre él y lo encendió como una antorcha. El apañó las manos de la pared y las alargó hacia mí, pero yo salté atrás y me puse fuera de su alcance. Entonces gritó de nuevo, se desprendió de la pared y cayó al abismo.*
Observé aquella bola de fuego sumiéndose en la oscuridad y convirtiéndola en día luminoso. El eco de su grito resonó durante largo rato. Sus innumerables murciélagos se lanzaron en tropel sobre él durante la caída y lo golpeaban con sus suaves cuerpos para apagar las llamas; pero la corriente de aire frustró su esfuerzo. Cayó como una antorcha, y su grito fue como una navaja herrumbrosa en las puntas de mis nervios. Incluso ardiendo, trató de adquirir la forma de un ala, y oí de nuevo aquel sonido desgarrador y crujiente. ¡Ay, qué dulce agonía debió de causarle aquello, *con la piel rajándose en vez de estirarse, y el aceite hirviente introduciéndose por las grietas!*
Aun así, lo consiguió a medias y empezó a deslizarse como antes y, como antes, chocó contra un árbol y cayó rodando entre los pinos hasta perderse de vista.
Dejó unas cuantas chispas y pequeñas llamas volando sin rumbo en el aire, numerosos murciélagos chamuscados delante de la luna y un olor persistente a carne quemada. Y eso fue todo.
Yo no estaba convencido de que hubiese muerto, pero sí de que no volvería aquella noche. Había llegado el momento de celebrar mi triunfo.
Apagué el fuego que había prendido en la madera seca, apagué también los braseros ardientes y me dirigí cansadamente a las habitaciones de Faethor. Allí había buen vino, que sorbí primero con cautela y engullí después a grandes tragos.
Espeté faisanes, partí una cebolla, mordisqueé pan seco y bebí vino hasta que las aves estuvieron bien asadas. Y entonces cené como un príncipe. Sí, fue una buena cena, la primera desde hacía mucho tiempo, y sin embargo... faltaba algo. No sabía exactamente qué. Estúpido de mí, todavía me consideraba un hombre. Aunque en otros aspectos, ¡era *todavía un hombre!*
Tomé una jarra de piedra llena del mejor vino y me dirigí, ya tambaleante, en busca de la dama de la habitación cerrada. Ella no deseaba recibirme, pero yo no estaba para discusiones. La poseí una y otra vez; la penetré de todas las maneras que pude imaginar. Sólo cuando estuvo agotada y se durmió, me dormí yo también.
Y así, el castillo de Faethor Ferenczy se convirtió en mi castillo...

Capítulo 10

La aureola de fuego azul de Harry Keogh brillaba en el claro de bosque inmóvil sobre el arruinado mausoleo de Thibor; su mente incorpórea registraba el paso del tiempo. En el continuo de Möbius, el tiempo era un concepto que casi no significaba nada; pero aquí, en

las primeras y bajas estribaciones de los Cárpatos Meridionales, era muy real, y el vampiro muerto todavía no había acabado de contar su historia. La parte importante, para Harry, para Alec Kyle y para INTPES, no había llegado todavía; pero Harry comprendió que no debía pedir directamente la información que deseaba. Podía, solamente, incitar a Thibor a llegar a su amargo fin.

Prosigue, lo apremió, cuando la pausa del vampiro amenazó con alargarse de modo indefinido.

¿Qué? ¿Proseguir? Thibor pareció ligeramente sorprendido. *¿Qué más he de contar? Mi historia se ha acabado.*

Sin embargo, me gustaría saber algo más. ¿Te quedaste en el castillo, tal como había ordenado Faethor, o regresaste a Kiev? ¿Terminaste tus días aquí, en Valaquia, en estos montes cruciformes? ¿Cómo sucedió?

Thibor suspiró.

Creo que ha llegado el momento de que tú me digas algunas cosas. Hicimos un trato, Harry.

¡Ya te lo advertí, Harry Keogh!, dijo el espíritu de Boris Dragosani, más avisado que el de Thibor. *Nunca hagas tratos con un vampiro. Pues siempre saldrá ganando el diablo...*

Harry sabía que Dragosani tenía razón. Conocía de buena tinta la astucia de Thibor; se necesitaba mucha para derrotar a Faethor Ferenczy.

Un trato es un trato, dijo. *Cuando Thibor se haya explicado, también lo haré yo. Y ahora, Thibor, sepamos el resto de la historia.*

Está bien, dijo él. *Esto es lo que sucedió...*

Algo me despertó. Creí oír un ruido como de madera al desgajarse. Estaba aturdido por los excesos de la noche (todos los excesos de la noche, de los que la lucha con Faethor había sido solamente el primero), pero sin embargo me despabilé. Yacía desnudo en el lecho de la dama, cuando ella, que estaba junto a la puerta cerrada, se acercó. Sonreía de un modo extraño y tenía las manos cruzadas detrás de la espalda. Mi turbia mente no vio nada que temer. Si la mujer hubiese pretendido escapar, habría podido quitarme fácilmente la llave del bolsillo. Pero, cuando iba a sentarme, su expresión cambió, cargándose de odio y de lascivia. No la lascivia humana de la noche pasada, sino la inhumana propia de los vampiros.

Descubría las manos y, en una de ellas, llevaba una astilla de roble arrancada del agujero de la puerta. ¡Un afilado cuchillo de madera dura!

«No clavarás ninguna estaca en mi corazón, señora, le dije, y le arranqué la astilla de la mano antes de darle un fuerte empujón.*

Mientras ella silbaba y gruñía en un rincón, me vestí, salí y cerré la puerta con llave. Debía tener más cuidado en lo sucesivo. Ella habría podido salir sin problemas y abrir la puerta del castillo para que entrase Faethor,.., si aún vivía...

Era obvio que había tenido más interés en liquidarme a mí que en cuidar de él.

Podía haber sido su amo, ¡pero esto no quería decir que le gustase! Comprobé la segundad del castillo. Todo estaba como antes. Me asomé para mirar a Ehrig y a la otra mujer. Al principio creí que se estaban peleando, pero no era así.

Entonces subí al recinto almenado. Un sol débil atisbaba a través de unas nubes oscuras y móviles, cargadas de lluvia. Tuve la sensación de que me miraba ceñudo. Ciertamente, no me gustaba la sensación de sus débiles rayos sobre los brazos y el cuello descubiertos y, al poco rato, me alegré de volver al interior del edificio. Y allí me encontré con que me sobraba el tiempo, y lo empleé para registrar el castillo con mayor minucia que antes.

Busqué un botín y lo encontré: platos y copas de oro, muy antiguos; un puñado de gemas; un cofrecillo lleno de sortijas, collares, ajorcas y otros objetos en metales preciosos. Lo suficiente para vivir con comodidad toda una vida. Al menos, toda una vida normal. En

cuanto a lo demás: habitaciones vacías, colgaduras deshilachadas y muebles carcomidos, un ambiente general de tristeza y decadencia. Era opresivo, y decidí marcharme de allí lo antes posible. Pero primero quería asegurarme de que el Ferenczy no estaba acechándome.
Al anochecer, cené y me adormecí delante del fuego en las habitaciones de Faethor. Al avanzar la noche, sin embargo, ésta me trajo ideas inquietantes que empezaron a hurgar en el fondo de mi mente, pero que no salían a la superficie.
Los lobos volvían a dar señales de vida, pero sus aullidos parecían lúgubres, lejanos. No había murciélagos. El fuego me adormecía...
Thibor, hijo mío, *dijo una voz.* ¡Ponte en guardia!
Me desperté de golpe, me puse en pie de un salto, agarré la espada.
¡Oh! Ja, ja, ja!, *rió la misma voz.*
¡Pero allí no había nadie!
«¿Quién es?», grité, aunque sabía ya quién era. «¡Aparece, Faethor, pues sé que estás aquí!» No sabes nada. Ve a la ventana.
Miré inquieto a mi alrededor. La habitación estaba llena de sombras, proyectadas por las llamas, pero estaba claro que me encontraba solo. Entonces pensé que al oír la voz del Ferenczy, no la había «oído» en realidad. Había sido como una idea en mi cabeza, pero no una idea mía.
¡Ve a la ventana, imbécil!, *dijo de nuevo la voz, y de nuevo me sobresalté.*
Impresionado, me dirigí a la ventana y aparté las cortinas. En el exterior empezaban a brillar las estrellas y salía la luna, y los misteriosos aullidos de los lobos resonaban desde los picachos lejanos.
¡Mira!, *dijo la voz.* ¡Mira!
Volví la cabeza como dirigida por una voluntad ajena. Miré hacia arriba hacia la última cadena de montañas, una silueta negra contra los últimos destellos del sol en el ocaso. Allá arriba, muy lejos, brilló algo, captó los rayos del sol y los dirigió hacia mí. Cegado por aquel resplandor, levanté un brazo y me eché atrás.
¡Ah! ¡Ah! Mira cómo duele, Thibor, ¡Prueba tu propia medicina! Es el sol, que una vez fue tu amigo. Pero ya no lo es.
«No me ha dolido!», grité, volviendo a la ventana, y sacudí el puño hacia las montañas. «Sólo me has sorprendido. ¿Eres realmente tú, Faethor?» ¿Quién más podía ser? ¿Me creías muerto?
«¡Te quería muerto!» Entonces tu voluntad es débil.
«Quién te acompaña?», pregunté, rindiéndome a la extrañeza de todo aquello. «No tus mujeres pues las tengo yo. ¿Quién hace ahora señales con los espejos? No eres tú quien juega con el sol.» El espejo me enfocó de nuevo, pero me eché a un lado.
Los míos van donde yo voy, *respondió la voz.* Transportan mi cuerpo quemado y ennegrecido, hasta que sane de nuevo. Tú has ganado este asalto, Thibor, pero el combate no ha terminado.
«Has tenido suerte, viejo cabrón», lo desafié. «No serás tan afortunado la próxima vez.» Escucha. *Hizo caso omiso de mi baladronada.* Has despertado mi cólera. Y *serás* castigado. El grado del castigo dependerá de ti. Quédate aquí y guarda mis tierras y mi castillo y todo lo que es mío, durante mi ausencia, y seré compasivo.
Desobedece y...
«Y qué?» Y conocerás los tormentos del infierno por toda la eternidad. ¡Yo, Faethor Ferenczy, te lo juro!
«Faethor, yo sólo dependo de mí. Aunque tuviese que servir, nunca podría llamarte mi amo. Debes saberlo, pues hice todo lo posible para destruirte.» Thibor, tú no lo comprendes todavía, pero te he dado muchas cosas, grandes poderes, sí, pero te he dado

también varias grandes debilidades. Los hombres corrientes descansan en paz cuando mueren. La mayoría de ellos...
Comprendí que lo último que había dicho era una especie de amenaza. Estaba en su voz; una CONDENA dictada en un murmullo.
«¿Qué quieres decir?», pregunté.
Desafíame y lo sabrás. Lo he jurado. Y por ahora, ¡adiós!
Y se fue.
El espejo centelleó una vez más, como una estrella brillante sobre la lejana cordillera, y después, también él desapareció...
Estaba harto de vampiros y de vampiresas. Encerré a mi compañera de la última noche en la mazmorra, con su hermana y Ehrig y aquella cosa subterránea, y dormí en un sillón, delante del fuego, en las habitaciones de Faethor. Amaneció y ya no había nada que pudiese demorar mi partida. Salvo..., sí, tenía que hacer algunas cosas antes de marcharme de allí. El Ferenczy me había amenazado y yo no me tomaba a la ligera las amenazas.
Salí del castillo, maté un par de gordos conejos con el arco y los llevé al calabozo. Los mostré a Ehrig y le dije lo que quería y que él tenía que ayudarme.
Juntos atamos y amordazamos a las mujeres y las arrojamos a un rincón de la mazmorra. Después, aunque él protestó a gritos, até y amordacé también a Ehrig y lo puse al lado de las mujeres. Por último, rajé los conejos por la mitad y arrojé sus cuerpos ensangrentados sobre el suelo negro, donde estaban levantadas las losas.
Entonces sólo fue cuestión de esperar, pero no por mucho tiempo. Al poco rato, un tentáculo de carne leprosa surgió para explorar la fuente de sangre fresca; salió a tientas del esponjoso suelo, apartándolo a un lado, y yo tomé, en un abrir y cerrar de ojos, aquello que quería. Dejé atados a Ehrig y las mujeres, atranqué la puerta y subí a la base de la torre. Encima de la mazmona, una escalera de caracol se hallaba enroscada a un pilar central. Destrocé muebles y amontoné los pedazos alrededor de aquel pilar. Saqueé el castillo, rompiendo todos los muebles que encontraba y, repartiendo la madera entre las torres. Después vertí aceite sobre todas las tablas del terrado almenado, así como en el salón y las habitaciones que cruzaban la garganta y en todas las escaleras.
Cuando hube terminado, había empleado media mañana en mi trabajo.
Salí del castillo con mi botín, caminé un corto trecho y lo miré de nuevo, por última vez; entonces volví atrás y prendí fuego a la puerta abierta y al puente levadizo. Y sin mirar nunca atrás, empecé a desandar mi camino hacia Moupho Alde Ferenc Yabórov.
Al mediodía, me encontré con mis cinco valacas restantes, que venían en mi busca. Me vieron bajar por el sendero del acantilado y me esperaron en la depresión rocosa de su base.
«¡Hola, Thiborl», me saludó el más viejo cuando me reuní con él. Miró detrás de mí. «Ehrig y Vasily, ¿no vienen contigo?» «Están muertos.» Señalé con la cabeza hacia los picachos. «Allá atrás».
Ellos miraron y vieron la columna de humo blanco que se elevaba como un hongo extraño hacia el cielo.
«La casa del Ferenczy», les dije. «La he incendiado.» Entonces los miré más severamente.
«¿Por qué habéis tardado tanto en venir a buscarme? ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cinco o seis semanas?» «Esos malditos gitanos, ¡los szgany!», *gruñó su portavoz. «Cuando nos despertamos, la mañana después de que os marchaseis los tres, el pueblo estaba casi desierto. Sólo quedaban mujeres y niños. Tratamos de averiguar lo que sucedía, pero nadie parecía saberlo, o no querían decirlo. Esperamos dos días y, entonces, emprendimos la marcha para seguirte. Pero los varones* szgany *desaparecidos nos estaban esperando en el camino. Éramos cinco contra más de cincuenta de ellos. Nos cerraron el paso y,*

además, tenían la ventaja de unas buenas posiciones en las rocas.» Se encogió de hombros, incómodo, y trató de no parecer confuso. «De nada os habríamos servido si hubieseis estado muertos, Thibor.» Asentí con la cabeza y hablé con voz pausada.
«Y sin embargo, ahora habéis venido, ¿eh?» «Porque ellos se han ido.» Se encogió nuevamente de hombros. «Cuando nos detuvieron, volvimos a lo que llamaban su "pueblo". Ayer por la mañana, las mujeres y los niños empezaron a marcharse solos o en parejas, o en pequeños grupos aquí y allá. No querían hablar y parecían terriblemente afligidos, ¡como si llevasen luto por alguien, o algo parecido!. Hoy, al amanecer, el lugar estaba vacío, salvo por un gran jefe, él se hace llamar "príncipe", su bruja y un par de nietos.
Tampoco quiso decir nada y, a fin de cuentas, parece medio imbécil. Por consiguiente, subí solo por el sendero, con disimulo, y descubrí que todos los hombres se habían ido también. Entonces llamé a estos muchachos para que viniesen conmigo en tu busca. Aunque, a decir verdad, ¡pensábamos que habrías muerto!» «No habría sido nada de extraño», le respondí; «pero estoy vivo. Toma», y le arrojé una bolsita de cuero, «lleva esto. Y tú...» di mi botín a otro, «carga con esto.
Pesa mucho y lo he llevado ya demasiado tiempo. En cuanto al trabajo que se nos encomendó, ha quedado terminado. Esta noche dormiremos en el pueblo; mañana emprenderemos el regreso a Kiev para ver a un embustero, tramposo e intrigante príncipe Vladimir Svyatoslavich».
«¡Uf!» *El portavoz alargó el brazo con el que sostenía la bolsa. «Hay algo vivo aquí dentro. ¡Se mueve!» Yo reí entre dientes.*
«Sí, llévalo con cuidado... y esta noche mételo en una caja, con bolsa y todo.
Pero no te duermas con ella cerca...» Entonces bajamos al pueblo. Durante el camino, oí que hablaban entre ellos, principalmente de las molestias que les habían infligido los szgany. *Propusieron incendiar el pueblo. No se lo permití.*
«No», dije, «los szgany *son fieles a su manera. Fieles a ellos mismos. Y en todo caso, van de un lado a otro, a su antojo. ¿Qué ganaríamos incendiando un pueblo deshabitado?» Y no se habló más de aquello...*
Aquella noche fui a ver al anciano príncipe szgany *y le dije que saliese. Salió a la frescura del claro de bosque y me saludó. Me acerqué a él y me miró con dureza; oí que jadeaba.*
«Viejo jefe», le dije, «mis hombres querían incendiar el pueblo, pero yo se lo he prohibido. No tengo ninguna queja de ti ni de los szgany.» *Era moreno y arrugado como el tronco de un árbol, sin dientes, corcovado.*
Sus ojos negros eran oblicuos y parecían no ver con demasiada claridad, pero estuve seguro de que me veía. Me tocó con una mano temblorosa y me agarró el brazo por encima del codo.
«¿Valaco?», preguntó.
«Lo soy, y pronto volveré allí», le respondí.
Asintió con la cabeza y dijo:
«Tú... ¡Ferengi!».
No era una pregunta.
«Me llamo Thibor», le dije. Y cediendo a un impulso: «Thibor... Ferenczy, sí».
Él asintió de nuevo con la cabeza.
«Tú... ¿wamphyri?» *Empecé a sacudir la cabeza para negarlo, pero me detuve. Sus ojos estaban taladrando los míos. El lo sabía,* Y *yo también, ahora de fijo.*
«Sí», dije, «wamphyri».
Aspiró fuertemente y exhaló despacio el aire.
«¿Adonde irás, Thibor el Valaco, hijo del Viejo?», preguntó.

«Mañana iré a Kiev», respondí con hosquedad. «Tengo un asunto pendiente allí. Después, me iré a casa.» «¿Un asunto?» Lanzó una risa cascada. «¡Ah, un asunto!» Me soltó el brazo y se puso serio.
«Yo también iré a Valaquia. Muchos szgany *allí. Tú necesitas* szgany. *Te encontraré allí.» «¡Muy bien!», le dije.*
Se echó atrás, giró sobre sus talones y entró de nuevo en su choza...
Salimos del bosque y llegamos a Kiev avanzada la tarde. En las afueras encontré un lugar donde descansar y comprar un pellejo de vino. Envié a cuatro de mis cinco hombres a la ciudad. Pronto empezaron a volver, trayendo con ellos a miembros eminentes de mi ejército de campesinos; lo que quedaba de él. La mitad había sido atraída por Vladimir y luchaba en esos momentos contra los pechenegi; el resto permanecía fiel; se habían escondido y me esperaban.
Sólo había un puñado de soldados del Vlad en la ciudad; incluso la guardia de palacio combatía lejos de allí. El príncipe tenía sólo una veintena de hombres en la corte; sus guardaespaldas personales. Esto era parte de las noticias, pero había más; aquella noche debía celebrarse un pequeño banquete en palacio, en honor de algún boyardo lameculos. Me invité a él.
Llegué al palacio solo, o al menos esto debió parecer. Crucé los jardines entre el ruido de las risas y el jolgorio del gran salón. Unos hombres armados me cerraron el paso; me detuve y los observé.
«¿Quién vive?», me increpó el jefe de la guardia.
Me descubrí.
«Thibor de Valaquia, el voevod *del príncipe. Él me envió a una misión y estoy de regreso.» Durante el camino, había pasado de forma deliberada por lodazales. La última vez que había estado allí, el Vlad me había ordenado que vistiese de etiqueta, que no llevase armas y me hubiese bañado y compuesto. Yo iba armado hasta los dientes, no me había afeitado y estaba sucio y desgreñado. Apestaba más que un campesino y me alegraba de ello.*
«¿Vas a entrar ahí de esa manera?» El jefe de la guardia estaba asombrado.
Frunció la nariz. «Lávate, hombre, ponte ropa limpia ¡y tira las armas!» Lo miré encolerizado.
«¿Cómo te llamas?», le pregunté con altivez.
«¿Por qué?», preguntó él a su vez, y dio un paso atrás.
«Para decírselo al príncipe. Hará cortar las pelotas a quien me impida la entrada esta noche. Y si no las tienes, ¡te cortarán la cabeza! ¿No te acuerdas de mí? La última vez que vine aquí, fui a una iglesia, y traje una bolsa de dedos pulgares.» Le mostré la de cuero que traía ahora. Palideció.
«Ahora me acuerdo. Te... te anunciaré. Espera aquí» Lo agarré del brazo, lo atraje hacia mí. Le mostré los dientes, en una sonrisa lobuna, y silbé:
«No, *¡tú espera aquí!» Una docena de mis hombres salieron de entre los árboles, se llevaron un dedo admonitorio a los labios y empujaron al jefe de la guardia y a los suyos.*
Seguí adelante. Entré en el palacio y en el gran salón, sin impedimentos.
Bueno, dos guardaespaldas reales me cerraron el paso en la puerta, pero los aparté con tal brusquedad a un lado que a punto estuvieron de caerse, y cuando se recobraron, yo me encontraba ya entre los que se estaban divirtiendo. Caminé hasta el centro de la estancia. Me detuve, me volví lentamente y miré ceñudo a mi alrededor. El ruido se fue apagando. Reinó un silencio inquieto. En alguna parte, una dama rió; una risita que fue rápidamente silenciada.

Entonces, todos se apartaron de mí. Varias damas parecieron a punto de desmayarse. Desde luego, olía a basura, pero ese olor era fresco y limpio a mi olfato, comparado con los perfumes de la corte.
Se apartaron, pues, y allí estaba el príncipe, sentado a una mesa repleta de manjares y bebida. Tenía una sonrisa helada en el semblante, que se convirtió en una máscara de plomo al verme. Y al fin me reconoció. Se puso en pie.
«¡Tú!», exclamó.
«Sí, mi príncipe.» Hice una profunda reverencia y me erguí.
Él se había quedado sin habla. Poco a poco, su rostro enrojeció. Por fin dijo:
«¿Es una broma? Vete de aquí... ¡vete!» *Señaló la puerta con un dedo tembloroso. Vanos hombres se estaban acercando a mí, con sus manos en las empuñaduras de las espadas. Corrí hacia la mesa del Vlad, salté encima de ella, desenvainé la mía y apoyé la punta en el pecho del príncipe.*
«¡Diles que no se acerquen más!», gruñí.
Él levantó las manos y sus guardaespaldas se echaron atrás. Tiré a patadas platos y copas, delante de él, y arrojé la bolsa en el espacio que había quedado libre.
«¿Están aquí tus sacerdotes cristianos griegos?» Asintió con la cabeza y les hizo una seña. Ellos se adelantaron, con sus hábitos sacerdotales; agitaban las manos y murmuraban en su lengua extranjera.
Eran cuatro.
Por fin comprendió el príncipe que su vida estaba en peligro. Miró la punta de mi espada, ligeramente apoyada en su pecho, me miró, apretó los dientes y se sentó. Mi espada siguió sus movimientos. Ahora pálido, se dominó, tragó saliva y dijo:
«¿Qué significa esto, Thibor? ¿Quieres que te acusen de alta traición? Envaina la espada y hablaremos.» «Mi espada se quedará donde está, ¡y sólo tenemos tiempo para lo que yo *tengo que decir!», le dije.*
«Pero...» «Ahora escucha, príncipe de Kiev. Me enviaste a una misión desesperada, y lo sabes. ¿Qué? ¿Yo y mis siete hombres, contra Faethor Ferenczy y sus szgany?
¡Vaya una broma! Pero, mientras yo estaba lejos, podías quitarme mis mejores hombres y, si yo tenía suerte..., tanto mejor. Si fracasaba, como tú creías, no se habría perdido gran cosa.» Lo miré echando chispas por los ojos. «¡Fue una traición!» *«Pero...», empezó a decir, temblándole los labios.*
«Pero aquí estoy, vivito y coleando, y si apretase un poco con la punta de la espada y te matase, estaría en todo mi derecho. No según tus leyes, pero sí según las mías. Oh, no te espantes; no te mataré. Me basta con que todos los que se encuentran aquí conozcan tu traición. En cuanto a mi "misión", ¿recuerdas lo que me ordenaste que hiciese? "Tráeme la cabeza de Ferenczy, su corazón y su estandarte", dijiste. Muy bien, en este mismo instante, su estandarte ondea en lo alto del palacio. El suyo y el mío, pues lo he tomado como propio. Y en cuanto a su cabeza y su corazón, he hecho algo mejor. ¡Te he traído la esencia misma del Ferenczy!» El príncipe Vladimir miró la bolsa que tenía delante y frunció una comisura de los labios.
«Ábrela», le ordené. «Saca lo que hay dentro. Y que tus sacerdotes se acerquen más. Mira lo que te he traído.» Observé que, entre los numerosos cortesanos e invitados, se acercaban unos hombres de cara hosca. Eso no podía durar mucho más. Cerca de mí, una alta ventana en arco daba sobre una galería y los jardines detrás de ésta. Las manos de Vladimir temblaron al acercarlas a la bolsa.
«Ábrela!», *grité, pinchándolo con la espada.*
Tomó la bolsa, tiró de la correa y vertió el contenido sobre la mesa. Todos miraron, espantados.
«¡La esencia *misma del Ferenczy!», silbé.*

Aquello tenía el tamaño de un perrito, pero un color enfermizo, una forma de pesadilla. Es decir, ninguna forma, sino una traza morbosa. Podía ser una babosa, un feto, una lombriz extraña. Se retorció bajo la luz, brotaron unos dedos inseguros y formó un ojo. Después apareció una boca, y unos dientes curvos y afilados. El ojo era blando y estaba húmedo. Miró a su alrededor, mientras la boca masticaba en el vacío.

El Vlad estaba sentado allí, pálido como la muerte, el semblante torcido de un modo grotesco. Me eché a reír cuando aquella cosa empezó a acercársele, y él lanzó un grito y cayó de espaldas, volcando el sillón. La cosa no había pretendido hacerle daño; no pretendía *nada. Más grande y hambrienta hubiese podido ser peligrosa, o a solas con un hombre dormido en una habitación a oscuras; pero no allí, y con luz. Yo lo sabía, pero Vladimir y su corte lo ignoraban.*

«Vrykoulakas, vrykoulakas!», *empezaron a gritar los sacerdotes griegos.*

Tras lo cual, y aunque pocos sabían lo que quería decir aquella palabra, el gran salón se convirtió en escenario de un caos furioso. Las damas gritaron y se desmayaron; todos se apartaron de la mesa grande; los invitados se apretujaron en la puerta. Para hacer justicia a los griegos, hay que decir que fueron los únicos que tenían idea de lo que había que hacer. Uno de ellos tomó una daga y clavó aquella cosa en la mesa. Pero la cosa se abrió enseguida y se desprendió como agua de la hoja. El sacerdote la clavó de nuevo y gritó:

*«Traed fuego, ¡*quemad *eso!» En la confusión reinante, salté de la mesa, subí al antepecho de la ventana y pasé a la galería baja. Cuando saltaba de ésta al jardín, aparecieron dos caras irritadas en la ventana detrás de mí. Los guardaespaldas del Vlad, valientes y desafiadores, ahora que el peligro había pasado. Aunque para ellos no fue así. Miré hacia atrás. Ahora estaban los dos en la galería.*

Gritaban y blandían las espadas. Me agaché. Silbaron flechas, disparadas desde el oscuro jardín; uno de los perseguidores fue alcanzado en el cuello; el otro, en la frente. El ruido era estruendoso en el salón, pero no había más perseguidores.

Sonreí y me alejé...

Aquella noche acampamos en los bosques de las cercanías. Todos mis hombres durmieron, pues no dispuse turnos de guardia. Nadie se nos acercó.

Por la mañana, cruzamos la ciudad en nuestros caballos y nos dirigimos al oeste, hacia Valaquia. Mi nuevo estandarte seguía ondeando en su asta sobre la fachada del palacio. Por lo visto, nadie se había atrevido a quitarlo de allí mientras yo estuve cerca. Se lo dejé como recordatorio: el dragón, encima de él, el murciélago, y encima de los dos, la lívida cabeza diabólica del Ferenczy. Durante los siguientes cinco siglos, aquellos serían mis emblemas...

Mi historia ha terminado, dijo Thibor. *Ahora te toca a ti, Harry Keogh.*

Harry había conseguido algo de lo que quería, pero no todo.

Dejaste que Ehrig y las mujeres se quemasen, dijo, con disgusto. *Las mujeres... eran vampiresas, y lo comprendería. Pero ¿no habría sido mejor darles una muerte digna? ¿Tenían que ser quemadas vivas? Habrías podido hacerlo menos doloroso para ellas. Habrías podido...*

¿Decapitarlas? Thibor pareció despreocupado; se encogió *mentalmente* de hombros.

En cuanto a Ehrig, ¡había sido amigo tuyo!, exclamó Harry.

Lo había sido, sí. Pero el mundo era muy duro hace mil años, Harry. Y de todos modos, te equivocas: no dejé que se quemasen. Estaban muy por debajo de la torre. La madera que amontoné alrededor del pilar central tenía que arruinarlo, hacer caer los peldaños de piedra en la caja de la escalera y bloquearla para siempre. Quemarlos, no; ¡sólo los enterré!

Harry se estremeció al oír el tono morboso y siniestro de la voz de Thibor.

Esto es aún peor, dijo.
Querrás decir mejor, lo contradijo el monstruo, y rió entre dientes. *Y mejor de lo que yo nunca había presumido. Pues entonces no sabía que vivirían allá abajo para siempre. Ja, ja! ¿Es* esto *horrible, Harry? Incluso ahora están allá abajo.*
Momificados, sí, pero todavía «vivos» a su manera. Secos y resecos como huesos viejos, trozos de cuero y de cartílago y...
Thibor se detuvo en seco. Había percibido el agudo interés de Harry, la manera intensa y calculadora con que lo captaba todo y lo analizaba. Harry trató de dar marcha atrás, de cerrar su mente al otro. Pero Thibor lo percibió también.
De pronto he tenido la impresión, dijo lentamente, *de que he hablado demasiado. Es impresionante saber que incluso una criatura muerta debe guardarse sus pensamientos. Tu interés en todos estos asuntos es más que casual.*
Me pregunto por qué.
Dragosani, que había guardado silencio durante largo rato, lo rompió con una carcajada.
¿No es evidente, viejo diablo?, dijo. *¡El ha sido más listo que tú! ¿Por qué tiene tanto interés? Porque hay vampiros en el mundo, en su mundo, ¡precisamente ahora! Es la única respuesta. Y Harry Keogh ha venido aquí, para que tú le informes sobre ellos. Necesita saber más acerca de ellos por mor de su organización de espionaje y del mundo. Y ahora dime:* ¿necesita *realmente contarte las actuales circunstancias de aquel inocente a quien tú corrompiste cuando estaba aún en el vientre de su madre? ¡Te lo ha dicho* ya! *El muchacho vive y, sí, ¡es un vampiro!* Y la voz de Dragosani se extinguió...
Se hizo un silencio en el inmóvil claro del bosque, donde solamente la aureola de neón de Harry iluminaba la oscuridad para dar una indicación del drama que se estaba representando allí. Por fin, habló de nuevo Thibor:
¿Es verdad? ¿Vive? ¿Y es...?
Sí, le dijo Harry. *Vive... como un vampiro... por ahora.*
Thibor hizo caso omiso de las implicaciones de las últimas palabras.
Pero ¿cómo sabes que es... wamphyri?
Porque ya trabaja para el mal. Por eso tenemos que acabar con él..., yo y otros que trabajan para la misma causa. Y está claro que debemos destruirlo antes de que «se acuerde» de ti y venga a buscarte. Dragosani ha dicho que te levantarías de nuevo, Thibor. ¿Qué dices a esto?
Dragosani es un imbécil insolente que no sabe nada. Yo lo engañé, tú lo engañaste; tan bien que lo ayudaste a que se destruyera él mismo. Bueno, ¡cualquier chiquillo podría poner en ridículo a Dragosani!. No le hagas caso.
¡Ah!, gritó Dragosani. *Conque soy un imbécil, ¿eh? Escúchame, Harry Keogh, y te diré exactamente cómo empleará ese tortuoso y viejo demonio lo que hizo.*
Primero...
¡CÁLLATE! Thibor estaba furioso.
¡No me callaré!, gritó Dragosani. *Por tu culpa estoy aquí, soy un fantasma, ¡nada! ¿Tengo que quedarme quieto, mientras te preparas para levantarte y andar por ahí? Escúchame, Harry. Cuando aquel joven...*
Pero esto era más de lo que Thibor podía aguantar. Empezó una terrible algarabía mental, un estruendo de aullidos telepáticos de los que Harry no pudo entender una sola palabra, y no tan sólo de Thibor, sino también de Max Batu, quien se había puesto de parte de Thibor; resultaba comprensible que el mongol muerto estuviera en contra de su asesino.
No oigo nada, dijo Harry, tratando de hacerse oír por Dragosani en aquel estruendo. *¡Absolutamente nada!*
La cacofonía telepática prosiguió, más fuerte, más insistente que nunca. En vida, Max Batu había sido capaz de concentrar el odio en una mirada que podía matar; muerto, su

concentración no le había fallado; el estrépito mental que creaba era mayor que el de Thibor. Y como aquello no requería ningún esfuerzo físico, era probable que continuasen de forma indefinida. La voz de Dragosani fue literalmente ahogada.
Harry intentó levantar la suya sobre las otras tres:
Si os dejo ahora, ¡podéis estar seguros de que no volveré!
Pero incluso al formular la amenaza, se dio cuenta de que tenía poca fuerza.
Thibor estaba gritando por su vida, por la clase de vida que no había conocido desde el día en que lo enterraron allí hacía quinientos años. Aunque los otros se calmasen, él seguiría vociferando.
Estaban en punto muerto. Y en todo caso, era demasiado tarde.
Harry sintió el primer tirón de una fuerza que no podía resistir, una fuerza que lo atraía como es atraída una brújula hacia el norte. Harry hijo se movía de nuevo; acababa de despertar para su alimentación acostumbrada. Durante la próxima hora, el padre debía confundirse una vez más con su hijo pequeño.
El tirón se hizo más fuerte; era como una contracorriente que empezaba a arrastrar a Harry. Éste buscó una puerta de Möbius, la encontró y se encaminó hacia ella.
En el mismo instante, cuando pretendía entrar en el continuo de Möbius, algo que no era Harry hijo se agitó; algo en la tierra donde yacían desparramados los cascotes de la tumba de Thibor. Tal vez el intenso griterío mental lo había molestado. Quizás había sentido la importancia del momento. Sea como fuere, se movió, y Harry Keogh lo vio.
Grandes trozos de piedra fueron arrojados a un lado; tres raíces se rompieron con gran estruendo cuando algo macizo se irguió debajo de ellas; la tierra saltó en un rocío negro al desenroscarse un seudópodo gordo como un tonel y elevarse hasta casi la altura de los árboles. Osciló entre las copas y fue atraído de nuevo hacia abajo. Harry lo vio, cruzó la puerta y entró en el continuo de Möbius. E incorpóreo como era, se estremeció no obstante al volar a través del hasta ahora hipotético espacio hacia la mente de su hijo. En la suya, este simple pensamiento:
¡Hay que limpiar el suelo!
Domingo, 10 de la mañana. Bucarest. La Oficina de Intercambios Culturales y Científicos (URSS), con sede en un museo transformado, de muchas cúpulas, adecuadamente situado cerca de la universidad rusa. Un empleado uniformado y soñoliento abrió la verja de hierro forjado y salió un Volkswagen Variant negro a las calles tranquilas para dirigirse a la autopista de Pitesti.
Sergei Gulhárov conducía el coche; Félix Krakovitch viajaba a su lado, y Alec Kyle, Carl Quint y una rumana de mediana edad, sumamente delgada, de nariz aguileña y con gafas, en el asiento trasero. La mujer era Irma Dobresti, funcionaria de alto rango del Ministerio de Tierras y Propiedades, y discípula fiel de la Madre Rusia.
Como Dobresti hablaba inglés, Kyle y Quint tenían más cuidado que de costumbre en lo que decían. No era porque tuviesen miedo de que se les escapase algo acerca de su misión, pues ella lo vería por sí sola, sino simplemente porque temían descuidarse y hacer algún comentario sobre la propia mujer. Y no es que fuesen particularmente rudos o groseros, sino que Irma Dobresti *era* una clase de mujer muy peculiar.
Llevaba los negros cabellos recogidos en un moño; vestía casi de uniforme:
zapatos, falda, blusa y chaqueta de un gris oscuro. No iba maquillada ni lucía ninguna joya, y todas sus facciones eran duras y hombrunas. En lo tocante a curvas y otros atractivos femeninos, la naturaleza parecía haberse olvidado por completo de Irma Dobresti. Su sonrisa, que le hacía mostrar unos dientes amarillos, se encendía y apagaba como una débil luz, y en las pocas ocasiones en que hablaba, su voz era grave como la de un hombre, y sus palabras, categóricas y siempre acertadas.

—Si yo no fuese tan delgada —dijo, cometiendo un error gramatical sin importancia al intentar una conversación casual—, este largo viaje *es* muy incómodo.
Estaba sentada en el extremo de la izquierda; Quint, en medio, y Kyle, a su derecha.
Los dos ingleses se miraron. Después, Quint sonrió amablemente.
—Es verdad —dijo—. Su delgadez es muy conveniente.
—Bien —dijo ella, con un breve asentimiento de cabeza.
El coche aceleró al salir de la ciudad y entró en la autopista...
Kyle y Quint habían pasado la noche en el Hotel Dunarea, en el centro de la ciudad, mientras que Krakovitch había estado la mayor parte de ella estableciendo relaciones y arreglando cosas. Esa mañana, con semblante macilento y ojeroso, se había reunido con ellos para el desayuno. Gulhárov los había recogido, y se habían dirigido a la Oficina de Intercambios, donde Dobresti había recibido instrucciones de un oficial soviético de enlace. Había conocido a Krakovitch la noche antes. Ahora se adentraron en el campo rumano, siguiendo un trayecto que Krakovitch conocía muy bien.
—En realidad —dijo, reprimiendo un bostezo—, esto no es muy sorprendente.
Me refiero a venir aquí. —Se volvió a mirar a sus invitados—. Conozco este lugar.
Después de aquel asunto en el *château* Bronnitsy, cuando el jefe del Partido, Brezhnev, me designó para el cargo, me ordenó que averiguase todo lo posible acerca... acerca de lo que había ocurrido. Sospeché que Dragosani estaba en el fondo de aquello. Por eso vine aquí.
—¿Quiere decir que siguió sus antiguas huellas? —preguntó Kyle.
Krakovitch asintió con la cabeza.
—Cuando Dragosani tiene vacaciones, siempre viene aquí, a Rumania. No tiene familia ni amigos, pero viene aquí.
Quint hizo una señal de asentimiento.
—Nació aquí. Rumania era su patria.
—Y aquí tenía un amigo —añadió Kyle a media voz.
Krakovitch bostezó de nuevo y miró a Kyle con ojos ligeramente enrojecidos.
—Así parece. En todo caso, solía llamar Valaquia a este país, no Rumania.
Valaquia es una región olvidada desde hace largo tiempo; pero no por Dragosani.
—¿Adonde vamos, exactamente? —preguntó Kyle.
—¡Esperaba que usted pudiese decírmelo! —dijo Krakovitch—. Usted dijo Rumania, y un lugar en las estribaciones de la cordillera, donde vivió Dragosani de muchacho. Por tanto, vamos allí. Nos alojaremos en un pequeño pueblo que a él le gustaba, en la carretera de Corabia-Calinesti. Deberíamos llegar allí en un par de horas. Después —y se encogió de hombros—, su parecer valdrá tanto como el mío.
—Oh, creo que podríamos hacer algo mejor —dijo Kyle—. ¿A qué distancia está Slatina del lugar donde nos alojaremos?
—¿Slatina? Oh, a unos...
—Ciento veinte kilómetros —dijo Irma Dobresti, a quien Krakovitch había dicho anteriormente el nombre del pueblo donde se alojarían; un nombre difícil y no significativo para los dos ingleses, pero que ella conocía muy bien. Un primo suyo había vivido allí—. Aproximadamente una hora y media de viaje.
—¿Quiere usted ir directamente a Slatina? —preguntó Krakovitch—. ¿Qué hay en Slatina?
—Podemos ir mañana —dijo Kyle—. Y pasar la noche haciendo planes. En cuanto a lo que hay en Slatina...
—Archivos —lo interrumpió Quint—. Habrá un registrador local, ¿verdad?
—¿Cómo? —Krakovitch no conocía el término.
—Una persona que anota las bodas y los nacimientos —le aclaró Kyle.
—Y las defunciones —añadió Quint.

—¡Ah!, comprendo —dijo Krakovitch—. Pero están ustedes equivocados si creen que los archivos de una pequeña población se remontarán a quinientos años atrás, hasta Thibor Ferenczy.
Kyle sacudió la cabeza.
—No se trata de eso. Nosotros tenemos nuestro propio vampiro, ¿se acuerda?
Sabemos que... *empezó* aquí. Y sabemos más o menos cómo. Queremos averiguar dónde murió Ilya Bodescu. Los Bodescu se hallaban en Slatina cuando él sufrió un accidente de esquí en los montes. Si podemos encontrar a alguien que hubiese intervenido en la recuperación de su cadáver, estaremos cerca de encontrar la tumba de Thibor. El vampiro estaba enterrado donde murió Ilya Bodescu.
—¡Bien! —dijo Krakovitch—. Tendría que haber un atestado de la policía, declaraciones, tal vez incluso un informe del forense.
—Lo dudo —dijo Irma Dobresti, sacudiendo la cabeza—. ¿Cuánto tiempo hace que murió aquel hombre?
—Dieciocho o diecinueve años —respondió Kyle.
—Una muerte por accidente. —Dobresti se encogió de hombros—. Nada sospechoso; no habrá informe del forense. Pero sí un atestado de la policía. Y también una nota del traslado en ambulancia.
Kyle empezó a tomarle simpatía.
—Es un buen razonamiento —dijo—. En cuanto a obtener estos informes de las autoridades locales, será de su incumbencia, señora...
—Nada de señora. Nunca he tenido tiempo. Llámeme Irma a secas, por favor.
—Sonrió, mostrando los dientes amarillos.
Su actitud en todo esto intrigó un poco a Quint.
—¿No le parece un poco extraño que estemos dando caza a un vampiro, Irma?
Ella lo miró y arqueó una ceja.
—Mis padres proceden de la montaña —dijo—. Cuando yo era pequeña, hablaban a veces de *wampir*. Aquí arriba, en los Cárpatos Meridionales, los viejos creen todavía en ellos. Antaño hubo grandes osos aquí, y tigres de colmillos como sables. Y antes, grandes reptiles..., ¿dinosaurios? Sí. Ahora ya no existen; pero *existieron*. Más tarde hubo una plaga que asoló el mundo. Todas estas cosas desaparecieron. Ahora, usted me dice que mis padres tenían razón, que también hubo vampiros. ¿Extraño? No, no me lo parece. Y si quiere usted cazar vampiros, ¿qué lugar mejor que Rumania?
Krakovitch sonrió.
—Rumania —dijo— ha sido siempre como una isla.
—Es verdad —convino Dobresti—. Pero esto no siempre es bueno. El mundo es grande. No hay ninguna ventaja en ser pequeño. Y estar aislado significa estancamiento. Nunca pasa nada nuevo.
Kyle asintió con la cabeza, pensando: «Y podemos pasarnos muy bien de algunas cosas antiguas...».
Había sido una noche dura para Brenda Keogh.
Cuando Harry *júnior* hubo tomado su alimento de la madrugada no había querido dormirse de nuevo. No había alborotado; sólo se había negado a dormir.
Después de un par de horas de mecerlo y acunarlo y cantarle a media voz, Brenda lo había acostado y se había ido a la cama.
Pero, a las seis de la mañana, él había sido puntual otra vez, llorando para que le cambiasen la ropa y lo alimentasen de nuevo. Y ella había sabido, por su manera de torcer la carita y de cerrar los puños, que estaba cansado: había estado despierto durante toda la noche, sin que Brenda pudiese descubrir la causa. En cuanto a bueno, ¡qué chiquillo *tan bueno* era!

No había llorado hasta que había tenido hambre y se había sentido incómodo; había estado tumbado en la cuna toda la noche, haciendo sólo lo suyo..., fuera esto lo que fuese.
Incluso ahora era firme su voluntad de permanecer despierto y formar parte del mundo; pero los bostezos dijeron a su madre que le era imposible. Todavía faltaba una hora para el amanecer, y Harry tenía que dormir. El mundo tendría que esperar. Por muy deprisa que se desarrolle la mente, el cuerpo va más despacio...
Al dormirse su hijo, Harry Keogh se sintió libre y tuvo la idea más extraña que había tenido jamás en su absolutamente extraña existencia.
¡Se está aprovechando de mí!, pensó. *El pequeño truhán se introduce en mi mente, en mis experiencias. Puede explorar mi material, porque hay mucho; pero yo no puedo tocarlo, porque allí no hay nada... todavía.*
Reprimió la extraordinaria idea en el fondo de su mente. Ahora que el pequeño Harry lo había soltado, tenía lugares adonde ir, personas (personas muertas) con quienes hablar. Sabía que había cosas que era el único en saberlas.
Sabía, por ejemplo, que los muertos habitan en otra esfera, y también que, en su solitaria no-existencia, siguen haciendo todo lo que hacían en vida.
Los escritores escriben obras maestras que nunca podrán publicar, componen con perfeccionismo cada frase, pulen cada párrafo, hacen una joya de cada relato.
Cuando el tiempo no es problema y no existen plazos fijos, las cosas se hacen mejor. Los arquitectos proyectan sus ciudades de la mente, bellas construcciones aéreas en mundos fantásticos, tendidas sobre océanos y continentes esculpidos, con cada ladrillo y cada aguja y cada ruta celeste situados con exactitud, sin que falte el menor detalle. Los matemáticos siguen explorando las Fórmulas del Universo, reduciendo EL TODO a símbolos que no pueden escribirse sobre papel, cosa que deberían agradecer los hombres del mundo corpóreo. Y los Grandes Pensadores continúan elaborando sus grandes ideas, mucho más enjundiosas que todo lo que pensaron mientras vivían.
Este había sido el camino de la Gran Mayoría. Entonces había llegado Harry Keogh, el necroscopio.
Los muertos habían apreciado enseguida a Harry: él había dado un nuevo significado a su *existencia.* Antes de Harry, cada cual había habitado en un mundo consistente en sus propios pensamientos incorpóreos, sin contacto con los demás.
Habían sido como casas sin puertas ni ventanas ni teléfono. Pero Harry los había conectado. Esto no tenía importancia para los vivos (que, simplemente, no se percataban), pero sí, y mucha, para los muertos.
Möbius había sido uno de éstos, matemático y pensador, y había enseñado a Harry Keogh el empleo de su continuo de Möbius. Lo había hecho de buen grado, pues, como todos los muertos, había apreciado rápidamente al necroscopio. Y el continuo de Möbius había dado a Harry acceso a tiempos y lugares y mentes fuera del alcance de cualquier otra inteligencia en toda la historia del hombre.
Harry sabía ahora de una persona cuya única obsesión en la vida habían sido los mitos, las leyendas y las tradiciones de los vampiros. Se llamaba Ladislau Giresci. ¿Cómo lo pasaría ahora, después de ser asesinado?, se preguntaba Harry.
Max Batu lo había matado con su «mal de ojo», sólo porque Dragosani lo había ordenado. *Lo* había matado, sí, pero no el *penchant* de toda la vida de Giresci, de la leyenda del vampiro. Lo que había sido una obsesión durante la vida, debía seguir siéndolo, por cierto, después de la muerte.
Harry no podía sacarle nada más a Thibor, y Thibor no le dejaría sonsacar a Dragosani. Su mejor oportunidad tenía que ser Ladislau Giresci. Pero cómo alcanzarlo, era harina de otro costal. Harry no había conocido al rumano en vida; no sabía la tierra donde yacía el

espíritu de Giresci; debía confiar en que los muertos le diesen información, lo orientasen en su camino.
Al otro lado de la calle, frente al piso de Brenda (antaño de Brenda y Harry), había un cementerio que tenía siglos de antigüedad y en el que moraban muchos amigos de Harry. Conocía personalmente a la mayoría de ellos, de conversaciones anteriores. Ahora caminó entre las hileras de rótulos y, en ocasiones, de lápidas inclinadas, atraída su mente por las de los muertos que yacían en sus tumbas. Lo sintieron al momento; supieron que era él. ¿Quién más podía ser?
¡Harry!, dijo su portavoz, un ex maquinista que había vivido siempre en Stockton, hasta que murió en 1938. *Me alegro de poder hablar de nuevo contigo.*
Es agradable saber que no nos has olvidado.
¿Cómo te van las cosas?, le preguntó Harry. *¿Diseñas trenes todavía?*
El otro se entusiasmó al momento.
¡He diseñado el *tren!,* respondió. *¿Quieres saber algo de esto?*
Por desgracia, no puedo. Harry lo lamentó de veras. *Mi visita es puramente de negocios, lo siento.*
Bueno, ¡escúpelo, Harry!, exclamó otro, un ex poli conocido de Harry, de los últimos tiempos de sir Robert Peel. *Di en qué podemos ayudarte, señor.*
Aquí estáis varios cientos de vosotros, respondió Harry. *Pero ¿hay alguien de Rumania? Quiero ir allí y necesito instrucciones y una presentación. Las únicas personas que conozco allí son... mala gente.*
Varias voces farfullaron entre ellas, pero una se destacó, hablando directamente a Harry. Era una voz de niña, dulce y delicada:
Yo conozco Rumania, dijo. *Al menos parte de ella. Vine aquí desde Rumania, después de la guerra. Hubo disturbios y opresión, y por eso me enviaron aquí mis hermanos mayores, a vivir con una tía nuestra. Es extraño, pero, después del largo viaje, pillé un catarro y me morí. Era muy joven.*
¿Conoces a alguien a quien pudiese buscar para pedirle ayuda? Harry no quería parecer demasiado ansioso por marcharse, pero nada pudo hacer. *Es muy importante, te lo aseguro.*
¡Mis hermanos estarán encantados de guiarte, Harry!, dijo al momento ella.
Sólo desde que tú viniste hemos podido... unirnos de nuevo todos los de aquí. Te debemos mucho...
Si puedo, repuso Harry, *volveré y hablaré más tiempo contigo. Pero ahora, tengo prisa. ¿Cómo se llaman tus hermanos?*
Son Jahn y Dmitri Syzestu, dijo ella. *Espera y los llamaré.*
Llamó y, al cabo de un momento, respondieron sus hermanos. Sus voces eran muy débiles, como transmitidas por teléfono desde el otro lado del mundo. Harry les fue presentado.
Seguid hablándome, pidió él a los hermanos, *y encontraré el camino hasta vosotros.*
Se excusó con sus amigos del cementerio de Hatlepool, encontró una puerta de espacio-tiempo y pasó por ella al continuo de Möbius.
¿Jahn? ¿Dmitri? ¿Estáis todavía ahí?
Sí, Harry, y es un honor para nosotros poder ayudarte en esto.
Se dirigió a su encuentro y salió por otra puerta a un gris amanecer rumano.
Se encontró en un campo herboso, junto a una pared picada de viruela y que se estaba derrumbando rápidamente. Había ponis en el campo, pero, naturalmente, no podían verlo; estaban quietos, temblando un poco y con la piel brillante de gotas de rocío. Volutas de aire caliente surgían de sus fosas nasales como humo. A lo lejos, las últimas luces de una ciudad se iban apagando al salir el sol en el horizonte del este.
¿Dónde estamos?, preguntó Harry a los hermanos Syzestu.

La ciudad es Cluj, dijo Jahn, que era el mayor. *Este lugar no es más que un campo. Estuvimos en la cárcel, como prisioneros políticos, y escapamos. Nos persiguieron, con armas, y nos pillaron aquí, cuando tratábamos de encaramarnos a esa pared. Y ahora dinos, Harry Keogh, ¿en qué podemos ayudarte?*
¿Cluj?, dijo Harry, un poco contrariado. *Tengo que ir hacia el sur, creo yo, y hacia el este..., al otro lado de las montañas.*
¡Eso es fácil!, dijo Dmitri, el hermano menor. Estaba excitado.
Nuestros padres yacen juntos en el cementerio de Pitesti. ¡Hace muy poco rato estuvimos hablando con ellos!
Es verdad, dijo una voz más grave y más triste, desde cierta distancia. *Ven a visitarnos y serás bienvenido, Harry, si encuentras el camino para llegar hasta aquí.*
Harry se excusó, un poco deprisa, pero con muchas palabras de cortesía, y volvió a entrar en el continuo de Möbius. Al poco rato, se halló en un brumoso cementerio de Pitesti.
¿A quién buscas?, le preguntó Franz Syzestu.
A un tal Ladislau Giresci, dijo Harry. *Lo único que puedo decirte es que murió hace poco tiempo en su casa, cerca de una población llamada Titu.*
¿Titu?, repitió Anna Syzestu. *¡Sólo está a cincuenta kilómetros de aquí! Mejor aún, tenemos amigos enterrados allí.* Estaba visiblemente orgullosa de poder ayudar al necroscopio. *¿Puedes oírme, Greta?*
¡Claro que puedo!, respondió una nueva voz, estridente y gruñona. *Y tengo aquí a ese hombre.*
¿Lo ves?, dijo Anna Syzestu, en tono de ¿no te lo había dicho? *Si quieres hablar con alguien de Titu, pregunta a Greta Mirnosti. ¡Conoce a todo el mundo!*
¿Harry Keogh?, dijo una voz varonil. *Soy Ladislau Giresci. ¿Quiere venir más cerca, o le parece bien así?*
¡Voy para allá!, dijo Harry.
Dio las gracias a los Syzestu y fue a la tumba de Giresci, en Titu. Y por fin, ya en presencia del propio experto en vampiros, dijo:
Señor, creo que puede ayudarme... si le place.
Joven, dijo Giresci, *o estoy muy equivocado o sé por qué está aquí. La última vez que vino alguien a preguntarme sobre los vampiros, ¡me costó la vida! Pero si puedo ayudarle, Harry Keogh, en lo que sea, ¡sólo tiene que pedirlo!*
Fue Boris Dragosani quien vino a verlo, ¿no?, dijo Harry.
Sintió que el otro se estremecía. Giresci podía no tener cuerpo, pero la mención del nombre de Dragosani lo hizo temblar.
Él, sí, respondió al fin Giresci. *Dragosani. Cuando lo conocí, ya era uno de ellos. O tan bueno como ellos. El no lo sabía, no del todo, pero el mal estaba en él.*
Envió a Max Batu a matarlo con su «mal de ojo», dijo Harry.
Sí, porque entonces yo sabía lo que era. Esto es lo que más teme el vampiro:
que la gente descubra que lo es. Si alguien sospecha... tiene que morir. Así, el pequeño mongol me mató, y me robó el arco.
Eso fue así por Dragosani. El lo empleó para matar a Thibor Ferenczy en los montes cruciformes, dijo Harry.
¡Entonces, fue usado para algo bueno! Ah, pero cuando habla de Thibor se refiere a un vampiro ¡auténtico!, dijo Giresci. *Si Dragosani, con todo su poder para el mal, hubiese vivido, vivo o no-muerto, tanto como* aquél, *¡el mundo habría padecido una enfermedad incurable!*
Discúlpeme, dijo Harry, *pero no puedo encontrar nada admirable en tales monstruos. Y en todo caso, hubo otro más grande que Thibor, otro que lo precedió y que duró más que él.*

Se llamaba Faethor, y Thibor tomó su apellido. Y con razón, pues fue Faethor quien hizo de él un vampiro. Me refiero a Faethor Ferenczy, naturalmente.
La voz de Ladislau Giresci se convirtió en un ligero murmullo al responder:
Cierto, y esto fue lo que despertó realmente mi interés en los no-muertos.
Pues yo estaba con Faethor cuando murió. Imagínese, ¡una criatura que tenía al menos mil trescientos años!
De éstos quisiera que me hablase, dijo ansiosamente Harry. *De Thibor y de Faethor. En vida, usted fue un experto en vampirismo; aunque la gente se burlaba de su obsesión o lo consideraba un excéntrico, estudió los mitos del vampiro, sus leyendas, su tradición. Todavía los estaba estudiando cuando murió, y presumo que la muerte no lo detuvo. ¿Hasta dónde ha llegado en su investigación? ¿Cómo terminó Thibor enterrado aquí, en los montes cruciformes? ¿Y qué fue de Faethor entre los siglos diez y veinte? Es importante que yo sepa estas cosas, pues guardan relación con lo que estoy haciendo ahora. Y lo que estoy haciendo guarda relación con la seguridad y la cordura de todo el mundo.*
Lo comprendo, dijo, gravemente, Giresci. *Pero ¿no cree, Harry, que debería hablar con alguien aún más autorizado que yo? Creo que podríamos arreglarlo...*
¿Qué? Harry se quedó pasmado. *¿Alguien más autorizado que usted? ¿Existe esa persona?*
¡Ahhh!, dijo otra voz, una voz potente, negra como la noche y profunda como las raíces del infierno, y que parecía venir de todas partes y de ninguna al mismo tiempo. *Oh, sí, Haarrry, existe... o existió... tal persona. Soy yo. Nadie sabe tanto como yo sobre los wamphyri, pues nadie ha vivido ni vivirá tanto tiempo. Tanto, en verdad, que cuando morí estaba preparado para ello. Oh, luché contra la muerte, naturalmente, pero, en definitiva, fue para bien. Ahora tengo paz.* Y *tengo que agradecerle a Ladislau Giresci aquella definitiva y misericordiosa liberación. Ya que te tiene evidentemente en tal alta estima, lo mismo que todos los muertos, debo seguir su ejemplo. Por consiguiente, acude a mí, Harry Keogh y deja que un verdadero experto conteste tus preguntas.*
Era un ofrecimiento que Harry no podía rehusar. Enseguida supo quién era, y se preguntó cómo no había pensado antes en él. A fin de cuentas, era la solución evidente.
Allá voy, Faethor, dijo. *Espere sólo un momento, y enseguida estaré ahí...*

Capítulo 11

En las afueras de Ploiesti, en dirección a Bucarest, se conservan todavía unas terribles ruinas, recordatorio de los horrores de la guerra. Los cascos de granada yacen como cadáveres petrificados y medio enterrados en campo abierto, extrañamente bello en verano, cuando los viejos cráteres de las bombas están llenos de flores y zarzas y vida salvaje, y la hiedra trepa por las paredes ruinosas para pintarlas de verde. Se necesita que lleguen el invierno y la nieve para hacer visible la devastación, para poner en una perspectiva monocroma la triste realidad de la región. Los rumanos nunca han reconstruido estas ruinas ni construido cerca de ellas.
Aquí fue donde murió por fin Faethor Ferenczy a manos de Ladislau Giresci en la Segunda Guerra Mundial, durante un bombardeo sobre Bucarest y Ploiesti.
Clavado en el suelo de su estudio por una viga astillada, al ser alcanzada su casa, había temido las ávidas llamas porque los vampiros arden muy lentamente cuando están vivos. Giresci, que trabajaba en la Defensa Civil, había visto caer la bomba en la casa, había entrado en las ardientes ruinas y había tratado en vano de liberar a Faethor. No había nada que hacer.
El vampiro sabía que había llegado su fin. Con un sobrehumano esfuerzo de voluntad, ordenó a Giresci que le pusiese rápidamente fin. La antigua manera era todavía la única

posible. Como Faethor estaba ya empalado, Giresci sólo tenía que cortarle la cabeza. Las llamas harían lo demás, y el antiguo monstruo ardería junto con su casa.
El horror que había experimentado en aquella casa permaneció vivo en Giresci durante el resto de su vida. Era lo que lo había convertido en una autoridad en vampirismo. Ahora Ladislau Giresci estaba muerto lo mismo que Faethor, pero el vampiro seguía en deuda con él. Por eso ayudaría a Harry Keogh cuanto pudiese; al menos, era parte de la razón. El resto de ella era que Keogh se había levantado contra Thibor el Valaco.
Todavía no había llegado el invierno cuando Harry Keogh compartió las ideas incorpóreas de Faethor y emergió del continuo de Möbius a la ruina revestida de enredaderas y de zarzas que había sido el último refugio del vampiro en la tierra. El verano acababa de dar paso al otoño, los árboles eran todavía verdes, pero el frío que sintió Harry habría sugerido el invierno a los huesos de un hombre ordinario.
Harry no tenía nada de ordinario. Sabía que era un frío del espíritu, una ráfaga de viento que soplaba sobre el alma. El estremecimiento psíquico que sólo se siente en presencia de un poder sobrenatural. Faethor Ferenczy lo había tenido, y Harry lo reconoció. Pero Faethor sabía también cuándo se hallaba frente a otro poder.
Los muertos hablan bien de ti, Harry, comenzó el vampiro, con voz mental sepulcral. *Sin duda te quieren. Esto es difícil de entender para alguien que no amó jamás. No eres uno de ellos y, sin embargo, te aman. Tal vez es porque, como ellos, careces también de cuerpo.* La voz adquirió un tono tristemente humorístico.
¡Oh! Tal vez podría incluso decirse que eres... un no-muerto.
Si he aprendido algo acerca de los vampiros, dijo pausadamente Harry, *es que les encantan los acertijos y los juegos de palabras, ¿Por qué me quieren los muertos? Porque les doy esperanza. Porque pretendo no causar daño y hacer sólo el bien. Porque a través de mí, son algo más que recuerdos.*
Dicho en otras palabras, ¿porque eres «puro»? Las palabras del vampiro estaban teñidas de sarcasmo.
Yo nunca fui puro, dijo Harry, *pero comprendo lo que quieres decir y presumo que tienes bastante razón. Lo cual podría explicar también por qué no tienen ellos nada que hacer contigo. En ti no hay vida, sólo muerte. Incluso en vida estuviste muerto.* ¡Estabas *muerto! La muerte te acompañaba dondequiera que fueses. No compares mi condición con la no-muerte; estoy más vivo ahora de lo que tú estuviste jamás. Cuando llegué aquí, y antes de que hablases, advertí algo. ¿Sabes qué fue?*
El silencio, respondió Faethor.
Exacto. Aquí no cantan los gallos, ni los pájaros. Ni siquiera se oye el zumbido de las abejas. Las zarzas son exuberantes, verdes, pero no dan fruto. Nada ni nadie vendrá cerca de ti, ni siquiera ahora. Las cosas de la naturaleza sienten tu presencia. No pueden hablarte como puedo hacerlo yo, pero saben que estás aquí.
Y te rehuyen. Porque has sido malvado. Aun después de muerto, sigues siendo malo. Por consiguiente, no te burles de mi «pureza», Faethor. Yo nunca estaré solo.
Y tras un momento de silencio, Faethor dijo reflexivamente:
Si estás buscando mi ayuda, no disimulas muy bien tus sentimientos. ..
Somos polos opuestos, le dijo Harry, *pero tenemos un enemigo común.*
¿Thibor? Entonces, ¿por qué has pasado tiempo con él?
Thibor es la fuente de una gran desgracia, le respondió Harry. *Es, o era, tu enemigo, y lo que dejó detrás es mi enemigo. Confiaba en que me dijese cosas y lo conseguí en parte. Pero ahora ya no quiere decirme nada más. Tú me ofreciste ayuda, y he venido para aceptar tu ofrecimiento. Pero no tenemos que fingir que somos amigos.*

Eres franco, dijo Faethor. *Por eso te quieren. Pero tienes razón: Thibor era y es mi enemigo. Por mucho que lo haya castigado, nunca habrá sido suficiente. Por consiguiente, pregúntame lo que quieras y te responderé.*
Entonces dime esto, pidió Harry, de nuevo ansioso. *Después de que él te echó de tu castillo en llamas, ¿qué fue de ti?*
Seré breve, respondió Faethor, *porque tengo la impresión de que esto es sólo parte de lo que quieres saber. Si es así, remonta mentalmente mil años en el pasado...*
Thibor el Valaco, a quien había llamado hijo, a quien había dado mi nombre y mi blasón, y en cuyas manos había puesto mi castillo, mis tierras y el poder del wamphyri, me injurió terriblemente. ¡Más de lo que él sospechaba, maldito ingrato!
Arrojado al abismo desde los muros de mi castillo en llamas, fui quemado y cegado. Innumerables murciélagos acudieron en mi ayuda mientras caía, ardieron y murieron, pero no apagaron las llamas. Me estrellé contra árboles y arbustos, sufrí mil agonías al rodar por el lado empinado de la garganta, dejé jirones de piel en árboles y piedras, antes de llegar al fondo. Pero la caída fue amortiguada en parte por el follaje, y fui a dar en una charca poco profunda que apagó las llamas que amenazaban con derretir mi carne de wamphyri.
Aturdido, lo más cerca de la verdadera muerte que podía estar un vampiro que permaneciese no-muerto, llamé a mis fieles gitanos del valle. Sé que comprenderás lo que quiero decir, Harry Keogh. Ambos tenemos la facultad de hablar con otros a distancia. De hablar sólo con la mente, como hacemos ahora. Y los szgany *vinieron.*
Sacaron mi cuerpo del agua tranquila y salvadora y me cuidaron. Me llevaron hacia el oeste, a través de las montañas, hasta el reino de Hungria. Me protegieron de todo mal, me escondieron de posibles enemigos, me resguardaron de los ardientes rayos del sol, y por fin me llevaron a un lugar de descanso. Y fue un largo descanso: para recuperarme, para recobrar la forma; un tiempo de retiro forzoso.
»Ya he dicho que Thibor me había hecho daño. ¡Pero qué *daño! Estaba destrozado. Todos los huesos rotos: la espalda y el cuello, el cráneo y los miembros. Tenía el pecho hundido, el corazón y los pulmones magullados; la piel, desollada por el fuego, rasgada por las apiladas ramas y las piedras. Incluso lo que había de vampiro en mí que ocupaba la mayor parte de mi ser, estaba magullado, desgarrado, chamuscado. ¿Una semana de curación? ¿Un mes? ¿Un año? No; ¡*cien *años! ¡Un siglo para mis sueños rojos, o negros, de venganza!*
Pasé mi larga convalecencia en un refugio de montaña inaccesible, pero que era más una caverna que un castillo; y durante todo el tiempo fui cuidado por mis szgany, *por sus hijos y por los hijos de sus hijos. Y también por sus hijas. Poco a poco volví a ser el de antes. El vampiro que llevaba dentro se curó y después me curó a mí; como wamphyri, caminé de nuevo, practiqué mis artes, me hice más prudente, más fuerte, más terrible de lo que había sido jamás. Marché al extranjero desde mi nido de águilas, hice planes para la aventura de mi vida, como si la traición de Thibor se hubiese producido el día anterior y todas mis heridas se hubiesen reducido a una tirantez en las articulaciones.*
Y fue un mundo terrible aquel en el que me encontré, con guerras en todas partes y grandes sufrimientos, y hambre y pestes. Terrible, sí, ¡pero la esencia de la vida para mil Pues yo era wamphyri...
Me construí un pequeño castillo casi inexpugnable en la frontera de Valaquia, y allí me establecí como boyardo de cierta categoría. Formé un cuerpo mixto de szgany, *húngaros y valacas locales, a los que pagué bien y di alojamiento y comida, y fui aceptado como terrateniente y como jefe. Desde luego, los* szgany *me habrían seguido hasta el fin del mundo... y lo hicieron, lo hicieron..., no por amor, sino por un extraño sentimiento que está en el pecho salvaje de todos los* szgany. *Digamos que yo era una potencia y que ellos*

se asociaron conmigo. En cuanto a mi nombre, me convertí en Stefan Ferrenczig, bastante corriente en aquellos lugares. Pero éste fue sólo el primero de mis nombres. Treinta años después de mi plena recuperación, fui el «tío» de Stefan, llamado Peter; treinta años más tarde, Karl, y después, Grigor. No debe notarse que un hombre vive demasiado y, por cierto, no durante siglos. ¿Lo comprendes?

En cuanto a Valaquia, evité principalmente cruzar la frontera, pues había uno en Valaquia cuya fuerza y crueldad eran ya famosos: un misterioso voevod *mercenario llamado Thibor, que mandaba un pequeño ejército al servicio de los pequeños principados valacos. Y no deseaba encontrarme con él, que debía estar por entonces guardando mis tierras y propiedades en el Khorvaty. No; todavía no quería encontrarme con él. Oh, dudaba de que pudiese reconocerme, pues yo había cambiado muchísimo. Pero, si lo veía, tal vez no pudiera contenerme. Y esto habría podido ser fatal, pues, en los años de mi curación, se había mostrado activo y fortalecido mucho; en realidad, era en gran parte el poder detrás del trono de Valaquia. Tenía sus propios* szgany, *pero bien disciplinados, y también mandaba el ejército de un príncipe; mientras que yo sólo contaba con una chusma de gitanos y campesinos sin instrucción. No; mi venganza podía esperar. ¿Qué es el tiempo para un wamphyri?*

Durante otros sesenta años esperé, limité mis actividades, estuve a cubierto.

Y al cabo había logrado una fuerza de luchadores a sueldo, feroces mercenarios, y consideré la mejor manera de utilizarlos. Tentado estuve de lanzarme contra Thibor y los valacos, pero no me gustaban los combates en igualdad de condiciones.

Quería que aquel perro se arrodillase ante mí, y hacer con él lo que se me antojase.

No *quería un enfrentamiento en el campo de batalla, pues sabía de primera mano sus ardides y su fuerza. Posiblemente, él me creía muerto; era mejor que siguiese con esa idea; ya llegaría mi hora.*

Pero, mientras tanto, me sentía inquieto, confinado, encerrado. Allí estaba yo, fuerte, vigoroso, con bastante poder, y no tenía dónde canalizar mis energías. Ya era hora de que conociese nuevos países en un mundo que seguía dando vueltas.

Entonces me enteré de una gran Cruzada de los francos contra los musulmanes. Era el segundo año del siglo trece cristiano, y una flota navegaba contra Zara. En principio, los cruzados habían pretendido atacar Egipto, a la sazón centro del poder musulmán, pero sus ejércitos habían heredado una larga hostilidad contra Bizancio. El viejo Dux de Venecia, enemigo de Bizancio, aportó su flota que había conducido primero contra Hungria. Zara, sólo recientemente tomada por los húngaros, fue reconquistada y saqueada por los venecianos y los cruzados en noviembre de 1202, cuando yo me dirigí a aquella ciudad clave con una compañía selecta de mis partidarios. El rey húngaro, «mi señor», en la creencia de que yo actuaba a su favor contra los cruzados, no puso el menor obstáculo en mi camino.

Sin embargo, cuando llegué a Zara, me vendí como mercenario al servicio de la Cruz, lo cual había sido siempre mi intención.

Me parecía que la mejor manera de aventurarme en el mundo sería con los cruzados; pero, si había esperado una acción instantánea, mi esperanza había sido vana. Los venecianos y los francos se habían ya repartido el botín de la ciudad (habían discutido y luchado por él, pero sus disputas terminaron pronto) y, luego, el Dux y Bonifacio de Montferrat, que dirigía la expedición, decidieron invernar en Zara.

Ahora bien, la intención original, el objetivo primordial de la Cuarta Cruzada, había sido, desde luego, derrotar a los musulmanes. Pero muchos cruzados creían que Bizancio había traicionado a la cristiandad en todas las Guerras Santas, y muy pronto Constantinopla estuvo al alcance de la mano de los cruzados vengativos.

Más aún, Constantinopla era rica, ¡enormemente rica!, ¡inmensamente rica! La perspectiva de un botín como el que brindaba Constantinopla solucionó la cuestión.
Egipto podía esperar, todo el mundo podía esperar, ¡pues ahora el objetivo era la propia capital del Imperio!
Seré breve. Zarpamos hacia Constantinopla en primavera, nos detuvimos en varios lugares, para solucionar varias cosas, y llegamos a finales de junio ante la capital imperial. Supongo que sabes algo de historia. Durante meses que se convirtieron en años, hubo objeciones morales, religiosas y políticas, al saqueo de la ciudad; pero, en definitiva, triunfaron la avaricia y la lascivia. Todos los planes de marchar desde allí contra los infieles fueron al fin abandonados. El papa Inocencio III, que había sido en gran parte responsable de la predicación de la Cruzada, había excomulgado ya a los venecianos por el saqueo de Zara; entonces estaba una vez más horrorizado, pero las noticias, como la intervención, viajaban despacio en aquellos tiempos. Y, a los ojos de los cruzados, Constantinopla se había convertido en una joya, en un fin; todos la codiciábamos. Se llegó a un acuerdo sobre el reparto del botín, y entonces...
A primeros de abril de 1204, empezamos el ataque. Todas las intrigas políticas y los discursos piadosos fueron dejados a un lado, porque aquello *era la causa de que estuviésemos allí.*
¡Ay, cómo se regocijó mi corazón! Temblaron todas las fibras de mi ser. El oro es una cosa, pero la sangre es otra. Sangre derramada, sangre bebida, ¡sangre fluyendo por venas de fuego!
Te diré con qué tuvimos que enfrentarnos. Ante todo, los griegos tenían barcos en el Cuerno de Oro, para impedir que desembarcásemos al pie de las murallas. Lucharon duro, pero en vano; aunque no malgastaron del todo sus esfuerzos. El fuego griego es algo terrible, ¡se enciende y arde en el agua! Sus catapultas lo lanzaban contra nuestros barcos, y los hombres ardían dentro del mar. A mí me escaldó el hombro derecho, el pecho y la espalda, casi hasta los huesos. ¡Sí! Pero yo había sido quemado antes, y por un experto. Aquello no bastaba para apartarme de la refriega. El dolor me espoleaba más. Pues aquél era un día grande para mí.
Tal vez te preguntarás acerca del sol. ¿Cómo podía yo, un wamphyri, combatir bajo sus ardientes rayos? Llevaba una holgada capa negra, a la manera de los jefes musulmanes, y un casco de cuero y hierro para protegerme la cabeza.
Además, siempre que podía, luchaba de espaldas al sol. Cuando no combatía, y puedes creer que también hacía otras cosas, me mantenía a la sombra, desde luego. Pero cuando los cruzados me vieron combatir con mis szgany, *¡oh, se quedaron pasmados! Considerados hasta entonces como una chusma para llenar las filas y caer como forraje bajo el fuego y las espadas, tanto los francos como los venecianos nos miraron ahora como a demonios, como a soldados del infierno.*
¡Cuánto debían de alegrarse de tenernos de su parte! Por consiguiente, pensé...
Pero no debo perder el hilo de mi historia. Se abrió una brecha en la muralla de la ciudad que protegía el barrio Blachernae. Simultáneamente, estalló un incendio en aquel mismo barrio. Los defensores estaban confusos; se dejaron llevar por el pánico; los aplastamos y arrollamos en las calles casi vacías, donde la lucha no era digna de mención.
Pues, a fin de cuentas, ¿contra qué nos enfrentábamos? Griegos desalentados; un ejército indisciplinado, compuesto principalmente de mercenarios, que sufrían todavía los efectos de años de mala dirección. Unidades de eslavos y pechenegi, que sólo estaban dispuestas a luchar si las probabilidades de triunfo eran buenas, y la paga, mejor; unidades francas, cuyos miembros estaban visiblemente divididos; la Guardia Varangiana, una compañía compuesta de daneses e ingleses que sabían que su emperador Alexius III era un usurpador, sin virtudes de guerrero ni de hombre de Estado. Lo único que teníamos que

hacer era matar. Los que no estaban dispuestos a morir, huyeron enseguida: no tenían más remedio. Al cabo de pocas horas, el Dux y los caudillos franco y veneciano ocuparon el Gran Palacio.

Desde allí, dictaron sus órdenes: dijeron a los belicosos cruzados hambrientos de botín que Constantinopla era suya y que podían saquear durante tres días la ciudad. Eran los vencedores; no cometerían ningún delito. Podían hacer lo que quisieran de la capital, de sus moradores y sus bienes. ¿Puedes imaginarte lo que se infería de tales instrucciones?

Durante novecientos años, Constantinopla había sido el centro de la civilización cristiana, y de pronto, durante tres días, ¡se convirtió en el sumidero del infierno! Los venecianos, que apreciaban las grandes realizaciones, se llevaron toneladas de obras maestras griegas y otras manifestaciones artísticas, y tesoros en metales preciosos, hasta casi hacer naufragar sus barcos. En cuanto a los franceses, los flamencos y diversos cruzados mercenarios, entre los que nos hallábamos yo y los míos, sólo ansiábamos destruir. ¡Y destruir fue lo que hicimos!

Si algo, por precioso que fuese, no podía ser levantado o transportado del lugar donde se hallaba, era reducido a escombros en el acto. Alimentábamos nuestra locura en las bodegas de excelente vino, y nos deteníamos sólo para beber, violar o asesinar, y volver de nuevo al saqueo. Nada ni nadie se libraba. Ninguna virgen salió indemne de aquello y pocas salvaron la vida. Si una mujer era demasiado vieja para ser traspasada con carne, lo era con acero, y ninguna hembra era demasiado joven. Saqueamos conventos y tratamos como rameras a las monjas... Imagínate, ¡monjas cristianas!

Los hombres que no habían huido, sino que se habían quedado para proteger sus hogares y sus familias, fueron destripados y dejados agonizantes en las calles.

Los jardines y las plazas de la ciudad estaban llenos de sus moradores muertos, principalmente mujeres y niños. Y yo, Faethor Ferenczy, conocido por los francos como el Negro, o Grigor el Negro o el Diablo Húngaro, estaba siempre en el fregado. Donde éste era más fuerte. Durante tres días, me refocilé como si nada pudiese satisfacer mi afán.

Yo no lo sabía, pero el fin —mi fin, el fin de la gloria, del poder y de la fama— se estaba ya acercando. Pues había olvidado la norma principal del wamphyri: no te hagas ver como demasiado diferente. Sé fuerte, pero no en exceso. Sé libidinoso, pero no como un sátiro de leyenda. Infunde respeto, pero no devoción. Y sobre todo, no hagas nada para que tus iguales, o los que pueden considerarse tus superiores, te tengan miedo.

Pero a mí me había quemado el fuego griego, y sólo me había enfurecido. ¿Y licencioso? Por cada hombre que había matado, había violado a una mujer, ¡hasta treinta en un día y una noche! Mis szgany *me consideraban una especie de dios... o de diablo. Y. al final... los propios cruzados habían llegado a temerme. Más que todas las cuestiones de «conciencia», más que a todos los asesinatos y violaciones y blasfemias que* ellos *habían cometido,* mis *hazañas les habían inspirado malos sueños.*

Sí, ¡y necesitaban con urgencia un chivo expiatorio!

Creo que, incluso sin las piadosas protestas y aspavientos y gritos de horror de Inocencio, habría sido perseguido. En todo caso, esto fue lo que ocurrió. El Papa se había enfurecido por el saqueo de Zara; al principio le había encantado la toma de Constantinopla, pero después se había aterrorizado al enterarse de las atrocidades cometidas y se lavó las manos de la Cruzada. Lejos de ayudar a los verdaderos soldados cristianos en su lucha contra el Islam, pareció que su único objetivo había sido conquistar territorios cristianos. Y en cuanto al comportamiento blasfemo y generalmente atroz de los cruzados en los lugares santos de Constantinopla...

Repito: necesitaban un chivo expiatorio, y no tenían que buscarlo muy lejos.

Cierto «mercenario sediento de sangre reclutado en Zara» serviría muy bien para esto. Inocencio había ordenado, mediante comunicados secretos, que los responsables directos

de «graves actos de crueldad excesiva y antinatural», no debían ganar «gloria ni ricas recompensas ni tierras» por su barbarie. Sus nombres no debían ser pronunciados por los hombres buenos y fieles, sino «borrados para siempre de los archivos». No había que mostrar «respeto ni alta consideración» a tan grandes pecadores, pues habían demostrado con sus actos que sólo eran «dignos de desprecio». ¡Ay! *Era peor que la excomunión: ¡era una sentencia de muerte!*

La excomunión... Yo había abrazado la causa de la Cruz en Zara por conveniencia. No significaba nada para mí. Una cruz es un símbolo, nada más. Sin embargo, pronto llegaría a odiar ese símbolo.

Mis szgany y yo *teníamos una casa grande en las afueras de la ciudad saqueada. Había sido un palacio o algo parecido, pero ahora estaba llena de vino y de botín y de prostitutas. Los otros grupos mercenarios habían entregado el producto del pillaje a sus amos cruzados y cobrado la parte establecida; pero yo no lo había hecho. Porque todavía no nos habían pagado. Tal vez cometí un error. En verdad, nuestro botín era un incentivo más para la traición de los cruzados.*

Vinieron de noche, y ésa fue su equivocación. Yo soy —o era— wamphyri: la noche era mi elemento. Alguna premonición de vampiro me había advertido que no todo andaba bien. Estaba despierto y al acecho cuando se produjo el ataque.

Desperté a mis hombres y ellos se apercibieron también, pero de poco sirvió; éramos muy inferiores en número y mis hombres, pillados por sorpresa, estaban aún medio dormidos. Cuando la casa empezó a arder, supe que no podía triunfar.

Aunque hubiese liquidado a todos aquellos cruzados, sólo eran una pequeña parte de la fuerza total. Probablemente se habían jugado a los dados, con otros diez grupos iguales, el privilegio de matarme y robarme. Además, si habían sospechado lo que yo era —y así parecía indicarlo el fuego—, resultaba obvio que mi situación sería insostenible.

Cogí oro y muchas piedras preciosas y huí en la oscuridad. De pasada, me llevé a uno de los atacantes. Era francés, sólo un muchacho, y acabé muy rápido con él, pues no tenía tiempo que perder. Sin embargo, antes de morir, me dijo de qué iba todo aquello. Desde aquel día, he odiado la cruz y a todos los que la llevan o viven a su sombra o bajo su influencia.

De mis szgany, *no sobrevivió uno solo para seguirme fuera de aquel lugar; pero más tarde me enteré de que dos de ellos habían sido hechos prisioneros para ser interrogados. Me mantuve apartado y observé el incendio desde lejos. Y como aquel infierno había sido rodeado por los cruzados, sólo pude presumir que suponían que había muerto entre las llamas. Muy bien, no les quitaría la ilusión.*

De pronto estaba solo y muy lejos de mi casa. Bueno, ¿no había deseado ver el mundo?

Ahora bien, he dicho que estaba lejos de mi casa. Medida la distancia en kilómetros, esta declaración parece ser muy inexacta. Pero ¿dónde estaba, *en verdad, mi casa? Difícilmente podía regresar a Hungría, al menos hasta dentro de algún tiempo. Valaquia no era sitio adecuado para mí, y mi viejo castillo del Khorvaty, mirando hacia Rusia, se hallaba en ruinas. Entonces, ¿qué tenía que hacer? ¿Adonde ir? ¡Ah, pero el mundo es un lugar muy vasto!*

Detallar mis aventuras desde entonces en adelante requeriría demasiado tiempo. Sólo esbozaré mis hazañas y mis viajes, y discúlpame o llena tú mismo las lagunas o los saltos en el tiempo.

No había que pensar en el norte; tampoco en el oeste; me dirigí hacia el este.

Era el año 1204. ¿Necesito recordarte a alguien que surgió en Mongolia sólo dos años más tarde? Desde luego, no; se llamaba Temujin, más tarde Genghis Khan.

Con un grupo de uighurs *me uní a él y le ayudé a someter y unir las últimas tribus revoltosas mongólicas, hasta que toda Mongolia quedó por fin unificada. Demostré ser un*

señor de la guerra capacitado y él me mostró algún respeto. Con un pequeño esfuerzo, pude cambiar mis facciones para adecuarlas a mi papel; esto es lo mismo que decir que, a fuerza de voluntad, puse mi carne de vampiro en un nuevo molde. Desde luego, el khan sabía que yo no era mongol, pero al menos era aceptable; y más tarde tendría él muchos mercenarios bajo su mando, por lo que mi participación no era en modo alguno una rareza.

Estuve con él contra los chinos, cuando penetramos en la Gran Muralla y, después de su muerte, estuve allí para presenciar la destrucción total del Imperio.

Traspasé mi «lealtad» al nieto de Genghis, Batu. Podría haber ofrecido mis servicios a otros khanes mongoles, ¡pero el objetivo de Batu era Europa! Una cosa era volver como un hombre solo, y otra muy distinta regresar como general de un ejército mongol.

En el invierno de 1237-1238, en una campaña relámpago, derrotamos a los principados rusos. En 1240, tomamos Kiev por asalto y la incendiamos. Desde allí, atacamos Polonia y Hungría. Sólo la muerte del Gran Khan Ojedei, en 1241, salvó Europa en su totalidad. Entonces hubo disputas sobre la sucesión y se estancaron las campañas hacia el oeste.

Más tarde llegó para «el Fereng», como era entonces conocido, el momento de «morir» de nuevo. Obtuve permiso para viajar a una incierta patria lejana en Occidente; mi «hijo» se uniría a Hulegú en su marcha contra los asesinos y el califato. Como Fereng el Negro, hijo del Fereng, asistí bajo Hulegú al exterminio de los asesinos y estuve en la toma de Bagdad en 1258. Pero, dos años más tarde, en Ain Jalut, en la llamada Tierra Santa, los mamelucos nos infligieron una aplastante derrota; había llegado el momento crucial de los mongoles.

En Rusia, el régimen mongol continuaría hasta el final del siglo catorce, pero «régimen» implica paz y mi sed de guerra se había hecho insaciable. Aguanté cuarenta años más; después, me separé de los mongoles y busqué acción en otra parte...

¡Luché por el Islam! Entonces era un otomano, ¡un turco! ¡Aja! ¿Qué es un mercenario? Sí, me convertí en un ghazi, *un guerrero musulmán, luchando contra los politeístas, y durante casi dos siglos, mi vida fue un gran río interminable de sangre y de muerte. Bajo Bayezid, Valaquia se convirtió en un estado vasallo de los turcos llamado Eflak. Podía haber regresado allí y buscado a Thibor, que se había trasladado con sus* szekely *a las montañas de Transilvania, pero estaba ocupado combatiendo en otra parte. A mediados del siglo quince se me ofreció una oportunidad. Las fronteras del Estado otomano se estaban reduciendo al subir Mohamed II al trono. En 1431, Segismundo, emperador del Sacro Imperio Romano, había investido a Vlad II de Valaquia con la Orden del Dragón, con licencia para destruir al turco infiel. ¿Y quién era el instrumento de Vlad en aquella empresa «santa»? ¿Quién era su arma de guerra? ¡Naturalmente, Thibor!*

Aunque parezca extraño, escuché con no poco orgullo las hazañas de Thibor.

Hizo una carnicería, no sólo con los turcos infieles, sino también con los húngaros, los germanos y otros miles de cristianos. ¡Ay, era verdadero hijo de su padre! ¡Si no hubiese sido tan desobediente...! Lo fue, por desgracia para él, pero, para mí, la desobediencia no fue su único defecto; como yo mismo, al final de mi aventura como cruzado, no había practicado la cautela del wamphyri. Era adorado por los szekely, *pero se puso a la altura de sus superiores, los príncipes valacos, y sus excesos lo hicieron famoso. Era temido en todo el país. Dicho en pocas palabras, se había distinguido en todos los aspectos. Y el vampiro* no *debe distinguirse, si aprecia en algo la longevidad.*

Pero Thibor era un salvaje, ¡un loco cruel! Vlad el (llamado) Empalador, Radu el Hermoso y Mircea el Monje (cuyo reinado fue muy corto) le habían encargado, todos ellos, la protección de Valaquia y el castigo de sus enemigos; tareas que le encantaron y en las que se superó. En realidad, el Empalador, uno de los villanos predilectos de la historia, no mereció aquel sobrenombre: fue cruel, sí, ¡pero lo llamaron así por hechos de

Thibor! Como yo, Thibor fue destruido, pero el terror de sus hazañas perdurará eternamente.
Ahora deja que prosiga. Cuando hube vivido demasiado con los turcos, abandoné al fin su causa (que se estaba derrumbando como todas las causas deben derrumbarse al fin) y regresé a Valaquia. Elegí un buen momento. Thibor había ido demasiado lejos; Mircea había subido recientemente al trono y temía mucho a su endiablado voevod. *Era el momento que había esperado durante tanto tiempo...*
Cruzando el Danubio, proyecté pensamientos de wamphyri delante de mí.
¿Dónde estaban ahora mis gitanos? ¿Me recordaban aún? Trescientos años es mucho tiempo. Pero era de noche, y yo era el amo de la noche. Mis pensamientos fueron llevados por los oscuros vientos a través de Valaquia y hasta las montañas sombrías. Los rumanos que dormían en sus campamentos me oyeron y despertaron sobresaltados, mirándose los unos a los otros, pues habían oído una leyenda de labios de sus abuelos que a su vez la habían oído de los suyos, según la cual yo volvería un día.
En 1206, dos de mis mercenarios szgany *habían vuelto a casa; los dos que habían caído prisioneros para ser interrogados, la noche de la cobardía y traición de los cruzados; les había sido perdonada la vida, y habían regresado para difundir un mito espantoso. Pero ahora estaba aquí, ya no era un mito. «¡Padre, ¿qué hemos de hacer?», murmuraban en la noche. «¿Hemos de ir a reunirnos contigo, señor?»* «No», *les dije a través de los ríos y los bosques y de muchos kilómetros.*
«Tengo que terminar un trabajo, y he de hacerlo yo solo. Id a los Cárpatos Meridionales y poned orden en mi casa, a fin de que la tenga preparada cuando termine mi trabajo.» Y supe que lo harían.
Entonces... fui al encuentro de Mircea en Targoviste. Thibor estaba combatiendo en la frontera húngara a una distancia segura. Mostré al príncipe carne fresca de vampiro tomada de mi propio cuerpo, y le dije que era de Thibor.
Entonces, como él estaba a punto de desmayarse, la quemé. Esto le mostró una manera en que podía ser muerto un vampiro. Pero le dije también la otra manera:
la de la estaca y la decapitación. Entonces le pregunté sobre la longevidad de su voevod.
¿No le parecía extraño que Thibor tuviese al menos trescientos años? No, me respondió, pues no era un hombre sino varios. Todos eran parte de la misma leyenda y todos llevaban el mismo nombre: Thibor. Todos ellos habían luchado, a lo largo de los años, bajo el estandarte del diablo, el murciélago y el dragón.
*Me eché a reír. ¿*Y *qué? Yo había estudiado los archivos rusos y sabía de cierto que este mismo hombre, este hombre* único, *había sido boyardo en Kiev trescientos años atrás. En aquel tiempo se había rumoreado que era un wamphyri. El hecho de que aún viviese era una confirmación de aquel rumor.* Era *un vampiro ambicioso, y ahora parecía desear el trono de Valaquia.*
El príncipe me preguntó si tenía alguna prueba de mis acusaciones.
Le dije que él mismo había visto su carne de vampiro.
Podía ser la carne asquerosa de cualquier vampiro, replicó.
Pero yo me había dedicado a buscar vampiros y destruirlos dondequiera que los encontraba, le dije. Persiguiendo a estas criaturas había estado en China, en Mongolia, en Turquía, en Rusia, y hablaba muchos idiomas en demostración de ello.
Cuando Thibor había sido herido en combate, yo había estado allí y tomado y guardado un trozo de su carne, que era lo que había visto al principio. ¿Qué más pruebas necesitaba?
Ninguna. También él había oído rumores y tenía sus dudas, sus sospechas...

El príncipe temía ya a Thibor, pero lo que yo le dije, que era la verdad, salvo tal vez lo concerniente a la ambición de Thibor, acabó de aterrorizarlo. ¿Cómo podía liquidar a semejante monstruo?
Se lo dije. Debía enviar a buscar a Thibor con algún pretexto, como otorgarle un gran honor; sí, esto daría resultado. Los vampiros eran a menudo orgullosos, y la lisonja, cuidadosamente aplicada, podía vencerlos. Mircea debía decir a Thibor que deseaba nombrarlo Voevod *en Jefe de toda Valaquia, con poder sólo inferior al del propio Mircea.*
«¿Poder? ¡Ya lo tiene!» «Entonces dile que se podría considerar su eventual sucesión en el trono.» «Qué?» El príncipe reflexionó. «Debo consultarlo.» «De ninguna manera», dije, enérgicamente. «Él puede tener aliados entre sus consejeros. ¿No conoces su fuerza?» «Prosigue...» «Cuando él llegue, yo estaré aquí: tendrás que haberle dicho que venga solo, que deje su ejército en la frontera húngara para continuar las escaramuzas. Más tarde se podrán enviar órdenes dispersando a los miembros de aquél entre generales de menor categoría y más dignos de confianza. Tienes que recibirlo a él solo... de noche.» «Solo? ¿De noche?» Mircea el monje estaba terriblemente asustado.
«Tienes que beber con él. Yo te daré el vino para drogarlo. El es muy fuerte y ninguna cantidad de vino lo mataría. Incluso es posible que no lo deje inconsciente; pero embotará sus sentidos, lo volverá torpe, estúpido, como un borracho.
»Yo estaré cerca, con cuatro o cinco de los miembros más fieles de tu guardia. Lo encerraremos, desnudo, en el lugar que tú digas. Un lugar especial, dentro del recinto del palacio. Entonces, cuando salga el sol, sabrás que has atrapado a un vampiro. ¡Los rayos del sol sobre su carne serán una tortura para él!
Pero esto no será por sí solo una prueba suficiente. Y por encima de todo, debemos ser justos. Estando él bien atado, se le abrirán las mandíbulas. Entonces verás, oh príncipe, que su lengua es bífida como la de una serpiente, ¡y roja de sangre!
»Inmediatamente, habrá que clavar una estaca de madera dura en su corazón. Esto lo inmovilizará. Entonces será metido en un ataúd y enterrado en un lugar secreto, donde nadie pueda encontrarlo jamás, un lugar prohibido a los hombres desde aquel día en adelante.» «¿Dará resultado?» Aseguré al príncipe que lo daría. ¡Y lo dio! Exactamente como yo había previsto.
Desde Targoviste hasta los montes cruciformes hay tal vez ciento sesenta kilómetros de distancia. Thibor fue llevado allí con toda la rapidez posible. Nos acompañaron hombres santos, salmodiando exorcismos hasta que creí que iba a vomitar. Llevaba el hábito negro de un monje, con la capucha levantada. Nadie había visto mi cara, salvo Mircea y un puñado de dignatarios de palacio, a todos los cuales había engañado, o si lo preferís, hipnotizado en cierto modo.
Allí, en la montaña, se construyó enseguida un tosco mausoleo con piedras del lugar; no llevaba ningún nombre ni título, ninguna señal especial; bajo y ominoso en el sombrío claro del bosque, tal como tú lo has visto, sería suficiente para que no se acercasen los curiosos. Años más tarde, alguien grabó el emblema de Thibor en la piedra, tal vez como advertencia adicional. O *es posible que algún* szgany o szekely *los siguiera y marcara el lugar, pero temiese o careciese de conocimientos suficientes para levantarlo de allí.*
Pero me he adelantado...
Lo llevamos allí, a las estribaciones de los Cárpatos, y lo depositamos en su fosa, a cuatro o cinco pies de profundidad en la oscura tierra. Atado con fuertes cadenas de plata y de hierro, y con la estaca aún clavada, estaba seguro en su caja. Yacía pálido como la muerte, con los ojos cerrados, como un cadáver para todo el mundo. Pero yo sabía que no lo era.
Se estaba haciendo de noche. Dije a los soldados y a los sacerdotes que yo bajaría allí, decapitaría a Thibor y encendería una fogata de ramas en su tumba para quemarlo, y que,

cuando se apagase el fuego, llenaría la fosa. Era un trabajo peligroso, de hechicería, les dije, que sólo podía hacerse a la luz de la luna. Ellos debían retirarse, por el bien de sus almas. Y se fueron, se apartaron de allí y me esperaron en el llano.
Se elevó la luna de afilados cuernos. Miré a Thibor y le hablé a la manera del wamphyri.
«Ay, hijo mío, a esto hemos llegado. Un día triste, muy triste, para un padre que otorgó a un hijo ingrato grandes poderes que fueron malgastados. Un hijo que no cumplió las órdenes de su padre y fue maldito por eso. Despierta, Thibor, y deja que también despierte lo que hay en ti, pues sé que no estás muerto.» El abrió los párpados una rendija al percibir mis palabras y, después, abrió mucho la boca al comprender de súbito. Eché atrás la capucha para que pudiese verme, y sonreí de un modo que él recordaba sin duda. Me miró y se sobresaltó.
Después observó a su alrededor... ¡y gritó!. ¡Ay, cómo gritó!
Arrojé tierra sobre él.
«¡Piedad!», vociferó.
«¿Piedad? ¿Pero no eres Thibor el Valaco, que recibió el nombre de Ferenczy y la orden de cuidar de las tierras de Faethor el wamphyri, durante su ausencia? Y si lo eres, ¿qué estás haciendo aquí, tan lejos del sitio en que debías cumplir tu deber?» «¡Piedad! ¡Piedad! Respeta mi cabeza, Faethor», gritaba.
«¡Es lo que pienso hacer!», dije, y le arrojé más tierra.
Comprendió lo que quería decir, mis intenciones, y se volvió loco; se sacudía, vibraba y amenazaba con desprenderse de la estaca. Introduje un largo y fuerte palo en la tumba y golpeé con él para sujetar mejor la estaca, haciendo que atravesase incluso el fondo del ataúd. En cuanto a la tapa de éste, la dejé simplemente como estaba, de lado sobre el fondo de la fosa. ¿Qué? ¿Acaso iba a taparlo y perder de vista aquella cara frenética y aterrorizada?
«Pero ¡soy un wamphyri!», chilló, «Hubieses podido serlo», le dije. «Sí, hubieses podido *serlo. Ahora no eres nada.» «¡Viejo bastardo! ¡Cuánto te odio!», rugió con sangre en los ojos, en la nariz, en la boca torcida y abierta.*
*«El sentimiento es mutuo, hijo mío.» «Tienes miedo. Me tienes miedo. ¡*Ésta *es la razón!» «¿La razón? ¿Quieres saber la razón? ¿Qué ha sido de mi castillo en el Khorvaty? ¿Y de mis montañas, mis bosques umbríos, mis tierras? Yo te lo diré. Los khanes los han tenido durante más de un siglo. ¿ Y dónde estabas tú, Thibor?» «¡Es verdad!», gritó él, a través de la tierra que yo arrojaba sobre su cara.*
«¡Me tienes *miedo!» «Si esto fuese verdad, seguro que te decapitaría.» Sonreí.* «No; *simplemente, te odio más que a nadie. ¿Recuerdas cómo me quemaste? Te maldije por cien años, Thibor. Ahora te toca a ti maldecirme... para el resto de los tiempos. O hasta que te conviertas en piedra en la oscura tierra.» Y sin decir más, llené su fosa.*
Cuando ya no pudo gritar con la boca, lo hizo con la mente. Yo me regocijé con cada uno de sus alaridos. Entonces encendí una pequeña fogata, para engañar a los soldados y a los sacerdotes, y me calenté durante una hora, pues la noche era fría. Y por fin bajé al llano.
«*Adiós, hijo mío», dije a Thibor.*
Y lo borré de mi mente, como lo había borrado del mundo, para siempre...
Y así te vengaste de Thibor, dijo Harry tras una pausa de Faethor. *Lo enterraste vivo, o no-muerto, para siempre. Bueno, esto pudo servir para tus crueles fines, Faethor Ferenczy, pero, por cierto, no hiciste un gran favor al mundo al dejar que conservase la cabeza. Corrompió a Dragosani y sembró en él su semilla de vampiro y, entretanto, infectó al feto de Yulian Bodescu, que es ahora un vampiro por derecho propio. ¿Sabías estas cosas?*
Harry, dijo Faethor, *en vida fui maestro en telepatía, y en la muerte... Oh, los muertos no quieren hablar conmigo, y no los censuro por ello; pero nada me impide escuchar sus conversaciones. En cierto modo, podría incluso decir que soy un necroscopia, como tú.*

Oh, he leído los pensamientos de muchos. Y hubo algunos que me interesaron en gran manera, en especial los de aquel cerdo de Thibor. Sí, desde mi muerte, he vuelto a interesarme en sus cosas. Sé lo de Boris Dragosani y Yulian Bodescu.
Dragosani está muerto, le dijo Harry, innecesariamente, *pero le he hablado y me ha dicho que Thibor tratará de volver, a través de Bodescu. Pero, ¿cómo puede ser? Quiero decir,* estando *Thibor muerto. No no-muerto, sino muerto totalmente, disuelto, acabado.*
Todavía conserva algo de él, dijo Faethor.
¿Quieres decir materia de vampiro? ¿Protoplasma sin inteligencia, oculto en la tierra, rehuyendo la luz, desprovisto de voluntad consciente? ¿Cómo puede Thibor emplearlo, si ya no puede mandar en ello?, preguntó Harry.
Una pregunta interesante, respondió Faethor. *La raíz de Thibor, su enredadera de carne, un seudópodo extraviado, desprendido y dejado atrás, parece ser exactamente lo contrario de ti y de mí. Nosotros somos incorpóreos: mentes vivas sin cuerpos materiales. Y aquello es... ¿qué? ¿Un cuerpo vivo sin mente?*
No tengo tiempo para acertijos ni juegos de palabras, Faethor, le recordó Harry.
No estaba jugando, sino que contestaba a tu pregunta, dijo Faethor. *Al menos en parte. Tú eres un hombre inteligente. ¿No puedes deducirlo tú mismo?*
Esto dio que pensar a Harry; sobre los polos opuestos. ¿Faethor quería decir que Thibor crearía un nuevo hogar para él en un ser compuesto? ¿Una cosa constituida por la forma física de Yulian y el espíritu de vampiro de Thibor? Mientras debatía este problema, Faethor no era excluido de los pensamientos de Harry.
¡Bravo!, dijo el vampiro.
Confías demasiado en mí, le dijo Harry. *Todavía no tengo la respuesta. Y si la tengo, no la comprendo. No veo cómo puede gobernar la mentalidad de Thibor el cuerpo de Yulian. No, mientras esté controlado por la mente de éste.*
¡Bravo!, dijo de nuevo Faethor.
Pero Harry permaneció a oscuras.
Explícate, dijo el necroscopio, confesando su impotencia.
Si Thibor puede atraer a Yulian Bodescu a los montes cruciformes, dijo Faethor, *y puede hacer que su enredadera superviviente, la protocarne de la que se desprendió tal vez para este fin, se una con Bodescu...*
¿Podría crear un híbrido?, se adelantó Harry.
¿Por qué no? Bodescu tiene ya algo de Thibor en él. Está ya influido por él. El único obstáculo, como has indicado, será la mente del joven. Solución: en cuanto esté en él el tejido de Thibor, éste se comerá sin más la mente de Yulian, para hacer espacio para la de Thibor.
¿Se la comerá? Harry sintió náuseas.
¡Literalmente!, exclamó Faethor Ferenczy.
Pero... un cuerpo sin una mente debe morir muy deprisa, argüyó Keogh.
Un cuerpo humano, sí, si no es mantenido vivo artificialmente. Pero el cuerpo de Bodescu ya no es humano. Sin duda, ésta es la esencia de tu problema. El es un vampiro. Y en todo caso, la transición de Thibor requeriría un breve instante. Yulian Bodescu subiría a los montes cruciformes y aparentemente bajaría enseguida de ellos. Pero en realidad...
¡Sería Thibor!, exclamó Harry.
¡Bravo!, dijo Faethor por tercera vez, aunque no sin ironía.
Gracias, dijo Harry, sin reparar en el sarcasmo del otro, *pues ahora sé que estoy en el buen camino y que la acción elegida por unos amigos míos es la adecuada. Ahora sólo me queda por hacer una última pregunta.*

¡Oh! El humor negro había vuelto a la voz de Faethor, con cierto tono malicioso. *Deja que vea si puedo adivinarla. Deseas saber si yo, Faethor Ferenczy, como Thibor el Valaco, he dejado algo de mí mismo atrás, para que se encone en la tierra negra. ¿Estoy en lo cieno?*
Sabes que sí, dijo Harry. *Que yo sepa, es una precaución que toman todos los wamphyri, contra la posibilidad de que la muerte los sorprenda.*
Harry, tú has sido franco conmigo, y te lo agradezco. Ahora lo seré yo también. No, esto ha sido inventado por Thibor. Sin embargo, debo admitir que quisiera haber sido el primero en haber pensado en ello. En cuanto a mis «restos de vampiro», sí, creo que algo volverá. Tal vez varias cosas. Salvo que «volver» no es quizá la palabra adecuada, pues los dos sabemos que no habrá retorno.
Y aquella cosa, sea lo que fuere, ¿está en tu castillo del Khorvaty que arrasó Thibor?, preguntó Harry.
Una deducción bastante sencilla, dijo el Ferenczy.
Pero ¿no deseas tú usar aquellos restos, como Thibor, para levantarte de nuevo?
Eres ingenuo, Harry. Si pudiese, es probable que lo hiciera. Pero ¿cómo? Morí aquí y es posible que no logre salir de este lugar. Y de todos modos, sé que destruirás todo lo que dejó Thibor enterrado en aquel castillo hace mil años, si es que se ha conservado algo. Pero ¿sabes lo que son mil años, Harry? Ni siquiera yo sé si el protoplasma de un vampiro puede vivir tanto tiempo, en aquellas circunstancias.
Sin embargo, podría haber sobrevivido. ¿Acaso no te... interesa?
Harry percibió algo que parecía un suspiro.
Harry, te diré una cosa: puedes creerlo o no creerlo, pero estoy en paz. Al menos conmigo mismo. He tenido mi tiempo y estoy satisfecho. Si tú hubieses vivido mil trescientos años, lo comprenderías. Tal vez me creerás si te digo que incluso tú has sido una molestia. Pero no debes molestarme más. Mi deuda con Ladislau Giresci está pagada con exceso. Adiós...
Harry esperó un momento y después respondió:
Adiós, Faethor.
Y cansado ahora, extrañamente fatigado, encontró una puerta de espaciotiempo y volvió al continuo de Möbius.
La conversación de Harry Keogh con Faethor Ferenczy no había terminado demasiado pronto; Harry hijo estaba despierto y llamaba a la mente de su padre.
Arrancado del continuo de Möbius hacia el «ello» cada vez más poderoso del niño, Harry tuvo que esperar durante el período de vigilia de su hijo, que se prolongó hasta el domingo por la tarde. Eran las siete y media en Inglaterra cuando al fin volvió a dormirse el pequeño Harry; pero, en Rumania, era dos horas más tarde y se había hecho ya de noche.
Los cazadores de vampiros tenían una *suite* en una posada de las afueras de Ionesti. Allí, en un cómodo salón con paneles de pino, terminaron de trazar sus planes para el lunes y bebieron un poco antes de acostarse temprano. Sólo Irma Dobresti estaba ausente, pues había ido a Pitesti para concretar la entrega de ciertos materiales. Había querido asegurarse de que el pedido sería servido puntualmente. Todos los hombres estaban de acuerdo en que Irma compensaba con su eficacia lo que le faltaba en belleza y atractivo personal.
Cuando se materializó Harry Keogh, los encontró con los vasos en las manos, delante de un fuego de leña. El único aviso de su llegada lo tuvieron cuando Carl Quint se irguió de pronto en su sillón, derramando *slivovitz* sobre la falda. Palideció visiblemente y miró a su alrededor con unos ojos como platos antes de levantarse; pero incluso en pie parecía que se había encogido dentro de sí mismo.
—¡Oh, oh! —consiguió decir.
Gulhárov estaba claramente desconcertado, pero también Krakovitch sintió algo. Se estremeció y dijo:
—¿Qué? ¿Qué? Creo que hay algo...

—Tiene razón —lo interrumpió Alec Kyle, que corrió hacia la puerta de la *suite*, la cerró y apagó todas las luces menos una—. *Hay* algo. Pero no se alarmen.
El va a venir.
—¿Qué? —repitió Krakovitch, respirando más deprisa al bajar la temperatura—. ¿Quién... va a venir?
Quint respiró hondo.
—Félix —dijo; le temblaba un poco la voz—. Dígale a Sergei que no tenga miedo. Es un amigo nuestro; pero, en esta primera reunión, puede que les impresione un poco.
Krakovitch habló a Gulhárov en ruso, y el joven soldado dejó su vaso y se puso lentamente en pie. Y justo entonces, se presentó Harry.
Adoptó su forma acostumbrada, salvo que ahora el niño ya no estaba en posición fetal, sino sentado en la sección media de su padre, y ya no giraba sin objeto sobre su propio eje, sino que parecía reclinarse en Harry, con los ojos cerrados y una actitud casi de meditación. Además, la manifestación de Keogh parecía más pálida, tenía menos luminosidad, mientras que la imagen del niño era sin duda alguna más brillante.
Krakovitch, después de la impresión inicial, reconoció de inmediato a Keogh.
—¡Dios mío! —exclamó—. Un fantasma..., ¡dos fantasmas! Sí, y conozco a uno de ellos. ¡Esa cosa es Harry Keogh!
—No es un fantasma, Félix —dijo Kyle, y asió al ruso del brazo—. Es bastante más que un fantasma; pero le aseguro que no deben asustarse. ¿Se encuentra bien, Sergei?
La nuez de Gulhárov subía y bajaba frenéticamente; le temblaban las manos y tenía desorbitados los ojos; si hubiese podido correr, sin duda lo habría hecho, pero no tenía fuerza en las piernas. Krakovitch le habló de modo enérgico en ruso; le indicó que se sentase, que todo estaba en orden. Sergei no le creyó, pero se sentó de todos modos, casi se derrumbó en el sillón.
—Tienes la palabra, Harry —dijo Kyle.
—¡Por lo que más quieran! —explotó Krakovitch; sentía crecer su nerviosismo, pero trataba de permanecer tranquilo por mor de Gulhárov—. ¿Quiere alguien explicarme qué significa esto?
Keogh lo miró, y también a Gulhárov.
Tú eres Krakovitch, dijo al primero. *Tienes conciencia psíquica y esto facilitará las cosas. Pero tu amigo no la tiene. Consigo comunicar con él, pero me cuesta mucho.*
Krakovitch abrió y cerró la boca como un pez, sin decir nada; después se dejó caer en su sillón, al lado de Gulhárov. Se lamió los labios secos y miró a Kyle.
—¿No... no es un fantasma?
No, no lo soy, respondió Harry. *Pero supongo que tu error es comprensible.*
Mira, no tengo tiempo de explicar mis circunstancias. Mira, ahora que me has visto, tal vez Kyle querrá hacerlo por mí. Pero más tarde. Precisamente ahora, vuelvo a andar muy escaso de tiempo, y lo que tengo que decir es importante.
—Félix —dijo Kyle—, trate de dominar su asombro. Acepte que esto es un hecho y procure comprender lo que él nos diga. Yo se lo explicaré todo a la primera oportunidad.
El ruso asintió con la cabeza, se sobrepuso y dijo:
—Está bien.
Harry les contó todo lo que había descubierto desde la última vez que había hablado con Kyle. Sus expresiones eran muy concisas; puso al corriente a los hombres de INTPES en menos de media hora. Por fin terminó y miró a Kyle, pidiéndole una respuesta.
¿Cómo están las cosas en Inglaterra?
—Me pondré en contacto con nuestra gente mañana al mediodía —le dijo Kyle.
¿Y la casa de Devon?
—Creo que ha llegado el momento de que ellos intervengan —respondió Kyle.

Keogh asintió con la cabeza.
También yo lo creo. ¿Cuándo realizarás tu acción en los montes cruciformes?
—Mañana iremos a ver el lugar —respondió Kyle—. Después de esto, el martes, ¡con luz de día!
Bueno, recuerda lo que os dije. Lo que dejó Thibor detrás de sí es... grande.
—Pero carece de inteligencia. Y, como te he dicho, trabajaremos a la luz del día.
La aparición de Keogh volvió a asentir con la cabeza.
Os aconsejo que ataquéis la casa de Harkley y a Bodescu al mismo tiempo.
Ahora, él debe de estar seguro de lo que es y es probable que haya ensayado ya sus poderes de vampiro; aunque, por lo que sabemos de él, no tiene la astucia ni la reserva de Thibor o de Faethor. Estos guardaron con celo su identidad de wamphyri. No fueron de un lado a otro creando sin necesidad nuevos vampiros. Por otra parte, y tal vez porque carece de instrucción, ¡Yulian Bodescu es una bomba de relojería! Asustadle, cometed un error y dejad que quede en libertad, y será como un incendio, como un cáncer en el vientre de toda la humanidad...
Kyle comprendió que tenía razón.
—Estoy de acuerdo contigo en lo del tiempo —admitió—, pero ¿estás seguro de que lo que te preocupa no es que Bodescu llegue junto a Thibor antes de que podamos actuar contra él?
Podría ser, dijo la aparición, con un dejo de preocupación en la voz. *Pero, por lo que sabemos, Bodescu desconoce los montes cruciformes y lo que está enterrado allí. Aunque, dejemos esto a un lado por ahora. Dime, ¿saben tus hombres de Inglaterra lo que hay que hacer? No todo el mundo tiene valor para una cosa así.*
Es un trabajo duro. Los antiguos métodos: la estaca, la decapitación, el fuego, son los únicos eficaces. Ninguna otra cosa daría resultado. Y esto no puede hacerse con guantes de gamuza. El incendio de Harkley tendrá que ser muy grande. Debido a los sótanos. ..
—¿Porque no sabemos lo que hay en ellos? De acuerdo. Cuando hable mañana con mis hombres, me aseguraré de que lo comprendan bien. Supongo que ya lo comprenden, pero me aseguraré. Toda la casa tiene que arder, desde los sótanos hasta el tejado. Sí, y quizá también un poco debajo de aquéllos.
Bien, dijo Keogh. Guardó silencio durante un momento, como un holograma de finos cables de neón. Parecía un poco inseguro acerca de algo, como el actor que necesita el socorro del apuntador. Después dijo: *Mira, tengo cosas que hacer.*
Hay unas personas, unas personas muertas, a las que tengo que dar las gracias por su ayuda. Y todavía no he encontrado la manera de librarme del dominio que mi pequeño hijo ejerce sobre mí. Se está convirtiendo en un problema. Por lo tanto, si me disculpáis...
Kyle dio un paso adelante. Había algo que parecía decisivo en el aire de Harry Keogh. Kyle tenía ganas de tenderle la mano, pero sabía que no encontraría nada allí. Al menos, nada material.
—Harry —dijo—. Dales también las gracias de nuestra parte. Quiero decir, a tus amigos.
Lo haré, dijo el otro. Sonrió débilmente y desapareció entre un resplandor fosforescente que se extinguió enseguida.
Reinó un silencio absoluto durante largo rato. Después, Kyle encendió la luz y Krakovitch aspiró una gran bocanada de aire, la exhaló y dijo:
—Ahora... ahora espero que todos estarán de acuerdo en que se me debe una explicación...
Lo cual era algo que Kyle no tenía más remedio que aceptar...
Harry Keogh había hecho todo lo que había podido. Lo demás quedaba en manos de los físicamente vivos, o al menos de personas que todavía tenían manos para aceptarlo.
En el continuo de Möbius, Harry sintió un tirón mental; la atracción de su hijo seguía siendo enorme, incluso cuando dormía. Harry hijo apretaba su presa y Harry padre estaba

seguro de que nunca había juzgado bien al pequeño: *estaba* alimentándose de su mente, chupaba sus conocimientos, absorbía la sustancia de su «ello». Harry tendría que hacer pronto una ruptura permanente. Pero ¿cómo?
¿Para ir adonde? ¿Qué quedaría de él, se preguntaba, si era absorbido por completo? ¿Quedaría algo?
¿O dejaría simplemente de ser, salvo como talento esotérico futuro de su hijo?
Empleando el continuo de Möbius, Harry siempre podía sondear el futuro para encontrar las respuestas a estas preguntas. Sin embargo, prefería no saber todas las respuestas, pues el futuro parecía de algún modo inviolable. Y no era que lo considerase una trampa, sino más bien que dudaba de la prudencia de conocer el futuro.
Pues, a semejanza del pasado, el futuro era fijo y, si Harry veía algo que no le gustaba, ¿no trataría de evitarlo? Claro que lo intentaría, aun sabiendo que era inevitable. Lo cual sólo podría complicar todavía más su extraña existencia.
Lo único que se permitiría averiguar sería si tenía en verdad algún futuro.
Algo que, para Harry Keogh, era el más sencillo de los ejercicios.
Todavía en lucha contra la atracción de su hijo, encontró una puerta del futuro y la abrió, y miró hacia el mañana siempre en expansión. Contra la sutilmente cambiante oscuridad de la cuarta dimensión, las innumerables líneas de vida humana, de azul de neón, salieron disparadas dentro de una neblina de zafiro, definiendo la duración de vidas existentes y de vidas aún por venir. La de Harry salió velozmente de su ser incorpóreo (presumió que de su mente) y se alejó al parecer hacia el infinito. Pero vio que más allá de la puerta de Möbius tomaba un rumbo paralelo a un segundo hilo, como los carriles gemelos de una autopista separados por una barrera central. Y ese segundo hilo vital, presumió Harry, debía de ser de su hijo Harry.
Se lanzó desde la puerta y atravesó el tiempo futuro, siguiendo su propia línea y la del pequeño Harry. Todavía más deprisa que las líneas vitales, se proyectó en el futuro próximo. Presenció y lo entristeció la terminación de muchos hilos azules que perdían color y se extinguían, pues sabía que eran muertes; vio que otros iniciaban una existencia brillante, como estrellas, y se prolongaban en resplandecientes filamentos de neón, y supo que eran nacimientos, nuevas vidas. Y así siguió avanzando un poco. El tiempo dejaba una breve estela, como la de un barco en el mar, que se cerraba y alisaba rápidamente.
De pronto, y a pesar de ser incorpóreo, Harry sintió una ráfaga helada que venía de uno de los lados. Difícilmente podía ser un enfriamiento físico; por consiguiente, debía de ser psíquico. Y en efecto, descubrió en el panorama de líneas vitales en movimiento, una que era tan diferente de las otras como un tiburón en un banco de atunes. Ésta era escarlata, ¡la marca del vampiro!
Y se dirigía deliberadamente hacia su propia línea y la de su hijo. Harry sintió pánico. La línea vital escarlata se acercaba; en cualquier momento se uniría a la suya y a la del niño. Y entonces...
El hilo vital de Harry hijo se desvió con brusquedad de la de su padre, siguiendo un rumbo propio entre un océano de oscilantes rayas azules. Y el hilo de Harry padre la imitó, evitando al del vampiro y alejándose desesperadamente. La acción habría parecido a todo el mundo como una maniobra de conductores en un circuito de otro planeta. Pero el último movimiento había sido a ciegas, casi instintivo, y el hilo vital de Harry pareció enredarse como fuera de control, en la maraña del futuro.
Un momento después, Harry presenció y participó en algo imposible: ¡una colisión! Otro hilo vital azul, que palidecía y se estaba desintegrando, se dirigió hacia el suyo, saliendo de ninguna parte. Los dos parecieron atraerse mutuamente, antes de chocar y producir un brillo de neón mucho más intenso y veloz que cada uno de ellos. Harry sintió, por un

instante, la presencia, o el débil eco menguante, de otra mente superpuesta a la suya. Entonces se extinguió, y su hilo siguió avanzando solo.
Ya había visto bastante. El futuro debía seguir su camino. (No podía ser de otra manera.) Miró a su alrededor, encontró una puerta y salió del tiempo continuo de Möbius. De inmediato, el «ello» del pequeño Harry lo agarró y empezó a tirar de él. Harry no se resistió, sino que se dejó llevar sin más hacia la mente de su hijo en Hartlepool, una noche de domingo a primeros de otoño de 1977.
Había pretendido hablar con unos nuevos amigos en Rumania, pero eso tendría que esperar. En cuanto a su «colisión» con el futuro de otra persona, no había sabido qué deducir de ello. Aunque en el instante antes de que se extinguiese, estaba seguro de haber *reconocido* aquel eco mental.
Y eso era lo más desconcertante...

Capítulo 12

Génova es una ciudad de contrastes. Desde la extrema pobreza en los callejones empedrados y los sucios bares de los barrios portuarios, hasta los grandes y lujosos apartamentos que miran a las calles desde amplias ventanas y espaciosos balcones; desde las inmaculadas piscinas de los ricos hasta las playas sucias y manchadas de petróleo; desde las sombrías, claustrofóbicas y laberínticas callejuelas de las entrañas de la ciudad hasta las aireadas y proporcionadas *stradas y piazzas,* el contraste es evidente en todas partes. Elegantes jardines lindan con montañas de hormigón; el relativo silencio de los suburbios residenciales selectos es roto en dirección a la ciudad por el estruendo del tráfico, que no mengua en toda la noche, y el aire dulce de los altos niveles cede el paso al polvo y a los vapores azules de los tubos de escape en los barrios bajos congestionados y privados de sol. Construida en la ladera de una montaña, los niveles de Genova son muchos y vertiginosos.
La sede del servicio secreto británico estaba en un enorme ático de un bloque imponente que daba al Corso Aurelio Saffi. En la parte delantera, de cara al mar, el edificio tenía cinco pisos de alto techo sobre la calle; en la parte de atrás, debido a que los cimientos estaban hincados en la cima de una roca, con el edificio encaramado en su borde, había un segundo nivel de tres pisos, más hondo. El aspecto, desde los balcones de atrás, de bajas barandas, era de vértigo, sobre todo para Jason Cornwell, alias «Mr. Brown».
Génova, domingo, nueve de la noche. Pero en Rumania, Harry Keogh estaba todavía hablando con los cazadores de vampiros en su *suite* de Ionesti, y pronto saldría de allí para seguir el hilo de su vida en el futuro próximo y en Devon, y Yulian Bodescu continuaba preocupado por los hombres que lo estaban observando y preparaba un plan para descubrir quiénes eran y qué pretendían. Pero aquí, en Génova, Jason Cornwell estaba sentado en su sillón muy rígido y con los labios apretados, y observaba cómo empleaba Theo Dolgikh un cuchillo de cocina para desprender el mortero estropeado de las piedras de la ya peligrosa pared del balcón. Y el sudor sobre el labio superior y en las axilas de Cornwell tenía poco o nada que ver con la atmósfera pegajosa y sofocante de Génova en verano.
En cambio, tenía que ver con el hecho de que Dolgikh lo había sorprendido, había atrapado a la araña británica en su propia red, precisamente aquí, en su casa segura. Normalmente, el piso habría estado ocupado por dos o tres agentes más del servicio secreto, pero, como Cornwell (o «Brown») estaba atareado en algo que rebasaba los límites del espionaje corriente —en realidad, en un trabajo de especialista—, los ocupantes regulares habían sido «llamados» para otro trabajo, dejando el lugar vacío y sólo accesible a Brown.
Brown había llevado allí a Dolgikh el sábado, pero, en poco más de veinticuatro horas, el ruso había conseguido volver las tornas. Fingiendo que dormía, había esperado al mediodía del domingo, en que salió Brown para tomar una cerveza y comer un bocadillo, y entonces había trabajado frenéticamente para librarse de las cuerdas con que estaba atado. Cuando

volvió Brown cincuenta minutos más tarde, Dolgikh lo pilló completamente por sorpresa. Más tarde...

Brown había vuelto en sí sobresaltado, con la mente y la carne simultáneamente atacadas por unas sales aplicadas a su nariz y unas fuertes patadas en sus partes más sensibles. Y se había encontrado con que se habían invertido las posiciones, pues ahora estaba él atado en el sillón, mientras Dolgikh sonreía. Salvo que la sonrisa del ruso era la de una hiena.

Sólo había una cosa, sí, una sola, que Dolgikh quería saber: ¿dónde se hallaban ahora Krakovitch, Kyle y compañía? El ruso estaba seguro de que lo habían apartado deliberadamente del juego, lo cual podía significar que el premio sería muy elevado. Ahora tenía la intención de volver a meterse en él.

—No sé dónde están —le había dicho Brown—. Yo sólo me cuido de mis asuntos.

Dolgikh, cuyo inglés algo gutural era bueno, no estaba para cuentos. Si no podía descubrir dónde estaban los de la percepción extrasensorial, sería el fin de su misión. Y es probable que el próximo trabajo tendría que realizarlo en Siberia.

—¿Cómo dieron ellos conmigo?

—*Yo* di contigo. Reconocí tu fea cara, cuyos detalles he transmitido ya a Londres. Sin mi ayuda, ellos no habrían podido localizarte ni en una jaula de monos del zoo. Y no es que esto hubiese importado mucho...

—Si les hablaste de mí, ellos debieron decirte por qué querían pararme los pies. Y tal vez te dijeron adonde iban. Ahora tú me lo dirás.

—No puedo hacerlo.

Al oír esto, Dolgikh se había acercado mucho y ya no sonreía.

—Señor agente secreto, o lo que seas, te has metido en un buen lío. Lo malo es que, si no colaboras, tendré que matarte. Krakovitch y su amigo soldado son unos traidores, pues debieron al menos saber esto. Tú les dijiste que yo estaba aquí; ellos te dieron órdenes o, al menos, cumplieron las suyas. Yo soy un agente fuera de mi país, trabajando contra los enemigos de mi patria. No vacilaré en matarte, si eres terco; pero pasarás un rato muy desagradable antes de morir. ¿Me entiendes?

Brown había comprendido bastante bien.

—No hables de matar, hombre —dijo—. Yo habría podido matarte en muchas ocasiones, pero mis instrucciones no eran ésas. Sólo tenía que entretenerte. ¿Por qué dar a las cosas más importancia de la que tienen?

—¿Por qué trabajan los británicos con Krakovitch? ¿Qué están haciendo? Lo malo de esa pandilla de psíquicos es que todos se imaginan que son mejores que el resto de nosotros. Creen que la mente, y no el músculo, debería gobernar el mundo. Pero tú y yo y los demás como nosotros sabemos que esto no es verdad. El más fuerte gana siempre. El gran guerrero triunfa, mientras el gran pensador está reflexionando todavía. Como tú y yo. Tú haces lo que ellos te dicen y yo trabajo por instinto. Y tengo las de ganar.

—¿De veras? ¿Por eso me amenazas con la muerte?

—Te lo pregunto por última vez. ¿Dónde están?

Brown siguió sin decir nada. Se limitó a sonreír y apretar los dientes.

Dolgikh no tenía tiempo que perder. Era un experto en interrogatorios, lo cual significaba tortura en esta ocasión. Básicamente, hay dos clases de tortura: la mental y la física. Con sólo mirar a Brown, presumió Dolgikh que no bastaría el dolor para quebrantar su voluntad. No a corto plazo. En todo caso, Dolgikh no traía consigo los útiles bastante especiales que habría necesitado. Claro que siempre podía improvisar, pero... no sería lo mismo. Tampoco deseaba marcar a Brown; al menos, de momento. Por consiguiente debía ser una tortura psicológica, ¡el miedo!

Y el ruso había descubierto desde el primer momento el punto flaco de Brown.

—Advertirás —dijo al agente británico, en tono natural—, que, aunque estás muy bien atado, mucho mejor de como tú me ataste a mí, no te he sujetado en realidad al sillón. —Entonces había abierto las altas persianas del estrecho balcón de atrás—. Supongo que sales a menudo aquí a admirar la vista, ¿eh?

Brown había palidecido al instante.

—¡Oh! —Dolgikh se le echó al momento encima—. ¿No te gusta la altura, amigo mío?

Había arrastrado el sillón de Brown hasta el balcón y le había dado rápidamente la vuelta de manera que Brown quedase contra el murete. Quince centímetros de ladrillos y mortero y de estropeado revestimiento de yeso lo separaban del espacio y de la gravedad. Y su semblante no pudo ser más elocuente.

Dolgikh lo había dejado allí, había recorrido el piso a toda prisa y había confirmado su sospecha. Desde luego, encontró cerradas todas las ventanas y las puertas de los balcones, tapando no sólo la luz sino también la altura. ¡Sobre todo la altura! Mr. Brown padecía vértigo.

Después de esto, el juego había sido completamente diferente.

El ruso había arrastrado de nuevo a Brown al interior y había colocado el sillón a unos quince centímetros del balcón. Después había tomado un cuchillo de cocina y empezaba a aflojar los ladrillos del murete, a la vista del impotente agente. Y mientras trabajaba, iba explicando lo que se proponía.

—Ahora vamos a empezar de nuevo y te haré algunas preguntas. Si las contestas correctamente, es decir, con sinceridad y sin poner reparos, te quedarás donde estás. Mejor aún, conservarás la vida. Pero cada vez que no respondas o digas una mentira te acercaré un poco más al balcón y aflojaré más el mortero.

Naturalmente, me enfadaré si no juegas el juego a mi manera. Es probable que me enfurezca. En tal caso me sentiré tentado a arrojarte de nuevo contra el murete.

Pero cuando lo haga, éste será mucho más débil...

Y así había empezado el juego.

Esto había ocurrido alrededor de las siete de la tarde y ahora eran las nueve y la cara del murete, que se había convertido en centro de toda la atención de Brown, estaba completamente rascada y muchos de los ladrillos aparecían visiblemente flojos. Peor aún, el sillón de Brown estaba con las patas delanteras dentro del balcón, a casi un metro del pretil. Más allá, la silueta de la ciudad y las montañas, atrás, estaban salpicadas de luces centelleantes.

Dolgikh se irguió, apartó los cascotes con los pies y sacudió con pesadumbre la cabeza.

—Bueno, caballero, lo has hecho bastante bien, pero no del todo, y ahora, como sospechaba que podía ocurrir, me siento cansado y un poco frustrado. Me has contado muchas cosas, algunas importantes y otras sin importancia, pero todavía no me has dicho lo que más quiero saber. He agotado la paciencia.

Se colocó detrás de Brown y empujó el sillón hacia adelante, hasta el murete.

La barbilla de Brown estaba a la altura del borde de aquél, a menos de medio metro de distancia.

—¿Quieres vivir, señor agente?

La voz de Dolgikh era suave y amenazadora.

En realidad, el ruso pretendía matar a Brown, aunque sólo fuese para hacerle pagar lo del día anterior. Desde el punto de vista de Brown, Dolgikh no tenía necesidad de matarlo; sería una acción inútil y podía indisponerlo todavía más con el servicio secreto británico, que sin duda lo tenía ya en la «lista negra». Pero, desde el punto de vista del ruso..., estaba ya en varias listas. Y en todo caso, disfrutaba asesinando. Sin embargo, Brown no podía estar absolutamente seguro de las intenciones de Dolgikh y, mientras hay vida, hay esperanza.

El agente miró por encima del murete las luces innumerables de Génova.
—Londres sabrá quién lo ha hecho, si... —empezó a decir, y lanzó un breve grito cuando Dolgikh sacudió con violencia el sillón.
Brown abrió los ojos, respiró y tragó saliva, temblando, a punto de desmayarse. En realidad, sólo temía una cosa en el mundo, y era la que tenía delante. Con razón lo habían declarado inútil para el SAS. Podía sentir el vacío debajo de él, como si estuviese ya en plena caída.
—Bueno —dijo el ruso, y suspiró—, no puedo decir que me alegrase de conocerte, pero estoy seguro que dejar de conocerte será para mí un gran placer. Y así...
—*¡Espera!* —jadeó Brown—. Promete que me llevarás de nuevo dentro si te lo digo.
Dolgikh se encogió de hombros.
—Sólo te mataré si me obligas a hacerlo. No responder sería un suicidio, más que un asesinato.
Brown se lamió los labios. ¡Qué diablos, era su vida! Kyle y los otros habían salido con ventaja. El ya había hecho bastante.
—Rumania, ¡Bucarest! —farfulló—. Tomaron un avión la noche pasada, para llegar a Bucarest a eso de las doce.
Dolgikh se plantó a su lado, inclinó la cabeza a un lado y contempló la cara sudorosa y vuelta hacia arriba.
—¿Sabes que puedo telefonear al aeropuerto para comprobarlo?
—Desde luego —gimió Brown. Ahora lloraba sin avergonzarse. Había perdido por entero su valor—. Llévame dentro.
El ruso sonrió.
—Con mucho gusto.
Se ocultó a su vista. Brown sintió que cortaba con el cuchillo la cuerda que le sujetaba las muñecas a la espalda. Las ataduras se rompieron y Brown lanzó un gemido cuando llevó los brazos delante del pecho. Tan rígidos estaban que apenas podía moverlos. Dolgikh le soltó los pies y recogió los trozos cortos de cuerda.
Brown hizo un esfuerzo y empezó a ponerse en pie, tambaleándose...
Y sin previo aviso, el ruso apoyó ambas manos en su espalda y empleó toda su fuerza para empujarlo hacia adelante. Brown gritó, salió disparado, chocó contra el murete y se derrumbó en el vacío. Ladrillos de fantasía y fragmentos de yeso y mortero cayeron con él.
Dolgikh miró y escupió tras él; después se enjugó la boca con el dorso de la mano. Abajo, allá en lo hondo, sonó un golpe sordo y ruido de ladrillos.
Momentos más tarde, el ruso se puso el abrigo ligero de Brown, salió del piso y limpió el tirador de la puerta. Tomó el ascensor hasta la planta baja y salió del edificio, caminando despacio. Cuando hubo andado unos cincuenta metros, paró un taxi y pidió que lo llevase al aeropuerto. Durante el trayecto, bajó el cristal de la ventanilla y tiró unos trocitos de cuerda. El conductor, atento al tráfico, no lo vio...
A las once de aquella noche, Theo Dolgikh había estado al habla con su superior inmediato de Moscú y se dirigía a Bucarest. Si no hubiese estado imposibilitado de hacerlo durante las últimas veinticuatro horas, si hubiese podido comunicar más pronto con su control, habría sabido dónde estaban Kyle, Krakovitch y los otros, sin tener que matar a Brown para obtener aquella información. No era que esto le importase mucho, pues sabía que lo habría matado de todas maneras.
Además, hubiese podido saber algo de lo que estaban haciendo aquéllos en Rumania, que en realidad estaban buscando... ¿algo enterrado? El control de Dolgikh no había querido ser más específico. ¿Tal vez un tesoro? Dolgikh no podía imaginarlo y, en realidad, no le interesaba. Borró la pregunta de su mente. Hicieran lo que hiciesen, no era bueno para Rusia, y esto era bastante para él.

Ahora, embutido en el pequeño asiento del avión de pasajeros que cruzaba el norte del Adriático, se echó un poco hacia atrás y se relajó, dejando que su mente divagase, envuelta en el zumbido de los motores.
Rumania. La región alrededor de Ionesti. Algo enterrado. Todo era muy extraño.
Y más extraño aún, el «control» de Dolgikh era uno de ellos, uno de esos malditos espías psíquicos, ¡tan detestados por Andropov! El hombre de la KGB cerró los ojos y rió entre dientes. ¿Cuál sería la reacción de Krakovitch, se preguntaba, cuando descubriese al fin que el traidor en su preciosa Organización E era su propio segundo en el mando, un hombre llamado Iván Gerenko?
Yulian Bodescu no había pasado una noche agradable. Ni siquiera la presencia de su hermosa prima en la cama, para que se sirviese de su precioso cuerpo como más le divirtiera, había compensado sus pesadillas y fantasías y vagos recuerdos frustrados de un pasado que no era enteramente suyo.
Todo se debía a aquellos vigilantes, presumió Yulian; aquellos malditos entremetidos cuyo espionaje (¿con qué fin?, ¿qué sabían?, ¿qué trataban de descubrir?), durante las últimas cuarenta y ocho horas, se había convertido en una irritación casi insoportable. Oh, ya no tenía verdaderos motivos para temerlos (George Lake era ceniza y las tres mujeres no se atreverían nunca a ir contra él), ¡pero aquellos hombres estaban allí! Como una picazón que no se podía rascar. O a la que no se podía llegar... de momento. Sí, ellos eran los responsables.
Ellos habían provocado las pesadillas de Yulian, sus sueños de estacas, de espadas de acero y de brillantes y devoradoras llamas. En cuanto a los otros sueños, de montes bajos en forma de cruz, de árboles oscuros y de una Cosa en el suelo que lo llamaba una y otra vez, atrayéndolo con dedos que goteaban sangre..., Yulian no sabía cómo interpretarlos.
Pues había estado allí, realmente *allí,* en los montes cruciformes, la noche en que había muerto su padre. Sabía que cuando había ocurrido eso, él no era más que un feto en el seno de su madre, pero ¿qué *más* había sucedido entonces? En todo caso, sus raíces estaban allí; estaba seguro. Y sólo había una manera de confirmarlo con absoluta certeza: responder a la llamada e ir allí. Por cierto, un viaje a Rumania podía servirle para resolver dos problemas al mismo tiempo; pues, con los vigilantes secretos en los campos y caminos alrededor de Harkley, era un buen momento para desaparecer durante un tiempo.
Salvo que... debería saber primero cuál era el verdadero objetivo de aquellos espías. ¿Sospechaban simplemente, o sabían en verdad algo? Y si era así, ¿qué pretendían hacer al respecto? Yulian había concebido ya un plan para obtener respuesta a estas preguntas. Sólo era cuestión de prepararlo bien, y nada más...
Aquel lunes estaba el cielo nuboso y el día era gris, al levantarse Yulian de la cama. Ordenó a Helen que se bañara, se vistiera y arreglara, y anduviera por la casa y los jardines como si su vida fuese completamente normal, como si nada hubiese cambiado. Después se vistió a su vez, bajó al sótano y dio las mismas instrucciones a Anne. Y lo propio hizo con su madre, en la habitación de ésta.
Tenían que comportarse con naturalidad y no hacer nada que resultase sospechoso; sí, y Helen podía llevarlo incluso a Torquay, por una hora o dos.
Fueron seguidos hasta Torquay, pero Yulian no se dio cuenta. Le distraía el sol, que no paraba de filtrarse entre las nubes y reflejarse en los espejos, los cristales de las ventanas y los metales cromados. Todavía llevaba el sombrero de ala ancha y las gafas oscuras, pero su odio contra el sol, y el efecto que éste le producía, eran ahora mucho más fuertes. Los espejos del coche lo irritaban; su propia imagen reflejada en los cristales de las ventanillas y otras superficies brillantes lo inquietaba; su «conciencia» de vampiro le atacaba los nervios. Se sentía cercado. Lo amenazaba un peligro y lo sabía, pero... ¿desde dónde? ¿Y qué clase de peligro?

Mientras Helen esperaba en el coche, en la tercera planta de un aparcamiento municipal, Yulian fue a una agencia de viajes, preguntó y dio instrucciones. Esto le costó algún tiempo, pues las vacaciones que había elegido no eran las que solía organizar la agencia. Quería pasar una semana en Rumania. Yulian habría podido telefonear a uno de los aeropuertos de Londres y hacer una reserva, pero prefirió que una agencia autorizada lo aconsejara sobre restricciones, visados, etcétera. De esta manera no habría errores ni contratiempos en el último momento. Además, no podía estar encerrado para siempre en la casa Harkley House; la excursión en coche a la ciudad había representado al menos desligarse de la rutina, de sus observadores y de la creciente presión de ser una criatura solitaria. Mejor aún, el paseo le había permitido mantener las apariencias: Helen era su linda primita venida de Londres, y los dos habían salido a dar un paseo en coche, disfrutando del buen tiempo que quedaba. Sí, parecería esto.

Después de concertar todo lo referente al viaje (la agencia le telefonearía dentro de cuarenta y ocho horas y le daría todos los detalles), llevó a Helen a almorzar. Mientras ésta comía con indiferencia y trataba desesperadamente de parecer que no le tenía miedo, Yulian sorbió un vaso de vino tinto y fumó un cigarrillo. Habría podido comer un bistec, poco hecho; pero la comida, la comida corriente, ya no le apetecía. En vez de esto se encontró con que estaba observando el cuello de Helen. Sin embargo, se dio cuenta del peligro que entrañaba y concentró su atención en los detalles de su plan para la noche. En realidad, no pretendía estar con hambre mucho tiempo.

A la una y media de la tarde estaban de regreso en Harkley, y entonces Yulian captó brevemente los pensamientos de otro vigilante. Trató de infiltrarse en la mente del desconocido, pero éste la había cerrado de inmediato. ¡Eran listos, aquellos vigilantes! Furioso, rabió por dentro durante toda la tarde y a duras penas pudo dominarse hasta que se hizo de noche.

Peter Keen era un recluta relativamente reciente del equipo de parapsicólogos de INTPES. Telépata esporádico (su facultad, todavía no educada, se manifestaba en impulsos incontrolados e impremeditados, y dejaba de actuar tan rápida y misteriosamente como había aparecido), había sido reclutado después de informar a la policía de un futuro asesinato. Había registrado de forma accidental la mente — las negras intenciones— del presunto violador y asesino. Cuando se perpetró el delito, tal como había anunciado él, un policía de alto rango, amigo de la organización, había comunicado los detalles a INTPES. El trabajo en Devon era la primera misión de Keen, que hasta ahora había pasado todo el tiempo con sus instructores.

Yulian Bodescu estaba ahora bajo vigilancia durante las veinticuatro horas del día, y Keen tenía el turno de las ocho de la mañana a las dos de la tarde. A la una y media, cuando la muchacha hubo conducido a Bodescu a través de la verja de Harkley y hasta la casa, Keen estaba a menos de doscientos metros detrás de ellos, en su Capri rojo. Dejando Harkley atrás, se detuvo ante la primera cabina telefónica y llamó a jefatura, para informar de los detalles de la salida de Bodescu.

En el hotel de Paignton, Darcy Clarke recibió la llamada de Keen y pasó el teléfono al encargado de la operación, un hombre alegre, gordo, de edad mediana y que fumaba en cadena, llamado Guy Roberts. Normalmente, Roberts habría estado en Londres, empleando sus facultades en seguir la pista a submarinos rusos, de terroristas y cosas por el estilo; pero ahora estaba aquí, como jefe de operaciones, sin perder mentalmente de vista a Yulian Bodescu.

Roberts no había encontrado la tarea de su gusto ni fácil en modo alguno. El vampiro es una criatura solitaria y reservada por naturaleza. Hay algo en la constitución mental del vampiro que lo oculta tan eficazmente como esconde la noche su ser físico. Roberts sólo podía ver Harkley como un lugar vago y sombrío, como un escenario visto a través de una

densa y ondulante niebla. Cuando Bodescu estaba allí, este miasma mental se hacía mucho más denso, y Roberts encontraba mucho más difícil localizar una persona o un objeto específicos. Pero la práctica es siempre útil y, cuanto más estaba en ello, más claras se hacían las imágenes de Roberts. Ahora estaba seguro, por ejemplo, de que la casa estaba ocupada sólo por cuatro personas: Bodescu, su madre, su tía y la hija de ésta. Pero había algo más.

De hecho, dos *algos.* Uno de ellos era el perro de Bodescu, pero oscurecido por la misma aura, que era muy extraña. Y el otro era... simplemente «el Otro». Como el propio Yulian, Roberts pensaba en ello sólo de aquella manera. Pero fuese lo que fuese —probablemente la cosa en el sótano sobre la que había advertido Alec Kyle—, se hallaba sin duda allí y estaba vivo...

—Aquí Roberts —dijo por teléfono—. ¿Qué hay de nuevo, Peter?

Keen transmitió su mensaje.

—¿Una agencia de viajes? —Roberts frunció el entrecejo—. Sí, nos preocuparemos en seguida de esto. ¿Tu relevo? Está en camino. Trevor Jordan, sí.

Hasta luego, Peter.

Roberts colgó el teléfono y tomó la guía. Momentos más tarde llamó a la agencia de viajes de Torquay, cuyos nombre y dirección le había dado Keen.

Cuando le respondieron, Roberts sostuvo un pañuelo delante de la boca e imitó la voz de un joven.

—Oiga... oiga.

—Aquí Sunsea Travel —fue la respuesta—. ¿Quién llama, por favor?

Era una voz masculina, grave y suave.

—Parece que la línea funciona mal —dijo Roberts, sin levantar la voz—. ¿Me oye? Estuve ahí, hace cosa de una hora. Soy Bodescu.

—¡Ah, sí, señor! —El agente de viajes habló más fuerte—. Se interesó por un viaje a Rumania. A Bucarest, cualquier día de las dos próximas semanas. ¿No es así?

Roberts dio un respingo y tuvo que esforzarse para que su voz amortiguada sonase igual.

—Pues..., sí, Rumania, exacto. —Pensaba deprisa, terriblemente deprisa—.

Escuche, siento molestarlo, pero...

—¿Qué?

—Bueno, he decidido renunciar a ese viaje. Tal vez el año próximo, ¿eh?

—¡Ah! —dijo el otro, en un tono de contrariedad—. Bueno, ¡qué se le va a hacer! Gracias por llamar, señor. ¿Es una cancelación definitiva?

—Sí. —Roberts sacudió un poco el teléfono—. Lamento tener que... ¡Esta línea es un asco! Bueno, algo ha sucedido y...

—Oh, no se preocupe, señor Bodescu —lo interrumpió el agente—. Esto ocurre muchas veces. Y en todo caso, todavía no había tenido tiempo de informarme a fondo. Por consiguiente, nada se ha perdido. Pero, si cambia de nuevo de opinión, me lo hará saber, ¿verdad?

—¡Desde luego! Así lo haré. Ha sido usted muy amable. Disculpe las molestias.

—No hay de qué, señor. Adiós.

—¡Adiós!

Roberts colgó el teléfono.

Darcy Clarke, que había estado escuchando, dijo:

—¡Genial! ¡Magnífico, jefe!

Roberts lo miró, pero no sonrió.

—¡Rumania! —dijo, gravemente—. La cosa está candente, Darcy. Ojalá llame Kyle de una vez. Lleva dos horas de retraso.

En aquel momento volvió a sonar el teléfono.

Clarke asintió con la cabeza.
—Esto es lo que yo llamo talento. Si no ocurre, ¡haz que ocurra!
Roberts se imaginó Rumania (su propia interpretación, pues nunca había estado allí) y después superpuso una imagen de Alec Kyle a un agreste paisaje rumano. Cerró los ojos y vio la cara de Kyle con un detalle fotográfico..., no, como en carne viva.
—Aquí Roberts.
—¿Guy? —dijo la voz de Kyle—. Oye, pretendí enviar esto vía Londres, John Grieve, pero no pude encontrarlo.
Roberts sabía lo que quería decir: evidentemente, habría preferido que la llamada fuese totalmente segura.
—No puedo ayudarte en esto —respondió—. Ahora no hay aquí nadie tan especial. ¿Hay problemas?
—Yo diría que no. —Roberts vio, con los ojos de la mente, que Kyle fruncía el entrecejo—. Nos faltó un poco de reserva en Génova, pero eso se arregló. En cuanto a mi retraso, ¡esto es como tratar de hablar con Marte desde aquí! Para que hablen de sistemas anticuados. Si no tuviese ayuda local... En fin, ¿tienes algo para mí?
—¿Podemos hablar claro?
—Tenemos que hacerlo.
Roberts lo puso rápidamente al corriente, terminando con el frustrado viaje de Bodescu a Rumania. Vio con su mente, y oyó físicamente la exclamación de horror de Kyle. Entonces el jefe de INTPES reprimió sus emociones; aunque los planes de Bodescu para ir allí no hubiesen sido frustrados, habría sido demasiado tarde para él.
—Cuando hayamos terminado aquí —dijo hoscamente a Roberts—, ya no quedará nada para él. Y cuando tú hayas terminado ahí..., ya no podrá ir a parte alguna.
Entonces refirió con todo detalle a Roberts lo que quería que se hiciese. Tardó unos buenos quince minutos en asegurarse de que lo había abarcado todo.
—¿Cuándo? —preguntó Roberts, cuando el otro hubo terminado.
Kyle se mostró cauteloso.
—¿Formas parte del equipo de vigilancia tú? Quiero decir si vas en persona hacia la casa y lo vigilas.
—No. Mi trabajo es de coordinación. Siempre estoy aquí, en la jefatura. Pero quisiera intervenir en la caza.
—Está bien, ya te diré cuándo va a ser —aseguró Kyle—. Pero, *¡no* debes decirlo a los demás! No hasta que estemos lo más cerca posible de la hora cero. No quiero que Bodescu se entere por la mente de alguien.
—Eso está muy bien. Espera... —Roberts envió a Clarke a la habitación contigua, para que no pudiese oírlo—. Bueno, ¿cuándo?
—Mañana, durante el día. Digamos a las cinco de la tarde, hora local.
Nosotros habremos hecho nuestro trabajo aproximadamente una hora antes. Hay ciertas razones evidentes para que prefiramos la luz del día. Y, por lo que respecta a vosotros, otro motivo menos palpable. Cuando Harkley vuele por los aires, se producirá un gran incendio. Tienes que asegurarte de que los bomberos no acudirían demasiado pronto para apagarlo. Si fuese de noche, las llamas serían visibles desde una distancia de muchos kilómetros. Bueno, esto queda de tu mano.
Pero lo último que debes permitir es una interferencia desde el exterior, ¿de acuerdo?
—Entendido —dijo Roberts.
—Muy bien —dijo Kyle—. Es probable que no volvamos a hablar hasta que esto haya terminado. ¡Que tengas suerte!
—Suerte —respondió Roberts a su vez, dejando que la cara de Kyle se borrase de su mente mientras colgaba el teléfono.

Harry Keogh estuvo la mayor parte del lunes tratando sin éxito de romper la atracción magnética de la psique de su hijo. No había manera. El pequeño luchaba contra él, se aferraba tanto a Harry como al mundo despierto con increíble tenacidad; *no* quería dormir. Brenda Keogh vio que el niño tenía fiebre, pensó en llamar al médico, pero cambió de idea; sin embargo, decidió que, si el pequeño estaba tan inquieto durante toda la noche y tenía todavía alta la temperatura por la mañana, acudiría al doctor.

No podía saber que la fiebre de Harry se debía a la lucha mental que sostenía con su padre, un combate que el bebé estaba ganando con facilidad. En cambio, Harry padre lo sabía demasiado. La voluntad del pequeño, y su fuerza, ¡eran enormes! La mente del niño era un agujero negro cuya gravedad lo atraía por entero. Y había descubierto algo: que una mente sin cuerpo puede fatigarse y agotarse lo mismo que la carne. Por consiguiente, cuando ya no pudo luchar, se rindió y se retiró dentro de sí mismo, contento de que, por el momento, sus vanos esfuerzos y su lucha hubiesen terminado.

Como un pez en el extremo de un sedal, se dejó arrastrar hasta cerca de la barca. Pero sabía que tendría que luchar de nuevo cuando sintiese que el arpón iba a golpearlo. Sería la última oportunidad del Harry incorpóreo de conservar una identidad individual. Por eso tendría que combatir, por la continuación de su existencia; pero no podía dejar de preguntarse qué significaba todo esto para su hijo. *¿Por qué* lo quería Harry hijo? ¿Era simplemente por la enorme codicia de un niño lleno de salud, o por algo completamente distinto?

En cuanto al propio bebé, comprendió la rendición parcial de su padre, y *aceptó* el hecho de que, por ahora, el combate había terminado. No tenía modo de decirle a aquel fantástico adulto, que no era realmente una lucha, sino sólo un deseo desesperado de saber, de aprender. Padre *e* hijo, dos mentes en un solo cuerpo pequeño, frágil (¿indefenso?), aprovecharon la agradable oportunidad para dormir. Y a las cinco de la tarde, cuando Brenda Keogh miró a su hijito, se alegró al observar que yacía tranquilo en su cuna y que la temperatura volvía a ser normal...

A eso de las cuatro y media de la tarde de aquel mismo lunes, en Ionesti, Irma Dobresti acababa de responder a una llamada telefónica *de* Bucarest. La conversación por teléfono fue lo bastante acalorada para que escuchase el resto del grupo. La cara larga que puso Krakovitch dijo a Kyle y a Quint que algo andaba mal. Cuando Irma hubo terminado y colgado el teléfono, Krakovitch habló:

—A pesar de que todo esto debió ponerse en claro, ahora hay un problema con el Ministerio del Interior. Algún idiota está poniendo en duda nuestra autoridad.

Recuerden que están en Rumania, ¡no en Rusia! La tierra que queremos quemar es de propiedad común y ha pertenecido al pueblo desde tiempo, ¿cómo lo dicen ustedes?, inmemorial. Si fuese simplemente propiedad de un agricultor, podríamos indemnizarlo, pero... —y se encogió de hombros, impotente.

—Exacto —dijo Irma—. Esta noche vendrán unos hombres del Ministerio, desde Ploiesti, para hablar con nosotros. No sé cómo se habrá filtrado esto, pero aquí estamos bajo su... ¿jurisdicción? Sí. Podría ser un gran problema. Preguntas y respuestas. ¡No todo el mundo cree en los vampiros!

—Pero ¿no es usted del Ministerio? —Kyle estaba alarmado—. ¡Quiero decir que tenemos que realizar este trabajo!

Aquella mañana, temprano, se habían dirigido en coche al lugar donde, hacía casi dos decenios, había sido recobrado el cuerpo de Ilya Bodescu de entre una maraña de matorrales y entre los espesos abetos de una empinada vertiente, de cara al sur, en los montes cruciformes. *Y* cuando habían subido más, habían tropezado con el mausoleo de Thibor. Allí, donde las losas cubiertas de líquenes estaban inclinadas como menhires al pie

de los árboles inmóviles, los tres psíquicos, Kyle, Quint y Krakovitch, habían sentido la amenaza todavía latente del lugar, y se habían marchado a toda prisa.
Sin perder tiempo, Irma había llamado a su equipo de ingenieros civiles, un capataz y cinco hombres, con base en Pitesti. A través de Krakovitch, Kyle había hecho una pregunta al jefe.
—¿Están usted y sus hombres acostumbrados a manejar este material?
—¿Termita? ¡Oh, sí! A veces la hacemos estallar, y otras, la encendemos. He trabajado antes de ahora para los rusos, en el norte, *en* Berézov. La empleábamos mucho para ablandar el terreno helado. Pero no veo su objetivo aquí...
—Peste —dijo al punto Krakovitch, a modo de explicación. Era un invento suyo—. Hemos encontrado unos antiguos informes que hablan de un entierro masivo de víctimas de la peste en este lugar. Aunque de esto hace trescientos años, es probable que el subsuelo esté infectado. Estos montes han sido calificados ahora de tierras de labranza. Antes de que dejemos que algún agricultor incauto empiece a ararla, o a hacer bancales en la falda del monte, queremos asegurarnos de que no hay peligro. ¡Hay que desinfectarlo hasta el lecho de roca!
Irma Dobresti lo había captado todo. Arqueó una ceja y miró a Krakovitch, pero éste no dijo nada.
—¿Y cómo se han interesado los soviets en esto? —quiso saber el capataz.
Krakovitch había previsto la pregunta.
—Tuvimos un caso parecido en Moscú, hace un año —respondió; y más o menos era verdad.
Pero el otro insistió:
—¿Y los británicos?
Ahora intervino Irma:
—Porque pueden tener un problema parecido en Inglaterra —dijo—. Y han venido para ver cómo lo resolvemos, ¿entendido?
Al capataz no le había importado enfrentarse a Krakovitch, pero no iba a indisponerse con Irma Dobresti.
—¿Dónde quiere que abramos los agujeros? —preguntó—. ¿Y de qué profundidad?
Poco después del mediodía, los preparativos habían terminado. Lo único que faltaba era conectar los detonadores, un trabajo de diez minutos que, para mayor seguridad, podía esperar hasta el día siguiente.
Carl Quint había sugerido:
—Podríamos terminar ahora...
Pero Kyle se había opuesto a ello.
—En realidad, no sabemos con qué nos enfrentaremos aquí —había respondido—. Además, cuando esté hecho el trabajo, no quiero entretenerme, sino pasar directamente a la próxima fase: el castillo de Faethor en el Khorvaty. Me imagino que, cuando hayamos quemado esta falda del monte, vendrá aquí mucha gente para ver lo que hemos hecho. Por consiguiente, preferiría que nos marchásemos el mismo día. Esta tarde, Félix se cuidará de preparar el viaje, y tengo que hacer una llamada a nuestros amigos de Devon. Después de todo esto se estará haciendo de noche, y prefiero trabajar a la luz del día después de una buena noche de descanso. Así pues...
—¿A qué hora de mañana?
—Por la tarde, cuando todavía dé el sol en aquella falda del monte.
Entonces se había vuelto a Krakovitch.
—Félix, ¿volverán hoy esos hombres a Pitesti?
—Volverán —respondió Krakovitch—, si no tienen nada que hacer hasta mañana por la tarde. ¿Por qué lo pregunta?

Kyle se encogió de hombros.
—Sólo una impresión —dijo—. Me habría gustado tenerlos a mano. Pero...
—También yo he tenido una impresión —respondió el ruso, frunciendo el entrecejo—. Supongo que serán los nervios...
—Entonces somos tres —añadió Carl Quint—. Esperemos que sólo sean los nervios y nada más, ¿eh?
Todo esto había ocurrido a media mañana, y todo se había desenvuelto, al parecer, con normalidad. Y ahora, de pronto, estaba esta amenaza de una interferencia desde fuera. Mientras tanto, Kyle había hecho su llamada a Devon; tardó dos horas en establecer comunicación y, cuando lo logró, dispuso el golpe contra la casa Harkley.
—¡Maldita sea! —gruñó—. *Hay* que hacerlo mañana. Con independencia del Ministerio, tenemos que seguir adelante con esto.
—Habríamos debido hacerlo esta mañana —dijo Quint—, cuando llevábamos ventaja...
Irma Dobresti entrecerró los ojos y dijo:
—Oigan, esos burócratas locales me fastidian. ¿Por qué no van ustedes cuatro al lugar? Quiero decir, ahora mismo. Miren, yo podía haber estado sola cuando se recibió aquella llamada, y todos ustedes en el monte, haciendo su trabajo.
Telefonearé a Pitesti, haré que Chevenu y sus hombres se reúnan con ustedes en el lugar. Pueden hacer el trabajo..., quiero decir terminarlo, esta noche.
Kyle la miró fijo.
—Es una buena idea, Irma, pero ¿y usted? ¿No se meterá en un lío? ¿No le harán pasar un mal rato?
—¿Qué? —Pareció sorprendida por la idea—. ¿He tenido la culpa de estar sola cuando recibí la llamada telefónica? ¿Me podrán acusar de que el taxi haya equivocado el camino y no haya podido encontrarlos a ustedes a tiempo para impedir que quemasen el monte? ¡A mí, todos esos caminos vecinales me parecen idénticos!
Krakovitch, Kyle y Quint se miraron y sonrieron. Sergei Gulhárov no había entendido gran cosa, pero percibió el entusiasmo de los otros y se levantó, asintiendo con la cabeza.
—*Da, ¡da!*
—Está bien —dijo Kyle—, ¡hagámoslo!
Y cediendo a un impulso, agarró a Irma Dobresti, la atrajo hacia sí y le aplicó un sonoro beso...
Lunes por la noche.
Las nueve y media, hora de Europa central; las siete y media de la tarde en Inglaterra.
Hubo fuego y pesadilla en los montes cruciformes, bajo la luna y las estrellas y los imponentes Cárpatos Meridionales, y la pesadilla se trasladó hacia el oeste, a través de ríos y montañas y mares, hasta Yulian Bodescu, que se revolvía en la cama y sudaba el sudor fétido del miedo en su habitación del ático de la casa Harkley.
Agotado por los temores inconcretos del día, sufría ahora el tormento telepático de Thibor el Valaco, el vampiro cuyos restos físicos estaban siendo finalmente consumidos. Ahora no había camino de regreso para el vampiro; pero, a diferencia de Faethor, el espíritu de Thibor era inquieto, agitado, maligno. ¡Y estaba ansioso de venganza!
¡Yuliaannn! ¡Ay, hijo mío, mi único verdadero hijo! Mira lo que ha sido ahora de tu padre...
—¿Qué? —dijo Yulian en sueños, imaginándose un calor abrasador, unas llamas que se iban acercando. Y, en el calor del fuego, alguien que lo llamaba—.
¿Quién... quién eres?
Ay, tú me conoces, hijo mío. Sólo nos encontramos durante un instante, y tú habías de nacer aún; pero puedes acordarte si lo intentas.
—¿Dónde estoy?

De momento, conmigo. No preguntes donde estás, sino dónde estoy yo. En los montes cruciformes, donde empezó esto para ti y termina ahora para mí. Para ti es sólo un sueño, mientras que para mí, es la realidad.
—¡Tú! —Ahora Yulian lo reconoció. La voz que había llamado en la noche y que no había recordado hasta ahora. La Cosa enterrada. El origen—. ¿Tú? ¿Mi...
padre?
¡Cierto! Oh, no a consecuencia de una cita de amante con tu madre. No gracias al deseo o al amor de un hombre por una mujer. Nada de eso, pero soy tu padre a pesar de todo. Por la sangre, Yulian, ¡por la sangre!
Yulian dominó su miedo a las llamas. Sabía que se trataba sólo de un sueño, por real y palpable que éste fuese, y que no sufriría daño. Avanzó a través de aquel infierno y se acercó a la figura que allí estaba. Un humo negro y espeso y unas llamas carmesí enturbiaban su visión y el calor era el de un horno, pero Yulian tenía que hacer unas preguntas, y la Cosa que ardía era la única que podía contestarlas.
—Me has pedido que vaya a buscarte, e iré. Pero ¿por qué? ¿Qué quieres de mí?
¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!, gritó angustiada la aparición envuelta en llamas. Y Yulian supo que su dolor no era fruto del fuego que lo consumía, sino de una amarga frustración. *Yo habría sido tu maestro, hijo mío. Sí, y tú habrías aprendido los muchos secretos del wamphyri. A cambio de ello... No puedo negar que habría habido una recompensa para mí. Habría andado de nuevo por el mundo de los hombres, ¡habría experimentado otra vez los insoportables deseos de mi juventud! Pero es demasiado tarde. Todos los sueños y planes son inútiles. La ceniza a la ceniza, el polvo al polvo...*
La figura se fundía lentamente, su silueta cambiaba de forma gradual, se encogía en sí misma.
Yulian debía saber más, debía ver con más claridad. Penetró hasta el corazón de aquel infierno, se acercó más a la *Cosa,* que ardía.
—¡Ya conozco los secretos del wamphyri! —gritó, sobre los crujidos y chasquidos de los árboles en llamas y el silbido de la tierra fundida—. ¡Los aprendí yo solo!
¿Puedes adoptar las formas de criaturas inferiores?
—Puedo andar a cuatro patas, como un perro grande —respondió Yulian—. Y de noche, ¡la gente juraría que *soy* un perro!
¡Ah, un perro! ¡Un hombre que puede ser un perro! ¡Vaya una ambición! ¡Esto no es nada! ¿Puedes hacer que te crezcan alas, volar como un murciélago?
—No..., no lo he intentado.
Tú no sabes nada.
—¡Puedo hacer que otros sean como yo!
¡Tonto! Esto no puede ser mas fácil. ¡Hacer que no *se te parezcan es mucho más difícil!*
—Cuando hay hombres peligrosos cerca de mí, leo en sus mentes...
Esto es instinto, y yo te lo di. Por cierto, ¡todo lo que tienes te lo di yo!
Conque lees las mentes, ¿eh? Pero ¿puedes someter esas mentes a tu voluntad?
—Con los ojos, sí.
Hechicería, hipnotismo, ¡un truco de mago de escenario! Eres un ignorante, —¡Maldito seas! —Herido al fin en su orgullo, Yulian perdió la paciencia—.
¿Qué eres tú, a fin de cuentas, sino una cosa muerta? Te diré lo que he aprendido:
puedo tomar una criatura muerta y arrancarle sus secretos, ¡y saber todo lo que hizo ella en su vida!
¿Necromancia? ¿Sí? ¿Y nadie te lo enseñó? ¡Es toda una hazaña! Todavía se puede esperar algo de ti.
—Puedo cicatrizar mis heridas como si nunca las hubiese sufrido, y tengo la fuerza de dos hombres. Puedo yacer con una mujer y hacerle el amor... hasta matarla, si así lo desease, y

sin sentir cansancio. Y si me haces enfadar, querido padre, puedo matarte, matarte, *¡matarte!* Pero no, porque ya estás muerto. ¿Que hay esperanza para mí? Yo así lo creo. Pero ¿qué esperanza tienes tú?

De momento, aquella Cosa que se fundía no respondió. Después:

¡Aaay! Ciertamente, ¡eres hijo mío, Yulian! Acércate más, acércate más.

Yulian se acercó a menos de un metro de la Cosa y se encaró a ella. El hedor de su materia quemada era horrible. El ennegrecido caparazón empezó a romperse y se desintegró rápidamente. Las llamas atacaron enseguida la imagen interior, la cual vio Yulian casi como un reflejo de sí mismo. Tenía las mismas facciones, la misma estructura ósea, el mismo atractivo sombrío. ¡La cara de un ángel caído! Se parecían como dos gotas de agua.

—Tú... ¡tú *eres* mi padre! —jadeó.

Lo era, gimió el otro. *Ahora no soy nada. Me estoy quemando, como ves. No mi verdadero yo, sino lo que dejé detrás de mí. Era mi última esperanza; gracias a ello, y con tu ayuda, habría podido ser de nuevo poderoso en el mundo. Pero ahora es demasiado tarde.*

—Entonces, ¿por qué te preocupas por mí? —Yulian trataba de comprenderlo—. ¿Por qué has venido a mí... o me has atraído hacia ti? Si no puedo ayudarte, ¿a qué viene todo esto?

¡Venganza! La voz ardiente de la Cosa se hizo de pronto afilada como un cuchillo en la mente dormida de Yulian. ¡Por medio de til —¿Debo yo vengarte? ¿De quién?

De los que me encontraron aquí. De los que incluso ahora destruyen mi última posibilidad de tener un futuro. ¡De Harry Keogh y su pandilla de magos blancos!

—Esto no tiene sentido. —Yulian sacudió la cabeza y miró, con morbosa fascinación, cómo seguía fundiéndose la Cosa. Vio que sus propias facciones se licuaban, desprendiéndose en jirones de la criatura en llamas—. ¿Qué magos blancos? ¿Harry Keogh? No conozco a nadie que se llame así.

¡Pero él te conoce! Primero yo, Yulian, ¡y después tu! Harry Keogh nos conoce... *y sabe la manera: la estaca, la espada ¡y el fuego! Dices que puedes sentir la presencia de los enemigos, ¿y ni siquiera ahora los has sentido cerca? Son los mismos. ¡Primero yo y después tú!*

Aun en sueños, Yulian sintió un hormigueo en el cuero cabelludo. ¡Los misteriosos vigilantes, desde luego!

—¿Qué debo hacer?

Véngame, y sálvate. También estas dos cosas son lo mismo. Pues ellos saben lo que somos, Yulian, y no pueden soportarnos. Tienes que matarlos, ¡o te matarán a ti!

El último pedazo de carne humana se desprendió de aquel ser de pesadilla, revelando al fin su verdadera realidad interior. Yulian silbó, horrorizado, se echó un poco atrás y miró a la cara del entero mal. Vio el pico de murciélago de Thibor, las orejas retorcidas, los ojos carmesí. El vampiro se rió y su ronca carcajada resonó como el ladrido de un enorme sabueso, mientras una lengua roja y bífida vibró en una caverna de afilados dientes. Entonces, como si alguien hubiese aplicado un fuelle gigantesco a aquel horno, las llamas se elevaron todavía más y lo envolvieron, y la imagen se ennegreció al instante y se convirtió en cenizas relucientes.

Presa de un violento temblor, empapado en sudor, Yulian se despertó y se incorporó de golpe en la cama. Y como desde un millón de kilómetros de distancia, oyó por última vez la voz lejana y débil de Thibor:

Véngame, Yuliaannn...

Se levantó en la habitación a oscuras, se dirigió con paso inseguro a la ventana y miró hacia fuera en la noche. Allí, una mente, un hombre, vigilaba, esperaba...

El sudor se secó enseguida sobre la piel de Yulian y su carne se enfrió; pero permaneció allí. El pánico menguó y fue sustituido por el furor y el odio.

—¿Vengarte, padre? —jadeó al fin—. Oh, lo haré. ¡Lo haré!

En el cristal luminoso y oscuro de la ventana, su reflejo era una reproducción del sueño. Pero Yulian no se impresionó ni sorprendió. Sólo significaba que su metamorfosis era ahora completa. Miró a través del reflejo la oscura y furtiva sombra allí, en el seto..., y sonrió.

Y su sonrisa era como una invitación a cruzar las puertas del infierno...

Al pie de los montes cruciformes, Kyle y Quint, Krakovitch y Gulhárov, esperaban juntos en un pequeño grupo. No hacía frío, pero se mantenían juntos, como para darse calor.

El fuego se estaba apagando ahora; el viento que había soplado antes desde ninguna parte había amainado rápidamente, como el último suspiro de un Gargantúa invisible. Figuras humanas, medio ocultas entre los árboles y el espeso humo negro, trabajaban arriba y hacia el este de la zona devastada, conteniendo y apagando el fuego. Un hombre hosco y corpulento, vestido con un mono, salió de entre los árboles del pie de la vertiente y se dirigió tambaleándose hacia los cazadores de vampiros. Era el capataz rumano, Janni Chevenu.

—¡Usted! —dijo, agarrando a Krakovitch del brazo—. ¡Habló de peste! Pero ¿lo ha *visto?* ¿Ha visto aquella... aquella *cosa* antes de que se quemase? Tenía ojos, ¡boca! Y daba coletazos, se retorcía... Era... ¡Dios mío! ¡*Dios* mío!

Bajo el hollín y el sudor, la cara de Chevenu estaba blanca como el yeso. Poco a poco, se aclararon sus ojos vidriosos. Miró a los demás. Los lúgubres semblantes que lo miraron a su vez expresaban la misma cruda emoción: un horror tan intenso como el del propio Chevenu.

—Usted habló de peste —repitió, aturdido—. Pero yo no había oído hablar nunca de una peste de esta clase.

Krakovitch se soltó.

—Oh, sí que lo fue, Janni —respondió al fin—. De la peor clase. Considérese dichoso por haber podido destruirla. Estamos en deuda con usted, todos nosotros.

En todas partes...

Darcy Clarke hubiese debido hacer el turno de las ocho de la tarde a las dos de la madrugada; pero tuvo que quedarse en cama en el hotel de Paignton, sin duda por algo que había comido. Dolores de estómago y una violenta diarrea.

Peter Keen lo había sustituido y se había dirigido en coche a casa Harkley para relevar a Trevor Jordan en la tarea de mantener a Bodescu bajo observación.

—Por aquí, nada nuevo —había murmurado Jordan, asomado a la ventanilla del coche mientras tendía a Keen una poderosa ballesta con una saeta de madera dura. Hay una luz en la planta baja, pero eso es todo. Tienen que estar todos allí, o si han salido, no lo han hecho por la verja. La luz del ático de Bodescu estuvo encendida durante unos minutos, pero se apagó de nuevo. Probablemente fue él, al acostarse. Aparte de esto, tuve la impresión de que alguien sondeaba mis pensamientos; pero eso duró sólo un instante. Desde entonces todo ha estado tranquilo como la tumba proverbial.

Keen había sonreído, aunque estaba nervioso.

—Salvo que sabemos que no todas las tumbas están tranquilas, ¿eh?

Jordán no lo había encontrado gracioso.

—Tienes un extraño sentido del humor, Peter. —Señaló con la cabeza la ballesta que tenía ahora Keen en la mano—. ¿Sabes manejar esto? Si quieres te la cargaré.

—No hace falta —Keen asintió afablemente con la cabeza—. La manejaré perfectamente. Si quieres hacerme un favor, asegúrate de que mi relevo llegue puntual a las dos de la madrugada.

Jordán subió a su coche y lo puso en marcha tratando de no hacer ruido con el motor.

—Con estas seis, habrás trabajado doce horas de veinticuatro, ¿no? Eres incansable, hijo. Keen de nombre, y de hechos.[1] Llegarás lejos, si no te matas antes. ¡Que pases una buena noche!

Se alejó despacio en su coche, y encendió las luces sólo cuando estuvo a cien metros carretera abajo.

De esto hacía media hora, pero Keen se maldecía ya por ser un bocazas. Su padre había sido soldado, y una vez le había dicho: «Peter, no te presentes nunca voluntario: si piden voluntarios, es porque nadie quiere hacer el trabajo». Y en una noche como ésta era fácil comprenderlo.

Había un poco de niebla baja y el aire estaba cargado de humedad. La atmósfera parecía grasienta y grávida como un peso tangible sobre los hombros de Keen. Éste se levantó el cuello de la chaqueta y se llevó los prismáticos infrarrojos a los ojos. Por décima vez en treinta minutos, observó la casa. Nada. Estaba claro que había alguien, pero nada se movía allí. O el movimiento era demasiado ligero para ser detectado.

Ahora observó lo que se podía ver de los alrededores. De nuevo, nada..., o mejor dicho, ¿algo? Keen había percibido una mancha azul y brumosa de calor, simplemente una burbuja de calor corporal que había captado con sus gemelos especiales. Podía ser una zorra, un tejón, un perro... ¿o un hombre? Trató de encontrarlo de nuevo, pero fracasó. Así pues..., había visto algo. ¿O tal vez no?

Pero algo zumbó y vibró en la cabeza de Keen, como una súbita descarga eléctrica, y se sobresaltó...

¡Asqueroso espía, parlanchín hijo de puta!

Keen se quedó rígido como un palo. ¿Qué era esto? ¿Qué *diablos* era esto?

Vas a morir, a morir, ¡a morir! ¡Ja, ja, ja! Maldito parlanchín... Y entonces, un poco más de cosquilleo eléctrico. Y silencio.

¡Jesús! Pero Keen sabía sin duda alguna lo que era aquello: su facultad indisciplinada. Por un instante, sólo por unos segundos, había captado otra mente.

¡Una mente llena de odio!

—¿Quién...? —preguntó Keen en voz alta, mirando a su alrededor, hundido en la niebla hasta los tobillos—. ¿Qué...?

De pronto, la noche estuvo llena de amenazas.

Había dejado la ballesta en su coche, cargada y tendida sobre el asiento delantero. El Capri rojo estaba aparcado de cara a un campo, a menos de veinticinco metros carretera abajo. Keen estaba en el arcén, con los zapatos, los calcetines y los pies mojados de andar sobre la hierba. Miró hacia Harkley, que se alzaba siniestra en medio del brumoso jardín, y después empezó a volver hacia el coche. En los alrededores de la vieja casa, algo trotaba hacia la verja abierta. Keen lo vio durante un momento, pero lo perdió de vista entre las sombras y la niebla.

¿Un perro? ¿Un perro grande? Darcy Clarke había tenido dificultades con un perro, ¿no?

Keen caminó ahora más deprisa, tropezó y a punto estuvo de caerse. Un buho ululó en alguna parte, en la noche. Aparte de esto sólo había silencio, y unas pisadas suaves, deliberadas... ¿y un jadeo...? Más allá de la verja, justo al otro lado

[1] *Keen* significa agudo, fuerte, entusiasta, entre otras cosas. *(N. del t.)*

de la carretera. Keen caminó hacia atrás todavía más deprisa, con todos los sentidos alerta y los nervios de punta. Algo se estaba acercando; podía sentirlo. Y no era un perro.

Chocó de espalda contra el costado de su automóvil, respiró hondo, en un jadeo audible y ronco. Se volvió a medias, alargó un brazo a través de la ventanilla abierta y buscó a tientas con la mano en el asiento de delante. Encontró algo, lo sacó de allí y lo miró...

La saeta de palo santo, rota en dos mitades que sólo se mantenían juntas por una pequeña astilla. Keen sacudió la cabeza, con aturdida incredulidad, y metió de nuevo la mano

dentro del coche. Esta vez encontró la ballesta, descargada, y con el duro arco de metal doblado hacia atrás y retorcido.
Una cosa alta y negra salió de entre las sombras y se plantó delante de él. Se envolvía en una capa, que echó hacia atrás en el último momento. Keen contempló una cara que no era realmente humana. Trató de gritar, pero sintió que su garganta era como de papel de lija.
Aquella cosa vestida de negro miró a Keen echando chispas por los ojos y abrió los labios. Los dientes estaban muy juntos, encajados como los de un tiburón.
Keen trató de correr, de saltar, de moverse, pero no pudo; tenía los pies clavados en *el* suelo. La cosa vestida de negro levantó un brazo en un rápido movimiento, y algo brilló en la noche, con un resplandor húmedo, plateado.
¡Una cuchilla!

Capítulo 13

Cuando Kyle y sus compañeros regresaron a Ionesti y a la posada, Irma Dobresti paseaba arriba y abajo en la *suite* al tiempo que se estrujaba sus largas manos, muy nerviosa al parecer. Su alivio al verlos fue evidente. Y fue asimismo visible su entusiasmo cuando le dijeron que la operación había sido un éxito completo. Sin embargo, no parecían muy dispuestos a dar detalles sobre lo que había ocurrido en el monte, y al ver sus rostros herméticos, no trató de sonsacarles. Tal vez se lo dirían más tarde, cuando lo creyesen oportuno.
—Así pues —dijo, cuando ellos hubieron bebido—, el trabajo ha terminado aquí. No hace falta que nos quedemos más tiempo en Ionesti. Son las diez y media; bastante tarde, lo sé, pero sugiero que nos marchemos enseguida. Esos burócratas idiotas no tardarán en llegar. Es mejor que no nos encuentren aquí.
—¿Burócratas? —Quint pareció sorprendido—. No sabía que empleasen aquí esa palabra.
—Oh, sí —respondió ella sin sonreír—. También «Commie» y «gnomo de Zurich», ¡y «Perro capitalista»!
—Estoy de acuerdo con Irma —dijo Kyle—. Si esperamos, tendremos que plantarles cara... o decirles la verdad. Y si la verdad es comprobable a largo plazo, inmediatamente es inverosímil. Entiendo que podemos encontrarnos con toda clase de problemas si nos quedamos aquí.
—Cierto. —Irma asintió con la cabeza y suspiró con alivio al ver que el inglés pensaba como ella—. Si están empeñados en hablar de esto, podrán hacerlo más tarde en Bucarest. Allí piso tierra firme, con el respaldo de mis superiores. No van a reprenderme. Ha sido un asunto de seguridad nacional. Una relación de naturaleza científica y preventiva entre tres grandes países: Rumania, Rusia e Inglaterra. Pero ahora, aquí en Ionesti, no me siento tan segura.
—Pongamos manos a la obra —dijo Quint, con su eficiencia acostumbrada.
Irma mostró los dientes amarillos en una de sus infrecuentes sonrisas.
—No hace falta —declaró—. No tienen que preparar nada. Me he tomado la libertad de hacer sus maletas. Y ahora, por favor, vayámonos de aquí.
Y sin más preámbulos, pagaron la cuenta y se marcharon.
Krakovitch decidió conducir, dando un descanso a Sergei Gulhárov. Al regresar a toda velocidad a Bucarest por las oscuras carreteras, Gulhárov, que estaba junto a Irma en el asiento de atrás, le explicó pausadamente y lo mejor que pudo lo que había ocurrido en el monte y la cosa monstruosa que habían quemado allí.
Cuando hubo terminado, ella simplemente dijo:
—Sus caras me dijeron que debió de ser algo como eso. Me alegro de no haberlo visto...
Después de su última y dolorosa visita, a eso de las diez de la noche, Darcy Clarke había dormido como un tronco en su habitación de hotel, casi tres horas seguidas. Cuando se despertó, se sintió en plena forma. Todo esto era muy misterioso; nunca había visto que un

ataque de gastroenteritis apareciese y desapareciese tan deprisa (y no es que lamentase la desaparición) y no tenía idea de qué había comido que hubiese podido producírsela. En todo caso, los demás del equipo no se habían encontrado mal. Como no quería abandonar a sus compañeros, se vistió rápidamente y fue a presentarse para el servicio.

En el cuarto de control (la sala de estar de su *suite),* encontró a Guy Roberts sentado en su sillón giratorio, con la cabeza sobre los brazos cruzados encima de su «escritorio»: una mesa de comedor, llena de notas, un cuaderno de trabajo y un teléfono. Estaba profundamente dormido, con un cenicero lleno de colillas debajo de la nariz. Fumador empedernido, tal vez no habría podido dormir cómodamente sin aquello.

Trevor Jordan daba cabezadas en un mullido sillón, mientras Ken Layard y Simon Gower jugaban en silencio su propia versión de solitario chino en una pequeña mesa de juego tapizada de verde. Gower, pronosticador o augur de cierto talento, jugaba muy mal y cometía demasiados errores.

—¡No puedo concentrarme! —gruñó—. Tengo la impresión de que algo malo se aproxima..., ¡muy malo!

—¡Déjate de excusas! —dijo Layard—. ¡Ya *sabemos* que se aproxima algo malo! Y también de dónde viene. Pero no sabemos cuándo; eso es todo.

—No —respondió Gower, cariacontecido, mientras tiraba sus cartas—. Quiero decir que no es algo que tengamos que hacer nosotros. Cuando marchemos contra Harkley y Bodescu, esto será distinto. Lo que siento es... —y se encogió de hombros con inquietud— otra cosa.

—Entonces, tal vez deberíamos despertar al Gordo y decírselo —sugirió Layard.

Gower sacudió la cabeza.

—Se lo he estado diciendo desde hace tres días. No es nada concreto..., nunca lo es..., pero está aquí. Quizá tienes razón y presiento el follón que se va a armar en Harkley. Si es así, ¡puedes creer que será bueno! En todo caso, dejemos dormir al viejo Roberts. Está cansado..., y cuando está despierto, este sitio apesta a su maldito tabaco. Lo he visto fumar tres cigarrillos al mismo tiempo.

¡Necesitaríamos una bombona de oxígeno!

Clarke pasó alrededor de Roberts para comprobar la hoja de servicios.

Roberts sólo la había redactado hasta el final del turno de la tarde. Keen estaba ahora de vigilancia y sería relevado por Layard, un localizador o buscador que vigilaría Harkley hasta las ocho de la mañana. Después sería el turno de Gower hasta las dos de la madrugada, seguido de Trevor Jordan. La lista no pasaba de aquí. Clarke se preguntó si esto era significativo...

Tal vez era lo que sentía Gower: un follón, como decía él, pero un poco antes de lo que se imaginaba.

Layard inclinó a un lado la cabeza y miró a Clarke, que estaba estudiando la lista.

—¿Qué te pasa, viejo? ¿Tienes todavía retortijones? No te preocupes por los turnos de trabajo en Harkley. Guy te ha excluido Gower levantó la cabeza y sonrió forzadamente.

—¡No quiere que contamines los arbustos!

—¡Ja, ja! —rió Clarke con rostro inexpresivo—. Ya me encuentro bien, de veras. ¡Y estoy muerto de hambre! Puedes ir a acostarte, Ken, si quieres. Yo haré el próximo turno. Así volverá la lista a ser normal.

—¡Eres un héroe! —Layard silbó por lo bajo—. ¡Magnífico! Seis horas en la cama me vendrán muy bien. —Se levantó y se estiró—. ¿Has dicho que tenías hambre? Hay bocadillos debajo de aquella fuente encima de la mesa. Un poco resecos tal vez, pero aún se pueden comer.

Clarke empezó a comer un bocadillo y miró su reloj. Era la una y cuarto de la madrugada.

—Tomaré deprisa una ducha y me pondré en camino. Decídselo a Roberts cuando se despierte, ¿eh?
Gower se levantó, se acercó a Clarke y lo miró fijo —¿Tienes algo entre ceja y ceja, Darcy?
—No. —Clarke sacudió la cabeza, pero cambió de idea—. Sí... ¡No lo sé! Sólo quiero ir a Harkley, eso es todo. Hacer mi trabajo.
Veinticinco minutos más tarde se había puesto en camino...
Poco antes de las dos de la madrugada, Clarke aparcó su coche en la orilla elevada de la carretera, tal vez a unos cuarenta metros de Harkley, e hizo andando el resto del camino. La niebla era menos espesa y la noche empezaba a tener buen aspecto. Las estrellas iluminaban la carretera y los setos tenían un nimbo fosforescente que agudizaba sus siluetas.
Por más extraño que resulte, y a pesar de su terrible enfrentamiento con el perro de Bodescu, Clarke no tenía miedo. Lo atribuyó a que llevaba una pistola cargada y a que, en el portaequipajes de su coche, había una pequeña pero mortífera alabarda de metal. Después de relevar a Peter Keen, llevaría su coche y lo aparcaría donde estaba ahora el de Keen.
No encontró a nadie por el camino, pero oyó un perro que ladraba en el campo y otro que le respondía, ladrido a ladrido, al parecer desde kilómetros de distancia. Unas cuantas luces brillaban débilmente en los montes y, cuando pudo ver la verja de Harkley, un lejano reloj de iglesia dio puntualmente la hora.
«Las dos y sin novedad», pensó Clarke; pero vio que no era así. En primer lugar, no había rastro del inconfundible Capri rojo de Kecn. Y en segundo lugar, tampoco había rastro de éste.
Clarke se rascó la cabeza y arrastró los pies sobre la hierba donde hubiese debido estar aparcado el coche de Keen. Entre la hierba mojada apareció una rama rota y... no, no era una rama. Clarke se agachó y levantó la rota saeta de alabarda con dedos que hormiguearon de pronto. Algo iba mal allí, ¡muy mal!
Levantó la mirada y contempló la casa plantada allí como una achaparrada y sensible criatura en la noche. Ahora tenía los ojos cerrados, pero ¿qué se ocultaba detrás de los párpados entornados de sus ventanas a oscuras?
Todos los sentidos de Clarke funcionaban con la máxima eficacia: sus oídos captaron la carrera de un ratón; sus ojos brillaron para penetrar la oscuridad; podía gustar, casi *sentir,* el mal en el aire nocturno, y... y algo apestaba. Literalmente. El hedor de un matadero.
Clarke sacó una linterna delgada como un lápiz y alumbró la hierba... ¡y estaba roja y mojada y pegajosa! El dobladillo de sus pantalones se tiñó de carmesí oscuro con la sangre. Alguien (¡Dios mío, que *no* sea Peter Keen!) la había derramado aquí a raudales. Le temblaban las piernas y se sintió desfallecer, pero se obligó a seguir un camino ensangrentado hasta un lugar detrás del seto, oculto de la carretera. Y allí fue mucho peor. ¿Podía *tener* un hombre tanta sangre?
Clarke tuvo ganas de vomitar, pero eso lo incapacitaría y, precisamente entonces, *no se atrevía* a estar incapacitado. Pero la hierba... estaba sembrada de cuajarones de sangre, jirones de piel y pedazos... ¡de carne! ¡Carne humana! Y alumbrado por el rayo de su linterna, había algo más, algo que podía ser... ¡Dios mío, un riñon!
Clarke corrió, o más bien flotó, voló, nadó, se dejó llevar por la corriente como en una pesadilla, hacia su coche, y volvió como un loco a Paignton y entró en tromba en la suite de INTPES. Estaba aturdido, no recordaba nada del viaje, salvo lo que había visto y se había grabado en su memoria. Se dejó caer en un sillón y se repantigó en él; jadeaba, temblaba; temblaban su boca, su cara, todos sus miembros, incluso su mente.

Guy Roberts se había despertado a medias cuando Clarke entró corriendo. Lo vio, vio el estado de sus pantalones, la palidez mortal de su semblante, y acabó de despertarse en un instante. Puso a Clarke en pie y le dio dos sonoras bofetadas que colorearon de nuevo sus mejillas e inyectaron sangre en sus ojos antes desvaídos.
Clarke se irguió, furioso; gruñó y mostró los dientes, y saltó sobre Roberts como un loco.
Trevor Jordan y Simon Gower se apartaron de Roberts, sujetaron fuerte a Clarke y éste al fin se derrumbó. Sollozando como un chiquillo, contó toda la historia. Lo único que no dijo fue algo que saltaba a la vista: por qué le había afectado aquello tan profundamente.
—Es evidente, sí —dijo Roberts a los otros, acariciando la cabeza de Clarke y meciéndolo como a un niño pequeño—. Ya sabéis cuál es la facultad de Darcy, ¿no?
Sí, tiene eso que vela por él. ¡Podría cruzar un campo minado y salir indemne de él!
Y ahora se está culpando de lo ocurrido. Esta noche tuvo diarrea y no pudo estar de servicio. Pero no fue nada de lo que comió lo que le revolvió las tripas. ¡Fue su maldita facultad! En otro caso, habría sido él, y no Peter Keen, el hombre hecho añicos...
Martes, seis de la mañana. Alec Kyle fue despertado bruscamente por Carl Quint. Krakovitch estaba con Quint, y ambos tenían los ojos ojerosos por el viaje y la falta de sueño. Habían pasado la noche en el Dunarea, donde se habían registrado momentos antes de la una de la noche. Tal vez habían dormido cuatro horas. Krakovitch había sido despertado por el telefonista nocturno para atender a una llamada de Inglaterra para sus invitados ingleses; Quint, que gracias a sus facultades sabía que algo había en el aire, también se había despertado.
—He hecho que pasasen la conferencia a mi habitación —dijo Krakovitch a Kyle, que todavía se estaba despabilando—. Es alguien llamado Roberts. Quiere hablar con usted. Dice que es de máxima importancia.
Kyle se sacudió y miró a Quint.
—Algo se está tramando —dijo Quint—. Lo he sospechado desde hace un par de horas. He estado dando vueltas en la cama, durmiendo sólo a ratos, pero demasiado cansado para reaccionar.
Los tres en pijama, fueron aprisa a la habitación de Krakovitch. Mientras andaban, preguntó el ruso:
—¿Cómo saben dónde están ustedes? Es cosa de ellos, ¿no? Quiero decir que no habíamos proyectado estar aquí esta noche.
Quint arqueó una ceja, a su manera acostumbrada.
—Somos del mismo oficio que usted, Félix, ¿no se acuerda?
Krakovitch estaba impresionado.
—¿Un adivino? ¡Muy inteligente!
Quint no se tomó el trabajo de desengañarlo. Ken Layard era bueno, sí, pero no tanto. Cuanto más conocía a una persona o una cosa, con más facilidad podía encontrarla. Había localizado a Kyle en Bucarest; entonces habían preguntado en todos los hoteles importantes. Y como el Dunarea era uno de los mejores, debió de haber sido uno de los primeros de la lista.
Kyle recibió la llamada en la habitación de Krakovitch.
—¿Guy? Aquí, Alec.
—¿Alec? Tenemos un gran problema. Temo que muy grave. ¿Podemos hablar?
—¿No podrías hacerlo vía Londres?
Kyle estaba ya despierto por completo.
—Se tardaría mucho tiempo —respondió Roberts—. Y el tiempo es importante.
—Espera —dijo Kyle. Preguntó a Krakovitch—: ¿Puede ser probable que esta línea esté intervenida?
El ruso encogió los hombros y sacudió la cabeza.

—Que yo sepa, no.
Se dirigió a la ventana y descorrió las cortinas. Pronto amanecería.
—Está bien, Guy —dijo Kyle, por teléfono—. Habla.
—Sí —dijo Roberts—. Aquí son ahora las cuatro de la mañana. Retrocedamos dos horas...
Y contó a Kyle toda la historia y detalló después lo que habían hecho desde el atropellado regreso de Clarke al hotel de Paignton.
—Confié el asunto a Ken Layard. Estuvo magnífico. Fijó la situación de Keen en alguna parte de la carretera, entre Brixham y Newton Abbot. De Keen y de su coche, arruinado, quemado. Comprobé la versión de Layard y, desde luego, estaba en lo cierto; tuvimos la seguridad de que Peter estaba... estaba muerto.
»Llamé a la policía de Paignton y les dije que estaba esperando a un amigo y que éste se retrasaba mucho; les di su nombre y sus señas y una descripción del coche. Dijeron que había sido un accidente y que lo estaban sacando del coche, pero que había llegado ya una ambulancia y que el conductor del vehículo siniestrado sería llevado a urgencias del hospital de Torquay. Tardé diez minutos en llegar y cuando lo trajeron estaba allí. Lo identifiqué...
Hizo una pausa.
—Prosigue —dijo Kyle, a sabiendas de que aún no había oído lo peor.
—Me siento responsable, Alec. Deberíamos haber aumentado las precauciones. Lo malo de este juego es que confiamos demasiado en nuestras facultades. Casi hemos olvidado el empleo de la simple tecnología. Deberíamos haber tenido radioteléfonos portátiles, mejores contactos. ¡Hubiésemos debido dar más importancia a ese monstruo asesino! Dios mío, ¿cómo he podido dejar que ocurriese esto? Tenemos percepción extrasensorial, facultades especiales, y Bodescu no es más que un hombre...
—¡Es más que un hombre! —lo interrumpió Kyle—. Y nosotros no tenemos el monopolio de estas facultades. Él también las tiene. No es culpa tuya. Y ahora, por favor, cuéntame lo demás.
—Él... Peter estaba... ¡Oh, no se produjo las lesiones propias de un accidente de automóvil! Había sido rajado por la mitad, ¡destripado! Todo lo tenía al aire. Y su cabeza..., Dios mío, *¡estaba partida en dosl* A pesar del horror provocado por la descripción de Roberts, Kyle trató de pensar desapasionadamente. Conocía bien a Peter Keen y lo apreciaba. Pero ahora debía dejar esto a un lado y pensar sólo en el trabajo.
—¿Por qué se estrelló el coche? ¿Qué esperaba ganar con ello aquel bastardo?
—En mi opinión —respondió Roberts—, sólo trató de encubrir el asesinato y lo que había *hecho* al cuerpo de Peter. La policía dijo que había un fuerte olor a gasolina dentro y alrededor del automóvil. Supongo que Bodescu llevó a Peter hasta allí, puso la directa, colocó el coche cuesta abajo y lo dejó rodar. Siendo él como es, unos cuantos cortes y rasguños, al saltar del coche, no tendrían importancia. Probablemente derramó primero mucha gasolina dentro del vehículo, para quemar las pruebas. Pero la manera en que rajó al pobre muchacho fue...
Jesús, ¡fue horrible! Quiero decir, *¿por qué* lo hizo? Peter debía de estar muerto mucho antes de que aquel espíritu necrófago terminase su obra. Si lo hubiese torturado, al menos tendría algún sentido. Quiero decir que, por horrible que fuese, habría podido comprenderlo. Pero no se puede aprender nada de un muerto, ¿verdad?
Kyle casi dejó caer el teléfono.
—¡Oh, Dios mío! —murmuró.
—¿Eh?
Kyle no dijo nada; estaba petrificado por la impresión.
—¿Alec?

—Sí que se puede —respondió Kyle al fin—. Se puede aprender mucho de un muerto..., todo, en realidad, ¡si se es un nigromante!
Roberts había visto la ficha de Keogh. Ahora recordó y comprendió el significado de las palabras de Kyle.
—¿Te refieres a Dragosani?
—¡Quiero decir *exactamente* como Dragosani!
Quint lo había captado casi todo.
—¡Santo Dios! —Asió a Kyle de un codo—. Lo sabe todo acerca de nosotros.
Sabe...
—¡Todo! —dijo Kyle a Quint y a Roberts— Lo sabe todo. Lo arrancó de las entrañas de Keen, de su cerebro, de su sangre, ¡de sus pobres órganos violados!
Ahora escucha, Guy, pues esto es importante. ¿Sabía Keen cuándo pensáis atacar Harkley?
—No. Yo soy el único que lo sabe. Estas fueron tus instrucciones.
—Está bien. ¡Bravo! Al menos podemos dar gracias a Dios por esto. Ahora escucha: voy a ir a casa. Esta noche... ¡quiero decir hoy! En el primer vuelo posible. Carl Quint se quedará aquí y cuidará de poner fin a todo; pero yo voy para ahí. No me esperéis, si no puedo llegar a tiempo a Devon. Seguid como tenemos proyectado. ¿Entendido?
—Sí. —La voz del otro era siniestra—. ¡Oh, sí, lo entiendo perfectamente! ¡Y por Dios que lo espero con ansiedad!
Kyle entrecerró los ojos, que brillaron de furia.
—Haz quemar el cuerpo de Peter —dijo—, por si acaso... Y después quemad a Bodescu. ¡Quemad a todos los bastardos chupadores de sangre!
Quint le tomó delicadamente el teléfono de la mano y dijo:
—Guy, aquí Carl. Escucha, esto es de máxima prioridad. Envía a dos de nuestros mejores hombres a A.S.A.P. de Hartlepool. En especial, a Darcy Clarke.
Hazlo ahora, antes de salir para Harkley.
—Está bien —dijo Roberts—. Lo haré. —Entonces captó la intención del otro.
Su exclamación fue perfectamente audible, incluso a través de la conexión no demasiada clara—. Claro que lo haré. ¡Ahora mismo!
Kyle y Quint, pálidos, se miraron con los ojos muy abiertos. No hacía falta que expresasen con palabras lo que estaban pensando. Yulian Bodescu había aprendido casi todo lo que le interesaba acerca de ellos. Keen había tenido acceso, como todos ellos, a la ficha de Keogh. Lo que daba más miedo a los vampiros era que se descubriese lo que eran. Bodescu trataría de destruir a cualquiera que sospechase de él.
INTPES sabía lo que era, y el foco, el *jinni loci*, de INTPES, era alguien llamado Harry Keogh...
Darcy Clarke había consumido dos coñacs dobles, en rápida sucesión, antes de insistir en volver al trabajo. Esto había sido poco antes de la llamada de Roberts al Hotel Dunarea de Bucarest. Roberts, al principio vacilante, había dejado al fin que Clarke volviese a Harkley, pero con esta advertencia:
—Darcy, permanece en tu coche. No lo abandones, pase lo que pase. Sé que tu talismán funciona, pero, en este caso, podría no ser bastante. Necesitamos que alguien vigile aquella casa diabólica, al menos hasta que podamos movilizarnos plenamente, y ya que te ofreces voluntario...
Clarke había conducido el coche con cuidado, fríamente, hacia Harkley y había aparcado sobre la hierba rígida y negra, cerca de donde había estado el de Keen.
Trataba de no pensar en el terreno donde se hallaba su automóvil, ni en lo que había ocurrido allí. Lo recordaba, nunca lo olvidaría, pero lo mantenía en la periferia de su conciencia, no dejaba que lo estorbase. Y así, con la pistola y la ballesta cargadas a su lado, se quedó vigilando la casa, sin apartar un momento la mirada de ella.

El miedo se había convertido en odio en el corazón de Clarke; estaba aquí de servicio, sí, pero era más que esto. Bodescu podía salir, podía mostrar la cara, y si lo hacía... Clarke se desesperaba por matarlo.
En la casa, Yulian estaba sentado en la oscuridad, junto a la ventana de su ático. También él había tenido un poco de miedo, casi de pánico. Pero ahora estaba, como Clarke, tranquilo, frío, calculador. Pues ahora sabía, con una excepción importante, todo lo que necesitaba saber sobre los que lo vigilaban. Lo único que ignoraba era cuándo vendrían. Pero sin duda sería pronto.
Miró en la oscuridad y pudo sentir que se acercaba la aurora. Allá abajo, más allá de la verja, en un coche aparcado al otro lado de la carretera, otro hombre estaba vigilando. Ah, pero éste estaría mejor preparado. Yulian proyectó sus sentidos de vampiro en la fría y nebulosa penumbra que precede al amanecer, y tocó ligeramente una mente. Una ráfaga de odio lo azotó, antes de que se cerrase aquella mente, pero no antes de que él la reconociese. Yulian sonrió.
Envió un mensaje telepático al sótano abovedado:
Vlad, *un viejo amigo tuyo está vigilando la casa. Quiero que tú lo vigiles a él.*
Pero no dejes que te vea, ni trates de atacarlo. Ahora están alerta, esos vigilantes, y tensos como muelles. Si ése te viera, podrías pasarlo mal. Sólo obsérvalo, y, si se mueve o hace algo además de vigilarnos, házmelo saber. Ahora, ve...
Una sombra grande y negra, de orejas caídas y ojos feroces, subió sin ruido los estrechos peldaños del pequeño edificio de detrás de la casa. Salió al jardín, se volvió hacia la verja y se puso a la sombra de los árboles y arbustos. Con la lengua colgando, *Vlad* se apresuró a obedecer...
Yulian llamó a las mujeres a la sala de estar de la planta baja. La habitación estaba a oscuras por completo, pero todos podían verse perfectamente. Quisieran o no, la noche era ahora su elemento. Cuando estuvieron reunidos, Yulian se sentó al lado de Helen en un sofá, esperó un momento, para asegurarse de que las mujeres le prestaban toda su atención, y después habló.
—Señoras —empezó, mofándose de ellas, en voz grave y siniestra—, pronto amanecerá. No puedo estar seguro, pero me imagino que será una de las últimas auroras que veréis. Vendrán unos hombres que tratarán de mataros. Esto puede no ser fácil, pero están resueltos y lo intentarán por todos los medios.
—¡Yulian! —Su madre se puso de repente en pie y preguntó, con voz impresionada y temerosa—: ¿Qué has hecho?
—*¡Siéntate!* —le ordenó, mirándola con irritación. Ella obedeció, pero de mala gana. Y cuando se hubo sentado de nuevo en el borde de su sillón, Yulian prosiguió—: He hecho lo que tenía que hacer para protegerme. Y vosotras, todas vosotras, tendréis que hacer lo mismo, o moriréis. Pronto.
Helen, fascinada y horrorizada al mismo tiempo por Yulian, con la piel de gallina por el miedo que sentía, le tocó tímidamente un brazo.
—Yo haré lo que tú me pidas, Yulian.
El la empujó a un lado, casi derribándola del sofá.
—¡Lucha por ti, zorra! Es lo único que te pido. No por mí, sino por ti..., ¡si es que deseas vivir!
Helen se apartó de él.
—Yo sólo...
—¡Cállate! —gruñó él—. *Debéis* defenderos vosotras, porque yo no estaré aquí. Me iré al amanecer, cuando ellos menos se lo esperen. Pero vosotras tres os quedaréis. Mientras estéis aquí, se imaginarán que yo también estoy.
Asintió con la cabeza y sonrió.

—¡Mírate, Yulian! —silbó de pronto su madre, con veneno en la voz—.
Siempre fuiste un monstruo por dentro, ¡y ahora lo eres también por fuera! No quiero morir por ti, pues incluso esta media vida es mejor que ninguna; pero tampoco pretendo luchar por ella. ¡Nada de lo que puedas decir o hacer me obligará a matar para salvar lo que has hecho de mí!
El se encogió de hombros.
—Entonces morirás muy pronto. —Se volvió a Anne Lake—. ¿Y tú, querida tía?
¿Volverás también pasivamente a tu hacedor?
Anne tenía los ojos desorbitados y los cabellos desgreñados. Parecía loca.
—¡George está muerto! —balbució, llevándose las manos a la cabeza—. Y Helen está... cambiada. Mi vida ha terminado. —Dejó de mesarse los cabellos, se inclinó hacia adelante en su sillón y miró con furia a Yulian—. ¡Te odio!
—¡Oh, ya lo sé! —dijo él, asintiendo con la cabeza—. Pero ¿vas a dejar que te maten?
—Muerta estaré mejor —dijo ella.
—¡Ah, pero una muerte *así*! —dijo él—. Viste morir a George, querida tía, y sabes lo terrible que fue. La estaca, la cuchilla y el fuego.
Ella se puso en pie de un salto y sacudió frenéticamente la cabeza.
—Ellos no lo harán... La gente... ¡no lo hace!
—Pero *esa* gente sí —y la miró con los ojos muy abiertos, casi inocentemente, remedando su expresión—. Lo harán, porque saben lo que sois. ¡Saben que sois wamphyri!
—¡Podemos salir de este lugar! —gritó Anne—. Vamos, Georgina, Helen..., ¡nos marcharemos ahora mismo!
—¡Sí, marchaos! —dijo Yulian, harto de ellas—. Marchaos todas. Dejadme...
partid ahora...
Lo miraron con incertidumbre, pestañeando al mismo tiempo sus ojos amarillos.
—No os detendré —les dijo, encogiéndose de hombros. Se puso en pie, como si fuese a salir de la habitación—. No, yo no os detendré. ¡Lo harán *ellos*! ¡Os matarán! Ahora están allá fuera, vigilan... y esperan...
—¿Adonde irás tú, Yulian?
Su madre se levantó y pareció que iba a agarrarlo, a detenerlo. Él la contuvo sólo con un gruñido de advertencia y pasó por su lado.
—Tengo que hacer preparativos —dijo— para mi partida. Me imagino que también vosotras tendréis algunas últimas cosas que hacer. ¿Tal vez rezar a un dios inexistente? ¿Mirar fotografías muy apreciadas? ¿Recordar viejos amigos o amantes, mientras podáis?
Sonrió despectivamente y las dejó para que hicieran lo que quisiesen...
Martes, ocho cuarenta de la mañana, hora de Europa central. Aeropuerto de Bucarest.
El avión de Alec Kyle debía despegar dentro de veinticinco minutos, y acababan de llamar a los pasajeros. Kyle estaría en Roma dentro de dos horas y media y, si no había problemas con el enlace, llegaría a Heathrow alrededor de las dos de la tarde, hora local. Con un poco de suerte, alcanzaría su lugar de destino en Devon una hora antes de que Guy Roberts y su equipo fuesen a «limpiar» Harkley. Y aunque se equivocase en el cálculo del tiempo, Roberts estaría *in situ*, en la casa, cuando al fin llegase él. Las últimas etapas de su viaje serían en helicóptero desde Heathrow hasta Torquay, y en otro del servicio de socorro marítimo hasta Paignton, por cortesía de la guardia costera de Torquay.
Kyle había hecho estos arreglos finales por teléfono, desde el aeropuerto y vía John Grieve, en Londres, tan pronto como había descubierto que éste era el primer avión que podría tomar. Por fortuna pudo, al menos una vez, establecer comunicación sin grandes dificultades.
Al oír la llamada para embarcar, Félix Krakovitch dio un paso adelante y asió la mano de Kyle.

—Muchas cosas han pasado en poco tiempo —dijo—. Pero he tenido mucho gusto... en conocerlo.
Se estrecharon la mano, con torpeza, pero sinceramente. Sergei Gulhárov fue mucho más expresivo: abrazó a Kyle y lo besó en las mejillas. Kyle encogió los hombros y sonrió, esperaba que con no demasiada timidez. Se alegró de haberse despedido de Irma Dobresti la noche anterior. Carl Quint lo saludó con la cabeza y levantó los dos dedos pulgares.
Krakovitch llevó el equipaje de mano de Kyle hasta la puerta de salida. Desde allí, Kyle avanzó solo, cruzó las puertas y salió al asfalto, encontrando un sitio entre los pasajeros que se empujaban. Miró una vez hacia atrás, agitó la mano, se volvió y apretó el paso.
Quint, Krakovitch y Gulhárov esperaron hasta que dobló la esquina de la maciza torre de control y se perdió de vista. Después salieron rápidamente del aeropuerto. Ahora estaban dispuestos a emprender su propio viaje: hacia la vieja Moldavia, donde cruzarían en automóvil la frontera rusa por el río Prut. Krakovitch había hecho ya las gestiones necesarias, a través, naturalmente, de su segundo en el mando, en el *château* Bronnitsy.
En el aeropuerto, Kyle se acercó a su avión. Cerca del pie de la escalera móvil, un tripulante uniformado los saludó y comprobó por última vez su tarjeta de embarque. Entonces se acercó un oficial sonriente, que miró también aquella tarjeta.
—¿Señor Kyle? Un momento, por favor.
Su voz era inexpresiva, no revelaba nada. Como tampoco lo revelaba el sistema interior de alarma de Kyle. ¿Por qué había de hacerlo? Aquí no había nada que no fuese natural. Antes al contrario, lo que se preparaba era muy corriente, pero terrible a pesar de todo.
Al desaparecer los últimos pasajeros en el interior del avión, tres hombres salieron de detrás de la escalera. Llevaban abrigos ligeros y sombreros de fieltro de un gris oscuro. Aunque vestían de paisano para guardar el anonimato, era como si vistiesen uniforme; su identidad era inconfundible. Aunque Kyle no los hubiese conocido, habría reconocido las maletas que llevaba uno de ellos. Eran las suyas.
Dos de los hombres de la KGB le cerraron el paso sin sonreír, mientras el tercero se le acercaba mucho, dejaba sus maletas en el suelo y tomaba el equipaje de mano. Kyle sintió una punzada de miedo, un momento de pánico.
—¿Hace falta que me presente? —dijo el agente ruso, mirando fijamente a los ojos de Kyle.
Kyle recobró su aplomo, sacudió la cabeza y consiguió sonreír tristemente.
—Creo que no —respondió—. ¿Cómo está usted esta mañana, señor Dolgikh?
¿O debería llamarle simplemente Theo?
—Diga «camarada» —respondió Dolgikh, sin humor—. Eso será suficiente...
Cualesquiera fuesen las intenciones de Yulian Bodescu, no había salido de casa Harkley al amanecer.
A las cinco de la mañana llegaron Ken Layard y Simon Gower para relevar a Darcy Clarke, que regresó entonces a Paignton. A las seis, Trevor Jordan se reunió con Layard y Gower; los tres se separaron, formando los vértices de un triángulo.
Una hora más tarde, había dos hombres más, refuerzos que Roberts había pedido a Londres. Todas estas llegadas fueron debidamente comunicadas por *Vlad,* hasta que Yulian ordenó al perrazo que bajase al sótano. Ahora era de día y *Vlad* habría sido visto al ir de un lado a otro. El alsaciano era la retaguardia de Yulian y no convenía que sufriese daño por ahora.
La fuerza numérica del enemigo había acorralado a Yulian; pero igualmente malo, desde su punto de vista, era que no había nubes en el cielo y el sol brillaba con fuerza. La niebla de la noche se había levantado pronto y el aire era claro y olía a fresco. Detrás de la casa, más allá del muro que marcaba la linde de la finca, los árboles se encaramaban hasta la cima de un monte poco elevado. Había un camino entre aquéllos y uno de los vigilantes

había conseguido llevar su coche hasta allá arriba. Ahora estaba sentado allí, observando la casa con unos prismáticos. Yulian habría podido verlo fácilmente desde una de las ventanas de atrás del piso alto, pero no tuvo necesidad de ello. Sentía que estaba allí.
Delante de la casa había otros dos vigilantes: uno no lejos de la verja, plantado al lado de su coche, y el otro a unos cuarenta o cuarenta y cinco metros de distancia. Sus armas no eran visibles, pero Yulian sabía que tenían alabardas. Y sabía el dolor que le produciría una saeta de madera dura. Dos hombres más guardaban los flancos, uno a cada lado de la casa, cuyo jardín podían observar por encima de los muros.
Yulian estaba atrapado... de momento.
¿Luchar? Ni siquiera podía abandonar la casa sin que ellos lo viesen. Y aquellas alabardas serían mortalmente precisas. El día siguió avanzando; pasó el mediodía y llegó la tarde, y Yulian empezó a sudar. A las tres llegó un sexto hombre, conduciendo un camión. Yulian lo observó cuidadosamente desde detrás de las cortinas de la ventana del ático.
El conductor del camión debía de ser el jefe de aquellos malditos espías psíquicos. Al menos, el jefe de este grupo. Estaba gordo, pero no era en modo alguno torpe; su mente debía de ser dura y clara, pero guardaba sus pensamientos como si fuesen oro. Empezó a distribuir elementos indeterminados de equipo pesado en bolsas de lona, y también envases de comida y de bebida, entre los otros hombres. Pasó algún tiempo con cada uno de ellos, hablándoles, mostrándoles ciertas piezas de equipo y dándoles instrucciones. Yulian sudó todavía más. Ahora sabía que sería esta tarde. El tráfico rodaba por la carretera como era costumbre en otoño; había parejas que paseaban bajo el sol, asidos de la mano; los pájaros cantaban en los bosques. El mundo parecía el mismo de siempre, pero aquellos hombres habían resuelto que fuese el último día de Yulian Bodescu.
Resguardándose lo más posible, el vampiro arriesgó el pellejo haciendo excursiones fuera de la casa. Empleaba una ventana de atrás de la planta baja, disimulada por unos arbustos, y también la salida del sótano a través del edificio exterior. Si hubiese estado debidamente preparado, habría podido escapar en dos ocasiones, cuando los vigilantes de la parte de atrás y de un lado de la casa bajaron a la carretera en busca de sus pertrechos; las dos veces habían vuelto mientras él estaba calculando todavía las probabilidades. Ahora se puso aún más nervioso y su pensamiento se volvió errático.
En la casa, siempre que se cruzaba con una de las mujeres, sacudía los brazos, gritaba, maldecía. Su nerviosismo se contagió a *Vlad,* y el perrazo andaba continuamente de un lado a otro en el sótano vacío.
Entonces, a eso de las cuatro, Yulian percibió de pronto una extraña quietud psíquica, la calma mental que precede a la tormenta. Aguzó hasta el máximo sus sentidos de vampiro..., nada pudo detectar. Los vigilantes habían aislado sus mentes, de manera que no pudiesen traslucir sus ideas, sus intenciones. Pero, al hacerlo así, descubrieron su último secreto, dijeron a Yulian el tiempo que habían fijado para su muerte.
Iba a ser ahora, dentro de esta hora, y la luz sólo empezaba a menguar al descender el sol hacia el horizonte.
Yulian apartó a un lado el miedo. ¡Era wamphyri! Aquellos hombres tenían poderes, sí, y eran fuertes, Pero él los tenía también, y tal vez podría demostrar que era más fuerte que ellos.
Bajó al sótano y habló a *Vlad:*
Me has sido fiel como sólo puede serlo un perro, dijo, mirando a los ojos al gran animal, *pero tú eres más que un perro. Puede que los hombres de allá fuera lo sospechen, y puede que no. Sea como fuere, serás el primero en enfrentarte a ellos cuando vengan. No les des cuartel. Si sobrevives, ven a buscarme...*
Y entonces «habló» al Otro, a aquella asquerosa extrusión de él mismo. Era la implantación de sugerencias en un espacio en blanco, la impresión de una idea sobre un

vacío, la marca al hierro candente en el pellejo de un animal. Las losas del suelo se combaron en un oscuro rincón, el suelo se movió y cayó polvo de la baja bóveda. Esto fue todo. Tal vez lo había comprendido, o tal vez no...
Por último volvió a su habitación y se cambió de ropa; se puso un traje deportivo gris y metió el sombrero de ala ancha debajo del cinturón. Plegó cuidadosamente una muda y la introdujo en una pequeña maleta, junto con una cartera que contenía mucho dinero en billetes grandes. No necesitaba más que eso.
Mientras pasaban los minutos, se sentó, cerró los ojos y concentró toda su atención en la Madre Naturaleza, en una prueba definitiva de sus poderes de vampiro maduro. Conjuró la niebla, pidió que una pantalla blanca envolvente surgiese de la tierra y los arroyos y los bosques, que una bruma pegajosa descendiese de los montes.
Los vigilantes, tensos ahora como los muelles de sus arcabuces, apenas se dieron cuenta de que el sol se ocultaba detrás de las nubes y de que la niebla subía sobre sus tobillos; como un solo hombre, tenían su atención fija en la casa.
Y el tiempo avanzaba inexorablemente hacia la hora señalada.
Darcy Clarke rodaba furiosamente hacia el norte. Había maldecido en voz alta hasta enronquecer, y después en silencio, hasta que su maldición se redujo a una palabra de cinco letras repetida una y otra vez en su excitada mente. Lo que provocaba su furia era que no estaría allí cuando se produjese la matanza. No participaría en el ataque contra Harkley. En vez de esto, tenía que ser ahora guardián de... ¡un niño pequeño!
Clarke no tenía dudas acerca de la importancia de su nueva tarea y comprendía su objetivo: dadas sus facultades, era muy improbable que pudiese ocurrirle algo malo. Y si era así y escudaba al joven Harry Keogh, el pequeño estaría igualmente seguro. Pero, según las convicciones de Darcy, prevenir era mejor que curar. Si moría Bodescu en Harkley, nadie tendría que preocuparse por el niño. Y si él, Darcy Clarke, estuviese en Harkley, si *sólo* estuviese allí, ¡seguro que Bodescu sería aniquilado!
Pero no estaba allí, sino que conducía su automóvil hacia el norte, hacia aquel agujero dejado de la mano de Dios que era Hartlepool...
Por otra parte, sabía que cada uno de los que se encontraban allí estaba igualmente resuelto a destruir a Bodescu. Lo cual era un consuelo.
Había vuelto a Paignton antes de las seis de la mañana y Roberts le había ordenado que se fuese a la cama. Más tarde, le había dicho, le encargaría un trabajo importante, y quería que al menos durmiese seis horas. Luego había dormido y, aunque temiera los peores sueños, no tuvo ninguno. Al mediodía, Roberts lo había despertado y le había dicho cuál era su nueva misión. Desde entonces, todo fue para Clarke conducir y maldecir.
Había tomado la M1 en Leicester y después la A19 en Thirsk. Ahora estaba a menos de una hora de su lugar de destino, y eran (miró su reloj) las cuatro cincuenta de la tarde.
Clarke dejó de maldecir. ¡Dios mío! ¿Qué estaría pasando ahora allá abajo?
—¿De dónde diablos ha *venido* esta niebla? —Trevor Jordan tembló y se levantó el cuello de la chaqueta—. ¡Caray! El día era muy bueno, al menos desde el punto de vista del tiempo atmosférico.
A pesar de su vehemencia, Jordan había hablado en un murmullo.
Todos los agentes de INTPES, en sus diversas posiciones alrededor de la casa, habían hablado en voz baja desde hacía veinte minutos. A las cuatro y media, siguiendo instrucciones de Roberts, habían formado parejas; lo cual era muy conveniente, pues la niebla se había espesado y empezaba a amenazar su seguridad individual. Era tranquilizador tener muy cerca a alguien.
El «compañero» de Jordan en la maniobra era Ken Layard, el «localizador».
Éste también temblaba, pese a que llevaba sobre la espalda un lanzallamas Brisson Mark III que pesaba treinta y cinco kilos.

—No estoy seguro —dijo al fin, respondiendo a la pregunta de Jordan—, pero creo que esto es cosa de él —y señaló con la cabeza hacia la casa ahora envuelta en niebla.
Habían atravesado la cerca del lado norte, por un sitio en que habían encontrado un boquete en el muro. Hacía un minuto, a las cuatro cincuenta, tras comprobar sus relojes, habían pasado por allí y Jordan había ayudado a Layard a ponerse los pantalones y la chaqueta de amianto. Después habían sujetado el bidón sobre su espalda y él había examinado la válvula de la manguera y el mecanismo de disparo. Con la válvula abierta, lo único que tenía que hacer era apretar el gatillo para provocar un infierno. Era lo que pensaba hacer.
—¿De él? —Jordan miró ceñudo a su alrededor. Había niebla en todas partes.
Desde aquí, el muro de atrás, en la vertiente del monte, era invisible; lo mismo que el de delante, que daba a la carretera. Harvey Newton y Simon Gower bajarían desde el monte y Ben Trask y Guy Roberts subirían por el camino de la verja. Todos convergerían sobre la casa a las cinco en punto—. *¿A* quién te refieres cuando dices «él»? *¿A* Bodescu?
Jordan echó a andar entre los arbustos hacia la masa sombría de la casa.
—A Bodescu, sí —respondió Layard—. Soy un localizador, ¿recuerdas? Es lo mío.
—¿Y qué tiene que ver esto con la niebla?
Jordan empezaba a tener los nervios de punta. Era un telépata de dudosas facultades, pero Roberts le había advertido que no las probase con Bodescu, y menos en este momento crucial de la operación.
—Cuando trato de encontrarlo con los ojos de la mente —trató de explicarle Layard—, dentro de la casa, no puedo localizarlo. Es como si formase parte de la niebla. Por esto creo que se propone algo. ¡Lo siento como una masa de niebla grande y amorfa!
—¡Jesús! —murmuró Jordán, temblando de nuevo.
En medio de un silencio total y amenazador, se dirigieron al pequeño edificio exterior, cuya puerta abierta conducía al sótano...
Simón Gower y Harvey Newton se acercaron a la casa desde el campo ligeramente inclinado y lleno de matorrales de la parte de atrás. No había muchos sitios donde resguardarse, por lo que la niebla los favorecía. Así se lo imaginaban.
Newton era telépata, venido de Londres con Ben Trask, como refuerzos. Newton y Trask no estaban completamente *au fait* de la situación, como los otros, y por eso los habían separado.
—Vaya pareja que hacemos, ¿eh? —dijo Newton nervioso, cuando el suelo se niveló y la niebla subió todavía más—. Tú, con esa maldita y gran antorcha en la espalda, y yo, ¡con una ballesta! Mira, si esto es un juego, debemos tener un aspecto horrible.
—*¡Dios!* —lo cortó en seco Gower, doblando una rodilla y trajinando furiosamente con la válvula de su manguera.
—¿Qué? —Newton se sobresaltó, miró a su alrededor y sostuvo la alabarda delante de él como un escudo—. ¿Qué?
No podía ver nada, pero sabía que el don de Gower era prever el futuro, ¡sobre todo el futuro inmediato!
—¡Viene! —Gower ya no murmuraba, sino que lo dijo gritando—: Viene...
¡Ahora!
Delante de la casa, donde Guy Roberts y Ben Trask se detuvieron en el camión del primero, no se oyeron los gritos de Gower con el ruido del motor del vehículo. Pero algo ocurría en el lado norte de la casa. Trevor Jordan se agachó instintivamente; después empezó a correr oblicuamente hacia la parte trasera del edificio. Ken Layard, estorbado por el lanzallamas que llevaba a cuestas, avanzó más despacio.
Layard, tropezando con los húmedos matorrales, vio que la figura de Jordan se hundía en un banco oscilante de niebla al pasar por delante de la puerta abierta de un edificio

exterior, y entonces vio también que algo *salía disparado* de aquella puerta, gruñendo frenéticamente. ¡Era el perrazo de Bodescu! Sin nada que lo pudiese detener, el bruto de ojos enrojecidos se lanzó a la niebla detrás de Jordan.
—¡Trevor, detrás de ti! —gritó Layard con todas sus fuerzas.
Abrió la válvula de la manguera, apretó el gatillo y rezó: *Dios mío, ¡no permitas que queme a Trevor!*
Un chorro rugiente de fuego amarillo rasgó la cortina de niebla como una antorcha entre telarañas. Jordan había doblado ya la esquina de la casa, pero *Vlad* estaba todavía a la vista, saltando resueltamente detrás de aquél. La expansiva y abrasadora «V» de calor alcanzó al perro, lo tocó, lo envolvió..., pero tan sólo un instante. Después, también él dobló la esquina.
Ahora, delante de la casa, Guy Roberts y Ben Trask habían bajado del camión.
Roberts oyó gritos y el rugido de un lanzallamas. Faltaba todavía un minuto para las cinco, pero el ataque había empezado ya, lo cual tal vez quería decir que lo había provocado el otro bando. Roberts se llevó un silbato de policía a los labios y dio un breve toque. Ahora, pasara lo que pasase, los seis agentes de INTPES se moverían juntos contra la casa.
Roberts llevaba el tercer lanzallamas; se encaminó directamente a la puerta principal, entreabierta a la sombra de un pórtico con columnas. Trask le siguió. Era un detector de mentiras humano; esta facultad no tenía aplicación aquí, pero también era joven, avispado, y sabía cuidar de sí mismo. Al disponerse a seguir a Roberts, algo le llamó la atención; captó un movimiento furtivo por el rabillo del ojo.
A unos veinte metros de distancia, entre grandes bancos de niebla, había pasado fugazmente una figura que se había introducido en silencio en el refugio del viejo granero. Fuera lo que fuese lo que había entrado allí, nada le impediría salir de la finca si Roberts y Trask se metían en la casa.
—¡Oh, no, *no* lo hagas! —gruñó Trask. Y levantando la voz—: En el granero, Guy.
Roberts, que había llegado a la puerta de la casa, se volvió y vio a Trask que corría agachado hacia el granero. Maldiciendo en voz baja, fue tras él.
Detrás de la casa Harkley, *Vlad* salió tosiendo y aullando de la niebla e intentó saltar sobre los tres hombres que encontró allí. El perro era una silueta ennegrecida, envuelta en humo y llamas, y que, incluso ardiendo, se lanzaba de costado contra la espalda de Jordan.
Cuando éste había salido corriendo de detrás de la esquina, Gower había estado a punto de disparar su lanzallamas; suerte que reconoció a Jordan en el último momento. Harvey Newton, por su parte, había lanzado una bala contra la figura nebulosa e iba a disparar la saeta cuando Gower le lanzó un grito de advertencia y lo empujó a un lado con el hombro. La saeta salió inofensiva por la tangente y desapareció a lo lejos entre la niebla. Por fortuna Jordan había visto a los dos hombres que al parecer le estaban apuntando, y se echó cuerpo a tierra.
Pero no había visto aquello que lo perseguía y que incluso ahora saltaba y arqueaba el cuerpo entre una nube de chispas y de humo. *Vlad* aterrizó torpemente, se encogió para saltar contra Newton y Gower y se encontró delante de un chorro de llamas del arma del segundo. El perro se derrumbó en el suelo entre aullidos, como una bola de fuego crepitante que trataba de correr en todas direcciones y no iba a ninguna parte.
Jordan se puso en pie; los tres hombres jadeaban aún mientras veían cómo ardía *Vlad.* Newton había vuelto a cargar con dificultad su alabarda; creyó ver que algo se movía entre la niebla y se volvió en aquella dirección. ¿Qué era aquello? ¿O había sido... su imaginación? Los otros no parecieron haberlo advertido; estaban mirando a *Vlad.*
—¡Oh, Dios mío! —gimió Jordán.
Newton vio la expresión de su semblante, se olvidó de lo que creía haber visto y se volvió para observar la agonía del perro incandescente.

El cuerpo ennegrecido de *Vlad* palpitó y vibró, se abrió y proyectó un haz de tentáculos que se retorcieron como dedos de seis o siete palmos en el aire.
Mascullando palabrotas y desorbitados los ojos, Gower regó con fuego aquella cosa.
Los tentáculos humearon, se cubrieron de ampollas y se derrumbaron, pero el cuerpo del perro siguió palpitando.
—Jesús! —exclamó horrorizado Jordán—. ¡También cambió al perro!
Sacó una cuchilla del cinto, avanzó unos pasos, se resguardó los ojos contra el calor y cortó la cabeza de *Vlad* de un solo y limpio tajo.
Jordán se echó atrás y gritó a Gower:
—Acaba con él..., *asegúrate* de que acabas con él! He oído el silbato de Roberts. Harvey y yo entraremos en la casa.
Mientras Gower seguía quemando los restos del perro, Jordan y Newton se dirigieron, tambaleantes entre el humo y el hedor, a la parte de atrás de la casa, donde encontraron una ventana abierta. Se miraron y se lamieron nerviosamente los labios a la vez. Ambos respiraban fatigosamente aquel aire húmedo y apestoso.
—Vamos —dijo Jordán—. Cúbreme.
Empuñó la ballesta y pasó las piernas por encima del alféizar de la ventana...
En el granero, Ben Trask se detuvo en seco, alerta la cara cuadrada, aguzando los oídos en el silencio. El silencio le decía que allí no había nadie, pero mentía. Trask lo sabía con la misma seguridad que si hubiese estado sentado detrás de una ventana de cristal transparente en una sola dirección, escuchando el interrogatorio de unos criminales por la policía. La imagen era falsa, una mentira.
Había viejos aperos de labranza tirados por todas partes. La niebla, entrando por los extremos abiertos del edificio, se había vuelto resbaladiza como un acero viejo revestido de un sudor metálico; cadenas y neumáticos gastados pendían de ganchos en las paredes; un montón de tablas de ensambladura se balanceaba inseguro, como si alguien acabase de empujarlo. Entonces vio los escalones de madera que ascendían en la penumbra y, al mismo tiempo, una brizna de paja que caía.
Aspiró con fuerza, volvió la cara y la alabarda hacia arriba, en dirección al agujereado techo de tablas, y tuvo el tiempo justo para ver una cara enloquecida de mujer y de oír un silbido de triunfo al lanzarle ella una horca. Trask no tuvo tiempo de apuntar, sino que apretó simplemente el gatillo.
Una de las afiladas púas de la horca no dio en el blanco, pero la otra se clavó debajo de la clavícula y le atravesó el hombro derecho, haciéndola caer hacia atrás.
Simultáneamente, sonó un chillido de locura y Anne Lake cayó de las podridas tablas entre una nube de polvo y paja menuda. Cayó de plano sobre la espalda, con la saeta de Trask clavada en el centro del pecho. La saeta y la caída hubiesen debido matarla, pero ya no era un ser enteramente humano.
Trask estaba apoyado en la pared lateral tratando de arrancarse la horca del hombro. Pero no podía; no tenía fuerza; el dolor y la impresión lo habían dejado débil como un gatito. Sólo podía mirar y tratar de no perder el conocimiento, mientras la «tía» de Yulian Bodescu se arrastraba hacia él a cuatro patas y le arrancaba brutalmente la horca. Y entonces Trask se desmayó.
Anne Lake, gruñendo como una fiera, levantó la horca y apuntó al corazón de Trask. Detrás de ella, Guy Roberts agarró el mango de madera de la horca, tiró de él e hizo perder el equilibrio a la mujer, que aulló enfurecida, cayó de nuevo de espaldas, agarró la saeta con ambas manos y trató de arrancársela del pecho.
Roberts, con el estorbo del aparato que llevaba a cuestas, pasó tambaleante junto a ella, agarró a Trask de la chaqueta y, de alguna manera, consiguió arrastrarlo fuera del granero. Después volvió atrás, apuntó la manguera y apretó con firmeza el gatillo.

El granero se transformó al momento en un gigantesco horno; calor y fuego y humo lo llenaron desde el suelo hasta el tejado, y salieron por los extremos abiertos. Y en medio de todo aquello, algo chillaba y chillaba, en un creciente y sibilante alarido, que sólo cesó al derrumbarse la planta superior sobre aquel rugiente infierno. Pero Roberts siguió apretando el gatillo, hasta que estuvo seguro de que nada, *nada,* pudiera haber sobrevivido allí...

Detrás de la casa, Ken Layard encontró a Gower quemando a *Vlad.* Jordan acababa de entrar en aquélla por la ventana abierta y Newton estaba a punto de seguirlo.

—¡Alto! —le gritó Layard—. No puedes manejar dos ballestas al mismo tiempo. —Dio un paso al frente—. Yo iré por aquí con Jordan —dijo a Newton—. Tú quédate con Gower y pasad a la parte delantera. ¡Deprisa!

Mientras Layard entraba torpemente por la ventana, Newton arrastró a Gower lejos de aquella cosa carbonizada y humeante que había sido *Vlad* y señaló con el pulgar la esquina más lejana de la casa.

—¡Esa cosa está acabada! —le gritó—. Por consiguiente, ¡serénate! Vamos; los otros estarán ya dentro.

Cruzaron rápidamente el jardín envuelto en niebla, hacia el lado sur de la casa, y vieron cómo Roberts se apartaba del granero en llamas y arrastraba a Trask fuera de la zona de peligro. Roberts lo vio y gritó:

—¿Qué diablos pasa ahí?

—Gower ha quemado al perro —le respondió Newton, también a voz en grito—. Aunque no era... ¡ya no era un perro!

Roberts mostró los dientes en una medio mueca, medio sonrisa.

—Nosotros pillamos a Anne Lake —dijo, al acercarse Newton y Gower—. Y desde luego, ¡no era una mujer! ¿Dónde están Layard y Jordan?

—Dentro —dijo Gower. Estaba temblando, empapado en sudor—. Y esto no ha terminado aún, Guy. Todavía no. ¡Habrá más!

—He tratado de explorar la casa —dijo Roberts—. ¡Nada! Todo es nebuloso en ella. ¡Una maldita niebla mental! Aunque era inútil intentarlo. ¡Aquí pasan demasiadas cosas! —Agarró a Gower—. ¿Estás bien?

Gower asintió con la cabeza.

—Creo que sí.

—Bien. Ahora escuchad. Hay bombas de termita en el camión; también explosivos de plástico en mochilas. Desparramadlo todo por el sótano. Procurad llevarlo de una vez. Y nada de lanzallamas mientras llevéis aquel material. Mejor que los dejéis y toméis una ballesta como Newton. Aquello estalla por exceso de calor o al contacto de una llama. Dejadlo allí, salid y manteneos lejos. Tres de nosotros en la casa debería ser bastante. Y si no, lo será el fuego.

—¿Vas a entrar ahí?

Gower miró la casa y se lamió los labios.

—Sí —dijo Roberts—. Todavía nos quedan Bodescu, su madre y la chica. Y no os preocupéis por mí. Id con cuidado. El sótano puede ser mucho peor que la casa.

Se dirigió a la puerta abierta debajo del pórtico con columnas.

Jordan apretó con más fuerza la ballesta, hizo girar el tirador y abrió la puerta de una patada. ¡No era una trampa! Al menos, él no podía verla. En realidad, la escena absolutamente natural de detrás de la puerta del cuarto de baño lo dejó desconcertado. Toda su tensión desapareció al instante, y se sintió... como un grosero intruso.

La joven —sin duda Helen Lake— era hermosa y estaba desnuda por completo. El agua chorreaba sobre ella y hacía brillar su cuerpo adorable. Estaba en pie, de lado, y su silueta se recortaba sobre los azulejos de la pared de la ducha. Al abrirse de golpe la puerta, volvió la cabeza y miró a Jordan con ojos aterrorizados.

Después lanzó una exclamación ahogada y se apoyó en la pared, como si fuese a desmayarse. Se llevó una mano al pecho, parpadeó y empezaron a doblarse sus rodillas.
Jordan bajó a medias la ballesta y se dijo: «Jesús! ¡Si no es más que una niña asustada!». Empezó a alargar la mano libre, para sostenerla..., pero entonces otros pensamientos, los pensamientos de ella, se grabaron bruscamente en su mente telepática.
Ven, querido. Ven a ayudarme. ¡Oh, tócame, abrázame! Un poco más cerca, amor mío... ¡así! Y ahora...
Cuando ella se volvió más hacia él, Jordán se echó atrás. Sus ojos eran grandes, triangulares, ¡demoníacos! ¡Su cara se había transformado instantáneamente en la de una bestia! Y con la mano derecha, invisible hasta ahora, empuñaba un cuchillo de trinchar. Lo levantó mientras agarraba la chaqueta de Jordan con la otra mano, que parecía de hierro. Lo atrajo hacia sí sin el menor esfuerzo... y él disparó la ballesta a quemarropa contra su pecho.
Arrojada contra la pared de la ducha, clavada allí por la saeta, soltó el cuchillo y lanzó unos gritos desgarradores. La sangre manaba a raudales del sitio donde la había atravesado la saeta, de la que sólo sobresalían las plumas. Ella la agarró y, sin dejar de chillar, sacudió el cuerpo de un lado a otro. La saeta se desprendió de la pared, entre crujido de azulejos y de yeso, y la joven se tambaleó en la ducha tirando del asta y sin dejar de gritar.
—¡Dios, Dios, *Dios mío*! —exclamó Jordan, sin poder moverse.
Layard lo empujó a un lado con el hombro, apretó el gatillo del lanzallamas y convirtió toda la ducha en una abrasadora y humeante olla a presión. Se interrumpió a los pocos segundos, para observar con Jordán el resultado. Se aclararon el humo negro y el vapor y el agua continuó chorreando, brotaba ahora de media docena de sitios donde se habían fundido las tuberías de plástico.

Capítulo 14

Dentro de la casa, Layard y Jordan había registrado minuciosa y sistemáticamente la planta baja y se dirigían ahora a la escalera principal de las plantas superiores. A su paso encendían las pálidas luces para iluminar un poco la penumbra. Se detuvieron al pie de la escalera.
—¿Dónde diablos está Roberts? —murmuró Layard—. No nos vendrían mal sus instrucciones.
—¿Por qué? —Jordán lo miró de reojo—. Sabemos contra qué nos enfrentamos... sobre todo. Y sabemos lo que hay que hacer.
—Pero deberíamos ser cuatro aquí.
Jordán apretó los dientes.
—Hubo follón allá fuera. Alguna dificultad, sin duda. En todo caso, ya deben de estar colocando explosivos en el sótano. No podemos perder tiempo. Dejemos las preguntas para más tarde.
En un estrecho rellano, donde la escalera se torcía en ángulo recto, había un gran armario empotrado, con la puerta entreabierta. Jordan apuntó hacia ella la ballesta, pasó de lado y continuó subiendo la escalera. No escurría el bulto; sabía, simplemente, que si había algo malo allí dentro, Layard daría cuenta de ello con un chorro de ruego líquido.
Layard comprobó que estuviese abierta la válvula del lanzallamas, apoyó el dedo en el gatillo y abrió la puerta con la punta del pie. Dentro... todo estaba oscuro.
Esperó a que sus ojos se acomodasen a la oscuridad y entonces vio un interruptor en la pared, junto a la puerta. Alargó una mano, pero la retiró. Avanzó un paso y empleó la boca de la manguera para accionar el interruptor. Se encendió una luz y el interior del armario adquirió un vivo relieve. En el fondo... ¡una figura alta! Layard respiró hondo, abrió a medias la boca y dilató los labios en un rictus de pavor. A punto estaba de apretar el

gatillo, cuando enfocó la mirada y vio que no era más que un viejo impermeable que colgaba de una percha. Tragó saliva, llenó de aire los pulmones y cerró la puerta sin ruido.
Jordan estaba en el descansillo del primer piso. En el centro y bajo sendos arcos, vio dos puertas cerradas; también pudo ver un pasillo con otras dos puertas antes de doblar una esquina. La más próxima debía estar a ocho pasos, y la otra, a unos doce. Volvió al rellano y se acercó a la primera puerta, hizo girar el pomo y la abrió de una patada. Era un lavabo, con una ventana alta que dejaba entrar una luz gris.
Jordan se volvió a la segunda puerta y la abrió de igual manera. Había allí una gran biblioteca, que pudo abarcar de una mirada. Entonces, al oír que Layard subía la escalera, echó a andar por el pasillo; pero se detuvo de pronto para aguzar el oído. Oyó... ¿agua? ¿El silbido y el borboteo de un grifo?
¡Una ducha! Aquel ruido venía de la segunda habitación del pasillo. ¿Un cuarto de baño? Miró hacia atrás. Layard estaba en lo alto de la escalera. Se miraron.
Jordan señaló hacia la primera puerta y, después, a Layard, para indicarle que se encargase de aquella habitación. Luego se golpeó el pecho con el dedo pulgar y señaló la segunda puerta.
Avanzó, cauteloso, con la ballesta levantada a la altura del pecho y apuntando al frente. El ruido de agua se hizo más fuerte, y... ¿una voz? Una voz de muchacha..., ¿cantando? Al menos tarareaba. Una monótona melodía...
En *esa* casa, a *esa* hora, ¿una joven tarareando sola en una ducha? ¿O era una trampa?
En el suelo de la ducha yacía el cuerpo de Helen Lake, con las facciones destrozadas, los restos de sus cabellos humeantes, mientras la piel se desprendía en largos jirones.
—¡Que Dios nos valga! —jadeó Jordan, y se volvió para vomitar.
—¿Dios? —gruñó aquella cosa en la ducha, con una voz que parecía surgir de un abismo—. ¿Qué dios? *¡Sanguinarios y negros bastardos!*
Aunque parezca imposible, se levantó y dio un paso a ciegas hacia adelante.
Layard la abrasó de nuevo, pero más por compasión que por temor. Dejó que rugiese su lanzallamas hasta que el fuego rebotó desde la ducha y amenazó con quemarlo también a él. Entonces apagó el arma y retrocedió en el pasillo hasta llegar junto a Jordan, que estaba vomitando por encima de la baranda de la escalera.
Desde abajo, llegó hasta ellos la voz inquieta de Roberts.
—¿Ken? ¿Trevor? ¿Qué sucede ahí?
Layard se enjugó la frente.
—Hemos... matado a la chica —murmuró, y después lo gritó—: ¡Hemos matado a la chica!
—Nosotros hemos matado a su madre —repuso Roberts— y al perro de Bodescu. Ahora sólo quedan Bodescu y su madre.
—Aquí arriba hay una puerta cerrada con llave —gritó Layard—. Me pareció oír a alguien dentro.
—¿No puedes derribarla?
—No; es de roble, y muy gruesa. Podría quemarla...
—No hay tiempo para eso. Y si hay alguien dentro, está perdido. El sótano ha sido minado. Ahora bajad, ¡y daos prisa! Tenemos que salir de aquí.
Layard arrastró a Jordán escalera abajo, mientras gritaba:
—¿Dónde diablos has estado tú, Guy?
—Trabajando por mi cuenta. Trask está sin conocimiento, pero se pondrá bien. ¿Que dónde he estado yo? Comprobando toda la planta baja.
—Una pérdida de tiempo —gruñó Jordan, por lo bajo.
—¿Qué? —dijo Roberts, levantando más la voz.

—¡He dicho que aquí hemos terminado! —chilló Jordan, innecesariamente, pues habían llegado al pie de la escalera y Roberts los empujaba hacia el vestíbulo y la puerta abierta de la casa...

Simon Gower y Harvey Newton habían bajado al sótano por la dependencia exterior, con sus estrechos peldaños y la rampa central. Cargados con casi cien kilos de explosivos entre los dos, había encontrado averiadas las luces, por lo que había tenido que emplear sus linternas de bolsillo. El sótano estaba oscuro y silencioso como un sepulcro y parecía extenderse como una catacumba. Los dos hombres caminaban juntos, depositando paquetes de termita y de plástico explosivo dondequiera que encontraban paredes de soporte o arcos reforzados, y aunque lo hacían con precaución, pronto dejaron bien repartida su carga en el lugar. Newton llevaba un pequeño bidón de gasolina, que fue vertiendo de una carga a otra, hasta que todo el sótano olió a aquel carburante volátil.

Cuando estuvieron convencidos de que habían explorado y minado todo el lugar (y satisfechos por no haber encontrado nada peligroso), volvieron sobre sus pasos, en dirección a la salida. En un sitio que calcularon estaría tal vez debajo del centro de la casa, depositaron su última carga. Entonces Newton derramó el resto de la gasolina hasta el pie de la escalera del edificio exterior, mientras Gower comprobaba de nuevo las cargas que habían colocado, para asegurarse de que estaban debidamente cebadas.

Ya en la escalera, Newton tiró su bidón vacío, se volvió y miró hacia la oscuridad. Pudo oír la ronca respiración de Gower detrás de una esquina y comprendió que éste se hallaba entregado por entero a su tarea. La linterna de Gower proyectaba rayos de luz aquí y allá, mientras él trabajaba.

Roberts se plantó en lo alto de la escalera y gritó:

—¿Newton? ¿Gower? Podéis subir cuando queráis. Nosotros estamos listos.

Los otros se han apostado alrededor de la casa y están esperando. Se ha levantado la niebla. Así, si algo trata de escapar, podremos...

—¿Harvey? —La voz trémula de Gower brotó de la oscuridad, en un tono mucho más alto de lo que habría sido normal—. Harvey, ¿has sido tú?

Newton le respondió, también a gritos:

—No; ha sido Roberts. Date prisa, ¿quieres?

—No, no Roberts. —Gower jadeaba ahora, casi murmuraba—. Es otra cosa...

Roberts y Newton se miraron, abriendo mucho los ojos. El suelo tembló.

Gower gritó, dentro del sótano.

Roberts bajó hasta la mitad de la escalera y chilló:

—Simon, ¡sal de ahí! ¡Deprisa, vamos!

Gower gritó de nuevo; un chillido de animal atrapado.

—¡Está aquí, Guy! ¡Oh, Dios mío, está aquí! *¡Debajo del suelo!*

Newton hizo ademán de ir en su busca, pero Roberts alargó una mano y lo agarró del cuello de la chaqueta. El suelo temblaba ahora con fuerza y salían nubes de polvo de la boca del viejo sótano. Se oían sonidos extrañísimos y otros ruidos quizá producidos por Gower en su agonía. Empezaron a desprenderse ladrillos del mortero de las paredes que caían sobre los lados de la rampa.

Newton empezó a retroceder en los peldaños inestables, con Roberts tirando de él desde arriba. Cuando estuvieron en lo alto de aquéllos, vieron una nube de polvo y cascotes que salía de la entrada del sótano, y entonces se desprendió la puerta de sus herrumbrosos goznes y cayó al pie de la rampa, en un montón de tablas destrozadas.

Algo estaba encuadrado en el marco de la polvorienta entrada. Era Gower, y era más que Gower. Pendió un momento suspendido en el umbral vacío, balanceándose a izquierda y derecha. Entonces apareció de lleno, y los que observaban vieron el grueso y leproso vástago que lo impulsaba. Aquella cosa —sin duda «el Otro»— había penetrado en su

espalda como una sólida vara, pero su macizo seudópodo de carne de vampiro se había ramificado dentro de Gower, siguiendo sus canales y conductos hasta las diversas salidas. Tentáculos retorcidos brotaron de la boca abierta y de las fosas nasales, de las cuencas de los ojos desencajados y de los oídos reventados. Y cuando Roberts y Newton subieron, aterrorizados, los últimos peldaños junto a la rampa, todo el torso de Gower se abrió de pronto revelando un nido copioso de escurridizos gusanos carmesí.

—Jesús! —exclamó entonces Guy Roberts con un ronco aullido de horror y de rabia—. *¡Je... sus!*

Apuntó el lanzallamas contra la rampa.

—Adiós, Simon. ¡Descansa en paz!

El fuego líquido rugió con furia, se vertió sobre la rampa como un alud y envolvió en una bola de fuego al hombre suspendido y aquella cosa bestial que lo sostenía en pie. El gran seudópodo se encogió al instante, llevándose a Gower como un muñeco de trapo, y Roberts apuntó directamente el arma contra el pie de la escalera. Acabó de abrir la válvula y un resplandeciente chorro de calor inundó el sótano, extendiéndose hasta todos los huecos y rincones de aquel laberinto.

Roberts contó hasta cinco. Entonces se produjo la primera explosión.

La entrada se derrumbó en un montón de cascotes. La onda expansiva de calor arrojó polvo y piedras rampa arriba, haciendo caer a Roberts y a Newton.

Aquél soltó automáticamente el gatillo. Su arma echaba humo, pero calló en sus manos. Y *¡pam!, ¡pam!, ¡pam!,* sonaron con regularidad las detonaciones bajo tierra, sacudiendo cada una el suelo con la fuerza de un martinete.

Luego, al reaccionar las cargas al calor y añadir fuego al invisible infierno, las explosiones subterráneas se aceleraron, en ocasiones dos a la vez. Newton se levantó y ayudó a Roberts a ponerse en pie. Tambaleándose, se alejaron de la casa y ocuparon posiciones con Layard y Jordan, uno en cada una de las cuatro esquinas, pero a buena distancia del edificio. El viejo granero, todavía en llamas, empezó a vibrar como si estuviese vivo y sufriendo las angustias de la muerte. Por fin se derrumbó en pedazos sobre el suelo agitado de pronto. Por un instante, azotó el aire un tentáculo surgido de los temblorosos cimientos hasta una altura de unos seis o siete metros; después se encogió y fue absorbido de nuevo por aquel tremedal de tierra y de fuego.

Ken Layard era el que se hallaba más cerca de aquel sector. Se apartó corriendo de la casa y se distanció también del granero; pero entonces se detuvo y contempló boquiabierto y con ojos desorbitados las ventanas del piso alto del edificio principal. Después hizo señas a Roberts de que se reuniese con él.

—¡Mira! —gritó, para hacerse oír sobre el estruendo subterráneo y los silbidos y chasquidos del fuego.

Los dos miraron hacia la casa.

Encuadrada en la ventana del segundo piso, se veía la figura de una mujer de edad avanzada que levantaba los brazos, en actitud casi de súplica.

—La madre de Bodescu —dijo Roberts—. Sólo puede ser ella: Georgina Bodescu.

Una esquina de la casa se derrumbó, hundiéndose en ruinas en la tierra. De aquel sitio brotó un surtidor de fuego hasta la altura del tejado, lanzando al aire ladrillos rotos. Hubo más explosiones y toda la casa retembló. Se balanceaba visiblemente sobre sus cimientos; se abrían grietas en los muros y oscilaban las chimeneas. Los cuatro observadores retrocedieron todavía más. Layard arrastraba a Ben Trask. Entonces advirtió aquél que el camión que habían dejado en el paseo de la entrada saltaba sobre sus propios amortiguadores.

Fue a buscarlo; pero Guy Roberts se quedó donde estaba, cuidando de Trask y sin dejar de observar la figura de aquella mujer en la ventana.

No había cambiado de posición. Se balanceaba de vez en cuando, al oscilar la casa, pero siempre recobraba su postura, con los brazos levantados y la cabeza echada atrás, como si le estuviese hablando a Dios. Diciéndole, ¿qué? Pidiéndole, ¿qué? ¿Perdón para su hijo? ¿Una liberación piadosa para ella misma?
Newton y Jordan abandonaron sus posiciones en la parte de atrás de la casa y vinieron a la de delante. Estaba claro que nada podía escapar ahora de aquel infierno. Ayudaron a Layard a subir a Trask al camión, y mientras ellos se preparaban para marcharse, Roberts siguió observando el incendio de la casa, y así fue testigo de él hasta el final.
La termita había cumplido su misión y la propia tierra estaba ardiendo. La casa no tenía ya cimientos en los que apoyarse. Se hundía, inclinándose primero a un lado y después al otro. Los viejos ladrillos crujieron al partirse las vigas; las chimeneas se cayeron y las ventanas se hicieron añicos en sus torcidos marcos. Y al derrumbarse la casa entre las altas llamas sobre la tierra blanda, sus materiales añadieron combustible al incendio.
El fuego lamía las paredes por dentro y por fuera; grandes llamaradas rojas y amarillas brotaban de las ventanas rotas o surgían del tejado a punto de hundirse.
Por un solo instante más, Georgina Bodescu se perfiló sobre un fondo carmesí de calor abrasador, y entonces, Harkley entregó su espíritu. Se hundió gimiendo en un hoyo de tierra que borboteaba, muy parecido al cráter de un pequeño volcán.
Durante un momento más, fueron visibles la arista y partes del tejado, pero también éste fue consumido por el fuego vengador y envuelto en humo.
Durante todo el rato, el hedor fue terrible. A juzgar por él, se hubiera dicho que habían muerto cincuenta hombres quemados en aquella casa; pero cuando Roberts subió al asiento del acompañante y Layard llevó el vehículo hacia la verja, los cinco supervivientes, incluido Trask, que casi había recobrado del todo el conocimiento, sabían que aquella peste no era producida por nada humano. En parte era de la termita y en parte de la tierra y la madera y los ladrillos viejos, pero sobre todo de aquel destrozado monstruo gigantesco del sótano, de aquel «Otro» que se había apoderado del pobre Gower.
La niebla se había despejado ahora casi por entero y empezaban a detenerse coches en la orilla de la carretera, atraídos sus conductores por las llamas y el humo que se elevaban en el aire desde el sitio donde había estado Harkley. Al salir el camión a la carretera, un conductor de rostro colorado se asomó a su ventanilla y gritó:
—¿Qué ha pasado? Eso es la casa Harkley, ¿no?
—Era —le gritó Roberts a su vez, acompañando sus palabras con lo que esperaba que pareciese un encogimiento de hombros de impotencia—. Lo siento, pero ha dejado de existir. Quemada hasta los cimientos.
—¡Cielo santo! —El hombre coloradote estaba horrorizado—. ¿Han avisado a los bomberos?
—Lo haremos ahora —respondió Roberts—. Pero de poco va a servir. Hemos ido a echar un vistazo y, por desgracia, nada ha quedado en pie.
Arrancaron de nuevo.
A un kilómetro y medio en dirección a Paignton, oyeron la sirena de un coche de bomberos. Layard se apartó a un lado para cederle el paso. Sonrió cansadamente, sin humor.
—Demasiado tarde, amigos —comentó en voz baja—. Demasiado tarde..., ¡gracias a Dios!
Dejaron a Trask en el hospital de Torquay (dijeron que había sufrido un accidente en el jardín de un amigo) y, en cuanto lo hubieron acomodado, volvieron a su sede en el hotel de Paignton, para informar.
Roberts enumeró sus éxitos.
—En todo caso, acabamos con las tres mujeres. En cuanto al propio Bodescu, tengo mis dudas. Unas dudas serias que, cuando terminemos aquí, comunicaré a Londres y también a

Darcy Clarke y a nuestra gente de Hartlepool. Desde luego, serán simples medidas de precaución, pues, si hemos perdido a Bodescu, no podemos saber qué hará ni adonde irá. En todo caso, Alec Kyle volverá a asumir el control dentro de poco; a propósito, es raro que no haya comparecido aún. Y no es que tenga muchas ganas de verlo: se pondrá furioso cuando se entere de que Bodescu quizás escapó de aquella casa.
—Bodescu *y* el otro perro —dijo Harvey Newton, como recordando algo, y se encogió de hombros—. Bueno, supongo que no debía de ser más que un perro vagabundo que se metió en la finca... de alguna manera...
Se interrumpió y miró las caras de los otros. Todos lo estaban observando, asombrados, casi con incredulidad. Era la primera vez que hablaba de esto.
Roberts no pudo contenerse y agarró a Newton de la chaqueta.
—¡Cuéntalo ya! —gruñó, apretando los dientes—. ¿Qué fue *exactamente*, Harvey?
Newton, aturdido, lo explicó y concluyó:
—Así, mientras Gower estaba quemando aquel... aquella maldita cosa que *no era* un perro..., al menos no del todo..., el otro perro pasó entre la niebla. Pero no podría jurar que lo viese de veras. Quiero decir que estaban ocurriendo tantas cosas que... Tal vez fue solamente la niebla, o mi imaginación o... ¡cualquier cosa!
Pensé que corría a paso largo, pero como erguido, en una inclinación inverosímil. Y su cabeza tenía otra forma. Tuvo que ser mi imaginación, un serpenteo de la niebla, algo así. Cosa de la imaginación, sí..., sobre todo con Gower plantado allí, ¡quemando a aquel maldito perro! Jesús, creo que soñaré con perros durante el resto de mi vida!
Roberts lo soltó violentamente, casi lo arrojó al otro lado de la habitación. El gordo no era sólo gordo; era pesado, y también muy vigoroso. Miró con irritación a Newton.
—¡Idiota! —gruñó.
Encendió un cigarrillo, a pesar de que ya tenía otro encendido.
—En todo caso, ¡nada podía hacer! —protestó Newton—. Había disparado mi ballesta; todavía no había vuelto a cargarla...
—¿Disparado tu maldita ballesta? —gritó Roberts. Pero se calmó enseguida—.
Quisiera poder decir que tú no tuviste la culpa —dijo entonces—. Y tal vez no la tuviste. Tal vez fue demasiado listo él para nosotros.
—¿Qué se te ha ocurrido ahora? —dijo Layard, compadeciéndose un poco de Newton y tratando de desviar de él la atención de los demás.
Roberts miró a Layard.
—¿Ahora? Bueno, cuando me haya calmado un poco, tú y yo trataremos de encontrar a ese bastardo, ¡sólo eso!
—¿Encontrarlo? —Newton se lamió los secos labios—. ¿Cómo?
Estaba confuso; no razonaba con claridad.
Roberts se golpeó el lado de la cabeza con un nudillo blanco y gordo.
—¡Con *estol* —gritó—. Es lo que yo hago. Soy un «localizador», ¿te acuerdas?
¿Y cuál es tu maldito talento? Aparte de enredarlo todo, quiero decir...
Newton encontró un sillón y se dejó caer en él.
—Yo... yo lo vi y, sin embargo, me convencí de que no lo había visto. ¿Qué diablos *me pasa?* Fuimos allí para atraparlo, para atrapar *cualquier cosa* que saliese de aquella casa..., ¿por qué no reaccioné más positi...?
Jordan respiró hondo y chascó los dedos. Asintió vivamente con la cabeza y dijo:
—¡Claro!
Todos lo miraron.
—*¡Claro!* —repitió, escupiendo las palabras—. Él también tiene facultades, ¿no? ¡Demasiadas, a fe mía! Te engañó, Harvey. Quiero decir, por telepatía.

¡Caray, también me engañó a mí! Nos convenció de que no estaba allí, de que no podíamos verlo. Y realmente, yo *no* lo vi; en absoluto. Yo también estaba allí, ¿te acuerdas?, cuando Simon estaba quemando aquella cosa. Pero no vi nada. Por consiguiente, no te apures demasiado por eso, Harvey... Tú *viste* al menos a aquel bastardo.
—Tienes razón —convino Roberts, al cabo de un momento—. Debes de tenerla. Ahora podemos estar seguros: Bodescu anda suelto, está furioso y, Dios mío, ¡es peligroso! Sí, y más poderoso, mucho más poderoso de lo que creyó nadie jamás...
Miércoles, doce y media de la noche, hora de Europa central; puesto fronterizo cerca de Siret, en Moldavia.
Krakovitch y Gulhárov se habían alternado en la conducción del coche, aunque a Carl Quint le habría encantado conducir un poco, si se lo hubiesen permitido. Al menos, eso habría mitigado su aburrimiento. Quint no había encontrado particularmente atractivo el paisaje rumano a lo largo del trayecto: estaciones de ferrocarril tristes y desoladas como espantapájaros, sucios pueblos industriales, ríos contaminados y cosas por el estilo. Pero incluso sin su colaboración, y a pesar del mal estado de las carreteras, los rusos habían hecho un buen tiempo. Al menos hasta llegar allí; pero «allí» era el centro de ninguna parte y, por alguna razón todavía no explicada, los tenían retenidos «allí» desde hacía cuatro horas.
Después de salir de Bucarest, habían pasado por Buzau, Focsani y Bacau, a lo largo de la orilla del Siretul, y habían entrado en Moldavia. En Roman habían cruzado el río para continuar hacia Botosani, donde se habían detenido para comer, y seguido hasta y a través de Siret. Ahora, en el extremo norte de la ciudad, un puesto fronterizo les cerraba el paso, con Chernovtsi y el Prut a unos treinta kilómetros o poco más hacia el norte. Krakovitch tenía proyectado cruzar Chernovtsi e ir a Kolomiia, al pie de los viejos Cárpatos, para pasar la noche; pero...
—¡Pero! —rugió ahora, bajo la luz de la lámpara de parafina del puesto fronterizo—. ¡Pero, pero, *pero*!
Descargó un puñetazo sobre el mostrador que mantenía al personal un poco separado de los viajeros; hablaba, o gritaba, en un ruso tan explosivo que Quint y Gulhárov se estremecían y apretaban los dientes dentro del coche donde se hallaban sentados, delante del edificio de madera estilo chalet. El puesto fronterizo se alzaba en el centro, entre los carriles de entrada y salida, con barreras que se extendían a ambos lados. Había guardias de uniforme en sendas garitas: un rumano, para el tráfico que entraba, y un ruso, para el que salía. El oficial que ostentaba el mando era, desde luego, ruso. Y ahora estaba aguantando la presión de Félix Krakovitch.
—¡Cuatro horas! —rugió éste—. Cuatro malditas horas sentados aquí, en el fin del mundo, ¡a la espera de que usted se decida! Le he dicho quién soy y se lo he demostrado. ¿Están en orden mis documentos?
—Desde luego, camarada, pero...
—¡No, no, *no*! —gritó Krakovitch—. No más peros; diga tan sólo sí o no. ¿Y están también en orden los documentos del camarada Gulhárov?
El aduanero ruso se movió incómodo a un lado y otro y encogió de nuevo los hombros.
—Sí.
Krakovitch se apoyó en el mostrador y acercó más la cara a la del otro.
—*¿Y* sabe que puedo hablar con el propio jefe del Partido? ¿Sabe que, si su maldito teléfono funcionara, estaría yo hablando ahora con el propio Brezhnev y que la semana próxima estaría usted en un puesto fronterizo de Manchuria?
—Si usted lo dice, camarada Krakovitch —suspiró el otro. Parecía buscar las palabras para empezar una frase con algo que no fuese «pero»—.

Desgraciadamente, también sé que el otro caballero que viaja en su coche *no* es ciudadano soviético, ¡y que sus documentos *no* están en regla! Si los dejase pasar sin la debida autorización, ¡la semana próxima podría estar haciendo de leñador en Omsk! Y no estoy hecho para eso, camarada.
—En todo caso, ¿qué maldita clase de puesto de control es éste? —Krakovitch estaba desesperado—. ¡Sin teléfono, sin luz eléctrica! Supongo que debemos dar gracias a Dios por tener retretes. Ahora escuche...
—Ya *he* escuchado, camarada —dijo el oficial, que al fin había recobrado su aplomo—, amenazas y palabras virulentas durante más de tres horas y media, pero...
—¿PERO? —Krakovitch no podía creer que esto le sucediese a él. Sacudió un puño—. ¡Idiota! He contado once coches y veintisiete camiones que han pasado en dirección a Kolomiia desde nuestra llegada. ¡Y su hombre ni siquiera ha pedido los documentos a la mitad de ellos!
—Porque los conocemos. Pasan con frecuencia por aquí. La mayoría viven en Kolomiia o sus alrededores. Ya se lo he explicado cien veces.
—¡Piense en *esto!* —gritó Krakovitch—. ¡Mañana tendrá que dar explicaciones a la KGB!
—Más amenazas. —El otro se encogió de hombros una vez más—. Uno acaba acostumbrándose!
—¡Una ineficacia total! —gruñó Krakovitch—. Hace tres horas dijo usted que el teléfono funcionaría dentro de pocos minutos. Y lo mismo dijo hace dos horas y hace una, y pronto será la una de la madrugada.
—Sé la hora que es, camarada. Hay una avería en el suministro de energía eléctrica. La están reparando. ¿Qué más puedo decir?
Se sentó en una silla tapizada detrás del mostrador.
Krakovitch casi saltó sobre aquél para agarrarlo.
—¡No se *atreva* a sentarse! ¡Al menos mientras yo esté en pie!
El otro se enjugó la frente, se levantó de nuevo, dispuesto a aguantar otra diatriba...
En el coche, Sergei Gulhárov rebullía inquieto, asomándose primero a una ventanilla y después a la otra. Carl Quint presentía problemas, dificultades, peligros. En realidad, había estado con los nervios de punta desde que se había separado de Kyle en el aeropuerto de Bucarest. Pero preocuparse no lo llevaría a ninguna parte y, además, estaba demasiado traqueteado para pensar en otras cosas. El hecho de no haber podido conducir, de haber tenido que permanecer sentado en su sitio, viendo desfilar el monótono paisaje, había aumentado su cansancio. Ahora tenía la impresión de que podría dormir una semana seguida, para lo cual este lugar era tan bueno como cualquier otro.
Gulhárov se fijaba ahora en algo fuera del coche. Permaneció inmóvil, pensativo. Quint miró a «Sergei el silencioso», como lo llamaban en privado Kyle y él. No tenía la culpa de no hablar inglés; aunque en realidad lo hablaba, pero muy poco y bastante mal. Respondió a la mirada de Quint, asintió con la cabeza peinada a cepillo y señaló a través de la portezuela abierta del automóvil.
—Mire —dijo, en voz baja.
Quint miró. Recortada sobre una lejana neblina de luz azul —las luces de Kolomiia, presumió Quint—, unos cables negros estaban suspendidos entre postes sobre el puesto fronterizo, con uno de ellos descendiendo hasta el propio edificio.
La conducción de energía eléctrica. Gulhárov se volvió y señaló hacia el oeste, donde el cable continuaba en dirección a Siret. A unos cien metros de distancia, el trozo de cable entre dos postes aparecía desprendido contra el horizonte nocturno.
Había sido cortado.
—Perdón —dijo Gulhárov.

Se apeó del coche, retrocedió a lo largo del andén central y desapareció en la oscuridad. Quint pensó en seguirlo, pero desistió.
Se sentía muy vulnerable y, fuera del coche, se sentiría todavía peor. Al menos, el interior del vehículo le era familiar. Volvió a prestar atención a los gritos de Krakovitch, que llegaban fuertes y claros a través de la noche, desde el puesto fronterizo. Quint no podía entender lo que decían, pero comprendió que alguien estaba pasando un mal rato...
—¡Bueno, basta de tonterías! —vociferó Krakovitch—. Ahora le diré lo que voy a hacer. Iré en el coche a la comisaría de policía de Siret y telefonearé a Moscú desde allí.
—Muy bien —dijo el oficial—. Y si Moscú manda por teléfono la autorización correcta, los dejaré pasar.
—¡Idiota! —gruñó Krakovitch—. Desde luego, usted vendrá conmigo a Siret, ¡donde recibirá instrucciones directas desde el Kremlin!
Cuánto le habría gustado al otro decirle que ya había recibido instrucciones de Moscú; pero..., se lo habían prohibido. Sacudió lentamente la cabeza.
—Lo lamento, camarada, pero no puedo abandonar mi puesto. Sería un delito grave. Ni usted ni nadie pueden obligarme a descuidar el servicio.
Krakovitch vio, por el rostro colorado del oficial, que había ido demasiado lejos. Ahora se mostraría más obstinado que nunca, incluso hasta el punto de una obstrucción deliberada.
Esta idea hizo que Krakovitch frunciese el entrecejo. ¿Y si todas estas dificultades hubiesen sido una «obstrucción deliberada» desde el principio? ¿Sería posible?
—Entonces, la solución es sencilla —dijo—. Supongo que Siret tendrá una comisaría de policía en servicio permanente... y con teléfonos que funcionen, ¿no?
El otro se mordió el labio.
—Desde luego —respondió al fin.
—Entonces telefonearé simplemente a Kolomiia y haré que envíen una unidad de la fuerza militar más próxima, antes de una hora. ¿Qué le parecerá, camarada, ser un ruso obligado a apartarse a un lado por un oficial del Ejército ruso, mientras mis amigos y yo somos escoltados a través de su estúpido y pequeño puesto fronterizo? ¿Y saber que mañana caerá toda la furia del infierno sobre usted, porque *habrá* sido el artífice de lo que habría podido ser un grave incidente internacional?
En aquel preciso instante, en el campo situado al oeste de la carretera y a poca distancia en dirección a Siret, Gulhárov se detuvo y levantó las dos mitades sueltas, macho y hembra, de una conexión eléctrica. Pegado al cable eléctrico, había otro mucho más fino, correspondiente a la línea telefónica. También había sido desconectado, pero era fácil de arreglar. Gulhárov conectó primero el cable del teléfono y, seguidamente, los elementos más pesados de la línea eléctrica. Se oyó un chasquido, centellearon unas chispas azules y...
Se encendieron las luces en el puesto fronterizo. Krakovitch, que se disponía a cumplir su amenaza, se detuvo en la puerta, se volvió y vio una expresión confusa en la cara del oficial.
—Supongo —dijo Krakovitch— que esto significa que su teléfono funcionará también, ¿eh?
—Yo... supongo que sí —dijo el otro.
Krakovitch volvió junto al mostrador.
—Lo cual quiere decir —prosiguió, en tono helado— que ahora podremos empezar a ir a alguna parte...
La una de la madrugada en Moscú. En el *château* Bronnitsy, a unos kilómetros fuera de la ciudad y en la carretera de Serpujov, Ivan Gerenko y Theo Dolgikh se hallaban detrás de una ventanilla ovalada de observación, con cristal sólo transparente desde su lado,

contemplando una escena, en la habitación contigua, que parecía tomada de una pesadilla de ciencia ficción.
Dentro del «teatro de operaciones», Alec Kyle yacía inconsciente, boca arriba, atado sobre una mesa acolchonada. Tenía la cabeza ligeramente levantada, gracias a un almohadón de goma, y un gran casco de acero inoxidable le cubría la cabeza y los ojos, dejando libres la boca y la nariz para respirar. Cientos de alambres finos como cabellos, protegidos por fundas multicolores de plástico, iban desde el casco hasta un ordenador, donde trabajaban frenéticamente tres operarios, siguiendo secuencias de pensamiento de principio a fin y borrándolas en el punto de resolución. Dentro del casco, habían sido fijados en el cráneo de Kyle muchos diminutos electrodos sensores; otros, junto con baterías de micromonitores, estaban sujetos con cinta adhesiva al pecho, las muñecas, el estómago y el cuello.
Sentados por parejas a ambos lados de Kyle, en sillones de acero inoxidable, había otros cuatro telépatas que garrapateaban en sendas libretas sobre las rodillas, apoyando ligeramente una mano cada uno en el cuerpo desnudo de Kyle.
A solas en un rincón de la estancia se hallaba Zek Föener, una maestra telépata que era el mejor elemento de la Organización E. Föener era una hermosa joven de unos veinticinco años, alemana oriental, reclutada por Gregor Borowitz durante sus últimos días como jefe de la organización. Ahora estaba sentada con los codos apoyados en las rodillas y una mano sobre la frente, inmóvil, entregada por entero a su trabajo de absorber los pensamientos de Kyle con tanta rapidez como eran estimulados y generados.
Dolgikh estaba embargado por una fascinación morbosa. Había llegado con Kyle al *château* a eso de las once de la mañana. Habían volado desde Bucarest, en un avión de transporte militar, hasta una base aérea de Smolensk, y luego llevados al *château* en el helicóptero de la Organización E. Todo se había realizado en el más absoluto secreto; la reserva de la KGB había sido hermética. Ni siquiera Brezhnev — *specialmente* Brezhnev— sabía lo que sucedía allí.
En el *château,* habían inyectado «suero de la verdad» a Kyle, no para soltarle la lengua, sino la mente, y desde entonces había estado inconsciente. Durante las últimas doce horas, con inyecciones de suero a intervalos regulares, había estado revelando todos los secretos de INTPES a los espías extrasensoriales soviéticos.
Pero Theo Dolgikh era un hombre muy vulgar. Su concepto de los interrogatorios, de la «averiguación de la verdad», era muy distinto de todo lo que veía allí.
—¿Qué le están haciendo, *exactamente*? ¿Cómo funciona eso, camarada? — preguntó.
Sin mirar a Dolgikh, siguiendo con sus ojos de color de avellana todos los movimientos en la habitación del otro lado del cristal, Gerenko respondió:
—Tú, por ser quien eres, tienes que haber oído hablar del lavado de cerebro, Theo. Pues bien, es lo que estamos haciendo: lavar el cerebro de Kyle. Y tan minuciosamente, que saldrá completamente blanco del lavado.
Ivan Gerenko era delgado y casi tan pequeño como un niño en estatura; pero su piel arrugada, sus ojos mortecinos y su tez cetrina eran los de un viejo, aunque sólo tenía treinta y siete años. Una extraña dolencia lo había atrofiado físicamente y había envejecido pronto. Una naturaleza contraria había compensado sus deficiencias otorgándole un «talento» suplementario. Era un «deflector».
Como Darcy Clarke en muchos aspectos, era el polo opuesto de la persona propensa a sufrir accidentes. Pero, si la facultad de Clarke evitaba el peligro, la de Gerenko lo desviaba. Por más que un golpe estuviese bien dirigido, no llegaba a alcanzarlo; el mango de un hacha se rompería antes de que la hoja tocase su carne. Su ventaja era enorme, inconmensurable: no temía nada y casi se burlaba del peligro físico. Y esto explicaba su actitud totalmente desdeñosa ante personas como Theo Dolgikh. ¿Por qué había de

mostrarles el menor respeto? Podía resultarles antipático, pero nunca podrían dañarlo. Nadie era capaz de producir un daño físico a Ivan Gerenko.
—¿Lavado de cerebro? —repitió Dolgikh—. Yo pensaba que era una clase de interrogatorio, ¿no?
—Las dos cosas. —Gerenko asintió con la cabeza, hablando más consigo mismo que respondiendo a Dolgikh—. Empleamos la ciencia, la psicología, la parapsicología. Las tres «T»: tecnología, terror, telepatía. La droga que hemos inyectado en su sangre estimula la memoria. Y hace que se sienta solo, absolutamente solo. Siente que no existe nadie más en todo el universo, ¡e incluso duda de su propia existencia! Quiere «hablar» de todas sus experiencias, de todo lo que hizo o vio o dijo jamás, porque de esta manera sabrá que es un ser real, que existe. Pero si tratase de hacerlo físicamente, a la velocidad con que funciona su mente, se deshidrataría con rapidez y se aniquilaría; sobre todo si estuviese despierto, consciente. Además, no nos interesa toda su información acumulada, no deseamos saberlo «todo». Su vida en general nos interesa poco, pero, desde luego, nos fascinan los detalles de su trabajo para INTPES.
Dolgikh sacudió, pasmado, la cabeza.
—¿Estáis robando sus pensamientos?
—¡Oh, sí! Es una idea que tomamos de Boris Dragosani. Él era un nigromante, ¡podía hurtar los pensamientos de los muertos! Nosotros sólo podemos hacerlo a los vivos, aunque, cuando acabamos, se pueden dar por muertos...
—Pero..., quiero decir, *¿cómo?*
El concepto no cabía en la cabeza de Dolgikh.
Gerenko lo miró; sólo una mirada, una contracción nerviosa de los ojos en su arrugado semblante.
—No puedo explicar «cómo», al menos a ti, sólo el qué. Cuando él toca un asunto baladí, todo el tema le es arrancado rápidamente.... y borrado. Con esto se ahorra tiempo. Pero cuando el asunto nos interesa, los telépatas absorben el contenido de su mente lo mejor que pueden. Si lo que aprenden es difícil de recordar o de comprender lo escriben, toman una nota que podrá ser estudiada más tarde. Y en cuanto se ha agotado esta línea de investigación, el tema es borrado también.
Dolgikh había captado la mayor parte de esto, pero ahora su interés se centraba en Zek Föener.
—Esa muchacha es muy hermosa. —Su expresión era francamente lasciva—.
Debería ser *ella* la sometida a interrogatorio. A mi clase de interrogatorio, desde luego.
Rió groseramente entre dientes.
En aquel mismo instante, la joven levantó la mirada. Sus brillantes ojos azules resplandecieron de cólera. Miró directamente hacia el cristal, como si...
—¡Oh! —dijo Dolgikh, con voz entrecortada—. ¡Es imposible! ¡Nos mira a través del cristal!
—No. —Gerenko sacudió la cabeza—. *Piensa* a través del cristal..., en ti, si no estoy equivocado.
Föener se levantó, se dirigió con determinación a una puerta lateral, salió de la habitación y apareció en el pasillo de suelo de caucho donde se hallaban los dos observadores. Se encaminó directamente a ellos, miró una vez a Dolgikh, mostrando los blancos y perfectos y afilados dientes, y se volvió a Gerenko.
—Iván, llévate a ese... a ese mono de aquí. Está dentro de mi radio de acción, ¡y su mente es como una cloaca!
—Desde luego, querida. —Gerenko sonrió y asintió con la arrugada y morena cabeza. Se volvió y asió de un codo a Dolgikh—. Vamos, Theo.
Dolgikh se soltó y miró ceñudo a la joven.

—No te muerdes la lengua para insultar.
—Hay que hacerlo así —dijo brevemente ella—. Cara a cara y sin remilgos. En cambio, *tus* insultos se arrastran como gusanos, ¡y los retienes en el cieno que hay en tu cabeza! —Se volvió a Gerenko y añadió—: No puedo trabajar con él aquí.
Gerenko miró a Dolgikh.
—¿Y bien?
La expresión de Dolgikh era fea, pero se fue calmando poco a poco y se encogió de hombros.
—Bueno, te pido disculpas, *fraulein* Föener. —Evitó deliberadamente el empleo del tratamiento acostumbrado de «camarada», y cuando la miró de arriba abajo por última vez, también esto fue deliberado—. Es que siempre había considerado privados mis pensamientos. Y en todo caso, sólo soy humano.
—¡Apenas! —replicó ella, y volvió enseguida a su trabajo.
Mientras Dolgikh seguía a Gerenko al despacho de éste, el segundo en el mando de la Organización E dijo:
—Ésa tiene la mente muy afinada, muy equilibrada. Debemos tener cuidado de no turbarla. Por muy desagradable que te parezca, Theo, no olvides nunca que cualquiera de los espías extrasensoriales de aquí vale diez como tú.
Dolgikh tenía su orgullo.
—¿Ah, sí? —gruñó—. Entonces, ¿por qué no te dijo Andropov que enviases a uno de ellos a Italia? Tal vez tú mismo, ¿eh, camarada?
Gerenko le dedicó una débil sonrisa.
—La fuerza tiene sus ventajas, en ocasiones. Por eso fuiste tú el enviado a Génova, y por eso estás aquí ahora. Espero que muy pronto tendrás más trabajo. Y trabajo de tu gusto. Pero ten cuidado, Theo: hasta ahora lo has hecho muy bien; no lo eches a perder. Nuestro mutuo... ¿diremos *superior*?, estará muy contento de ti; pero *no* lo estaría en absoluto si supiese que has tratado de imponer tu materia sobre nuestra mente. Aquí, en el *château* Bronnitsy, rige el orden contrario: ¡la mente sobre la materia!
Subieron la escalera de caracol de una de las torres del *château*, y llegaron al despacho de Gerenko. Antes había pertenecido a Gregor Borowitz, y ahora era el puesto de control de Félix Krakovitch; pero Krakovitch estaba temporalmente ausente y tanto Iván Gerenko como Yuri Andropov pretendían que su ausencia se hiciese permanente. Esto también intrigaba a Dolgikh.
—En mis buenos tiempos —dijo, mientras se sentaba delante de la mesa de Gerenko— estuve muy cerca del camarada Andropov, o todo lo cerca que podía estar un hombre. Lo he visto ascender; podrías decir que he seguido su estrella en auge. Que yo sepa, ha existido, desde los primeros días de la Organización E, una fricción entre la KGB y vuestros extrasensoriales. Sin embargo ahora, contigo, las cosas están cambiando. ¿Por qué se lleva Andropov tan bien contigo?
La sonrisa de Gerenko fue la de una comadreja.
—No es que se lleve bien conmigo —respondió—. Pero tiene algo *para* mí.
Mira, yo he sido estafado, Theo. La Naturaleza se ensañó conmigo. Yo quisiera ser un hombre de proporciones atléticas..., tal vez un hombre como tú. Pero estoy encerrado en este débil cascarón. No intereso a las mujeres, y los hombres, aunque no pueden hacerme daño, me consideran un fenómeno. Sólo mi mente tiene valor y mi facultad. La primera le ha sido útil a Félix Krakovitch, pues he descargado de sus hombros grandes pesos de la organización. Y la segunda es objeto de intenso estudio por parte de los parapsicólogos de aquí, todos los cuales quisieran tener...
¿diremos mi ángel de la guarda? ¡Y es que un ejército de hombres con mi facultad sería invulnerable!

»Ya ves lo importante que soy. Y sin embargo, ¿qué soy, sino un hombrecillo raquítico, cuya esperanza de vida debe ser forzosamente breve? Por eso, mientras viva, quiero tener poder. Quiero ser grande, aunque sea por poco tiempo. Y como éste será corto, lo quiero ahora.
—Y si Krakovitch desaparece, serás el jefe aquí —dijo Dolgikh, asintiendo con la cabeza.
Gerenko esbozó una de sus débiles sonrisas.
—Esto para empezar. Pero entonces vendrá la fusión de la Organización E y la KGB. Desde luego, Brezhnez se opondría a ello, pero, ¡ay!, el jefe del Partido se está convirtiendo rápidamente en un cretino malhumorado. No puede durar mucho.
Y Andropov, como *es* fuerte, tiene muchos enemigos. ¿Cuánto crees que va a durar? Lo cual quiere decir que, en definitiva, es posiblemente incluso probable...
—¡Tú lo tendrás todo! —Dolgikh pudo ver la lógica del razonamiento—. Pero entonces, seguro que te habrás hecho enemigos. Los líderes siempre se elevan pisando los cuerpos de otros líderes, muertos.
—¡Oh! —La sonrisa de Gerenko era taimada, fría y no del todo cuerda—. Pero esta vez será diferente. ¿Qué me importan los enemigos? ¡Palos y piedras *no* romperán mis huesos! Y los eliminaré, de uno en uno, hasta que dejen de existir. Y moriré pequeño y arrugado, pero también grande y muy poderoso. Por consiguiente, hagas lo que hagas, Theo Dolgikh, asegúrate de ser amigo mío, no mi enemigo...
Dolgikh no dijo nada por el momento; reflexionó en cambio sobre todo lo que Gerenko había dicho. ¡Ese hombre era evidentemente un megalómano! En un alarde de prudencia, Dolgikh cambió de tema.
—Has dicho que probablemente habría más trabajo para mí. ¿Qué clase de trabajo?
—En cuanto estemos seguros de saber todo lo que deseamos aprender de Alec Kyle, Krakovitch, Gulhárov y el otro agente británico, Quint, ya no servirán de nada. Ahora, cuando Krakovitch quiere que se haga algo, me lo dices y yo transmito su petición a Brezhnev. No directamente, sino a través de uno de sus hombres, un simple lacayo, pero un lacayo poderoso. El jefe del Partido está entusiasmado con la Organización E, y por eso Krakovitch suele obtener todo lo que quiere. Por ejemplo, ¡esta inaudita combinación entre agentes británicos y soviéticos!
»Pero, desde luego, yo trabajo también para Andropov. Éste sabe todo lo que ocurre. Y ya me ha dicho que, cuando llegue la hora, tú serás la herramienta que arrojaré en la maquinaria de Krakovitch. La Organización E fue ruidosamente derrotada, casi destruida, en una ocasión, por INTPES. Brezhnev, y también Andropov, quieren saber cómo y por qué. Teníamos un arma poderosa en Boris Dragosani, pero ellos tenían otra más poderosa, en un joven llamado Harry Keogh.
¿Qué le dio su poder? ¿Cuáles *eran* sus poderes? Y ahora sabemos que, con la ayuda de INTPES, Krakovitch ha destruido algo en Rumania. He estudiado el historial de Krakovitch y creo saber lo que ha destruido: ¡la cosa que dio a Dragosani *su* poder! Krakovitch lo considera un gran mal, pero yo sólo veo en ello otro instrumento. Un arma poderosa. Por esto tienen los británicos tanto empeño en ayudar a Krakovitch: ¡el muy imbécil está destruyendo de modo sistemático un posible camino para la futura supremacía soviética!
—Entonces, ¿es un traidor?
Dolgikh entrecerró los ojos. La Unión Soviética lo era todo para él. Cabía esperar luchas por el poder dentro de la estructura, pero una traición de esta clase era otra cosa.
—No. —Gerenko sacudió la cabeza—. Sólo es tonto. Y ahora escucha. En este preciso instante, Krakovitch, Gulhárov y Quint se encuentran atascados en un puesto de control de la frontera moldava. Yo lo organicé, a través de Andropov. Sé adonde quieren ir y, muy pronto, te enviaré allí para que te ocupes de ellos. El momento exacto depende de lo que

podamos sacarle a Kyle. Pero, en todo caso, debemos impedir que sigan causando más daño. Lo cual quiere decir que el tiempo es esencial; no pueden quedarse allí una eternidad, y pronto habrá que autorizarlos para que prosigan. Además, saben dónde se encuentra lo que están buscando, y nosotros no lo sabemos. Todavía. Mañana por la mañana estarás tú allí para seguirlos hasta su destino, hasta su último punto de destino. Al menos, así lo espero...

Dolgikh frunció el entrecejo.

—Dices que han destruido algo. Y que volverán a hacerlo. ¿Qué clase de «algo»?

—Si hubieses llegado a tiempo para seguirlos hasta los montes rumanos, probablemente lo habrías visto con tus ojos. Pero no te preocupes por eso. Bastará con que esta vez no se salgan con la suya.

Cuando acabó de hablar, sonó el teléfono. Gerenko se lo llevó al oído, y su expresión se volvió inmediatamente cautelosa, alerta.

—¡Camarada Krakovitch! —dijo—. Empezaba a inquietarme por usted.

Esperaba tener noticias más pronto. ¿Está en Chernovtsi?

Dirigió una mirada significativa a Dolgikh por encima de la mesa.

Incluso desde donde se hallaba, Dolgikh pudo oír la irritación y la estridencia de la voz lejana de Krakovitch. Gerenko empezó a pestañear rápidamente, y un tic nervioso contrajo una comisura de sus labios.

Por último, cuando Krakovitch hubo terminado, dijo:

—Escuche, camarada. Olvídese de ese estúpido guardia de frontera. No vale la pena que se enfade con él. Quédese donde está y, dentro de unos minutos, enviaremos por teléfono la autorización. Pero primero déjeme hablar con ese idiota.

Esperó un momento, hasta que oyó la voz ligeramente trémula, inquisitiva del oficial de frontera, y entonces dijo, sin levantar la suya:

—Escuche. ¿Reconoce mi voz? Bien. Aproximadamente dentro de diez minutos, telefonearé de nuevo y le diré que soy el comisario de Control de Fronteras, de Moscú. Asegúrese de ser usted quien conteste al teléfono y de que nadie pueda escuchar. Le ordenaré que deje pasar al camarada Krakovitch y a sus amigos, y usted lo hará. ¿Entendido?

—¡Oh, sí, camarada!

—Si Krakovitch le pregunta qué le he dicho ahora, dígale que le he echado un rapapolvo y lo he llamado estúpido.

—Sí, camarada; desde luego.

—¡Bien! —Gerenko colgó el teléfono. Se volvió a Dolgikh—. Como te he dicho, no podía retenerlos allí eternamente. Este asunto se está volviendo engorroso, molesto. Pero, aunque pasen y entren en Chernovtsi, nada podrán hacer esta noche. Y mañana estarás tú allí para impedírselo.

Dolgikh asintió con la cabeza.

—¿Tienes que hacerme alguna sugerencia?

—¿Sobre qué?

—Sobre la manera de hacerlo. Si Krakovitch es un traidor, me parece que la manera más fácil de solucionar el asunto sería...

—¡No! —lo interrumpió Gerenko—. Seria difícil de demostrar. Y tiene influencia cerca del jefe del Partido, ¿no te acuerdas? No debemos exponernos a que nos interroguen en este asunto. —Tamborileó en la mesa con un dedo y reflexionó un momento sobre el problema—. ¡Ah! Creo que ya lo tengo. He dicho que Krakovitch es tonto; dejemos que aparezca como tal. ¡Hagamos que Carl Quint sea el culpable! Arregla las cosas de manera que se lo pueda acusar. Que parezca que los espías británicos vinieron a Rusia para descubrir lo que pudiesen sobre la Organización E y matar a su jefe. ¿Por qué no? Ya

perjudicaron a la organización con anterioridad, ¿no? Pero en esta ocasión, Quint fallará y será víctima de su propia estrategia.
—¡Bravo! —dijo Dolgikh—. Estoy seguro de que se me ocurrirá algo de acuerdo con este plan. Y desde luego, yo seré el único testigo.
Sonaron unas pisadas ligeras y Zek Föener apareció en el umbral de la puerta del despacho. Miró con frialdad a Dolgikh y se dirigió a Gerenko:
—Kyle es una mina de oro; al menos, en lo que tiene de cuerdo. Lo sabe todo, y lo vierte a raudales. Incluso sabe muchas... demasiadas cosas sobre nosotros.
Cosas que *yo* no sabía. Cosas fantásticas...
De pronto pareció cansada. Gerenko preguntó:
—¿Cosas fantásticas? Había presumido que lo serían. ¿Es por eso que crees que en parte está loco? ¿Que su mente le esta haciendo jugarretas? Pues no es así, puedes creerme. ¿Sabes lo que destruyeron en Rumania?
Ella contestó afirmativamente.
—Sí, pero..., es difícil de creer. Yo...
Gerenko levantó una mano admonitoria. Ella comprendió la advertencia. Theo Dolgikh no tenía que saberlo. Como la mayoría de los otros que operaban en el *château*, Föener odiaba la KGB. Asintió con la cabeza y guardó silencio.
Gerenko habló de nuevo.
—¿Es la misma clase de cosa que yace oculta en las montañas de más allá de Chernovtsi?
Ella afirmó de nuevo con la cabeza.
—Muy bien. —Gerenko sonrió, sin emoción—. Y ahora, querida, debes volver a tu trabajo. Dale una prioridad total.
—Desde luego —dijo ella—. Sólo he salido mientras lo drogaban de nuevo. Y porque necesitaba descansar de... —Sacudió, aturdida, la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos, brillando en ellos el extraño conocimiento que acababa de adquirir—:
Camarada, esto es completamente...
Gerenko levantó nuevamente su mano infantil a modo de aviso.
—Lo sé.
Ella asintió, se volvió y se marchó, un poco inseguras las pisadas sobre los descendentes peldaños de piedra.
—¿Qué significa todo esto?
Dolgikh estaba confuso.
—Ha sido el certificado de defunción de Krakovitch, Gulhárov y Quint — respondió Gerenko—. En realidad, Quint era el único que habría podido sernos útil; pero ya no lo es. Ahora puedes ponerte en camino. ¿Está preparado el helicóptero de la organización?
Dolgikh asintió. Iba a levantarse, pero frunció el entrecejo y dijo:
—Dime primero qué será de Kyle cuando hayáis terminado con él. Quiero decir que yo me encargaré de aquel par de traidores y del agente británico, pero ¿y Kyle? ¿Qué será de él?
Gerenko arqueó las cejas.
—Creí que esto era evidente. Cuando tengamos lo que queremos, todo lo que queremos, lo depositaremos en la zona británica de Berlín. Allí, simplemente morirá, y los mejores médicos no sabrán la causa de su muerte.
—Pero ¿por qué morirá? ¿Y qué me dices de la droga que le están inyectando?
Sin duda sus médicos encontrarán rastros de ella.
—No deja rastro —respondió Gerenko—. Desaparece por completo en pocas horas. Por eso tenemos que inyectarla de forma continua. Nuestros amigos búlgaros son muy listos. Kyle no es el primero a quien hemos exprimido de esta manera, y el resultado ha sido siempre el mismo. En cuanto a por qué va a morir, la vida no tendrá ya ningún incentivo para él. Como un vegetal, no conservará conocimientos o instintos suficientes para mover

siquiera el cuerpo. No tendrá el menor control. Sus órganos vitales no funcionarán. Puede que sobreviva un poco por medios artificiales, pero...
Y se encogió de hombros.
—La muerte del cerebro —dijo Dolgikh, haciendo una mueca.
—Lo has dicho en pocas palabras. —Gerenko aplaudió sin emoción con sus manos de niño—. ¡Bravo! Porque, ¿acaso no está muerto un cerebro enteramente vacío? Y ahora, si me disculpas, tengo que llamar por teléfono.
Dolgikh se levantó.
—Partiré enseguida —dijo, pensando con ilusión en la tarea que le había sido confiada.
—Theo —dijo Gerenko—, Krakovitch y sus amigos tienen que morir deprisa.
No pierdas tiempo en ello. Y otra cosa: no sientas demasiada curiosidad por lo que están tratando de hacer en la montaña. No te interesa. Y puedes creerme si te digo que demasiada curiosidad podría ser muy, ¡muy peligrosa!
Dolgikh no tuvo más remedio que asentir. Después giró sobre sus talones y salió de la habitación.
Cuando su coche salió del puesto fronterizo en dirección a Chernovtsi, Quint esperó que Krakovitch siguiese despotricando. Pero no lo hizo. En lugar de ello, el jefe de la Organización E soviética permaneció callado y pensativo, y todavía más cuando Gulhárov le hubo informado del cable desconectado.
—Hay varias cosas aquí que no me gustan —dijo Krakovitch a Quint al cabo de un rato—. Al principio pensé que aquel gordo era simplemente estúpido, pero ahora ya no estoy tan seguro. Y esta cuestión de la electricidad... Todo es muy raro. Sergei encuentra y repara algo que ellos no habían observado... y lo hace en un momento y sin dificultad. Esto parece indicar que nuestro gordo amigo del puesto fronterizo no es sólo estúpido, ¡sino también incompetente!
—¿Cree que nos entretuvieron allí de forma deliberada?
Quint sintió que algo misterioso y opresivo lo envolvía, como un peso real sobre la cabeza y los hombros.
—Esa llamada telefónica que recibió él hace un momento —murmuró Krakovitch—, del comisario de Control de Fronteras en Moscú... ¡Nunca había oído hablar de él! Pero supongo que debe de existir. ¿*O* tal vez no? ¿Un solo comisario, controlando los miles de puestos fronterizos de la Unión Soviética? Bueno, supongo que existe. Lo cual quiere decir que Iván Gerenko se puso al habla con él en mitad de la noche, y que él llamó entonces personalmente a ese oficialillo gordo en su estúpida barraca de control... ¡y todo en diez minutos!
—¿Quién sabía que pasaríamos por aquí esta noche? —preguntó Quint, yendo como de costumbre al meollo del asunto.
—¿Eh? —Krakovitch se rascó detrás de la oreja—. Nosotros, naturalmente, y...
—Y mi segundo en el mando en el *château* Bronnitsy, Iván Gerenko, Krakovitch se volvió a Quint y lo miró fijo.
—Entonces, aunque no quisiera decirlo —repuso Quint—, si *está* ocurriendo algo raro, Gerenko tiene que ser su hombre.
Krakovitch lanzó un gruñido de incredulidad.
—Pero ¿por qué? ¿Por qué razón?
Quint se encogió de hombros.
—Usted debe de conocerlo mejor que yo. ¿Es ambicioso? ¿Puede haber sido seducido... y por quién? Pero recuerde el contratiempo que tuvimos en Génova.
¿No le sorprendió que lo estuviese siguiendo la KGB? Usted lo explicó diciendo que lo tenían probablemente bajo constante vigilancia..., hasta que pusiéramos fin a esto. Pero

supongamos que hay un enemigo en su bando. ¿Sabía Gerenko que iba a reunirse con nosotros en Italia?
—Aparte del propio Brezhnev, a través de un intermediario de toda confianza, Gerenko era el *único* que lo sabía —respondió Krakovitch.
Quint no dijo nada; se encogió nuevamente de hombros y arqueó una ceja.
—Estoy pensando —dijo lentamente Krakovitch— que, de ahora en adelante, no diré a nadie lo que me propongo hacer, hasta que lo haya hecho. —Miró a Quint, vio su cara ceñuda—. ¿Hay algo más?
Quint apretó los labios.
—Digamos que el tal Gerenko es un topo, un espía en su organización.
¿Acierto al pensar que sólo puede estar trabajando para la KGB?
—Para Andropov, sí. Casi con toda seguridad.
—Entonces, Gerenko debe de pensar que es usted un imbécil total.
—¿Eh? ¿Por qué dice esto? En realidad, Gerenko cree que la mayoría de los hombres son tontos. No teme a nadie; por eso puede permitirse pensar de esa manera. Pero, ¿yo? No; creo que soy uno de los pocos hombres a quien respeta... o a quien solía respetar.
—A quien solía respetar —afirmó Quint—. Pero ya no. Sin duda debe de saber que usted lo descubrirá todo, si tiene tiempo de hacerlo. Theo Dolgikh, en Génova, y ahora este follón en la frontera rumano-soviética. A menos que él mismo sea idiota, Gerenko estará preparado para echársele encima en cuanto esté usted de vuelta en Moscú.
Sergei Gulhárov había conseguido comprender la mayor parte de la conversación. Ahora habló rápidamente en ruso a Krakovitch.
—*¡Oh!* —Krakovitch sacudió los hombros, al reír sin pizca de humor. Guardó silencio durante un momento y después dijo—: Tal vez Sergei es más listo que todos nosotros. Y si lo es, nos hallaremos en apuros.
—¿Eh? —dijo Quint—. ¿Qué ha dicho Sergei?
—Ha dicho que tal vez cree el camarada Gerenko que ahora puede ser un poco descuidado. ¡Quizá no espera verme de nuevo en Moscú! En cuanto a usted, Carl, acabamos de cruzar la frontera y se encuentra en Rusia.
—Lo sé —respondió Quint a media voz—. Y debo decir que no me encuentro exactamente como en casa.
—Aunque parezca extraño, ¡tampoco yo! —dijo Krakovitch.
No dijeron nada más hasta llegar a Chernovtsi...

Capítulo 15

De regreso en Londres, en la sede de INTPES, Guy Roberts y Kent Layard habían seguido la pista de Alec Kyle, Carl Quint y Yulian Bodescu. El equipo con base en Devon había viajado en tren hasta la capital, dejando a Ben Trask en el hospital de Torquay. Habían aprovechado el viaje para dormir un poco y llegado a su cuartel general momentos antes de la medianoche. Layard había casi «localizado» a los tres personajes en cuestión, y Roberts había tratado de determinar sus paraderos con un poco más de exactitud. Por lo visto, la desesperación había aguzado sus facultades, y la familiaridad del medio los había ayudado a obtener resultados... hasta cierto punto.
Ahora iba a informar Roberts, en presencia de Layard, John Griev, Harvey Newton, Trevor Jordan y otros tres que eran miembros permanentes del personal del cuartel general. Roberts tenía los ojos enrojecidos, no se había afeitado y le picaba todo el cuerpo; su aliento apestaba a los cigarrillos fumados en cadena. Miró alrededor de la mesa, saludó con la cabeza a cada uno de los presentes y fue directamente a grano.
—Nos han dado una paliza —dijo, con flema desacostumbrada en él—. Kyle y Quint han quedado aislados, tal vez de modo permanente; Trask está un poco malparado; Darcy Clarke se fue al norte, y... perdimos al pobre Simon Gower. ¿Y cuál ha sido el resultado de

nuestra excursión? Nuestra misión sigue siendo igualmente difícil, ¡y no menos importante! Sí, y tenemos menos hombres para realizarla. Por cierto, ahora nos convendría la ayuda de Harry Keogh; pero era Alec Kyle su principal enlace. Y Alec no está aquí. Y además del peligro que *sabemos* que existe, ya que anda suelto, hay un segundo problema que podría ser igualmente grave. Y es que los agentes de la Organización E soviética tienen a Kyle en el *château* Bronnitsy.

Esto era una novedad para todos, salvo para Layard. Apretaron los labios y sus corazones latieron más de prisa. Kent Layard tomó la palabra.

—Estamos bastante seguros de que se encuentra allí —dijo—. Yo lo localicé..., según creo..., pero con grandes dificultades. Tienen allí especialistas que lo bloquean todo, y que están más concentrados que nunca. ¡El lugar es un miasma mental!

—Cierto —dijo Roberts—. Yo traté con toda precisión de obtener una imagen de él, y fracasé. Sólo percibí una niebla mental; lo cual no es buena señal para Alec. Si su estancia allí fuese normal, no tendrían nada que ocultar. Además, se presume que no está allí. Mi impresión es que le están extrayendo todo lo que sabe. Y todo lo que sabemos nosotros. Si muestro sangre fría en esto, es sólo para ganar tiempo, podéis creerlo.

—¿Y qué hay de Carl Quint? —preguntó John Grieve—. ¿Cómo le va?

—Carl está donde debía estar —dijo Layard—. Si no me equivoco, en un lugar llamado Chernovtsi, al pie de los Cárpatos. Si está o no por su propia voluntad, es otra cuestión.

—Nosotros creemos que está voluntariamente —añadió Roberts—. He conseguido alcanzarlo y verlo, aunque brevemente, y *creo* que está con Krakovitch.

Lo cual sólo sirve para confundir aún más las cosas. Si Krakovitch obra con rectitud, ¿por qué está Kyle en dificultades?

—¿Y Bodescu? —preguntó Newton, que sentía ansias de una *vendetta* personal con el vampiro.

—Aquel bastardo se dirige al norte —respondió gravemente Roberts—. Podría ser una coincidencia, pero nosotros no lo creemos. En definitiva, opinamos que va detrás del hijo de Keogh. Lo sabe todo, conoce la fuerza impulsora que hay detrás de nuestras organización. Bodescu ha sufrido un revés, y ahora quiere contraatacar. La única mente en todo el mundo que es una autoridad sobre vampiros, y en particular sobre Yulian Bodescu, está en aquel niño. Éste ha de ser su objetivo.

—No sabemos cómo viaja —dijo Layard—. ¿En transportes públicos? Podría ser. ¡Incluso podría estar haciendo autostop! Pero lo cierto es que no tiene prisa. Se lo toma con calma, deja pasar el tiempo. Ha entrado en Birmingham hace una hora y, desde entonces, no se ha movido. Creemos que se habrá detenido allí para pasar la noche. Pero es la misma historia de siempre: exuda miasmas mentales. Parece que andemos a tientas en el centro de una ciénaga brumosa. No se lo puede localizar con exactitud, pero sabemos que hay un cocodrilo oculto en alguna parte.

De momento, la ciénaga está en Birmingham...

—Pero, ¿tenemos algún plan? —Jordán no podía soportar la inactividad—.

Quiero decir, ¿vamos a hacer algo? ¿O nos quedaremos sentados aquí sin hacer nada, mientras todo se va el infierno?

—Hay trabajo para todos —dijo Roberts, levantando una manaza autoritaria— En primer lugar, necesito un voluntario para ir a ayudar a Darcy Clarke en Hartlepool. Además de un par de hombres de la Brigada Especial, buena gente pero que no sabe de qué va la cosa. Darcy tiene que apañarse solo. Lo ideal sería enviarle un observador, pero ahora no tenemos ninguno. Por ende, tendrá que ser un telépata.

Dirigió una mirada significativa a Jordan. Pero Harvey Newton se levantó primero y dijo:

—¡Yo! Le debo esto a Bodescu. La última vez me engañó, pero no volverá a hacerlo.

Jordan se encogió de hombros y nadie formuló ninguna objeción. Roberts lo aprobó.

—Muy bien, ¡pero has de estar alerta! Vete ahora, en coche. Las carreteras estarán vacías y podrás ir a todo gas. Según como vayan aquí las cosas, es probable que me reúna mañana contigo.
Era todo lo que quería Newton. Se levantó, saludó a todos en general y se puso en marcha.
—Lleva una ballesta —le gritó Roberts—, y la próxima vez que dispares tu saeta, ¡asegúrate de dar en el blanco!
—¿Qué he de hacer yo? —preguntó Jordan.
—Trabajarás con Mike Carson —le dijo Roberts—. Y conmigo y Layard.
Trataremos de localizar de nuevo a Quint, y vosotros, los telépatas, procuraréis enviarle un mensaje. Es un tiro a larga distancia, pero Quint es psíquicamente muy sensible y puede que os capte. Vuestro mensaje será sencillo: si le es posible, tiene que ponerse al habla con nosotros. Si podemos hablar con él por teléfono, quizá podremos saber algo acerca de Kyle. Y si él no sabe nada de Kyle..., bueno, esto responderá por sí solo a una pregunta. También, si logramos comunicar con él, sería buena idea decirle que se largue de allí, ¡si puede y mientras pueda! Así pues, nosotros cuatro ya tenemos trabajo para la noche. —Miró alrededor de la mesa—.
Los demás podéis aplicaros en cuidar como es debido este lugar antes de que se vaya al garete. Todo el mundo estará en guardia a partir de ahora. ¿Alguna pregunta?
—¿Somos los únicos que estamos metidos en esto? —preguntó John Grieve—.
Quiero decir si el público y las autoridades lo ignoran todavía.
—Completamente. ¿Qué podríamos decirles? ¿Que estamos persiguiendo a un vampiro desde Devon hasta West Hartlepool? Mira, ni siquiera las personas que nos subvencionan y *saben* que existimos creen totalmente en nosotros. ¿Cómo piensas que reaccionarían ante cosas tales como Yulian Bodescu? Y en cuanto a Harry Keogh, naturalmente, el público no sabe nada de él.
—Pero con una excepción —dijo Layard—. Nosotros hemos avisado a la policía que un loco asesino anda suelto por ahí, un asesino con las señas de Bodescu, desde luego. Les hemos dicho que se dirige hacia el norte, posiblemente en dirección a la zona de Hartlepool. Les hemos advertido que, si lo descubren, no tienen que detenerlo, sino ponerse primero al habla con nosotros y después con los muchachos de la Brigada Especial que están allá arriba. Si Bodescu se acerca más a su objetivo, seremos más concretos. Esto es cuanto nos atrevemos a hacer por ahora.
Roberts los miró de uno en uno.
—¿Alguna pregunta más? —dijo.
No hubo ninguna...
Las tres y media de la madrugada en el pequeño pero inmaculado ático de Brenda Keogh, con vistas a la calle mayor de la población y, al otro lado de aquélla, a un viejo, muy viejo cementerio. El pequeño Harry dormía en su cuna y tenía sueños infantiles, y la mente de su padre dormía con él, agotada en una lucha que ahora sabía que no tenía esperanzas de ganar. El niño se había apoderado de él, así de sencillo. Harry era el sexto sentido del pequeño.
En las horas tempranas de la brumosa mañana, con la aurora todavía lejos, una niebla más espesa se formaba en las amodorradas mentes, y al arremolinarse y refluir en subconscientes cavernas oníricas causaba horror. Desde ninguna parte, dedos telepáticos se alargaban, sondeaban, descubrían...
¡Ahhh!, dijo la gangosa y turbia voz mental a las dos mentes de Harry. *¿Eres tú, Haarryyy? Sí, ¡ya veo que sí! Bueno, voy a buscarte, Haarrryyy..., ¡Voy... ha...*
cia.. ti...!
El grito de terror del pequeño arrancó a su madre de la cama, como si fuese la mano de algún gigante cruel. Ella se dirigió tambaleante a la pequeña habitación, sacudiéndose para

acabar de despertar al entrar y acercarse a su hijo. Y cuando lo tomó ella en brazos, él lloró, lloró, *lloró* como nunca lo había oído llorar hasta entonces. Pero no estaba mojado, ni se había clavado ningún alfiler. ¿Tendría hambre? No, tampoco era eso.
Brenda lo meció en sus brazos, pero el llanto continuó, con los ojos desorbitados y llenos de miedo. ¿Tal vez un sueño?
—Eres demasiado pequeño, Harry —le dijo, besando la acalorada cabecita—.
Demasiado pequeño y dulce y tierno para tener malos sueños. No ha sido más que eso, pequeñín, una pesadilla.
Lo llevó a su propia cama, pensando: «Sí, ¡y yo debo de haber estado soñando también!». Debía de ser así, pues el grito que la había despertado no había sonado como el de un niño pequeño, sino como el de un hombre aterrorizado...
Eran las tres y media en Londres, donde Guy Roberts y Ken Layard, ayudados por los telépatas Trevor Jordan y Mike Carson, habían pasado los últimos noventa minutos tratando de «comunicar» con Carl Quint sin ningún éxito perceptible.
Estaban trabajando en la habitación privada de Layard, una oficina o estudio montado exclusivamente para él. Los estantes de las paredes estaban llenos de planos y mapas de todo el mundo, sin los cuales el trabajo de Layard para INTPES habría sido casi imposible. El mapa que había estado desplegado sobre su mesa durante las últimas dos horas era una fotografía aérea de la frontera rusa moldava, con Chernovtsi marcada con un círculo rojo.
El aire era azul y acre, a causa de los cigarrillos que Roberts fumaba uno tras otro, y en un rincón silbaba el vapor de una cafetera eléctrica. Carson estaba preparando otra taza de café.
—Estoy hecho polvo —confesó Roberts, mientras aplastaba un cigarrillo a medio fumar y encendía otro—. Nos tomaremos un respiro, buscaremos un lugar tranquilo y trataremos de echar cabezadas. Volveremos a empezar dentro de una hora. —Se levantó, se estiró y dijo a Carson—: No prepares café para mí, Mike. Con un vicio es suficiente, gracias.
Trevor Jordan apartó su silla de la mesa, se acercó a la pequeña ventana de la habitación y la abrió de par en par. Se sentó en un sillón junto a ella y asomó la cabeza a la noche.
Layard bostezó, enrolló el mapa y lo guardó en un estante que había detrás de él. Al hacerlo, descubrió el gran mapa de Inglaterra, a escala de 1:625.000, en el que antes habían estado trabajando. A seis kilómetros por centímetro, cubría toda la mesa. Lo miró, se fijó en la mancha gris de Birmingham y dejó que su mente tocase aquella ciudad dormida, y...
—¡Guy!
El murmullo de Layard detuvo a Roberts a medio camino de la puerta. Éste miró hacia atrás.
—¿Eh?
Layard se puso rígido, se levantó y se inclinó sobre el mapa. Buscó frenéticamente con los ojos y se lamió los labios de pronto secos.
—Guy —repitió—, creíamos que pasaría la noche allí, ¡pero no lo hace! ¡Se ha puesto de nuevo en movimiento y me parece que hace una hora y media que emprendió la marcha!
—¿Qué diablos...? —La mente cansada de Roberts había captado a duras penas lo que le decía el otro. Volvió hacia la mesa, y Jordan lo imitó—. ¿De qué estás hablando? ¿De Bodescu?
—Sí —dijo Layar—, de ese maldito monstruo, ¡de Bodescu! ¡Se ha marchado de Birmingham!
Pálido como la muerte, Roberts se dejó caer de nuevo en su silla. Puso su mano carnosa sobre Birmingham, en el mapa, cerró los ojos y concentró la mente.
Pero fue inútil: no había nada; ninguna niebla mental, ni la menor sugerencia de que el vampiro pudiese estar allí.
—¡Oh, *Jesús*! —susurró Roberts, con los dientes apretados.

Jordan miró a Carson, que estaba en el otro lado de la habitación poniendo azúcar en tres tazas de café.
—Prepara otra, Mike —dijo—. A fin de cuentas, será mejor que sean cuatro...
Al principio, Harvey Newton había pensado ir por la A1 hacia el norte, pero en definitiva había elegido la autopista. Lo que perdiese en distancia lo recuperaría en velocidad, y en comodidad; aquí había tres carriles, y la M1 no podía ser más recta.
Se detuvo en Leicester Forest East para tomar un café, pero respondió a las exigencias de la naturaleza y compró una lata de Coca-Cola y un bocadillo. Salió al aire fresco y húmedo de la noche, se levantó el cuello de la chaqueta y volvió a su coche a través del aparcamiento casi desierto. Había dejado la puerta abierta, pero se había llevado las llaves. No había tardado más de diez minutos. Ahora llenaría el depósito de gasolina y reemprendería su camino.
Pero, al acercarse a su coche, aflojó el paso y se detuvo. El eco de sus pisadas pareció extinguirse un momento demasiado tarde. Algo se agitó en el fondo de la mente de Newton. Se volvió y contempló las luces amigas del restaurante nocturno. Por alguna razón, que podía ser buena, contuvo el aliento. Describió un lento círculo para observar todo el aparcamiento y los bultos, como caracoles, de los coches aparcados. Un vehículo pesado salió de la autopista y lo iluminó con el resplandor de sus ojos de mil vatios. Quedó deslumbrado y, al alejarse el camión, la noche fue mucho más oscura.
Entonces recordó aquella cosa erguida, parecida a un perro, que creía haber visto..., no, que *había* visto, en la casa Harkley, y esto hizo que pensara de nuevo en su misión. Alejó sus temores, subió a su coche y puso el motor en marcha.
Algo atenazó el cerebro de Newton como una grapa, una mente perversa y poderosa ¡y que incluso *aumentaba* su poder! Sabía que leía en él como en un libro abierto, enterándose de su identidad, adivinando su propósito.
—¡Buenas noches! —dijo una voz como de alquitrán hirviente, al oído de Newton.
Este lanzó un grito de sorpresa y de horror al mismo tiempo, un grito inarticulado, y se volvió para mirar atrás.
Unos ojos feroces le dirigieron una mirada más penetrante, mucho peor que los faros del camión. Debajo de ellos, dos hileras de puñales blancos resplandecían en la oscuridad.
—¿Qué...? —empezó a decir Newton.
Pero no tenía necesidad de preguntar. *Sabía* que su venganza contra el monstruo no llegaría a realizarse.
Yulian Bodescu levantó la ballesta de Newton, la apuntó directamente a la boca abierta... y apretó el gatillo.
Félix Krakovitch había proyectado pasar la noche en Chernovtsi; pero, dadas las circunstancias, había ordenado a Sergei Gulhárov que fuese directamente a Kolomiia. Como Iván Gerenko sabía que el grupo de Krakovitch iba a detenerse en Chernovtsi, habían creído que lo más prudente era no hacerlo. Así, Theo Dolgikh, que había llegado a Chernovtsi a eso de las cinco de la mañana, había perdido dos horas para acabar por descubrir que los hombres a quienes buscaba no estaban allí.
Después de otra dilación, para ponerse al habla con el *château* Bronnitsy, Gerenko le había aconsejado que fuese a Kolomiia y probase de nuevo.
Dolgikh había ido en avión desde Moscú hasta un aeropuerto militar de Skala- Podoscaia, donde le habían entregado un Fiat de la KGB. Ahora, en ese coche un poco destartalado pero que no llamaba la atención, se dirigió a Kolomiia, donde llegó momentos antes de las ocho. Su discreta investigación en los hoteles fue afortunada y desafortunada al mismo tiempo. Krakovitch y sus acompañantes se habían alojado en el Hotel Carpatii, pero habían reemprendido el viaje a las siete y media. Había llegado con media hora de retraso. El

propietario del hotel sólo pudo decirle que, antes de marcharse, le habían preguntado la dirección de la biblioteca y museo de la ciudad.
Dolgikh obtuvo la misma dirección y los siguió. En el museo, encontró al conservador, un ruso menudo y bullicioso, con gafas de gruesos cristales, que en ese momento abría el local. Lo siguió al interior del viejo edificio rematado en una cúpula y donde sus pisadas resonaban en el aire que olía a cerrado. Dijo Dolgikh:
—¿Puedo preguntarle si han venido tres hombres a verlo, esta mañana? Tenía que encontrarme con ellos aquí, pero me he retrasado.
—Tuvieron suerte de que yo empezase a trabajar tan temprano —respondió el otro—. Y todavía más de que los dejase entrar. Como puede ver, el museo no se abre hasta las ocho y media; pero, como por lo visto tenían mucha prisa...
Sonrió y se encogió de hombros.
—Así pues, no los he alcanzado por... ¿cuánto tiempo? —dijo Dolgikh, adoptando una expresión de contrariedad.
El conservador encogió de nuevo los hombros.
—Oh, tal vez unos diez minutos. Pero al menos puedo decirle adonde han ido.
—Se lo agradecería mucho, camarada —le dijo Dolgikh, siguiéndolo a sus habitaciones privadas.
—¿Camarada? —El conservador lo miró fijo, y sus ojos parecieron abultarse detrás de los gruesos cristales de las gafas.
—Este término se emplea poco aquí..., en la frontera, por así decirlo. ¿Puedo preguntarle quién es usted?
Dolgikh le mostró su carnet de la KGB y dijo:
—Ahora el asunto es oficial. Y como no tengo tiempo que perder, dígame qué estaban buscando y adonde han ido...
El conservador dejó de sonreír; ya no parecía contento.
—¿Va a detener a esos hombres?
—No; sólo están bajo observación.
—Lástima. Parecían bastante simpáticos.
—Estos días hay que extremar las precauciones —dijo Dolgikh—. ¿Qué querían?
—Una dirección. Buscaban un lugar al pie de las montañas llamado Moupho Alde Ferenc Yabórov.
—¡Vaya un nombre! —contestó Dolgikh—. ¿Y les dijo usted dónde está?
—No —dijo el otro—. Sólo dónde había estado, y ni siquiera estoy seguro.
Mire. —Mostró a Dolgikh una serie de mapas antiguos extendidos sobre una mesa— No son muy exactos, desde luego. —El más antiguo es de hace unos cuatrocientos cincuenta años. Éstos son copias, como puede verse fácilmente; no los originales.
Pero si mira aquí —y puso el dedo sobre uno de los mapas—, verá Kolomiia. Y aquí...
—¿Ferengi?
El conservador asintió.
—Uno de los tres, que creo que es inglés, parecía saber exactamente dónde tenía que buscar. Cuando vio el nombre antiguo de «Ferengi» en el mapa, pareció muy excitado. Y poco después, se marcharon los tres.
Dolgikh estudió con cuidado el viejo mapa.
—Está al oeste de aquí —murmuró— y un poco hacia el norte. ¿Cuál es la escala?
—Aproximadamente un centímetro por cinco kilómetros. Pero, como ya le he dicho, puede que el mapa no sea muy exacto.
—Entonces, serán algo menos de setenta kilómetros. —Dolgikh frunció el entrecejo—. Al pie de las montañas. ¿Tiene usted un mapa moderno?
—Oh, sí —suspiró el conservador—. Si quiere acompañarme...

A veinticinco kilómetros de Kolomiia, una nueva carretera, todavía en construcción, se dirigía hacia el norte, hacia Ivano-Frankovsk, y su superficie asfaltada hacía que el viaje fuese más suave. En verdad, para Krakovitch, Quint y Gulhárov era un respiro después de la accidentada ruta desde Bucarest y a través de Rumania y de Moldavia. Hacia el oeste se elevaban los Cárpatos, oscuros, boscosos y umbríos incluso bajo la luz del sol de la mañana, mientras que hacia el este, la llanura se extendía delicadamente hacia el gris horizonte lejano y brumoso.

Después de treinta kilómetros por esta carretera, en dirección a Ivano- Frankovsk, llegaron a una bifurcación a la izquierda, que subía directamente hacia los umbríos montes. Quint pidió a Gulhárov que redujese la marcha y trazó una línea sobre un tosco mapa que había copiado en el museo.

—Este podría ser nuestro mejor camino —dijo.

—Esta carretera tiene una barrera —observó Krakovitch— y hay un rótulo que prohibe la entrada. No se utiliza; será como un callejón sin salida.

—Y sin embargo, tengo la impresión de que debemos ir por ella —insistió Quint.

Krakovitch lo sentía también: algo en su interior le decía que *no* era el camino que habían de seguir, lo cual significaba probablemente que Quint tenía razón.

—Allí hay un grave peligro —dijo.

—Que es más o menos lo que esperábamos —dijo Quint—. Para esto hemos venido, ¿no?

—Está bien.

Krakovitch frunció los labios y asintió con la cabeza. Dijo algo a Gulhárov, pero éste estaba ya reduciendo la marcha. Más arriba, los dos carriles se estrechaban en uno solo, donde una brigada de construcción trabajaba para ensanchar la carretera. Una apisonadora alisaba el asfalto humeante detrás del vehículo que lo vertía. Gulhárov dio media vuelta al coche y lo detuvo al ordenarlo Krakovitch.

Este se apeó y fue en busca del capataz para hablar con él. Quint le gritó:

—¿Qué va a hacer?

—¿Eh? Quiero ver si esa gente sabe algo acerca de este sector. Y también si puedo contar con su ayuda. Recuerde que, cuando encontremos lo que buscamos, ¡tendremos que destruirlo!

Quint se quedó en el coche, observando cómo se dirigía Krakovitch a los trabajadores y hablaba con ellos. Le señalaron una caseta en la carretera desierta.

Krakovitch siguió su indicación. Diez minutos más tarde, volvió acompañado de un gigante barbudo y que vestía un mono descolorido.

—Este es Mijaíl Volkonsky —dijo, a modo de presentación. Quint y Gulhárov saludaron con la cabeza—. Por lo visto, tenía usted razón, Carl —siguió diciendo Krakovitch—. El dice que allá arriba, en la montaña, está el pueblo de los gitanos.

—*¡Da, da!* —gruñó Volkonsky, asintiendo con la cabeza. Señaló hacia el oeste.

Quint se apeó del coche y Gulhárov hizo lo mismo. Miraron hacia donde señalaba el capataz—. *¡Szgany!* —insistió Volkonsky—. ¡*Szgany* Ferengi!

Más allá de las colinas, el humo azul de una fogata se elevaba casi verticalmente de entre la niebla de la mañana hacia el aire tranquilo.

—Su campamento —dijo Krakovitch.

—Ellos... todavía vienen —dijo Quint, con incredulidad—. *¡Todavía* vienen!

—A rendir homenaje —dijo Krakovitch.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Quint, después de un momento de silencio.

—Ahora Mijaíl Volkonsky nos mostrará el lugar —dijo Krakovitch—. Aquella carretera cortada, por delante de la que pasamos, llega hasta unos ochocientos metros del emplazamiento del castillo. Volkonsky ha visto el lugar.

Los tres investigadores subieron de nuevo al coche, acompañados ahora del corpulento capataz, y Gulhárov empezó a conducir el automóvil por donde habían venido.
—Pero ¿adonde conduce la carretera? —preguntó Quint.
—¡A ninguna parte! —respondió Krakovitch—. Tenía que cruzar las montañas hasta la cabeza de línea ferroviaria de Just. Pero hace un año se declaró que era impracticable a causa del esquisto, las piedras que se desprendían y la roca en malas condiciones. Forzar el paso sería toda una hazaña de ingeniería, para unos beneficios en realidad pequeños. Como alternativa, y para salvar el prestigio, se construirá la carretera hasta Ivano-Frankovsk; mejor dicho, se ensanchará y mejorará la ya existente. Todo a este lado de las montañas. Existe ya una vía férrea, muy sinuosa, desde Ivano-Frankovsk y a través de las montañas. En cuanto a los veinticinco kilómetros de nueva carretera ya construida —añadió, encogiéndose de hombros— se edificará junto a ella un pueblo y plantas industriales. No se habrá perdido todo. Se pierden muy pocas cosas en la Unión Soviética.
Quint sonrió, aunque con ironía.
Krakovitch lo vio y dijo:
—¡Sí, ya lo sé: el dogma. Es una enfermedad que todos parecemos contraer más pronto o más tarde. Ahora resulta que yo me he contagiado también.
Malgastamos mucho, incluso en las palabras con que tratamos de excusarnos...
Gulhárov detuvo el coche ante la barrera de la nueva carretera; Volkonsky se apeó, la apartó a un lado e hizo ademán de que pasara. Ellos lo recogieron de nuevo y se dirigieron hacia las montañas.
Nadie prestó atención al destartalado y viejo Fiat aparcado a ochocientos metros carretera abajo, en la dirección de Kolomiia, ni en el humo azul del tubo de escape y la nube de polvo que levantó al ponerse en marcha y seguirles la pista...
Guy Roberts había consumido dos desayunos en el coche restaurante, regándolos con vasos de café, y cuando el tren se detuvo en Grantham, había fumado la mitad del primer paquete diario de Marlboro. Corpulento, patilludo y de ojos enrojecidos, nadie lo molestaba mucho. Tenía para él solo un rincón del vagón.
Nadie que lo hubiese mirado habría sospechado que tenía el talento de un brujo primitivo, ni que su misión era matar a un vampiro del siglo veinte. Ciertamente, la idea habría sido divertida, si no hubiese sido tan desesperada. Había demasiadas cosas exasperantes, demasiado que hacer y poco tiempo para hacerlo todo. Era muy fatigoso.
Recordando los sucesos de la última noche, se retrepó en su asiento y cerró los ojos. Él y Layard habían estado trabajando toda la noche, y había sido una noche extraña, muy extraña, para los dos. Por ejemplo, lo de Kyle en el *château* Bronnitsy. Al iluminarse el cielo con la aurora, Layard había encontrado cada vez más difícil localizar a Alec Kyle. Según sus propias palabras, había sido como «la diferencia entre encontrar un hombre vivo y un hombre muerto, con Kyle de algún modo entre los dos». Esto no fue de buen augurio para el número uno de INTPES.
También Roberts había sido incapaz de atravesar las defensas mentales del *château.* Hubiese debido poder «sondear» a Kyle, pero todo lo que había percibido, en las pocas ocasiones en que había podido irrumpir en aquellas defensas, había sido... bueno, un *eco* de Kyle. Una imagen que se desvanecía deprisa. Roberts no sabía de fijo lo que le estaba haciendo la Organización E a Kyle, y no tenía muchas ganas de adivinarlo.
Entonces, había estado Yulian Bodescu; mejor dicho, no había estado; pues, a pesar de todos sus esfuerzos, Layard y Roberts no habían sido capaces de localizar de nuevo al vampiro. Era como si se hubiese borrado de la faz de la tierra. No había «niebla mental» en o alrededor de Birmingham, ni en todo el país, que pudiesen descubrir los perceptores extrasensoriales británicos. Pero, después de pensar un rato en ello, la respuesta les había parecido evidente. Bodescu sabía que lo estaban persiguiendo, y también él tenía

extraordinarias facultades. De alguna manera se estaba encubriendo, «desaparecía» en las pantallas mentales.
Pero a las seis y media de la mañana, Layard lo había captado otra vez. Muy brevemente, había establecido contacto con una niebla mental maloliente y serpenteante, *algo* maligno que lo había sentido al momento y lanzado un desafío mental antes de desaparecer una vez más. Y Layard lo había localizado en algún lugar cerca de York.
Esto había sido bastante para Roberts. Había pensado que, si podía existir alguna duda sobre el lugar al que se dirigía Bodescu, su destino había quedado ahora confirmado. Dejando una vez más la jefatura de INTPES en las manos capaces de John Grieve, oficial de guardia permanente, se dispuso para viajar hacia el norte.
Pero, en el momento en que salía de allí, llegaron las noticias sobre Harvey Newton: el descubrimiento de su coche en una cuneta herbosa de la autopista, cerca de Doncaster, y de su cuerpo mutilado en el portaequipaje con una saeta de ballesta traspasándole la cabeza. Esto resolvía la cuestión, no sólo para Roberts, sino para todos los que intervenían en el caso. Ni siquiera pensaron que podía haber alguna explicación diferente de Bodescu. De ahora en adelante, sería una guerra sin cuartel, hasta que el enemigo fuese atravesado con una estaca, decapitado, quemado y muerto definitivamente.
Mientras Roberts estaba pensando en todo eso, alguien «carraspeó» y pasó por encima de sus pies estirados. Abrió brevemente los ojos y vio a un hombre delgado, con sombrero y gabán que se disponía a sentarse a su lado. El desconocido se quitó el sombrero, se despojó del abrigo y se sentó. Sacó un libro en rústica y Roberts vio que era *Drácula,* de Bram Stoker. No pudo dejar de hacer una mueca.
El recién llegado vio su expresión y se encogió de hombros, casi a modo de disculpa.
—Un poco de fantasía no hace daño —dijo, con voz aflautada.
—No —asintió Roberts, antes de cerrar de nuevo los ojos—. La fantasía no hace daño a nadie.
Y añadió para sí: «¡Pero la realidad es muy distinta!».
Eran las cuatro de la tarde en la vertiente rusa de los Cárpatos, y Theo Dolgikh estaba terriblemente fatigado, pero sacaba fuerzas de la convicción de que pronto terminaría su trabajo. Después de esto, dormiría una semana y, luego, se divertiría todo lo que pudiese antes de buscar una nueva misión. Es decir, suponiendo que ya no le hubiesen atribuido alguna. Pero el placer podía tener muchas formas, dependiendo del hombre que lo experimentase, y el trabajo de Dolgikh tenía momentos estupendos. Sus misiones eran a menudo muy...
¿satisfactorias? Por cierto, iba a disfrutar cuando acabase ésta.
Miró hacia abajo desde su observatorio en un pinar de la cara norte de la falda de la montaña, donde ésta descendía hacia una garganta, y enfocó los prismáticos en los cuatro hombres que subían con cautela a lo largo de los últimos cien metros de una cornisa llena de guijarros en la empinada vertiente que formaba la cara sur de aquél. Estaban a menos de trescientos metros de distancia, pero Dolgikh empleaba de todos modos los gemelos.
Disfrutaba acercando sus caras fatigadas y sudorosas, se imaginaba que podía sentir sus doloridos músculos, trataba de adivinar sus pensamientos mientras se dirigían por primera y última vez a las ruinas cubiertas de hiedra donde se estrechaba el barranco y el agua fluía y borboteaba invisible en el fondo de la garganta. Sin duda se estaban felicitando de que su búsqueda, su misión, hubiese casi concluido; pero difícilmente podían imaginarse que ellos mismos estaban tocando a su fin.
Esto era lo que más complacería a Dolgikh: conducirlos a su fin y hacerles saber que él era su verdugo.
Los cuatro caminaban casi siempre bajo la clara luz del sol, libres de sombras:

Krakovitch y su hombre, el agente británico y el capataz. Pero, en el saliente del acantilado, se confundieron con sombras grises y verdes y con una negra oscuridad. Dolgikh miró al cielo, bizqueando. El sol estaba mucho más allá de su cénit, se hundía lentamente sobre la masa imponente de los Cárpatos. Dos horas más y llegaría el crepúsculo, un crepúsculo en que el sol se hundiría de pronto detrás de los picachos y los riscos. Y entonces ocurriría el «accidente».

Los enfocó de nuevo con los prismáticos. El corpulento capataz ruso llevaba una mochila colgada de un hombro. Una manija metálica en forma de T sobresalía de aquélla: el detonador para hacer estallar las cargas. Dolgikh sonrió para sí.

Aquel mismo día, más temprano, había observado cómo depositaban los explosivos en y alrededor de las viejas ruinas; ahora se disponían a volar el edificio y todo lo que contenía: un arma fabulosa, según el tortuoso enano Ivan Gerenko. Esto era lo que se proponían; pero Dolgikh estaba allí para evitarlo.

Guardó los gemelos y esperó con impaciencia a que aquellos hombres saliesen de la cornisa y entrasen en el bosque de la vertiente cubierta de hierba; después emprendió deprisa la persecución... por última vez. Había terminado el juego del gato y el ratón y llegado la hora de la matanza. Ahora se habían perdido de vista entre los árboles y debían de estar a un kilómetro y medio de las ruinas; por consiguiente, Dolgikh debía darse prisa.

Comprobó su pesada pistola Malatukov, de color azul de acero; puso en su sitio el cargador lleno de proyectiles achatados, y volvió a meter aquélla en la funda sujeta debajo del brazo. Después salió de su escondrijo. Directamente delante de él, al otro lado de la estrecha garganta, se acababa de pronto la nueva carretera.

Era un sitio en que alguien había decidido que no sería rentable prolongarla.

Escombros de las rocas voladas llenaban la depresión y formaban un dique para el arroyo de montaña. Un pequeño lago relucía como un espejo detrás de aquél.

Debajo de la presa, el agua había forzado una salida, vertiéndose en un torrente donde el reducido riachuelo continuaba su camino hacia el llano.

Dolgikh bajó a gatas hacia los escombros amontonados que había formado el puente de la presa, y continuó ágilmente su marcha hacia la carretera. Al cabo de un minuto, dejó atrás el asfalto y caminó por la estrecha y peligrosa cornisa llena de guijarros. Y sin detenerse, siguió la pista de sus víctimas. Mientras andaba, recordó los sucesos del día...

Por la mañana los había seguido al llegar ellos allí por vez primera. Al ver su coche aparcado en la carretera, había escondido su Fiat en una espesura y los había seguido a pie hasta esa cornisa. Entonces, en lo alto de la garganta, donde casi se juntaban los dos lados, ellos habían entrado en las viejas ruinas y las habían registrado. Dolgikh había observado, desde lejos. Tal vez habían pasado dos horas cavando allí. Cuando se dispusieron a marcharse, todos ellos parecían muy abatidos. Dolgikh no sabía lo que habían encontrado o no habían logrado encontrar, pero, en todo caso, podía ser peligroso y lo mejor era largarse de allí.

Viendo que iban a marcharse, volvió rápidamente hacia su coche y esperó a que apareciesen. De pasada, y para estar más seguro, colocó un micro en el vehículo de ellos. Entonces habían regresado a Kolomiia, con Dolgikh siguiéndolos de cerca pero sin dejarse ver. Casi los alcanzó cuando se detuvieron a medio trayecto de la nueva carretera, para hablar con un grupo de gitanos en su campamento. Pero, a los pocos minutos, prosiguieron su camino, sin que aún lo hubiesen visto.

Kolomiia era cabeza de línea y lugar de empalme de cuatro vías, procedentes de Just, Ivano-Frankovsk, Chernovtsi y Gorodenka; todos los edificios próximos a la estación parecían ser almacenes o cocheras. No era difícil orientarse allí; el barrio industrial y el comercial estaban claramente delimitados. Los cuatro hombres a quienes seguía Dolgikh se habían dirigido a la central telefónica y habían aparcado el coche en el exterior.

Dolgikh estacionó el Fiat, detuvo a un transeúnte y le preguntó dónde había alguna cabina telefónica.
—¡Hay tres! —dijo el hombre, visiblemente disgustado—. ¡Sólo tres teléfonos públicos en una población tan importante como ésta! Y todos están siempre ocupados. Si tiene usted prisa, lo mejor será que llame desde ahí, que es la central.
Le darán su conferencia en un santiamén.
Al cabo de unos diez minutos, Krakovitch y sus acompañantes salieron de la central de teléfonos, subieron a su coche y arrancaron. Su perseguidor se encontró ante un dilema: seguirlos o averiguar con quién habían hablado y por qué. Como, gracias al micro, siempre podría encontrarlos, eligió la segunda alternativa. Dentro de la pequeña pero bulliciosa central, no perdió tiempo y preguntó directamente por el director. Su carnet de la KGB le valió una colaboración inmediata. Resultó que Krakovitch había llamado a Moscú, pero no a un número que conociese Dolgikh. Parecía que el jefe de la Organización E había pedido autorización a la superioridad para hacer alguna cosa; habían hablado de volar algo y el hombretón del mono había tenido mucho que ver con esto. Krakovitch le había permitido utilizar el teléfono. Esto era todo lo que se sabía en la central sobre el asunto.
Entonces Dolgikh pidió que le pusiesen con Gerenko, en el *château* Bronnitsy, y le contó todo lo que había podido averiguar.
De momento, Gerenko había parecido confuso, pero después le había dicho:
«Están actuando directamente a través de un contacto de Brezhnev. No a través de mí. Lo cual sólo puede querer decir que sospechan algo. Asegúrate de que los liquidas a todos, Theo. Sí, también al capataz. Y cuando lo hayas hecho, comunícamelo enseguida».
Siguiendo la pista del micro, Dolgikh había llegado al almacén de una empresa de construcciones de la ciudad, precisamente a tiempo de ver cómo Gulhárov y Volkonsky cargaban una caja de explosivos en el portaequipajes de su coche, bajo la mirada atenta de Krakovitch y Quint. Saltaba a la vista que el corpulento capataz ruso era ahora miembro del equipo. Y también que su contacto en Moscú había autorizado el uso de materiales explosivos. Aunque no sabía *qué* pretendían destruir, se imaginaba *dónde* querían hacerlo. Y en fin, aquel lugar era tan bueno como otro cualquiera para que muriesen...
Mientras Theo Dolgikh recordaba los sucesos del día, la mente de Carl Quint también estaba en actividad, y ahora que los colmillos rotos del castillo de Faethor Ferenczy aparecían una vez más entre los oscuros e inmóviles pinos, su memoria volvía instintivamente a lo que Félix Krakovitch y él habían encontrado en su primera visita, esa mañana. Los cuatro habían estado presentes, pero sólo Krakovitch y él habían sabido dónde tenían que mirar.
El lugar había sido casi magnético para sus mentes psíquicamente exaltadas:
el *sitio exacto* los había atraído como atrae un imán las limaduras de hierro. Pero ellos no eran limaduras, ni tenían intención de quedarse clavados allí. Quint recordaba ahora lo que había pasado...
—El castillo de Faethor —había murmurado, al detenerse todos cerca de las ruinas—. ¡La fortaleza de un vampiro en la montaña!
Y, con los ojos de la mente, lo vio como tenía que haber sido hacía mil años.
Volkonsky habría seguido subiendo y se habría metido entre los bloques de piedra caídos, pero Krakovitch lo había detenido. El capataz no sabía lo que estaba enterrado allí, y Krakovitch no pensaba decírselo. Volkonsky era un hombre práctico como el que más. Se había comprometido a ayudarlos, pero esto podía cambiar si le decían lo que habían venido a hacer aquí. Por tanto, Krakovitch simplemente le había advenido:
—¡Tenga cuidado! No toque nada...
Y el corpulento ruso se había encogido de hombros y había bajado de aquel montón de viejos cascotes.

Entonces, Quint y Krakovitch habían mirado el arruinado edificio y tocado sus piedras; habían dejado que los envolviese el aura de su antigüedad y de su malignidad inmemorial. Habían respirado su esencia, gustado su misterio y dejado que sus facultades los condujesen a su más íntimo secreto. Al tantear ambos su camino, casi tímidamente, entre los cascotes de las viejas paredes, Quint se había detenido de pronto y dicho con voz ronca:
—¡Oh, sí, estaba aquí! ¡Todavía *está* aquí! Éste es el lugar.
Y Krakovitch había asentido:
—Sí, yo lo siento también. Pero *sólo* lo siento; no le temo. Nada me avisa de que evite el lugar. Estoy seguro de que un terrible mal se alojó aquí; pero se ha extinguido, está completamente muerto.
Quint había asentido con la cabeza y suspirado con alivio.
—Tengo la misma impresión: todavía está aquí, pero inactivo. Ha pasado demasiado tiempo. Y no hay nada que haya podido sostenerlo.
Entonces se habían mirado, pensando los dos lo mismo. Por último, Krakovitch lo había expresado con palabras.
—¿Nos atrevemos a buscarlo? ¿Tal vez a inquietarlo?
En un primer momento, Quint había sentido miedo, pero después había respondido:
—Si no descubro al menos cómo era..., quiero decir al final de sus días..., me lo estaré preguntando durante el resto de mi vida. Y como los dos estamos de acuerdo en que es inofensivo...
Y habían llamado a Gulhárov y a Volkonsky, y los cuatro habían puesto manos a la obra. Al principio, el trabajo había sido fácil y habían empleado instrumentos sencillos y las manos para retirar masas de tierra suelta y cascotes. Pronto descubrieron el soporte de una antigua escalera de piedra, cuyos peldaños se extendían girando a su alrededor. La piedra había sido ennegrecida por el fuego y agrietada por el intenso calor. Por lo visto, el plan de Thibor había funcionado: la escalera de caracol que conducía al sótano había sido bloqueada por los escombros ardientes, enterrando vivos a las mujeres del vampiro y al infortunado Ehrig. Sí, y también a aquella cosa subterránea. Todos ellos, enterrados vivos... o no-muertos.
Pero mil años es mucho tiempo y, en este lapso, incluso los no-muertos pueden morir de veras.
Entonces, Volkonsky había pasado los vigorosos brazos alrededor de un gran bloque roto de piedra y tirado de él hacia arriba, para desprenderlo de los cascotes que parecían llenar completamente la caja de la escalera. De pronto, se había desprendido y Gulhárov había contribuido a la tarea con su insignificante fuerza.
Juntos habían levantado el bloque sobre el borde de la excavación, y entonces se habían hundido un poco los cascotes que tenían a su pies, y una ráfaga de aire fétido les había azotado las caras.
Sorprendidos, habían saltado hacia atrás, pero no habían visto en ello ninguna amenaza, ninguna sensación de peligro inminente. Un momento después, apoyándose en el brazo de Gulhárov para conservar el equilibrio, el corpulento capataz ruso había bajado de los peldaños de piedra ya descubiertos a la dudosa superficie del material que impedía el descenso. Sin soltar a Gulhárov, había golpeado primero con un pie y después con el otro, entonces había lanzado un grito de alarma y se había hundido hasta la cintura al ceder de pronto aquello debajo de él.
Entonces, había parecido que la tierra retumbaba y temblaba un poco; Volkonsky se había aferrado a Gulhárov, temiendo por su vida, y Quint y Krakovitch se habían tumbado en el suelo y alargado los brazos para sujetar al capataz por debajo de las axilas. Pero estaba ya a salvo, pues sus pies habían encontrado apoyo en unos escalones inferiores invisibles.

Y mientras los cuatro observaban asombrados, los cascotes que rodeaban los muslos de Volkonsky se habían hundido como arenas movedizas en la profundidad vacía de la caja de la escalera. ¡Vacía, sí! Pues no había sido llenada del todo sino simplemente atascada, y ahora se había removido el obstáculo.

—Ahora nos toca a nosotros —había dicho Quint cuando se hubo posado el polvo y pudieron respirar a sus anchas—. Usted y yo, Félix. No podemos dejar que Mijaíl descienda antes que nosotros, pues no tiene idea de lo que hay allí. Si todavía existe un elemento de peligro, nosotros debemos ser los primeros en bajar.

Habían descendido, pasando por el lado de Volkonsky; se habían detenido y se habían mirado.

—Vamos desarmados —había observado Krakovitch.

Arriba, Sergei Gulhárov había sacado una pistola y se la había tendido.

Volkonsky lo vio y se echó a reír. Habló a Krakovitch y éste sonrió.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Quint.

—Ha dicho que por qué necesitamos una pistola si estamos buscando un tesoro —espondió Krakovitch.

—¡Dígale que nos dan miedo las arañas! —dijo Quint, y tomando el arma, empezó a bajar los sucios peldaños.

No habría podido decir de qué servirían las balas si los vampiros existían todavía, pero, al menos, la sensación de tener un arma en la mano era tranquilizadora.

Había en la escalera tantas piedras, grandes y pequeñas, que Quint se veía a menudo obligado a pasar sobre ellas; pero después de otra vuelta de aquélla, los últimos peldaños estaban limpios, salvo por pequeños cascotes, piedrecitas y arena caídos desde arriba. Y al fin había llegado al fondo, con Krakovitch y los otros pisándole los talones. Llegaba luz desde arriba, pero no mucha.

—Esto no marcha —se había lamentado Quint, sacudiendo la cabeza—. No podemos entrar ahí sin una luz adecuada.

Su voz había resonado como en una tumba, y eso era en realidad aquel lugar.

El sitio al que se había referido era una habitación, una mazmorra —*la* mazmorra, pues sólo podía ser la prisión de Thibor—, más allá de un arco bajo de piedra. Tal vez la renuencia de Quint había sido un intento final de echarse atrás, o tal vez no; en todo caso, el precavido Gulhárov tenía la solución. Había sacado una pequeña linterna plana de bolsillo, pasándosela a Quint, el cual proyectó su rayo hacia delante. Allí, debajo del arco, trozos fosilizados de madera de roble, ennegrecidos por los años, estaban amontonados, con manchas rojas de herrumbre donde habían estado los clavos y las piezas de hierro: era todo lo que quedaba de una puerta que había sido antaño sólida. Y mas allá, sólo oscuridad.

Entonces, agachándose un poco para evitar la piedra angular que había descendido un poco con los siglos, Quint había pasado cautelosamente por debajo del arco, deteniéndose al entrar en la mazmorra. Allí había trazado un lento círculo con la linterna, para iluminar todas las paredes y rincones del lugar. Aquella prisión era muy grande, más grande de lo que había imaginado; tenía rincones, huecos, cornisas y nichos donde no podía llegar el rayo de luz, y parecía haber sido tallada en la roca.

Quint iluminó el suelo. Una gruesa capa de polvo, acumulada a lo largo de los siglos, lo cubría de un modo uniforme. No había huella alguna de pisadas.

Aproximadamente en el centro, una abultada formación de piedra, posiblemente de la roca de fondo, se alzaba como una figura grotesca. Parecía que allí no había nada, y sin embargo, la intuición psíquica de Quint decía lo contrario. Y también la de Krakovitch.

—Teníamos razón —dijo éste, y su voz había resonado tristemente. Se había acercado a Quint—. Están acabados. Estuvieron aquí e incluso ahora los sentimos; pero el tiempo ha podido más que ellos.
Había seguido adelante y se había apoyado en aquella extraña excrecencia rocosa, *¡que al punto cedió bajo su mano!*
Inmediatamente había saltado hacia atrás, lanzando un grito de horror, y al chocar con Quint se había cogido a él.
—¡Oh, Dios mío! ¡Carl..., *Carl*! No es... ¡no es de piedra!
Gulhárov y Volkonsky, súbitamente electrizados, habían sostenido a Krakovitch, mientras Quint iluminaba directamente con la linterna aquella masa.
Después, boquiabierto y con el corazón palpitante, el inglés había murmurado:
—¿Ha sentido... algo?
Krakovitch meneó la cabeza y respiró hondo.
—No, no. Mi reacción ha sido simplemente de sorpresa, no un aviso. Demos gracias a Dios, al menos por esto. Mi facultad funciona, puede *creerlo,* pero no me dice nada. Fue la impresión, sólo la impresión...
—Pero *mire* esa... ¡esa cosa!
Quint estaba también impresionado. Había avanzado para soplar sobre la superficie de aquella masa y con un pañuelo había sacudido el polvo. Bueno, parte del polvo; y había bastado aquella pequeña operación para revelar... ¡un horror total!
La cosa estaba desplomada en el sitio donde, innumerables decenios atrás, había surgido por última vez de la tierra apretada del suelo. Ahora era una masa, los restos momificados de una criatura, pero estaba claramente *compuesta* de más de una persona. El hambre y posiblemente la locura habían provocado aquella situación: el hambre de la protocarne enterrada y la locura de Ehrig y las mujeres.
No había habido escapatoria posible y, débiles por el hambre, los vampiros no habían podido resistir el ataque del insensato monstruo subterráneo.
Probablemente los había devorado de uno en uno, incorporándolos a su modo. Y ahora aquella mole yacía allí, caída donde al fin, afortunadamente, había «muerto».
Tal vez, en los últimos momentos, cediendo a un débil impulso y a un instinto indeterminado, había intentado reconstituir a los otros. Ciertamente había indicios de ello.
Tenía pechos de mujer y una cabeza de varón medio formada y muchas seudomanos. Y ojos en todas partes, abultados debajo de párpados cerrados. Y bocas, algunas humanas y otras inhumanas. Sí, y había otras facciones mucho peores que aquéllas...
Gulhárov y Volkonsky, envalentonados, se habían acercado; el capataz había alargado una mano, antes de que pudiesen impedírselo, apoyándola en un pecho frío y arrugado que sobresalía junto a una boca de labios flaccidos. Todo era de color de cuero y parecía bastante sólido, pero aquella teta se deshizo en polvo en cuanto la tocó Volkonsky. Retiró la mano, lanzando una maldición, y dio un paso atrás. Pero Sergei Gulhárov era mucho menos tímido. Sabía algo de estos horrores y la mera idea de ellos lo enfurecía. Maldiciendo, dio una patada a la base de aquella cosa que brotaba del suelo, y repitió esta acción una y otra vez. Los otros no habían tratado de impedírselo; era su manera de desfogarse. Se metió dentro de aquella monstruosidad en ruinas golpeándola con los puños y los pies. Al poco rato, sólo quedó de ella un montón de polvo y unos cuantos huesos sucios.
—¡Fuera! —había jadeado Krakovitch—. Salgamos de aquí antes de que nos ahoguemos, Carl. —Lo agarró de un brazo—. ¡Gracias a *Dios,* estaba muerto!
Y tapándose la boca con las manos, subieron todos la escalera y salieron al aire puro y saludable.

—Eso..., sea lo que fuere, debería ser enterrado —había dicho Volkonsky a Gulhárov al apartarse de las ruinas.
—¡Exacto! —convino Krakovitch, aprovechando la oportunidad—. Para que estemos absolutamente tranquilos, *tiene* que ser enterrado. Y aquí es donde interviene usted...
Los cuatro habían estado por segunda vez en las ruinas, y Volkonsky había hecho agujeros, colocado explosivos, desenrollado cien metros de cable y hecho las oportunas conexiones eléctricas. Y ahora habían vuelto por tercera y última vez. Y como antes, Theo Dolgikh los había seguido, y por esto *sería* la última.
Ahora, desde su refugio en los arbustos del lado del sendero y cerca del acantilado y de su precaria cornisa, el hombre de la KGB observó cómo Volkonsky conectaba el cable con el detonador y cómo se dirigía el grupo hacia las ruinas, presumiblemente para echarles un último vistazo.
Era la mejor oportunidad para Dolgikh, el momento que había estado esperando el agente ruso. Comprobó de nuevo su pistola, quitó el seguro, volvió a guardarla en la funda y, entonces, subió rápidamente por la empinada vertiente a su izquierda y se metió entre los pinos al pie de los tremendos peñascos. Si sacaba el mejor partido de su situación, podría permanecer fuera de la vista de los otros hasta el último minuto. Y así, moviéndose con cierta agilidad entre los árboles, acortó rápidamente la distancia que lo separaba de sus presuntas víctimas, al acercarse éstas a las antiguas ruinas.
Para mantenerse oculto de esta manera, Dolgikh perdía ocasionalmente de vista a sus presas, pero por fin llegó hasta el borde del bosque y tuvo que replegarse al menos poblado antiguo sendero. Desde allí era claramente visible el grupo de hombres junto a los muros del viejo castillo, pero, si se volvían a mirar en dirección a Dolgikh, también tendrían que verlo. Pero no; estaban callados a cien metros de distancia, sumidos en sus propios pensamientos, al contemplar lo que pretendían destruir. Los tres estaban pensativos.
¿Tres? Dolgikh entrecerró los ojos, frunció el entrecejo, echó una rápida mirada a su alrededor. No vio nada fuera de lo comente. Presumiblemente, el cuarto hombre, aquel joven estúpido, aquel traidor Gulhárov, había entrado por la rota muralla exterior de las ruinas y a causa de ello se había perdido de vista. Fuera como fuese, Dolgikh sabía que tenía atrapados a los cuatro hombres. No había salida en su extremo del desfiladero y, en todo caso, tenían que volver allí para detonar las cargas. La expresión maliciosa de Dolgikh cambió: se convirtió en una sonrisa feroz. Se le acababa de ocurrir una idea particularmente sádica.
Su plan original había sido sencillo: sorprenderlos, decirles que los estaba investigando en interés de la KGB, hacer que se atasen los unos a los otros y, por último, arrojarlos de uno en uno desde el borde del castillo en ruinas. El abismo era muy profundo. Haría que parte de la arruinada pared se desprendiese, para hacer más convincente la escena. Entonces, descendería por un lugar seguro, se acercaría a ellos y les quitaría las ligaduras. Un «accidente», así de sencillo. No podrían escapar: la cuerda de nailon que llevaba Dolgikh en el bolsillo podía aguantar más de 90 kilos de tensión. Probablemente no los encontrarían en semanas, en meses, tal vez nunca.
Pero Dolgikh tenía también algo de vampiro, salvo que se alimentaba del miedo de los otros. Sí, y ahora vio la oportunidad de perfeccionar su plan. Un elemento más para su propia diversión.
Se arrodilló deprisa, empleó los firmes y cuadrados dientes para arrancar la funda del cable y dejar el hilo de cobre al descubierto y lo conectó con el detonador. Entonces, todavía con una rodilla hincada en el suelo, gritó:
—¡Caballeros!
Los tres se volvieron y lo vieron. Quint y Krakovitch lo reconocieron al momento y se quedaron pasmados.

—¿Qué diablos pasa aquí? —rió, levantando el detonador para que lo viesen— Alguien se ha olvidado de hacer la conexión, ¡pero yo la he hecho por él!
Dejó la caja en el suelo y levantó la palanca.
—¡Por el amor de Dios, tenga *cuidado* con eso!
Carl Quint alzó los brazos a modo de advertencia y salió tambaleándose de las ruinas.
—Quédese donde está, señor Quint —gritó Dolgikh. Y después, en ruso—:
Krakovitch, tú y ese estúpido capataz acercaos a mí. Y nada de trucos, o haré volar en pedazos a tu amigo inglés y a Gulhárov.
Hizo dar dos vueltas a la derecha a la manija en forma de T. El detonador estaba ahora armado; sólo faltaba apretar la palanca y...
—¿Está loco, Dolgikh? —le gritó a su vez Krakovitch—. Estamos aquí para un asunto oficial. El jefe del Partido...
—... es un viejo idiota —terminó Dolgikh por él—. Lo mismo que tú. Y serás un idiota muerto si no haces exactamente lo que yo te diga. Ven aquí y trae contigo a ese pesado ingeniero. Usted, Quint, señor espía inglés, quédese donde está.
Se levantó y sacó la pistola y la cuerda de nailon. Krakovitch y Volkonsky habían levantado las manos y salían despacio de las ruinas.
En la próxima fracción de segundo, Dolgikh supo que algo andaba mal. Sintió un golpe de metal caliente en la manga, antes de oír el chasquido de la pistola de Sergei Gulhárov. Pues, cuando los otros se habían dirigido a las ruinas, Gulhárov se había detenido en una espesura para satisfacer una necesidad natural. Y lo había visto y oído todo.
—¡Tira la pistola! —gritó ahora, corriendo hacia Dolgikh—. ¡La próxima bala te dará en el vientre!
Gulhárov había sido adiestrado, pero no tanto como Theo Dolgikh, y carecía del instinto homicida del agente. Dolgikh cayó de nuevo de rodillas, estiró el brazo armado en dirección a Gulhárov, apuntó y apretó el gatillo. Gulhárov estaba casi encima de él. También él había disparado de nuevo. Su bala había errado por unos centímetros, pero la de Dolgikh había dado en el blanco. El proyectil de punta achatada se llevó la mitad de la cabeza de Gulhárov. Éste, muerto instantáneamente, se detuvo en seco, dio otro paso adelante y se derrumbó como un árbol talado... ¡precisamente encima del detonador y de su palanca!
Dolgikh se tumbó de bruces y sintió una cálida ráfaga de viento al abrirse las puertas del infierno a cien metros de distancia. Un estruendo ensordecedor golpeó sus oídos y resonó furiosamente en ellos. No había visto la explosión inicial, ni las otras simultáneas, pero al posarse el surtidor de tierra y de guijarros y dejar el suelo de temblar, levantó la mirada... y vio el resultado. En el lado más apartado de la garganta, las ruinas del castillo de Faethor se alzaban casi como antes, pero, en el más próximo, habían quedado reducidas a escombros.
Humeaban cráteres donde los cimientos del castillo se habían incrustado en la montaña. Un corrimiento de esquistos y pedazos de roca se vertía todavía desde el acantilado sobre el ancho y mellado saliente, enterrando profundamente las últimas huellas de los secretos que habían anidado allí. Y de Krakovitch, Quint y Volkonsky...
Nada en absoluto. La carne no es tan dura como la roca...
Dolgikh se levantó, se sacudió el polvo y apartó el cuerpo de Gulhárov del detonador. Después lo agarró de las piernas y lo arrastró hasta las ruinas humeantes y lo arrojó al abismo. Un «accidente», un verdadero accidente.
Al volver atrás, el hombre de la KGB enrolló lo que quedaba del cable; también recogió la pistola de Gulhárov y el detonador. A medio camino de la cornisa, donde ésta era más estrecha, arrojó todas aquellas cosas al oscuro y rumoroso barranco. Todo había terminado.

Antes de volver a Moscú, tendría que inventar una excusa, una razón de que la presunta «arma» de Gerenko, fuera lo que fuese, hubiese dejado de existir. Una lástima.
Pero, por otra parte, Dolgikh se felicitaba de que al menos la mitad de su misión se hubiese cumplido con éxito. Y de manera muy satisfactoria...
Las ocho de la tarde en el *château* Bronnitsy.
Iván Gerenko dormía un sueño ligero en una litera de su despacho privado.
Allá abajo, en el esterilizado laboratorio de lavajes de cerebro, Alec Kyle dormía también. Al menos, su cuerpo; pues, como ya no tenía una mente, difícilmente podía decirse que fuese Kyle. Mentalmente, había sido estrujado hasta convertirlo en un pellejo. La información que había dado a Zek Föener había sido extraordinaria. Si ese Harry Keogh hubiese vivido, habría sido un terrible enemigo.
Pero, atrapado en el cerebro de su propio hijo, ya no era problema. Más tarde, tal vez, cuando el niño se convirtiese (si es que llegaba a convertirse) en hombre...
En cuanto al INTPES, Föener conocía ahora toda la maquinaria de la organización. Nada permanecía secreto. Kyle había sido el controlador, y todo lo que él había sabido lo sabía ahora Zek Föener. Por eso, al desmontar los técnicos sus instrumentos y dejar el cuerpo de Kyle desnudo y despojado incluso de su instinto, se había apresurado a informar a Ivan Gerenko de algunos de sus hallazgos... y de uno en particular.
El padre de Zekintha Föener era alemán oriental. Su madre había sido griega, de Zakinthos, a orillas del Jónico. Cuando ésta murió, Zek se fue a vivir a Posen con su padre, que trabajaba en parapsicología en la universidad. Él había confirmado inmediatamente las facultades psíquicas que sospechaba que tenía su hija desde pequeña. Había informado de su talento telepático al Colegio de Estudios Parapsicológicos de la Brasov Prospekt, de Moscú, que lo había citado para que acudiese con Zek, a fin de someterla a pruebas. Así era cómo había ingresado en la Organización E, donde pronto se había convertido en un elemento inestimable.
Föener tenía un metro setenta y cinco de estatura, y era delgada, rubia y de ojos azules. Sus cabellos brillaban y saltaban sobre sus hombros cuando andaba.
Su uniforme del *château* se le ajustaba como un guante, acentuando las delicadas curvas de su figura. Subió la escalera de piedra del despacho de Krakovitch (no, se corrigió, de Gerenko), entró en la antesala y llamó firmemente a la puerta interior cerrada.
Gerenko oyó la llamada, se despertó y se incorporó trabajosamente. Débil como estaba, se cansaba pronto; dormía a menudo, pero poco. El sueño era una manera de prolongar una vida que los médicos le habían dicho que sería corta. Era una ironía cruel: los hombres no podían matarlo, pero lo mataría su propia fragilidad. Teniendo sólo treinta y siete años, parecía tener sesenta, y era como un mono encogido. Pero seguía siendo un hombre.
—Adelante —dijo resollando y llenando de aire los frágiles pulmones.
Al otro lado de la puerta, mientras Gerenko acababa de despertarse, Zek Föener había quebrantado una norma. Era una regla no escrita del *château* que los telépatas no debían espiar deliberadamente las mentes de sus colegas. Esto estaba muy bien y era justo en circunstancias y condiciones normales. Pero, en esta ocasión, había fuertes anomalías, cosas que Föener debía aclarar a su satisfacción.
Ante todo, la manera en que Gerenko se había *apoderado* literalmente de las funciones de Krakovitch. No era como si lo sustituyese, sino que, en realidad, se había instalado allí... de modo permanente. Föener apreciaba a Krakovitch y se había enterado por Kyle de la vigilancia a que los había sometido Theo Dolgikh en Génova; Kyle y Krakovitch habían estado trabajando juntos en...
—¡Adelante! —repitió Gerenko, rompiendo la cadena de los pensamientos de ella, pero no antes de que todo hubiese adquirido un sentido.

La ambición de Gerenko estaba clara en su mente, clara y fea. Y su *intención* de emplear aquellas... aquellas Cosas que Krakovitch se había empeñado noblemente en destruir...
Zek respiró hondo y entró en el despacho, mirando fijamente a Gerenko, que yacía en la oscuridad de su litera, apoyado sobre un codo.
El hombre encendió la lámpara de la mesita de noche y pestañeó para acomodar los débiles ojos a la luz.
—¿Sí? ¿Qué pasa, Zek?
—¿Dónde está Theo Dolgikh? —preguntó ella, sin andarse con rodeos ni cumplidos.
—¿Qué? —parpadeó Ivan—. ¿Ocurre algo malo, Zek?
—Tal vez muchas cosas. He dicho...
—Ya he oído lo que has dicho —saltó él—. ¿Y a ti qué te importa donde esté Dolgikh?
—Lo vi por primera vez, contigo, la mañana en que Félix Krakovitch partió para Italia, y *después* de que éste se marchase —respondió ella—. Entonces estuvo ausente hasta que trajo a Alec Kyle aquí. Pero Kyle no trabajaba contra nosotros.
Colaboraba con Krakovitch. Por el bien del mundo.
Gerenko sacó con cuidado las endebles piernas de la litera y las posó en el suelo.
—Sólo hubiese debido trabajar para el bien de la URSS —dijo.
—¿Como tú? —replicó ella al punto, cortante la voz como un cristal roto—.
Ahora *sé* lo que estaban haciendo, camarada. Algo que había que hacer, en bien de la seguridad y la cordura. No para ellos, sino para la humanidad.
Gerenko se puso en pie. Llevaba un pijama de niño y parecía quebradizo como una ramita al dirigirse a su enorme mesa.
—¿Me estás acusando, Zek?
—¡Sí! —Estaba furiosa, implacable—. Kyle era adversario nuestro, pero, personalmente, no nos había declarado la guerra. No estamos *en* guerra, camarada. Y lo hemos asesinado. No; *tú* lo has asesinado... ¡en aras de tus propias ambiciones!
Gerenko se subió a un sillón, encendió la lámpara de encima de la mesa y la enfocó con ella. Después juntó las manos y sacudió la cabeza, casi tristemente.
—¿Me acusas? Y sin embargo, tú has participado en esto. Tú has exprimido su mente.
—¡No! —Dio un paso adelante. Tenía la cara contraída por la cólera—. Yo no hice más que leer sus pensamientos a medida que fluían de él. Tus técnicos lo exprimieron.
Aunque parezca increíble, Gerenko rió entre dientes.
—Necromancia mecánica, sí.
Ella golpeó la mesa con la mano plana.
—¡Pero él no estaba muerto!
Los labios arrugados de Gerenko se torcieron en una sonrisa burlona.
—Lo está ahora, o es como si lo estuviese...
—Krakovitch es fiel, y es ruso —dijo ella, dispuesta a no callarse—. Y también quieres matarlo. ¡Y eso sería realmente un asesinato! ¡Tienes que estar loco!
Y era verdad. Pues las deformaciones de Gerenko no eran solamente corporales.
—¡Ya... *basta*! —ladró él—. Y ahora escúchame, camarada. Hablas de mi ambición. Pero, si yo soy poderoso, Rusia lo será también. Sí, porque los dos somos uno. ¿Y tú? Tú no has sido rusa el tiempo suficiente para saberlo. ¡La fuerza de este país está en su gente! Krakovitch era débil y...
—¿Era?
Le temblaron los brazos al inclinarse hacia delante, blancos los nudillos sobre el borde de la mesa.
El comprendió de pronto que aquella mujer era muy peligrosa. Haría un último esfuerzo.
—Escucha, Zek. El jefe del Partido es viejo y débil. No vivirá mucho tiempo.
Pero el próximo jefe...

—¿Andropov? —Abrió mucho los ojos—. Puedo leer en tu mente, camarada.
¿Es esto lo que nos espera? ¿Ese bruto de la KGB? *¡El hombre a quien llamas ya tu amo!*
Gerenko entrecerró de pronto los ojos cansinos, que ahora brillaron de furor.
—Cuando Brézhnev se haya ido...
—¡Pero no se ha ido aún! —gritó ella ahora—. Y cuando se entere de esto...
Eso fue un error, y grave. Ni siquiera Brézhnev podía perjudicar a Gerenko; no personalmente, no físicamente. Pero podía hacerlo... desde lejos. Podía hacer que pusiesen una trampa en el piso oficial de Gerenko en Moscú. Y una vez puesta, nadie intervenía, sino que todo funcionaba automáticamente. O Gerenko podía despertarse una mañana y encontrarse entre rejas... ¡y entonces se olvidarían de darle de comer! Su talento tenía ciertas limitaciones.
Se levantó. Con su mano infantil, empuñaba una pistola que había sacado de un cajón de la mesa. Su voz era un susurro.
—Ahora me escucharás —dijo— y te diré exactamente cuál es la situación.
Primero: no hablarás a nadie de este asunto, ni volverás a mencionarlo. Juraste guardar secreto sobre todo lo concerniente al *château.* Si faltas a tu juramento, ¡te destrozaré!
Segundo: dices que no estamos en guerra. Pero te falla la memoria.
Los agentes británicos declararon la guerra a la Organización E hace nueve meses.
¡Y estuvieron a punto de destruirla por completo! Tú eras entonces nueva aquí; estabas en alguna parte, de vacaciones con tu padre. No viste nada de aquello.
Pero deja que te diga que si ese Harry Keogh estuviese todavía vivo...
Hizo una pausa para cobrar aliento y Föener se mordió la lengua para no decirle la verdad: que Harry Keogh *estaba* todavía vivo, pero indefenso.
—Tercero —prosiguió Gerenko al fin—, podría matarte ahora mismo, y nadie me interrogaría acerca de ello. Si lo hiciesen, les diría que hacía tiempo que sospechaba de ti, les diría que tu trabajo te había vuelto loca y que me habías amenazado y amenazado a la Organización E. Tienes toda la razón, Zek: el jefe del Partido confía mucho en la organización. La aprecia. Bajo el viejo Gregor Borowitz, le sirvió muy bien. ¿Qué pasaría si una loca anduviese suelta por ahí, amenazando con causarle un daño irreparable? Desde luego, ¡tendría que matarla! Y lo haré si no prestas atención a lo que te digo. ¿Crees que alguien creería tu acusación?
¿Dónde están las pruebas? ¿En tu cabeza? ¿En tu cabeza *hueca*? Oh, es posible que te creyesen, pero ¿qué pasaría entonces? ¿Crees que me quedaría sentado, dejando que te salieses con la tuya? ¿Y lo toleraría Theo Dolgikh? Aquí lo pasas bien, Zek. Pero hay otros trabajos en otros lugares de la URSS para una joven fuerte como tú. Después de tu... ¿rehabilitación?, sin duda encontraría uno para ti...
Hizo otra pausa y guardó la pistola. Vio que había conseguido lo que quería.
—Ahora sal de aquí, pero no abandones el *château.* Quiero un informe de todo lo que has sabido de Kyle. Todo. El informe inicial puede ser breve, esquemático, y lo necesito para mañana al mediodía. El definitivo tendrá que ser minucioso: deberá contener hasta los detalles más ínfimos. ¿Comprendido? —Ella se quedó mirándolo, se mordió el labio.
—¿Y bien?
Por fin ella asintió con la cabeza, pestañeó para contener unas lágrimas de frustración, giró sobre sus talones. Cuando iba a salir, él dijo, suavemente:
—Zek —y ella se detuvo, pero no se volvió a mirarlo—. Zek, tienes un gran futuro. No lo olvido. Y realmente, es tu única alternativa. Un gran futuro... o ninguno en absoluto.
Entonces, ella salió y cerró la puerta a su espalda.
Se dirigió a su pequeña habitación, en la austera residencia que empleaba cuando no estaba de servicio, y se tumbó sobre la cama. ¡Al diablo con el informe!

Lo redactaría cuando le pareciese bien, si llegaba a redactarlo. Porque, ¿de qué le serviría ella a Gerenko cuando éste supiese todo lo que ella sabía?
Al cabo de un rato, consiguió serenarse y trató de dormir. Pero, aunque estaba mortalmente fatigada, el intento resultó vano...

Capítulo 16

Miércoles, once cuarenta y cinco de la noche, en Hartlepool, costa nordeste de Inglaterra, y con una llovizna tiñendo de un negro brillante las calles desiertas. El último autobús de los pueblos carboníferos de la costa había salido de la ciudad hacía media hora; los *pubs* y los cines habían cerrado; gatos grises se deslizaban por los callejones y un último puñado de personas se encaminaban a sus hogares en una noche en la que, sencillamente, no apetecía estar fuera de casa.
Pero en cierta casa de Blackhall Road, había una silenciosa actividad. En el ático, Brenda Keogh había alimentado a su hijo, lo había acostado y se preparaba para meterse también ella en la cama. En el hasta ahora vacío primer piso, Darcy Clarke y Guy Roberts estaban sentados casi a oscuras; Roberts daba cabezadas y Clarke escuchaba con ansiedad los crujidos nocturnos de la madera de la vieja casa. En la planta baja, sus «residentes» permanentes, dos hombres de la Brigada Especial, estaban jugando a las cartas, mientras un policía uniformado preparaba café y los observaba. En el vestíbulo, un segundo agente de uniforme montaba guardia detrás de la puerta, fumando un cigarrillo mal liado y ligeramente húmedo, mientras se preguntaba por décima vez, sentado en una incómoda silla de madera, qué diablos estaba haciendo allí.
Para los hombres de la Brigada Especial, era una cuestión de rutina: estaban allí para proteger a la joven del ático. Ella no lo sabía, pero no eran tan sólo unos buenos vecinos, sino sus guardianes. De ella y del pequeño Harry. Habían cuidado de ella durante casi todo un año, y nadie la había mirado siquiera en todo aquel tiempo: su trabajo debía de ser el más cómodo y mejor pagado de todo el servicio de seguridad. En cuanto a los dos hombres de uniforme, hacían horas extraordinarias, después de su turno, para funciones «especiales». Hubiesen debido marcharse a casa a las diez, pero parecía que el sanguinario loco andaba suelto y que la joven de arriba podía ser uno de sus objetivos. Era cuanto les habían dicho.
Todo muy misterioso.
En cambio, en el piso de arriba, Clarke y Roberts sabían exactamente por qué estaban allí y, también, con qué tenían que enfrentarse. Roberts lanzó un débil ronquido y dio una cabezada, sentado detrás de la ventana, con la cortina corrida, del cuarto de estar. Gruñó y se estiró un poco y, un momento después, empezó a cabecear de nuevo. Clarke lo miró con el entrecejo fruncido, pero sin malicia; se levantó el cuello de la chaqueta y se frotó las manos para entrar en calor. La habitación estaba húmeda y fría.
A Clarke le habría gustado encender la luz, pero no se atrevía a hacerlo; se presumía que el piso estaba vacío, y debía seguir pareciéndolo. Nada de fuego ni de luces, y el menor movimiento posible. Lo único que se permitía, para su comodidad, era una cafetera eléctrica y un bote de café instantáneo. Bueno, y algo más.
También era satisfactorio el hecho de que, por la mañana temprano, se había provisto a Roberts de un lanzallamas, y a los dos hombres de ballestas.
Clarke levantó ahora su ballesta y la miró. Estaba cargada, con el seguro puesto. ¡Cómo le habría gustado apuntarla contra el negro corazón de Yulian Bodescu! Dejó el arma, encendió uno de sus raros cigarrillos y aspiró profundamente el humo. Se sentía cansado y triste, y bastante nervioso.
Probablemente, esto era de esperar, pero él lo atribuía a que había estado tomando el café cada vez más concentrado, hasta que creyó que su sangre debía de ser, al menos en el

setenta y cinco por ciento, ¡cafeína pura! Estaba allí desde primeras horas de la mañana, y hasta ahora... nada. Al menos podía dar gracias a Dios por esto...
Abajo, en el vestíbulo, el guardia Dave Collins abrió sin ruido la puerta del piso bajo y miró en el cuarto de estar.
—Sustitúyeme, Joe —dijo a su colega—. Saldré cinco minutos para estirar las piernas y respirar un poco de aire fresco.
El otro miró una vez más a los hombres de la Brigada Especial, que seguían jugando, se levantó y empezó a abrocharse la guerrera. Tomó su casco y siguió a su amigo al vestíbulo; después abrió la puerta de la calle para que saliese el otro.
—¿Aire fresco? —le gritó—. Bromeas. ¡A mí me parece que se está levantando niebla!
Joe Baker observó cómo se alejaba su colega calle abajo, entró de nuevo y cerró la puerta. Hubiese debido correr el cerrojo, pero creyó suficiente el pequeño pestillo de acero. Se sentó junto a una mesa ocasional donde había un montón de cartas de propaganda, algunos periódicos atrasados y una lata de tabaco y papel de fumar. Joe sonrió y lió un cigarrillo «de gorra». Acababa de fumarlo cuando oyó pisadas en la puerta y una sola y suave llamada.
Se levantó, quitó el pestillo, abrió la puerta y miró al exterior. Su compañero estaba de espaldas a aquélla, frotándose las manos y mirando arriba y abajo. Una fina capa de humedad ponía un resplandor negro en el impermeable y el casco. Joe arrojó la colilla a la noche y dijo:
—Cinco minutos muy largos...
Pero fue *todo* lo que dijo. Pues, en un instante, el que estaba en el umbral se había vuelto y lo había agarrado con unas manazas que eran como argollas de hierro, y él lo había mirado a la cara... y visto que no era Dave Collins. ¡Y que no era siquiera un ser humano!
Fueron los últimos pensamientos de Joe, mientras Yulian Bodescu le doblaba la cabeza hacia atrás sin el menor esfuerzo y le hincaba unos dientes inverosímiles en el cuello. Los cerró como una trampa sobre la yugular hasta cortársela. El guardia murió al instante, desnucado y con la garganta rasgada.
Yulian lo dejó en el suelo, se volvió y cerró la puerta. Corrió el ligero cerrojo; con eso bastaría. Había sido un trabajo de segundos, un asesinato perfecto.
Bodescu tenía la boca manchada de sangre cuando miró en silencio la puerta de la vivienda de la planta baja. Sus sentidos de vampiro penetraron en la habitación cerrada. Había dos hombres en ella, muy cerca el uno del otro, haciendo algo y totalmente ignorantes del peligro. Pero no por mucho tiempo.
Yulian abrió la puerta y, sin detenerse, entró en la estancia. Vio a los agentes de la Brigada Especial, sentados a la mesa de juego. Levantaron sonriendo la mirada, vieron el casco y el impermeable y volvieron a su juego... ¡Después miraron de nuevo! Pero demasiado tarde: Yulian avanzaba por la habitación y alargaba una mano como una garra para apoderarse de una pistola de servicio, con el silenciador ya en su sitio. Habría preferido matar a su manera, pero pensó que ésta era también buena. Los agentes apenas tuvieron tiempo de respirar y de ponerse en pie, antes de que les disparase a bocajarro, medio vaciando el cargador en sus encogidos y temblorosos cuerpos...
Darcy Clarke había estado a punto de dormirse; tal vez había dormido un poco, incluso, pero algo lo había despertado. Levantó la cabeza y aguzó todos sus sentidos. ¿Pasaba algo en el vestíbulo? ¿Se había cerrado una puerta? ¿Sonaban pisadas furtivas en la escalera? Podía haber sido cualquiera de estas cosas. Pero ¿cuánto tiempo hacía? ¿Segundos o minutos?
Sonó el teléfono y Clarke se incorporó de un salto en su sillón, rígido como un palo. El corazón le palpitaba, estiró un brazo para coger el teléfono, pero la mano de Guy Roberts se le adelantó.

—Me he despertado un minuto antes que tú —murmuró Roberts, con voz ronca, en la oscuridad—. ¡Creo que algo ocurre, Darcy!
Se llevó el aparato al oído y dijo:
—Aquí Roberts.
Clarke oyó una vocecilla en el teléfono, pero no pudo distinguir lo que decía.
En cambio, vio que Roberts daba un respingo y oyó que aspiraba ruidosamente aire.
—Jesús! —exclamó Roberts. Colgó de golpe el teléfono y se puso en pie, tambaleándose—. Era Layard —jadeó—. Ha encontrado de nuevo al bastardo... *¡Y cree saber dónde está!*
Clarke no tuvo que adivinarlo, pues estaba en pleno uso de sus facultades.
Estas le decían que huyese de esa casa. Lo *empujaban* incluso hacia la puerta. Pero fue por un instante, pues «sabía» que había peligro en el rellano y fue hacia la ventana.
Clarke sabía lo que pasaba. Se sobrepuso, agarró su ballesta y se obligó a seguir al corpulento Roberts hacia la puerta del piso.
En el rellano de la primera planta, Yulian ya había percibido a los odiados espías extrasensoriales en la habitación. Sabía quiénes eran y lo peligrosos que eran. Un viejo piano vertical de ruedecillas rotas estaba colocado de espaldas a la baranda, en lo alto de la escalera; debía pesar al menos doscientos kilos, pero esto no era obstáculo para el vampiro. Lo agarró, lanzó un gruñido y lo arrastró hasta delante de la puerta. Las ruedecillas saltaron y los ejes rotos rasgaron la alfombra.
En el momento en que había terminado de hacerlo, Roberts llegó al otro lado de la puerta y trató de abrirla.
—¡Mierda! —rugió—. Sólo puede ser él, ¡y está atrapado aquí! Darcy, la puerta se abre hacia fuera; échame una mano...
Empujaron juntos la puerta con los hombros y, al fin, oyeron que las patas rotas del piano chirriaban sobre las melladas tablas del suelo. Apareció un hueco y Roberts alargó un brazo en la oscuridad, se agarró al piano y empezó a encaramarse encima de él. Arrastraba su ballesta, mientras Clarke empujaba desde atrás.
—¿Dónde diablos están esos idiotas de abajo? —jadeó Roberts.
—¡Date prisa, por el amor de Dios! —lo apremió Clarke—. Estará subiendo la escalera...
Pero no era así. Se encendió la luz del rellano.
Tumbado encima del piano, los ojos de Roberts se desorbitaron como brillantes canicas en su semblante, al mirar directamente al horrible semblante de Yulian Bodescu. El vampiro arrancó la ballesta de los dedos de Roberts, paralizados por la impresión. Volvió el arma y disparó la saeta hacia la abertura de la puerta detrás del piano. Entonces murmuró algo, con la garganta llena de sangre, y empezó a golpear metódicamente la cabeza de Roberts. La cuerda de la ballesta zumbaba con la rapidez y la fuerza de los golpes.
Roberts chilló sólo una vez, un chillido fuerte y estrindente, antes de ser acallado por el violento ataque de Yulian. Golpe tras golpe, el vampiro descargó la ballesta sobre él hasta que la cabeza quedó convertida en una pulpa roja que goteaba pedazos de cerebro sobre el teclado del piano. Sólo entonces se detuvo.
Dentro de la habitación, Clarke había oído el zumbido de la saeta, que no le dio por un pelo. Y al mirar por la abertura de la puerta, medio cegado por la luz, había visto lo que había hecho a Roberts aquella Cosa de pesadilla. Paralizado por el horror, trató sin embargo de levantar su propia arma para disparar; pero en aquel instante, Yulian había arrojado el cadáver de Roberts dentro de la habitación, encima de Clarke, y empujado de nuevo el piano contra la pared. Entonces Clarke desistió. No podía luchar contra aquella Cosa *y* contra sus extraordinarias facultades. Éstas se lo impedirían. Por consiguiente, tiró la ballesta y buscó una ventana que diese a la calle.
Ya no había coherencia en él; lo único que quería era huir. Lo más lejos y deprisa posible...

En el ático, Brenda Keogh dormía desde hacía tan sólo veinte minutos. Un grito, como el alarido de un animal torturado, la había despertado y hecho que saltase de la cama. Al principio pensó que era Harry, pero entonces oyó ruidos apagados desde la escalera y un golpe que parecía el de una puerta al cerrarse.

¿Qué diablos estaba pasando allá abajo?

Se dirigió a la puerta, con paso un tanto inseguro, la abrió y se asomó para escuchar si se reproducían los ruidos. Pero todo estaba ahora en silencio, y a oscuras el pequeño rellano: ¡una oscuridad que de pronto se abalanzó sobre ella y la arrojó de nuevo dentro de la habitación! Yulian estuvo por fin a un paso de su venganza y lanzó un gruñido triunfal al contemplar con ojos lobunos a la joven despatarrada en el suelo.

Brenda lo vio y pensó que debía ser una pesadilla. *Tenía* que serlo, pues nada como aquello podía vivir y respirar y moverse en el mundo real.

Aquella criatura era, o había sido, un hombre; por cierto, caminaba sobre dos pies, aunque un poco encorvada hacia adelante. Sus brazos eran... ¡largos! Y las manos, grandes y en forma de garras, con unas uñas afiladas. La cara era inverosímil. Habría podido ser la de un lobo, pero era lampiña y tenía otras anomalías que recordaban un murciélago. Las orejas estaban como pegadas a los lados de la cabeza; eran largas y sobresalían de un cráneo alargado e inclinado hacia atrás. La nariz..., no, el *morro*, estaba arrugado, retorcido, y las fosas nasales, abiertas y negras. La piel era escamosa, y los ojos amarillos, de pupilas escarlata, estaban hundidos en unas cuencas oscuras. ¡Y las *mandíbulas*..., los *dientes*...!

Yulian Bodescu *era* un wamphyri, y no hacía nada por disimularlo. La esencia de vampiro que llevaba dentro había encontrado el receptáculo perfecto; había actuado en él como la levadura en una cerveza fuerte. Estaba en el auge de su fuerza, de su poder, y lo sabía. En todo lo que había hecho, no había dejado una huella que pudiese identificarlo con certeza como autor del crimen. El INTPES lo sabría, desde luego, pero ningún tribunal podría condenarlo. Y Yulian había comprobado que el INTPES estaba lejos de ser omnipotente. Sus miembros eran seres humanos, y temerosos; les daría caza de uno en uno, hasta que hubiese destruido toda la organización. Incluso se fijaría un plazo, digamos un mes, para acabar con todos de una vez para siempre.

Pero lo primero era el hijo de aquella mujer, una vida incipiente que contenía a su único semejante en poder..., su indefenso semejante...

Yulian se abalanzó sobre la encogida joven, la agarró de los cabellos con una de sus manos bestiales y la levantó a medias.

—¿Dónde? —le preguntó con voz ronca—. El niño..., ¿dónde está?

Brenda se quedó boquiabierta. ¿Harry? ¿Quería a Harry aquel monstruo?

Abrió más los ojos y miró involuntariamente hacia la pequeña habitación del niño...

y los ojos del vampiro se encendieron al seguir su mirada.

—*¡No!* —gritó ella, y cobró aliento para un alarido de puro terror... que no llegó a lanzar.

Yulian la empujó con fuerza, y Brenda fue a dar de cabeza contra las limpias tablas del suelo. Perdió inmediatamente el conocimiento, y él saltó por encima de ella hacia la puerta abierta de la pequeña habitación...

En el piso de enmedio, luchando ciegamente con una vieja ventana de guillotina que parecía atrancada, Darcy Clarke sintió de pronto que menguaba su terror; o, si no su terror, al menos su afán de huir. Sus facultades eran ahora menos exigentes, lo cual quería decir que el peligro se alejaba. Pero ¿cómo? Yulian Bodescu estaba todavía en la casa, ¿no? Al serenarse, Clarke dejó de temblar, encontró un interruptor y encendió la luz. Fluyó adrenalina en su sistema. Ahora podía enfocar de nuevo la mirada, podía ver los pestillos que aseguraban la ventana. Los soltó, y aquélla se alzó sobre las ranuras sin protestar. Clarke sonrió, aliviado; al menos tenía ahora una salida de emergencia. Miró por la ventana, hacia la calle oscura... y se quedó helado.

Al principio, sus ojos se negaron a aceptar lo que estaban viendo. Después lanzó una exclamación ahogada y sintió un cosquilleo en los hombros y en la espalda. ¡La calle de delante de la casa se estaba llenando de gente! Convergían en hileras silenciosas, y se agrupaban. Salían de las puertas del cementerio, al otro lado de la calle: hombres, mujeres y niños. Todos en silencio, cruzaban la calzada para reunirse delante de la casa. ¡Pues estaban tan mudos como las tumbas de las que acababan de salir!

Su hedor llegó hasta Clarke en el húmedo aire de la noche, el fuerte y mareante tufo de moho y descomposición y carne podrida. Observó con ojos desorbitados. Vestían sus ropas fúnebres; algunos habían fallecido hacía poco, y otros... otros llevaban mucho tiempo muertos. Saltaban sobre la pared del cementerio o se apretujaban en la verja, y cruzaban la calle arrastrando los pies. Y ahora, uno de ellos llamaba a la puerta de la casa, queriendo entrar en ella.

Clarke podía haber pensado que estaba loco y, por cierto, se le ocurrió esta idea, pero sabía en el fondo de su mente, y recordó, que Harry Keogh era un necroscopio. Conocía la historia de Keogh: un hombre que podía hablar con los muertos, a quien los muertos respetaban e incluso querían. Más aún, Keogh podía levantar a los muertos cuando los necesitaba. ¿Y acaso no los necesitaba ahora?

¡Claro! Esto era obra de Harry. Era la única explicación posible.

La muchedumbre de delante de la puerta empezó a levantar sus cabezas grises y jaspeadas. Miraron a Clarke, lo llamaron, señalando la puena. Querían que los dejase entrar... y Clarke sabía la razón. «Tal vez estoy loco a fin de cuentas», pensó, corriendo hacia la puerta del piso. «Es más de medianoche y un vampiro anda suelto, ¡y voy a bajar para dejar que una horda de muertos entre en la casa» Pero la puerta del piso seguía atrancada, con el piano apuntalado en el rellano contra ella. Clarke la empujó con el hombro hasta que creyó que iba a estallar su corazón. La puerta estaba cediendo, pero sólo un centímetro cada vez.

Simplemente, no tenía la fuerza necesaria para...

Pero Guy Roberts sí que la tenía.

Clarke no supo que su amigo muerto se había levantado hasta que lo vio allí, a su lado, ayudándole a abrir la puerta. Roberts, con la aplastada cabeza carmesí doblada sobre un hombro, con el cráneo roto mostrando los sesos, empujaba inexorablemente hacia adelante, ¡con fuerza de ultratumba!

Y entonces Clarke se desmayó...

Los dos Harrys habían mirado a través de los ojos del niño a la cara del terror en persona, a la cara de Yulian Bodescu. Abalanzado sobre la cuna del pequeño, la malicia regocijada de sus ojos revelaba claramente sus intenciones.

¡Se acabó!, pensó Harry Keogh. *¡Que todo tenga que terminar así!*

No, dijo otra voz en su mente. *No se acabó. Por medio de ti aprendí lo que tenía que aprender. Ya no te necesito para eso. Pero aún te necesito como padre.*

Por consiguiente, vete, ¡sálvate!

Sólo una persona podía hablarle así, ahora, por primera vez, cuando no había tiempo para preguntarse sobre el «cómo» y el «porqué» de todo aquello. Pues Harry había sentido que las ligaduras del niño se desprendían como cadenas rotas y lo dejaban de nuevo en libertad. En libertad de llevar su mente incorpórea a la seguridad del continuo de Möbius. Podía hacerlo aquí y ahora, dejando que su hijo arrastrase la situación. *Podía* irse..., ¡pero no podía!

Las fauces de Bodescu se abrieron como un pozo, mostrando una lengua de serpiente que vibraba detrás de unos dientes como puñales.

¡Vete!, repitió Harry, en tono más apremiante.

¡Eres mi hijo!, exclamó Harry. *¡Maldita sea, no puedo irme! ¡No puedo dejarte así!*

¿Dejarme así? Había sido como si el niño no pudiese seguir su razonamiento.
Pero entonces lo captó y dijo: *Pero ¿te imaginabas que iba a quedarme aquí?*
Las manos como garras de la bestia se alargaron hacia el niño en su cuna.
Yulian vio ahora que Harry hijo era... era más que un niño. Harry Keogh estaba en él, y aún más que esto. El pequeñín lo miró, lo miró fijamente con unos ojos grandes, húmedos, inocentes, y sin la menor señal de miedo. ¿O eran realmente inocentes? Por primera vez, desde Harkley, Yulian supo lo que era el miedo. Se echó un poco atrás, pero se dominó enseguida. ¿Acaso no había venido para esto? Era mejor hacerlo de una vez, y deprisa. Alargó de nuevo las manos hacia el niño.
El pequeño Harry había vuelto la redonda cabecita a un lado y otro, buscando una puerta de Möbius. Había una a su lado, flotando sobre las almohadas. Era algo instintivo en sus genes. Había estado siempre allí. El control del niño sobre su propia mente era formidable; sobre su cuerpo, no era tan seguro. Pero había podido resolverlo. Encogiendo los inexpertos músculos, se había escurrido y rodado a través de la puerta de Möbius. ¡Y las manos y las fauces del vampiro se cerraron en el aire tenue!
Yulian se echó atrás, se apartó de la cuna como si ésta hubiese estallado de pronto en llamas. Boquiabierto, se arrojó entonces sobre las sábanas, haciéndolas jirones. ¡Nada! ¡El niño había desaparecido! Uno de los trucos de Harry Keogh, la obra de un necroscopio.
No he sido yo, Yulian, dijo suavemente Harry desde atrás de él. *No esta vez.*
Lo ha hecho él solo. Y no es todo lo que puede hacer.
Yulian se volvió en redondo, vio la figura desnuda de Harry perfilándose en un resplandor azul de neón y avanzó amenazadoramente hacia él. Pasó *a través* de la manifestación, arañando el vacío.
—¿Qué? —dijo, con voz gutural—. *¿Qué?*
Harry volvía a estar detrás de él.
Estás acabado, Yulian, le dijo entonces, en tono de gran satisfacción. *Todo el mal que has hecho, podemos deshacerlo. Nosotros no podemos devolver la vida a los que mataste, pero sí vengar a algunos de ellos.*
—¿Nosotros? —El vampiro habló moviendo su lengua de serpiente, como goteando ácido—. No hay «nosotros» que valga; sólo eres tú. Y aunque tenga que emplear todo el futuro en ello, te...
No habrá un futuro para ti. Harry sacudió la cabeza. *En realidad, ¡ya no te queda tiempo alguno!*
Hubo un suave pero concertado ruido de pisadas en la escalera y en el rellano; algo no: muchos «algos» subían al piso. Yulian pasó del pequeño dormitorio a la habitación principal y se detuvo. Brenda Keogh ya no estaba donde él la había arrojado, pero Yulian apenas lo advirtió.
La manifestación de Keogh, suspendida en el aire tenue, siguió al vampiro para observar el enfrentamiento.
Un policía, con el cuello desgarrado, ejercía el mando. Y los otros lo seguían con pasos lentos y tambaleantes, pero resueltos.
Puedes matar a los vivos, Yulian, dijo Harry al gemebundo vampiro, *pero no puedes matar a los muertos.*
—Tú... —Yulian se volvió de nuevo a él—. ¡Tú los has llamado!
No. Harry sacudió la cabeza. *Los llamó mi hijo. Sin duda estuvo hablando con ellos durante algún tiempo, y han llegado a apreciarlo tanto como a mí.*
—¡No!
Bodescu corrió a la ventana y vio que era vieja y estaba cerrada. Uno de los cadáveres, un cuerpo que expulsaba gusanos a cada paso, saltó tras él. En su mano huesuda llevaba la ballesta de Darcy Clarke. Otros empuñaban largos palos, tomados de las vallas del

cementerio. Una corrupción animada se desparramaba ahora en la habitación como pus de un furúnculo reventado.
Todo ha terminado, Yulian, dijo Harry.
Bodescu se volvió hacia todos ellos y lo negó. No, no había terminado aún.
¿Qué eran ellos, sino un espejismo y una multitud de muertos?
—¡Keogh, bastardo incorpóreo! —gruñó—. ¿Crees que eres el único que tiene poder?
Se agachó, dilató los hombros y se echó a reír. Su cuello se alargó y la carne tembló como adquiriendo vida propia. La terrible cabeza parecía ahora la de un pterodáctilo primigenio. Su cuerpo pareció vibrar, aplanándose y ensanchándose hasta que la ropa que lo envolvía se desgarró por muchos sitios. Entonces abrió y estiró los brazos, formando una cruz blasfema, y surgieron unas alas membranosas de los lados de su cuerpo. Con más facilidad y ligereza y soltura que las que había tenido en su tiempo Faethor Ferenczy, transformó completamente su carne de vampiro. Y donde, momentos antes, había estado un ser de aspecto humano, se erguía ahora una enorme criatura parecida a un murciélago, frente a los que le daban caza.
Entonces... aquella cosa que era Yulian Bodescu se volvió y se lanzó contra la frágil celosía de la ancha ventana.
¡No dejéis que se vaya!, dijo innecesariamente Harry a los muertos, porque no pensaban hacerlo.
Yulian atravesó la celosía, sembrando la calle de cristales y de fragmentos de madera pintada. Formó una especie de ala delta, torciendo el monstruoso cuerpo como una cometa para captar el viento nocturno que soplaba desde el oeste. Pero el vengador que llevaba la ballesta se plantó detrás de la ventana rota y apuntó su arma. Un cadáver sin ojos no hubiese debido ver nada, pero, en su extraña seudovida, aquellos pedazos de carne corrompida disfrutaban de todos los sentidos que habían poseído en la vida real. Y éste había sido un buen tirador.
Disparó y la saeta alcanzó a Yulian en la espina dorsal, en mitad de su correosa espalda. *Al corazón,* advirtió Harry al tirador. *Hubiese debido apuntarle al corazón.* Pero en definitiva el resultado sería el mismo.
Yulian lanzó un grito ronco y vibrante de animal herido. Dobló el cuerpo en una contorsión de agonía. Perdió el control, y descendió como un pájaro aliquebrado sobre el cementerio. Trató de mantener el vuelo, pero la saeta le había roto la espina dorsal y ésta tardaría en curarse. No había tiempo que perder. Yulian cayó dentro del cementerio, chocando con los húmedos arbustos, e inmediatamente los muertos volvieron sobre sus pasos y empezaron a salir del ático, para perseguirlo.
Bajaron la escalera, algunos con carne desprendiéndose de los huesos y otros sin poder evitar que se rompiesen trozos de su cuerpo que los seguían por su propia voluntad. Harry fue con ellos, con todos los muertos de los que había sido amigo... cuando vivía aquí —¿cuánto tiempo hacía?— y con otros nuevos amigos con los que ni siquiera había hablado aún.
Había entre ellos dos jóvenes policías que nunca volverían a casa para reunirse con la esposa, y otros dos de la Brigada Especial, con orificios de bala como flores escarlata en su ropa; y había un hombre gordo llamado Guy Roberts, cuya cabeza ya no era tal, pero cuyo corazón seguía estando en su sitio. Roberts había venido a Hartlepool a cumplir una misión que esperaba terminar ahora.
Todos bajaron la escalera, salieron por la puerta, cruzaron la calle y entraron en el cementerio. Había muchos rezagados que no habían podido ir hasta el piso, porque no estaban en condiciones de hacerlo. Pero, cuando Yulian había caído, lo habían rodeado, blandiendo estacas y amenazándolo a su silenciosa y tétrica manera.
Atravesarle el corazón, les dijo Harry al llegar.

Maldita sea, Harry, ¡no se está quieto!, protestó uno de ellos. *Su piel parece de goma, y estas estacas son romas.*
Tal vez tengo yo la solución. Otro cadáver, muerto recientemente, se adelantó. Era el agente Dave Collins, que caminaba torcido, porque Yulian le había roto la espalda en un callejón a menos de cien metros calle abajo. Llevaba en una mano la hoz del guarda del cementerio, un poco oxidada por haber estado entre las altas hierbas al pie del muro del camposanto.
Así es como hay que hacerlo, convino Harry, sin escuchar los roncos gritos de Yulian. *La estaca, la espada y el fuego.*
Yo tengo el fuego. Alguien que tenía la cabeza completamente destrozada, Guy Roberts, avanzó tambaleándose y arrastrando un pesado depósito y una manguera: ¡un lanzallamas del Ejército! Y si Yulian había gritado antes, ahora lo hizo con más fuerza. Los muertos no le tuvieron compasión. Se abalanzaron sobre él y lo sujetaron contra el suelo, y el aterrorizado Yulian Bodescu, convirtió de nuevo su cuerpo de vampiro en el de un hombre. Un gran error, pues ahora ellos podían encontrar su corazón más fácilmente. Uno trajo un pedazo de una lápida rota y lo emplearon como martillo, consiguiendo al fin hincar una estaca en su sitio.
Clavado como una fea mariposa, Yulian chillaba y se retorcía, pero la cosa había casi terminado.
Dave Collins miró, suspiró y dijo:
Hace una hora, yo era un policía, y ahora parece que voy a ser un verdugo.
El veredicto ha sido unánime, Dave, le recordó Harry.
Y como la propia Parca, Dave Collins avanzó y cortó lo más limpiamente posible la odiosa cabeza de Yulian, aunque tuvo que golpearla más de un par de veces. Entonces le llegó el turno a Guy Roberts; vertió sobre el ahora callado vampiro el rugiente, abrasador y devorador fuego del lanzallamas, hasta que, virtualmente, nada quedó de él. Y no paró hasta que el depósito estuvo vacío.
Entonces, los muertos se estaban ya dispersando, volviendo a sus abiertas tumbas.
Era hora de que Harry siguiese su camino. El viento había despejado la niebla de Yulian y también el hedor de la putrefacción, y brillaban las estrellas en el cielo nocturno. Harry había terminado allí su trabajo, pero todavía había mucho que hacer en otra parte.
Dio las gracias a los muertos, a todos y cada uno de ellos, y encontró una puerta de Möbius...
Harry casi estaba acostumbrado ahora al continuo de Möbius, pero presumía que la mayoría de las mentes humanas lo encontrarían insoportable. Pues no había «donde y «cuando» en la banda espacio-tiempo de Möbius; pero un hombre con los conocimientos y la mentalidad adecuados, podía emplearla para ir a cualquier parte y cuando quisiera. Pero antes necesitaría, naturalmente, dominar su miedo a la oscuridad.
Pues, en el universo físico, hay grados de oscuridad, y la naturaleza parece aborrecerlos tanto como al vacío. Pero el continuo metafísico de Möbius está hecho de oscuridad. Sólo se compone de ella. Más allá de las puertas de Möbius está la Oscuridad Primigenia, que existía antes de que empezase el universo material.
Harry hubiese podido hallarse en el centro de un agujero negro, pero los agujeros negros tienen una gravedad enorme y este lugar no tenía ninguna. No tenía gravedad, porque no contenía masa alguna; era inmaterial como el pensamiento; pero, como el pensamiento, era una fuerza. Tenía poderes que reaccionaron a la presencia de Harry y trataron de expulsarlo, como a una carbonilla metida en el ojo. Era un cuerpo extraño, que el continuo de Möbius debía rechazar.
Al menos, esto era lo que había pasado siempre. Pero esta vez Harry sintió que las cosas eran diferentes.

Antes había tenido siempre la sensación de fuerzas inmateriales que lo empujaban, tratando de desalojarlo de lo irreal y hacerlo volver a lo real. Y él nunca se había atrevido a dejar que esto ocurriese contra su deseo, para no exponerse a ir a parar a un lugar o a un tiempo completamente insoportables. Pero ahora tenía la impresión de que aquellas mismas fuerzas se encogían un poco, tal vez se empujaban incluso unas a otras para hacerle sitio. Y la mente liberada e incorpórea de Harry creyó saber la razón. La intuición le dijo que esto era su..., sí, ¡su metamorfosis!

De lo real a lo irreal, del ser de carne y sangre a una conciencia inmaterial, de una persona viva a... ¿un fantasma? Harry se había negado siempre a aceptar la premisa de que estaba realmente muerto, pero ahora empezó a temer que fuese verdad. El hecho de que fuese uno de ellos, ¿no explicaría la razón de que los muertos lo quisieran tanto?

Rechazó irritado esta idea. Irritado consigo mismo. No, con los muertos que lo habían querido antes de esto, cuando era todavía un hombre cabal. Y esta idea le irritó también. *¡Todavía soy un hombre!,* se dijo, pero con mucha menos convicción; pues ahora que la había conjurado, la idea de una sutil metamorfosis se estaba afirmando dentro de él.

Hacía menos de un año, había discutido con August Ferdinand Möbius sobre una posible relación entre los universos físico y metafísico. Möbius, en su tumba de un cementerio de Leipzig, había insistido en que los dos estaban completamente separados, eran incapaces de imponerse el uno al otro. Podían rozarse ocasionalmente, produciendo una reacción en ambas partes, por ejemplo, los «fantasmas» o las «experiencias metapsíquicas» en el plano físico; pero nunca podían sobreponerse y *nunca* coincidir.

Y en cuanto a saltar del uno al otro y volver atrás...

Pero Harry había sido la anomalía, la mosca en el ungüento de Möbius, la china en el camino. ¿O tal vez la excepción que confirmaba la regla?

Pero todo esto había sido cuando él tenía forma, cuando era corpóreo. ¿Y ahora? Tal vez ahora se imponía al fin la regla, eliminando toda discrepancia. Harry *pertenecía* a aquí; ya no era físico, sino metafísico. Y seguiría siéndolo aquí. Aquí para siempre, dejándose llevar por el inimaginable y científicamente imposible torrente de fuerzas en el abstracto continuo de Möbius. Tal vez se estaba identificando con el lugar.

Asociación de palabras: fuerza-flujo, campos de fuerza, líneas de fuerza, líneas de vida. ¡Las brillantes líneas azules de vida, extendiéndose hacia adelante, más allá de las puertas del futuro! Y de pronto, Harry recordó algo y se preguntó cómo había podido permanecer tan escondido en el fondo de su mente. La banda de Möbius *no podía* reclamarlo; al menos, todavía no, porque él tenía un futuro.

¿No lo había visto con sus ojos?

Incluso podía experimentarlo de nuevo si quería, encontrando simplemente una puerta del futuro. O quizás esta vez no sería tan sencillo. ¿Y si el continuo de Möbius lo reclamaba mientras él cruzaba el tiempo? Era una idea insoportable:

¡viajar en el futuro para siempre! Pero no necesitaba arriesgarse, pues podía recordarlo bastante bien:

La línea de vida escarlata, acercándose más, desviándose hacia las azules de él mismo y del pequeño Harry, Yulian Bodescu, sin duda.

Y entonces, el hilo de la vida del pequeño, apartándose bruscamente de la de su padre y alejándose en tangente. Debía de ser cuando había escapado del vampiro, el momento en que había empleado por primera vez y por derecho propio el continuo de Möbius. Después de aquello... se había producido aquella colisión imposible:

Aquella extraña línea azul de vida, que palidecía, se deshacía, se desintegraba y convergía con la de Harry, salida de ninguna parte. Las dos habían parecido doblarse por una mutua atracción, antes de chocar con un resplandor de neón y seguir adelante como un

solo hilo. Por un instante, Harry había sentido la presencia, o el débil y fugaz eco, de otra mente. Pero se había extinguido y su raya se había prolongado sola...

Sí, y él había reconocido aquel eco moribundo de una mente.

Ahora sabía de fijo dónde debía ir, a quién debía buscar. Y con un poco menos de habilidad de lo acostumbrado, encontró su camino hacia la sede de INTPES en Londres...

En el piso más alto, las series de oficinas, laboratorios, habitaciones particulares y el salón de recreo, que constituían la sede del INTPES, estaban en plena agitación. Hacía quince minutos, había ocurrido algo que, a pesar de la naturaleza de la institución y de las diversas facultades de su personal, iba más allá de todas las experiencias anteriores. No había habido previo aviso; aquella cosa no había avisado a los telépatas, augures u otras personas psíquicamente sensibles; simplemente, había «ocurrido» y los había dejado corriendo de un lado a otro como hormigas alrededor de un hormiguero estropeado.

Había sido la llegada de Harry Keogh hijo. Y de su madre.

La primera noticia que había tenido el INTPES de ello había sido cuando todas las alarmas habían sonado de forma simultánea. Los indicadores habían mostrado que el intruso estaba en la oficina principal, el cuarto de control de Alec Kyle.

Nadie, salvo John Grieve, había estado en aquella habitación desde que Kyle había volado a Italia, y el lugar estaba ahora perfectamente cerrado. No podía haber nadie allí dentro.

Desde luego, había podido producirse un fallo en el sistema de alarma, pero...

entonces se habían advertido los primeros indicios reales de lo que estaba ocurriendo. Todos los expertos del INTPES lo habían sentido al mismo tiempo: una presencia poderosa, un gigante mental en medio de ellos, en su sede. ¿Harry Keogh?

Por último, habían abierto la puerta del despacho de Kyle... y encontrado a un niño pequeño y a su madre acurrucados juntos sobre la alfombra. Nada físico se había manifestado jamás de esta manera; al menos, en INTPES. Cuando el propio Keogh había visitado aquí a Kyle, había sido incorpóreo, sin sustancia, una mera impresión del hombre que había sido Keogh. Pero estas personas eran reales, sólidas, vivas, y respiraban. Habían sido teletransportadas aquí.

El «porqué» de ello era evidente: para escapar de Bodescu. En cuanto al «cómo», eso tendría que esperar. La madre y el hijo, y por consiguiente el propio INTPES, estaban a salvo, y esto era lo importante.

Al principio habían pensado que Brenda Keogh estaba durmiendo; pero, cuando Grieve la reconoció cuidadosamente, encontró un gran chichón blando en la parte de atrás de su cabeza y presumió que estaba conmocionada. En cuanto al pequeño, había mirado a su alrededor, alerta y con los ojos muy abiertos, al parecer un poco sorprendido pero no asustado, yaciendo en los brazos relajados de su madre mientras chupaba su dedo pulgar. No parecía haber sufrido mucho.

Con el mayor cuidado y prestando atención a su tarea, los miembros del INTPES habían llevado a la pareja a las habitaciones del personal, los habían acostado y habían llamado a un médico. Después se habían reunido en la sala de operaciones para hablar del asunto. Y entonces había entrado Harry en escena.

Aunque su aparición fue sorprendente, no resultó impresionante y sí tranquilizadora; la anterior materialización los había preparado para esto. Incluso podía decirse que lo estaban esperando. John Grieve acababa de ocupar el estrado y de apagar algunas luces cuando Harry apareció. Lo hizo en la forma de que habían oído hablar todos los miembros del INTPES, pero que pocos de ellos, y ninguno de los presentes, había presenciado nunca: una fina malla de filamentos azules luminosos, casi un holograma, en la imagen de un hombre. Y de nuevo se produjo aquella onda expansiva psíquica, que dijo a todos que estaban en presencia de una fuerza metafísica.

John Grieve la sintió también, pero fue el último en ver realmente a Harry, pues éste había aparecido en el estrado, un poco detrás de Grieve. Entonces, el oficial de guardia permanente oyó la exclamación unánime del reducido público que ocupaba los asientos, y volvió la cabeza.
—¡Dios mío! —dijo, tambaleándose un poco.
No, dijo Harry, *sólo soy Harry Keogh. ¿Estás bien?*
Grieve casi se había caído del estrado, pero había recobrado el equilibrio en el último momento. Se sobrepuso y dijo:
—Sí, creo que sí. —Después levantó la mano para acallar los murmullos excitados y expectantes—. ¿Qué sucede, Harry?
Bajó del estrado y se echó atrás.
No os asustéis, por favor, dijo Harry. Era un ritual al que empezaba a acostumbrarse. *Soy uno de vosotros, ¿lo recordáis?*
—No estamos asustados, Harry —consiguió decir Ken Layard—. Sólo... somos precavidos.
Estoy buscando a Alec Kyle, dijo Harry. *¿Ha vuelto ya?*
—No. —Grieve meneó la cabeza y volvió ligeramente la cara—. Y probablemente no volverá. Pero tu esposa y tu hijo están aquí y bien.
La manifestación de Keogh suspiró, visiblemente aliviado. Esto explicaba lo mucho que el pequeño había penetrado en su mente.
¡Bien!, dijo. *Me refiero a Brenda y al niño. Sabía que estarían a salvo en alguna parte, pero este lugar tiene que ser el más seguro...*
Ahora se habían puesto todos en pie y avanzado hasta la base de la elevada plataforma.
—Pero, ¿no los *enviaste* tú aquí? —preguntó Grieve, desconcertado.
Harry sacudió la cabeza de neón.
Todo ha sido obra del pequeño. Ha venido aquí con su madre, a través del continuo de Möbius. Conviene que cuidéis de él, pues va a ser un elemento valiosísimo. Pero hay cosas que no pueden esperar, por lo que tendré que dejar las explicaciones para más adelante. Habladme de Alec.
Grieve lo hizo y Layard añadió:
—Sé que está allí, en el *château,* pero lo percibo como..., bueno, como si estuviese muerto.
Esto impresionó duramente a Harry. Aquel extraño hilo azul de la vida que palidecía, se deshacía, se desintegraba. ¡Alec Kyle!
Hay cosas que querréis saber, les dijo, apresuradamente. *Cosas que tenéis derecho a saber. Primera: Yulian Bodescu está muerto.*
Alguien silbó con satisfacción y Layard exclamó:
—¡Jesús, eso es maravilloso!
Ahora fue Harry quien volvió la cara.
Guy Roberts también está muerto, dijo.
Durante un momento, reinó el silencio; después preguntó alguien:
—¿Y Darcy Clarke?
Está bien, respondió Harry, *al menos que yo sepa. Escuchad, todo lo demás tendrá que esperar. Ahora he de marcharme. Pero tengo la impresión de que volveremos a vernos.*
Se encogió sobre sí mismo hasta convertirse en un solo punto de luz azul radiante, y desapareció...
Harry conocía bastante bien el camino hasta el *château* Bronnitsy, pero el continuo de Möbius le puso obstáculos durante todo el trayecto. Se esforzó en retenerlo, en guardarlo para sí. Cuanto más tiempo permaneciese incorpóreo, peor sería su situación, hasta que al fin se vería atrapado en la noche infinita de otra dimensión. Pero no todavía.

Alec Kyle no estaba muerto y Harry lo sabía; si lo hubiese estado habría podido proyectar simplemente su mente y hablar con él, como hablaba con todos los muertos. Pero aunque lo intentó, al principio temerosamente, por fortuna no obtuvo respuesta. Esto lo animó; se esforzó hasta al máximo en establecer contacto con la mente de Kyle, aunque esperando no lograrlo. Pero esta vez...

Harry sintió que le invadía el horror al captar el débil y vacilante eco del hombre a quien buscaba. Un eco, sí: un grito desesperado y que se extinguió enseguida. Pero era el faro que necesitaba Harry, y se lanzó al instante hacia allá.

Entonces... ¡fue como si lo hubiese sorprendido un huracán! Volvía a ser Harry hijo, pero diez veces peor. Y esta vez no había manera de resistirlo. Harry no tuvo que liberarse del continuo de Möbius, sino que fue arrancado indemne de él.

Arrancado de él e insertado...

¡En todas partes!

No había sido fácil, pero Zek Föener se había dormido al fin, aunque para dar vueltas en la cama durante horas, presa de una pesadilla atroz. Por último se había despertado por la mañana temprano y mirado a su alrededor, en la oscuridad de su espartana habitación. Por primera vez desde que había llegado al *château*, el lugar le parecía extraño; su trabajo aquí era vano; no le daba provecho ni satisfacción.

Ciertamente, era malo. Y lo era porque era mala la gente para la que trabajaba.

Con Krakovitch, la cosa había sido diferente; pero con Iván Gerenko... sólo su nombre le daba mal sabor de boca. Su vida sería imposible, si él asumía el control.

En cuanto a aquel sapo asesino de Theo Dolgikh.

Zek se había levantado, se había rociado la cara con agua fría y había bajado al sótano donde se hallaban los diversos laboratorios experimentales del *château.*

En la escalera y en un pasillo se había cruzado con un técnico de guardia por la noche y con un experto en percepción extrasensorial: ambos la habían saludado con la cabeza en muestra de respeto, pero ella pasó simplemente por su lado y continuó su camino. Tenía que presentar sus propios respetos... a un hombre al que se podía dar por muerto.

Después de entrar en el laboratorio mental, había tomado una silla de acero y se había sentado al lado de Alec Kyle y tocado su pálida carne. El pulso era errático; el movimiento ascendente y descendente del pecho, débil y anómalo. El cerebro estaba casi totalmente muerto, y dentro de menos de veinticuatro horas...

Las autoridades de Berlín Occidental no sabrían quién era ni qué lo había matado.

Un asesinato, puro y simple.

Y ella había colaborado en esto. La habían engañado, le habían dicho que Kyle era un espía, un enemigo cuyos secretos eran de la máxima importancia para la Unión Soviética, mientras que, en realidad, sólo lo eran para Iván Gerenko. Se había defendido ante aquella criatura enferma, se había excusado cuando él le había dicho que había participado en ello; pero no tenía defensa contra su propia conciencia.

Oh, era fácil para Gerenko y para miles como él, que sólo leían informes. Zek leía *mentes,* y esto era completamente distinto. Una mente no es un libro; los libros sólo describen emociones, raras veces hacen que se sientan. Pero para el telépata, la emoción es real, cruda y poderosa como la propia información. No había leído simplemente el diario robado de Kyle, sino también su vida. Y al hacerlo, había contribuido también a quitársela.

Un enemigo, sí, presumía que lo había sido, porque era fiel a otro país, a unas leyes diferentes. Pero ¿una amenaza? Oh, en las altas esferas de su gobierno había sin duda personajes que deseaban ver a Rusia humillada y sometida. Pero Kyle no era militarista, no era un estratega subversivo que quisiera minar los cimientos de la identidad y la sociedad comunistas. No, era humanitario, creía firmemente que todos los hombres eran, o deberían ser, hermanos. Y su único deseo había sido mantener un equilibrio. En su trabajo, había

sido utilizado por la Organización E británica, como lo era la propia Zek ahora por la suya, cuando ambos habrían podido trabajar para fines más elevados.
¿Y dónde estaba ahora Alec Kyle? En ninguna parte. Su cuerpo estaba allí, pero su mente, una mente excelente, había desaparecido para siempre.
Zek levantó la cabeza y miró con ojos críticos la maquinaria adosada a las paredes esterilizadas. ¿Vampiros? El mundo estaba lleno de ellos. ¿Y qué decir de estas máquinas que habían absorbido el conocimiento de él y lo habían destruido para siempre? Pero la máquina no puede sentir culpa, pues ésta es una emoción enteramente humana...
Tomó una decisión: si era posible, encontraría la manera de librarse de la Organización E. Se habían dado casos de telépatas que habían perdido su facultades; ¿por qué no había de perderlas ella? Si podía simularlo, convencer a Gerenko de que ya no era útil para esta siniestra organización, entonces...
El hilo de los pensamientos de Zek se rompió aquí. Las puntas de los dedos que apoyaba en la muñeca de Kyle registraron que el pulso se había vuelto de pronto regular y firme; el pecho subía y bajaba rítmicamente; la mente..., *¿su* mente...?
No, ¡la mente de otro! Una asombrosa oleada de energía psíquica brotaba de él. No era telepatía, no era nada que Zek hubiese sentido antes; pero, fuera lo que fuese, ¡era muy fuerte! Retiró la mano y se puso en pie de un salto; sintió que tenía flojas las piernas, como de gelatina, y sintió un nudo en la garganta, contemplando al hombre que yacía sobre una mesa de operaciones que hubiese debido ser su lecho de muerte. Las ideas de él, al principio confusas, se fueron aclarando al fin.
No es mi cuerpo, se dijo Harry, sin saber que alguien lo estaba escuchando, *pero es bueno y puede moverse libremente, No queda nada de ti, Alec, pero hay todavía una oportunidad para mí..., una buena oportunidad para Harry Keogh. Dios mío, Alec, dondequiera que estés ahora, ¡perdóname!*
Su identidad estaba en la mente de Zek, que sabía que no se había equivocado. Sus piernas empezaron a doblarse. Entonces la figura, quienquiera que fuese, que estaba sobre la mesa, abrió los ojos y se sentó, y esto fue lo que faltaba. Zek se desmayó un momento, dos o tres segundos, pero los suficientes para que cayese al suelo. Y también los suficientes para que él bajase de la mesa y se arrodillase a su lado. Le frotó vivamente la muñeca y ella lo sintió, sintió las manos cálidas sobre su piel de pronto fría. Unas manos calientes, vivas, vigorosas.
—Soy Harry Keogh —dijo él, al abrir ella los ojos.
Zek había aprendido un poco de inglés de los turistas británicos en Zakinthos.
—Yo... lo sé —dijo—. Y yo... ¡estoy loca!
Él la miró, miró su uniforme gris del *château,* con su único galón en diagonal sobre el corazón; miró a todo su alrededor, los instrumentos y por fin, con gran asombro, su propia persona desnuda. Sí, *su* persona, ahora, y dijo, en tono acusador:
—¿Has tenido algo que ver con esto?
Zek se levantó y desvió la mirada. Todavía estaba estremecida, dudando de su cordura. Y fue como si él leyese su mente, pero en realidad, sólo fue una presunción.
—No —dijo—, no estás loca. Yo soy quien crees que soy. Y te he hecho una pregunta: ¿destruíste tú la mente de Alec Kyle?
—Participé en ello —confesó ella al fin—. Pero no con... eso —miró la maquinaria y después a Harry—. Soy telépata. Leí sus pensamientos mientras ellos...
—¿Mientras ellos los borraban?
Ella agachó la cabeza; después la levantó y pestañeó para contener las lágrimas.
—¿Por qué has venido aquí? ¡También te matarán!
Harry se miró. Empezaba a darse cuenta de su desnudez. Al principio había sido como llevar un traje nuevo, pero ahora veía que era solamente carne. Su carne.

—No has dado la alarma —dijo.
—No he hecho nada, todavía —respondió ella, encogiendo los hombros, con impotencia—. Tal vez estás equivocado y estoy loca...
—¿Cómo te llamas?
Ella se lo dijo.
—Escucha, Zek —dijo él—. He estado aquí antes de ahora, ¿lo sabías?
Ella asintió. Oh, sí, lo sabía, y también el desastre que él había provocado.
—Bueno, ahora me voy, pero volveré. Probablemente pronto. Demasiado pronto para que puedas evitarlo. Si sabes lo que ocurrió la última vez que estuve aquí, seguirás mi consejo: vete. Ve a cualquier parte, pero no estés aquí cuando yo vuelva. ¿Lo comprendes?
—¿Te vas? —Empezaba a sentirse histérica, a sentir que una risa incontenible agitaba su interior—. ¿Crees que vas a ir a alguna parte, Harry Keogh?
¡Seguramente sabes que estás en el corazón de Rusia! —Se había vuelto a medias, pero lo miró de nuevo—. No tienes la menor posibilidad de...
O tal vez sí que la tenía. Pues Harry ya no estaba allí...
Harry gritó el nombre de Carl Quint en el continuo de Möbius y recibió inmediatamente una respuesta. *Estamos aquí, Harry. Te esperábamos, más pronto o más tarde,*
¿«Estamos»? Harry sintió que se le encogía el corazón.
Yo, Félix Krakovitch, Sergei Gulhárov y Mijaíl Volkonsky. Theo Dolgikh nos liquidó a todos. Desde luego, conoces a Félix y Sergei, pero no a Mijaíl. Te gustará.
¡Es todo un tipo! Oye, ¿qué nos dices de Alec? ¿Cómo le fue?
—No mejor que a vosotros —dijo Harry, reuniéndose con ellos.
Salió de la banda infinita de Möbius a las voladas ruinas del castillo de Faethor Ferenczy en los Cárpatos. Eran poco más de las tres de la madrugada y pasaban nubes por debajo de la luna, convirtiendo el ancho saliente sobre la garganta en un terreno de sombras fantasmales. El viento de la llanura ucraniana era frío sobre sobre la carne desnuda de Harry.
Conque Alec la palmó también, ¿eh? La voz muerta de Quint se había vuelto agria. Pero enseguida se animó. *¡Tal vez podremos ir en su busca!*
—No —dijo Harry—. No podréis. No creo que lo encontréis nunca. No creo que lo encuentre nadie.
Y les explicó lo que quería decir.
Tienes que arreglar las cosas, Harry, dijo Quint cuando aquél hubo terminado.
—Esto no tiene arreglo —replicó Harry—. Pero puedo vengarlo. La última vez les advertí; ésta, tendré que borrarlos de la faz de la tierra. ¡A todos! Por eso he venido aquí, para ver si puedo motivarme. Quitar la vida no es mi especialidad. Lo he hecho, pero no me gusta. Prefiero que los muertos me quieran.
La mayoría de nosotros siempre te querremos, Harry, le dijo Quint.
—Después de lo que hice en Bronnitsy la última vez —siguió diciendo Harry— no estaba seguro de poder volver a hacerlo. Ahora sé que puedo.
Félix Krakovitch había estado callado hasta entonces.
No tengo derecho a tratar de impedírtelo, Harry, dijo, *pero hay algunas personas buenas allí.*
—¿Como Zek Föener?
Es una de ellas, sí.
—Ya le he dicho que tiene que marcharse. Creo que lo hará.
Bueno (Harry pudo oír el suspiro de Krakovitch y casi ver cómo asentía con la cabeza), *al menos me alegro de eso...*
—Ahora supongo que es la hora de que me ponga en movimiento —dijo Harry—. Carl, ¿puedes decirme si la organización E tiene acceso a explosivos poderosos?

Mira, respondió Quint, *la Organización puede tener acceso a casi todo, ¡si le dan un poco de tiempo!*
—¡Hum! —murmuró Harry—. Confiaba en hacerlo un poco más deprisa.
Incluso esta noche.
Ahora habló Mijaíl Volkonsky.
Harry, ¿quiere esto decir que vas a ajustarle las cuentas a ese maníaco que nos mató? Sí es así, tal vez pueda ayudarte. Hice muchas voladuras en mi tiempo, principalmente con gelignita, pero también empleé otros explosivos. En Kolomiia hay un sitio donde los guardan, Y *también detonadores, y yo puedo explicarte el modo de emplearlos.*
Harry asintió con la cabeza, se sentó sobre los restos de una pared derruida en el borde de la garganta y se permitió una triste sonrisa.
—Sigue hablando, Mijaíl —dijo—. Soy todo oídos...
Algo despertó a Iván Gerenko. No sabía qué era, pero tenía la impresión de que algo andaba mal. Se vistió lo más aprisa posible, llamó al oficial de guardia por el intercomunicador y le preguntó si ocurría algo anómalo. Por lo visto, no era así. Y Theo Dolgikh tenía que volver en cualquier momento.
Al cerrar el intercomunicador, Gerenko miró por la gran ventana curva a prueba de balas. Y entonces contuvo el aliento. Allá abajo, en la noche, plateada por la luz de la luna, una figura se alejaba furtivamente del edificio principal del *château.* Una figura de mujer. Llevaba un abrigo sobre el uniforme, pero Gerenko sabía quién era: Zek Föener.
Iba por el estrecho camino de entrada de los vehículos; tenía que hacerlo, pues todos los campos aledaños estaban minados y cercados con alambre espinoso.
Trataba de andar con ligereza y naturalidad, pero había algo en sus movimientos que revelaba sigilo. Sin duda había salido con la excusa de que no podía dormir. O tal vez era verdad que no podía hacerlo y había salido simplemente para dar un paseo y respirar un poco de aire nocturno. Gerenko gruñó. Bueno, presumiblemente sería un largo paseo, tal vez para ir a ver al propio Leónidas Brézhnev, ¡en Moscú!
Bajó a toda prisa la escalera de caracol, tomó las llaves de su vehículo oficial de manos del portero y emprendió la persecución. En lo alto, hacia el oeste, las luces de un helicóptero señalaron la llegada de Theo Dolgikh, sin duda con una buena excusa por el follón que había armado e insinuado por teléfono.
A dos tercios del camino hasta el macizo muro de cerca de la finca, Gerenko alcanzó a la joven, redujo la marcha y detuvo el coche a su lado. Ella sonrió, resguardó los ojos del brillo de los faros... y entonces vio a la persona que estaba detrás del volante. Su sonrisa se extinguió al instante.
Gerenko abrió la ventanilla.
—¿Vas a alguna parte, querida *fraulein* Föener? —preguntó.
Diez minutos antes, Harry había salido del continuo de Möbius a una de las troneras del *château.* Sabía que eran seis y dónde se hallaban exactamente, pues había estado antes allí, y creía que sólo eran custodiadas en caso de alarma. Como podía ser así, si se había descubierto la ausencia de Kyle, llevaba una pistola cargada en el bolsillo de un abrigo que había hurtado en el depósito de material de guerra de Kolomiia.
Llevaba sobre los hombros una abultada bolsa en forma de salchicha y que pesaba al menos cuarenta y cinco kilos. La dejó en el suelo, descorrió la cremallera y sacó el primero de una decena de quesos envueltos en gasa: así llamaba a aquel material, que era como un blando queso gris, aunque olía mucho peor. Colocó el potente explosivo de plástico sobre una caja cerrada de municiones, le añadió un detonador de relojería y fijó la explosión para dentro de diez minutos. Había empleado tal vez treinta segundos en ello; no podía estar seguro, pues no llevaba reloj. Después pasó a la tronera siguiente fijando el tiempo de la explosión para dentro de nueve minutos, y así de forma sucesiva...

Menos de cinco minutos más tarde, empezó a repetir la operación dentro del propio *château.* Primero fue el laboratorio mental, donde se materializó al lado de la mesa de operaciones. Parecía extraño que él (sí, ahora era *él)* hubiese yacido sobre aquella mesa hacía menos de tres cuartos de hora. Sudando, metió el plástico de alta potencia explosiva en el hueco entre dos de las máquinas infernales que habían empleado para estrujar la mente de Kyle, puso el detonador en marcha, levantó la bolsa mucho menos pesada y pasó por una puerta de Möbius.

Al salir a un pasillo del sector donde se hallaban las habitaciones particulares, se encontró cara a cara con un guardia de seguridad que hacía su ronda. El hombre parecía cansado y tenía caídos los hombros al recorrer el pasillo por quinta vez aquella noche. Entonces levantó la cabeza y vio a Harry, y llevó la mano a la pistola que pendía sobre su cadera.

Harry no sabía cómo reaccionaría su nuevo cuerpo a la violencia física. Ahora lo descubriría. Lo había instruido hacía tiempo uno de los primeros amigos que había tenido entre los muertos: «Sargento» Graham Lane, ex profesor de ejercicios físicos del Ejército, que había muerto escalando un acantilado. «Sargento» le había enseñado muchas cosas y Harry no las había olvidado.

Alargó rápidamente una mano y agarró la del guardia en el momento en que sacaba la pistola, metiendo de nuevo ésta en la funda. Al mismo tiempo, golpeó con la rodilla el bajo vientre del hombre y le dio un puñetazo en la cara. El guardia hizo algún ruido, pero no mucho, y se quedó sin conocimiento.

Harry montó otra carga en el pasillo, pero ahora advirtió que sus manos temblaban con fuerza y que sudaba copiosamente. Se preguntó cuánto tiempo le quedaba, considerando la posibilidad de verse atrapado en sus propios fuegos artificiales.

Dio otro salto, directamente al cuarto de guardia del *château,* y en el instante de aparecer, largó un puñetazo al oficial, haciéndolo caer de su sillón giratorio. El hombre no había tenido siquiera tiempo de levantar la cabeza. Colocando el resto del plástico sobre la mesa, entre la radio y la centralita telefónica, Harry fijó el último detonador, se irguió... ¡y se encontró delante del cañón de un fusil Kalashnikov!

Al otro lado del mostrador levantado, y sin ser visto, un joven guardia de seguridad había estado dormitando en una silla. Esto se deducía claramente por su boca abierta y su expresión aturdida. El ruido de la caída del oficial de guardia debió de despertarlo. Harry no sabía hasta qué punto estaba despierto, ni lo que había visto o entendido, pero sí que sabía que él mismo se hallaba en gran peligro.

En el último detonador, había fijado la explosión para dentro de un minuto.

Cuando el sorprendido guardia empezaba a hacer una pregunta en ruso, Harry se encogió de hombros, frunció el entrecejo y señaló a un lugar justo detrás de aquél. Sabía que era un viejo truco, pero los trucos viejos son a menudo los mejores. Y éste dio resultado. El guardia volvió la cabeza en aquella dirección y volvió también el feo cañón de su arma...

Y al darse la vuelta, Harry ya no estaba allí. Por fortuna, pues los diez minutos habían pasado...

Las troneras saltaron por el aire como petardos chinos, haciendo saltar en pedazos las cubiertas de hormigón y las paredes. La primera explosión, su intenso resplandor más que la propia explosión, que no fue muy fuerte desde lejos, hizo que Zek Föener vacilase y se echase atrás cuando estaba a punto de subir al jeep de Gerenko. Entonces resonó el trueno y la tierra experimentó la primera de una serie de sacudidas. Las minas instaladas en los campos alrededor del *château* empezaron a estallar, lanzando surtidores de tierra y de césped. Era como un bombardeo.

—¿Qué? —Gerenko se volvió en su asiento y miró atrás; no podía creer lo que estaba viendo—. ¿Las troneras?

Se tapó los ojos contra aquel estallido de luz.

—¡Harry Keogh! —mumuró Zek, para sí.
Entonces voló el edificio principal; sus paredes más bajas, de piedra maciza, parecieron aspirar y seguir aspirando. Después se combaron hacia fuera y, por fin, se rompieron en un estallido de luz blanca y fuego amarillo. Esta vez *sintió* Zek la onda expansiva: ésta la arrojó sobre el camino y sacudió las manos con que se resguardaba la cara.
El *château* Bronnitsy se estaba replegando sobre sí mismo. Como un castillo de arena atrapado por la primera ola de una marea creciente, se derrumbó como si fuese de yeso. Hogueras volcánicas ardieron en sus entrañas y escupieron llamas a través de las agrietadas paredes, y al caer hacia dentro los pisos superiores y las torres, volvieron a ser levantados por sucesivas explosiones. El *château* era ya una ruina total, pero, entonces, la carga más grande situada en el cuarto de guardia añadió su voz a aquella cacofonía de destrucción.
En ese momento Zek había conseguido subir al jeep al lado de Gerenko.
Sintieron como si un puño gigantesco golpease la parte de atrás del vehículo, empujándolo hacia adelante; sintieron destrozados sus oídos por la enorme detonación y cerraron los ojos para protegerlos de un súbito resplandor incendiario.
Una brillante bola de fuego, como surgida del infierno, lo convirtió todo en una fotografía en negativo, borró todo el escenario y convirtió la noche en día cegador; después, se desvaneció lentamente y reveló la verdad: el *château* Bronnitsy había dejado de existir. Pedazos de él, desde piedras pequeñas hasta grandes bloques de hormigón, seguían lloviendo sobre el suelo. Un humo negro se alzó en espiral hacia la luna; un puñado de figuras se tambalearon como moscas aturdidas, tratando de salir de aquel infierno.
Gerenko, pasmado, había parado el motor del jeep, que ahora no quiso ponerse en marcha. Se apeó y ordenó a Zek que hiciese lo mismo. El helicóptero se había apartado rápidamente al producirse la primera explosión; ahora dio la vuelta, descendió y aterrizó bruscamente en la carretera, cerca del muro circundante. Theo Dolgikh habló brevemente al piloto, saltó del aparato y avanzó corriendo. Zek Föener y Gerenko caminaron tambaleándose a su encuentro.
—Por Alec —se dijo en voz baja Harry Keogh.
Estaba plantado en la sombra, al pie del muro de la cerca y observó cómo se dirigían aquellas tres personas hacia el helicóptero. Tomó nota de los dos hombres (uno, una miniatura de hombre, y el otro, un bruto corpulento) y de la manera en que introducían a la joven dentro del helicóptero, que se elevó. Harry quedó solo en la noche, con la terrible obra de sus manos. Pero, como una imagen persistente, la representación mental de aquellos dos hombres continuaba superponiéndose a las llamas saltarinas. Harry no sabía quiénes eran, pero su intuición le decía que, sobre todo, esos dos no hubiesen debido librarse del holocausto.
Tendría que hablar a Carl Quint y a Félix Krakovitch acerca de ellos...

Capítulo 17

Tres días más tarde, Iván Gerenko, Theo Dolgikh y Zek Föener estaban sobre el mellado borde de la garganta de los Cárpatos, contemplando sombríamente el gran montón de piedras y cascotes, donde sólo sobresalían las bases de los antiguos y macizos muros exteriores del castillo. La escena era desolada como sólo podía serlo en aquellas montañas, erizadas de crestas y picachos, con un viento misterioso gimiendo desde el llano y aves de rapiña que volaban lentamente en círculos bajo un cielo festoneado de nubes. Era un atardecer y la luz empezaba a menguar, pero Gerenko se había empeñado en ver aquel sitio. Nada podrían hacer esa noche, pero al menos le daría una idea de lo que tendría que hacer al día siguiente.
Gerenko estaba aquí porque Leónidas Brézhnev le había dado una semana para informarle, con todo detalle, de la destrucción del *château* Bronnitsy; Dolgikh, porque también Yuri Andropov había exigido una explicación; Zek, porque Gerenko no quería perderla de vista.

Ella *decía* que había perdido su facultad telepática la noche de aquel inexplicado infierno y, peor aún, todo recuerdo de lo que había aprendido de Alec Kyle se había borrado igualmente de su memoria; pero Gerenko no lo creía. Y en ese caso, no podía estar seguro de que mantuviese la boca cerrada, si la dejaba suelta en Moscú.

Más importante aún: si *mentía,* seguía siendo la telépata más competente del mundo, por lo que, si los amenazaba algún peligro, Zek Föener sería probablemente la primera en enterarse, y sus acciones indicarían a Gerenko que todo marchaba bien... o al revés. Después de lo ocurrido en el *château,* uno tenía que velar por su seguridad personal, y una mente como la de Zek podía ser de vital importancia.

—Nada —dijo ella ahora, mirando ceñuda las grises ruinas—. Nada en absoluto. Pero, aunque hubiese algo aquí, no podría saberlo. Ya te he dicho, Ivan, que perdí mi facultad. Se quemó en aquel enorme incendio, y ahora... ni siquiera puedo recordar lo que pasó.

Había dicho a medias la verdad: su facultad permanecía intacta, sí, pues podía ver el caldero hirviente de la mente de Gerenko y el pozo negro de la de Dolgikh; pero, ciertamente, no detectaba nada más. Solamente un necroscopio podía hablar con los muertos o escuchar lo que hablaban entre ellos.

—¡Nada! —repitió Gerenko, con voz ronca. Dio una patada contra unas piedras que había en el suelo—. Entonces es un mal día para nosotros.

—Tal vez para ti, camarada —dijo Dolgikh, levantándose el cuello de la chaqueta—. Pero tú estás contra el jefe del Partido, que resulta que ha perdido mucho. Andropov puede no haber ganado nada, pero, por cierto, ha perdido poco.

Nada de lo que vaya a darse cuenta, en todo caso. Y no tiene motivos para hacérmelo pagar a mí. En cuanto a la Organización E, hace años que él declaró la guerra a vuestros espías extrasensoriales, y ahora está acabada. No le importará, no se preocupará por eso, te doy mi palabra.

Gerenko se volvió a él.

—¡Estúpido! Conque volverás a ser un simple bandido, ¿eh? ¿Y adonde te llevará esto? Habrías podido subir en el mundo, Theo, junto conmigo. Hasta la cima. Pero ahora, ¿qué?

En el fondo de las ruinas, algo se movió en un montón de esquisto y de piedras caídas. Los cascotes, que formaban un montículo, se separaron, y gases fétidos se mezclaron con el aire de la tarde. Una mano ensangrentada, la mano de un cadáver, buscó a tientas, hasta que pudo agarrarse a una roca. Los dos hombres y la joven no oyeron nada.

Dolgikh reprendió al hombrecillo.

—Camarada —dijo—, no sé si quiero ir a alguna parte contigo. Prefiero la compañía de los hombres... y a veces la de las mujeres. —Miró a Zek Föener y se lamió los labios—. Pero te lo advierto: ten cuidado con llamarme estúpido. ¿Jefe de la Organización E? Ahora no eres jefe de nada. Sólo eres un ciudadano cualquiera, y no de los buenos.

—¡Idiota! —murmuró Gerenko, volviéndole la espalda—. ¡Bobo! Si hubieses estado aquella noche en el *château,* sospecharía que también habías tenido que ver con aquel desastre. ¡Eres demasiado *bueno* en estropear las cosas, Theo!

Dolgikh lo agarró del flaco brazo y le hizo dar la vuelta. Gerenko se puso sobre aviso..., pero, por ahora, el hombre de la KGB no llevaba malas intenciones.

—Escucha, mequetrefe —dijo Theo Dolgikh, escupiendo las palabras—. Crees que eres muy poderoso, pero olvidas que sé lo bastante de ti para quitarte de la circulación para el resto de tus días.

En las ruinas, donde la discusión había impedido que viesen sus movimientos, Mijaíl Volkonsky se puso de rodillas, y después en pie. Había perdido un brazo y un hombro y la mayor parte de la cara, pero el resto de su cuerpo todavía funcionaba.

Arrastrando los pies, se ocultó en la sombra del acantilado y se fue acercando a las tres personas vivas.

—Pero yo puedo decir lo mismo, Theo —dijo Gerenko, burlándose del agente de la KGB—. Y no sólo podría perjudicarte a ti, sino también a tu jefe. ¿Qué sería de Andropov si lo denunciase por haber entorpecido de nuevo el trabajo de la organización? ¿Y en qué acabarías tú, después de aquello? ¡En capataz de una mina de sal, Theo!
—¡Cállate, enano! —Dolgikh hinchó el pecho. Levantó el puño y... *algo* extraño llenó el aire. Por muy embotados que estuviesen sus sentidos, Dolgikh lo percibió también—. Bueno, podría...
Gerenko le plantó cara.
—Ésta es precisamente la cuestión, Theo. ¡No podrías! Ni tú, ni nadie.
Pruébalo y verás. Algo está *esperando* a que lo intentes, Theo. Vamos, pégame, si te atreves. Tendrás suerte si sólo fallas el golpe y te caes sobre las piedras y te rompes un brazo. Pero, si no la tienes, esa pared puede caer sobre ti y aplastarte.
¿Tu superior fuerza física? *¡Bah!* Yo... —se interrumpió y la sonrisa burlona se borró de su semblante—. *¿Qué ha sido eso?*
Dolgikh bajó la mano amenazadora y escuchó. Sólo sonaba el gemido del viento.
—Yo no he oído nada —dijo.
—Yo sí —dijo Zek Föener, estremeciéndose—. Piedras que han caído en la garganta. Bueno, vayámonos de aquí. Las sombras se están alargando, y la cornisa por la que hemos de pasar ya era bastante peligrosa en plena luz del día. Y en todo caso, ¿por qué discutir? A lo hecho, pecho.
—*¡Chist!* —dijo Dolgikh, abriendo mucho los ojos. Se inclinó hacia adelante y señaló—. Ahora lo oigo..., viene de allí. Trozos de esquistos que han resbalado, tal vez...
En el borde de la garganta, junto al camino y ocultos por los matorrales, unos dedos romos y grises salieron de lo profundo. La destrozada cabeza de Sergei Gulhárov asomó despacio, rígida; después, un hombro y un brazo que se estiró para tomar impulso y servirle de palanca. Silencioso ahora como una sombra, Gulhárov se alzó sobre la tierra firme y llana.
—La temperatura está bajando deprisa —dijo Gerenko, con un estremecimiento, sintiendo tal vez el frío—. Ya tengo bastante por esta noche.
Mañana echaremos otro vistazo y, si no conseguimos nada, veremos lo que hay que hacer.
—Resoplando y apretando los pequeños dientes, echó a andar por el camino—. Pero es una verdadera lástima. Había esperado salvar algo, aunque sólo fuese para quedar bien...
Dolgikh hizo una mueca y le gritó:
—Estamos muy cerca de la frontera, camarada. ¿Has pensado alguna vez en desertar? —Y al no responderle Gerenko, murmuró—: ¡Pequeño cagón! —Entonces apoyó una mano en el hombro de Zek y ella tuvo la impresión de que la mordía con los dedos—. Bueno, Zek, ¿nos reunimos con él o nos quedamos un poco atrás para mirar las estrellas?
Ella lo miró, primero con asombro y después con repugnancia.
—¡*Dios* mío! —dijo—. ¡Preferiría estar con unos cerdos!
Y se volvió antes de que él pudiese replicar. Empezó a caminar detrás de Gerenko, pero entonces se detuvo en seco. Alguien venía por el sendero en su dirección, acercándose a Gerenko. E incluso bajo la luz menguante, saltaba a la vista que aquel alguien era un muerto. Santo Dios..., ¡sólo tenía media cabeza!
Dolgikh lo vio también y lo reconoció. Reconoció su ropa sucia y el destrozo que una bala había causado en su cabeza.
—¡Madre mía! —gimió—. ¡Madre mía!
Zek chilló. Y chilló de nuevo cuando una manaza ensangrentada pasó por encima de su hombro, agarró a Theo Dolgikh por el cuello de la chaqueta y lo hizo girar en redondo. Los ojos de Dolgikh se desorbitaron al ver un segundo cadáver detrás de la joven: Mijaíl Volkonsky. Y, Señor..., ¡Volkonsky lo había agarrado con el único brazo que le quedaba!

Como un gato asustado, Zek saltó de entre los dos y corrió detrás de Gerenko. No oyó las voces mentales de los muertos, que decían:
¡Oh, sí, son ellos, Harry! Pero oyó la respuesta de éste:
Entonces, no voy a impediros que os venguéis, Y ella supo quién era el que estaba hablando y a quiénes se dirigía.
—¡Harry Keogh! —gritó, echando a correr por el camino—. Dios mío, Dios mío, ¡eres peor que todos nosotros juntos!
Hasta hacía un momento, Harry había estado fuera del alcance, tanto físico como mental, de Zek, oculto en el continuo metafísico de Möbius. Ahora salió de la sombra, directamente delante de ella, de manera que Zek cayó jadeando entre sus brazos. Al principio, ésta pensó que era otro muerto y le golpeó el pecho; pero después sintió su calor, los latidos del corazón de él sobre su pecho, y oyó su voz:
—Tranquila, Zek, tranquila.
Con ojos enloquecidos, Zek se echó atrás. El la asió de los brazos.
—He dicho que estés tranquila. Si corres de esa manera, puedes hacerte daño.
—¡Tú... tú los *mandas*! —lo acusó ella.
Él le respondió.
—No; yo sólo los he llamado. No he provocado sus acciones. Hacen esto por su propia voluntad.
—¿Y qué es lo que hacen?
Miró atrás, desalentada, hacia el castillo arruinado, donde sombras locas y furiosas luchaban y desgarraban. Miró ahora hacia el camino. Gerenko había esquivado de alguna manera las acometidas de Gulhárov (gracias a sus facultades, naturalmente), pero el muerto lo seguía, cojeando. El viento azotaba a Gulhárov, amenazando con arrojarlo de nuevo al abismo, y las zarzas le arañaban las piernas, tratando de hacerlo caer..., pero él continuaba su persecución.
—Nada puede dañar a ése —farfulló Zek—. Vivos o muertos, los hombres sólo son hombres. No pueden tocarlo.
—Pero *puede* sufrir algún daño —dijo Harry—. También puede asustarse y cometer una imprudencia. Está oscureciendo; aquella cornisa es estrecha y peligrosa; es fácil sufrir un accidente. Esto es lo que esperan mis amigos, ¡que haya un accidente!
—¡Tus... amigos! —gritó histérica ella.
Sonaron disparos en las ruinas y se oyeron los gritos de Dolgikh. Pero no gritaba simplemente sino que aullaba como una bestia aterrorizada, pues acababa de descubrir que no se podía matar a los muertos. Harry tapó los oídos a Zek e hizo que apoyase la cabeza en su hombro y enterrase la cara en su cuello. No quería que ella viese ni oyese. Tampoco quería ver ni oír *él*, y por esto miraba por encima de la garganta, a lo lejos.
Más débil de lo que nunca se había sentido en su vida, debilitado por el terror, Theo Dolgikh estaba siendo arrastrado hacia el borde de la pendiente casi vertical.
Mijaíl Volkonsky, por su parte, era tan vigoroso como había sido en vida, y ya no sentía dolor. Rodeando el cuello de Dolgikh con su brazo bueno, el corpulento capataz no aflojaría la llave hasta que el hombre hubiese muerto. Y ahora casi habían llegado al borde del abismo y luchaban ferozmente allí. Fue entonces cuando aparecieron Félix Krakovitch y Carl Quint.
Destrozados, ninguno de los dos podía haber hecho gran cosa hasta ahora; pero por fin, los brazos de Quint —solamente sus brazos— había trepado desde abajo, y el torso sin miembros de Félix se había arrastrado, saliendo de entre las ruinas del castillo. Al asomar los brazos de Quint sobre el borde de la garganta y agarrar a Dolgikh y aparecer el cadáver troceado de Félix, arrastrándose como una babosa, y empezar a morderlo, se dio el hombre por vencido. Aspiró aire para lanzar un último grito, llenó enteramente sus pulmones... y el

grito se extinguió en sus labios en un sonido gangoso. Entonces cerró los ojos y suspiró, y expelió todo el aire que tenía dentro.
Pero ellos quisieron asegurarse y, con un último esfuerzo, lo empujaron sobre el borde del abismo. El cuerpo cayó dando vueltas junto al acantilado y rebotando de un saliente a otro, hasta llegar al fondo.
Harry descubrió la cabeza de Zek y dijo:
—Ha muerto... Me refiero a Dolgikh.
—Lo sé —respondió ella, ahogando un sollozo—. Lo he leído en tu mente. Aquí hace frío, Harry...
Él asintió lúgubremente con la cabeza.
¿Haarrry? Una voz lejana llegó hasta él cuando hubo soltado a Zek; una voz que solamente él y los muertos podían oír; una voz conocida pero que había creído que no volvería a oír jamás. *¿Me oyes, Haarrry?*
Te oigo, Faethor de los wamphyri, respondió él. *¿Qué quieres?*
Nooo.,., eres tú quien quiere algo, Haarrry. Quieres ver muerto a Iván Gerenko. Está bien, te doy su vida.
Harry estaba confuso.
No te he pedido ningún favor, al menos esta vez.
Pero ellos sí. La voz de Faethor sonó como una risita ahogada. *¡Los muertos!*
Ahora habló Félix Krakovitch desde el fondo de la garganta:
Yo le pedí su ayuda, Harry. Sabía que ni tú ni nosotros podíamos matar a Gerenko. No directamente. Pero indirectamente...
Harry meneó la cabeza.
No *comprendo.*
Entonces mira hacia el risco, sobre la cornisa, dijo Faethor.
Harry miró. Recortando sus siluetas contra el cielo crepuscular, una hilera desordenada de figuras que parecían espantapájaros, permanecía silenciosa sobre el alto y precario risco. Eran unos personajes sucios, esqueléticos, descompuestos; pero estaban allí, esperando las órdenes del viejo Ferengy.
¡Mis szgany, *siempre fieles!,* dijo Faethor, el antaño más poderoso de todos los wamphyri. *Han estado viniendo aquí durante siglos, viniendo aquí, esperándome, muriendo o siendo enterrados aquí, pero yo no había regresado. Mi poder sobre ellos, que son sangre de mi sangre, es tan grande como el tuyo sobre los muertos vulgares, Harry Keogh. Y ahora los he llamado.*
Pero ¿por qué?, preguntó Harry. *Ahora no me debes nada, Faethor.*
Yo amaba estas tierras, respondió el vampiro. *Tal vez tú no puedes comprenderlo, pero si alguna vez amé algo, fue esta tierra, este lugar. Thibor podría decirte lo mucho que lo amaba...*
Ahora, Harry comprendió.
Gerenko... ¡invadió tu territorio!
El vampiro lanzó un gruñido ronco e implacable.
Envió un hombre aquí que fue el responsable de que mi casa fuese reducida a polvo. ¡Mi último vestigio sobre la tierral ¡Y ahora no hay nada que demuestre que un día existió! ¿Cómo se lo haré pagar? ¡Ay! Pero ¿como hice pagar a Thibor?
Harry previo lo que vendría ahora.
Enterraste a Thibor, respondió.
¡Qué así sea!, gritó Faethor. Y dio su última orden a los *szgany* que esperaban en el risco y se lanzaron ahora al espacio.
En mitad de la cornisa, Iván Gerenko oyó el ruido de huesos antiguos y envueltos en cuero, y miró temeroso hacia arriba.

Caían de lo alto, rompiéndose al hacerlo: cráneos y pedazos de huesos y jirones de carne corrompida, una lluvia de cosas muertas que podían sepultarlo bajo restos momificados.
—¡No podéis acabar conmigo! —farfulló Gerenko, cubriéndose la arrugada cabeza al caer los primeros espantosos fragmentos sobre la cornisa. ¡Ni siquiera los muertos... pueden... conmigo!
Pero ellos no tenían intención de acabar con él; ni siquiera sabían que estuviese allí; obedecían simplemente a Faethor y se arrojaban desde lo alto. A partir de entonces, nada dependió de ellos. La ruidosa caída continuó, resonando con fuerza, y sobre aquellos tétricos chasquidos de huesos, se dejó oír ahora un nuevo ruido: un terrible retumbo y unos crujidos en los que nada tenían que ver los muertos, ruidos de piedra al quebrarse, de esquisto y guijarros que se desprendían y de escombros acumulándose. ¡Un alud!
Y cuando Gerenko empezó a comprender lo que pasaba, la cara del acantilado cayó sobre él y lo arrastró en su caída...
Mucho después de que se hubiese posado el polvo y extinguido el último eco de aquel estruendo, Harry Keogh estaba aún allí con Zek, observando cómo salía la luna detrás de las montañas.
—Ella iluminará tu camino —dijo él—. Ten cuidado, Zek.
Ella estaba todavía en sus brazos; los había necesitado para no caerse. Ahora se desprendió de ellos, se apartó sin decir palabra y se encaminó a la cornisa llena de guijarros. Al principio tropezó, pero se irguió y siguió adelante con más aplomo, con más decisión. Encontraría el camino hasta el fondo de la garganta y después seguiría el riachuelo hasta la nueva carretera.
—Ten cuidado —volvió a gritarle Harry—. Y, Zek, no vuelvas a alzarte contra mí o los míos.
Ella no respondió ni volvió la cabeza. Pero se dijo: *Oh, no, no lo haré. No contra ti, Harry Keogh, ¡el necroscopia!*